MILENIO 3

IKER JIMÉNEZ
CARMEN PORTER

Lectulandia

Iker Jiménez, presentador y director del programa Cuarto milenio de la cadena de televisión Cuatro, director del programa de radio Milenio 3 de la Cadena SER y autor de la novela Camposanto, ha reunido en este libro las mejores historias y los enigmas más llamativos relatados en el programa radiofónico para que todos los lectores puedan disfrutar de hallazgos singulares desvelados en el programa.

Lectulandia

Iker Jiménez & Carmen Porter

Milenio 3

ePub r1.0
Titivillus 15.08.16

Título original: *Milenio 3*
Iker Jiménez & Carmen Porter, 2006

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A toda la gran familia de Milenio 3.

A Mariano Revilla, Antonio García Ferreras, David Anido y Daniel Gavela,
por su ilusión, su apuesta y su fe en nosotros.

Prólogo

Estudio Central de Radio Madrid, Cadena SER (1 de junio de 2002. 22.00 horas)

Debió de ser algo similar a lo que confiesan algunas personas: ECM, Experiencias Cercanas a la Muerte.

No vi el túnel de luz prodigiosa aunque ciertamente vi una luz roja, ni a unos seres lejanos que me enseñaban la palma de la mano indicando que aún no era mi momento de pasar a la otra orilla aunque realmente sí vi seres que las agitaban nerviosos indicándome algo con gran desesperación. Eran las caras aterrorizadas de Carmen, de los técnicos, de todo el equipo, mirándome con ojos como platos y queriendo hacerme comprender que se había borrado, esfumado, aniquilado todo el material con el que iba a empezar *Milenio 3*.

Era el primer programa. Y acababan de sonar los pitos de las diez: el momento en que teníamos que entrar al ruedo de las ondas.

«Esto no me puede estar pasando a mí», pensé notando que el corazón se me iba deteniendo poco a poco. «¡Con todo lo que habíamos preparado como introducción! ¡Si el programa entero se basa en eso! ¿Qué hacemos ahora?».

—¡Arráncate, Iker! ¡Arráncate ya!… —entendí leyendo los labios de mis compañeros al otro lado del cristal.

Previamente, unos dos minutos antes de esta escena de auténtico terror al menos para quien esto escribe, había llamado Antonio García Ferreras, el diré, para regalarme un «Estoy ansioso para escuchar tu inicio. Seguro que la cosa sale genial»…

—¡Que hables ya! —creo que expresó alguien desde el control como si fuese un mimo anunciando su inmediato suicidio.

Y pasaban los segundos, sonaba la sintonía de *El dragón*, de Vangelis —nuestra eterna cabecera—, y yo me había quedado tan mudo como una estatua íbera del siglo VI a.C. Por lo menos.

—¡Que el ordenador lo ha formateado todo!… —creo que decían en una zona de control que ya parecía el camarote de los Hermanos Marx ante la alarma desatada…

«O sea», reflexioné llevándome las manos a la cabeza, «que se han perdido los documentos de las conversaciones de pilotos, los sonidos, los saludos de… ¡Que se ha perdido todo!».

Tragué saliva, mirando aquella luz roja hipnótica que indicaba que estábamos en el aire hacía ya demasiado tiempo…

Ése fue el debut. Con más de un millón de personas al otro lado, aguardando.

Cincuenta segundos, un minuto, un minuto diez… y sólo se escuchaba el frenético piano de la sintonía. Entonces comprendí que mi gloriosa aparición como director de un espacio nacional en la SER había durado lo mismo que un suspiro.

—¡Haz algo, Iker! ¡Improvisa, por Dios!…

Creo que en poco más de un segundo vi imágenes de mi propia vida con total nitidez. Pasando como diapositivas muy rápidas. Por eso digo lo de las experiencias cercanas a la muerte. Quienes han estado entre este mundo y el otro y han conseguido billete de vuelta aseguran que pasa eso. En mi caso, era toda una experiencia cercana a la absoluta defunción profesional. Y me vi, repentinamente, con 17 años, haciendo *autostop* con mi amigo Lorenzo, debutando en una radio de un pueblo donde hacíamos un programa de misterios con el sol de la plena hora de la siesta. Es decir, sin audiencia. Y así, años. También me vi correteando, mochila a la espalda, entre los bloques y los descampados del Barrio de Absorción de la Uva de Hortaleza, de noche cerrada, para ir a una radio casi subterránea y, por supuesto, pirata. El único lugar donde nos dejaban ir a pelearnos con el micro. Un micro que, de algún modo, era igual que aquél, aunque ni era amarillo ni ponía SER… y quizá por eso no impresionaba tanto como el que tenía delante de mi nariz.

Me vi, como si hubiera entrado en una burbuja de otra dimensión, en once o doce emisoras, sin cobrar, a veces haciendo turnos para limpiar y mantenerlas. Como se hacía y se hace en las radios comunitarias y en la universidad: buscando la mínima oportunidad en los tablones de anuncios. De lo que sea… pero en la radio. Siempre en la radio.

Y vi también los rechazos, las sonrisas de medio pelo, la suficiencia de muchos *profesionales* que dijeron que a donde iba yo hablando de esas cosas tan raras, que me dedicase a otras más normales.

Y quizá tuvieran razón.

Todo eso lo vi en el piloto rojo, indicativo de que mi micro llevaba minuto y medio abierto, en conexión con cientos de miles de amigos que, estoy seguro, no estaban siendo partícipes de mi miedo y de mi angustia.

«Tantos años y tanto esfuerzo para esto», pensé. Y se me nubló la vista.

Pero también por un instante —el tiempo y el espacio son muy relativos en la desesperación— comprendí que era el momento, la ocasión tantas veces anhelada. Ya estaba bien de reírse de lo desconocido. Ya estaba bien de aguantar aquellos nefastos programas de televisión que habían copado el panorama mediático donde todo el mundo se burlaba de nuestros temas. Como si no hubiese una posibilidad de acercarse a lo que nadie cuenta con dignidad.

¡Ya estaba bien! Era el momento de dar un giro. Y hacerlo con ilusión, con ganas, con fe, con fascinación por cada descubrimiento, por cada palabra, por cada música, por cada sensación generada, comprendiendo que lo desconocido es muy amplio y ahí caben muchas cosas, enamorándonos de la historia, de la leyenda, de la conspiración, de las investigación sobre el terreno y, sobre todo, de la radio. El medio con más magia que el hombre ha creado para interactuar con el alma de sus congéneres.

¡Ya estaba bien!

Y entonces sentí que *El dragón* de Vangelis, nuestra sintonía, nuestra única

bandera, me daba fuerza. Y las miradas de Carmen, de Katia, de Carlos y de los técnicos se fundieron con la mía. Como si fueran una. Como una señal. Porque todos habíamos dejado demasiado en el camino para estar ahí. Precisamente en ese momento y en ese lugar. Y no podía fallarles.

> Buenas noches. Comenzamos hoy una aventura que creo que va a ser francamente fascinante. Tengo ya el estudio en penumbra, el estudio con un solo foco de luz, y les aseguro y les prometo que va a ser una hora inolvidable… Hace mucho tiempo que Cadena SER no apuesta por un formato de este tipo, un formato donde el periodismo riguroso es lo que va a imperar… Se convierte el estudio central de Madrid en una especie de nave…

En esas primeras palabras, atropelladas en la línea de salida de un humilde programa de verano, ya había varios elementos familiares que han conformado nuestro pequeño mundo hasta el momento de escribir estas líneas. Tan cerca del programa número quinientos.

Exactamente así fue el bautismo de fuego de *Milenio 3*. Así despegó esa nave del misterio que en aquel instante se enfrentaba a un cosmos bastante incierto. Un universo que se ha ido iluminando gracias a la confianza de los miles de tripulantes que cada madrugada deciden subirse con nosotros en busca de nuevas aventuras, de nuevas ilusiones, de nuevos hallazgos que nos remuevan algo por dentro.

Exactamente a los dos minutos y medio *la buena estrella*, la que relumbra cuando uno más lo necesita, esa que siempre pone a prueba nuestra fe, hizo que, como por un milagro, apareciesen repentinamente los documentos que parecían haberse perdido en el Triángulo de las Bermudas. Las palabras de Iñaki Gabilondo, que fue nuestro padrino, nuestro maestro dando la alternativa en la difícil plaza del estudio Al, sonaron con más fuerza que nunca. Como una bienvenida.

Entonces presentí que nuestra suerte había cambiado y que llegábamos allí para quedarnos.

Creo que nunca lo había contado; ahora ya lo sabéis. Será nuestro secreto.

Nada ha sido fácil en estos cuatro años. Pero ha merecido la pena gracias a vosotros y gracias a la radio. Porque el verdadero misterio, el auténtico, el que supera con creces cualquier suceso insólito, es el que se ha ido forjando casi sin darnos cuenta. Esa sensación tan difícil de describir con palabras, esa que cuando llega la madrugada nos hermana. Esa que hace que nuestro corazón retumbe cuando salimos ahí fuera, al escenario, en el momento que decidimos aterrizar en alguna ciudad y vernos las caras. Esa que tú, tripulante de esta nave del misterio, conoces tan bien como yo, porque no sólo la hemos creado nosotros, sino que la habéis construido vosotros, aceptándonos como compañeros de viaje cada noche. Un viaje mágico al que auguro larga vida porque mientras siga existiendo un alma curiosa, mientras haya necesidad de conocer más, mientras siga habiendo amigos y amigas que comprendan

que hay que ser humilde ante el eterno misterio de la vida, nuestra labor tendrá sentido. Y entonces, por mucho que cambie el entorno, la vida cotidiana, la política, el deporte, la crónica rosa, la economía o los sinsabores del duro día a día, la llamada seguirá ahí, como si fuera una señal enviada desde el confín de un cosmos lleno de secretos, como una ancestral invocación que conecta con nuestra sensibilidad más profunda.

Gracias de corazón por estos quinientos viajes rumbo a lo desconocido. Gracias por habernos ayudado a alcanzar el sueño que un día soñamos con toda nuestra fe.

Este libro esta hecho sólo con la idea de devolveros un poco de esa energía que nos habéis enviado cada uno de vosotros, desde cada domicilio, desde cada coche, desde cada trabajo, desde cada garita… No son sólo papel y letras. Es algo para guardar, para sentirlo nuestro, para que quede ahí siempre y no sean palabras arrastradas por el viento, porque estoy convencido de que lo que ahora tienes entre las manos no es sólo historias, casos, datos y enigmas, es mucho más. Creo que ahí está el espíritu mismo de nuestro programa, de vuestro programa, ese que hace que conectemos cada noche bajo la tutela de un noble *Dragón* que siempre vela por todos los *milenarios*.

Iker Jiménez

Primera parte
Noches de escalofrío

Es indudable que uno de los grandes atractivos de la radio es la capacidad para crear sensaciones imposibles de alcanzar con ningún otro medio. La inquietud y el temor que producen cada una de las historias que a continuación van a leer no se olvidan fácilmente. Les recomiendo una buena música, una luz de mesilla de noche y todo lo necesario para no tener que salir del dormitorio mientras se sumergen en algunas de estas historias que nos mantuvieron en vilo en su día… Lo más impresionante quizá sea que aquí no hay nada de ficción. El terror real, como comprobarán, supera a cualquier novela.

La casa maldita: Amityville

«Son almas que no descansan, y tampoco se dan cuenta
de que no están en el mundo de los vivos. No tienen
la misma percepción de las cosas que nosotros:
permanecen en un perpetuo estado de sueño,
una pesadilla de la cual no pueden despertar».

Poltergeist (1982), de Tobe Hooper.

Hay una casa en Long Island que lleva treinta años deshabitada. Una fría noche de noviembre de 1974, ese lugar fue testigo de una de las matanzas más espeluznantes de todos los tiempos. Un joven de 23 años acabó con la vida de sus padres y sus cuatro hermanos. Una misteriosa voz se lo había ordenado.

Un año después, otra familia compró la casa, ajena al horror del que habían sido testigos sus paredes. Sólo veintiséis días más tarde, abandonaban la mansión tras vivir fenómenos escalofriantes. Nunca más regresaron y allí quedaron, olvidados, hasta los juguetes de los niños.

Tres décadas han pasado. Abramos las puertas de ese lugar donde nadie ha vuelto a entrar jamás.

«La voz del maligno»

A las seis y media de la tarde alguien llamó muy nervioso a la centralita de la policía del condado de Suffolk, en Nueva York Denunciaba un tiroteo en el 112 de Ocean Avenue, Amityville. Todos los miembros de una familia habían sido asesinados… Todos, excepto uno de los hijos.

Ronald DeFeo había comprado aquel caserón a orillas del río. Era una vivienda preciosa, con dos pisos y ático, e incluso un pequeño embarcadero. Estaba tan feliz, con todos los suyos a su alrededor, que al cerrar la puerta del porche en su primera noche, colocó un cartelito en rojo que representaba un deseo de futuro: «Grandes esperanzas».

¡Qué equivocado estaba!

Uno de los hijos, el mayor de aquella familia aparentemente bien avenida, pasaba mucho tiempo solo en su dormitorio. Era Ronald DeFeo Jr., aunque habitualmente lo llamaban *Butch*. Tenía mal carácter y a veces cometía pequeños hurtos. Empezaba a tomar heroína y LSD. Y comenzó también a robar el dinero familiar. Cuentan que un día, mucho antes de la matanza, unas voces empezaron a hablar en su cerebro, unas voces que le obligaban a actuar…

—Me lo han ordenado… —decía.

Aquellos sonidos imperativos le ordenaron coger un rifle del calibre 35 y, en pleno silencio, acudir hasta el dormitorio de sus padres. Por fortuna, aquella noche, el arma se encasquilló y su dedo se quedó enganchado en el gatillo. Butch observó la

escena con aquella mirada fría y vacía, y regresó a su habitación como un autómata.

Allí volvió a sumirse en las tinieblas de su pensamiento, quizá pensando en una próxima ocasión.

Aquella noche del 13 de noviembre de 1974, a las tres y cuarto de la madrugada, la familia DeFeo descansa plácidamente. Todos están dormidos. Un plan macabro, urdido por el joven, está a punto de ejecutarse.

Horas antes había aprovechado un descuido para añadir narcóticos en la densa sopa de la cena. La velada transcurrió con la habitual armonía en torno a la mesa. Cuando sus padres y hermanos sucumbieron ante el sueño provocado por aquella sustancia adormecedora, Ronald fue trasladando sus cuerpos dormidos, uno por uno, hasta una de las dependencias de la mansión. Allí los fue colocando boca abajo, con la cabeza apoyada sobre los brazos cruzados. Acompañado en aquel largo ritual por el leve sonido de sus respiraciones suspendido en el aire. Después, tomó una escopeta que había preparado y culminó su espeluznante obra.

Seis disparos retumbaron en la casa y el aire se contaminó con el penetrante olor de la pólvora y la muerte. En el exterior, el silencio sólo anunciaba una noche tranquila…

Butch utilizó un rifle del calibre 35. Le pegó dos tiros al padre: uno atravesó el riñón y salió por el pecho; otro le quebró la espina dorsal; después disparó a su madre, Marie Louise; y luego, con una frialdad que sobrecoge el alma, se encargó de sus hermanos menores, dos niños y dos niñas.

A la mañana siguiente, en un bar, Ronald detalló a sus vecinos la dantesca escena que más tarde la policía encontraría en su casa.

¿Cómo pasó aquella noche Ronald DeFeo Jr.? No sabemos qué cruzó su pensamiento realmente. Lo que sí sabemos, por las fotografías que se difundieron, es que arrastró los cadáveres y los colocó de un modo que quizá tenía algún significado para él. Quizá estaba actuando con un método, ajustándose a un plan. Da la impresión de que, de repente, fue consciente de lo que estaba haciendo e incluso pudo llegar a intuir que alguien dominaba su mente durante aquellas horas.

Eran aquellas malditas voces otra vez…

A las seis y media de la tarde llamó a la oficina de la policía, notablemente nervioso y farfullando palabras inconexas, asegurando que había permanecido toda la noche en vela, sin dormir, y que a las cuatro de la madrugada, sin escuchar nada aparentemente extraño, se dio una ducha y salió de la casa… al regresar se había encontrado con su propia familia aniquilada.

Cuando la policía llega al número 112 de Ocean Avenue y accede al domicilio de los DeFeo, encuentra una verdadera carnicería. «Es inusual que seis miembros de una familia mueran así», decía un testigo que había estado presente en aquellas primeras horas: «El chico simplemente llegó y disparó a los seis miembros; afirmaba estar poseído por el demonio y que éste le hablaba en su interior pidiéndole que ejecutara a todos».

Butch estaba muy nervioso. Y poco después de comenzar las investigaciones, la policía encontró en su habitación una caja con balas del mismo calibre que el rifle utilizado. Su teoría, hasta ese momento, se basaba en una historia simple: él no había estado presente cuando ocurrieron los crímenes. Pero Ronald DeFeo se desmoronó casi inmediatamente, como un castillo de naipes golpeado por el viento. No sabía qué decir y cómo explicar lo que había hecho. Muy pronto, la policía acabó de arrancarle una confesión que no dejaba lugar a dudas.

Había sido él.

Sin embargo, el verdadero problema no era hallar un culpable, sino una explicación coherente.

Durante el juicio, que comenzó el 14 de octubre de 1975, un año después de los hechos, Ronald DeFeo no negó los hechos. Aseguró, para espanto de los jueces, que ni la hora del crimen ni la forma de ejecutarlo fueron ideas suyas. Se las había dictado una supuesta entidad que lo dominaba y le obligaba a actuar. Algo a lo que Ronnie llamó «el verdadero amo de la mansión». El demonio, el diablo, Satanás, o quienquiera que fuese, le había obligado a cometer aquel crimen.

Por supuesto, durante el juicio hablaron los especialistas en psiquiatría. Pero éstos sólo añadieron confusión: unos aseguraban que Butch era un «neurótico con delirios paranoides», otros hablaban de una «personalidad disociada»; también se comentó la posibilidad de un síndrome de «doble personalidad» y de «esquizofrenia en grado máximo».

El proceso captó la atención de la población de todo el Estado, que permaneció atenta a la radio, la televisión y la prensa a lo largo del mes y siete días que duró la vista. El 21 de noviembre tuvo lugar la votación del jurado popular: doce votos a favor de la culpabilidad, ninguno en contra. Culpable de seis asesinatos en segundo grado, 25 años de prisión por cada uno, un total de 150 años de condena, o, lo que es lo mismo: cadena perpetua.

Hoy, Ronald DeFeo Jr., *Butch*, el homicida múltiple dominado por el demonio de Amityville, permanece encarcelado en el departamento correccional del Estado de Nueva York.

Regreso a Amityville

En 1979 se proyectó en las pantallas de cine de todo el mundo una película titulada *Terror en Amityville. Una historia verdadera*, de Stuart Rosenberg, basada en un libro de Jay Anson. En aquella película, el espectador presenciaba el siguiente diálogo protagonizado por el matrimonio Lutz:

KATHLEEN: Un chico mató a toda su familia aquí… ¿no es espantoso?

GEORGE: Sí, pero las casas no guardan recuerdos.

¿Las casas no guardan recuerdos? ¿Estamos seguros de ello?

Hay casas en las que desgraciadamente se repite una ecuación invariable: se

produce un hecho luctuoso o criminal, y más adelante las personas que habitan en ese lugar denuncian fenómenos extraños. No entramos a debatir si son reales o no. Pero los denuncian. Y con frecuencia tienen que abandonarlas y no vuelven a ser habitadas. Son casas marcadas.

Regresemos al número 112 de Ocean Avenue.

La casa estaba vacía, pero poco después de aquellos crímenes fue alquilada por el matrimonio Lutz, George y Kathleen, con sus tres hijos. Y en este punto comienza una terrorífica historia que nada tiene que ver con enfermedades mentales y con procesos que puedan entenderse desde el ámbito científico convencional.

Al parecer, cuando este matrimonio alquiló la preciosa vivienda junto al río, no sabían que allí se había cometido una verdadera matanza. Lo supieron más tarde, cuando su mundo y su visión de la realidad se habían resquebrajado por completo.

Al poco de entrar en aquel lugar, comenzaron a producirse fenómenos de difícil explicación. Kathleen oía cómo la voz de su marido se distorsionaba y pronunciaba frases que, en realidad, no había emitido en ningún momento. Una voz profunda y amenazante hablaba desde distintos e indefinidos rincones e increpaba a los habitantes, diciendo: «¡Váyanse!» y «¡Fuera de aquí!».

Las mecedoras se balanceaban solas, los objetos de las repisas salían despedidos sin ningún motivo y se estrellaban contra el suelo, los jarrones se quebraban en mil pedazos, las puertas se abrían y se cerraban sin que una mano corpórea empujara los pomos… Kathleen Lutz dijo que había visto unos ojos inyectados en sangre en el interior de las habitaciones y que había voces que pronunciaban su nombre y que la perseguían por toda la casa…

—¡Kathleen! ¡Kathleen…! ¡Fuera de aquí!

La persistencia de olores fétidos repentinos obligaron a revisar todo el sistema de cañerías cuatro veces en un cortísimo espacio de tiempo. También aparecían enjambres de moscas o de polillas que se desvanecían misteriosamente. Y a veces podían oírse las voces de unos niños en el ático o en las habitaciones.

¿Eran imaginaciones suyas? ¿Estaban siendo víctimas de una gigantesca broma de mal gusto? ¿Qué estaba sucediendo?

La familia se puso en contacto con un sacerdote, el padre Mancuso, que acudió a la casa con la intención de «limpiarla» de supuestos espíritus y fuerzas maléficas. El padre Mancuso explicó así su experiencia: «Iba bendiciendo el recibidor y sentí frío. Realmente hacía mucho frío allí. Era muy curioso porque en la calle hacía un día precioso. Era invierno, pero no era normal que en el interior de la casa estuviéramos tan helados. Fui avanzando hacia dentro de la casa, con el agua bendita, limpiando los rincones, y escuché una voz raramente profunda, detrás de mí, que me decía: “¡Vete de aquí!”. Parecía que venía de todas partes, no de un punto concreto que pudiera identificar. Muy raro. Y sentí que alguien iba acompañándome, y allí, físicamente, no había nadie…».

El padre Mancuso todavía vive, y nunca podrá olvidar su entrada en la casa de

Amityville. Él no creía en los fantasmas… pero admite que aquellas voces estaban allí. Y recuerda la experiencia como un hecho muy desagradable: incluso en el porche de la casa se podía notar esa presencia molesta y estremecedora.

Aquellas voces no eran de la mente: las oyó el padre Mancuso, las oyó Kathleen Lutz y las oyó el resto de su familia. ¿Cómo explicarlo? ¿Cómo soportar el terror y el miedo a esos seres desconocidos que les hablaban?

George Lutz empezó a sufrir las consecuencias de habitar en una casa maldita. Dicen que pasaba muchas horas precisamente en la habitación donde el maléfico Ronald DeFeo Jr., *Butch*, planeó su terrible acción criminal.

George empezó a descuidar su aspecto, anteriormente siempre atildado, no se cambiaba de ropa, no se duchaba, se dejó el pelo largo. Si se compara su foto con la del asesino Butch… puede descubrirse cierta semejanza.

La paciencia de la familia Lutz llegó al extremo cuando, una noche, George se despertó y vio a su mujer, Kathleen, envejecida, con los ojos hundidos y con una mueca de horror en sus labios… ¡levitando! Ante el espanto de George, su mujer se desplomó sobre la cama y recuperó su aspecto normal. El matrimonio se vistió rápidamente, se dirigió a la habitación de los niños, los sacó prácticamente a empujones de allí y huyeron despavoridos. No se detuvieron a coger nada, lo abandonaron todo en la casa maldita: arrancaron el coche y partieron aterrorizados, sin volver la vista atrás.

Sólo habían podido permanecer en aquella casa durante veintiséis días. Aquellos demonios o espíritus o lo que quiera que fuese habían conseguido su fin.

Ellos dijeron en la prensa que aquella casa estaba endemoniada. Se procuró investigar el caso desde muy diferentes aspectos. Por ejemplo, Stephen Kaplan, un profesor universitario de psicología y parapsicología, creía que efectivamente el fenómeno existía, que era un fenómeno anómalo, pero que había sido exagerado y «condimentado» por aquella familia. Pero ¿por qué razón, si tuvieron que abandonar su propia casa? También se dijo que simplemente no podían pagarla, que tenían deudas y que contar aquella historia inverosímil era una forma de darse publicidad. ¿Publicidad? ¿Para qué? La producción del programa *Milenio 3* contactó con Greg, uno de los hijos del matrimonio Lutz, y su mujer, casi amenazante, nos dijo que bajo ningún concepto volviéramos a llamarles. No querían saber nada de esa historia. Parece que esa casa, treinta años después, aún produce pesadillas en la familia Lutz.

Las casas encantadas y el cine

Las historias de casas encantadas forman prácticamente un subgénero dentro del cine de terror. No cabe aquí una nómina exhaustiva de películas que han tenido como protagonistas estos edificios siniestros, pero vale la pena hacer un pequeño repaso.

Una de las primeras películas de este tipo se realizó en 1927: *The Cat and the Canary* (en español se tituló *El legado tenebroso*), de Paul Leni; la trama se

desarrollaba en una antigua mansión en la que se producían ciertos asesinatos. En *The Oíd Dark House (El caserón de las sombras*, 1932), de James Whale, participaba Boris Karloff. Un grupo de viajeros se refugia en un caserón donde habitan un pirómano, un mayordomo deforme y un anciano de 102 años… En fin, todos los elementos que configuran una buena película. La casa, en sí misma, ya es un factor terrorífico y no es necesaria la presencia de espectros para que una película produzca miedo en el espectador. En 1953 se produjo *The Maze (El laberinto)*, de William Cameron Menzies: un hombre viaja a Escocia para hacerse cargo de una herencia y se encuentra con un viejo palacete que esconde un oscuro secreto y que está a punto de destruirlo.

En *La leyenda de la casa del infierno (The Legend of Hell House*, 1973), de John Hough, cuatro personas con poderes extrasensoriales son invitadas a pasar un fin de semana en un edificio en el que presuntamente hay fantasmas, y las creencias y conocimientos de cada uno de los visitantes se tienen que enfrentar a fuerzas desconocidas. (Su argumento recuerda a un filme de Sebastiá d'Arbó, *Viaje al más allá* [1980], donde varias personas que han tenido experiencias paranormales se encuentran en una mansión del Pirineo).

La maldición de Julia (The Haunting of Julia) es de 1977 y fue dirigida por Richard Loncraine. Una mujer (Mia Farrow) se traslada a una casa victoriana, después de la muerte de su hija, para intentar olvidar esa desgracia. Lo que no sabe es que la vivienda ya está habitada por un niño fantasmal, asesinado treinta años antes, que hará que su vida se convierta en una pesadilla.

El resplandor (The Shining, 1980), de Stanley Kubrick, basada en un relato de Stephen King, es todo un clásico, con un Jack Nicholson absolutamente desatado y con una mirada criminal insuperable. Aquellas dos niñas terroríficas, el hacha, el triciclo, la niebla y la nieve son sólo elementos adyacentes en un gran hotel vacío cuyas salas, pasillos y corredores forman el núcleo del terror.

Poltergeist (1982) es también otro clásico del cine de género. Escrita y producida por Steven Spielberg, se desarrolla en una casa construida sobre un cementerio. Naturalmente, los fenómenos paranormales comienzan inmediatamente y la vía de contacto entre el más allá y el mundo real es una niña fallecida en extrañas circunstancias en la vida real —Heather O'Rourke— cuyo recuerdo aún produce escalofríos.

El ente (The Entity) se presentó en 1983. Dirigida por Sydney J. Furie, es una estremecedora historia —basada en hechos reales— que cuenta cómo una señora es atacada y violada repetidamente en su hogar por un ser invisible. Nadie la cree, pero poco a poco los médicos empiezan a comprender que, en mitad de la madrugada, puntual y maléfica, una especie de presencia invisible invade la intimidad de esta mujer.

En todas ellas hubo un elemento siempre presente, cercano, inquietante. Las voces. Las voces del ayer, del pasado atrapado, del mal, que se aproximaban por

algún motivo a los nuevos moradores…

El cuchillo que corta la mente

Butch aseguraba que oía voces que le obligaron a cometer aquellos horrendos crímenes. Y habló de un «verdadero amo de la casa». También se habló de un brujo, expulsado de la mítica Salem, que al parecer había excavado un pozo en aquel lugar y que éste constituiría una verdadera puerta del infierno.

Pero los jurados no creen que los crímenes estén planificados u organizados por entidades invisibles e infernales. Los asesinos de Puerto Hurraco, por ejemplo, también aseguraron que escuchaban voces… En ocasiones, los detenidos aseguran vivir estas anomalías para que una presunta locura les permita obtener algún beneficio frente a los tribunales. Los científicos, los especialistas y los psiquiatras no son muy dados a conceder esas influencias maléficas, pero no niegan que hay personas que verdaderamente escuchan voces. Se trata, evidentemente, de patologías mentales que deben estudiarse con mucho rigor y cautela.

Antes de avanzar en este sentido, conviene aclarar ciertos puntos importantes: las enfermedades mentales y la violencia no están unidas indefectiblemente. Hay estudios serios y científicamente irrebatibles que aseguran que los enfermos mentales ofrecen un índice de criminalidad menor que otros grupos poblacionales sin patologías psíquicas. Por ejemplo, no se puede relacionar simplemente la esquizofrenia y la criminalidad. Que alguien padezca una enfermedad mental no significa que sea un asesino. Ocurrió tal vez en el caso de Amityville, pero incluso en este suceso concreto hubo tres diagnósticos distintos y tampoco se decidió cuál de los tres era el correcto. Ha de quedar muy claro que aquí en absoluto se pretenden demonizar las enfermedades mentales y, por supuesto, es necesario ser conscientes de que se trata de dolencias que deben ser tratadas por los especialistas. Por fortuna, los tiempos en que las enfermedades de la psique se consideraban relacionadas con las posesiones infernales ya han pasado. Aquí se trata simplemente de constatar un hecho que aún sigue siendo un misterio para los científicos y los psiquiatras: que hay personas que oyen voces en ocasiones. Voces nítidas que dominan su conducta. A veces es un fenómeno genético y a veces viene condicionado por otras razones, de índole social o somática. Lo cierto es que este fenómeno aún no se comprende en toda su extensión, que la psiquiatría tiene límites y que más allá está el misterio.

El médico psiquiatra José Miguel Gaona lleva muchos años tratando los fenómenos asociados a estas «voces de la mente». «Es algo relativamente frecuente», asegura.

«La palabra esquizofrenia procede del griego: *skizos* es tanto como “cuchillo”; *phrenos* es “mente”. En un sentido casi literal, la esquizofrenia podría definirse como “la mente cortada por un cuchillo”. Sería una especie de doble personalidad. Y en esa doble personalidad, uno de los síntomas propios de la esquizofrenia es la

sonorización del pensamiento. Las personas que tienen esquizofrenia creen que escuchan esas voces internas, pero en otras ocasiones creen recibir órdenes a través de la radio o la televisión; o bien pueden escuchar voces en el silencio más absoluto. Esas voces, evidentemente, son generadas por su propio cerebro».

El término esquizofrenia fue introducido por el psiquiatra suizo Eugen Bleuler en 1911, pero este trastorno ya fue identificado anteriormente por el psiquiatra alemán Emil Kraepeling en 1896, bajo la denominación de «demencia precoz»; con este concepto se quería precisar que las personas afectadas sufren deterioros cognitivos y de comportamiento similares a las demencias experimentadas por algunas personas ancianas.

La esquizofrenia suele aparecer durante la pubertad, aunque puede darse también más tarde; también hay casos prematuros durante la infancia y a veces se confunde con problemas escolares o se identifica erróneamente con un simple mal comportamiento.

Las personas que sufren esquizofrenia padecen distintos síntomas, entre ellos, las alucinaciones. (Por supuesto, hay distintos grados y no todos los pacientes sufren estos deterioros tan graves. Pueden tener sólo algunos de estos síntomas). Las alucinaciones pueden afectar a los cinco sentidos: hay alucinaciones táctiles, visuales, gustativas, auditivas y olfativas. Se trata de engaños del cerebro, donde se registran en realidad todos los hechos externos; estas alucinaciones son percepciones interiores, generadas por el propio cerebro, que se producen sin un estímulo exterior. Estas alucinaciones surgen en la mente: no se presentan en el mundo físico. Pero para quien las sufre son completamente reales.

En los límites de la mente humana

Precisamente porque en ocasiones se registran procesos dramáticos, pretendemos saber qué le pudo ocurrir a Ronald DeFeo. Él decía que un demonio le hablaba, que alguien le obligó a hacer aquello. Y luego guardó silencio. Un silencio impenetrable. Esta actitud es recurrente: los criminales de este tipo hacen una declaración y, como si adquirieran entonces conciencia de lo que han hecho, jamás vuelven a hablar del asunto.

El doctor Gaona explicaba un caso parecido al del joven de Amityville. Fue un caso que él tuvo la oportunidad de tratar. El suceso pone los pelos de punta: «Era un chico joven. Recuérdese que los primeros brotes de la esquizofrenia se producen hacia los dieciocho o los veinte años, y si no se tratan correctamente, evidentemente, degeneran. Este caso fue sobrecogedor. Afectó a un chico que recibió órdenes del más allá, al parecer, de una entidad superior, que le decía que su padre estaba poseído por el demonio y que, por tanto, tenía que acabar con su vida al más puro estilo de las historias de Drácula, es decir, clavándole una estaca en el corazón. Ni corto ni perezoso, el chico cogió un palo de escoba, lo cortó, afiló uno de los extremos y,

cuando el padre estaba durmiendo, se lo clavó literalmente en el pecho. Esto suena muy macabro, pero también es una reflexión para entender hasta qué punto pueden llegar a afectar estas voces a una persona: pueden controlar la mente de alguien».

Por desgracia, las enfermedades mentales y, concretamente, la esquizofrenia, parecen constituir una especie de tema tabú y los medios de comunicación apenas informan sobre ellas. Ricard Ruiz Garzón es el autor de *Las voces del laberinto. Historias reales sobre la esquizofrenia* (Plaza & Janes, Barcelona, 2005). Nos explica así estas carencias informativas: «Es un tema que casi se evita, pero es un problema que afecta al uno por ciento de la población: una de cada cien personas lo sufre. Dos o tres personas entre nuestros conocidos, estén diagnosticados o no, probablemente estarán afectados por la enfermedad. No sé si es un tema tabú, pero sí es un tema lleno de prejuicios y tópicos. Aparece pocas veces en los medios de comunicación y cuando aparece, generalmente se asocia a actos violentos. Pero la estadística demuestra que los enfermos de esquizofrenia son menos violentos que la población en general o, si lo son, lo son contra ellos mismos: por eso hay un índice elevado de suicidios».

Ricard Ruiz insiste en la dificultad de identificar científicamente el problema: «De la esquizofrenia sabemos eso: que es un enigma, que los psiquiatras y los especialistas aún no han acabado de identificar las causas. Hay una predisposición genética probablemente, pero también hay desencadenantes sociales. Sabemos que no existe una cura desde el punto de vista científico, pero casi un tercio de los enfermos puede salir del laberinto de la esquizofrenia o, al menos, quedar “compensados”, es decir, que pueden llevar una vida normal con una mínima medicación. Se sabe que los psiquiatras hablan de esquizofrenia para referirse a cosas muy distintas. En realidad, la esquizofrenia es un síndrome, un conjunto de síntomas, síntomas que a veces pertenecen a otras enfermedades, como la depresión o incluso la doble personalidad, pero esto no es la esquizofrenia, esto es otro trastorno distinto».

Esas voces que escuchan estos enfermos parecen unidas para siempre a esta dolencia. Son ciertas, algunos pacientes las escuchan, pero también hay mucho de leyenda y mito al respecto: «Los referentes cinematográficos y literarios han dado una idea un poco sesgada, distorsionada o romántica de la enfermedad. A veces se ha presentado así a grandes genios de la música, la literatura o la pintura, como si la esquizofrenia hubiera podido ayudarles en alguna medida. La esquizofrenia, en realidad, es una enfermedad paralizante. Respecto a las voces o las alucinaciones, es cierto que pueden condicionar muchísimo a la persona. Los enfermos no me explicaban algo que se imaginaban: me contaban algo que *vivían*, una experiencia tan cierta como lo que vivimos los demás en el mundo real».

Las voces que ordenan, que instan a cumplir misiones, que obligan a actuar no son habituales, aunque ocurren. De hecho, «hay personas que dicen que incluso en las fases más profundas del delirio son capaces de distinguir que algo no encaja y que si hay órdenes, son capaces de rechazar esas órdenes porque algo en su interior les dice

que eso no es algo normal».

La esquizofrenia, en fin, es un auténtico desafío para la ciencia. En ese punto parecen estar los límites de lo que actualmente sabemos respecto a la mente humana.

Pero ¿sólo con el diagnóstico médico se puede explicar satisfactoriamente todo lo sucedido en esa casa de Amityville?

Encuentros en la carretera

«Fucile credo plures esse Naturas invisibiles in rerum
universitate. Sed horum omnium familiam quis nobis
enarravit? Et gradus et cognationes et discrimina
et singulorum munera? Quid agunt? Quae loca habitant?».
(Creo sin duda que hay muchas naturalezas invisibles
en el mundo de las cosas. Pero… ¿quién nos dirá
a qué universo pertenecen? ¿Quién describirá
sus grados, vínculos, diferencias y características?
¿Qué hacen? ¿Qué lugares habitan?).

T. BURNET. *Arch. Phil*., II.

Caso #1

Testigo: Lorenzo Abad. Empresario
Lugar: Curva de la Pólvora, Deba-Itziar (Guipúzcoa)
Fecha: 1981
Tipo: Mujer joven. Interior

«Ocurrió una noche. Mi mujer y yo íbamos hacia Deba, cuando, pasando por las curvas que hay en la carretera, una chica nos hizo autoestop. Entonces, paramos para recogerla, y al cabo de un par de curvas nos advirtió que tuviéramos cuidado con la carretera, que se encontraba en malas condiciones, puesto que ella había tenido un accidente en aquel sitio. Entonces miramos hacia atrás, para ver el tráfico… y no… nos dimos cuenta de que ya no estaba allí. Nos quedamos muy sorprendidos, porque no habíamos parado el coche ni la puerta se había abierto. Ella no había podido bajar. No sabíamos qué había ocurrido. ¿Una alucinación? No lo sé… La habíamos visto los dos…».

Rogamos al lector que nos permita —por una vez— confesar nuestras impresiones al respecto y, en cierta medida, explicar el entramado de redes en que se desenvuelve *Milenio 3*.

Somos absolutamente sinceros; y confesamos que asociábamos este tema a la imaginación popular y, concretamente, a las leyendas urbanas. Todo el mundo conoce el fundamento de la historia mil veces repetida: un conductor viaja en su vehículo en plena noche; de pronto, una figura fantasmal aparece en el arcén de la carretera; el viajero se detiene y observa que es una joven; ésta se sube al automóvil y, antes de girar en una curva, advierte al conductor: «Ten cuidado: ahí me maté yo». Acto seguido, la figura desaparece. Es el modelo o el paradigma de una leyenda urbana conocida como «La chica de la curva».

¿Quién no lo ha escuchado alguna vez? ¿Y quién puede dudar de que se trata de un simple mito moderno?

Los oyentes del programa probablemente lamentaron nuestro inicial escepticismo. Sus justificadas quejas podrían expresarse en general así: «Si esas historias son

leyendas, ¿por qué no dais voz a las personas que hayan tenido esa experiencia? Si son leyendas, que hablen las leyendas».

Bien. De acuerdo. Que hablen.

Aquella noche comenzó un experimento sociológico a gran escala… y la respuesta fue sorprendente. Recibimos unos 750 casos a lo largo de la primera madrugada. Eran relatos de personas que habían tenido esa experiencia, que conocían de primera mano esos hechos, o que conocían a familiares y amigos que los habían vivido y sufrido. Con nombres y apellidos concretos, verificables, reales. Un material que quemaba en las manos.

La situación es ésta: sabemos que tenemos mucha audiencia, porque trabajamos en la Cadena SER, una emisora que es líder en todas las franjas horarias, pero, aun así, nuestros oyentes son sólo un pequeño porcentaje de la población. Ante esta avalancha de casos, debíamos preguntarnos de nuevo si aquello era leyenda o realidad. La respuesta es sencilla: no sabemos qué es. ¿Alucinaciones? ¿Sugestiones? ¿Impresiones? Debo decir que el material con el que contamos es digno de una investigación profunda y de gran calado: no puede ser que entre los oyentes del programa —un mínimo porcentaje respecto a la población española— se den tantos casos de apariciones y revelaciones fantasmales junto a las carreteras. ¡Más de 750 casos distintos!

Entre los oyentes que participaron en esta investigación se dieron distintas actitudes: había personas que estaban muy nerviosas, otros preferían no identificarse, otros nos legaban un secreto que pertenecía a su círculo familiar y personal. Se trata de material sensible, desde luego, y se comprenden los recelos y las dudas, porque estos temas se han tratado tan frívolamente en ocasiones que los protagonistas a veces son tachados de locos o perturbados. Por eso es necesario tener mucho cuidado y mucho tacto. A lo largo de las próximas páginas se cederá la voz a personas que han tenido experiencias con esos extraños visitantes de las carreteras españolas. Pero antes es necesario hacer algunas precisiones.

Explicaciones, tipologías y genealogías

José Miguel Gaona, psiquiatra de obligada consulta, como hemos comprobado en el capítulo anterior, prefiere explicar estos casos como productos de ciertos estados alterados de conciencia, similares a las alucinaciones y visiones de distintos tipos que se producen en la vigilia, poco antes del sueño o antes del despertar; y también suele aludirse al cansancio o a otros estados físicos que pueden favorecer visiones de este tipo.

Las preguntas, en este caso, son inmediatas: ¿y qué sucede cuando no es sólo una persona la que observa este fenómeno? Con mucha frecuencia, estas experiencias afectan a grupos de personas que viajan juntas en un automóvil. ¿Es que todos sufren una misma alucinación? Por supuesto, eso podría ocurrir, aunque los psiquiatras nos

aseguran que ese tipo de alucinaciones grupales o colectivas o compartidas son muy raras. La cuestión se torna más compleja a medida que se investigan los casos. ¿Sugestión? ¿Qué clase de sugestión es la que obliga a creer que una entidad o un ser sube al vehículo de una persona y después desaparece?

Se dice que estas figuras aparecidas son siempre mujeres. Según Antonio Ortí y Josep Sampere, autores de *Leyendas urbanas en España* (Martínez Roca, Madrid, 2000), la mujer representaba en la Antigüedad, y para la Iglesia, una especie de reto pecaminoso y nos hablan de caballeros para los cuales esas damas eran la representación de la desviación del deber, algo parecido a las sirenas que trataron de encantar con sus prodigiosas voces a Ulises en la *Odisea* homérica. Ahora bien, si es leyenda, ¿cómo entender la persistencia de estos fenómenos y la implacable verosimilitud de los testimonios?

¿Qué se esconde detrás de esto? ¿Qué está viendo la gente en las carreteras? ¿Por qué ocurren tales episodios? ¿Se debe a los lugares o a las personas? Muchos camioneros y conductores llevan toda la vida en las carreteras y nunca han visto nada semejante. Así pues, ¿se trata de una coincidencia de determinados lugares y determinadas personas? O de algo más dramático: ¿se trata de la persistencia de elementos no conocidos tras acontecimientos trágicos? Los espiritistas dirían que tras un hecho terrible hay elementos psíquicos o espirituales que permanecen en el lugar… pero eso sólo es una simple teoría.

Nuestros testigos —sólo se avanzará una muestra— son personas normales, con los oficios más diversos, de procedencias distintas, con condiciones culturales y socioeconómicas muy diferentes. ¿Y qué o a quién ven? Con frecuencia, como se ha dicho, la visión se corresponde con una mujer joven, pero también hay ancianas enlutadas, hombres altos y grotescos ataviados con sombrero de copa o con un maletín, niñas vestidas de primera comunión o portando un ramito de flores, niños con una pelota, ancianos, e incluso grupos mixtos, como anciana-niña, o animales. Quizá la visión más terrorífica sea la de la niña de ojos vacíos que sonríe… En noviembre de 2003, un camionero de Girona se ve obligado a frenar casi violentamente al divisar en medio de la noche lluviosa a una niña con vestidos de otra época que cruza la carretera sonriendo, envuelta en una especie de luminiscencia muy ligera. En aquella noche sin luna se apreciaba su pequeña figura brillante con claridad. Sonríe y cruza… en mitad de una carretera de montaña.

Entre los camioneros se cuenta la historia del lobo negro que se cruza ante el vehículo justo en el momento en el que podrían quedarse dormidos. Este hecho sugiere que estas figuras aparecen como premoniciones o como avisos. Muchos de los testimonios recogidos tienen relación con esta función de ángeles custodios: avisan de un inminente peligro. Son figuras que salvan vidas.

En otros casos no advierten de la posibilidad de un accidente, sino que se presentan como el recuerdo de ese suceso: «Ten cuidado… porque aquí me maté yo».

Finalmente, parece que en ocasiones sólo intentan reclamar nuestra atención. Un

oyente narraba un caso espeluznante: él era trabajador en una ambulancia y acudió al lugar donde se había producido un accidente de tráfico. Cuando se acercó a las inmediaciones del siniestro, una joven le contó cómo había ocurrido todo. Cuando sacaron el cadáver del amasijo de hierros en que se había convertido el coche… era ella.

Estas experiencias tienen una genealogía y una historia. Sea lo que fuere —muchos piensan que es una leyenda que se modifica con el discurrir de los siglos—, su persistencia parece indudable. Los cruces de caminos, lugar donde moran los demonios, según las tradiciones medievales, son, desde el punto de vista antropológico, emplazamientos propios para la aparición de seres fantasmales: la espantosa visión de una mujer sin cabeza en un cruce de caminos en Etch, actual Holanda, se halla recogida en numerosos textos antiguos. Durante el medievo se generó una cultura del miedo a fuerza de repetir imágenes de mujeres con trajes vaporosos, muy semejantes a las que se describen en la actualidad. En aquellos siglos, el terror tenía otra intensidad: no se podía transitar por algunos caminos a determinadas horas. Y en los siglos XVII y XVIII hay una larga tradición de caballeros que hablan de mujeres que exhalaban un gélido aliento cuando se montaban tras el jinete, justo un instante antes de desaparecer.

También es común la historia de los carruajes que transitan por parajes oscuros y que se detienen obligadamente porque los caballos se niegan a continuar el camino. A veces se explica que el postillón descendía del pescante y trataba de encontrar la causa que atemorizaba a las bestias; entonces veían una figura en mitad del camino. Sólo cuando esa figura extraña se había ido o se difuminaba, los caballos reemprendían la marcha.

En Estados Unidos se realizaron estudios sobre la famosa «chica de la curva» en los años cuarenta y se publicaron en diversos medios de comunicación. Se encontraron 79 tipos de autoestopistas fantasmales y, casi en el cien por cien de los casos, éstos avisaban de un acontecimiento futuro. En Sudáfrica es clásico el caso del fantasma de Uniondale. Los testigos no se conocían entre sí, ni sabían de la historia, y narraron los mismos hechos, incluso dieron un nombre: María Roux, una chica que murió el día 12 de abril de 1968, a los 23 años, en un accidente de coche. Se comprobó que esa chica había existido y había fallecido en el mismo lugar y en la misma fecha que ella misma, en su versión fantasmal, indicó a los viajeros.

Hace mucho tiempo, cuando estábamos en el proceso de investigación previo a la publicación del libro *El paraíso maldito,* que se centraba en el paisaje cacereño de Las Hurdes, tuvimos ocasión de conocer una historia sorprendente. Supimos que hubo una serie de intervenciones oficiales en 1907 debido a ciertas apariciones en la zona. Cuando los testigos tuvieron que explicar lo que habían visto en diferentes puntos y a lo largo del tiempo, utilizaron un nombre curioso: el Duende *Entiznao*. Nos lo describieron como un individuo vestido completamente de negro y —lo que más inquietaba a los veinte testigos que lo contaron—, según ellos, el Duende

Entiznao se aparecía en lugares donde se había producido alguna tragedia. Su tocado característico era un sombrero de copa. En las páginas siguientes el lector podrá deducir si hay casualidades o no.

Caso #2

Testigo: Alberto [s.a.]. Conductor
Lugar: Olmedo (Valladolid)
Fecha: [s.d.]
Tipo: Espejo

«Yo soy conductor, tengo 29 años y soy de Valladolid, y tengo la suerte de hacer rutas fijas, de Valladolid a Palencia, por la autovía. Y ese día no tenía especialmente sueño. Iba tranquilamente conduciendo. Como todos los conductores, yo tengo la costumbre de mirar al retrovisor de vez en cuando. Pues en el espejo retrovisor izquierdo vi, ocupando todo el espejo, la cara de una mujer. Su edad… de unos 40 años, peinada hacia atrás, y tenía los ojos muy rasgados, muy rasgados y casi inclinados en diagonal, como cuando distinguimos la mirada de un lobo respecto a un perro… Los lobos tienen los ojos más inclinados hacia el centro de la nariz. "¿Qué es esto?", dije. Me quedé mirando fijamente y durante un segundo la vi claramente, volví a mirar a la carretera, claro, y volví a mirar al espejo y allí estaba, porque me miraba fijamente. Y luego volví a dar un golpe de vista y desapareció».

Caso #3

Testigo: Emilio [s.a.], más otra persona
Lugar: Jabugo (Huelva)
Fecha: [s.d.]
Tipo: Anciana enlutada

«Yo iba con mi padre en el coche, cerca de Jabugo. Íbamos por una carretera comarcal, antes de llegar a la zona de Jabugo. Yo llevaba puestas las luces largas… y salió del arcén una figura humana. Era oscura, no se definía perfectamente la figura. Lo vimos los dos. Cuando llegamos a su altura, creíamos que necesitaría ayuda o algo, porque en esa zona, y a altas horas de la noche, la una y media de la noche aproximadamente… Ralentizamos la marcha. Y cuando estábamos llegando a esa figura, yo noté algo raro, porque tenía la mirada perdida, no miraba hacia ningún lado. Le llegué a ver la cara perfectamente, no era nada etéreo, era una persona. Estaba muy cerca, a un metro. Era una mujer de muy avanzada edad. Pero lo que a mí me llamó la atención fue la rapidez con que pasó del arcén al centro de la carretera. Fue muy rápido y para una anciana… no creo que debiera tener esa agilidad. Y también me llamó la atención que cuando estábamos a un metro de ella tenía una

mano abierta y la otra la envolvía con un puño… No sé si me explico bien. Y tenía la mirada perdida, no miraba hacia ningún lado… No… casi paramos… pero no… porque cuando vi esa imagen… A mi padre no le dan miedo esas cosas, pero sentimos casi pánico. Porque era una imagen… ni en una película de miedo sale una figura así. Ese ser o lo que fuese sabía que estábamos allí. Parecía que no quería que avanzáramos, como si nos quisiera advertir de algo. Yo tenía el coche casi parado y entonces me eché un poco hacia un lado y… yo no sé si fue por intuición o por algo… pero apreté el acelerador y nos fuimos. Sentimos tanto miedo a eso desconocido… Hemos viajado mucho por la noche y eso no lo habíamos visto en la vida. Después de aquello… desde que la vimos hasta que llegamos a nuestro destino, no hablamos nada. Estábamos los dos paralizados».

(Varios oyentes nos comunicaron que esto era completamente real y que era un asunto muy conocido en la Sierra de Aracena. Mucha gente había visto a aquella mujer, y a veces iba con una niña).

Caso #4

Testigo: David [s.a.]. Ref.
Lugar: Mirabel, Curva del Castillo (Cáceres)
Fecha: 1994
Tipo: Hombre vestido de negro, con sombrero

«Ocurrió en un pueblecito que se llama Mirabel, que está cerca de Plasencia, en un lugar que se llama la Curva del Castillo, porque justo por encima se encuentran las ruinas de un castillo, el castillo de Mirabel. Le ocurrió a mi madre, una noche de invierno, hace ya bastantes años, en 1994. Ella, como cada día, iba a trabajar al hospital Virgen del Puerto de Plasencia. Una noche fría y lluviosa, cuando regresaba, pasando el pueblo de Mirabel y pasando esa curva, vio lo que le pareció un hombre todo vestido de negro y con un sombrero, parado, mirando hacia la carretera, en el arcén, y mirándola a ella fijamente. Esto volvió a ocurrir al día siguiente y al otro. Pero mi madre llegó a casa muy asustada el tercer día. Llorando, angustiada, con mucho miedo. Decía que lo había visto más veces, lloviendo, allí parado… Mi padre es policía y fueron para allá, pero allí no había nadie. A mi madre le daba miedo porque era una figura alta, con sombrero de copa, con unos ojos grandes, quieto, y con el frío que hacía… Y cuando ella pasaba, él la miraba… Preguntaron por el pueblo y lo describieron, por si alguien lo conocía, pero nadie sabía nada. Dos días antes de verlo, según dijeron, se había suicidado una persona arrojándose desde lo alto de las ruinas del castillo. El castillo está justamente en lo alto de esa curva. Otra gente dice que lo vio. Mi madre tenía pánico: llegó a decir que iba a cambiar el turno en el hospital para no pasar por allí de noche y no volver a encontrarse con aquello. Estaba angustiada y con mucho miedo».

Caso #5

Testigo: José [s.a.]. Taxista. Más tres personas
Lugar: Arroyo de la Luz-Casar de Cáceres (Cáceres)
Fecha: 2002
Tipo: Mujer joven

«La verdad es que… sí… se ponen los pelos de punta al recordarlo. Lo recuerdo y recuerdo las imágenes y parece que estoy en el mismo lugar… Esto ocurrió en una carretera muy estrecha entre el pueblo de Arroyo de la Luz, a unos 20 kilómetros de Cáceres, y Casar de Cáceres. Es una carretera muy estrecha. Ocurrió en noviembre de 2002. Iba con el taxi y llevaba conmigo a tres chicos de unos 25 años. Estaba de tormenta y era una noche muy cerrada, con muchos relámpagos. En un momento dado, vimos un resplandor blanco, y a medida que nos íbamos acercando fuimos viendo lo que se diría que era… la… la… dama. Claro, al reaccionar, con el susto, di un frenazo y en ese momento, sale de la curva un Laguna a toda velocidad y pegando vueltas de campana… Nosotros, parados, fuimos corriendo a buscar al conductor, buscamos a la chica… y no vimos nada. Apareció una ambulancia. Pero esa figura no apareció. Era una chica de unos 27 o 30 años, de una estatura… 1,70, con el pelo largo y castaño, muy oscuro, y el rostro un poco pálido. Estaba como sentada en la cuneta. Eso nos impactó. Era totalmente físico, no era una imaginación. Iba envuelta en una especie de toalla con una camisa blanca. Pero se veía perfectamente, por eso frenamos. Yo sí creo que aquello fue una especie de advertencia. Porque si no llegamos a frenar… El conductor del Laguna era un chico de unos 30 años, venía a una velocidad impresionante, dando vueltas de campana; pasó como a unos cuatro o cinco metros de nosotros. Si no llegamos a frenar, nos arrastra con él, con toda seguridad. He vuelto por allí…, pero cuando paso por allí… paso con mucho respeto. Estábamos todos congelados. Allí había una chica. ¿Dónde estaba? Había que buscarla. Los de la ambulancia y la Guardia Civil también la buscaron, pero ella no apareció».

Caso #6

Testigo: Pablo [s.a.]. Más varios testigos
Lugar: Córdoba-Andújar (Jaén)
Año: [s.d.]
Tipo: Hombre vestido de negro. Calavera

«Iba camino de Andújar, desde Córdoba, por la autopista. Mi compañero pegó un volantazo y dijo que había visto a un hombre vestido de negro y con el cuerpo lleno de… como si fuera una calavera. Y que le echaba el alto, como que se parara, pero, claro, en la autopista no se puede parar, lo pasó de largo, y dijo: “Voy a dar la vuelta porque me he *acojonao*”. Dio la vuelta, volvió y ya no estaba. A un kilómetro, un

accidente con un camión volcado. Era alto, un hombre, vestido de negro, como con una capucha… no sé… Pensábamos que era un autoestopista… Pero no vimos nada. Nos quedamos traumatizados. Veinte minutos después, vimos el accidente. Yo no sé… me gustaría pensar que eso no existe. Quiero pensar que eso no va conmigo. Sé que es cierto, pero no quiero asumirlo».

Caso #7

Testigo: Iker [s.a.]
Lugar: Noviercas (Soria)
Fecha: [s.d.]
Tipo: Familiar fallecido. Interior

«En una vía secundaria de la provincia de Soria, en un tramo entre Jarai y Noviercas. Era el anochecer de un día tremendamente frío y yo llevaba más de dos horas de viaje, y aún me quedaba otro tanto. No había ningún coche circulando, salvo el mío. En un momento dado, noté una brisa helada a mi vera y subí la calefacción del coche. De pronto, miré por el retrovisor, como tantas veces, y vi la imagen de una mujer, me giré de inmediato y la vi. Era mi abuela, que había fallecido hacía tres años. Vestía una especie de camisón, bastante holgado. Estaba sentada en la parte trasera derecha del coche. Me quedé blanco y sin saber qué decir. Pero no hacía falta. Con una suave y cálida voz, me dijo "Te quiero" y me advirtió que tuviera precaución. Y desapareció. No me lo acababa de creer. Dos curvas después, la última a la derecha, lo recuerdo perfectamente, el coche patinó de atrás y perdí el control. Quedé estampado contra el quitamiedos del sentido contrario, y debió de ser por una placa de hielo… no lo sé. Afortunadamente no tuvo consecuencias. No puedo quitarme del pensamiento aquella noche ni cómo me habló mi abuela. Aquello fue una extraña mezcla, entre pavor y gozo, y cada vez que lo rememoro estoy más seguro de que así fue. Además, tengo que señalar que Noviercas, el municipio por el que iba a pasar inmediatamente, es el pueblo natal de mi abuelo y algo de sentido tiene… creo yo».

Caso #8

Testigo: Miguel Ángel [s.a.]. Camionero
Lugar: Peñaflor-Puebla de los Infantes (Sevilla)
Fecha: [s.d.]
Tipo: Anciano

«Ocurrió en la provincia de Sevilla, de Peñaflor a Puebla de los Infantes. Al llegar a Peñaflor, me indicaron una carretera para pasar con el tráiler. Allí, en un cruce, vi a un señor. Era un hombre mayor y le pregunté por dónde ir a Puebla de los Infantes y

me señaló: “Esta carretera, esta carretera… ¿Me puedes llevar?”. Le dije que sí, lo monté en el camión y le eché una mano para subir porque el hombre era mayor. Y al pasar el puente del AVE, me dijo que parara, que se quedaba allí. “¿Cuánto me queda para Puebla de los Infantes?”, le pregunté. Y no recuerdo si me dijo cuatro leguas o siete leguas. Me habló en leguas. Es una carretera estrecha. Me bajé del camión, le eché una mano al hombre para que bajara y le digo: “Tenga cuidado ahora, cuando arranque el camión, no lo vaya a pillar…”. Antes de ponerme en marcha, empecé a mirar por el retrovisor, pero no lo veía… no lo veía y temía que pudiera atropellarlo cuando arrancara. Bajé otra vez. Empecé a buscarlo… y nada. Había desaparecido. Yo miré debajo del camión. Busqué por todos lados. Y allí no había dónde esconderse. Aquel hombre desapareció y ya está. Tendría que haberlo visto. Era un hombre de setenta o setenta y cinco años, mayor, tampoco podía correr… El hombre iba vestido… Llevaba una camisa… con su boina. Fue una conversación normal. Me dijo que tuviera cuidadito y ya está… Lo toqué, pero era normal. Yo no creo en todo esto… Miré por todos lados… De eso hace tres años y no hago más que darle vueltas al tema…».

Caso #9

Testigo: Montse [s.a.]. Ref
Lugar: Vivero-Lugo
Fecha: [s.d.]
Tipo: Mujer joven. Interior

«Mis tíos venían de Vivero hacia la provincia de Lugo. Tenían un coche de dos puertas. Era por la noche, venían de una reunión familiar en Vivero. Y vieron a una persona que hacía gestos con la mano, como queriendo que pararan. Pararon y a ellos les extrañó ver en plena noche a una chica así, con un vestido. La descripción era… decían que llevaba como un camisón holgado, blanco. Era, según mis tíos, una chica rubia, de cara guapa, atractiva. Y dijo que si la podían acercar al pueblo más próximo. Mi tía se bajó y la dejó pasar al asiento de atrás. Ella se frotaba los brazos, como si tuviese frío. Y entonces mi tía le dejó una chaqueta y ella se la puso por los hombros. Entonces, al pasar una curva… ella gritó: “¡Ten cuidado, ten cuidado… que en esta curva me maté yo!”. Entonces, mi tío mira para atrás por el espejo retrovisor y ve que la chica no está. Pega un frenazo… ¡Había desaparecido! Fue un horror, un horror. Cuando llegaron a Lugo, estuvieron varios días conmocionados. Mi tía no articulaba palabra. Para ellos fue un impacto tremendo. Lo comentaron en familia. Yo les pregunté por qué no lo habían denunciado a la policía… “Nos tacharían de locos”. No se atrevieron a comentarlo a nadie. Les tuve que preparar una tila, traían una cara de espanto, pálidos… un horror».

Algunos lugares

No existen lugares concretos donde los investigadores puedan acudir para constatar de primera mano estos hechos. Pero sí parece haber espacios más «proclives», al menos en la tradición y por los testimonios de quienes afirman haber vivido este tipo de experiencias. Uno de los aspectos recurrentes, al parecer, son los hechos trágicos en las inmediaciones: accidentes, suicidios u otros hechos luctuosos.

A continuación proponemos un breve listado de enclaves donde estas manifestaciones son frecuentes según los centenares de testimonios recogidos en *Milenio 3*:

—Las Cuevas de los Úbedas y Curva de Terrones (Almería). Se aparece la Dama de Negro.

—Barcelona, curvas del Garraf. Aparece una joven haciendo autoestop.

—Torredembarra (Tarragona). Hombre vestido de negro, con maletín.

—Ciudad Real-Daimiel. Una chica que espera que alguien la lleve a un baile.

—Ceuta. Un monje aparece junto a los acantilados.

—El Torbiscal-Guadalema (Sevilla). Una niña con un vestido blanco.

—Curva de la Muñeca (Almería). Niña vestida con traje de primera comunión.

—Navacerrada y Puerto de la Cruz Verde (Madrid). Mujer joven.

—Manzanares (Ciudad Real). Anciana enlutada.

—Alto de San Antón (La Rioja). Anciano cruzando la carretera.

—Carbonero el Mayor-Turégano (Segovia). Mujer con camisón blanco.

—Los Palacios-Utrera y Cuesta de la Doblas (Sevilla). Joven vestida de novia.

—Tolox (Málaga). Aparece un cabrero, al parecer atropellado en aquella zona.

—Barracas-El Toro (Valencia). Niña de unos cuatro años.

—Orihuela (Alicante). Chica de la curva. Caso «tipo».

—Arjonilla-Marmolejo (Córdoba). Anciana.

Ouija

«En más de una ocasión hemos intervenido en casas
donde se producían extraños fenómenos. Hay una cosa que
no suele fallar cuando interrogamos a los testigos:
allí, tiempo atrás, se practicó el espiritismo, la tabla ouija…».

José Antonio Sánchez, comisario jefe de Madrid

—¿La ouija? Es un juego. Su nombre procede de la unión de dos palabras: *oui*, «sí» en francés, *y ja*, «sí» en alemán.

—Ah, ya… ya sé qué es la ouija. Todo el mundo ha hecho espiritismo alguna vez… ¿De verdad crees en esas cosas…?

—¿Y por qué no? «Esas cosas», como tú dices, son formas de energía que pueden comunicarse con nosotros, y sólo necesitan que se les abra una puerta para poder hacerlo. La ouija es una de esas puertas.

Este diálogo (tomado del filme *Ouija*, de Juan Pedro Ortega, 2004) se ha dado miles de veces, en la realidad y en la ficción (películas, novelas, relatos), en reuniones juveniles.

Este «pasatiempo» ha causado grandes desgracias y ha marcado vidas. De eso no cabe ninguna duda. Se realiza sobre una tabla, en la que aparecen escritas las letras del alfabeto y los números en círculo, y algunos monosílabos, como «Sí» y «No», y la palabra «Adiós». Sobre esa tabla se coloca un objeto, a veces conocido como *planchette*, con distintas formas (triángulo, corazón), o un vaso, que es sin duda un método más rudimentario. La tradición popular supone que, en ese momento, se plantea la ingenua pregunta: «Espíritu… ¿estás ahí?». Entonces, el vaso, o la moneda, o el objeto que se utilice como marcador o guía, apenas tocado por las personas reunidas, irá moviéndose de un lado a otro, configurando palabras y frases, y, en teoría, respondiendo a las invocaciones y preguntas de los asistentes.

¿Qué hay de verdad y de mito en este mal llamado juego?

Algunos científicos han tratado de investigar qué ocurre en la mente de los participantes en una sesión de ouija. Se habla de inconsciente colectivo o de efecto ideomotriz, descubierto por William Carpenter en 1882: son movimientos musculares de origen mental independientes de la voluntad. Carpenter aseguraba que esta fuerza era también la que movía las varillas del zahorí o los péndulos radiestésicos. También hay científicos que hablan de energía residual, de un cierto tipo de fuerza que tendríamos los seres orgánicos y, curiosamente, también los inorgánicos. Se trataría de una energía que podría permanecer o ser sentida por los seres vivos o se impregnaría en los objetos y ambiente.

Lo cierto es que muchos de los participantes en sesiones de ouija no vuelven a ser los mismos. Algunos hablan de sucesos extraños. Otros, simplemente, terminan «enganchándose» y esperando más de los muertos que de los vivos. Sólo hay que echar un vistazo a las noticias y leer algunos titulares:

«16 de noviembre de 2005.

»Psiquiatras y psicólogos examinarán a 25 alumnos del colegio Clemente Chávez, en San Martín (Perú), tras sufrir trastornos después de realizar una sesión de ouija. Se habla de crisis de histeria colectiva».

El drama de Cainitas

Ocurrió en mayo de 1982, en el número 51 de la calle Cañitas en México de Un grupo de catorce muchachos decide entretenerse con una vieja tabla ouija. Se trataba de un pasatiempo un tanto trivial, casi entre bromas. Una chica, cuyo novio había muerto al parecer en un accidente de tráfico pregunta por su espíritu. ¿Qué necesidad había de ponerse en contacto con ese joven? Se asegura que una anciana les advirtió que ya hubo alguna otra tragedia relacionada con el espiritismo en ese mismo bloque de edificios. Les rogó que no hicieran nada después de las siete de la tarde. A las nueve de la noche, aquellos muchachos, atraídos por todas las prohibiciones, empiezan su sesión.

Así comienza su tragedia.

Según el informe policial, vino de los jóvenes empieza a hablar con voz desconocida y en un lenguaje que nadie comprende, con voz gutural, y comienza a golpearse contra las paredes hasta deformarse la nariz y los pómulos. Con la cara ensangrentada, dice: «Yo no soy el novio de tu puta madre».

Al tiempo, el tablero deletrea esas mismas palabras continuamente, el vaso revienta y los episodios terroríficos se suceden.

Una de las personas que estaban en aquella sesión de ouija se convirtió después en un famoso divulgador de estos asuntos. Se llama Carlos Trejo y explicaba así su trágica experiencia a través de los micrófonos de *Milenio 3*: «Todo comenzó con una mentira. Porque el novio de esa muchacha no había fallecido y no había tenido ningún accidente. Contactar con él era completamente… ridículo. Cuando ella trató de contactar, la ouija comenzó a insultar, a agredir, a ponerse violenta y a una de las personas que estaba jugando… se le pusieron los ojos en blanco, se le salía la lengua, hablaba en otro idioma, la temperatura de la habitación bajó dramáticamente. Era una situación muy fuerte, muy agresiva. En esos momentos, aquel muchacho se echó hacia atrás, comenzó a tener convulsiones… Empezamos a rezar y a echarle agua bendita, y, de repente, él vomita y cuando reacciona, no sabe qué estaba pasando…».

Carlos Trejo asegura que aquella misma noche, cuando todo parecía que había pasado, a las cuatro o las cinco de la mañana, empezó a notar que algo se subía a los pies de la cama, como si se tratara de un perro o un animal. «Yo pensé que estaba sugestionado y salí de la cama; salí al patio a fumar un cigarrillo y volví a la habitación, pero de nuevo sentí esa presencia… Y en ese momento abro los ojos y veo un monje frente a mí, con intenciones agresivas. La cama empezó a vibrar muy fuertemente…».

Si esto es cierto, es comprensible el terror. Trejo lamenta que nadie quisiera ayudarlos porque, en realidad, nadie creía lo que les estaba ocurriendo. «Fue una experiencia muy desagradable y grotesca».

Llamaron a un sacerdote, que trató de exorcizar la casa. «Cuando estaba realizando el ritual y el rezo, una bola de aire comenzó a desplazarse por toda la casa hasta que rompió todos los cristales y todo el mundo se quedó impactado cuando se comprobó que la Biblia que había estado utilizando el sacerdote se había quedado manchada de sangre. Tristemente, el sacerdote falleció ese día. Resbaló y se desnucó, por la noche».

Los muchachos, acosados por aquellas presencias, trataron de buscar una solución. La cura que se les sugirió era de origen azteca, con distintos elementos naturales y algunos elementos cristianos. Les recomendaron rezar el salmo 91:

No tendrás que temer del terror de la noche…

Es una oración que se utiliza habitualmente en los exorcismos. Seguramente fue un error intentar dar con ese ser que moraba en la casa. «Cuando hicimos ese exorcismo, efectivamente se manifestó, ya lo podíamos ver físicamente: era una sensación durísima… Volvieron a reventar los vidrios. Era una cosa impresionante».

A partir de aquellos rituales, al parecer, la casa volvió a tranquilizarse, pero en 1986 supieron que aquel ser al que habían invocado cuatro años antes iba a volver con intención de seguir matando a los que habían vivido aquella experiencia. En aquella fecha, un investigador quiso saber qué había ocurrido allí y llamó a algunos de los participantes. Decía que su situación era dramática y que deseaba hablar con ellos. «Nunca llegamos a hablar con él. Se estrelló con el coche. Aparentemente se quedó sin frenos y el parabrisas lo degolló».

Así se fueron completando las muertes, hasta catorce, «entre ellas, desgraciadamente, la madre de mis hijos», dice Carlos Trejo. «Simplemente fue adelgazando, no se sabía qué le ocurría, le hicieron muchísimas pruebas, de cáncer, de leucemia… se recuperaba si entraba en una iglesia, volvía a recaer… Fue un juego entre la vida y la muerte hasta que falleció. Y así ocurrió con todos mis amigos».

Carlos intentó estudiar el fenómeno —«más por temor que por valentía»— y quiso comprender qué había ocurrido. «Fui con una persona a aquella casa y, estando allí, comenzaron a cerrarse las puertas, bajó la temperatura, había un olor fétido, y se volvió a dibujar la figura de aquel ser… Siempre era la misma figura».

Debajo de esa casa, según Trejo, se encuentra un cementerio de los monjes de Tacuba, de la época azteca. Allí hubo un templo de sacrificios humanos. Al parecer, aquella casa fue construida sobre ese cementerio de monjes, y es posible que allí se albergara alguna congregación de la Santa Inquisición. «Cuando hicimos excavaciones, encontramos tumbas de esas gentes. La posibilidad de que contactáramos con esos seres, en el momento en que podían estar esperando

manifestarse, pudo haber propiciado todo lo que ocurrió».

Se han llevado a cabo mil investigaciones en torno a este caso, pero para las autoridades son sucesos comunes: un coche que se queda sin frenos, un accidente, una enfermedad…

«No es un caso del que uno se sienta orgulloso», asegura Carlos, «porque se sufre mucho cuando tratas de explicarlo y no te creen. La situación se fue complicando hasta que falleció mi esposa. Decidí alejarme de aquella casa, porque sabía que había algo que yo no entendía y que no podía comprender. Toda mi vida de ilusión y de amor se había destruido. Estaba desesperado».

¿Es esto lo que puede ocurrir tras una aparentemente inocente sesión de ouija?

Carlos Trejo probablemente puede dar un consejo al lector: «No tienes que arriesgarte con cosas que no vale la pena. Uno puede jugar con esta tabla y puede que no suceda nada. El problema es cuando contactas con algo y ese algo es agresivo o es un ente negativo, con intención de causar daño. Ése es el peligro».

Para hablar con los otros

Los antiguos egipcios utilizaban un elemento singular para ponerse en contacto con sus antepasados. Se trataba de un anillo atado a un hilo que bailaba sobre un tablero en el que se disponían diversos símbolos, mediante los cuales —se suponía— los muertos deletreaban sus mensajes.

También se dice que Pitágoras, en el año 540 a.C, usaba un objeto parecido en su círculo filosófico. Utilizaban una tabla mística que se movía con una especie de ruedecillas y hacía símbolos que el filósofo interpretaba después a sus alumnos, asegurándoles que se trataba de revelaciones de los muertos.

En la Biblia se recogen algunos pasajes en los que se prohíbe invocar a los espíritus. Por ejemplo, en el primer libro de Samuel se dice que el rey Saúl recurrió a una mujer para conjurar el espíritu del difunto profeta Samuel y fue castigado por Dios.

«Saúl se disfrazó vistiéndose otras ropas y se fue acompañado de dos hombres. Llegaron de noche a casa de la mujer, y él le dijo: “Adivíname el futuro por medio de un espíritu y evócame al que yo te diga”» (I Sam 28, 8).

Las primeras formulaciones de la ouija se llamaban *planchettes*. Era el método antiguo, antes de que se difundiera el tablero actual. Las primeras *planchettes* fueron una especie de pequeñas canastas que estaban atravesadas por un lápiz. Con ellas, el médium, después de concentrarse, hacía de mediador de los espíritus y escribía en un papel el mensaje que éstos presuntamente le transmitían. Era, en realidad, un método parapsicológico de escritura automática. Ese instrumento evolucionó, convirtiéndose en lo que hoy conocemos propiamente como *planchette*, palabra francesa que significa tabla o tablilla. Se trata de una pequeña plancha de madera con forma de corazón. En uno de los extremos de la *planchette* hay un agujero donde se introduce

un lápiz y, en la base, hay una especie de ruedecillas que permiten que esta guía se desplace sobre un papel, en una mesa o en algún lugar fijo. Así, el médium puede escribir los mensajes que supuestamente le transmiten seres o entes que no se hallan en esta dimensión. El reclamo que los comerciales escribían para vender estas *planchettes* rezaba: «Intente mejorar el presente y su futuro será más brillante». Las instrucciones decían que había que poner una tabla en las rodillas de una dama y de un caballero, y la guía o *planchette*, con forma de corazón, encima de ella. Cualquiera de los dos, después de concentrarse, podía hacer una pregunta y el mecanismo contestaría rápidamente, escribiendo sobre un papel la respuesta. Pero estos artilugios poco a poco fueron desapareciendo, ya que los mensajes que escribían eran ininteligibles la mayoría de las veces, el papel se movía, el lápiz se desplazaba o se trababa, las frases se superponían… Por todo ello, el mecanismo fue evolucionando hasta convertirse en lo que hoy conocemos como el tablero ouija.

La tabla de la ouija, a la que también se llamó «el telégrafo de los muertos», fue inventada por William e Isaac Fuld, que la comercializaron en 1889. Como reclamo, en las cajas que contenían la ouija se decía: «La ouija conoce todas las respuestas. Extraña y misteriosa, sobrepasa en sus resultados la lectura de la mente y la clarividencia. Tan inexplicable como la magia, la ouija le hará sentir lo que usted nunca ha experimentado».

En definitiva, se vendía casi como un juego, un entretenimiento.

Durante las dos guerras mundiales, la ouija fue muy utilizada por las mujeres que habían perdido a sus maridos en combate. Ante la muerte de sus esposos, muchas desesperaban y acudían a todo tipo de métodos para intentar el contacto con sus espíritus.

En 1996, la empresa fabricante de juguetes estadounidense Parker Brothers compró los derechos para la comercialización del tablero. Se fabricaban con todo tipo de motivos decorativos (dibujos relacionados con Halloween, paisajes de lugares misteriosos, pirámides energéticas) e incluso se realizaron tablas cuyo motivo principal era el diablo. Desde entonces, se calcula que se han vendido más de veinticinco millones de ouijas en Europa y América.

Pero la tecnología también ha llegado a este presunto método de contactismo y hoy en día es muy común la ouija por ordenador. Se le hace la pregunta a la máquina y un objeto se mueve en el tablero del ordenador y ofrece algunas respuestas. Normalmente —y naturalmente—, ofrece respuestas programadas por los individuos que mantienen el negocio.

Jugar con fuego

Es un verdadero misterio. Naturalmente, hay farsas y fraudes, como en todo lo relacionado con los aspectos desconocidos que tratamos habitualmente. Pero no se pueden ignorar hechos y acontecimientos que han marcado la vida de muchas

personas.

Son frecuentes las historias de amigos y conocidos que hablan de estas experiencias —en general traumáticas y desagradables—. Y son tan frecuentes que hay que admitir que se produce una reacción, independientemente de su procedencia o su origen.

El caso que narraba anteriormente el parapsicólogo Carlos Trejo recuerda la desgraciada experiencia de Estefanía Gutiérrez Lázaro, una joven de 18 años, de Vallecas (Madrid), que murió tras una sesión de ouija (*Enigmas sin resolver II*, Iker Jiménez, Edaf, Madrid, 2000). Al parecer, se rompió la tabla, había humo en el vaso y la muchacha daba alaridos con una voz distinta a la suya, tenía los ojos en blanco y se golpeó repetidamente hasta que falleció. Es una descripción muy parecida a la del joven en aquella casa de México.

En Granada hay un edificio que hoy ocupa la Cruz Roja. Este edificio está situado en la Cuesta de Escoriaza. En los años cuarenta del siglo pasado era una fábrica de telas; ya entonces se decía que ocurrían hechos insólitos y que en ella habitaba un espectro que vagaba por el jardín. Cuando la fábrica se cerró, los mayores prohibían a los niños jugar en aquel lugar y les advertían que no entraran, sobre todo, en el desván. Algún vecino aún recuerda cómo, siendo niño, desoyó las órdenes de sus padres, se atrevió a traspasar el umbral de esa puerta y pudo observar una especie de esfera flotando en el aire e irradiando un fulgor blanco. Además, en aquellas naves se oían golpes, los muebles se movían y cambiaban de sitio sin que nadie los tocara.

En 1950 se derriba finalmente la fábrica de telas y en su solar se construye un hospital y una leprosería. Es un edificio gris que, al ponerse el sol, se torna aún más tenebroso. Al parecer, allí se produjo una muerte trágica. Entre otras cosas, éste fue el detonante de los supuestos fenómenos paranormales que se han producido allí desde entonces: un accidente de circulación en el año 1989, la muerte de un voluntario de la Cruz Roja, el intento de contacto por parte de sus amigos a través de la ouija y, por fin, los fenómenos *poltergeist*, casi siempre, alrededor de la taquilla de ese compañero fallecido.

Esta secuencia recuerda el famoso caso de Cerler: un apartado cuartel de montaña, una luz, una muerte, siete soldados muertos, y, a partir de entonces, en un cuartel de montaña, bastante tenebroso, las taquillas se abrían y se cerraban. Y alguien lo empeoró todo cuando hicieron una sesión de ouija en aquel lugar.

A veces estas sesiones son como detonantes: ocurren hechos incomprensibles y, a veces, el remedio es peor que la enfermedad.

Eso ocurrió en la localidad valenciana de Xirivella, después de una sesión de ouija a la que asistieron algunos escolares. Al principio, según contaba nuestro corresponsal Francisco Contreras, sólo se oyeron en la casa de uno de los participantes pequeños golpes, en tabiques, techos y muebles. Posteriormente, los ruidos se hicieron más intensos. Eran fuertes golpes, repetitivos, contundentes y se observaron movimientos de pequeños objetos en las estanterías del salón y de las

habitaciones. Incluso los juguetes parecían cobrar vida propia. Se llegaron a materializar gotas de agua, según declararon los residentes. La situación llegó a ser insostenible y el 19 de junio de 1999 tuvieron que llamar a una patrulla de la policía local de Xirivella, quien constató toda esta fenomenología. Lo más sorprendente es que después, durante la madrugada del 19 al 20 de junio de 1999, con dos periodistas como testigos, realizando un reportaje de televisión para el Canal 9, para el programa *Punt de mira*, pudieron ver cómo las paredes sonaban solas y los objetos se movían como impulsados por manos invisibles. De todo ello quedó un parte policial que ha pasado a los archivos de la historia de la parapsicología española.

Desde estas páginas sólo podemos advertir que estos juegos pueden desembocar en situaciones terribles. Y no se trata sólo de visiones, ruidos o movimientos de objetos que no se deberían mover. En México, en 1977, un niño de 13 años solía jugar solo a la ouija. Era un niño con algunos problemas familiares y frecuentemente se encontraba solo o en una situación de semiabandono. Según los expertos, jugar solo a la ouija es el último umbral: en ese caso, significa que el tablero se ha apoderado del individuo y éste se ve atrapado en una obsesión, instado a consultarlo constantemente. Ese niño dejó una carta a su madre, sobre el tablero, diciendo que había llegado la hora y que sus amigos de un extraño planeta llamado Sonolcuclo le habían dado todas las instrucciones para viajar a su mundo. La forma de viajar era lanzarse desde un noveno piso, donde vivía. El cuerpo del niño se estrelló contra la acera, ante el espanto de todos los viandantes. Arriba, su madre y la policía se encontraron con aquella carta de despedida sobre el tablero.

Algunas películas, como la citada *Ouija*, reflejan perfectamente la obsesión que pueden comenzar a sufrir los participantes en estas sesiones: escuchan a sus familiares con otras voces y los ven con otras caras, tienen visiones y percepciones erróneas, sufren desvaríos, acatan órdenes inexistentes, adecúan sus paranoias al mundo real… Aquí se podría citar el caso de un muchacho de Badajoz que veía a un niño sin piernas, de unos cuatro años, flotando en el cuarto de baño.

Un caso famoso, ocurrido en El Cerrito, en California, a principios del siglo XX, da la medida de la obsesión en la que pueden caer los individuos que practican este mal llamado juego. El 7 de marzo de 1920, los periódicos californianos informaban con grandes titulares: «Ciudad entera maldita por la ouija». Al parecer, la noche anterior la policía había tenido que detener a siete personas que se habían vuelto locas después de asistir a una sesión de ouija. Una chica de quince años fue arrestada vagando por las calles. Estaba completamente desnuda porque decía que así podía contactar mejor con los espíritus. En días posteriores, la «ouijoepidemia», como se llamó este fenómeno de histeria colectiva, se trasladó a otras localidades, e incluso un oficial de la policía cayó en la obsesión y comenzó a rasgar su uniforme y sufrió un ataque de histeria cuando se encontraba vigilando una entidad bancaria. Llegó a tal punto el estado de histeria colectiva que las autoridades tuvieron que enviar psicólogos y psiquiatras de otros lugares a El Cerrito, para que examinaran a 1.200

personas. Prohibieron la ouija tanto en esa localidad como en las localidades cercanas. Todos los tableros fueron quemados y no se permitió que estas piezas volvieran a las jugueterías.

Ciencia y religión

Cuando una persona se embarca en una experiencia ouija en estados mentales no apropiados, el resultado puede ser la obsesión y la paranoia. He conocido gente que no hace nada sin consultar con la ouija; ese punto es el límite: este fenómeno se ha apoderado de sus vidas.

Algunos psiquiatras consultados por *Milenio 3* hablan del peligrosísimo cóctel que componen estados mentales alterados, jóvenes y ouija: «Todo depende de dos factores: en primer lugar, de cómo alguien puede ser influenciado por la creencia de que la ouija tiene vida propia o sirve de intérprete a seres de otros mundos. Y en segundo lugar, hay que constatar que una mente equilibrada no está a salvo en determinadas circunstancias: en ocasiones he comprobado que aquellos que no eran crédulos al respecto se sienten muy sorprendidos por el resultado. Y esto también les llega a impresionar de forma muy profunda». «La verdad es que la combinación de perturbaciones mentales y ouija es una de las peores que existen, y no sólo con la ouija, sino con otros tipos de fenómenos llamados paranormales. Porque en esos casos la interpretación de estas realidades está exenta de cualquier capacidad crítica y, por ende, la persona puede llegar a tomar al pie de la letra cualquier traducción de estas “realidades”».

Es evidente que algunas personas no están indicadas para tener estas experiencias. Algún psiquiatra muy conocido decía que cuando alguien llegaba a su consulta y le hacían rellenar la ficha preliminar con los datos personales y la causa por la que solicitaba un análisis, y aquí especificaba «ouija», se echaba a temblar. Este especialista, en los años setenta, consideró el espiritismo y la ouija como una auténtica plaga que desencadenaba procesos mentales peligrosos, una epidemia que luego fue decreciendo, afortunadamente.

La Iglesia, naturalmente, aborda este asunto desde otra perspectiva. José Antonio Fortea, exorcista y sacerdote, opina que no se deben realizar este tipo de mal llamados juegos porque, en su consideración, no *son juegos*. Fortea asegura que, con la ouija, podemos abrir puertas que no podemos controlar y en ocasiones se han dado casos de verdadera posesión demoníaca u obsesión demoníaca, siempre según la Iglesia. Recuerda que hay casos de niños de muy corta edad que, realizando sesiones de este tipo, han sufrido graves trastornos. «En sí misma, la ouija no es algo demoníaco», explica Fortea. «Es simplemente un instrumento para contactar con el mundo de los espíritus. En sí mismo no es algo satánico o demoníaco. El problema es que en ese mundo de los espíritus también hay demonios, y pueden venir demonios. Y ahí radica el problema, que uno puede estar llamando a un difunto familiar y, sin

embargo, puede venir un demonio. Claro, no hay forma de evitar ese riesgo, por más que uno sepa de espiritismo, y hay gente que sabe mucho. Sin embargo, no hay forma de evitar ese peligro».

La Iglesia sólo habla de puertas abiertas al más allá, aunque en general desestima estos asuntos. El exorcista Fortea tiene claro que la ouija puede ser una de esas puertas y el riesgo es más que alto: «Es un misterio. No sé por qué, en la primera ocasión que realizan una sesión espiritista, muchos participantes quedan poseídos, y, sin embargo, hay personas que lo han realizado treinta o cuarenta veces y no han quedado poseídos. Lo que sí está claro es que, cada vez que se realiza, hay un riesgo. A veces a la primera, a la quinta o a la décima vez. No hay nadie que lo pueda realizar sin ningún riesgo. La solución, para todo este mundo complejo y variado de fenómenos que tienen que ver con los espíritus y los demonios, es siempre la oración a Dios. Allí no hay ningún peligro. Allí está la medicina de todo. La oración esencialmente viene dada en el libro ritual de exorcismos, en el que hay distintas posibilidades según los casos. Se trata de que el sacerdote ore a Dios para que Dios libere a esa persona. Es un poder sacerdotal no muy utilizado, pero existe: es el poder de expulsar al demonio, es un poder instituido por Jesús, tal y como aparece en el Evangelio. Y eso es el exorcismo, en definitiva».

Para volverse loco

De todas las experiencias conocidas —algunas relatadas aquí—, puede deducirse un abanico de efectos producidos durante una sesión de ouija y posteriormente. Muchos de esos efectos son objetivos y otros, si no lo son, parecen absolutamente reales.

He aquí el catálogo de consecuencias: visiones aterradoras de seres mutilados flotando en el aire, visiones amenazantes y sanguinarias, quemaduras, golpes, histerias, paranoias, principios de enfermedades mentales, obsesiones, pesadillas, sueños paralelos, animales paralizados, objetos que se mueven o vuelan sin motivo aparente, *poltergeist*, deseos malvados que se verifican o se cumplen, sugestión depresiva, premoniciones aterradoras, voces amenazantes, luces, sonidos de instrumentos musicales inexistentes, presencias etéreas, siluetas de difuntos, rostros horribles junto a la almohada, presiones en las manos o en los pies durante la noche, presiones en la cama, sonidos extraños, sombras que cruzan las habitaciones, visión de niños mutilados corriendo alrededor, enfermedades desconocidas, pérdida de peso y apetito, convulsiones, arañazos en la piel y un largo y dramático etcétera.

¿De verdad merece la pena adentrarse en este «juego»?

«¡Os arrepentiréis…!»
Poltergeist en la Diputación de Granada

«¿Qué ha sido de ellos, y dónde están? ¡Polvo y cenizas…! ¡Habitantes de las tumbas…! ¡Fantasmas del recuerdo…!».

W. IRVING: *Cuentos de la Alhambra*.

El 15 de abril de 2006 nos sentamos ante el micrófono rodeados por una sensación de inquietud emocionante que se sentía a flor de piel. Tras veinte años de secretos y silencio nuestro equipo podía pasar una noche en el interior del antiguo edificio de la Diputación de Granada. Con el enviado especial de *Milenio 3*, Juan Jesús Vallejo, vivimos una noche intensa y distinta. Logramos reunir a las personas que en su día fueron testigos de aterradoras experiencias allí dentro. Tanto como para protagonizar sin quererlo la primera investigación oficial efectuada a petición de la propia diputación ante el pánico colectivo que se había apoderado de los trabajadores de aquel inmueble. Era como romper un precinto de dos décadas en busca de nuevas pruebas de un misterio que quedó inconcluso. Quizá sea momento de conocer lo que allí ocurrió en 1986 para que con total libertad calibren si nuestra emoción era exagerada o no.

Los muertos sin descanso

La historia de la Diputación de Granada es un verdadero «expediente X» español. Tiene todos los elementos para ser considerada clásica entre las historias de fantasmas, de aparecidos o de fenómenos extraños.

En la actualidad este edificio se halla en pleno proceso de recuperación y rehabilitación. Quizá en estos momentos tenga una apariencia completamente distinta a la que tuvo a mediados de la década de 1980. En aquellos años era casi un bunker, una mole de hormigón cerrada a cal y canto, sin ventanas y sin vanos, más parecido a un «cofre nuclear» que a un verdadero edificio habitable.

En diciembre de 1986 varios empleados y funcionarios de la Diputación de Granada aparecieron en los medios de comunicación y anunciaron que se negaban a seguir trabajando allí. Lo cierto es que esgrimieron una extraña excusa: estaban amedrentados y atemorizados. Ellos decían que algo terrorífico ocurría allí, que los grandes archivadores —según los informes periciales, de más de ciento cincuenta kilos— se movían solos; que varias empleadas de la limpieza fueron arrastradas por el suelo, empujadas por manos invisibles; que había luces, que se escuchaban voces…

Por experiencia sabemos que este tipo de hechos son como larvas que eclosionan tras permanecer dormidas durante mucho tiempo. Por esta razón es necesario acudir a la Historia y quizá ella no aporte datos explicativos concluyentes, pero sugiere que

los acontecimientos se encadenan de un modo prodigioso. Es necesario, por tanto, remontarse muchos siglos atrás…

En *La guía de Granada* (1892) de Manuel Gómez Moreno y en otros textos históricos ortodoxos no se habla de estos fenómenos extraños, pero permiten adentrarse en la Historia de este peculiar lugar y saber qué ocurrió allí en tiempos pretéritos. Gómez Moreno, en 1892, hablaba de ese emplazamiento y decía que se tenía constancia de que allí se levantaron durante el medievo hispánico hasta tres mezquitas funerarias, tres mezquitas en las que se rendía culto a los difuntos. En algunas crónicas antiguas se habla del templo de Zanaqat, que en 1508 fue sustituido por una iglesia cristiana, la iglesia del Corpus Christi, que luego se presentó bajo la advocación de la Magdalena. Las crónicas del siglo XX hablan de un almacén de telas cercano, junto a la iglesia, donde se dan varios suicidios: varias personas se ahorcan por temor a que algo los mate; y se hablaba de algunas imágenes religiosas que habían cambiado de lugar, cuadros que se giraban y toda una fenomenología que hoy consideramos *poltergeist*.

En 1891 se produce un acontecimiento oscuro en esa calle, un suceso extraño y poco documentado. Juan Enrique Gómez, periodista del diario *Ideal* de Granada, que siguió de cerca los acontecimientos de la Diputación de Granada y responsable en buena parte de su difusión en toda España, recuerda los datos que se tienen al respecto: «Es posible que ocurriera un accidente con un coche de caballos en aquel lugar. Al parecer, se trataba de un carruaje guiado por un prestigioso político de la época, y que se asustó al ver un entierro que se estaba celebrando en la iglesia con una pompa fúnebre muy exagerada, según las crónicas. El político sufrió alguna herida, el coche de caballos arrolló a algunas personas y, por lo visto, mató a varios niños. Este político fue luego decisivo en esta historia, porque influyó en las autoridades de la ciudad para que se cerrase la iglesia y se cambiase de emplazamiento. De ahí arranca la historia y de ahí parte la tradición popular que habla de espíritus que no llegan a donde deben».

Juan Jesús Haro Vallejo y Lorenzo Fernández Bueno, autores de *Operación Al-Andalus* (Corona Borealis, Arroyo de la Miel, 2001), donde se trata este y otros asuntos, recuerda que esa zona de Granada, en torno a la antigua iglesia de la Magdalena y la plaza Birrambla, parece estar marcada por lo fúnebre y lo macabro: «Muy cerca del lugar que ocupaba la Diputación de Granada estaba la antigua entrada a la plaza de la Birrambla, el Arco de las Orejas, que era el lugar donde se les cortaban las orejas a los ladrones, y se colgaban allí para atemorizar a los que entraban en la ciudad de Granada: para que no se les ocurriera robar».

Hacia 1973, una empresa multinacional de grandes almacenes que prácticamente se evaporó de España, Woolworth, compra el edificio y lo transforma en un bloque de hormigón. Es a partir de ese momento cuando empiezan a producirse macabros hallazgos: durante las obras de edificación se encontraron restos humanos que parecían corresponder a niños de corta edad.

Juan Enrique Gómez precisa este hecho: «Sí, fue cuando se comenzó a construir el edificio Woolworth y se realizó la primera cimentación: se dio con los muros originales de la mezquita sobre la que se sustentó la iglesia posterior del Corpus Christi y después, de la Magdalena.

Uno de esos muros tenía al parecer un tipo de ladrillo diferente al resto. Al abrirlo, aparecieron un montón de restos humanos y huesos. Luego se comprobó que pertenecían a niños de corta edad. Esos huesos eran de cadáveres que estaban emparedados. Esto no quiere decir que fueran emparedados en vida, sino que probablemente se enterraron allí».

Al parecer, según afirman los investigadores locales, los niños muertos tienen una influencia decisiva en esta historia: niños muertos al ser aplastados por un carruaje a finales del siglo XIX y niños muertos y emparedados muchos siglos antes. ¿Cuándo? Comienzan a desvelarse los pasajes más oscuros y siniestros de nuestra historia. Juan Jesús Haro Vallejo explica por qué se hallaban esos restos infantiles en aquel lugar: «Lo que sé sobre los niños emparedados es que ese convento de la Magdalena o del Corpus Christi fue utilizado por las damas de alta alcurnia de Granada y de otros lugares cercanos. Cuando se quedaban embarazadas y no deseaban tener a sus hijos, por las razones que fuera, ingresaban en el convento, al parecer abortaban y ésos son los fetos que se encontraron, según apuntan algunas investigaciones».

Juan Enrique Gómez explicaba que ya por entonces el lugar resultaba incómodo e inquietante: «Los empleados de Woolworth, una vez que se abrió el nuevo edificio que se había construido sobre las ruinas de aquella iglesia y sobre las tiendas de la Magdalena, decían que la gente no compraba… y que los ciudadanos prácticamente evitaban bajar al sótano de esos grandes almacenes. Los almacenes fueron un completo fracaso». La gente que entraba en esa gran superficie se encontraba «un poco rara». Éste es el modo de explicar la inquietud y el desasosiego que generan ciertos lugares…

Finalmente, dadas las circunstancias, la empresa cierra sus puertas, y el edificio pasa a manos de la Administración provincial. En 1985 se instalan allí las oficinas centrales de la Diputación de Granada. «Cuando la Diputación decide comprar ese edificio y rehabilitarlo para instalar allí gran parte de sus oficinas» añade el periodista del *Ideal*, «los funcionarios… bueno… nos llegaban comentarios: “Aquí hay cosas raras, aquí hay ruidos, la gente no se siente bien…”».

Noches de terror

En 1986, un año después de la adecuación del edificio como sede de la Diputación provincial de Granada, los sucesos comienzan a ser dramáticos.

El vicepresidente de la entidad, José Luis Medina, recordó que durante el proceso de rehabilitación de los antiguos almacenes ya se habían producido alteraciones muy molestas: comentó ciertas desapariciones misteriosas de planos y herramientas que se

encontraban perfectamente cerradas en maletines. En diciembre de 1986, algunos funcionarios, como Concepción Castilla, denuncian lo que está ocurriendo. «Decían que había ruidos en las paredes», explica el compañero del *Ideal*. Los espacios en el interior del edificio no estaban separados exactamente por paredes, sino por mamparas de aluminio y madera, como ocurre en algunas empresas grandes o en ciertas administraciones. Oían ruidos… ¿a qué se debían? Eran archivadores que se abrían y cerraban dando grandes golpes, carpetas que caían al suelo, bolígrafos que se desplazaban por la mesa y caían y rodaban por las escaleras. Las líneas telefónicas se cortaban y los funcionarios no podían identificar los ruidos y señales que emitían los auriculares. Y por las noches, los vigilantes de seguridad llegaban a oír gritos, susurros, incluso alguno llegó a decir que había figuras de plasma o espectros…

El jefe de mantenimiento del edificio, Manuel Moya, hablaba de una especie de luz flotante, una semiesfera, que se estabilizaba frente a él y, al tiempo, sentía una presión que identificaba como un fenómeno físico sin ninguna duda, como si alguien le pusiera las rodillas en el pecho y deseara asfixiarlo. Todo esto le ocurrió durante la noche y en la más completa soledad.

«Esto era fenomenología *poltergeist*, claramente», asegura Vallejo. Los funcionarios decían que no podían seguir allí, simplemente, que aquello era insoportable. Llegaron a colocar estampas de santos en las mesas, en los tabiques, en las máquinas de escribir; y por miedo o superstición, se entregaban a rezos y oraciones… Quizá deba recordarse aquí que no se está tratando un asunto que ocurriera en la Hispania medieval, sino a finales del siglo XX y que afectaba a personas normales que viven en un mundo moderno y poco dado a las creencias irracionales. Eran, simplemente, personas que nunca habían presenciado nada parecido en su vida. Vallejo recuerda la situación con estas palabras: «Sí, hubo prácticamente un estado de terror. En el sótano, según los testigos, simplemente desaparecían objetos, como por arte de magia. Esto, junto a los ruidos de las máquinas de escribir… debía de ser terrorífico. Los guardias jurados, al hacer la ronda, dejaban las puertas cerradas y, cuando volvían a hacerla, más tarde, estaban todas abiertas. Esto fue lo que realmente provocó el pánico y la intervención oficial».

La psicofonía

La situación había llegado al límite. Los periodistas del *Ideal* de Granada, con Juan Enrique Gómez a la cabeza, se hicieron eco de las quejas de los funcionarios, dieron la noticia y el caso adquirió gran resonancia. Aparecieron noticias al respecto en distintos semanarios nacionales y se hicieron reportajes para la televisión.

Los testimonios aportados tenían tanta fuerza y verosimilitud que las autoridades no podían ocultarse. De modo que se organizó una experiencia inédita en España. Un grupo de especialistas, que configuraban entonces el grupo Omega, obtuvo un permiso especial avalado por el vicepresidente de la Diputación de Granada, José

Luis Medina, para investigar durante tres días y tres noches (del 21 al 23 de diciembre de 1986) qué sucedía entre los imponentes muros de hormigón del edificio. El equipo estaba dirigido por Juan Burgos y con él se encontraban también médicos, psicólogos y otros especialistas. Se trataba de realizar una investigación seria sobre el asunto.

¿Qué ocurrió? ¿Qué se encontró?

Pilar Perry estuvo presente durante esas tres noches junto a médicos, ingenieros y parapsicólogos, y comenta así su experiencia: «Fuimos a ver qué veíamos allí y… bueno… yo puedo decir que vi luces en el techo, unas luces que iban y venían. Una siempre tiene que buscar explicaciones racionales, que siempre o casi siempre pueden encontrarse, y pensé que podrían ser luces o reflejos de los automóviles de la calle, en el exterior, pero… claro… allí no había ventanas». Además, Pilar asegura que había dejado una pitillera en una mesa y, de pronto, «salió por el aire, haciendo giros, como un semicírculo, y le golpeó en el rostro al parapsicólogo Juan Burgos».

Con ser impresionantes estos sucesos, lo que más atrajo la atención de Pilar Perry fue otro elemento clave: «Se oían voces. Eso fue lo que más me chocó de toda la investigación. Teníamos en cada planta una grabadora que simultaneaba posibles psicofonías con cámaras de infrarrojos que iban registrando la posible actividad. Allí se oyeron voces como… como si hubiera tres o cuatro voces discutiendo. Había unas escaleras muy grandes que se dirigían hacia la última planta, y allí se oía como… como a tres o cuatro hombres discutiendo, aunque no se entendía qué decían».

En una de aquellas grabadoras de las que habla Pilar se registró una de las voces más impresionantes y terroríficas que puedan escucharse. Esta grabación presuntamente paranormal fue obtenida por el investigador Mariano Carmona Almendros, ya fallecido, en una habitación completamente vacía del sótano. Se tomaron todas las medidas de seguridad necesarias en estos casos, con los precintos pertinentes en la grabadora magnética. Cuando se revisaron las grabaciones, pudo oírse una voz desagradable y oscura, un lamento quebrado y largo que amenazaba a los presentes: «Una compa… nía… Tengo una len… gua… Os arrepentiréis».

Parece la voz de un anciano. En realidad, las dos primeras frases son difícilmente identificables. En una audición no especializada parece como si se hubiera ralentizado la velocidad normal de la grabación, hasta detener en algunos momentos la misma, lo cual imprime en el ánimo del oyente un terror y un espanto poco comunes. Los primeros informes especialistas otorrinolaringólogos y de expertos ingenieros, sin embargo, hablaban de una sola posibilidad de crear este tipo de sonidos. Se trata de un método muy complejo, a través de una especie de cable de acero, con una incisión, que podría provocar esa vibración y deformar así la voz.

Pedro Amorós, experto informático, hizo un análisis de aquella psicofonía y ofreció una explicación: «Para mí, personalmente, la traducción de esta voz sería: “En la compañía en lugar de hablar/con la lengua, os arrepentiréis”». Esta grabación ofrece matices distintos a otras que se han estudiado: en primer lugar, se puede

encontrar el tono y el timbre que caracteriza a una voz humana, y se puede asociar a una garganta concreta, se podría incluso llegar a asociar esa voz a una persona. Eso se llama huella foniátrica. La forma del paladar, la forma de la lengua y otros parámetros hacen de las voces elementos únicos. Estas identificaciones se consiguen mediante programas informáticos.

Nunca se pudo aclarar qué significaba aquel mensaje, qué quería decir y por qué amenazaba al grupo inter-disciplinar de investigación.

Al tiempo que se producen estas inserciones magnetofónicas, ocurren algunos hechos propios de la ciencia ficción. Juan Burgos, uno de los directores del grupo Omega, sufrió heridas que sólo pueden considerarse… sorprendentes. «Mientras estaban registrándose esas voces en la grabadora», explica el periodista del *Ideal*, «y a la vez que bajaban unas escaleras, Juan Burgos sintió una opresión en la mano derecha, entre el dedo pulgar y el índice, y un dolor. Retiró la mano y la observó. Y vio las incisiones o marcas de una especie de dentadura, que podría ser de un niño o de un perro pequeño. El médico, Juan Rodríguez Galindo, confirmó que esas marcas correspondían a la dentadura de un niño. Pero a los pocos minutos, le volvió a ocurrir en la otra mano. Además, sentía como una opresión que le empujaba hacia la pared». «Tanto la psicofonía como la herida son reales», añade Vallejo, «porque entrevisté al doctor Galindo, que fue quien dejó allí la grabadora. Aunque en la actualidad no quiere hablar, no creo que me mintiese. Todos los que estaban allí me certificaron la honestidad de la grabación. Llevaban un medidor de campos magnéticos y, acercándolo a la pared, apareció lo que Juan Burgos describió como una especie de rayo, tiró el aparato, que se rompió, y, al examinar la mano, el doctor dijo que aquello era como la mordedura de un perro o un niño… El doctor dijo que era imposible que el mismo Burgos se hubiera infligido aquella herida por afán de protagonismo o por otras razones».

La triste mirada del padre Benito

Otro de los sucesos acontecidos en aquellas noches de diciembre tuvo consecuencias inesperadas. Aquel grupo de investigadores pudieron contemplar aterrorizados una figura fantasmal que podría identificarse con un sacerdote, con ropajes talares. Estuvo frente a ellos durante unos segundos. «Juan Burgos la vio», asegura Juan Enrique Gómez, «y él decía que el "fantasma de la Diputación" podría ser un hombre de unos 45 años, con un rostro de líneas duras, pelo gris, y una profunda expresión de tristeza. Esa imagen era muy plana, apenas sin relieve. De la descripción que hizo Juan se hizo un retrato robot en la redacción del periódico *Ideal*: nariz afilada, aguileña, ojos pequeños y muy profundos, cejas separadas, mentón pequeño y mandíbulas muy anchas. Este retrato se publicó en el periódico y apareció también en *Tribuna* y en algunos programas de televisión. Uno de esos días que apareció en televisión, una señora llamó a Juan Burgos: era una señora que vivía en

Madrid y le dijo, muy asustada, que ese dibujo se correspondía en todo con un antepasado suyo, con un cuadro que ella tenía en su casa. Ese antepasado suyo había sido el último párroco de la iglesia de la Magdalena, y se llamaba el padre Benito».

Las reacciones no se hicieron esperar: se decía que el padre Benito clamaba, con su presencia, ante la profanación de aquel lugar.

Éste es, en resumen, el cúmulo de sucesos que acontecieron durante aquellas tres noches de diciembre de 1986. La concatenación de episodios —*poltergeist*, voces, luces, apariciones, psicofonías, etcétera— no han podido fijarse respecto a la historia del lugar, aunque aquí se han ofrecido datos más que relevantes para que el lector pueda hacerse una composición más o menos ajustada. En *Milenio 3* acostumbramos a rescatar todos los datos y documentos para que sea el oyente el que tenga toda la información y saque sus conclusiones. Sin embargo, hay que reconocer ciertos vacíos: lo que ocurre —y esto es frecuente cuando se abordan temas semejantes— es que después de quince años de investigación, pocas personas deciden hablar. Se producen silencios significativos de personas que estuvieron allí y de testigos que han preferido sellar su voz. ¿Por qué razón?

La liberación

En la actualidad, el antiguo edificio de la Diputación de Granada pertenece al Ministerio de Hacienda, donde se encuentran situadas las oficinas del catastro. Curiosamente, las obras de remodelación incluyeron la apertura de grandes balconadas y vanos. El viejo edificio de Woolworth, con semejanza de bunker, parece abrirse ahora y permite que la luz y el aire circulen por su interior. Tal y como explicaba Juan Enrique Gómez, «la gente dice que por fin el fantasma se va a poder liberar».

¿Son suficientes la luz y las ventanas para que un «fantasma» encuentre el camino?

Al parecer… no.

«Todas estas cosas ocurrieron entonces y mucho después, casi hasta la actualidad», aseguraba Juan Enrique Gómez. «Han seguido ocurriendo. Los guardias jurados que han estado vigilando el edificio durante todos estos años, hasta que ha sido comprado por el Ministerio de Hacienda, han seguido llamando al 091 para que acudieran patrullas de la policía, porque seguían oyendo ruidos y viendo cosas, puertas cerradas que se abren, etcétera. Han sido intervenciones directas del 091, durante muchas noches. Y en los archivos de la policía se encuentran las llamadas y las denuncias que iban recibiendo, a razón de cinco o seis llamadas al mes durante todos estos años, porque los vigilantes no se sentían seguros. Los agentes de la policía nacional llegaban, hablaban con los vigilantes jurados y ninguno de ellos se atrevía a volver a entrar en el edificio».

Respecto a las conclusiones que se pueden extraer de este asunto, es obligado

convenir con el periodista granadino que ni los funcionarios, ni los vigilantes, ni los miembros del grupo Omega mintieron: «Ellos no han inventado ninguna historia. Ellos creen firmemente que lo que cuentan es la realidad. Y la psicofonía no está manipulada, estoy convencido. Tengo que creerles. Ahora bien, creer o no en la existencia de ese fantasma, de ese espíritu del padre Benito o quien pudiera ser… eso ya precisa otras consideraciones».

Todos los testigos, periodistas, investigadores —incluso los ciudadanos de Granada— coinciden en una cosa: allí ocurría algo. Y durante muchos años se ha creído que sigue ocurriendo.

Por el momento, como tantas otras veces, sólo podemos afirmar que no sabemos qué se esconde allí, en aquel lugar donde antaño se produjeron emparedamientos, accidentes y enterramientos. El caso sigue abierto y lo último que sabemos es que se han formulado más denuncias. Los ecos de la expectación se apagaron, pero el miedo y el recelo nunca abandonaron aquel lugar.

La historia aún no ha concluido.

El 15 de abril del 2006 Juan Vallejo y el equipo que lo acompañaba con Juan Burgos a la cabeza se encontraron con diversas anomalías que aún esperan una explicación. La principal es unas caras que surgieron en la emisión de circuito cerrado y que pudieron incluso ser fotografiadas a través de la pantalla.

Ojalá pronto sepamos qué son. De momento, en silencio, sólo parecen mirarnos desde algún punto del tiempo y el espacio.

Segunda parte
Lugares marcados

A lo largo y ancho del mundo existen lugares marcados. Desde tiempo remoto nuestros ancestros los reconocieron. En algunos se aposentaron los entornos funerarios de diversas culturas, solapándose unas a otras durante milenios, como si algo que les indicase que *ése* era precisamente el enclave donde debían reposar los muertos. Y los antiguos, tan menospreciados por esta era fría y tecnológica en la que vivimos, no eran ningunos tontos. Sabían leer y ver cosas para las que ya estamos ciegos. Y esos sitios son distintos por algo; la tragedia o el misterio, quién sabe, los ha convertido en diferentes e incluso temidos.

Por eso quisimos visitarlos y conocerlos en varias madrugadas inolvidables.

Belchite: voces de una tragedia

«Pueblo viejo de Belchite, ya no te recorran zagales, ya no se sentirán las jotas que cantaban nuestros padres».

Pintada anónima.

Belchite es un pueblo muerto. Ya no hay luz ni agua, ni nadie que pueda necesitarlas. Dicen que sus ruinas constituyen un monumento a la tragedia y al desastre de la Guerra Civil. Tras las cruentas batallas, el pueblo fue abandonado por orden del bando vencedor. Las ruinas, el cartel de la escuela, los garfios en los que se colgaba la carne en las calles, los platos en las mesas… Durante decenios aquel pueblo fue la fotografía de la guerra y permaneció exactamente igual que cuando los vecinos se trasladaron a un nuevo emplazamiento. Hoy Belchite es un pueblo vacío, pero… ¿estamos seguros de ello?

Hay investigadores que piensan que algo quedó suspendido en Belchite y que mucho tiempo después aún puede registrarse en los magnetofones y las grabadoras. Son voces que casi podemos identificar, voces que exigen, cantan, insultan… En otras ocasiones son sólo sonidos estremecedores de ametralladoras, baterías antiaéreas, bombardeos, cazas… Unas y otros parecen el lamento de aquellos que vivieron y quizá murieron allí, en un lugar que aún conserva las sombras de la tragedia.

El pueblo muerto

Belchite está situado al sur de la provincia de Zaragoza, a unos cuarenta kilómetros de la capital. Su historia se remonta al siglo II a.C. Durante la Edad Media fue centro administrativo y judicial de los repobladores musulmanes en Aragón. La población judía también fue importante en Belchite: allí levantaron sinagogas y se convirtió en su refugio durante las persecuciones posteriores. A finales del siglo XIV se construyó la iglesia de San Martín, de estilo mudéjar. Un siglo más tarde se edificó la iglesia de San Juan, con su esbelta torre del reloj.

En la Baja Edad Media, la población pasó a manos del duque de Híjar, que asumió también el título de conde de Belchite. Desde entonces, la familia ostentó un escudo de armas en el que aparecía una B orlada de laurel y con una corona ducal sobre ella.

En 1610, Felipe III ordenó la expulsión de los moriscos aragoneses de Belchite. En el siglo XVIII se construyeron los conventos de San Agustín y de los dominicos.

A pesar de su larga historia, la población de Belchite es conocida en la actualidad por la terrible batalla que se desarrolló en sus inmediaciones y en el pueblo durante la Guerra Civil de España (1936-1939). Emplazada en un lugar estratégico desde el punto de vista militar, los dos bandos en guerra centraron en ese punto sus esfuerzos,

de cara a la conquista de Zaragoza y el dominio de la zona norte del país.

El 24 de agosto de 1937, el ejército republicano, al mando del general Pozas, inició una ofensiva para recuperar Belchite. Reunió a unos ochenta mil hombres, un centenar de carros de combate y doscientos aviones. La iniciativa tuvo éxito en principio, pero las fuerzas sublevadas (los llamados «nacionales») trasladaron a la zona un fuerte contingente militar para hacer frente a la ofensiva republicana. Tras cruentas batallas en Quinto, Codo y Belchite, las fuerzas de Franco rindieron la plaza el 3 de septiembre de 1937. El pueblo quedó prácticamente arrasado y se calcula que hubo unos seis mil muertos. Se aseguraba que la carnicería fue de tales dimensiones que los combatientes hacían barricadas con cadáveres y que, cuando aparecían en el horizonte los bombarderos, la gente huía pisando los despojos de civiles y combatientes.

El general Franco quiso mantener intactas las ruinas de Belchite como símbolo de su victoria, y ordenó construir un pueblo nuevo. Además, concedió a las ruinas la Cruz Laureada de San Fernando.

Existe también un Belchite subterráneo, ya que durante la guerra los lugareños excavaron pasadizos entre sus bodegas y túneles para esconderse y poder comunicarse.

Luis del Val, reputado escritor aragonés, autor de numerosos libros sobre la posguerra española, describió así sus impresiones ante las ruinas de Belchite: «Yo no había estado nunca allí. Había oído hablar de que habían ocurrido muchas cosas durante la guerra, lógicamente, pero… yo no estaba preparado para lo que había allí. Lo que te encuentras allí es exactamente el efecto de un pueblo después de haber sido bombardeado: las casas destruidas, los escombros, toda aquella estampa del horror…».

Este paisaje desolador, conocido hoy como el Belchite viejo o el pueblo viejo, está muy cerca del emplazamiento escogido por la facción vencedora para levantar el nuevo Belchite. «Dicen que la gente quería volver a reconstruir su pueblo antiguo», señala Del Val, «pero la ideología política no lo permitió y se ordenó que se levantara un pueblo nuevo para que todo el mundo se fuera a vivir allí. El resultado es un contraste. Puede imaginarse: un pueblo nuevo al lado de un pueblo fantasmagórico, que no es más que la imagen de la destrucción».

Los seguidores de *Milenio 3* saben que no hacemos valoraciones políticas en el programa, pero en este punto sí vale la pena recordar que Belchite es un monumento a la violencia y a la guerra fratricida y, por tanto, un recuerdo permanente de lo que jamás debe ocurrir.

En la actualidad Belchite es un lugar de referencia para todos los periodistas y aficionados a los sucesos inexplicables. Quienes han estado allí ofrecen versiones contrapuestas e incluso contradictorias por lo que a sus sensaciones particulares se refiere. Desde el punto de vista de las impresiones personales, hay quien opina que las ruinas de Belchite rezuman sosiego y tranquilidad; otros sugieren que allí sólo se

siente miedo y pavor. El periodista Carlos Gutiérrez pertenece a los primeros: «Algunas personas con cierta sensibilidad se sienten diferentes al entrar en el interior de lo que queda de la iglesia de San Martín, pero no es inquietud o malestar…

Belchite no es un pueblo maldito. Es un pueblo mágico: no se tienen sensaciones de intranquilidad ni de inquietud, sino todo lo contrario. Pese a lo que ocurrió durante el trágico episodio de la Guerra Civil, es un lugar que rezuma tranquilidad». El compañero y también aragonés Ángel Briongos tiene una percepción bien distinta: «Un paseo por ese lugar es… tenebroso. Se siente miedo. Y eso que, como investigador, ya he visto muchas cosas. Pero… sí: allí se siente mucho respeto. Oscuridad. La oscuridad te invade y luego… están esas voces… ahí, que se dirigen a ti… y no tienes escapatoria. Es miedo lo que se siente».

Las voces perdidas

Marconi o Edison esperaban encontrar hace ya tantos años un sistema que reprodujese las palabras que se perdían en el aire. Es como si hubieran comprendido que el espacio —o el éter, en sentido clásico— fuese un inmenso disco duro. Tenían la teoría de que todas las palabras se quedaban suspensas en el aire y que podían ser registradas.

En 1986, un equipo dirigido por Carlos Bogdanich, de Radio Heraldo de Aragón, decide pasar una noche de lima nueva en las ruinas de Belchite. Y éste es el principio de una historia apasionante y estremecedora que cambiará la percepción de las psicofonías en nuestro país.

Carlos Bogdanich era y es un personaje importante en la divulgación de este tipo de temas, sobre todo en Aragón. Dirigió y presentó durante la década de 1980 un exitoso programa de radio llamado *Cuarta Dimensión*, que durante mucho tiempo fue el punto de referencia de todos los oyentes aragoneses que querían estar informados de estas cuestiones.

¿Por qué se eligió Belchite? ¿Por qué Carlos Bogdanich hizo aquella extraña elección? ¿No era más lógico acudir a los cementerios u otros lugares «clásicos»? «Lo cierto es que en *Cuarta Dimensión* recibíamos cientos de psicofonías y nos dimos cuenta de que nosotros aún no habíamos experimentado con ello. Si aparentemente sucedían esas cosas, ocurrirían en lugares donde había tenido lugar algo… fuerte. Y buscando algún lugar en Aragón… el lugar era Belchite».

Así de sencillo y, también, así de osado. Carlos Bogdanich decidió pasar una fría noche de octubre en aquellas tierras gélidas y duras para experimentar si en ese lugar podía registrar sonidos psicofónicos. Y se encontró la sorpresa de su vida. «En efecto», admite Bogdanich, «no lo esperábamos…».

Los resultados fueron estremecedores. Las cintas magnetofónicas habían registrado lo que parecían sonidos de otro tiempo, quizá los ecos perdidos de la Guerra Civil.

Voces de niños, lamentos, susurros, acusaciones, insultos, cánticos que parecen militares, indicaciones de rendición y sometimiento… el rosario de sonidos captados en las ruinas de Belchite es interminable. A veces son frases entrecortadas, pero ¿a quién pertenecen? ¿Quién sigue allí, sufriendo tormentos? La idea de la «banda sonora de la Guerra Civil» vuelve a presentarse cada vez que se oyen esas psicofonías. Para Ángel Briongos, estas impregnaciones, al menos, tienen un sentido: «Todo aquello que ocurrió pudo haber quedado impregnado en el ambiente. Fueron sucesos trágicos. En Belchite, durante aproximadamente quince días, murieron más de tres mil personas. Estamos hablando de un sufrimiento mayúsculo, de familias enteras completamente destrozadas. ¿Quién nos dice a nosotros que en ese plano paralelo íntimamente ligado al nuestro no quedan esas presencias, esas sensaciones, ese sufrimiento…?».

Las voces, la palabra, así registrada, resultan escalofriantes. Pero lo peculiar de las grabaciones de Carlos Bogdanich en la década de 1980 no eran precisamente las voces, sino ruidos y sonidos que podrían resultar aún más inquietantes.

En una grabación (se publicaron en CD junto a un número especial de la revista *Más Allá*) puede escucharse perfectamente el ruido de un automóvil. (No será necesario advertir que, durante la grabación, no había ningún automóvil allí). Suena como un coche viejo o, más propiamente, como un coche antiguo, e incluso parece que se aproxima al micrófono. Debería haber absoluto silencio y, sin embargo, puede oírse con claridad el ruido de vehículos o sonidos de vehículos antiguos que se acercan. «Cuando lo oí me quedé estupefacto», admite Carlos Bogdanich. «El sonido, claramente, es el de un coche. Mucha gente ha estado en Belchite y recordará que bajo las ruinas de una casa había un coche, cerca de la iglesia de San Martín. En aquella época, durante la guerra, había unas pocas familias que tenían coche allí. Quiero recalcar que el pueblo viejo era en su época uno de los pueblos más ricos de la zona, es decir, que estamos hablando de una zona donde la capacidad adquisitiva era importante. Era una zona rica en aquel entonces y había gente con coche. Y ese coche estaba allí, bajo unas ruinas, hasta que lo retiraron».

En otra de aquellas impresionantes psicofonías puede escucharse el sonido de un avión. Desde luego, no es un avión como los que sobrevuelan España en la actualidad. Al fondo pueden escucharse explosiones y disparos. «Lo consultamos con expertos y militares del Ejército del Aire y de Tierra, y de personas que habían vivido esa situación histórica», dice Bogdanich. «Y los técnicos y conocedores del armamento utilizado en la Guerra Civil centraban aquellos sonidos en la época: de acuerdo con las cargas y la tecnología, así sonaban las bombas de aquella época».

Durante la batalla de Belchite, un avión sobrevolaba la población un par de veces al día y arrojaba las bombas sobre las casas y los contingentes enemigos. Uno de los pilotos de aquellos aviones, según Carlos Bogdanich, era un vecino de un pueblo cercano.

Los militares que conocen la aviación de aquella época aseguran a ciencia cierta

que el motor es un motor de pistón, es decir, nada parecido a los actuales y muy semejante a la tecnología de la aviación de principios de siglo XX. (En este punto, debo reconocer que los oyentes de *Milenio 3* ofrecieron un repertorio de conocimientos bélicos realmente apabullante: cuando se emitieron estas psicofonías, muchos de ellos pudieron advertir el tipo de avión concreto al que remitiría aquel sonido y ofrecían explicaciones técnicas verdaderamente sorprendentes).

En esa misma psicofonía en la que puede escucharse el sonido de un aeroplano de hélices que parece planear, elevarse y descender, se pueden oír, de fondo, cañones antiaéreos. «De hecho, históricamente, a la entrada del pueblo viejo de Belchite, en una loma, aún está la zona donde estaba el cañón antiaéreo y desde donde disparaban al vecino del pueblo cercano que pilotaba aquel avión. Son referencias históricas ofrecidas por gente que vivió esa época», añade Bogdanich.

Parece la grabación de una de aquellas terribles batallas. Y sólo hay una cosa cierta: no había ningún avión sobrevolando el cielo de Belchite la noche que se realizaron las grabaciones y, por tanto, no debería haber ningún sonido de ese tipo en la grabación.

¿Cómo entender o cómo explicar estas psicofonías? En opinión de Javier Sierra, esos registros «ponen los pelos de punta incluso a los que estamos más acostumbrados a trabajar con lo paranormal, con lo extraño, con lo imposible. Y ésas en concreto tienen un toque extra. No estamos hablando de psicofonías en abstracto, de psicofonías vagas: estamos hablando de psicofonías asociadas a un lugar. Desde luego, no son grabaciones como las de siempre».

En efecto, como decía nuestro compañero, al oír la grabación de ese avión amenazante «dan ganas de echarse cuerpo a tierra. No estamos hablando de una película. Ante ese sonido aterrador, uno se pone en la piel de los vecinos de Belchite durante las incursiones de la aviación, que debían de ser terribles. Debían de sentirse indefensos…».

Es necesario subrayar que esos sonidos no se estaban escuchando en el momento en que se registraban: quedaron grabados en una cinta, pero ni Carlos Bogdanich ni los técnicos oyeron nada.

Uno de los investigadores que tomó el relevo de Bogdanich en Belchite fue nuestro compañero y presidente de la Sociedad Española de Investigaciones Parapsicológicas, Pedro Amorós. Catorce años después de las míticas grabaciones de Bogdanich, este experto ingeniero informático —cuenta con un inmenso archivo de este tipo de incursiones sonoras— se desplazó finalmente a Belchite. «No me esperaba encontrar aquello. Para mí Belchite fue un impacto muy fuerte, tanto a nivel personal como a nivel profesional. Fui con un equipo e intentamos grabar psicofonías, como era obvio, después de lo que había ocurrido catorce años antes. Y cuál fue nuestra sorpresa cuando comprobamos que se habían registrado voces impresionantes, en distintas grabadoras. Algunas eran muy fuertes y muy claras, y otras, habiéndose grabado en el lugar, luego se desvanecían. Para mí Belchite

representó un impacto muy fuerte».

Es necesario advertir que las psicofonías que registró Amorós son completamente distintas a las grabaciones de Bogdanich. En principio, porque el equipo de Amorós planteaba preguntas y, al parecer, algo contestaba… «Las psicofonías que grabó Bogdanich nos trasladaban a un momento, a una situación, como un fusilamiento, unos disparos, un avión», admite Amorós. «Pero cuando se expone una inteligencia que se dirige al investigador o que responde a las preguntas que se le hacen, la verdad es que entonces te echas las manos a la cabeza: lo que quiera que sea lo que esté respondiendo sabe dónde estoy, sabe cómo me llamo y sabe qué estoy haciendo».

Bogdanich subrayaba que este método obligaba a entender esas nuevas psicofonías desde una perspectiva más relacionada con lo espiritual. «Las nuestras eran los sonidos de la época».

Una de las psicofonías registradas por Amorós decía: «Vive en pecado este hombre…».

Parece la voz de una anciana, pero las voces psicofónicas son muy difíciles de caracterizar. Sin embargo, según los expertos, aquí se daban algunos aspectos sonoros relevantes que podría hacer pensar en una persona anciana.

«No hay más que una vida…».

Algunos entienden aquí «No hay más que claridad…» y otros ofrecen distintas opciones. «Esta psicofonía también nos puso los pelos de punta», recordaba Pedro Amorós, «porque estábamos haciendo preguntas en torno a la vida y la muerte, en torno a la existencia del alma, sobre si perduraba algo. Y nos respondieron eso. Yo, realmente, me quedé perplejo, en primer lugar por la interacción pregunta-respuesta y, en segundo término, por el contenido de la propia psicofonía».

Una de las psicofonías más impactantes registradas en Belchite dice: «Rendíos».

Esta ha sido motivo de debate, porque en ocasiones se ha dejado caer que parece la voz de Francisco Franco. Desde luego, no se puede asegurar nada al respecto, aunque el tono lánguido de la voz parece sugerirlo.

Los registros sonoros en Belchite, como se ha advertido, son numerosos. David Marín Gadea, utilizando sistemas digitales, grabó en 2002 una psicofonía que decía lo que muchos han sentido en mitad de la noche y las ruinas: «Vámonos de aquí».

Terror en Belchite

Carlos Bogdanich recordaba que aquella noche de octubre le aconteció algo sobre lo que sólo ha meditado años después: «Terminada la grabación, hacia las cuatro y media de la madrugada, el técnico de sonido, Ricardo Martínez, y yo comenzamos a recoger todo el equipo. Aún no sabemos por qué, pero en plena oscuridad, con mucho frío y con niebla, nos empezamos a dirigir los dos como autómatas a la torre del reloj. Llegamos arriba sin saber por qué y volvimos a bajar. La torre del reloj está en situación de ruina total. Y nos metimos como gatos entre las ruinas, los peldaños

destrozados, las maderas rotas, y cuando bajamos y cogimos el coche, nos preguntamos por qué habíamos subido. Había sido una locura. Incluso de día se comprende que es una locura subir allí. Quizá fue la carga emocional tras haber pasado toda la noche en aquel lugar. Algo nos llamó para que subiéramos allí. Nos jugamos la vida sin saber por qué».

En torno a la iglesia, donde se han obtenido la mayor parte de las psicofonías, y las mejores en alguna medida, parece concentrarse la energía que propicia esta serie de acontecimientos sobrecogedores. Carlos Gutiérrez Tutor recordaba para *Milenio 3* un episodio horroroso que protagonizaron un grupo de aficionados al esoterismo. En efecto, desde que Carlos Bogdanich hizo públicas sus grabaciones, muchas personas acudieron por curiosidad a la localidad de Belchite. «Hubo un grupo de personas que fueron allí y acamparon en un lugar muy especial, aunque ellos no lo sabían. Junto a la iglesia de San Martín. Estaban acampados, dentro de la tienda, y todos vieron cómo una especie de dedo o rama o algo que no supieron identificar desgarraba la tienda de campaña de arriba abajo. De inmediato, varios salieron con linternas… pero no vieron ni escucharon nada».

Civilizaciones perdidas y civilizaciones imaginadas: la cueva de los Tayos

«Y el capitán le pidió el oro a él y a todos sus indios.
El cacique le dijo que no tenía sino poco,
pero lo que tenía, él se lo daría».

P. B. de LAS CASAS, carta anónima en la *Brevísima relación.…*

El día 20 de julio de 1969, el comandante Neil Armstrong descendió del módulo del *Apolo XI* y puso un pie en el desértico paisaje de la Luna.

«That's one small step for a man, one giant leap for mankind».

Esta frase, evidentemente preparada desde mucho tiempo atrás y colofón de un esfuerzo supremo de Estados Unidos por ganar la carrera espacial a la extinta Unión Soviética, se tradujo en España así: «Éste es un pequeño paso para el [un] hombre, pero un gran salto para la Humanidad».

Neil Armstrong hablaba de un viaje hacia lo desconocido, y efectivamente lo era. Sin embargo, él hizo otro viaje mucho menos conocido a las profundas selvas de Ecuador. Buscaba la enigmática cueva de los Tayos.

¿Qué buscaba allí?

Junto a un nutrido grupo de especialistas, Armstrong descendió en 1976 a las grutas y pasadizos para encontrar un ancestral legado de dioses desconocidos: la Biblioteca de Oro.

¿Qué significa esta historia? ¿Tiene esto algún sentido? ¿Es cierto que el astronauta más famoso del mundo sucumbió a una leyenda y a una invención? ¿O no se trata de una simple leyenda?

El ingenioso fabulador

En 1972, Erich von Daniken (1935) publicó un libro titulado *El oro de los dioses. Los extraterrestres entre nosotros*. Al igual que otros anteriores, esta obra alcanzó una gran repercusión, se tradujo a distintas lenguas y tuvo un enorme éxito de ventas. En ese volumen se puede leer el siguiente texto: «Se trata, en mi opinión, de la historia más increíble, la más inverosímil del siglo. Me parecería una historia de ciencia ficción si no lo hubiese visto y fotografiado yo mismo. Lo que he visto no es sueño ni fantasía: es realidad. Bajo el continente sudamericano existe un gigantesco sistema de túneles, hondamente enclavado, de varios miles kilómetros de extensión. ¿Quién lo construyó? ¿Y cuándo? He ahí la incógnita. En Perú y Ecuador se consiguió recorrer cientos de kilómetros de esos túneles, pero esto no es más que el comienzo. El mundo lo ignora todo sobre ellos».

A pesar de los errores, rectificaciones, simulaciones e imaginaciones de que hizo gala Daniken a lo largo de su vida, su obra tiene un mérito innegable: poner sobre la

mesa misterios e historias de las que no se hablaba o que parecían escondidas. Otra cuestión muy diferente son sus hipótesis y, desde luego, sus «peculiares» métodos de trabajo.

El explorador suizo se refería a un magnífico entramado de túneles subterráneos, galerías y pasadizos que escondían una fabulosa y mítica Biblioteca de Oro que contendría, en principio, la Historia de la Humanidad, la *verdadera* Historia de la Humanidad.

Javier Sierra explica cómo se gestó esta historia, al menos desde el punto de vista literario: «El editor de Erich von Daniken le estaba presionando para que escribiera un tercer libro, no menos espectacular que los dos anteriores». Al parecer, el afamado autor estaba investigando una serie de pistas arqueológicas que apuntaban a una supuesta civilización perdida en Ecuador. Los restos y las pruebas de esta civilización olvidada se podrían encontrar en unos túneles cerca de los Tayos, en una zona ocupada por una de las etnias indígenas del Ecuador: los shuaras. «Von Daniken escribió, precipitadamente en mi opinión, ese libro donde afirmaba que gracias a un abogado llamado Janos Moricz, él había entrado en esas cuevas y había tenido ocasión de ver una serie de tablas de oro que pertenecían a una antigua biblioteca de esta civilización perdida».

Las tablas al parecer existían, aunque Daniken nunca las vio en esas cuevas, sino en el pequeño museo de un sacerdote salesiano llamado Cario Crespi, que vivía en Cuenca (Ecuador). En fin, Daniken nunca entró en las cuevas de los Tayos. El tema terminó descubriéndose y, a partir de entonces, la sombra del escándalo no dejó de acompañar a esa historia que sirvió, entre otras cosas, para desacreditar por completo la existencia de esa biblioteca extraña y para ratificar muchas de las opiniones que se tenían respecto a Erich von Daniken.

Alex Chionetti, profundo conocedor del asunto, que en 2005 preparaba una exploración a la cueva de los Tayos, corroboraba la versión de Sierra: «Daniken me confirmó que, en realidad, había embellecido la historia, que le dio un tinte romántico y que nunca había estado en el lugar; que nunca descendió con Janos o Juan Moricz a la cueva de los Tayos ni vio ningún tesoro, sino que utilizó las fotos que hizo en el famoso museo del padre Crespi, en Cuenca».

De modo que, como afirma Chionetti, «la historia de los Tayos, lamentablemente, empezó con el pie izquierdo». A este fraude arqueológico se sumaron las muchas leyendas del lugar y las distorsiones de los personajes que intervinieron posteriormente en la historia. «No tenemos una historia verídica», asegura Chionetti, «porque, en realidad, nadie ha investigado con profundidad el tema. Después de treinta años y después de dos expediciones, la de 1968 y la de 1976, aún no se sabe nada a ciencia cierta».

Más falsificaciones

Efectivamente, hubo dos expediciones a la cueva de los Tayos, en 1968 y 1976. Pero la historia de un fabuloso tesoro o los restos de una civilización perdida se remontan a un personaje llamado Cario Crespi. ¿Quién era este hombre?

El padre Crespi, salesiano, es un personaje importante en la ciudad ecuatoriana de Cuenca, pero al tiempo es un personaje del que casi no se conserva memoria histórica. Se sabe que estaba muy interesado por la cultura, la lingüística y la mitografía antigua mediterránea.

El caso es que, misteriosamente, el enigmático padre Crespi va acumulando tablillas de oro —algunas de ellas verdaderamente espectaculares— que, en teoría, pertenecerían a una civilización perdida u oculta en las grutas ecuatorianas. «Él decía que los indios se las traían de la selva y que algunas de las placas y algunas piezas de la colección, que es realmente monumental, venían de la zona de la cueva de los Tayos».

La concentración de planchas de oro y restos arqueológicos en la zona de los Tayos no parece una invención, puesto que otros investigadores han centrado sus esfuerzos en ese territorio. Pero los especialistas no creen que el tesoro, si lo hay, se encuentre allí, sino en una de las cuevas circundantes. ¡Y hay más de ciento cincuenta grutas!

Crespi consiguió reunir un grupo de piezas llamadas la Biblioteca de Oro. Son las piezas que Von Daniken fotografió y publicó en su libro. A veces se cree que esas fotografías se hicieron en la cueva o que Daniken consiguió acceder a ella. Como hemos visto, eso no ocurrió.

Pero los problemas no concluyen aquí. «La mayoría de las láminas de Crespi son falsificaciones», explica Chionetti. «Yo creo que el padre Crespi entregaba a los indios los dibujos y éstos los copiaban. Muchos de los temas son temas mediterráneos y ello conjuga bien con la formación académica del propio padre Crespi».

La acumulación de farsas y falsificaciones parece hundir definitivamente este misterio y relegarlo a uno de los numerosísimos episodios en los que el afán de notoriedad y una publicidad aparatosa anegan intereses más nobles. Sin embargo, la persistencia de la leyenda y el incomprensible hecho de que alguien decida falsificar *¡en oro!* obligan a un análisis más detallado del caso.

«Hasta hace poco tiempo, las tablas estaban en Cuenca, Ecuador, en la colección de ese sacerdote», explica Javier Sierra. «Algunas resultaron ser de latón. Las tablas de oro que se fotografiaron y que aparecen en el libro de Daniken, que yo sepa, hoy están en paradero desconocido. No se sabe quién las tiene. No se sabe si se vendieron a algún coleccionista o simplemente se fundieron en alguna de las múltiples crisis económicas que ha sufrido ese país. Pero las tablas existieron».

Algunas de las supuestas tablas de oro —muchas de más de medio metro— que revelaban la Historia de la Humanidad son claramente falsificaciones, claramente fraudulentas. Algunas reflejan elementos impropios de las culturas mesoamericanas, animales que no pertenecen a la fauna local, representaciones geométricas impropias

de esas latitudes, pirámides egipcias… Todo es muy *naif*, demasiado *naif*, ingenuo, con un aire infantil desconcertante y, al tiempo, sospechoso. Sin embargo, otras láminas parecen verosímiles.

Nacho Ares, director de la revista *De Arqueología*, opina que esos dibujos «son tan ingenuos e infantiles que no recuerdan nada americano. Se salen del denominador común del arte precolombino. Cualquier persona con un mínimo de cultura arqueológica puede descubrir en las piezas mayas, aztecas, mochicas, etcétera, lo americano precolombino y en estas piezas del padre Crespi es difícil encontrarlo».

Sin embargo, se aprecian en las tablas alfabetos curiosos y, desde luego, falsificar en oro… es raro. «Falsificar en oro es raro», admite Juanjo Revenga, «pero con todas estas cosas siempre existe la posibilidad del engaño y aún más en países donde el lucro económico es un motivo esencial. Allí se puede matar por estas piezas, porque en muchos lugares la vida no vale nada». En opinión del realizador de *La América insólita*, de TVE, «con esto ocurre como con el chamanismo y otros asuntos parecidos: un 90 por ciento pueden ser mentira, pueden estar trucados o preparados, pero hay un 10 por ciento inexplicable. Y ya es bastante. Ya hay mucho en lo que trabajar».

El asunto de las tablas de oro, en fin, es muy controvertido y aunque la mayor parte de los especialistas desconfían de la verosimilitud de la historia del padre Crespi, aún hay quien defiende que algunas de esas piezas tienen algún viso de ser reales.

El padre Crespi murió hace algunos años y muy pocos han podido acceder a sus notas, a su legado y a la obsesión que tuvo este sacerdote por recopilar todo lo que tuviera que ver con la cueva de los Tayos.

Dos expediciones

A mediados de la década de 1960, un abogado de origen húngaro y asentado en Argentina, llamado Janos o Juan Moricz, viaja al Ecuador en busca de la mítica Biblioteca de Oro de los Tayos. Juan Moricz, en realidad, era un industrial minero y un contratista de obras. Por añadidura, realizaba negocios con los hallazgos arqueológicos que encontraba.

Este cazatesoros firmó un acta notarial en el despacho central de Cuenca (Ecuador). En ese documento parece sugerirse que el hallazgo fue casual, aunque el personaje invita a pensar que encontrar la cueva era un objetivo y no una coincidencia. Éste es el texto del acta: «Yo, Juan Moricz, ciudadano argentino por residencia, nacido en Hungría, pasaporte número 4361689, en la región Oriental, provincia de Morona Santiago, dentro de los límites de la República del Ecuador, he descubierto valiosos objetos de gran valor cultural y histórico para la Humanidad. Los objetos consisten especialmente en láminas metálicas que contienen probablemente el resumen de una civilización extinguida, de la cual no teníamos

hasta la fecha el menor indicio. Los objetos se encuentran diseminados en distintas cuevas y son de la más variada naturaleza. He podido realizar el descubrimiento en circunstancias afortunadas: en mi condición de científico investigué aspectos folclóricos, étnicos y lingüísticos de las etnias ecuatorianas. Los objetos por mí encontrados presentan las siguientes características: 1. Objetos de piedra y metal de distintos tamaños y colores; y 2. Láminas de metal grabadas con signos y escrituras. Se trata aquí de una verdadera biblioteca metálica que podría acaso contener un compendio de la historia de la Humanidad como, asimismo, revelar el origen del hombre o dar noticias acerca de una civilización extinguida».

Moricz, al parecer, dio con ese enclave por la amistad que trabó con dos chamanes shuaras, que lo llevaron al lugar y le mostraron los presuntos tesoros.

Pablo Villarrubia Mauso, nuestro «último aventurero», nos explicaba que, a su entender, aquellas cuevas de los Tayos sí pudieron albergar algún tipo de tesoro arqueológico, pero en su opinión es probable que en la actualidad ya no se encuentre allí. «Quizá fue robado», concluye Villarrubia Mauso, «quizá hubo un pacto entre Moricz y los indígenas para trasladar el tesoro a un lugar más seguro. Y otros dicen que se ha escondido en otra cueva de la zona. Aquella es una zona con muchas cuevas, en las que se podrían ocultar esos objetos».

Moritz murió en 1991 en una expedición arqueológica, en los Andes argentinos.

La segunda expedición importante tuvo lugar en 1978 y fue dirigida por Stanley Hall. Este ingeniero escocés, en realidad, planteó una expedición arqueológica científica, a pesar de que fue el libro de Erich von Daniken lo que en principio le llamó la atención. Hall estuvo en contacto con Moricz, pero su sistema era academicista y cartesiano: estaba decidido a explorar todas las posibilidades de aquella cueva y zanjar la historia de un lado o de otro. Desde el punto de vista científico, como señala Chionetti, «fue una de las expediciones espeleológicas más grandes de la Historia».

Consiguió un buen registro de las cavidades de los Tayos, con un mapa preciso de su interior, estudió especies animales y vegetales, recogió pruebas geológicas y encontró algunas piezas arqueológicas de pequeño tamaño, sobre todo cerámicas.

¿Dónde estaba la Biblioteca de Oro?

En esta expedición, junto a un buen número de científicos y técnicos, iba el astronauta Neil Armstrong. Existen fotos que demuestran que el cosmonauta estuvo allí, en aquellas galerías. La cuestión es saber por qué. ¿Qué había llevado a Armstrong a aquel remoto paraje?

La historia de la singular peregrinación del astronauta estadounidense comienza —de nuevo— en el fabulador suizo Erich von Daniken: un grupo religioso de Utah leyó el libro que refería la historia de la Biblioteca de Oro y se quedaron prendados de la narración. Ese grupo eran los mormones. Según las invenciones del profeta mormón Joseph Smith, un ángel llamado Moroni le había mostrado un libro de oro y él lo había traducido para su comunidad *(Book of Mormon)*. Una leyenda decía que el

libro de oro original se encontraba escondido en las grutas de las montañas de los Andes, de modo que todo parecía conjugarse para que las profecías mormonas se verificaran. A Neil Armstrong lo acompañaron cuatro mormones. Lo consideraban una especie de «elegido» que los llevaría a la prueba definitiva de sus creencias. Y se asegura que fue esta secta religiosa la que proporcionó los fondos necesarios para que se llevara a cabo la expedición.

Sin embargo, ni Armstrong ni el jefe de la expedición, Stanley Hall, vieron la Biblioteca de Oro. Comprobaron, eso sí, que efectivamente existían unas galerías que parecían cortadas a cincel, a unos treinta metros bajo tierra en la Sierra de los Tayos. En esa expedición participaron varios ingenieros y ellos afirman que existe todo un complejo de redes subterráneas en el lugar. No hablan de un solo túnel, sino de un complejo perfectamente tallado y desde luego artificial. La importancia de la cueva de los Tayos reside en las construcciones arqueológicas que no tienen explicación natural.

En particular, hay estructuras arquitectónicas que han atraído las miradas de los especialistas, como el llamado «arco Von Daniken», que es una pared de ladrillos. O las técnicas de la piedra angular, para pulimentar y modificar la roca; técnicas que se encuentran en las ciudades precolombinas de Perú y en Egipto, y que se pueden ver en las profundidades de la cueva de los Tayos.

«En cierto sentido», explica Chionetti, el trabajo de Hall «fue una expedición fallida. Y no creo que Neil Armstrong estuviera muy enterado de que tal vez, a la vuelta de la esquina, en un recodo de la cueva, pudiera haber una biblioteca de láminas de oro que contaría la Historia de la Humanidad en época antediluviana».

Mitología: oro, cuevas y dioses

A pesar de todos los fraudes y mentiras, la leyenda de las cuevas de los Tayos sigue viva. Se habla de individuos que, tras haber visto la Biblioteca de Oro, fueron asesinados en circunstancias extrañas. Tal fue el caso, por ejemplo, de un tal Petronio Jaramillo, que fue tiroteado en 1999, seguramente por razones políticas.

También se habla de tribus peligrosísimas, aunque esto parece formar parte de la mitología de los expedicionarios del siglo XIX: «Algunas de las tribus indígenas podían tener una cierta peligrosidad hasta hace algunos años», asegura Chionetti. «Y ha habido casos de crímenes y muertes, pero es una zona tranquila. Lo que ocurre es que la guerra de 1995 y 1996 entre Perú y Ecuador produjo muchos cambios en el lugar… En este momento, el mayor peligro son las minas: esa zona fue minada por las partes en conflicto, Perú y Ecuador».

El interés en este mito obligó a la Administración ecuatoriana a realizar mapas y planos de la zona, aunque quizá también se ocultaban motivos estratégicos relacionados con las convulsas relaciones con los vecinos. «Por cierto», precisa Javier Sierra, «el ejército ecuatoriano había obtenido unas fotografías de las que Von

Daniken se apropió para su libro».

Después de tantos hechos fraudulentos y de tantas falsificaciones, ¿cómo es posible que el mito siga vivo?

En primer lugar, la cuestión afecta a los intereses científicos. Como dice Javier Sierra, «no se tiene ni la tecnología, ni la motivación ni la subvención para explorar esos lugares». Juanjo Revenga y Nacho Ares coinciden en afirmar que este tipo de expediciones cuesta muchísimo dinero, en personal cualificado, equipos, permisos, etcétera. Hay que luchar permanentemente con las instituciones locales y, en cierto modo, con la población local. Si los especialistas realizan un hallazgo, ello supone un verdadero conflicto para las administraciones, que se ven obligadas a invertir en su protección, a crear museos o a fundar grupos de investigación locales. Eso, en países pobres, constituye todo un problema. Hay pirámides y conjuntos arquitectónicos perfectamente identificados y localizados en América, pero no hay dinero para mantenerlos y estudiarlos. Algunos arqueólogos prefieren que se mantengan así, ocultos, hasta que se den las condiciones apropiadas para su investigación.

Además, en el caso concreto de los Tayos, existe una imposibilidad física de acercarse a esos lugares en temporada seca, porque los caudales son muy escasos y es necesario esperar las crecidas de los ríos para adentrarse en la selva por vía fluvial: ir caminando por la selva es simplemente imposible. Y los conflictos armados en la zona no son desestimables: aunque aparentemente todo esté tranquilo, los roces entre los grupos militares pueden ser frecuentes.

El único medio actual de poder investigar estos lugares «secretos» parece ser la asociación con grandes empresas de comunicación, como Discovery Channel o National Geographic Channel, que financian expediciones contando con resultados económicos y publicitarios. Algunos especialistas piensan que esta metodología puede constituir una cierta «prostitución» de la arqueología, pero quizá no quede más remedio que unir la investigación científica y el espectáculo si se quieren obtener resultados positivos.

Así pues, la leyenda de los Tayos se engrandece porque, simplemente, resulta inaccesible y no se conoce bien.

Pero lo que verdaderamente mantiene viva la historia de la cueva de los Tayos es la tradición del oro americano. Eldorado, las Siete Ciudades de Cibola, la provincia de la Canela y otras mil leyendas en las que se habla de tesoros maravillosos y enormes cantidades de oro han contribuido a perpetuar el mito. A esta idea se une otra muy popular desde la Antigüedad: las ciudades subterráneas.

En algunas historias se mezclan ambos argumentos, el oro y las cuevas. Por ejemplo, la que cuenta que los incas escondieron su tesoro ante la previsible conquista de los españoles en el siglo XVI. En las junglas de Madre de Dios, una de las selvas menos exploradas del planeta, hay en teoría «una ciudad perdida que se ha buscado miles de veces. Como no se ha encontrado, al final, se ha llegado a la conclusión de que es una ciudad subterránea, donde huyeron los incas con todos sus

tesoros. Y eso es lo que se continúa buscando», subraya Juanjo Revenga. Este especialista añade además que ni la Ciudad Perdida de los incas ni la cueva de los Tayos son las únicas historias. Hay ciudades perdidas desde Estados Unidos hasta Tierra del Fuego. En Brasil, por ejemplo, en el distrito de Minas Gerais, se cuenta que una de las muchas cuevas que se abren en aquella zona comunica directamente con las estribaciones andinas. Y en Cuzco y Sacsayhuamán, la zona más visitada y turística de Perú, se asegura que las ciudades se comunican con túneles. «Y en ellos ha desaparecido muchísima gente. La gente que entraba allí no volvía a salir», explica Revenga. «Son túneles reales. Y en Honduras había una cueva donde desaparecieron muchas personas, pero como no había dinero para ir a buscarlas, allí se quedaron. El mito de Eldorado (o El Dorado) ha sido simplemente eso: los tesoros indígenas que se ocultaron en las selvas o en los túneles y que, presumiblemente, están ahí».

De modo que el fundamento de la leyenda *síes* real. «Claro», afirma Nacho Ares, «son leyendas que tienen un principio de realidad. No son realidad en su totalidad, pero contienen un poso de verdad. En la leyenda de Eldorado conocemos todo el desarrollo de la historia, pero no conocemos el principio, ese principio de verdad. En la cueva de los Tayos, del mismo modo, puede haber un trasfondo de realidad que después se ha desarrollado, se ha extendido y ha aumentado hasta un tamaño exagerado. Pero la posibilidad de un tesoro en esas cuevas no es extraña ni extravagante».

La configuración geológica de América, al igual que sucede con otros lugares del planeta donde hay infinidad de cuevas y pasadizos subterráneos, permite justificar la idea de que fueran utilizadas en momentos de crisis como refugios. Además, en muchas ocasiones, tenían un significado especial desde el punto de vista religioso para aquellas culturas primitivas. De modo que, según los especialistas, es muy lógico que alguna de esas cuevas tuviera ese significado mágico y que algunas culturas antiguas depositaran en ellas su legado arqueológico, material, bibliográfico, etcétera. Puede que algún personaje local lo encontrara y de ahí naciera la leyenda. En todo caso, según Nacho Ares, «el problema es que no hemos conseguido asir ese principio real que nos daría la clave». Los túneles, las galerías, los pasadizos y las cuevas son paisajes recurrentes. En esos lugares se refugiaron los hombres primitivos, allí construyeron sus templos, allí decían que estaban las puertas del infierno; allí se escondieron eremitas y bandidos, allí se ocultaron tesoros, se encerraron criminales e inocentes; por esas galerías se escapaba de los castillos y las ciudades, etcétera, etcétera. Desde la pitonisa de Delfos, que dictaba sus vaticinios junto a una sima, hasta Julio Verne, que hizo descender por una gruta a sus protagonistas para encontrar el centro de la Tierra, la Humanidad ha mirado estos espacios como lugares de misterio.

En 1994, un equipo dirigido por Javier Sierra descubrió que las principales iglesias de Cuzco, construidas sobre los antiguos templos sagrados incaicos, se podían alinear en la ciudad, de parte a parte y en línea recta. «Eso entroncaba con una

leyenda antigua que decía que a través de todos esos antiguos templos sagrados incas se podía acceder a un túnel que podría haber sido utilizado en tiempos de Atahualpa para esconder el famoso oro sagrado del Templo del Sol o Coricancha. La evidencia arquitectónica estaba a la vista de todo el mundo, nadie la había sabido ver, pero las fotos satélite evidenciaban que todas esas iglesias estaban alineadas. Años después se emprendieron las excavaciones en el convento de Santo Domingo (antiguo Templo del Sol en tiempos de los incas). Y hallaron evidencias de que efectivamente existió un túnel, ya hundido».

Finalmente, para que este mito de los tesoros perdidos de América permanezca vivo, es necesario añadir un elemento imprescindible: es una constante en todas aquellas civilizaciones la tradición según la cual los dioses descendieron del cielo —a veces envueltos en luces o en aparatos increíbles— y les legaron «algo». Esa historia, en buena parte de los pueblos americanos, hablaría de los principios de la especie humana, lo cual se vincula con las hipótesis de Erich von Daniken y las tablillas de la Biblioteca de Oro. Los enviados del cielo, o como quieran llamarse, no sólo contribuyeron al progreso de aquellas civilizaciones, sino que, al parecer, depositaron en ellas un bagaje cultural que en Occidente se considera mitológico. Esas culturas, esos pueblos indígenas, transmitieron su sabiduría de modo oral. Los niños escuchan las historias de los viejos porque, a su vez, ellos tendrán que contárselas a sus nietos. Es un hecho que parece común a todas aquellas civilizaciones: todo lo basan en alguien que vino del exterior.

Las entrañas de nuestro planeta esconden aún muchos tesoros por descubrir, pero los problemas se acumulan: financiación deficiente, errores en la investigación, falsificaciones, peligros objetivos en los accesos, incompetencia administrativa, etcétera. De modo que la conclusión popular es más que evidente: no se investiga y no se dan a conocer los resultados porque «alguien» no quiere que todos los secretos que esconde la cueva de los Tayos —y otras— se revelen. Es decir: «conspiranoia».

El desierto de la muerte: Ciudad Juárez

«Se adoraban dioses a los que se sacrificaban seres humanos».

B. Díaz del Castillo, *Historia verdadera…*

Desde hace algunos años se están realizando excavaciones en pleno corazón de México D.F. y los resultados arrojan continuamente sorpresas y hallazgos maravillosos… y tétricos. Bajo los suelos que separan el Palacio Presidencial y la catedral han empezado a surgir miles de cráneos y piezas óseas. Son los restos de víctimas sacrificadas en tiempos del imperio azteca.

Muchos de ellos, según los expertos, pertenecían a niños de entre 4 y 6 años, perfectamente conservados por las condiciones geológicas de esa gruta subterránea. Presidiendo el tétrico escenario se descubrió una talla de madera erguida: el dios Mictlantecuhtli. Esta divinidad se presenta con dedos en forma de garras, la cabeza está llena de pequeños agujeros y tiene el hígado expuesto, fuera de su cuerpo. Los ojos no se ven o, con precisión, están recubiertos por la piel del rostro. Lo llamaban el Señor de las Sombras y, sobre todos esos cadáveres, esbozaba una enigmática y misteriosa sonrisa.

Son los restos de una cultura que aniquilaba a hombres, mujeres y niños en ceremonias que se desarrollaban durante días enteros, rituales en honor de misteriosas divinidades de aspecto aterrador. Junto a esta innegable verdad, el imperio azteca desarrolló una civilización poderosísima que asombró a los conquistadores españoles en el siglo XVI.

Los imperios

El imperio azteca, como otros tantos de América —e incluso de Europa, véase la mitografía sobre Roma, por ejemplo—, tiene orígenes fabulosos que se imbrican en una genealogía de dioses protectores y sanguinarios a un tiempo. Se supone que los aztecas son en realidad herederos de un cuerpo anterior conocido como el imperio tolteca, de difícil cronología, que pudo entrar en decadencia en torno al siglo X d.C.

Los aztecas dominaron un extenso territorio que se enclavaba especialmente en el actual México y durante unos doscientos años fueron amos y señores de aquel espacio privilegiado. Herederos de la sabiduría tolteca, desarrollaron todo un conglomerado de habilidades relacionadas con la medicina, la agricultura, la arquitectura, la escritura, la imaginería, etcétera, pero todas estas disciplinas se basaban en una principal: la astronomía.

Aunque los españoles que conquistaron aquellas tierras estaban poco dispuestos a admitir la grandeza del imperio azteca, sí valoraron sus riquezas y, en alguna medida, su imponente desarrollo intelectual. Sin embargo, los conquistadores —y los

aficionados que nos acercamos hoy a esa cultura— encontraron una profunda contradicción entre la magnificencia de su civilización y los sanguinarios rituales de los templos. Cada cierto tiempo, siempre de acuerdo con los designios de los sacerdotes, se llevaban a cabo horrorosas ceremonias sangrientas en las que se sacrificaban a mujeres, hombres y niños en honor de sus misteriosas divinidades. Se asegura que los dioses del panteón azteca necesitaban beber sangre constantemente. Y todo esto ocurría en los templos y en las pirámides que los conquistadores llamaron «del horror». Bernal Díaz del Castillo (h. 1496-1584) es uno de los grandes cronistas renacentistas y autor de la singular *Historia verdadera de la conquista de Nueva España* (publicada en 1632). Este soldado participó personalmente en la conquista de México y estuvo a las órdenes del mismísimo Hernán Cortés. En su *Historia*, Bernal Díaz del Castillo no deja de sorprenderse ante esos rituales que, en la cultura europea, resultaban bárbaros y horrendos: «Yo, Bernal Díaz del Castillo, afirmo que lejos de las costas de lo que llamamos México, descubrimos países densamente poblados, donde se construían casas de cal y canto, y se adoraban a dioses a los que sacrificaban muchos seres humanos. Había una placeta donde ponían a los tristes indios para sacrificar, rodeados de malas figuras y de la mucha sangre derramada aquellos días. Vimos cosas tan admirables y terribles al mismo tiempo que hoy no sabemos distinguir si eran sueño o realidad».

Huesos del desierto

La hipótesis estremecedora que se está planteando en la actualidad es que aún hay seguidores de aquellas divinidades en México. En este país, como en Perú, no falta quien desee recobrar aquel espíritu misterioso y sangriento. Esta inconcebible posibilidad resulta aterradora, pero ciertos sucesos obligan a plantearla.

Como se sabe, en una zona de México (Ciudad Juárez) están ocurriendo episodios criminales para los que no parecen encontrarse explicaciones solventes y definitivas. Se habla de trescientas mujeres muertas desde 1993, y en torno a cuatro mil desaparecidas. Los cadáveres o los restos de cadáveres que se han encontrado —son mujeres, en su mayoría— aparecen con mutilaciones y símbolos que podrían recordar a aquellas víctimas del siglo XVI.

«Aparecen ocho cadáveres de mujeres ejecutadas en Ciudad Juárez». Titulares como el precedente son constantes en la prensa mexicana y, por desgracia, son tan habituales que apenas saltan a las portadas de los rotativos del mundo. Las autoridades desarrollaron algunos planes de seguridad, pero las desapariciones y los asesinatos parecen haber entrado en una espiral incontenible. Cada día aparecen más mujeres muertas, muchas de ellas mutiladas, con extrañas simbologías.

Todo esto está ocurriendo en Ciudad Juárez, una población de un millón y medio de habitantes, en el desierto que se extiende en la frontera entre Estados Unidos y México, un lugar problemático y donde parece darse una cierta aparente impunidad

ante el crimen, lo cual ha permitido que las estadísticas de asesinatos, secuestros y desapariciones hayan aumentado alarmantemente. Los expertos empiezan a hablar de los misterios que se esconden detrás de las matanzas de Ciudad Juárez. La historia es digna de los relatos de terror más *gore,* pero es dramáticamente real.

El paisaje es aterrador: las dunas fronterizas se tornan amenazadoras al caer la noche. Nadie sabe quién está sacrificando a decenas de mujeres cada semana, quién las desmiembra y las entierra en fosas cubiertas por la arena o las abandona en el desierto. Aparecen cuerpos mutilados entre los montículos, cadáveres de jóvenes violadas y salvajemente asesinadas. Trescientos casos en los últimos años: crímenes sin solución, sin culpables, sin sospechosos, envueltos en el denso silencio del desierto.

Ante semejante carnicería, asociaciones populares y grupos de derechos humanos han alzado la voz ante la presunta impunidad con que operan los criminales. Están molestos porque entienden que se ha corrido una implacable cortina de silencio en torno a este macabro asunto. Pero los cuerpos de las víctimas claman al cielo. Se encontró una fosa con once de ellas. A veces parecen responder a un modelo o canon, y muchas están mutiladas hasta el punto de que a algunas les han cambiado el rostro: les han arrancado la piel y les han puesto las caras de otras mujeres. Esto permite hacerse una idea del tipo de individuos a los que nos estamos enfrentando.

Judith Torrea Oíz, una valiente periodista navarra, lleva cinco años viviendo en la frontera y nos explica la angustia de las madres que se ven obligadas a vagar por los desiertos en busca de algún resto de sus hijas desaparecidas: «Una mano, una prenda íntima, una cabeza… y siempre son personas particulares, no las autoridades, las que encuentran estos restos en parajes inhóspitos. Y la estadística sube y sube». Judith ha visto cómo todos los domingos, a las siete de la mañana, esas mujeres recorren la ciudad y los contornos buscando los despojos de sus hijas. «Van con la esperanza y con el temor de encontrar algo que pudiera pertenecer a sus hijas. De todos los cuerpos y restos que se han descubierto, ninguna ha sido descubierta por las autoridades, han sido descubiertas por grupos y personas que pasaban por un lugar y descubrieron huesos o restos. Nunca por las autoridades».

Esther Chávez Cano es la directora de Casa Amiga, una asociación de mujeres que trata de dar voz a esas familias que han perdido a sus hijas en horribles circunstancias: «Las chicas, las jovencitas que aparecen muertas, se encuentran en terrenos baldíos, en el desierto, en zonas muy alejadas. Son muy jóvenes, son violadas, torturadas, en muchos casos mutiladas, y eso es diferente a otro tipo de crímenes. Se les cercena el seno derecho y a veces el izquierdo. Es brutal. Y, aparentemente, eso se lo hacen en vida. No hay palabras para describir esos actos, esa brutalidad, esa deshumanización. No sé cómo estas mujeres pueden seguir viviendo recordando las últimas horas de angustia de sus hijas. Creo que la muerte fue la salvación para ellas, para descansar».

La periodista Judith Torrea explica el desprecio de los criminales y la

impasibilidad de las autoridades: «Los asesinos no se molestan ni en enterrar a sus víctimas, las arrojan en lugares clave, a veces con una simbología específica, pero las arrojan en barrios pobres o en el desierto… Lo que más llama la atención es que las autoridades enseguida dan un nombre a esos huesos, sin realizar ningún tipo de pruebas científicas y sin buscar el ADN, que es la prueba más fiable. Y enseguida, a los dos días, por la presión social, encuentran a los culpables, verdaderos chivos expiatorios. Entonces, tampoco se realiza ningún tipo de estudio. ¿Cómo es posible encontrar los nombres de las víctimas y de los culpables sin realizar ningún examen científico? Esa es la cuestión». Efectivamente, ésa es la cuestión principal para intentar resolver este puzle dramático. Existe cierta impunidad, al parecer, ciertos condicionantes políticos y sociales, un entramado de grupos narcotraficantes, una situación inestable en la frontera… En todo caso, la cantidad de mujeres asesinadas —algunos meses el número se eleva hasta sesenta víctimas— y la proximidad temporal de los crímenes resultan especialmente llamativas. «Nuestro Estado es el más grande de la República Mexicana», explica Esther Chávez Cano: «Aquí cabe tu país, Italia y otros países, sólo en este Estado. La mayor parte es desierto. Entre Ciudad Juárez y Chihuahua, que está a trescientos kilómetros, no hay más que dos o tres pueblecitos. Lo demás es desierto. Arena del desierto. Como la arena se mueve, es difícil encontrar los cuerpos. No se ve nada, apenas logra verse nada. Sólo hay flores del desierto, extensiones tremendas, lugares imposibles. Allí no se puede llegar… y en esas hondonadas y lugares alejados, allí se encuentran cuerpos. Sólo unos vehículos muy potentes podrían llegar a esos sitios, o tal vez las arrojan desde helicópteros. No sabemos qué pasa. Lo ignoramos. Estamos llenas de preguntas y con muy pocas respuestas a lo largo de estos últimos diez años».

La pregunta inmediata es si hay algún patrón en las víctimas, si las eligen por alguna razón, si son de cierto tipo fisonómico. ¿Cómo debe ser una joven para que sea una víctima propicia para estos asesinos o para estos grupos de asesinos que actúan en Ciudad Juárez? «Intentan localizar a mujeres pobres, jóvenes y hermosas», explica Judith Torrea. «Antes de hacerles todo… las violan, las torturan, las descuartizan, las ocultan, me imagino, e incluso a veces les cambian de ropa, y luego las arrojan a las dunas del desierto».

Como advertía la directora de la asociación Casa Amiga, todo son preguntas.

Quizá Robert Ressler, experto criminólogo del FBI y asesor en series televisivas como *CSI* o *Expediente X*, ofrezca una imagen certera del asunto cuando asegura: «Yo, ni armado hasta los dientes atravesaría el desierto de Ciudad Juárez».

El rancho de los narcosatánicos

Para explicar esta serie de incomprensibles asesinatos y desapariciones, los expertos, los aficionados y los locos han puesto sobre la mesa incontables teorías: tráfico de órganos, sectas satánicas, grupos de adoradores del sol que pretenden

recuperar tiempos de esplendor, asesinos en serie, pervertidos *voyeurs* de *snuff movies*, narcotraficantes enloquecidos… Esther Chávez asegura que las líneas de investigación oficial en este momento son cinco: el tráfico de órganos, la trata de blancas, los actos satánicos, los narcotraficantes y la producción de vídeos *snuff*. «¿Quién es? ¿Quién sabe?».

Todos los expertos —e incluso la propia Esther Chávez— duda de la hipótesis que pudiera relacionar estos crímenes con el tráfico de órganos. Este delito requería una infraestructura médica muy bien organizada, con muchos medios técnicos y en la que deberían participar médicos, enfermeros, hospitales, etcétera. Es difícil que tantas personas e instituciones colaboren en un negocio así. Es casi imposible. Por esa razón, la teoría del tráfico de órganos está casi descartada en la actualidad.

¿Y las sectas satánicas?

No hace mucho tiempo que la agencia de noticias mexicana Notimex enviaba el siguiente teletipo: «Narco-satánicos detrás de muertas de Juárez». La noticia sugería que las trescientas mujeres asesinadas de Ciudad Juárez (Chihuahua), más que un problema de seguridad pública, se debían a la presencia de bandas de traficantes de órganos y grupos de narcosatánicos. Al menos, eso era lo que afirmaba el legislador federal, David Rodríguez Torres.

¿Qué es el narcosatanismo? A finales de la década de 1980, el término «narcosatánico» se hizo tristemente célebre por un individuo llamado Adolfo de Jesús Constanzo, llamado «el Narcosatánico de Matamoros». Este enloquecido sujeto era al parecer muy aficionado a los rituales esotéricos y participaba junto a su madre en ceremonias vudús y en ciertos ritos pertenecientes a religiones de origen africano. Según las noticias recogidas en prensa, él era el líder de una secta que asesinó a varios hombres. Su banda se dedicaba al tráfico de marihuana y creía que realizaban ese tipo de negocios protegidos por el demonio y que eran invulnerables. Celebraban ritos y asesinaban para protegerse, para que los dioses del infierno les fueran propicios. Él creía que era Satanás quien le protegía a él y a sus secuaces, que era Lucifer quien detenía las balas de la policía. (La película *Perdita Durango*, de Alex de la Iglesia, de 1997, interpretada por Javier Bardem, representaba el ambiente narcosatánico).

En 1989, en un rancho de Santa Elena, la policía descubre a estos sanguinarios: velas, vasijas con cerebros humanos, sangre, tortugas, arañas, cabezas de cabras, etcétera. También encontraron trece cuerpos enterrados en las inmediaciones de este rancho, la mayoría mortalmente mutilados. A algunos de ellos se les había extirpado el cerebro, a otros les habían arrancado huesos de la columna vertebral con los que presumiblemente habían hecho amuletos.

Otra hipótesis, como se ha adelantado, consiste en que estas jóvenes sean asesinadas con el único fin de grabar su muerte en vídeo: éstas son las *snuff movies* (argumento principal de la primera película de Alejandro Amenábar, *Tesis*, de 1996). En principio, este tipo de filmaciones parece que forman parte de las leyendas

urbanas. Sin embargo, hay quien afirma que estos vídeos realmente se ruedan, se comercializan y se venden. Algunos investigadores y responsables judiciales de Ciudad Juárez hablan de la posibilidad de que se rueden en pleno desierto.

Santiago Camacho, nuestro experto particular en conspiraciones, recuerda que hace unos años, un director de cine llamado Franz Henenlautter ofreció una recompensa de un millón de dólares a quien le mostrara una de esas películas *snuff*. Nadie presentó material alguno. Sin embargo, se sabe que hay películas en las que se han filmado asesinatos y torturas. Muchos de los asesinos en serie han sido capturados en Estados Unidos con filmaciones de sus propios actos criminales. No las comercializaban, pero las tenían. Se sabe que el Sha de Irán se complacía viendo las películas de torturas de su policía secreta. «Sería inocente pensar que ese tipo de filmaciones no existe en algunos circuitos muy restringidos. Y puede que estén circulando», concluye nuestro compañero.

Entonces, ¿no es una leyenda urbana? Pero, si es real, ¿por qué la policía jamás ha desarticulado ninguna banda y por qué no ha encontrado material que lo confirme? Al parecer, la parte legendaria del negocio de las *snuff movies* afecta a la comercialización. Es decir, según Santiago Camacho, las películas existen, las películas se ruedan, «pero suelen ser para consumo propio de la banda de depravados que se dedica a esas cosas».

Y respecto a la posibilidad de que en Ciudad Juárez se estén rodando este tipo de películas, conviene recordar una casualidad sorprendente: el mito y el rumor de la existencia de estas filmaciones nace a principios de los setenta y nace, curiosamente, en esa franja fronteriza de Tijuana, El Paso y Ciudad Juárez. El mito —o la realidad — de las *snuff movies* nace precisamente ahí. Y la historia se podría remontar aún más atrás, hasta la década de 1950: en esa época, en Tijuana, los americanos pasaban la frontera, secuestraban mujeres y se las llevaban para violarlas al otro lado, en Estados Unidos.

Finalmente, para cubrir las hipótesis más factibles, *Milenio 3* acudió a Óscar Máynez, criminalista y forense del Estado en Ciudad Juárez. Este experto tuvo que abandonar la ciudad, según él, debido a ciertas amenazas más o menos veladas o más o menos explícitas. Máynez no es partidario de la teoría de las sectas satánicas. En su opinión, ante la ausencia de simbología propia de esos grupúsculos podría descartarse esa posibilidad. «Creo que estamos ante un criminal sexual en serie, un psicópata». Lo más grave, para Máynez, es que se han dado las condiciones para que este asesino o este grupo de asesinos pueda perpetuar su crimen en la más absoluta impunidad. «Estas personalidades psicopáticas se pueden dar en cualquier lugar y en cualquier momento. Desgraciadamente, se presentaron en Juárez y se presentaron en un ambiente fértil para la impunidad. Si se hubieran presentado en Estados Unidos o en España, con una policía científica profesional, esto no habría llegado hasta este punto, porque habrían reconocido el problema y habrían actuado en consecuencia. No habrían negado el problema, ni habrían culpado a la víctima ni habrían buscado

chivos expiatorios». Máynez está persuadido de que todas las hipótesis son válidas, en la actualidad, por una simple razón: porque no se investiga.

Sacrificios rituales en España

Esta terrible historia, que parece tan lejana, no lo es tanto. En España ha habido personas que, en un estado más o menos delirante, creyéndose imbuidos de poderes divinos o acatando órdenes de supuestos demonios, en grupos sectarios o solos, han practicado el sacrificio ritual.

Un breve listado de casos será suficiente para comprender que esas ceremonias sangrientas también se realizan… aquí.

Alvaro R. Bustos, ex miembro del grupo musical Trébol, fue detenido en Córdoba en enero de 1987 tras confesarse autor de la muerte de su padre, Manuel Bustos. Le clavó una estaca de madera en el corazón cuando estaba durmiendo porque, según declaró, encarnaba el mal. Estaba convencido de que su padre se iba a reencarnar y por ello, después de asesinarlo, le cortó los talones, para que no pudiera caminar.

Y en Elche, Elena S. L. asesinó en el año 2000 a su hija de 30 años durante un ritual. La acusada aseguró que «Dios me dijo que ella y yo éramos el demonio».

Una niña de 6 años, Montserrat Fajardo Cortés, fue asesinada en marzo de 2002 en la barriada de Piedras Redondas, en Almería. Según fuentes policiales, murió a manos de su madre y de su tía, que practicaban rituales de brujería y espiritismo.

Uno de los casos más claros de satanismo se produjo en Carabanchel (Madrid), en septiembre de 1997. En esas fechas se descubrió el cadáver descuartizado de un hombre. En su pecho derecho llevaba marcado el número 666 (el número de la Bestia, según el Apocalipsis) y una estrella de cinco puntas. Apareció sin cabeza, sin manos, sin piernas, metido en una caja de cartón. Los periódicos lo llamaban «el hombre sin rostro de Carabanchel». La policía investigó el caso y todas las pistas conducían a Zaragoza, siguiendo a un grupo sectario de corte satánico, pero allí se acabaron las pistas y se acabaron los indicios.

Este caso se englobó en una categoría que se llama «satanismo ácido». El satanismo ácido estaría relacionado con los grupos de narcotraficantes: una versión española de los narcosatanistas de México. En los ajustes de cuentas entre bandas de narcotraficantes, en vez de hacer una corbata colombiana (cortar el cuello y sacar la lengua por la tráquea), los satanistas ácidos se dedican a hacer rituales aprovechando las religiones o la religiosidad o los cultos espirituales afrocubanos.

Finalmente, cabe recordar un caso dramático que afectó a un español, aunque el crimen no se produjo en España. Es el caso del joven torero español José Tomás Reina Rincón. Fue asesinado en Perú, en junio de 2002, y los forenses dijeron que el método era el propio de un ritual. El abogado Marcos García Montes, que condujo el caso, explicaba en qué condiciones había aparecido el cadáver del joven: «El cadáver venía eviscerado, sin vísceras, y no tenía ni cerebro ni cerebelo, y en el tórax y

abdomen… nada. Es decir, ni cerebro, ni cerebelo, ni hígado, ni pulmones, ni riñones, ni estómago, etcétera, etcétera. Habían metido papeles, páginas amarillas en la cavidad craneal, y en el cuerpo, en la parte superior del tórax y en la mitad del abdomen… venía relleno de serrín». Aunque se han dictado algunas sentencias y hay algunos individuos en la cárcel, el caso sigue abierto y, de hecho, sin resolver.

Este recorrido por los rituales de sacrificio en México permite descubrir una corriente que, desde los albores de la civilización, llega hasta nuestros días. Hombres sacrificando hombres a sus dioses. Puede que todo se reduzca finalmente a asesinos psicópatas, a ajustes de cuentas o a rituales de sectas enloquecidas. Pero aquellos espíritus que derramaban sangre humana en los teocallis aztecas parecen seguir viviendo en México, en Perú, en España y en otros muchos lugares.

Catedrales: enclaves del poder

«Santuario de la Tradición, de la Ciencia y del Arte,
la catedral gótica no debe ser contemplada como
una obra únicamente dedicada a la gloria del cristianismo,
sino más bien como una vasta concreción de ideas,
de tendencias y de fe populares, como un todo perfecto
al que podemos acudir sin temor cuando tratamos
de conocer el pensamiento de nuestros antepasados,
en todos los terrenos: religioso, laico, filosófico o social».

FULCANELLI, *El misterio de las catedrales*.

Torres tan altas que parecen querer tocar el mismo cielo.

Ocurrió en un momento impreciso, a finales del medievo, y aún nadie sabe a ciencia cierta cómo y por qué sucedió. De pronto, en la oscura noche de los siglos medios, el arco de medio punto, la solidez de los muros y la penumbra del románico cedieron ante un arte nuevo que buscaba la altura de la divinidad y pretendía transformar al ser humano. Cuentan que en algunos templos que hoy conocemos con el nombre de catedrales la conjunción de la luz de las vidrieras, ciertas enigmáticas músicas entonadas en momentos precisos y extraños símbolos que hoy ya no sabemos leer producían en los fieles una suerte de cataclismo interior, una catarsis o una experiencia mágica que parece haberse olvidado.

Los manuales de arte, los libros de historia y las colecciones de documentos oficiales pueden ofrecer información y documentación precisa y necesaria. Pero, teniendo en cuenta la gran cantidad de detalles que aún permanecen ocultos a la mirada del hombre del siglo XXI, ¿no sería posible observar las catedrales con otros ojos?

Un mapa de la espiritualidad

Se da por cierto que el primer edificio gótico de Europa Occidental es la abadía de Saint-Denis, en París, comenzada hacia el año 1135. Y también se asegura que ciertos hallazgos arquitectónicos, como la bóveda de crucería (cruce de dos bóvedas de cañón románicas) y el arco ojival, fueron esenciales para levantar templos más altos y mejor iluminados.

A partir de ese momento, se produce una eclosión arquitectónica que se extiende rápidamente por Europa, y se levantan templos en Noyon, Senlis, Chartres y la catedral de Notre Dame de París (a partir del año 1163). Siguiendo las rutas del sur y los múltiples Caminos de Santiago, los arquitectos y canteros llegan hasta los reinos peninsulares, y así se levantaron las prodigiosas catedrales de Burgos, León, Toledo, Sevilla, etcétera.

En teoría, por tanto, se conocen la mayoría de los aspectos históricos, técnicos y

arquitectónicos en los que se basan estas construcciones. Entonces, ¿por que el hombre del siglo XXI sigue volviendo la mirada a estos edificios, como si no los comprendiera en toda su extensión o reservaran información o emociones desconocidas? José Luis Corral, profesor de la Universidad de Zaragoza y autor del libro *El número de Dios*, intenta explicar por qué en esta época de satélites y tecnología avanzada el hombre moderno está volviendo las miradas a los símbolos de las catedrales, como si fuera consciente de que ha perdido un saber que ahora pretende recuperar. «Seguramente volvemos la mirada atrás porque estamos viviendo tiempos convulsos y, en tiempos convulsos, el ser humano suele echar la mirada atrás y fijarse en esas épocas en las que la gente ha sabido dar soluciones imaginativas y soluciones brillantes a problemas concretos. El problema concreto, en este caso, era que había que iluminar un edificio, que había que construir edificios más ligeros, menos pesados, mucho más brillantes, y eso se consiguió gracias al arte gótico. Las catedrales son un ejemplo del doble sentido de la luz: la luz interior, la luz que ilumina el alma, la razón y la inteligencia, y la luz que ilumina un edificio».

Conviene recordar las palabras del profesor José Luis Corral: «El doble sentido de la luz». Luz física y luz espiritual o intelectual. En realidad, parece que las catedrales —como intuye cualquier viajero que accede a uno de estos templos— proporciona un conocimiento intuitivo y espiritual. La conjunción de elementos decorativos, como gárgolas, esculturas, capiteles, etcétera, y luces y sonidos configuran en estos templos todo un mapa del conocimiento, un mapa de la espiritualidad. Hay mensajes en todos estos elementos, mensajes que pretendían transmitirse. Los maestros constructores, los maestros canteros, los vidrieros o los escultores parecían muy conscientes de esos mensajes trascendentes. Toda su obra traza un mapa de espiritualidad —desgraciadamente perdido e incomprensible para el hombre actual— y por ello, cada catedral se podría entender como una gran máquina de potenciación del espíritu y del conocimiento.

Cuando penetramos en una catedral, el alma, sea cual sea nuestra creencia, se expande y amplifica al entrar en contacto con la realidad asombrosa de estos templos del gótico. Conceptos, claves, códigos y secretos con los que los maestros canteros y arquitectos alzaron esas torres y cúpulas para alcanzar el mismísimo cielo. Auténticas máquinas de espiritualidad, repletas de símbolos que ya no sabemos leer, llenas de misterio, que plantan cara al paso de los siglos; en España y en toda Europa tenemos ejemplos que deberíamos ver con otros ojos.

Javier Sierra, escritor y periodista, director de un maravilloso monográfico de la revista *Más Allá* titulado «Los misterios de las catedrales: entre la alquimia y los templarios», explica cómo funcionan estas «máquinas de la espiritualidad»: «Las catedrales son máquinas de espiritualidad porque ayudaban a los antiguos, cuando entraban en esos recintos perfectamente orientados a los cuatro puntos cardinales, e incluso a determinadas constelaciones del firmamento, a trascender la materia. Sobre todo, ese sentido se encuentra en las catedrales góticas, donde su arquitectura,

perfectamente matemática, sus armonías, su proporción y, sobre todo, algo que se tiene poco en cuenta, la luz filtrada a través de las vidrieras, el eco de la música retumbando en esas superficies pulidas y amplias, hacían que esa persona, por un mecanismo de transformación interior, pensara que estaba mucho más cerca de Dios».

¿Máquinas del espíritu? ¿Conjunción de elementos para que sintamos cosas que ya no sabemos sentir? ¿Podemos volver a entrar en esos estados alterados de conciencia dentro de una catedral? ¿Fijándonos en qué? ¿Cómo podríamos comprenderlo hoy?

Fulcanelli

Fulcanelli es el nombre del autor o autores que en 1926 dieron a conocer uno de los tratados de simbología arquitectónica más importantes de nuestro tiempo: *El misterio de las catedrales*. ¿Qué se sabe de Fulcanelli o «los Fulcanelli» de principios de siglo?

Sobre este libro y su autor hay muchísimas dudas y diversas teorías. Se cree que Fulcanelli es el fundador de toda una escuela del saber. También se piensa que podría tratarse de Eugéne Canseliet —prologuista de la primera edición— o, incluso, que el libro fue escrito por varias personas pertenecientes a esa escuela alquímica. En la obra se quiso sugerir que las claves que explican los más recónditos secretos de la experiencia humana están encerradas en las catedrales medievales y que éstas son susceptibles de ser activadas mediante prácticas alquímicas. Además, *El misterio de las catedrales* constituye un sorprendente y revelador estudio sobre las obras maestras del arte gótico y un compendio de la sabiduría hermética. Se trata de una obra poblada de símbolos y referencias a los más diversos aspectos del conocimiento.

En definitiva, ¿este texto es la herramienta para activar todos los aspectos que parecen dormidos y muertos en las catedrales? En principio, *El misterio de las catedrales* estaba dedicado «A los hermanos de Heliópolis». Heliópolis fue una ciudad del antiguo Egipto de gran importancia filosófica y religiosa y, tal y como su nombre indica, centro principal del culto al Sol. Los Hermanos de Heliópolis, al parecer, constituirían una sociedad filosófica secreta dedicada principalmente a la alquimia, la cábala y otros saberes esotéricos. Esa dedicatoria, dice Javier Sierra, «llamó mucho la atención, porque era tanto como vincular el Egipto antiguo con los constructores de catedrales». Para Sierra, el libro del misterioso Fulcanelli es en realidad «una guía de lectura de la catedral de Notre Dame de París, pero en una clave que no se había publicado antes jamás».

Con motivo de las distintas restauraciones, en la catedral de París se fueron eliminando las referencias a los trabajos alquímicos que se realizaban en su interior o en lugares adyacentes. Fulcanelli, o el grupo que se hacía denominar así, estudió los símbolos que podían revelar esos trabajos en la Edad Media. Medallones,

inscripciones y estatuas fueron analizadas detenidamente para extraer el saber antiguo y perdido. «Uno de esos medallones, según Fulcanelli, representa el trabajo alquímico por excelencia», añade Javier Sierra. «Allí se ve una misteriosa figura sujetando unas extrañas escaleras que conectan la Tierra con el Cielo. Según Fulcanelli, ésa es la representación por excelencia del trabajo alquímico, que consiste en sublimar la materia terrestre con lo celeste a través del proceso alquímico: este proceso estaría constituido por los distintos peldaños de esa escalera. La metáfora era bellísima, y nunca hasta ese momento había sido comprendida».

Entonces, ¿es cierto que había símbolos de la alquimia en las catedrales? ¿Los hay aún? Y, respecto a los alquimistas, ¿perseguían únicamente convertir los metales en oro? Parecen haber coexistido dos tradiciones en este aspecto: una, más cercana al mito y la leyenda, trataría de manipular materia física, como el mercurio, el azufre, la plata y otros materiales con el único fin de obtener oro u otros beneficios, como la inmortalidad, por ejemplo, utilizando la llamada «piedra filosofal». Este parece haber sido el fundamento de la ciencia alquímica —la química, en definitiva—, la medicina, la farmacéutica y otras disciplinas adyacentes. Carlos V y Felipe II, por ejemplo, fomentaron y mantuvieron talleres alquímicos en sus palacios. Una segunda tradición, según indican los textos, tendría objetivos distintos: modificar y alentar la espiritualidad humana. La transformación en oro, en este caso, sería interna. Es decir, los materiales básicos serían el cuerpo y el espíritu del hombre, y, siguiendo determinados procesos, podría purificarse el alma y alcanzar la sabiduría. Tal sería, por tanto, la auténtica conversión o transmutación en oro.

Mar Rey, historiadora y autora del libro *Magos y reyes*, advierte que «Fulcanelli dijo haber conseguido el elixir de la transmutación, capaz de favorecer con la inmortalidad a todo aquel que lo tomaba, y nos mostró la importancia que tenía toda la simbología alquímica en las catedrales». Rey lamenta que aún no se hayan iniciado este tipo de trabajos en las catedrales españolas. En Francia, el estudio de las moradas filosofales es una variante historiográfica común y respetada, pero no ocurre lo mismo en nuestro país. Sin embargo, es evidente que este tipo de estudios es necesario, porque las preguntas se acumulan sin que puedan ofrecerse, si no respuestas, al menos teorías o hipótesis válidas: ¿dónde están situadas las catedrales? ¿Por qué se eligieron esos emplazamientos? ¿Existen alineaciones de templos con coordenadas prefijadas? ¿Guardan alguna relación con los estudios astronómicos? ¿Qué significan esas tallas y representaciones cuyo sentido hoy parece olvidado?

Lo cierto es que el hombre del siglo XXI parece perdido ante estas moles de piedra que se alzan hacia el firmamento, porque es incapaz de revelar todo el potencial que encierran. Al observarlas en sus originales emplazamientos, cabe preguntarse si los hombres del medievo que acudían a los templos de Burgos, León, Sevilla, Toledo, Barcelona, etcétera, serían capaces de leer y comprender ese mapa que hoy resulta casi incomprensible. ¿Cómo afectarían estos edificios a aquellos hombres y mujeres de «los siglos oscuros»? ¿Comprenderían lo que significaba? ¿Sabrían leer esos

códigos?

Bajo las piedras

El primer misterio de las catedrales góticas afecta a sus emplazamientos. Tras los centenares de investigaciones arqueológicas realizadas en Europa Occidental, parece evidente que estos gigantes de piedra no están situados al azar. La mayoría de los templos medievales se levantaron en lugares donde ya existía una capilla románica; pero ahí no acaba todo, porque esos pequeños edificios cristianos, a su vez, solían alzarse sobre basílicas paganas aún más antiguas o en emplazamientos de cultos prerromanos dedicados a dioses de la Naturaleza, empleados por druidas y magos.

En Chartres, por ejemplo, la catedral se levantó sobre una de aquellas fuentes mágicas de los galos. Y en León sigue siendo un misterio por qué los constructores de la *Pulchra leonina* eligieron ese altozano ocupado en su tiempo por las termas romanas de la Legio VII y luego por el palacio del rey Ordoño II para erigir uno de los templos góticos por excelencia. En este caso, las complejidades técnicas no impidieron que los arquitectos se esforzaran al máximo: habían decidido que aquel era el lugar apropiado y levantaron la catedral en aquel emplazamiento, a toda costa. El suelo era inestable y movedizo, y complicó enormemente la construcción: así fue como los arquitectos inventaron la «leyenda del topo». Decían que un gigantesco topo estaba horadando el subsuelo, impidiendo el desarrollo normal de las obras y haciendo estragos en los cimientos del templo. Finalmente, el gran topo fue capturado y en la actualidad se muestra colgado de las paredes del templo. Es un caparazón de tortuga o de galápago que aún despierta el asombro de los visitantes.

Este tipo de leyendas y misterios afecta a casi todos los emplazamientos catedralicios góticos, incluso a otros más modernos. Por ejemplo, la Sagrada Familia de Barcelona. «Se empezó a edificar en el año 1882 por el arquitecto catalán y gran esoterista Antonio Gaudí i Cornet», señala Miguel Aracil, autor de una *Guía mágica de Cataluña*, «pero antes se le había encargado a una de las personas que quizá más había investigado el misterio de los góticos: el arquitecto Francisco Villar». Tanto Gaudí como Villar sabían que el emplazamiento elegido para levantar el templo de la Sagrada Familia era muy especial: allí se encontraba uno de los tres dólmenes antiguos que aún se conservaban a finales del siglo XIX. Según Aracil, el dolmen «estaba exactamente donde se encuentra hoy la Sagrada Familia y, más concretamente, debajo de la cripta».

La recurrencia de estas memorias ancestrales obliga a preguntarse nuevamente por los objetivos originales de las catedrales. A la hora de definir estos emplazamientos góticos, los estudiosos hablan de dos claves principales: una, referida a templos y lugares de poder antiquísimos (altares paganos, montañas sagradas, etcétera); y otra, en perfecta armonía con las corrientes telúricas y acuáticas, las cuales formarían al parecer redes de energía que influirían sobre los

individuos que accedieran a esos templos y que podrían provocar estados alterados de conciencia.

«Nosotros no hemos entendido cuál era la función exacta de las catedrales en el mundo antiguo», dice Javier Sierra. «Pero ahora sabemos que en el centro del templo, casi siempre, convergen una serie de canales subterráneos que van a dar al crucero, al punto donde se cruzan las dos naves principales que forman la cruz de la planta de una catedral. Que haya corrientes subterráneas canalizadas por los maestros constructores en la Antigüedad significaba que eran conscientes de que el agua podía provocar unos campos magnéticos especiales que podían alterar el funcionamiento del cerebro». Este tipo de canalizaciones y conductos subterráneos se dan en Chartres, en Santiago de Compostela, en León y en muchos otros lugares. «Hoy lo sabemos bien», añade Sierra: «Hay lugares que los expertos llaman "telúricos", que influyen en el comportamiento, que hacen que uno se sienta más relajado, más propenso a escuchar sonidos o ver imágenes que otros no pueden oír o escuchar. Por esa razón, las catedrales son, de alguna manera, como máquinas que convierten al fiel en un místico, y eso, desde luego, era algo que se buscaba deliberadamente en el mundo antiguo: la *sensación* era el milagro, algo a lo que nosotros, hombres y mujeres del siglo XXI, no le damos tanta importancia».

Buscando la luz

La mayoría de los expertos está de acuerdo en afirmar que en la bóveda de crucería residió el gran cambio evolutivo del románico al gótico. Al cruzarse dos bóvedas de cañón, el peso ya no recae sobre los muros, sino sobre cuatro pilares, de modo que las paredes podían abrirse en grandes ventanales. Además, las naves pueden alargarse con nuevas bóvedas y elevarse cómodamente sobre los pilares, los «bosques de columnas» que son propios de los edificios góticos y prácticamente inexistentes en el románico. El arte gótico resolvió a un tiempo problemas técnicos y problemas espirituales: la luz era un componente esencial. «Ego sum lux mundi», decían los textos que acompañaban las representaciones medievales de Jesucristo: «Yo soy la luz del mundo». Así pues, los constructores de catedrales dedicaron todos sus esfuerzos a levantar templos de luz.

Las catedrales góticas tienen algo de frágiles custodias acristaladas frente a los macizos templos románicos. En sus muros se abren grandiosas vidrieras de cientos de colores que iluminan el recinto. Los constructores las elaboraron siguiendo una técnica similar a la del mosaico: sujetaban las piezas de cristal coloreadas con tiras de plomo y todo ello lo montaban en un bastidor metálico. Estas pinturas con luz, como se llamaban en la época, provocaban sensaciones desconocidas hasta el momento. Las vidrieras de las catedrales, por la emoción de los colores, desligaban a los creyentes de sus preocupaciones mundanas y pretendían conducirlos hacia pensamientos más elevados. Normalmente, en ellas se recreaban oficios, las labores

propias de cada estación del año (mensarios), escenas religiosas, escudos de armas e incluso zodiacos, pero los colores que se utilizaban en su creación, en realidad, se establecían conforme a un código significativo.

Aunque no puede generalizarse el uso de la simbología de los colores en las vidrieras góticas, dada la maravillosa variedad de las mismas, los maestros vidrieros solían tener en cuenta que cada color y cada matiz tenía un significado: así, el color rojo vivo evocaba la sangre, la Pasión de Cristo y el fuego, los bajos instintos o el mundo de tinieblas infernales que han de ser sacrificados para llegar a la purificación. Cuando era un rojo más o menos anaranjado o dorado, se pretendía remarcar el valor de lo espiritual frente a lo mundano. El color blanco, el color de la túnica que Jesús llevaba en la Transfiguración, evoca la luz original, el Paraíso y la elevación. El verde hace referencia a la naturaleza, a la capacidad de germinación que poseen todas las cosas vivas gracias a la intervención divina. El dorado significaba la culminación de la obra alquímica, la perfección. Es el color que aparece en las aureolas de los santos y de los ángeles. El azul aludía, por supuesto, al cielo. Y el ocre es el color con el que los creadores solían pintar los rostros, simbolizando aquello que ha sido creado del barro primordial.

Gárgolas y marcas de canteros

Las gárgolas son una solución arquitectónica a un problema meteorológico: son canalones ornamentales que servían para expulsar lejos de los muros el agua de lluvia que caía en los tejados. A esta necesidad funcional, como desagüe de los tejados, se añadieron a partir del siglo XII objetivos ornamentales. Los escultores dejaron en las gárgolas todo un muestrario de la imaginación medieval, recreando representaciones de monstruos, seres demoníacos o deformes, y figuras grotescas, auténticos bestiarios en piedra.

Sin embargo, no todas las gárgolas son funcionales: algunas no tienen ninguna utilidad real como elementos arquitectónicos (véanse, por ejemplo, las figuras demoníacas que parecen otear los tejados parisinos desde Notre Dame). Y, sobre todo, cabe preguntarse por qué las gárgolas adoptan esas figuras espantosas en recintos presuntamente sagrados y dedicados a Dios.

Si se admite la explicación de Fulcanelli, según el cual gótico es una variante de *artgoético*, o arte mágico, o *argot* (esto es, una lengua y un código sólo asequible a un grupo de iniciados), las figuras de las gárgolas tendrían significados precisos —aunque hoy se hayan perdido—.

En el ámbito espiritual y subliminal, las gárgolas tenían tres funciones principales: advertir, formar y distinguir o señalar. Algunas de ellas fueron colocadas como una señal de determinada orden o filosofía secreta. Dependiendo del animal que representaran, tenían un sentido u otro. Por ejemplo, las que tenían cabeza de dragón representaban la transmutación alquímica o el fuego del infierno. Con cabeza

de gallo, representaban la fuerza de la energía, la valentía o el liderazgo. Las cabezas de león aluden a la potencia física, a la vez que actúan como guardianes de los templos. Las gárgolas con cabeza de engendro o figuras demoníacas —que son las más comunes, pero no por ello menos importantes— manifiestan las bajas pasiones, la sexualidad y los instintos primarios.

La teoría común que explica la presencia de estos monstruos en templos dedicados a Dios habla, precisamente, de advertencias: el Mal, el demonio y los seres infernales están siempre vigilantes y al acecho. Es una explicación, pero… ¿es *toda* la explicación? Resulta difícil creer que tantas y tan magníficas esculturas de París, Reims, Barcelona, Burgos, etcétera, sean caprichos de escultor, que monstruos y demonios coronen templos sagrados o que sean advertencias a individuos que apenas pueden divisarlos desde el suelo.

Los aficionados a la novela histórica seguramente recordarán *Los pilares de la Tierra,* de Ken Follet, el cual desarrolla una trama de amores, pasiones y odios en torno a la construcción de una catedral en la Inglaterra medieval.

El protagonista es un maestro arquitecto que visita los trabajos del primer templo gótico francés, Saint-Denis. Las agrupaciones de canteros y constructores *(magones)* se establecieron en gremios que viajaban y se desplazaban juntos de acuerdo con las necesidades y contrataciones, y muchos de ellos participaron en la construcción de los templos que jalonan el Camino de Santiago, llamado también Camino Francés. Lo que sabemos es que hubo una serie de hermandades, una serie de grupos o de familias que tenían sus símbolos y los dejaban grabados en las piedras de los templos. Son las marcas de canteros. En este punto, los historiadores están seguros de que se trata de marcas «industriales» o de producción que se hacían en las canteras, pero es difícil explicar la identidad de marcas en lugares muy alejados o definir por qué están colocadas en unos lugares y no en otros.

En relación con estos grupos de obreros y especialistas, uno de los grandes misterios, sobre los que se están redactando infinidad de libros, remite a la financiación de los templos góticos. ¿Cómo pudieron llevarse a cabo tal cantidad de templos en tan breve espacio de tiempo? ¿Quién pagaba a esos arquitectos y obreros especializados? Por supuesto, algunos estudiosos acuden aquí a los templarios. Dicen que fueron los benefactores o los financiadores de las grandes catedrales góticas y que sustentaron las grandes cuadrillas de arquitectos, canteros, vidrieros, pintores y escultores con plata traída… En fin, la historia es conocida y aún está viva la polémica: lo que algunos estudiosos sugieren es que la Orden del Temple viajaba a América antes del descubrimiento y explotaba las minas de plata del lejano continente. Esta hipótesis supone que con esa plata se financió la construcción de buena parte de los templos góticos. Aunque hay coincidencia en el tiempo, es imposible —por el momento— saber si ese cambio radical en la historia de Europa y de la religión se debe a los freires del Temple. Simplemente, no lo sabemos.

Pero Javier Sierra puede ofrecer algunas pistas: «La primera gran catedral gótica

es la catedral de Chartres, que se empieza a construir a principios del siglo XII. Es una catedral extraña, porque para una población pequeña, de veinte mil habitantes en la época, se empieza a construir un templo colosal, con unos maestros de obras que no se sabía de dónde habían venido, que parecen gozar de recursos materiales ilimitados y que empiezan a colocar piedra sobre piedra con una seguridad que no se veía siquiera en los arquitectos del arte románico. No trabajaban con planos, o no se conocen o no se conservan planos de la época, no se conocen los nombres de esos maestros y, simultáneamente a la construcción de esta catedral, que requiere recursos económicos impresionantes, empiezan a aparecer, como si fueran hongos, en distintas localidades, constructores que propician la elevación de esa clase de templos. En menos de cien años se construyen más de doscientos templos en toda Europa. Es como si, de repente, toda Europa entrara "en obras", sin saber muy bien de dónde había venido el dinero y la fuente de información».

Y Luis Rodríguez Bausa, profesor de la Universidad de Castilla-La Mancha, asegura que en la catedral de Toledo «hay marcas de cantería de auténtica filiación masónica, pero lo que es más inquietante es que hay otras marcas de cantería que parecen… no voy a decir que parecen de los freires, pero sí de sargentos templarios. Porque, además, son marcas de cantería que coinciden con algunas marcas que están en los sillares de la encomienda templaria de San Martín de Montalbán…».

El número de Dios

El estudio de las proporciones parece haber sido fundamental a la hora de elevar estos templos sagrados. La tradición sugería que existía una proporción perfecta, un cálculo y una medida, de modo que, previsiblemente, las catedrales góticas deberían someterse a ese entramado geométrico. En principio, esa proporción podría llamarse «el número de Dios». José Luis Corral, profesor de la Universidad de Zaragoza, explica qué es y en qué consiste el «número de Dios»: «Quizá ha habido demasiada literatura pseudohistórica en torno a aspectos como las catedrales o como el mundo de la geometría. La geometría es la disciplina que estudia las relaciones entre las matemáticas y ciertas figuras espaciales, como los volúmenes, líneas, puntos, etcétera. Lo que hacen los constructores de las catedrales es utilizar los números a partir de la armonía y la proporción para construir edificios bellos. Ahora bien, hay una serie de números que presentan unas relaciones armónicas mucho mejores que otros. Uno de ellos es "el número de Dios", o, mejor dicho, ese número es la relación geométrica por excelencia. Esa relación geométrica está en la Biblia: son las medidas que da Dios a los hombres, por ejemplo, a Noé, para que construya el Arca; son las medidas que da Dios a Moisés para que se construya el Arca de la Alianza. El número de Dios es una proporción que se puede visualizar en un rectángulo cuyos lado mayor y lado menor tengan una relación de 1 a 1,618033… Esa relación es la que se considera perfecta y esa relación numérica sería el número de Dios. Ese

número o esa relación numérica se utilizaron en su tiempo para construir catedrales porque se creía que representaba la armonía perfecta y, además, estaba en la Biblia. No es que exista ningún elemento o cuestión esotérica. Simplemente se está haciendo referencia a unas proporciones que se consideraban perfectas en su momento. Y, además, era la proporción que había dado Dios a los hombres para construir cosas bellas».

A partir del número proporcional 1,618033…, designado comúnmente con la letra griega phi (O), se estableció la llamada «sección áurea».

Este principio de oro o sagrado, o proporción divina, se encuentra, según afirman ciertos estudiosos, en el fundamento del crecimiento de muchos seres vivos, como los caracoles, e infinidad de plantas. También es el principio que rige innumerables obras de arte, arquitectónicas, pictóricas y cinematográficas. Se dice que los ojos del ser humano están predispuestos a juzgar hermoso cualquier objeto que contenga esa proporción. También se asegura que los libros, los cuadros y, en general, los objetos que se ajusten al rectángulo armónico tendrán éxito insospechado. La fachada del Partenón ateniense y el edificio de la ONU en Nueva York, por ejemplo, se ajustan a las proporciones establecidas en el rectángulo armónico y el número de Dios.

El cuadrado mágico de la Sagrada Familia

Los grandes templos cristianos continúan ofreciendo misterios y enigmas sorprendentes. En este recorrido por las catedrales, cabe detenerse en la Sagrada Familia de Barcelona. Allí, en la monumental obra de Gaudí, en el Pórtico de la Pasión, puede contemplarse un «cuadrado mágico»:

1	14	14	4
11	7	6	9
8	10	10	5
13	2	3	15

El cuadrado mágico, en sus filas y columnas y en sus diagonales, suma 33. Los cuatro cuadrados exteriores también suman 33, y el cuadro central, también. Y las

cuatro cifras de las esquinas también suman 33. Se trata de un cuadrado mágico imperfecto (se repiten cifras y no son sucesivas), pero lo interesante es el resultado: 33. Miguel Aracil explica que este cuadrado no se grabó en el Pórtico de la Pasión en referencia a la supuesta edad de Jesús de Nazaret cuando fue crucificado: «Todo el mundo sabe que Jesús no tenía 3 3 años cuando murió».

Y añade: «Otros investigadores dicen que muy posiblemente, y yo estoy plenamente convencido de ello, se refiere a los grados de la masonería, porque toda la Sagrada Familia, mirada con otros ojos, a nivel simbólico, está construida desde la perspectiva masónica: ahí se encuentran esculpidas y lógicamente diseñadas por Gaudí figuras de tortugas, sapos, caracoles, salamandras, serpientes, y combinaciones entre serpientes y gallos. La serpiente es el mercurio en la alquimia; el gallo es azufre. Cuando esté terminada la Sagrada Familia, tendrá doce campanarios, oficialmente los doce apóstoles, pero, en la versión esotérica, uno por cada signo del zodiaco. Hay muchos signos del zodiaco esculpidos en las entradas de la Sagrada Familia».

Antonio Gaudí tenía efectivamente dos vidas, y una de ellas estaba plenamente dedicada al estudio de los misterios alquímicos y místicos. La salamandra que recibe al visitante en el Park Güell lo advierte claramente. (La salamandra es un elemento alquímico de primer orden). Se asegura que el cuadrado mágico de la Sagrada Familia no se debe a Gaudí, sino a Josep Subirachs, discípulo del genial artista y continuador de su obra. Al incluirlo quiso homenajear a su maestro y a sus ideas religiosas y esotéricas. En todo caso, las referencias a la edad perfecta, la edad de la Pasión, los grados de la masonería y los grados del conocimiento no tienen por qué ser teorías excluyentes.

Así, en la Sagrada Familia se perpetúa una tradición de siglos: los templos sagrados se convierten en misterios únicos que hablan a los iniciados, a los místicos y a los que saben ver y leer en sus piedras algo más que la simple apariencia.

Templos de poder en España

Muchas de las especialísimas características de los templos góticos franceses (París, Chartres, Amiens, etcétera) pueden encontrarse también en las catedrales españolas. Naturalmente, debe comprenderse que no cabe aquí un estudio pormenorizado de los numerosos templos catedralicios españoles, aunque sí deben citarse al menos las construcciones medievales de Burgos, León, Toledo y Sevilla.

Declarada Patrimonio de la Humanidad, la catedral de Burgos ha sido el centro de la vida de la ciudad durante los últimos siglos. La primera piedra de la catedral de Burgos se puso en el año 1221 por orden de Fernando III el Santo. Como todos los templos sobresalientes de este estilo, la catedral de Burgos encierra misterios sorprendentes. Por ejemplo, allí se venera el Cristo de Burgos, una escultura rodeada de leyenda. Se le atribuyen varios milagros, entre ellos, haber resucitado a un niño

que había fallecido casi dos días antes arrollado por un caballo. Otra historia interesante se refiere al obispo Luis de Acuña, contemporáneo de Isabel la Católica y con mucha influencia sobre la reina. Aparte de su actividad política y religiosa, este clérigo tenía una parte oscura en su vida: en pleno apogeo de la Inquisición, el obispo Acuña dispuso que se instalara en la catedral, de forma clandestina, un taller de alquimia. Por desgracia, era un taller de cuya actividad no se sabe casi nada. Apenas caben ya posibilidades de saber qué trabajos se llevaban a cabo en aquel lugar. Se encontraba en la segunda planta del claustro. A principios del siglo XX se eliminó todo rastro de aquel taller alquímico. De lo que seguramente se sabrá más en el futuro será de los túneles subterráneos que perforaban el suelo de Burgos y suponían todo un entramado de pasadizos.

La catedral, al parecer, era un paso intermedio y obligado del conducto, que conectaba incluso la orilla opuesta del río Arlanzón con la fortaleza del castillo y con otros lugares aún por determinar.

De la catedral de León, llamada la *Pulchra leonina*, ya se han apuntado algunas de sus características originales más peculiares. Con sus 4.000 metros cuadrados de vidrieras —casi todas medievales—, la catedral leonesa compite en belleza con la Santa Capilla parisina y, en este punto, se tiene por uno de los conjuntos monumentales más importantes del mundo. Aquellos que deseen conocer la fuerza y la influencia de la luz en los templos góticos necesariamente habrán de pasar por esta joya del gótico español. Tal y como se ha indicado, su emplazamiento fue escogido con sumo cuidado —a pesar de las dificultades estructurales— y los constructores demostraron conocer bien el gótico francés, puesto que las referencias a Amiens y Reims son patentes. Es el segundo hito importante que encontrará el peregrino que se dirige a Compostela. Más allá, tras superar las cumbres de Foncebadón y O Cebreiro, sólo le restará caminar por las onduladas colinas gallegas hasta llegar a la imponente catedral de Santiago, ahora camuflada bajo una fachada barroca, pero que esconde todos los misterios del gótico en su impresionante Pórtico de la Gloria.

La catedral toledana reserva sorpresas al viajero. Emplazada en uno de los centros de poder más importantes de la Europa medieval, la sede de Toledo se convirtió a su vez en centro de saber y conocimiento. Hubo un tiempo, en el medievo, en que Toledo era refugio de tantos magos, brujos y alquimistas que las ciencias ocultas, el esoterismo que hoy conocemos, se llamaba «arte toledana». Toledo es la ciudad del misterio por excelencia: la roca sobre la que se asienta está horadada por mil galerías y se asegura que aquí —o quizá en Jaén— estuvo la mítica Mesa de Salomón. Luis Rodríguez Bausa, autor de una *Guía del Toledo insólito*, advierte que, antes de entrar al templo, habría que detenerse en el exterior: «En la fachada principal de la catedral, la escena principal del tímpano es una representación de la Última Cena. Ahí, junto a todos los apóstoles, está la figura de María Magdalena. Es una figura que se repite en otra de las puertas laterales. Esta figura ha dado mucho que hablar en los últimos tiempos porque incluso se podría interpretar que está embarazada…». Y en el

Archivo Diocesano, este investigador de la Universidad de Castilla-La Mancha ha podido encontrar expedientes del siglo XIV y del siglo XV en los que se narran acontecimientos sorprendentes: cuerpos incorruptos, aguas maravillosas que manaban del altar o procesos inquisitoriales insólitos. «El cardenal Gil Alvarez de Albornoz», añade Rodríguez Bausa, «había tenido frecuentes contactos con afamados nigromantes toledanos y también con alquimistas. A uno de ellos, concretamente a Lucas de Iranzo, lo mandó quemar porque no había conseguido la piedra filosofal». En la década de 1990 se decía que se podían oír voces que provenían de la tumba de este cardenal en la catedral de Toledo. Una historia curiosa: don Alvaro de Luna (h. 1390-1453), personaje fundamental en la historia de Castilla y que terminó sus días decapitado, fue tachado de nigromante y su cadáver fue exhumado para ser posteriormente malenterrado en la cripta de la catedral. Se decía que había inventado un muñeco «que se arrodillaba durante la misa en el momento de la consagración, y que, cuando terminaba la ceremonia, se ponía en pie». Se trataba seguramente de uno de aquellos autómatas como los que fabricaba Juanelo Turriano en la corte de Carlos V y que da nombre a la calle del Hombre de Palo, en la ciudad toledana. (Se asegura que el autómata de Turriano mendigaba en la misma calle que hoy lleva su nombre). Fue tal impacto entre la población, que aún se conserva su memoria.

La catedral gótica de Sevilla comenzó a construirse tardíamente, a principios del siglo XV. Sin embargo, está emplazada en un lugar sagrado musulmán; de hecho, la Giralda no es más que el alminar o minarete de la antigua mezquita. Se cuenta que Alfonso X deseaba arrebatar Sevilla a los musulmanes para poder contemplar de cerca esta obra almohade. El monarca aseguró que si faltaba un solo ladrillo a la Giralda cuando conquistara la plaza, él pasaría a cuchillo a todos los árabes que quedaran en la ciudad. Dicen también que la torre, que no tiene cimientos, se tiene en pie gracias a la intercesión de dos hermanas, Santa Justa y Santa Rufina. La leyenda cuenta que las enterraron a los pies de la Giralda y se asegura que las dos santas la están sujetando. El pueblo sevillano, apasionado por las leyendas y los misterios, podría narrar cientos de historias semejantes. Entre ellas, la del cocodrilo que aún se puede ver en la catedral: al parecer fue un regalo del sultán de Egipto a Alfonso X cuando solicitó casarse con la infanta Berenguela. Y a Fernando III se le apareció en sueños la Virgen y le dijo que una imagen suya se hallaba tras un muro; el monarca retiró parte del empedrado y allí estaba: la Virgen de la Antigua. En la catedral de Sevilla también está enterrado Cristóbal Colón, o los huesos de alguien del que se asegura que es Cristóbal Colón. Los análisis de ADN que actualmente se están llevando a cabo aún no han despejado la incógnita.

Tercera parte
Galería del horror

Mucho antes de que hubiera radios, los ciegos, con sus pliegos de cordel, contaban y cantaban algunas historias que helaron la sangre de pueblos enteros. A pesar de que a veces exageraban la truculencia con el fin de atraer más clientela alrededor, no es menos cierto que en otras se quedaban cortas por miedo a impresionar en exceso a la concurrencia. Ésas nos interesaron sobremanera al equipo de Milenio 3. Este capítulo es una inmersión en lo más profundo del alma humana. Y no hay nada que aterre como eso. Porque ahí no hay dudas, hipótesis ni creencias. Esa maldad primitiva y diabólica existe y convive con nosotros…

Sacamantecas

«Padres que tengáis hijos,
hijos que tengáis parientes,
parientes que tengáis primos,
y primos que tengáis suegra:
mirad qué crimen más feo
en la provincia de Cuenca
cometieron dos ladrones
a eso de las ocho y media…».

Cantar de ciego.

De aldea en aldea, los ciegos y los tullidos viajaban ejerciendo un oficio imprescindible: informar y advertir a los campesinos de los sucesos ocurridos en las comarcas cercanas. Las coplas de cordel o las aleluyas, aderezadas con rústicas viñetas y puestas a la vista de todos, eran las formas poéticas populares en las que se avanzaban esas tenebrosas noticias con el fin de atraer a la clientela.

Muchos de aquellos cantares rememoraban extraños crímenes, horrendas historias, sucesos que se acababan convirtiendo en mitos modernos: el *Tío Garrampa* de Albacete, el *Hombre del Unto* del Bierzo, el *Compraniños* de Lérida o el *Cortasebos* de Extremadura. Todos estos personajes eran firmes candidatos a convertirse en figuras casi demoníacas, figuras que permanecen ancladas en lo más profundo de nuestra historia negra. Sin embargo, eran hechos reales, absolutamente comprobados: las andanzas de algunos personajes conocidos como *los sacamantecas*.

El inconsciente colectivo los recuerda con un aspecto harapiento y siempre con un saco a cuestas.

España entera aparece surcada por la presencia y por la sombra de estos individuos. ¿Cuáles de estos personajes fundaron tan siniestra saga? ¿Cómo se llamaban? ¿Cómo vivían? ¿Qué hacían? ¿Cuáles fueron sus horrendos crímenes?

Un criminal monstruoso, daltónico y zurdo

Hacia las ocho de la mañana del 11 de mayo de 1881, en el Polvorín Viejo de la ciudad de Vitoria, se ponía fin a la historia de un personaje de leyenda. El garrote vil giró varias veces sus tuercas oxidadas y se desmembró la cabeza de Juan Díaz de Garayo. Tenía 60 años. Entre 1870 y 1879, mató a seis mujeres y las evisceró. De ahí nace, de ese personaje en concreto, la historia de los sacamantecas. Como no se le atrapaba, poco a poco este personaje adquirió propiedades ajenas a un ser humano y la imaginación popular le confirió un aspecto demoníaco y sobrenatural.

A veces se encontraban cuerpos de jóvenes muchachas abiertas en canal. Les habían quitado el unto: las grasas. Se empezaba a especular que alguien las estaba vendiendo a boticarios de pocos escrúpulos, a enfermos de tisis y tuberculosis. Se creía en aquella época, hacia 1870 y aquí, en España, que esas grasas de personas

jóvenes sanaban algunas enfermedades. Y también se establecía un conflicto social. Al parecer, las familias acaudaladas pagaban a esos siniestros personajes para encomendarles tan sucio trabajo: matar, sacar el unto y, así, poder curar.

Respecto a Díaz de Garayo, alavés, del pueblo de Eguilaz, los especialistas policiales hablan del primer asesino en serie español. Al parecer, dos de sus víctimas, heridas, pudieron huir de sus garras y denunciaron sus agresiones. Era un hombre de rasgos brutales. La ficha policial muestra a un hombre de nariz aguileña y frente despejada. Estas descripciones eran decisivas en aquella época: estaban de moda las tesis de Cesare Lombroso, uno de los padres de lo que hoy se llama investigación forense. Lombroso aseguraba que estos hombres de nariz aguileña, daltónicos y zurdos eran paradigmas de asesinos en serie. (No será necesario advertir que estas interpretaciones, deducidas de la fisiología criminal del siglo XIX, se han quedado ya obsoletas y que la psiquiatría y otras disciplinas científicas pueden explicar con más precisión el carácter de estos criminales).

Las denuncias y la investigación contra aquel asesino se siguieron en los departamentos de Policía y en los juzgados de Vitoria. El caso de Juan Díaz de Garayo dio la vuelta al mundo. Decían que aparecía como un fantasma, que surgía de la nada, con sus grandes manos amenazantes, dispuesto a estrangular, a beber la sangre y a arrancar las mantecas. Este hombre, como se ha dicho, fue condenado a muerte en el garrote vil: así se puso fin a su vida. Pero otros muchos, desgraciadamente, siguieron su ejemplo.

El fundador de la Policía científica española, don Salvador Ortega Mallén, autor del libro *Psicópatas y criminales*, comenzaba su recorrido por la historia del crimen con esta historia de Díaz de Garayo: *el Sacamantecas*. Aquel hombre se había convertido en un mito. En el norte de España, durante décadas, a los niños se les asustaba con aquella frase: «Que viene *el Sacamantecas*».

Con el tiempo, la bruma de la historia, la ensoñación y el temor fueron difuminando los límites entre la realidad y la ficción. Todos los españoles acabaron pensando que la historia del sacamantecas no era más que un cuento infantil, una simple advertencia, una amenaza o un chantaje paterno para que los niños se durmieran o terminaran de comerse lo que había en el plato.

Ni mucho menos.

Ortega Mallén habla de Díaz de Garayo: «Es una figura con mucho carisma, en un momento social muy importante, donde la “España negra”, naturalmente, estaba a flor de piel. Cuando se le detuvo se comprendió que era un hombre que se caracterizaba por su inclinación a matar y destripar mujeres… Era un modo de actuar completamente desconocido hasta entonces y quizá por esa razón se creó alrededor de él una aureola de misterio, una aureola de algo satánico, algo… diabólico. La vida y los actos criminales de este hombre tuvieron la suficiente fuerza para que se creara un mito en torno a su figura. Desde luego, no era la primera vez que se habían descubierto asesinos que se dedicaban a matar niños y a matar mujeres para extraerles

vísceras y para quitarles sus partes grasas. Se sabía que con las entrañas de sus víctimas fabricaban una especie de ungüentos para curar enfermedades contra la vejez, contra los dolores… En fin, era la medicina popular de la época, la medicina oculta, pero ésta con frecuencia se basaba en crímenes y asesinatos».

Salvador Ortega lo explica perfectamente: se trataba de la medicina oculta de aquella España negra, oculta y ancestral. En el fondo, es nuestra historia y no está tan lejos.

Se acababa con los sacamantecas en el cadalso, en el garrote vil: se les cubría la cabeza con el capuchón negro y se les rodeaba el cuello con aquella especie de collarín de hierro. Después, se giraba el torno hasta que se quebraban las vértebras cervicales y el reo se asfixiaba.

¿Cómo explicar los actos criminales de aquel hombre? ¿Se trataba únicamente de un loco? ¿Pretendía sólo ganarse la vida arrancando las grasas de jóvenes y niños? Díaz de Garayo se había configurado en el imaginario colectivo como un monstruo de apariencia humana. En el juicio, él aseguró que una noche, cuando estaba durmiendo, alguien le vino a ver. En su mente perturbada, fue una visita muy especial: una sombra negra. Díaz de Garayo dijo que aquella sombra había estado a los pies de su cama —en realidad, un camastro en una chabola mísera— y que le había ordenado cometer aquellos crímenes. Según él, aquella sombra era el mismísimo diablo. Y a partir de aquel día, ese labrador sin residencia fija, titiritero de la nada, caminante errante por aquellos campos de Álava, se convirtió en una bestia humana que sólo pretendía atacar, no ser descubierto y traficar con esa manteca a cambio de unas monedas.

Finalmente, Ramón Apráiz, un prestigioso médico alavés, junto con once colegas, determinaron que no había enajenación mental en él y que era perfectamente consciente de lo que hacía. El juicio y las portadas de *El Pensamiento Alavés*, el periódico de la región, alcanzaron fama mundial en aquella época. La sentencia: garrote vil. La sombra de aquel sacamantecas se extendió por todo el mundo. Hubo varios antropólogos de Bélgica y Suiza que viajaron hasta Vitoria para observar el cráneo de aquel hombre. Era una cabeza salvaje y desproporcionada; y otro tanto ocurría con otros miembros de este personaje, incluso los sexuales. Muchos pensaban —y lo publicaron— que aquel individuo era una especie de eslabón perdido en la evolución humana.

Mantillo de niño

La historia del macabro interés por el sebo de los niños no es nueva. Estas prácticas han interesado a los antropólogos, los cuales han estudiado cuidadosamente esas tradiciones escondidas. Julio Caro Baroja, por ejemplo, trabajó este asunto en algunos de sus libros y descubrió que algunas ideas referidas a la manteca infantil se remontaban mucho tiempo atrás. De acuerdo con la medicina popular y ancestral, la

grasa subcutánea de los infantes y algunos tejidos sebáceos que rodean las vísceras infantiles tienen propiedades curativas casi milagrosas. En *La Celestina* (1499), de Fernando de Rojas, se habla del «mantillo del niño». Pármeno, uno de los personajes de la tragicomedia de Calixto y Melibea, cita los ingredientes con los que trabajaba la bruja y hechicera Celestina: «Y en otro apartado tenía para remediar amores y para se querer bien. Tenía huesos de corazón de ciervo, lengua de víbora, cabezas de codornices, sesos de asno, tela de caballo, *mantillo de niño*, haba morisca, guija marina, soga de ahorcado, flor de hiedra, espina de erizo, pie de tejón, granos de helecho, la piedra del nido del águila y otras mil cosas» (*Celestina*, I).

El autor de *La Celestina* simplemente se hacía eco de los recetarios brujeriles al uso y de las prácticas comunes entre gentes aún ancladas en un supuesto saber médico popular.

El mantillo, el unto, el saín, la manteca o el *sagi* (en Cataluña) que aparecen en los recetarios de la hechicería histórica era precisamente el tejido que cubría algunas zonas del estómago, las gorduras que se acumulan en ciertas partes del cuerpo o que rodean determinadas vísceras. Esas mantecas se metían en sacos o en tarros y estos personajes, según cuenta la leyenda, los llevaban y transportaban en carromatos o a pie por los campos o entre las montañas, frecuentemente con el ánimo de venderlos a los boticarios, a las brujas o a gentes acaudaladas como remedios farmacéuticos.

Resulta sorprendentemente terrorífica esa trágica fascinación por el sebo humano. Poco después de la publicación de la obra de Rojas, Cristóbal de Molina, párroco de Cuzco (Perú) y escribano, relataba estremecedores episodios protagonizados por los españoles en el Nuevo Mundo. Sus textos, redactados entre 1555 y 1585, y conservados en los Archivos de Indias, hablaban del temor de los indios americanos: en las cercanías de su población los indígenas de la zona temían verdaderamente a los españoles, aunque éstos fuesen esgrimiendo una cruz y ataviados como clérigos. El temor —y lo escribe Molina en 1574— se fundaba en aparentes habladurías: se rumoreaba que los conquistadores sólo tenían un objetivo, la grasa humana. Desde luego, los españoles tenían objetivos menos misteriosos (el oro, la plata y las piedras preciosas del Nuevo Mundo), pero la pervivencia de los rumores y las leyendas obligan a detenerse en ese singular aprecio de los españoles por las mantecas del prójimo.

Y en tiempos más cercanos: ¿recordamos a Manuel Blanco Romasanta, el hombre lobo de Galicia? Fue un individuo procesado como hombre lobo en 1858. Manuel Blanco Romasanta, que decía sufrir licantropía, fue atrapado con un extraño botín: un saco lleno de saín, la grasa de una víctima jamás identificada.

Los límites entre el mito y la realidad son a veces muy imprecisos. Jesús Callejo, autor de numerosos libros y experto en la antropología de «los asustaniños» explica cómo operan estos conceptos legendarios y cómo se forman: «Los sacamantecas, los hombres del saco y otros personajes semejantes cumplían varias funciones. En primer lugar, hay que recordar que son figuras reales y, por tanto, personajes históricos. Pero

ocurre que también se descubren en ellos funciones que pueden explicarse desde el punto de vista antropológico y, en cierto sentido, ejercen una función de "conveniencia". Es decir, en aquellos lugares donde no había una presencia real de uno de estos sacamantecas o de uno de estos hombres del unto, se inventaban esos ogros o sacamantecas para asustar a los niños, de ahí que formen parte indisoluble del acervo cultural antropológico español. Pero no hay que olvidar que los sacamantecas *sí* tienen un sustrato histórico, un sustrato terrorífico con procesos inquisitoriales y procesos judiciales realmente tremendos, en los que, como trasfondo, había auténticos asesinatos e infanticidios. En el fondo, los sacamantecas eran verdaderos asesinos: los *psicokillers* de hoy eran los sacamantecas de entonces».

Chicos pálidos para la máquina

La aparente ficción se torna pura realidad.

En 1920, mientras se llevan a cabo las obras del ferrocarril entre Pamplona y Tafalla, se extiende por la comarca un pavoroso rumor: la moderna maquinaria precisaba un tipo de grasa… más densa. Y como si fuera una leyenda urbana, en esos pueblos navarros empieza a pensarse que la grasa que precisaba la nueva maquinaria se extraía de los cadáveres de los niños. Incluso los periódicos de la época hablan de muchachos desaparecidos en la cercana alquería de Barasoain. Hubo disturbios públicos y ataques y apaleamientos de mendigos a los que el pueblo consideró sacamantecas. La sombra del hombre ajusticiado en Vitoria era alargada.

La revolución industrial transformó las legendarias figuras del destripador de niños: el sacamantecas ya no era un pobre diablo que viajaba en un carro siniestro y que vendía la grasa arrebatada a sus víctimas. Ahora, esa función correspondía probablemente a otro tipo de individuos que asesinaban, descuartizaban y desgrasaban a los jóvenes para extraerles las mantecas y cooperar con el desarrollo técnico. Las locomotoras del ferrocarril y las maquinarias de la nueva industria requerían al parecer deslizante nuevo; así se reunieron dos temores: el pavor que las nuevas industrias generaban en las gentes del campo —para ellos, la humeante locomotora férrea era un monstruo infernal— y las tradiciones de los hombres diabólicos que secuestraban niños y los asesinaban.

Y entonces se empezó a hablar de niños secuestrados en arrabales, sobre todo en Cataluña —precisamente donde la rápida implantación industrial había generado más conflictos sociales—. Se aseguraba que las mantecas infantiles se utilizaban para engrasar los engranajes de la maquinaria.

Por supuesto, era sólo una leyenda urbana, pero escondía o intentaba justificar crímenes reales e infanticidios que verdaderamente ocurrían en algunos lugares de Cataluña. En 1848 se inaugura la primera línea férrea de España, entre Barcelona y Mataró. Y allí, siempre presente, la sombra del sacamantecas.

Sebastiá d'Arbó, el mayor experto en la Cataluña mágica, realizó un estudio

fabuloso sobre el tema y explica del siguiente modo de dónde y cómo surge el mito: «No solamente era un rumor: fue cierto. Esto motivó la rebelión de las madres de la Barceloneta, un barrio marítimo de la capital. Las madres se levantaron contra el tren y atacaron a la locomotora con palos y piedras. El motivo de la rebelión era que muchos de sus hijos desaparecieron. Y desaparecieron porque los sacamantecas les quitaban la grasa para utilizarla en los cojinetes industriales. Las ruedas de carro que se desplazaban a veinte kilómetros por hora evidentemente no necesitaban una grasa tan densa como la del ferrocarril, que iba a sesenta. En aquella época no había material industrial sintético y, por tanto, se precisaba que alguien lo obtuviera de forma clandestina y, naturalmente, ilegal. Algunas personas, como Enriqueta Martí, se ocupaban de matar a los niños y extraerles lo que posteriormente se destinaba a las maquinarias industriales. Y no sólo se utilizaban en el tren. El tren fue el primero de sus destinos, pero casi inmediatamente la grasa humana se empleó en la industria textil». D'Arbó narra una historia estremecedora: cuenta que él mismo tuvo la oportunidad de entrevistar para TVE a una señora, ya muy anciana, que aseguraba haber sido atacada. A ella y a otras jóvenes las metieron en sacos… «Y les iban a sacar la manteca».

Aunque puedan parecer propias del medievo, estas truculentas historias se hallan muy cercanas en el tiempo. En las últimas décadas del siglo XIX y hasta bien entrada la década de 1930, estas prácticas eran bastante comunes. ¿Cómo es posible que esto ocurriera hace sólo ochenta años? Salvador Ortega Mallén, que fue jefe del Grupo de Homicidios de Barcelona y Sevilla, habla de la *normalidad* en la compraventa de restos humanos desde la década de 1930 hasta poco antes de la Guerra Civil: «Todos esos personajes que asesinaban, descuartizaban, vendían y compraban restos humanos existieron realmente y, además, era muy normal vender esos ungüentos… "Normal" entre comillas, claro. Quiero decir que era habitual. Porque era una costumbre adquirir de forma ilegal y clandestina ungüentos, grasas y bebedizos especiales que se confeccionaban a base de cocinar vísceras de niños desaparecidos o asesinados».

Sebastiá d'Arbó nos habla de un hecho dramático y terrible: el «reciclaje humano» que hasta bien entrada la década de 1930 se practicaba en Barcelona: «La persona era totalmente reciclada. Es decir, cuando mataban a un niño, la sangre en teoría se utilizaba para aquellas primitivas transfusiones de sangre. Debe tenerse en cuenta que aún no estaba extendido el uso de la penicilina y que cualquier enfermedad o infección se curaba con sangrías. Por otra parte, a la víctima se le extraía la manteca para los aparatos de la revolución industrial, para las máquinas. Además les quitaban el pelo, para hacer pelucas, e incluso para abrigos. Los huesos se machacaban y con el tuétano se hacía pegamento. E incluso les quitaban las muelas y la dentadura, que utilizaban los dentistas. En fin, el reciclaje humano era bestial y total».

Bebedores de sangre en el matadero de Madrid

Pero no sólo en Cataluña existían estos personajes. La historia negra de España, con sus vampiros, sacamantecas y asesinos, ocupa la práctica totalidad del territorio peninsular.

Pueden rastrearse ejemplos en los cuatro puntos cardinales. Por ejemplo, éste: «Relato del horroroso crimen y descuartizamiento de una niña en Hurdes de Plasencia». El criminal fue José de la Iglesia, que mató a una niña llamada Francisca, de doce años, con la idea de arrancar las mantecas y salvar de la tisis a su hermana.

O este otro caso: el asesinato y descuartizamiento de dos niños, de siete y nueve años, en Béjar, provincia de Salamanca, por parte de dos sacamantecas, tristemente célebres, llamados Juan y Luisa Carricedo. El objetivo: extraer tejido graso de los niños para sanar la enfermedad de un rico ganadero.

Y el hombre del saco no es ningún cuento de niños: se llamaba Francisco Leona, vivía en Gádor, Almería, y se apoderó del cuerpo de un niño de siete años, llamado Bernardo González Parra, y lo anduvo transportando por el paisaje lunar de Almería, a cuestas, con el macabro encargo de utilizar su sangre para sanar a un rico hacendado conocido como Francisco Ortega. El crimen, cometido en un aislado cortijo que llevó el nombre de San Patricio, fue cantado por los ciegos durante décadas, estigmatizando el derruido lugar como enclave casi diabólico donde decían escucharse voces y donde casi nadie osaba acercarse.

En Madrid, a mediados de la década de los treinta del siglo pasado, en el antiguo matadero, ocurrían algunas cosas que estremecen al más templado. La revista *Estampa* decidió publicar un reportaje sobre un tema tabú: los bebedores de sangre. Imaginemos la escena: mujeres pálidas, enlutadas, que cargan con pucheros y con tinajas, se dirigen al matadero. Acudían a un ritual que se mantenía siempre en secreto y que se practicó hasta 1935. Eran los bebedores de sangre. Ellos aseguraban que ingerían la de los animales por prescripción médica, aunque en este punto caben todas las dudas.

Ángel Briongos, que ha estudiado en profundidad este siniestro episodio de la España más tétrica, explica en qué consistían estas prácticas: «En principio, se utilizaban toros. Eran toros especialmente seleccionados para este fin: beber sangre. Los clientes esperaban el turno, elegían al toro y cuando se les hundía el cuchillo en el pecho, colocaban el vaso debajo y bebían la sangre caliente del animal. Era así: ellos se acercaban con latas y pucheros, con cualquier recipiente… Había gente que bebía la sangre en ese preciso momento. Puede imaginarse: ese líquido espeso, rojo, humeante y cálido… Debería producir una angustiosa sensación de asco. Pues bien, ellos apuraban el vaso al máximo y lo tenían que tragar. Otros no lo bebían: lo transportaban rápidamente y se lo llevaban corriendo a determinadas personas que no se atrevían a dar la cara, a personas que no se atrevían a salir a la calle para que no las vieran beber sangre, pero que llevaban a cabo esos rituales en privado».

Tras la publicación de aquel reportaje en la revista *Estampa*, los médicos de Madrid prohibieron aquellas prácticas que, en el fondo, eran los coletazos de aquella España negra que aún creía en lo mágico y en el poder vivificador y purificador del líquido rojizo.

Los sacaojos

Dicen que hoy ya no hay sacamantecas. Aunque quizá podría entenderse que las formas cambian y el sustrato original se mantiene vivo. Parece que la simple maldad, la bestialidad o el móvil económico siguen siendo motivaciones esenciales.

Jesús Callejo ha tratado el tema de los modernos sacamantecas: «Es un folclore en formación y sufre modificaciones con el discurrir del tiempo. De hecho, ahora mismo, también se podría hablar de sacamantecas, de hombres del saco, de hombres del unto, como se les ha ido llamando dependiendo de las zonas y las épocas. Ahora, en determinadas zonas latinoamericanas se les llama "los sacaojos"; y en otros lugares son simplemente los traficantes de órganos. En el fondo, es el mismo mito pavoroso, con nombres semejantes y en las mismas circunstancias. Y consiste en aprovecharse de los niños, muchas veces niños indigentes, para extraerles algunos órganos: antes era la grasa, ahora pueden ser los ojos, o el hígado o el bazo. Pero, en esencia, estamos hablando de asesinos que perpetran sus crímenes siempre con un interés económico».

La memoria negra está ahí, presente hoy como ayer, y la única forma de defendernos del temor y el miedo es conocer los fundamentos en que se basa esta historia. Y es que los sabios antiguos teman toda la razón: conocer a los demonios es la única forma de vencerlos.

El crimen de Cuenca

«A la gente le ha dado por decir
que cuando el viento sopla entre las cañas,
se oye la voz del Cepa,
que pide justicia desde la otra vida».

De la película *El crimen de Cuenca*, de Pilar Miró.

La España más negra y sórdida se desenvuelve en ocasiones en acontecimientos que se convierten en misterio con el paso del tiempo. A principios de siglo ocurrió uno de ellos en un paraje apartado y solitario, entre las poblaciones de Tresjuncos y Osa de la Vega, en la provincia de Cuenca. Aquella historia se convirtió sesenta años después en el fundamento de la primera película prohibida de la democracia. El suceso pasó a la posteridad como *El crimen de Cuenca*.

¿Dónde está «EL CEPA»?

Ocurrió hace mucho tiempo, pero en Tresjuncos y Osa de la Vega aún se habla del error judicial más escandaloso y triste de nuestra historia.

El 21 de agosto de 1910, un pastor llamado José María Grimaldos López, y conocido como *el Cepa*, acababa de vender unas ovejas de su propiedad y regresaba a su pueblo por un camino vecinal. En un cruce, cerca de la finca llamada El Palomar, se encontró con dos personas que estaban trabajando allí: Gregorio Valero Contreras y León Sánchez Gascón. Estos dos hombres no gozaban de la consideración de los aldeanos ni estaban muy bien vistos en el entorno popular pues se les tenía por anarquistas. Se aseguraba que cantaban canciones contra los hacendados y contra la Iglesia en la taberna del pueblo. Es necesario no perder de vista todos estos elementos, porque en lo que iba a acontecer confluían y se mezclaban todos los rencores propios de una España que desearíamos olvidar.

José María Grimaldos, *el Cepa*, era un individuo de baja estatura (medía 1,47 metros de altura) y en el pueblo decían que «le faltaba más de un verano». Era un hombre que pasaba días y días en los montes, cuidando sus rebaños, y con frecuencia ni siquiera daba noticias de su paradero.

Había desaparecido.

Naturalmente, los primeros en ser interrogados por la Guardia Civil fueron León Sánchez y Gregorio Valero, dado que se encontraban muy cerca del lugar donde se había visto al Cepa por última vez. Los dos mostraron su sorpresa ante aquel interrogatorio inicial: ¿quién iba a hacerle daño al Cepa? No era más que un pobre desgraciado… «Se habrá ido con las cabras, o con las ovejas. Ya volverá».

Pero el Cepa no volvía.

Un mes después, el 21 de septiembre de 1910, Urbano Grimaldos, hermano del

desaparecido, ponía una denuncia en el juzgado de Belmonte… pero añadía un detalle que iba a desencadenar una cascada de lamentables acontecimientos. Le dijo al juez, don Emilio de Isasa, que tenía la sospecha de que aquellos anarquistas habían acabado con la vida de su hermano, que le habrían robado el dinero y que, a buen seguro, lo habían desmembrado y enterrado en aquella finca, en El Palomar.

El clan de los Grimaldos, consternado, ignorando que no se había encontrado ningún resto y ninguna prueba que confirmara sus sospechas, y habiendo pasado ya un mes y medio de la desaparición del Cepa, acudían a la finca y rociaban la tierra y la fachada de la casa con agua bendita. Estaban seguros, de acuerdo con algunos sueños premonitorios que aparecen constantemente en esta historia, de que el Cepa estaba allí, muerto y enterrado, clamando justicia desde el más allá.

Visiones, espectros, torturas… y pena de muerte

La psicosis colectiva se apodera de los dos pueblos, que se enfrentan definitivamente y para siempre. Se llaman asesinos unos a otros y se producen algunos disturbios.

Y ocurre algo absolutamente crucial: varias niñas, cuyos nombres y apellidos aparecen en los legajos oficiales de esta historia, aseguran que han visto a un anciano de aspecto espectral caminando con un fardo al hombro, y confirman que vieron enterrar el bulto en aquel lugar, en la finca El Palomar. Otras personas aseguran haber visto en sueños el cuerpo del Cepa, troceado y flotando en esas tierras. Es curioso: los registros de la época hablan constantemente de este tipo de hechos. Quizá todas esas circunstancias se debían al miedo —¿estarían conviviendo con asesinos?— o quizá era la tensión ante un caso en el que simplemente no aparecía el cuerpo del delito. Las suposiciones, los sueños, las invocaciones o las visiones espectrales son hasta cierto punto comprensibles en aquella España rural y atrasada, en un lugar donde nunca antes habían tenido lugar sucesos semejantes.

Lo cierto es que don Antonio Ruiz, el capataz de la finca El Palomar, donde trabajaban los presuntos anarquistas y asesinos León Sánchez y Gregorio Valera, cae enfermo y se encuentra en sus últimas horas de vida. Antes de fallecer, en el lecho de muerte, en la agonía, febril, este hombre le confiesa al párroco que no le cabe la menor duda: los asesinos son sus empleados Sánchez y Valera. Al parecer, el capataz consideraba que eran buenas personas, pero, de todos modos, estaba seguro de que eran ellos quienes habían acabado con la vida del pobre Cepa. El párroco le pregunta por qué está tan seguro, y él contesta que sólo tiene una «prueba»: un sueño. Había tenido un sueño en el que había podido ver claramente las piernas, los brazos, la cabeza y el cuerpo del pastor despiezado; el Cepa gritaba mientras lo enterraban en las tierras de la finca…

Sea como fuere, León Sánchez y Gregorio Valera fueron conducidos a los calabozos de la localidad de Belmonte, y en ese punto comienza un verdadero drama

que será la vergüenza de determinados elementos de la judicatura durante décadas.

Los acusados son aislados desde el primer momento. Uno y otro aseguran que son inocentes, y que no tienen nada que ver con la desaparición de aquel pastor llamado el Cepa. Confirman que sí habían visto a ese hombre, caminando cerca de El Palomar aquella última noche, pero pasó de largo y allí había acabado todo. Los miembros de la Guardia Civil que se ocupan de los interrogatorios no les creen. No hay pruebas, no hay cadáver, no hay ni un rastro, pero los interrogatorios son terribles. Cuentan que les arrancaron las uñas, los colgaron del techo por sus genitales, los golpearon hasta la extenuación. Hicieron con ellos todo tipo de tropelías. Aterrorizados y exhaustos con las torturas, ambos comienzan a confesar incoherentemente: afirman cosas distintas, se contradicen y con frecuencia admiten aquello que los torturadores desean que admitan. El dolor y el sufrimiento consiguen que los sentidos se enturbien y empiezan a acusarse recíprocamente, aun sabiendo que eran inocentes y que ni uno ni otro había participado en aquel supuesto crimen.

En ningún caso les permitieron estar juntos: cada uno estaba en un calabozo distinto, sometidos a torturas que hoy parecen más propias de la Edad Media o de la Inquisición. Sin fuerzas para resistir más dolor, sólo les resta aferrarse al instinto de supervivencia, a acusar al compañero y a tratar de salvar la vida de algún modo…

Después de un mes de insoportables torturas, los guardias civiles encargados de la declaración obtuvieron una versión extraña pero más o menos coherente de los hechos. Finalmente, los dos reos aseguraron que, en efecto, habían matado al Cepa y lo habían enterrado en un lugar apartado en el cementerio de Osa de la Vega. La Guardia Civil acudió al camposanto con los confesos y los obligaron a cavar con sus propias manos en el lugar del enterramiento. A pesar de todo, no apareció el cadáver. Sólo huesos viejos.

A la espera del juicio, los dos reos volvieron al calabozo y sus guardianes se ensañaron en nuevas torturas. Un año después, un funcionario del juzgado hace pública la sentencia.

«José María Grimaldos López penetró en El Palomar, inducido a ello con engaño por León Sánchez Gascón, en donde ya los esperaba Gregorio Valero Contreras, quien de un modo rápido, brusco e inesperado, sin que José María Grimaldos López pudiera apercibirse, sospechar ni evitarlo, se abalanzó sobre éste, le cogió de improviso por el cuello, en tanto que León Sánchez Gascón le daba con un garrote tan fuerte golpe a Grimaldo que dio con éste en tierra, y tres noches después, en la del 24 del pasado agosto, trasladaron el cadáver de José María Grimaldo junto a la pared norte del edificio, donde lo quemaron, machacaron con grandes piedras sus huesos, los colocaron dentro de una espuerta y los arrojaron a un río. Procede, pues, imponer a cada uno de los procesados, León Sánchez Gascón y Gregorio Valero Contreras, la pena de muerte, ya que el delito debe ser considerado de robo con homicidio».

Aquellos dos hombres ingresaron en la cárcel para cumplir la condena impuesta. Puesto que no se encontró el cadáver y no había rastro del crimen, no se aplicó la

pena de muerte y, casi milagrosamente, lograron evitar el siniestro garrote vil.

Aterrados y humillados, Gregorio y León no habían vuelto a verse, habían declarado lo que sus torturadores habían deseado, se habían contradicho, se habían acusado mutuamente con el único afán de sobrevivir. Ante ellos, una terrible perspectiva: dejar pasar los días, los meses y los años en un sombrío penal…

¡Estoy vivo!

Incluso para un asesino convicto o para un criminal, la simple idea de pasar cinco, diez o quince años entre rejas seguramente es lo más cercano a la desesperación. ¿Qué será para un inocente?

Gregorio Valero y León Sánchez llevaban ya dieciséis años en la cárcel, pagando un crimen que decían no haber cometido y del que la administración judicial, la Guardia Civil y, en realidad, el pueblo los acusaba sin dudar.

Sin embargo, cuando ya casi todo se había olvidado —¡dieciséis años después!— ocurre algo sorprendente, increíble y casi alucinante. A Tresjuncos llega una carta. Alguien pide una partida de bautismo. El remitente solicita dicho documento desde un pueblo situado a unos cuarenta kilómetros de allí. Increíblemente, ¡lo firma José María Grimaldos López! Al parecer, deseaba casarse y precisaba la partida de bautismo para poder llevar a cabo su matrimonio.

¡El Cepa estaba vivo!

La Guardia Civil se apresura a investigar los hechos y descubre la historia más ridícula, dramática y absurda que pueda imaginarse: aquel hombre al que «le faltaban varios veranos», analfabeto y que debía subirse a un taburete para alcanzar el metro y medio, simplemente… se había ido, no había dado cuentas a nadie, había pasado unos días en el campo, se había trasladado a otro pueblo y había comenzado una nueva vida. ¡Vivía al otro lado de la sierra! Como no sabía leer, como no existían los medios de comunicación actuales, como no le importaba haber dejado atrás a familiares y conocidos, como no se sentía obligado a dar razón de su vida y como no parecía muy despierto, había permanecido ajeno a todo lo ocurrido. De espaldas al espantoso drama que había provocado inconscientemente.

Efectivamente, hace apenas un siglo, cuarenta kilómetros eran un mundo: en ocasiones, poblaciones cercanas permanecían aisladas, sin ningún contacto exterior, ajenas a todo, cocinándose en su endogamia y en sus relaciones ancestrales. En la actualidad, con Internet, podemos hablar en tiempo real con un ciudadano de Nueva Zelanda y conocer las tiendas y los comercios de Vancouver sin salir de casa. Pero en 1910, el mundo rural de la España interior se parecía más a los poblados visigodos que al país que hoy conocemos. Sólo así era posible que sucediera un caso como el del Cepa. Simplemente, se había ido: en su ausencia, aparecieron espectros, rencores y fobias políticas. Y por ello, dos hombres habían estado dieciséis años en la cárcel.

¡No se había enterado absolutamente de nada!

El Cepa venía ataviado con una boina y con chaqueta de pana. Regresaba al pueblo ante la mirada atónita de los aldeanos:

—¡Soy yo! ¡Soy el Cepa! ¡Estoy vivo! ¡Nadie *m'a matao*!

Herederos de la injusticia

Pero… ¿qué ocurrió entonces? ¿Qué medidas se tomaron? ¿Qué hizo el juez que condenó a dos inocentes por un crimen que no habían cometido? ¿Qué fue del párroco empeñado en culpar a los dos «anarquistas»? ¿Qué ocurrió con los miembros de la Guardia Civil acusados de torturas?

Daniel Sánchez es nieto de León Sánchez Gascón, uno de los acusados en falso. Cuando se le recuerda aquella historia, apenas queda en él resentimiento o deseo de justicia. Más bien, como su abuelo, trata de olvidar: «Sólo siento una tristeza muy grande. Fueron dos personas inocentes que sufrieron mucho. En realidad, no solamente ellos, sino toda la familia, debido a un grave error judicial». Daniel asegura que «aquello lo ocultaron políticamente» y recuerda con amargura que pasaron doce años y cuatro meses en la cárcel —desde la sentencia— pagando un crimen que no habían cometido. Respecto a las torturas, «mi abuelo me decía que jamás se puede saber lo que un hombre es capaz de soportar, como él lo soportó. Me decía que a él le habían dado más palos que a un burro enganchado a un carro cuando éste se queda atascado. Eso me decía». Daniel añade que su abuelo no solía comentar aquel episodio, porque «cada vez que salía el tema se ponía enfermo. No quería ni recordarlo. Los castigos fueron horribles».

Su abuelo, León Sánchez, y Gregorio Valero sólo se reencontraron cuando salieron de la cárcel. Según Daniel Sánchez, su abuelo llegó a creer que su compañero había matado al Cepa, y, por su parte, Gregorio había llegado a convencerse de que el asesino era León. «Ellos nunca confesaron… Pero era tanto el castigo y la presión, que hubo gente que les aconsejó que inculparan al otro, o que firmaran que efectivamente lo habían matado y se declararan culpables para que los dejaran tranquilos. Era eso o morir». El nieto de León Sánchez explica que los reos se inventaban cualquier cosa con tal de evitar las torturas: «Llegaron a decir que lo habían enterrado en el cementerio, que lo habían enterrado en otro sitio… Iban y cavaban allí y, claro, no había nada, no había ningún resto. Decían que lo habían matado y que lo habían echado a comer a los cerdos, y que los huesos los habían machacado con una piedra y… En fin, barbaridades, porque ya no sabían ni lo que decían. Les ataban una cuerda en sus partes y el otro extremo, en el pie, y les daban palos como a animales. Lo poco que les daban de comer era bacalao y no les daban agua y les hacían pasear por delante del río para que vieran el agua. Mi abuelo se tiró al río para beber agua aunque iba esposado…».

La España de 1910 heredaba todos los vicios y las corrupciones del siglo XIX. Cuando Daniel habla de que aquel desastre judicial se «tapó políticamente», se refiere

a una práctica habitual en todas las sociedades corruptas: compensar miserablemente lo que no puede tener compensación alguna. Se les asignaron dos puestos de guardas en el parque madrileño de El Retiro, y, al parecer, mantuvieron su antigua amistad.

La vida de los implicados en aquella injusticia debió de tornarse sumamente amarga: «Dicen que el juez se pegó un tiro», comenta Daniel. ¿Y el cura? «El cura se arrojó de cabeza en una tinaja de vino y murió ahogado. Sí, por la mala conciencia: fue él quien más empeñado estuvo en llevarlos a la cárcel…».

Setenta años después… tabú

Pilar Miró (1940-1997) dirigió en 1980 la película *El crimen de Cuenca*, donde se relataban estos sucesos. En ella participaron Fernando Rey, Héctor Alterio, Guillermo Montesinos y Daniel Dicenta, entre otros muchos grandes actores. Esta película tiene el dudoso honor de ser la primera película prohibida de la democracia española reinstaurada en España en 1976.

Lola Salvador Maldonado fue una de las guionistas del filme y, por supuesto, conocía bien la historia; ella explica cómo jueces, párrocos y miembros de la Guardia Civil acabaron suicidándose después de conocer los años de tortura y los dieciséis años de condena de dos personas inocentes: «Sí, el cura se suicidó. Y en la investigación que se hizo sobre el juez Isasa, el que los condenó, figura que murió de una afección de corazón o que tuvo un ataque al corazón y que no había podido acudir al juicio en el que se le iban a exigir responsabilidades. Y, curiosamente, en el caso de la Guardia Civil, ocurre que los acusados de torturas ni siquiera aparecen en los archivos del instituto armado, cuando en los papeles del Tribunal Supremo están sus nombres, sus apellidos y sus firmas».

Los primeros años de la democracia española fueron traumáticos: a las graves dificultades económicas se sumaba el terrorismo y la desconfianza de los militares. Estos tres elementos, unidos a otros más complejos, amenazaban con echar por tierra la reciente libertad. Recuérdese que en 1981, sólo un año después de la proyección de *El crimen de Cuenca*, un grupo de guardias civiles irrumpió en el Congreso de los Diputados y pretendió dar un golpe de Estado.

La tensión política era enorme en aquellos años y la Guardia Civil, incomprensiblemente, se sentía humillada ante el recuerdo de aquella lamentable historia del crimen de Cuenca. «Yo me di cuenta de que ahí se iba a armar», asegura Lola Salvador Maldonado. «El caso es que el estamento militar, al que pertenece la Guardia Civil, dijo que iba a estudiar si esa película atentaba contra la seguridad del Estado. Y ahí se paró la película. Estuvo parada una serie de meses, casi un año, y después todo quedó sobreseído y todo el mundo pensó que aquello había sido una tontería y una manera de meter la pata, porque en la película no había nada que pudiera ir en contra de la seguridad del Estado ni atacaba nada».

José Manuel Cervino, uno de los grandes actores españoles que también participó

en la película, recuerda aquellos momentos: el secuestro de una película que contaba el error judicial del crimen de Cuenca. «Sí, secuestraron la película y le metieron un pufo a Pilar Miró y la querían llevar a un tribunal militar… Era una contradicción muy grande, porque ya había democracia en España, la Constitución ya estaba aprobada, y… bueno, fue un asunto muy desagradable: los últimos coletazos contra la libertad de expresión».

Pronto se cumplirá un siglo de aquellos hechos. Tresjuncos y Osa de la Vega siguen siendo sitios tranquilos, apacibles, donde casi nunca pasa nada. Preguntar simplemente por el *crimen de Cuenca* hace que las miradas se tornen desconfiadas, y que las personas giren sobre sus talones y echen a andar, alejándose, con la interminable llanura de fondo. El silencio es la única respuesta a lo que, de algún modo, sigue siendo tabú.

Caso abierto: el crimen de Los Galindos

«Yo no opino. Observo».

Gil Grissom, en *CSI*.

La serie norteamericana *CSI (Crime Scene Investigation)* ha popularizado en todo el mundo el trabajo de la policía científica. En realidad, la policía científica no es ninguna novedad y los Cuerpos de Seguridad españoles, por ejemplo, suelen emplear los mismos métodos que Gil Grissom (William L. Petersen) y su equipo en el serial estadounidense. En la actualidad, los departamentos de ADN, rastros, medios audiovisuales, balística, química, informática, etcétera, son muy semejantes y habituales en todos los países del mundo occidental.

Jerry Bruckheimer, productor de *CSI*, encontró un verdadero filón en las tramas policiales y los distintos modos de enfocar una investigación criminal. A las secuelas de *CSI Las Vegas (CSI Miami* y *CSI NY*), añadió *Sin rastro (Without a Trace)* y *Caso abierto (Cold Case*, literalmente «caso frío»). En la primera, el FBI investiga desapariciones de personas; y en la segunda, Lily Rush (Kathryn Morris) y su equipo intentan resolver casos «dormidos» durante años y que no se solucionaron, o se solucionaron mal en su día.

A lo largo de las siguientes páginas se tratará un crimen aparentemente perfecto, un asesinato que desafía a cualquier inspector avezado, una matanza que ni el tiempo ni la tecnología han logrado resolver. He aquí un *cola case*, un verdadero caso abierto que pondría a prueba a los fantásticos personajes de *CSI*.

El olor de la muerte

Ocurrió en un apartado cortijo sevillano conocido como Los Galindos, a 53 kilómetros de la capital andaluza.

Cuentan que aquel 22 de julio de 1975 los termómetros marcaban 49 °C en el pueblo de Paradas, en la provincia de Sevilla. Paradas era un pueblo que había ganado recientemente el certamen de pueblos bien cuidados que promocionaba el Ministerio de Turismo. La población contaba con poco más de 10.000 habitantes, según el censo de aquel año. Aquellas gentes pacíficas nunca habían sido sobresaltadas por nada y nunca habían vivido un drama como el que les esperaba.

Mientras el pueblo sesteaba bajo la calima estival, entre las dos y las cuatro de la tarde —se desconoce la hora exacta—, alguien entra en el cortijo Los Galindos, situado muy cerca de la población. Era una propiedad comprada por los marqueses de Grañina en 1950.

¿Cómo se supo que algo extraño había ocurrido a la hora de la siesta en aquel cortijo? Al parecer, dos miembros de la Guardia Civil y cinco trabajadores del cortijo que estaban acuchillando olivos a unos dos kilómetros de la casa vieron dos columnas

de humo, muy densas. A medida que se acercaban con la intención de descubrir a qué se debían, comprobaron que el humo olía mal y que el campo se impregnaba de aquel hedor nauseabundo.

Cuando la Guardia Civil llegó a la casa, no podía dar crédito a lo que veían sus ojos: había dos cuerpos —más tarde se supo que eran un hombre y una mujer—, con los brazos en cruz, carbonizándose en una macabra hoguera. El fuego los había reducido al tamaño de dos muñecos deformes.

Es comprensible que el terror y el espanto se apoderaran de aquellos dos miembros de la Guardia Civil y de los cinco trabajadores que habían penetrado en la casa del cortijo de Los Galindos. Por allí vagaba una perrita, propiedad del capataz, Manuel Zapata, y tenía el pecho y las patas llenas de sangre, y estaba dejando sus huellas impresas en las losetas del cortijo. Parecía que rascaba una puerta y que trataba de llamar su atención sobre algo… Un candado aseguraba la puerta de una habitación. Se abrió, y allí apareció otro cuerpo, el de una mujer, Juana Martín Macías, de 33 años, con los brazos en cruz, tumbada encima de la cama, y con la cara tan destrozada que resultaba casi irreconocible.

El horror no acababa aquí. En la parte de atrás, junto a un arroyo, otro hombre, un tractorista de la finca, apareció con el pecho abierto, tiroteado, de rodillas, y también con los brazos en cruz…

Noches de miedo en Pakadas

Naturalmente, cuando se supo lo que había ocurrido, el pueblo de Paradas se estremeció. Es fácil imaginar el miedo de aquella noche, las escopetas muy cerca de cada cama, las puertas y ventanas cerradas a cal y canto, la tensión que podía cortarse… Juan León, un habitante de Paradas que vivió de cerca aquel episodio, recuerda el ambiente del pueblo en estos términos: «Todas las puertas de las casas cerradas, las ventanas cerradas y todos los candados echados».

La investigación policial comenzó inmediatamente.

Todos los indicios apuntaban a un hombre que debería haber estado allí y… no estaba: el capataz, Manuel Zapata, de 53 años. ¿Se habría vuelto loco? Incluso se pensó que el calor le había afectado el cerebro y había decidido acabar con todos sus semejantes. Los aldeanos de algunas zonas de España están persuadidos de que algunas variaciones meteorológicas enloquecen a los hombres. En Asturias, por ejemplo, se habla del viento sur como un índice peligroso, y lo mismo ocurre en Cádiz y en Levante, donde el viento del este parece azuzar instintos criminales. ¿Habría sufrido Manuel Zapata este violento impulso? ¿Qué le había ocurrido a Manuel Zapata? ¿Qué se le había pasado por la imaginación para cometer aquel crimen? Y, sobre todo, ¿dónde estaba? ¿Dónde había ido después de la matanza?

A lo largo de los días y las noches siguientes, los habitantes de Paradas y los pueblos cercanos sólo esperaban ver la imagen de un loco, un hombre trastornado que

vagaba ensangrentado y furioso por aquellas dehesas sevillanas.

Pero Manuel Zapata ya estaba muerto. Probablemente había sido el primero en morir. Lo encontraron en el hueco de un árbol, envuelto en paja y con la cara completamente desfigurada. Alguien le había destrozado el rostro con un garfio de la empacadora de un tractor y se había ensañado en él repitiendo hasta veinte veces los golpes…

Salvador Ortega Mallén, jefe de la Brigada de Investigación Criminal de Sevilla, fue la persona a la que le correspondió investigar el crimen de Los Galindos. Contaba con técnicos y avances propios de aquel año 1975, aprendidos de Scotland Yard y del FBI, pero se encontró ante el caso probablemente más difícil de su carrera. Al parecer, todo el pueblo —y los propios investigadores— estaba convencido de quién era el culpable. Como se ha indicado, se trataba del capataz Zapata. Y, de repente, aparece, envuelto en paja y con la cara brutalmente masacrada. Revive esos momentos Salvador Ortega: «Al no encontrar el cadáver de Zapata, pensamos lógicamente que él era el autor. Todas las inclinaciones y todas las tendencias iban en este sentido, de acuerdo con las investigaciones que realizó en aquel momento la Guardia Civil. El primer sospechoso era Zapata, que no aparecía. Después, al cabo de unos días, apareció su cuerpo detrás de unos bloques de paja, donde se sentaba a comer el bocadillo la pareja de la Guardia Civil que estaba vigilando el recinto. Es decir, imaginamos que lo habían trasladado a aquel lugar para que lo descubriéramos de una vez y para que no culpáramos a aquel hombre. Porque, en realidad, él no había sido el autor».

Manuel Zapata fue el «culpable oficial» durante unas 48 horas. La prensa recogía el sentimiento popular y se advertía, al dar algunas informaciones, que había habido enajenamiento mental o que había sido un crimen pasional…

Sin embargo, había algo muy raro: nadie había robado nada. Nadie había sustraído nada a ningún cadáver y todo parecía en orden dentro del cortijo. Entonces ¿qué clase de crimen era aquel?

José González, Asunción Peralta, Juana Martín Macías, Ramón Parrilla y Manuel Zapata eran los nombres de las víctimas. Cinco muertes horribles en un entorno aparentemente pacífico. El resultado inmediato: el terrible y conocido «torbellino del miedo psicosocial». Es habitual en estos casos —aunque también se produjo en el caso de Jarabo (véase el capítulo «Garrote vil»)—: cuando este tipo de crímenes se producen en entornos pequeños y cerrados, el eco se multiplica y se expande, los hombres y mujeres se ven atenazados por el terror y distorsionan cualquier investigación objetiva.

En todo caso, la policía trata de reconstruir la escena del crimen para dar con alguna pista coherente: el pasillo principal del cortijo de Los Galindos aparecía con rastros de sangre, probablemente del cuerpo de Juana. ¿Por qué la habían encerrado en aquella habitación? ¿Por qué habían cerrado la puerta con un candado? ¿Por qué la habían colocado con los brazos en cruz, con la cara sobre la almohada, con una

expresión que ya era imposible de vislumbrar porque su rostro estaba completamente deformado?

La policía sólo tenía preguntas.

Y el pueblo sólo hipótesis y habladurías.

En esos días, las más variopintas teorías corrían por Paradas, por el Aljarafe sevillano y todos los pueblos de la comarca. Había que justificar aquello de algún modo y había que explicar qué había podido pasar. Era una situación terrible: al menos, si Zapata no hubiera aparecido, tendrían a quién culpar. Pero el supuesto asesino apareció muerto también y, desde luego, no se había suicidado tras los crímenes. Así que los rumores se disparan: se habla de un supuesto mendigo, con barba desaliñada, descalzo, que había pasado por allí… A estas hipótesis —más propias de la imaginación popular que de una verdadera investigación policial— se responde con preguntas que hacen tambalear toda explicación: ¿cómo es posible que un solo individuo hubiese matado a cinco personas, tres de ellas de gran corpulencia, en apenas minutos? ¿Cómo era posible que ninguno hubiera podido escapar o hubiera podido pedir auxilio?

Juan León, vecino de Paradas, es uno de los pocos ciudadanos que se atreven a hablar del asunto en un pueblo que aún permanece envuelto en silencio. Por extraño y estrafalario que suene, se habló de ovnis, de objetos que sobrevolaron el cortijo aquella tarde. Es una de las teorías más delirantes. «Sí, decían que un ovni había venido y que los habían matado…», asegura Juan León: «Sí, ovnis y cualquier otra cosa. Eso no se olvida, no se olvida». Juan León y otros vecinos lamentan que su comarca sea conocida casi exclusivamente por las muertes de Los Galindos. Es un pueblo marcado por la tragedia, una tragedia sin ningún tipo de solución. No hay un caso igual probablemente en Europa, con cinco cadáveres en un lugar concreto y sin una sola huella.

La conspiración de Los Galindos

Salvador Ortega continuaba las investigaciones. En los departamentos policiales y en los despachos políticos había nerviosismo y deseos de resolver de una vez por todas el caso. Se emplearon las mejores técnicas de la época.

Se centró la investigación en los dos cuerpos carbonizados de José González y Asunción Peralta. Y se pensó que el primero, tractorista y persona bastante enclenque en cuanto a complexión física, pudo haber hecho la matanza y, luego, haberse suicidado en un arrebato de locura. Salvador Ortega no lo cree. Empieza a investigar y piensa que González pudo haber sido, incluso, el primero en morir. Se comienza a hablar de más de un asesino, quizá dos o tres personas. «Pudimos demostrar que habían intervenido más de dos personas, posiblemente tres, pero una sola… no», asegura Salvador Ortega. «Con seguridad, actuaron dos personas, y, posiblemente, tres. Pero una sola no lo hizo. Y, además, se utilizó para ello una de pieza de los

tractores, el gancho o el pico, que así lo llaman».

Con esa pieza de empacadora, alguien sembró el terror aquel 22 de julio de 1975. Esa persona o esas personas quizá están aún vivas y tal vez estén leyendo estas líneas. ¿Por qué lo hicisteis? No teníais ningún móvil económico aparente, porque no robasteis nada. ¿Lo hicisteis sólo por venganza? ¿Por pasión? Vuestras víctimas eran personas completamente inocentes, trabajadores del campo, gentes que sólo esperaban la atardecida para regresar a casa…

Manuela González, hermana del primer tractorista muerto en Los Galindos, José González, es una de las personas que más veces ha levantado su voz para intentar pedir justicia y, sobre todo, para que no se olvide que este crimen aún sigue sin solución. «Yo no sé quién lo hizo, porque si lo supiera, evidentemente, lo diría», advierte Manuela. «Sólo puedo decir que los cinco eran… a cada cual más bueno. Los matan, hablan de ellos y no los defiende nadie. Ni los amos. Los amos, al revés: los amos querían que no apareciera… La policía se portó muy bien, pero cuando llegaban allí… nada. El juez nos decía que los iban a coger, que los iban a coger… ¡Nada! Y el abogado, igual. Los asesinos no robaron. Y, por otra parte, ellos no tenían dinero. Los mataron sin saber por qué ni por qué no».

Manuela esboza una teoría. Quizá su hipótesis se base en la desesperación o en la convicción de que ningún criminal debe quedar impune. «Los asesinos eran bien conocidos, porque si no… los cogen. Los que entraron en Los Galindos sabían muy bien dónde entraban, sabían muy bien lo que hacían, y mataron a los cinco que estorbaban, porque a los que no estorbaban no los mataron, a ninguno. Algo sabrían los pobrecitos. No sé qué sabrían».

En sus palabras —aquí se transcriben sólo como testimonio, sin que pueda deducirse de ello ninguna valoración nuestra en este u otro sentido— se aprecia desde otro punto de vista el silencio en torno a este caso: ¿había personas que sabían quiénes fueron los autores? ¿Había personas que consiguieron ocultar a los culpables? Si esta teoría de la conspiración es difícil de admitir es porque no hay móvil aparente. ¿Un secreto? ¿Qué secreto? ¿Qué sabían aquellos trabajadores que pudiera haberles costado la vida?

«Secreto… ¿de qué…?», se pregunta Manuela. «¿Qué iban a saber ellos? Ellos iban a trabajar a las ocho de la mañana y venían a las siete o a las ocho de la tarde, y les daban su peonada, y ya está. Los caseros que estaban allí eran muy buena gente: Zapata y su mujer, Ramón, el tractorista, qué buenísima persona… Fui una vez, cuando se cumplieron los veinte años, fui a poner flores donde los quemaron… y no me dejaban entrar. ¿Por qué lo hicieron? ¿Por qué hicieron aquello a cinco personas tan buenas? Si al menos supiéramos por qué lo hicieron…».

Es la voz de las personas que no pueden olvidar lo que pasó, y el absurdo aparente de aquella matanza: que no haya móvil, que no haya culpables, que no haya pruebas, que no haya huellas en el lugar de la masacre.

Manuela González tiene razones para levantar la voz, puesto que su hermano,

José González, el primer tractorista muerto, fue uno de los objetivos de las habladurías… y de la investigación criminal. Pesaba 56 kilos, medía 1,60 y era miope. Es difícil que con una complexión física semejante cometiera un crimen tan espantoso. Se le acusó porque en su cráneo, al parecer, había aparecido una especie de orificio… al menos, así lo vio la policía. Se exhumaron los cuerpos y se descubrió algo digno del *CSI* televisivo: aquello no era un tiro. Aquel hombre no había matado al resto y luego se había pegado un tiro, sino que era una especie de deformidad congénita.

Salvador Ortega, del departamento de Investigación Criminal de Sevilla, describe así el hallazgo que descartó el posible suicidio de José González: «Ese cráneo no había recibido un disparo. Sólo tenía un defecto fisiológico en su configuración ósea y era como una especie de tapón, que no estaba soldado. Al quemarse su cuerpo, los gases hicieron que aquel tapón saltara y, naturalmente, aparecía un agujero redondo que se identificó al principio como el disparo de una bala. Esta revelación revolucionó de nuevo el caso. Yo creo que el forense que declaró en primer lugar que era un disparo se llevó tal disgusto que al poco tiempo murió de un infarto. Realmente aquello trajo consecuencias nefastas».

En fin, la teoría de un asesinato masivo y un posterior suicidio quedaba también descartada. La cuestión era así de simple: la policía no tenía nada a qué aferrarse, estaban en un callejón sin salida. Cuando las pruebas se tornan oscuras y el problema parece insalvable, hay que acudir a territorios y disciplinas más abstractas que tal vez proporcionen alguna hipótesis. Se trata de un camino inverso: en vez de ir de las pruebas al asesino, se intenta descubrir al asesino desde su propia perspectiva criminal.

José Antonio García Andrade, el forense más prestigioso de nuestro país, catedrático en Psiquiatría Forense, que fuera durante tantos años el presidente de los forenses españoles, nos explica cómo sería este criminal. ¿Qué tendría en su mente para cometer semejante carnicería? ¿Por qué actuó así? ¿Qué motivos puede tener alguien para actuar así?

«Desde luego», advierte García Andrade, «no es obra de un loco, ni mucho menos, sino de una mente lúcida, una mente pasional, apasionadamente criminal. Aunque en ese caso intervinieron también una serie de intereses espurios y luego no supieron cómo controlarlos. Sin duda ninguna, pasará a la historia de la criminología como prototipo de uno de los delitos que no se llegó a conocer del todo y como prototipo de lo que no se debe hacer nunca. Yo no sé si el asesino estará por ahí o ha sido víctima del paso del tiempo, pero ya no se descubrirá nunca».

¿Por qué? Esta conclusión es triste para las familias: nunca se podrá descubrir al asesino y nunca podrá saberse qué fue exactamente lo que ocurrió y por qué ocurrió. Es un gran enigma policial. Pero ¿debemos resignarnos? En nuestra opinión, es importante que nadie olvide esta historia, que siga ahí pendiente, que alguien investigue, que no se cierre el caso impunemente. Ojalá algún día sepamos la verdad.

Aquí sólo se pretende exigir la justicia que puede exigir el periodismo: recuperar y recordar la historia.

Hay un dato inquietante sobre el que parece pasarse de puntillas en este caso. Había transcurrido más o menos un mes desde aquel sangriento crimen, cuando alguien pintó algo con sangre en la pared del cortijo de Los Galindos. Lo hizo con rabia, como intentando pedir justicia. Trazos firmes en la pared encalada. Y allí, durante mucho tiempo, durante casi cinco años, permaneció aquel inesperado y macabro recuerdo:

AQUÍ MATARON A CINCO

Comparaciones

En julio de 1995, los juzgados de Sevilla declararon prescrito el caso y los miles de folios de esta historia reposan polvorientos en un almacén. Ya no puede haber culpables, ni pruebas, pero sabemos —*Milenio 3* lo sabe y la policía lo sabe— que alguien que quizá está leyendo estas líneas conoce *toda* la verdad.

El silencio acompaña a los casos de difícil solución. Los Galindos permanece como caso típico de matanza impune, sin la más mínima sospecha aparente y, desde luego, con la certeza de que los responsables no van a purgar sus penas.

Puesto que no había criminales ni sospechosos, se habló de comparativas con extrañas matanzas. En algunos periódicos nacionales se relacionó el caso con lo ocurrido en Estados Unidos y la matanza que llevó a cabo aquel personaje siniestro, Charles Manson, en el domicilio de Sharon Tate y el cineasta Roman Polanski. Manson, que se hacía llamar a sí mismo *Satán*, actuó como lo que se llamaba entonces «escuadrones de la muerte»: personas que matan y asesinan sin razones aparentes y por el simple deseo de matar. Puesto que en ambos casos se daban algunos elementos comunes, se pensó que algún tipo de asociación sectaria u ocultista hizo exactamente lo mismo en Los Galindos.

Nuestro conspiranoico oficial, Santiago Camacho, recuerda con breves trazos qué ocurrió en aquella matanza capitaneada por un auténtico pirata de la muerte: Charles Manson.

«Lo más estremecedor de la historia sea quizá el sueño premonitorio que tuvo la actriz Sharon Tate. Una madrugada, sedienta, bajó los peldaños de la segunda planta de su mansión y se encontró algo, una figura. Parecía el fantasma de una mujer. Paralizada por el miedo miró fijamente y vio que, era efectivamente, alguien con la cabeza encapuchada y como con una soga o cable partiendo de su cuello hacia arriba. La visión duró unos segundos y se desvaneció. Poco podía sospechar la bella actriz que el viernes 8 de agosto de 1969, cuatro miembros de La Familia, un grupo que bordeaba los límites del satanismo, organizado en torno a un gurú carismático,

Charles Manson, iban a entrar en la casa y la masacrarían —sin tener piedad de su embarazo de ocho meses— a ella y a sus cuatro invitados. Se da la circunstancia de que estaba también previsto que el propio Roman Polanski e incluso la conocida estrella Bruce Lee estuvieran allí aquella noche y solamente la casualidad quiso que no se encontraran entre las víctimas mortales. Nadie conoce el móvil de aquellos crímenes. Sólo se sabe que cada uno de aquellos cuerpos recibió decenas de puñaladas, que se escribió con la sangre de las víctimas en las paredes, que el feto del hijo de Sharon Tate y de Roman Polanski intentó ser arrancado cruelmente del vientre de su madre. Todavía hoy, Charles Manson está preso en la cárcel de San Quintín, cumpliendo cadena perpetua. Nadie ha conseguido romper el muro que hay alrededor de su mente criminal y conseguir explicar lo que sucedió aquella noche. Una noche quizá anunciada en una especie de pesadilla lúcida».

El crimen del número 10.050 de Cielo Drive en Los Angeles tenía algunos elementos comunes con la matanza de Los Galindos. Por eso se habló de una misteriosa horda satánica. También se dijo —y no sin polémica a través de la obra *Los invitados* del malogrado escritor Alfonso Grosso— que aquellos asesinos celebraron un ritual de muerte en la finca sevillana. Probablemente nunca lo sabremos. Lo único de lo que hoy tenemos certeza es aquello que una mano anónima pintó en la fachada con sangre: *Allí mataron a cinco*.

La mano cortada

«La emoción más antigua y más intensa
de la Humanidad es el miedo; y el más antiguo
y más intenso de los miedos
es el miedo a lo desconocido».

H. P. LOVECRAFT, *El horror en la literatura*.

Sería difícil encontrar una historia en la que se reunieran los siguientes elementos: una marquesa, una casa misteriosa, crímenes, mutilaciones, espías, nazis, extraños virus, extraterrestres… Si algún escritor pudiera conjugar todos estos componentes, seguramente podría presumir de una imaginación portentosa. Sin embargo, no es necesario que nadie lo fabule: la vida real ha encajado todos estos inverosímiles conceptos para diseñar una de las tramas más atractivas, extrañas y misteriosas de nuestra larga y, desgraciadamente, densa crónica negra.

El famoso periódico *El Caso*, dirigido entonces por Eugenio Suárez, salió a la calle en enero de 1954 con un número que vendió más que ningún otro. Se agotaron los ejemplares. La portada era una lechera. Era un recipiente transparente, y en su interior había una mano de mujer con las uñas pintadas. El titular decía: «Albacete: el caso de la mano cortada».

Censura y otras mutilaciones

El Caso era el periódico más leído en la España de aquella época, de modo que aquella imagen causó un gran impacto. Al día siguiente, la fotografía era otra bien distinta: los chatarreros haciéndose de oro prácticamente porque la gente de Madrid se estaba deshaciendo de las lecheras. La mayoría eran de latón. Los ciudadanos habían sentido un repentino asco por estos objetos a causa de aquella portada. La noticia hablaba de una mutilación en una casa misteriosa, de una madre de oscuro pasado y de una serie de personajes no menos enigmáticos.

Los periodistas veteranos de *El Caso* recordaban que había sido uno de los sucesos más truculentos en la larga trayectoria de ese periódico. ¿De quién era esa mano? ¿Qué ocurrió? ¿Qué ocurría en aquella casa? ¿Por qué se mezclaban los nazis con esta historia? ¿Por qué había mensajes extraños que se difundían y se enviaban desde no se sabe dónde? ¿Por qué se hablaba de virus letales? ¿Se trataba de sacrificios o de rituales relacionados con el satanismo?

En la primera escena de esta película real aparece una mujer de 42 años, llamada Margot Shelly, perteneciente a la alta sociedad. El día 19 de enero de 1954, su cadáver aparece tumbado en una cama de un domicilio madrileño, misteriosamente mutilado: le falta una mano. Su hermano, Luis Shelly, se presenta en el juzgado número 14 de Madrid y asegura que la responsable de la mutilación es su propia

madre. Pero ¿quién era su madre?

Margarita Ruiz de Lihory y de La Bastida acumulaba muchos títulos nobiliarios. Era marquesa de Villasante, baronesa de Alcahalí, duquesa de Valdeáguilas y vizcondesa de La Mosquera. Era, en fin, una distinguida dama de la nobleza española. Había nacido en 1888 y era la menor de las dos hijas del matrimonio compuesto por Soledad Resines de La Bastida y José María Ruiz de Lihory. Con 18 años, Margarita se casa con Ricardo Shelly, un empresario con el que tuvo cuatro hijos: José María, Juan, Luis y Margot. Margarita era una mujer muy adelantada a su tiempo. Fue la primera mujer española que estudió Derecho en la Universidad de Valencia. También cursó dos años de Medicina. Además, fue modelo y espía, periodista y miembro de los servicios secretos españoles, a los que sirvió en África durante la Guerra Civil. Se asegura que fue la primera corresponsal de guerra del mundo. La primera enviada especial que, vestida de hombre, redactaba crónicas para varios periódicos desde Marruecos. Tras la muerte de su primer marido, en 1937 comienza una nueva relación con José María Bassols. Se casó con él, pero esta boda se anularía más tarde. En el Rif marroquí ejerció como agente secreto y conoció a Abdelkrim o Abd el-Krim, un funcionario del Protectorado español en Marruecos que posteriormente se rebeló y encabezó la sublevación independentista en la década de 1920. Margarita Ruiz de Lihory tenía numerosas propiedades, especialmente en la zona de Albacete.

Entre sus posesiones, la más importante era una casa situada en el número 58 de la calle Mayor de la capital manchega. Era una casa bien conocida en la tranquila ciudad: desde siempre la habían llamado «la casa de los fantasmas». Cuando se empiezan a investigar los hechos, la policía encontró en aquel lugar paredes forradas en telas rojas, sótanos con grabados de extrañas simbologías, animales enteros despellejados colgados de garfios, huesos que —se aseguraba— eran humanos, un esqueleto, libros de brujería… La escenografía, a medio camino entre la ficción popular y la realidad concreta, resultó aterradora y los españoles se vieron atenazados por aquel caso singularmente macabro.

Las investigaciones se suceden. Una mujer de 42 años, soltera, Margot Shelly Ruiz, hija de esta extraña marquesa, aparece muerta y con la mano amputada, tal y como había declarado su hermano. Entonces, la policía encuentra esa famosa y celebérrima lechera con la mano en su interior. Es un verdadero escándalo o, más que eso, un terrible acontecimiento que estremece a todo el mundo. El 4 de febrero, pocos días después, se ordena la exhumación del cadáver, que ya había sido enterrado. Y los investigadores se dan de bruces con otra macabra sorpresa: tras una exploración detenida, se percatan de que a Margot le faltan los globos oculares. Se los habían extirpado y, con la precisión de un cirujano, también le habían arrancado la lengua. Además había trazas de que le habían rasurado parte del vello púbico.

Francisco Pérez Abellán, maestro de la crónica de sucesos, explicaba qué significó para el periodismo y para la sociedad de su época el conocimiento de aquel

caso. Todo el asunto tenía la apariencia de un ritual y era la primera vez que se hablaba de este tipo de prácticas sangrientas en España. «Margarita Ruiz de Lihory había perdido a su hija y quería conservar algo de ella; probablemente también llevara a cabo una especie de ritual conducente no se sabe muy bien a qué… Quizá a tener con ella cierto contacto después de la muerte o tal vez pretendía, mediante formularios secretos, la eterna juventud. Aparentemente, por esa razón se quedó con parte del cuerpo de su hija, fallecida de una enfermedad repentina y rapidísima, fulminante, y le seccionó algunas partes de su organismo. Le sacó los ojos, le cortó la lengua, cortó pelos del pubis… y también la mano, efectivamente, una mano que pasaría a la historia y que haría vender más periódicos de *El Caso* que ningún otro asunto nunca. En aquella época», asegura Pérez Abellán, «todo esto interesaba muchísimo, porque era una época en la que muchos asuntos simplemente no se podían publicar. Se valoraba el suceso, pero a veces no se podían plasmar dos crímenes en la misma semana: había que elegir uno, porque no lo permitía la situación…».

A partir de aquel segundo número de *El Caso*, en el que ya se daban noticias del siniestro caserón de Albacete, se prohibió cualquier tipo de información al respecto. Y la historia de esa mujer y de esa familia quedó envuelta en tinieblas.

Una dama de extrañas costumbres

Margarita Ruiz de Lihory tiene una biografía extensísima. Fue una de las primeras mujeres que tuvo automóvil en España y se asegura que fue amante de Miguel Primo de Rivera y amiga personal de Francisco Franco. Era una especie de Mata-Hari a la española. También se aseguraba que compraba y vendía información durante la Segunda Guerra Mundial. Este doble juego era muy común en la época.

Pedro Nuño de la Rosa es un prolífico escritor albaceteño, autor de una novela sobre el caso (*La mano cortada*; Tucumán, Alicante, 1998), que ha seguido durante veinticinco años esta historia. Fruto de sus pacientes pesquisas llegó a conocer a la marquesa Margarita Ruiz de Lihory y él piensa que la mutilación de su hija fue parte de un rito. Según este autor, la marquesa conoció durante su estancia en Marruecos extraños procedimientos que asegurarían la vida eterna. Estos rituales se conservaban, al parecer, en algunas culturas del Rif marroquí —en la década de 1920, Protectorado español—. Los *yezidí*, a los que en algún caso se les ha relacionado con los adoradores de Satán, tenían al parecer la costumbre de cortar algún miembro de una persona muerta para conservar su espíritu o su alma. Según Pedro Nuño de la Rosa, Margarita Ruiz de Lihory pudo conocer y asumir esas prácticas, y quiso utilizarlas cuando su hija murió, al parecer, tras una enfermedad fulminante. Mantener cerca el espíritu de su hija Margot: ése era el objetivo de la marquesa cuando decidió llevar a cabo el ritual.

Pedro Nuño de la Rosa había oído, desde muy joven, las extrañas historias que se

contaban a propósito de aquella casa de la calle Mayor 58, un inmueble donde —decían— ocurrían fenómenos singulares: «Lo que sí que es cierto es que en la casa hubo ciertos ritos satánicos. Esto sí que es verdad, pero mucho antes de la muerte de Margot, y por otras razones: entre ellas, la afición que tenía Margarita Ruiz de Lihory por el ocultismo y por las experimentaciones con animales», explica Nuño de la Rosa. «El rito de la mano cortada es un rito *yezidí* que se practicaba en Marruecos; probablemente ella lo aprendió allí, y es un rito, sobre todo, para recuperar la vida y la inmortalidad. Es un rito muy parecido a los que se celebran en honor del Leviatán, el dios del Bien y del Mal. No obstante, también se ha comentado que pudieron utilizarse animales para confeccionar alguna clase de alucinógenos, pero eso no es nada seguro».

Los animales fueron elementos decisivos en esta historia. En aquellos sótanos del número 58 de la calle Mayor de Albacete, según el parte policial, se encontraron colgados de garfios varias cabezas y calaveras de perros, y dentro de ollas con extrañas sustancias. Aquello era la versión más negra del gabinete de un alquimista.

¡Una colonia de extraterrestres en Albacete!

Si algo faltaba para completar esta historia de la mano cortada, he aquí que aparecen los miembros y las cartas de Ummo (véase el capítulo «Ummo»).

Para que todo este asunto pueda comprenderse en sus términos justos, es necesario señalar inmediatamente que la historia de Ummo es un perfecto fraude, o experimento psicosocial apasionante, pero falso, que se resume así: desde la década de 1960, desde 1966, concretamente, un grupo selecto de personas en España recibieron una serie de cartas, cartas manuscritas, cartas llenas de fórmulas matemáticas, cartas repletas de extraños códigos… Estaban escritas en castellano. Parece que detrás de estas cartas estuvieron varios individuos seguramente perturbados —lo hemos sabido treinta años después: los servicios secretos y de inteligencia lo desvelaron—. Su misión era saber cómo reaccionarían determinadas personas ante la constatación de que los extraterrestres *ya* estaban aquí. Algunos personajes que recibieron aquellas cartas tenían gran importancia e influencia en la sociedad de la época; eran personas de la talla de Alfonso Paso o de Buero Vallejo, o comisarios de policía, como Dionisio Garrido… Todos ellos recibían misivas llenas de documentos que parecían contener amplísimos conocimientos científicos. Los remitentes eran unos personajes que se hacían llamar *ummitas*. Los ummitas decían de sí mismos que procedían de una estrella lejana, la Wolf-424, a 14,6 años luz de nuestro planeta. Es una historia rocambolesca y absurda. Pero que engañó a mucha gente.

Pues bien, en una de esas cartas hablaban de Albacete y echaban más leña al fuego. La carta en cuestión la recibió un párroco de Mairena del Alcor, en Sevilla: el padre Enrique López Guerrero. En 1968, este sacerdote creó una polémica sin

precedentes a través del diario *ABC*; el titular del periódico decía: «Una colonia de extraterrestres se halla ya infiltrada en nuestro país». ¡Lo decía un miembro de la Iglesia, en *el ABC*, en 1968!

A los dos días de aquellas sorprendentes declaraciones, el Ejército del Aire declaraba «materia reservada» toda la temática ovni y así se mantendría durante treinta largos años.

Pues bien, el 27 de marzo de 1969, este párroco de Mairena recibe uno de esos sobres ummitas con un símbolo que parece una especie de H con una barra en medio. El sacerdote, que no conocía la historia del caserón de la marquesa en Albacete, lo abre y lee lo siguiente: «Nuestra primera residencia en España fue escogida en una población recoleta, Albacete. Una dama, amante de los animales, prestó asilo a dos de nuestros hermanos, que pudieron, durante su forzoso encierro, realizar las primeras experiencias psicofisiológicas con mamíferos de la Tierra, hasta que ciertos rumores surgidos entre los habitantes vecinos hicieron aconsejable nuestro traslado».

Aparte del aire novelesco y pintoresco de la redacción, cabe hacerse algunas preguntas: ¿qué tiene que ver aquí la historia de un planeta llamado Ummo? ¿Qué relación guardan los farsantes de Ummo con la casa de la marquesa, las mutilaciones y otros fenómenos extraños?

Aquellos supuestos extraterrestres que escribían cartas en aquella España de los sesenta decían que habían estado en la casa de una misteriosa marquesa. Años después, los investigadores empiezan a indagar y descubren que, efectivamente, había una casa perteneciente a una misteriosa marquesa, que se habían producido mutilaciones, que había animales en los sótanos… Todo empezaba a encajar… o a desencajarse completamente.

En otra de esas misivas, estos supuestos seres de otros mundos repiten que estaban emplazados en Albacete, que iban ataviados con trajes blancos, que a veces se protegían con máscaras del sol, que eran rubios o albinos… Y añadían lo siguiente: «Hubo hasta seis focos virales, se localizaron en el cuerpo de la enferma, la hija de la marquesa, todos ellos suficientemente profundos. Las zonas afectadas se ubicaban en globos oculares, tejido epitelial de la lengua y dermis palmar».

Naturalmente, para comprender en todo su alcance esta historia hay que olvidar el hecho de que una civilización avanzadísima, que había podido surcar el espacio a velocidades increíbles, no emitiera sus cartas con impresión de alta tecnología, sino en papel común y con tinta vulgar de la década de 1960. También hay que obviar las deficiencias gramaticales y léxicas de esas cartas.

En resumen, en 1969, un párroco de Sevilla recibe una carta de un grupo extraño de individuos, que se autodenominan extraterrestres y que aseguran que llevan un tiempo viviendo en la Tierra. Todo parece completamente absurdo… Pero ofrecen datos sorprendentes: dicen que fueron acogidos por esta marquesa y su familia, y que su hija fue contagiada por diversos virus. Las zonas infectadas eran muy concretas: ojos, lengua y manos.

Los investigadores que seguían la pista de esos misteriosos personajes que enviaban cartas repletas de códigos y de apuntes científicos acceden entonces a la historia de la marquesa y su hija, acontecida veinte años antes, y se quedan perplejos. Así que el caso *parecía* evidente: los extraterrestres estuvieron en Albacete, en la década de 1950, alojados en la casa de la marquesa. Por descuido o por error, la hija se infectó con un virus peligrosísimo y murió. Para que nada se descubriera, los extraterrestres mutilaron ciertas partes de su cuerpo y huyeron.

Los extraterrestres y los nazis

Reconozcámoslo: el lector tiene derecho a sonreír. La historia es tan absurda y tan peregrina que merece explicaciones más serias. Sin embargo, el contexto cultural de aquella España ignorante y supersticiosa era propicio para que se dieran las hipótesis más ridículas. Por ejemplo, parece que mucha gente reparó en unos misteriosos médicos que deambulaban por Albacete. La escena que se comentaba en los cafés es propia de las películas de terror de serie B: por las noches, a altas horas, dos personajes de pelo albino, con batas blancas, sacaban cadáveres del cementerio de Albacete. Se hablaba de ello y fue una auténtica obsesión para la prensa.

Pero esos dos personajes no eran ummitas ni extraterrestres. En realidad eran dos espías del Schutzstaeffel —las SS, tal y como se conocen en España— huidos tras la caída de la Alemania nazi en 1945. En este punto, la política se une de nuevo a las historias más truculentas de aquella sórdida España: tras la derrota de los nazis, el Gobierno de Franco acogió a numerosos altos cargos de la Administración de Adolf Hitler, muchos de ellos acusados del genocidio y del holocausto judío. España fue en ocasiones lugar de paso hacia Argentina, Uruguay, Brasil o Chile, pero en otros casos permanecieron en el país, ocultos y protegidos.

Esos dos personajes altos y rubios que llamaban tanto la atención en Albacete eran dos miembros de las SS nazis. Pero ¿tenían relación con la marquesa Ruiz de Lihory? Por supuesto. Estaban alojados en una casa de la marquesa de Villasante en las afueras de Albacete. Eran dos hombres extraños en La Mancha y en invierno llevaban trajes de chaqueta de color blanco.

Es decir, quien estuviera detrás de la trama de los supuestos extraterrestres de Ummo, quienquiera que fuera el que enviaba cartas para engañar a la gente, a policías, a párrocos, a políticos o a artistas, leyó la extraña historia de la marquesa en Albacete y confeccionó un batiburrillo en el que todo cuadraba… demasiado bien. Los farsantes de Ummo se basaron en la historia de la marquesa satanista u ocultista, supieron de ella, hablaron con la gente y se inventaron la peregrina farsa de los extraterrestres. Pero ¿para confundir a quién y con qué objetivo?

Para estas preguntas todavía no hay una respuesta clara.

Sin embargo, se sabe que algunos miembros de la Administración hitleriana continuaron trabajando e investigando para poder recuperar el poder en Alemania y

que, en realidad, jamás desertaron de sus intenciones criminales. Algunos de aquellos nazis eran médicos y científicos que, probablemente, continuaron sus trabajos en otros países. Si los alemanes acogidos por la marquesa Ruiz de Lihory pertenecían a esta clase de individuos, ¿qué hacían allí? ¿Qué ocurría en el sótano de aquella casa? ¿Por qué buscaban cadáveres en el cementerio? ¿Podría ser cierto que manejaran algún tipo de virus o algún tipo de arma biológica? ¿Se contagió la hija de la marquesa? ¿Por qué cortaron los miembros de esa mujer? ¿Estaban realmente infectados y podrían delatar aquellas experiencias clandestinas? ¿O se trataba de una práctica supersticiosa de la marquesa, que creía realmente en la brujería y creía que la mano de su hija podía acercarle su espíritu?

Andrés Gómez Honrubia, que fue criado en aquella casa de la calle Mayor en el año 1954, cuando se estaban investigando las mutilaciones de Margot, decía lo siguiente: «Allí estaba el subterráneo, conocido con el nombre de El Cuarto del Moro, un lugar horrible, al que se descendía por una trampa de hierro que sólo podía levantarse por dos personas. En él la marquesa permanecía muchas horas. No supimos nunca lo que hacía exactamente allí, pero siempre subía con una cara cadavérica».

Naturalmente, ésta era la versión popular. Las últimas investigaciones sugieren que estos alemanes huidos de las SS podrían haber llegado a manipular y controlar ciertos virus peligrosos. Recuérdese: era la época de las primeras investigaciones bacteriológicas con fines bélicos. Eran las primeras investigaciones médicas en este campo y se estudiaba la posibilidad de contagios víricos como una modalidad del armamento de guerra. Estos alemanes quizá tuvieron en sus manos… algo importante.

Pedro Nuño de la Rosa lo investigó a fondo y conoció incluso sus identidades. Éstos eran los extraterrestres de Albacete: «Eran, ni más ni menos, dos espías alemanes. Todo el mundo sabe que había en esa época un desarrollo de la energía nuclear y de la investigación bacteriológica con fines bélicos. Hitler no tuvo tiempo suficiente para desarrollar ambos campos, porque, de lo contrario, hubiera utilizado estos avances en la Segunda Guerra Mundial. Según algunos indicios, parece que estos señores que vivían en Albacete tenían un suero. Quizá aquella sustancia afectara a Margot…».

Nuño de la Rosa confirma que aquellos individuos llamaron la atención porque iban vestidos de una manera estrafalaria, llevaban trajes blancos impolutos algunas veces en pleno invierno y también tenían un Mercedes blanco.

Así fue como los espías alemanes se convirtieron con el tiempo en seres de leyenda y en supuestos extraterrestres infiltrados en la pacífica vida de la capital manchega. La historia conserva su misterio, porque los ciudadanos están dispuestos a admitir que jamás hubo ummitas en Albacete, pero la idea de que nazis huidos de Alemania estuvieran trabajando con virus peligrosos en su ciudad resulta estremecedora… Se sabe que el CESID y el Mossad (servicio secreto judío)

estuvieron investigando el asunto, aunque, por supuesto, nada claro se supo al respecto.

Tras la muerte de Margot, los alemanes «alienígenas» desaparecieron. Tras ellos quedó la leyenda de aquel sótano de la calle Mayor, con sus espías, virus, cartas, nazis, mujeres mutiladas, conejos, perros y gatos despellejados, ollas con símbolos, libros de brujería y toda la imaginería de lo secreto y lo macabro.

La marquesa de Villasante y baronesa de Alcahalí, Margarita Ruiz de Lihory, murió en 1968, en la más completa miseria, y yace en un oscuro túmulo del cementerio de Albacete. Su siniestra mansión es en la actualidad la Delegación provincial del Ministerio de Industria, completamente remozada y remodelada, y apenas pueden imaginarse los truculentos episodios que pudieron suceder en sus sótanos. Hay quien dice que en el lugar siguen ocurriendo cosas extrañas… pero eso ya sería parte de otra larga historia.

Vampiros

«Tenía sangre en el cuello y en el pecho,
y en la garganta se veían las marcas
de unos dientes que habían abierto la vena.
Los hombres señalaron tales marcas,
horrorizados, gritando al unísono:
“¡Un vampiro! ¡Un vampiro!”».

John W. Polidori, *El vampiro*.

En la portada del diario *ABC* del 27 de febrero de 1912 aparece una fotografía con la imagen de una niña pequeña, de unos ocho años, acompañada de sus padres, junto a los muros de un barrio de la Ciudad Condal. El titular, toda la portada, es esa fotografía, con el texto: «La niña secuestrada en Barcelona». Esta foto-noticia ponía fin a una oleada de misteriosos acontecimientos que habían tenido lugar en algunas barriadas de Barcelona. En ese y en otros periódicos de la región se hablaba de secuestros infantiles, de los ladrones de niños, de personas que arrebataban a los pequeños… Pocos días después, cuando se empiezan a conocer mejor los hechos, comienza a aparecer en las columnas periodísticas una palabra inquietante… la palabra «vampira».

Por aquellos años, a principios de siglo, los diarios publicaron muchas fotografías de estos niños de arrabal, con el gesto huidizo, con el pelo rapado, hambrientos y con una nube de terror en su mirada. Eran niños liberados de sus secuestradores. Las columnas periodísticas titulaban: «Los ladrones de niños», «La secuestradora de niños», «Hallazgos de nuevos niños desaparecidos», «Desapariciones misteriosas».

Estas oleadas de auténtico terror se sucedían sobre todo en Barcelona, una zona industrial donde había arrabales importantes y donde los niños estaban bastante descuidados. Eran el objetivo de un grupo de personas… auténticos vampiros. Mucho más peligrosos que los vampiros de la ficción.

El ancestral deseo de la sangre

El vampirismo ha sido una constante desde la más remota Antigüedad. Se relaciona con criaturas, normalmente con muertos vivientes, que absorben la sangre de los vivos para prolongar su existencia.

La figura de un vampiro aparece por primera vez en un jarrón descubierto en Persia, decorado con un dibujo en el que puede verse a un hombre atrapado por un ser que le está succionando la sangre. Más tarde aparece la figura de Lilith, un mito babilónico del que se decía que chupaba la sangre de los niños. En la China del siglo VI a.C. hay leyendas que hablan de muertos vivientes chupadores de sangre. También entre las sociedades hindúes, malayas, polinesias, aztecas o esquimales aparecen estos seres. Posteriormente, hay muchos mitos griegos que hablan de escenas

vampíricas, como el de Lamia, que para vengarse del asesinato de sus hijos a manos de Hera, la mujer de Zeus, se convirtió en una figura monstruosa que chupaba la sangre de los niños. Las Estriges, que eran seres monstruosos femeninos, con cuerpo de pájaro, succionaban la sangre de los recién nacidos cuando dormían en sus cunas y nadie los vigilaba.

Hay vampiros en todas las culturas y en todas se les teme por igual. Aparecen en distintas regiones, con formulaciones muy diferentes, pero su modo de actuar casi siempre tiene relación con la muerte y el mal.

Uno de los vampiros es el *adze*. Habita en las tribus de hechiceros del sureste de Ghana y del Togo meridional, en África. El *adze* tiene forma de ave y bebe, al parecer, la sangre de los niños hermosos. En la India se conoce a un vampiro llamado Brahmaparush, que bebe la sangre de sus víctimas a través de su cráneo; después, se come su cerebro y, finalmente, envuelve con intestinos el cuerpo de los desgraciados que caen en sus garras. El *blausauger* es el chupador de sangre que habita en Bosnia y algunas regiones de Alemania. Este término define a un vampiro que suele refugiarse en panteones y cementerios. Los *jaracacas* son los vampiros brasileños; habitualmente se les representa con forma de serpiente. Los *civatateos* eran vampiros con forma femenina, una especie de bruja-vampiro temida entre los aztecas. Los niños eran su alimento favorito: solía representarse con la cara blanca, con las manos cubiertas con tiza y dibujos de huesos en su ropa. El *liderc nadaly* es una especie de vampiro que habita en algunas zonas de Hungría; cuando se sospecha que un cadáver es un *liderc nadaly*, los campesinos celebran una ceremonia de purificación en la que le clavan una barra de hierro en el hueso temporal del cráneo. Los búlgaros tienen su propio vampiro: el *krvoijac*. Durante los cuarenta días que este vampiro permanece en su tumba después de su muerte, sus poderes mágicos aumentan y se convierte en un ser poderoso y mortal: a partir de entonces, buscará sangre sin descanso. El *nelapsi* es un vampiro que habita en ciertas regiones eslovacas y de quien se dice que posee dos corazones. Esta característica es común a otros vampiros de Centroeuropa. El *nelapsi* habita en ocasiones en los campanarios y es muy destructivo: mata las reses y los ganados y siembra el terror entre las gentes de las aldeas. Se asegura que las semillas de amapola, arrojadas ritualmente en los caminos, apaciguan su maléfica influencia. Y si se le clava una estaca de espino o se le quema, también se acabará con él.

La lista es interminable, en realidad, porque el vampiro forma parte del imaginario ancestral. La sangre es el espíritu de la vida y aquellos que la beben adquieren también el poder, la energía y la vitalidad de sus víctimas. En España también existen vampiros en la cultura tradicional: la *guaxa*, la *guajona*, el *hojáncano* y otras formas —generalmente mujeres viejas y monstruosas— suelen presentarse como seres con un solo diente que succionan la sangre de los bebés. Hay algunos remedios para proteger a los niños, por ejemplo, colocar una ramita de acebo en sus cunas.

Así pues, el vampiro es algo más que el personaje romántico y atormentado creado por Bram Stoker en 1897 *(Drácula)*, al cual se dedicará un capítulo propio en este libro. El vampiro es mucho más que viejos condes valacos, mucho más que cuerpos momificados que, según el romanticismo, la novela y el cine, vuelven a la vida para succionar la sangre de jóvenes hermosas.

Pero el poder del mito se aprecia incluso en la trascendencia de esos relatos y películas. El propio Bram Stoker, según señalan algunas crónicas, tuvo una muerte terrible. El autor de *Drácula* perteneció a una famosa sociedad secreta, la Hermetic Order of Golden Dawn, muy interesada por el vampiro ficticio, no por el vampiro real, de carne y hueso, mucho más desagradable y peligroso. Se asegura que Stoker murió delirante y febril, creyendo ver a su propio personaje a los pies de su cama, en una pensión de mala muerte: allí estaba aquel personaje de capa negra, casi galante, con sus dos colmillos dispuestos a sangrar su yugular… Su invención romántica acabó apoderándose de su imaginación en sus últimas horas de vida, y cuentan que Bram Stoker se levantó de su lecho en el último momento y, señalando hacia una esquina de la pobre habitación, gritaba aterrado: *«Strigoiu, strigoiu!»* (¡Vampiro, vampiro…!). Y se asegura que el húngaro Bela Lugosi, uno de los actores que con más fortuna encarnó a Drácula, el terrorífico actor que dio forma al *Nosferatu* (1921) de F. W. Murnau (Max Schreck) o el mismísimo Christopher Lee, que lució en muchas ocasiones la capa del vampiro, acabaron sus días enredados en la locura del personaje que habían asumido.

Un vampiro medieval en Cataluña

Lo común, cuando de vampiros se trata, es referirse a Vlad Tepes, *el Empalador* (véase el capítulo «Drácula»), un sanguinario príncipe valaco del siglo XV. «Hacía enterrar a sus enemigos hasta el ombligo», recuerda Juan Antonio Molina Foix en su edición de *Drácula* (1993), «y después hacía disparar contra ellos […]. Hacía ensartar a la gente y, si se movían demasiado, empalaba también sus manos para impedir que gesticularan. Hizo hervir vivo a un gitano que había robado y obligó a comérselo a su familia, que había acudido a reclamar. […] Colgaba a la gente de los cabellos. Hacía decapitar a sus enemigos e invitaba a comer sus cabezas a otros enemigos, a los que hacía decapitar después de la comida». La lista de fechorías del voivoda Vlad Tepes es interminable. Éste parece ser el referente del Drácula romántico.

Sin embargo, desde el punto de vista histórico, no era exactamente un vampiro, un no-muerto. En Cataluña aún se cuenta una historia de un verdadero vampiro, un ser que purga sus penas en una existencia como no-vivo y no-muerto, un ser que se alimenta de los espíritus vitales de los hombres…

Se habla de diferentes nombres: el conde Estruch, Guifredo Estruch o Arnali Strucions. Según la historia, parece que las tres identidades se corresponden con un

solo hombre. Los historiadores aún discuten la verosimilitud de esta historia. El gran folclorista catalán Joan Amades estaba convencido de la existencia real de ese conde vampiro; otros, por el contrario, niegan que ese personaje viviera en realidad o, al menos, discuten su leyenda, como Antonio Egea Codina. Ambos aportan datos o sugieren la carencia de ellos para corroborar sus opiniones. Dejémonos llevar por esta historia tan hermosa como dramática.

Al parecer, el conde Estruch vivió en torno a 1212, o se conoció su vida y su historia en 1212, época de la batalla de las Navas de Tolosa, y se convirtió en un personaje terrorífico y en una maldición después de su muerte. Toda una comarca de Cataluña estuvo bajo su siniestra influencia. Miguel Gómez Aracil, autor de numerosos libros, investigó profundamente esta historia y comentaba así la existencia de este «Drácula antes de Drácula»: «El conde Estruch fue un noble, un guerrero que participó en el año 1212 en la batalla de las Navas de Tolosa, a las órdenes del rey Pedro de Cataluña y Aragón, entre los muchos extranjeros procedentes de Centroeuropa que acudieron a la llamada de los cristianos. Este señor feudal y aristócrata se puso a las órdenes del rey y destacó en aquella batalla, por lo cual el monarca le entregó un feudo en la zona del Alto Ampurdán, muy cercana a Figueras, en Sallers. Y allí se instaló y allí se casó. Al parecer fue todo un modelo de señor, que ya era raro en la época. Pero antes de morir, cometió un error: quemó a unas brujas o, al menos, a unas mujeres que decían que eran brujas, y fue maldecido. A partir de esa maldición, se dice que el conde Estruch empieza a aparecerse a la gente del Alt Empordá, sembrando el terror por toda la comarca».

Esto ocurre muchos años antes de que naciera el célebre Vlad Tepes y mucho antes de que el romanticismo recuperara su figura mítica, a partir de la cual se populariza la imagen del vampiro de leyenda.

El conde Estruch muere en 1238. ¿Qué verosimilitud puede darse a esa maldición vampírica? Quienquiera que fuese ese conde Estruch, aparentemente está enterrado: existe su tumba, aunque quizá él no esté allí… ¿Por qué aún se recuerda con terror al conde Estruch? En su tiempo, ya se le identificaba como una figura de las tinieblas, vistiendo una especie de capa o de sayo o de sotana… Parece que en él se reunía la historia dramática del vampiro siempre solitario y siempre atormentado.

Miguel Gómez Aracil describía así la historia de su muerte y de su *otra* vida: «Cuando el conde Estruch muere, es un hombre muy querido por el pueblo, porque no hacía uso del derecho de pernada ni pasaba a sus súbditos por el cuchillo o la horca. En cambio, al morir maldecido, se asegura que empieza a aparecerse a los lugareños y empieza a recorrer la zona del Alt Empordá, empieza a atacar a la gente, les absorbe la sangre, les absorbe la energía, los mata, va sembrando la muerte por donde pasa… Se enviaron soldados y tropas para combatirlo, pero sin fruto positivo. Hasta que se envía a un individuo peculiar. Se supone (al menos la tradición así lo dice) que ese hombre destinado a acabar con el vampiro no era un sacerdote católico, sino un cabalista judío, posiblemente procedente de uno de los *cais* (judería) que

había en Besaba o en Castelló d'Empúries. Dice la leyenda que mediante un ritual mágico, lógicamente desconocido, lo pudo devolver a la tumba y consiguió que dejara de ser un no-muerto para descansar en paz».

Ésta es la leyenda del conde Estruch.

La historia real y la vida real, como siempre, son más duras y más crueles.

A continuación se propone una historia real, ocurrida aquí, en España, en los albores del siglo XX. Esta historia está compuesta de retazos crudos y truculentos, pero tan viva y tan nítida como las fotografías de esos niños aterrorizados de Barcelona. Son los vampiros españoles, de carne y hueso, que devoraban a sus víctimas, succionaban su sangre, destrozaban sus miembros y vendían sus restos en las lujosas mansiones de las zonas residenciales…

La vampira de Barcelona

A principios del siglo XX, en Cataluña, había unos personajes, mitad legendarios y mitad reales, llamados *saginers*. Son los sacamantecas catalanes (véase el capítulo «Sacamantecas»). Las investigaciones de Miguel Aracil o Sebastiá d'Arbó recuerdan que en la Cataluña industrial existía un fructífero negocio de vísceras y cuerpos humanos. Los huesos, los dientes, el pelo o la grasa de las personas —fundamentalmente niños de las barriadas pobres— servían a las necesidades de la nueva maquinaria y a los caprichos o supersticiones de las clases pudientes. Estas prácticas eran, en cierta medida, comunes, y los nazis hicieron lo mismo en los campos de concentración con sus víctimas judías: fabricaban jabón o manufacturaban cuero de piel humana, además de todo tipo de tropelías y monstruosidades. En España, en la primera década del siglo XX, se hacía de un modo más sórdido. Se hablaba de figuras que portaban capazos o que guiaban carros que se conocieron después como los «carros de la muerte» y que dieron origen a una leyenda urbana, y que secuestraban niños. La grasa de los niños, empleada en la maquinaria textil y en el ferrocarril, los huesos y el pelo no eran los únicos materiales «reutilizables»: «Les quitaban la sangre», dice Sebastiá d'Arbó, «la sangre se utilizaba, al parecer, para hacer transfusiones a la gente que padecía tisis. Generalmente eran gentes enfermas de la nobleza y como la endogamia es habitual entre ellos, no había renovación de la sangre… En fin, con esas transfusiones creían que podían curarse».

En Cataluña se daba una particularidad: había mujeres envueltas en este truculento negocio. Eran mujeres que traficaban con niños de corta edad, de cinco, seis o siete años, en diferentes barriadas de la Ciudad Condal. A veces los agrupaban en sótanos y casas, donde los guardaban a la espera de nuevos negocios. Se descubrieron algunas casas donde se encontraron hasta seis y siete niños juntos: estaban siendo cebados con patatas y maíz, para luego ser sacrificados.

Ángel Gordón, otro especialista que en la década de 1970 hizo algunos de los

reportajes más interesantes sobre este tema, ahonda aún más en esta historia: «En Cataluña y en Levante, durante la posguerra, estuvieron muy de moda los famosos pasteleros, tal y como se llamaban en esa parte; en Castilla se llamaban mantequeros. Eran personajes terroríficos. En realidad, no se trataba de gente enferma, sino de mala gente, verdaderos malvados que se dedicaban a matar a otros para entregar la sangre a personajes ricos, por ejemplo. Por dinero eran capaces de todo: eran capaces de secuestrar, matar y descuartizar».

Entre las historias relacionadas con los *saginers*, los buscadores de grasa de Cataluña, provocó enorme revuelo la noticia que saltó a la prensa a finales de febrero de 1912…

Josep Assens era un guardia urbano que el 27 de febrero de 1912 recorría la calle Ponent de Barcelona haciendo su ronda habitual. De pronto, avistó a una mujer alterada, una mujer que venía sofocada calle arriba y que le decía que acababa de ver a una niña rapada casi al cero que se asomaba por un ventanuco y que parecía pedir ayuda… Supuestamente, aquella casa estaba deshabitada. Josep Assens llamó a los cabos Ribot y Mendiola y los tres se personaron en el número 10 de la calle Ponent. Abrió la puerta una mujer hosca, de unos 40 años, desaliñada, de cuerpo deforme y gigantesco, ataviada con una especie de mantón. Los policías le preguntaron cuál era su nombre.

—Enriqueta Martí Ripollés —respondió.

Desde unas semanas antes, la prensa catalana hablaba de los ladrones de niños, de desapariciones y de secuestradores. Parece ser que la pista había sido buena: en la casa no había una sola niña, sino varias.

La niña que aparentemente pedía auxilio desde el ventanuco de aquel edificio se llamaba Teresita Guitart. Tenía siete años. Había podido esquivar a aquella horrenda mujer y había logrado encaramarse a una pequeña ventana con el fin de llamar la atención de la gente que transitaba por la calle adoquinada. Teresita Guitart es la niña que aparece en la portada del *Abe* con la que comenzábamos esta historia. Era una niña que iba a ser sacrificada, que pudo ser recuperada por la policía para sus padres y que abrió una de las historias más siniestras de Cataluña.

Sebastiá d’Arbó tuvo la posibilidad de hacer la última entrevista a Teresa Guitart, fallecida recientemente a la edad de 85 años. D’Arbó recuerda que, al hablar de aquello, Teresa Guitart volvía a ser nuevamente la niña Teresita Guitart, aterrorizada y atemorizada para siempre. Era un miedo constante, que no se olvida jamás. «Toda la vida tuvo miedo», afirma Sebastiá d’Arbó, «cuando yo la conocí, aún sentía el impacto de aquellos hechos y recordaba cómo aquella criminal iba matando a los niños, a sus compañeros de cautiverio…».

La niña fue secuestrada el 10 de febrero de 1912. Estaba con su madre en un mercado, en mi lugar que se llamaba La Paloma. Los mercaderes, comerciantes, clientes y viandantes se mezclaban en febril ajetreo, y de repente, una mujer gigantesca, embozada en ropajes negros, la coge y se la lleva. La madre corrió detrás

de aquella oscura figura, pero ésta desaparece en medio de la multitud… La madre tuvo la impresión de que había personas que le entorpecían el paso y que, casi descuidadamente, impidieron que pudiera alcanzar a la mujer que se había llevado a su hija…

Teresita Guitart permaneció diecisiete días secuestrada, en un lugar impreciso de Barcelona, trasladada a distintos lugares, hasta que la liberó la policía.

D'Arbó asegura que aquella mujer tenía una doble vida: era pedigüeña por las calles de Barcelona y mendigaba pan por caridad; pero «por la noche venía a buscarla un carruaje con caballos de lujo y se la llevaba a una mansión *del señor barón*, en un castillo, y allí intervenía en las fiestas de la alta sociedad, muy bien vestida… Allí podía vender sus artículos, sus pelucas, sus pegamentos, sus sangres, hasta las muelas de sus víctimas».

Enriqueta Martí Ripollés, por tanto, era una mujer elegante, con el pelo corto y ondulado, como se llevaba en la época, y lucía ropajes aristocráticos, un abrigo cosido con telas e hilos finos, y un vestido de alta costura. Sin embargo, esta mujer parecía una mendiga cuando se acercó a Teresita Guitart con el objetivo de llevársela. La habían visto en los comedores de beneficencia y negociando con gentes de la peor ralea, individuos que, como ella, se ocupaban en el tráfico de niños y de órganos. Éstos eran los verdaderos vampiros, los verdaderos hombres del unto, los verdaderos *saginers*, tan históricos y reales como malvados y siniestros. Así era como aquella pordiosera se transformaba al llegar la noche: un fastuoso carro tirado por corceles negros la llevaba, engalanada con los mejores ropajes, a las mejores casas, y allí la vampira de Barcelona vendía su particular recetario.

Enriqueta Martí no pudo explicar por qué tenía a aquellas niñas en su casa, y tampoco pudo ofrecer una solución convincente al hecho de mantener a un niño muerto, con los brazos en cruz, encima de la cama.

La mujer es recluida inmediatamente, a la espera de juicio, en la antigua cárcel de mujeres de la calle Reina Amalia. Y entonces se empiezan a conocer hechos que nadie podía imaginar. Hubo un primer registro de su domicilio, y en ese piso de la calle Ponent hay varios elementos sorprendentes. Los policías encontraron dentro de un armario varios huesos pertenecientes a niños de entre cuatro y seis años, varios mechones de pelo rubio, un traje de primera comunión y, según dice el informe policial textualmente, «dentro de un saco, debajo de una cama, ropas, y en el fondo de éstas, huesos de un niño de poca edad. En un cuartito anexo, con unas velas, decenas de frascos de cristal llenos de sangre coagulada. Junto a éstos, recetas extrañas escritas en varios papeles y fórmulas químicas, y junto a ellos, diversos libros de brujería y hechicería». Éste es el documento judicial redactado por los cabos Ribot y Mendiola en febrero de 1912 en Barcelona.

Rápidamente empieza a investigarse a esta siniestra mujer, desconocida en el sistema judicial barcelonés, pero bien conocida por la alta y baja sociedad. Tenía muchos contactos: mendiga de día, aristócrata de noche. Acostumbrada a dos mundos

diferentes, negociaba con ambos y obtenía beneficios de la miseria. Esta «mendiga» tenía varios pisos a su nombre y en ellos, evidentemente, empiezan los registros a fondo y las inspecciones de la policía. Y el inventario que se va construyendo es sencillamente aterrador…

Al mismo tiempo, en esa celda aislada, rodeada de presas que la querían linchar, porque también eran madres y algunos de sus hijos habían desaparecido, esta mujer sufre varios desmayos. Está muy pálida y asegura a su vigilante, e incluso al propio juez, Fernando Prat, juez de instrucción número 3 de Barcelona, que necesita algo para beber, que necesita algo para recuperar su vigor, porque si no, se muere: ¡necesita… sangre!

En la calle Picalques, en uno de los pisos de su propiedad, residía una pobre mujer que se lo había alquilado a la mendiga. Por supuesto, ella no conocía a ninguna mendiga, sino a una señora de la altísima sociedad catalana. Entran los policías con pico y pala, y debajo de la vieja pila de agua, los policías hacen un agujero: aparece un niño emparedado. En la calle Jocs Floráis número 155 aparece el cadáver de un niño dentro de un colchón. En ese piso había una lista con varios nombres de personas que jamás salieron a la luz. ¿Eran los compradores, los clientes, gente de la alta sociedad, gente implicada en ese terrible negocio de la vampira de Barcelona?

En un documento judicial firmado el 13 de marzo, tras una serie de careos y declaraciones, interviene con llamamiento público el mismísimo alcalde de Barcelona, el señor Sostres, ante el pánico que había provocado entre la población la presencia de una criminal semejante. Decenas de hombres y mujeres de la clase obrera parecían prontas al motín, cargando contra la policía y arrojándoles objetos: en el fondo, consideraban que eran los ricos quienes estaban robando a sus hijos. Esta mujer habría sido la intermediaria de los vicios, de las enfermedades, creencias y depravaciones de las personas pudientes. Es una auténtica lucha social que se produce en torno a esa cárcel donde agoniza Enriqueta Martí. El alcalde pide calma y trata de contener a la multitud.

El juez Prat redactó el auto judicial, en el que se precisaba lo siguiente: «Queda demostrado que Enriqueta Martí Ripollés, de cuarenta años, empezó su carrera delictiva antes del año 1912. Concretamente, el 2 de febrero de 1908, Enriqueta se hace con su primera presa, una niña de dos meses, sin nombre, hija de Manuela Fuster y Blas Castellano, actualmente desaparecida. Que los restos de la calle Tallers corresponden a José Expósito, de dos años, desaparecido. Que Alejandro Pújalo, de dos años, fue asesinado por esta mujer. Que otro niño sin identificar fue también muerto en la casa de Ponent, donde sólo se encontraron sus restos junto a un pequeño uniforme del Liceo Políglota. Que Juanito, de apellido desconocido y de cinco años de edad, era el niño muerto al que se llegó a ver [al que llegaron a ver los policías]; y la niña secuestrada, Teresa Guitart. Que entre el 24 y el 27 de febrero del año 1912 se raptó a otro niño de cinco años, de nombre José, y cuya filiación está por confirmar. Que otro crimen fue el realizado contra el niño Benedicto Messeguer, de seis años.

Lo mismo ocurrió con otro chiquillo, misma edad, Benito Claramont, y que por último Angelina y Teresa Guitart fueron salvadas tras haber sido secuestradas para el mismo fin».

Según los tres forenses que participaron en este caso, éstas no eran las únicas víctimas y el número de muertes podría haberse multiplicado por tres prácticamente sin ninguna duda.

Dicen que un día antes de que se celebrase su juicio, Enriqueta Martí se intentó cortar las venas con una cuchara de madera. Es difícil penetrar en la mente criminal de esta mujer. Pero quizá estaba convencida de que había personas que no permitirían una declaración pormenorizada. ¿Qué fue de aquel listado de personas influyentes que se encontró en uno de sus domicilios? Miguel Gómez Aracil también se plantea estas preguntas: «Ella era la asesina, ella mataba a los niños y les sacaba la sangre y las mantecas y las vendía. Pero detrás… ¿quién estaba? Estoy convencido de que era gente de altísimo poder adquisitivo, de la alta burguesía catalana: ¿los mismos que… la mataron? La muerte de Enriqueta Martí no está clara. Lo que es cierto es que alguien entró en la cárcel… o quizá fueron las mismas presas o un sicario. Fue una muerte rara… tan rara como fue su vida».

Una vida extraña, una vida doble, a medias entre la prostitución, las orgías, la pederastia, los vicios sexuales y las supersticiones médicas.

Enriqueta Martí fue despedazada en el patio de la cárcel… ¿por un sicario? En el informe forense no queda claro si fue acuchillada, si le pegaron un tiro… También se asegura que ya estaba muerta cuando fue linchada, que había sido envenenada… Lo que está claro es que se ensañaron con su cadáver, apaleada como un pelele por las presas.

Como se ha indicado, hay teorías que dicen que acabaron con ella los propios aristócratas, la sociedad pudiente de la época, para que no declarara en el juicio ni pudiera dar nombres contra ellos. La teoría de la conspiración se hace fuerte porque aquella lista encontrada en el piso de la calle Jocs Floráis se perdió y los nombres que aparecían en ella nunca se divulgaron. Los periódicos que durante tres meses siguieron la historia, como el *Abe* o *La Vanguardia*, se hacen eco de este problema de ocultamiento. A un así, las acusaciones corrieron de boca en boca y hubo personas a las que se señaló por haber comprado pomada de huesos de niño y ungüentos de sangre fresca a Enriqueta Martí.

Los temores y el miedo no acabaron con la extraña muerte de Enriqueta Martí. Ella era una criminal y una asesina, pero la sangre no era sólo para ella… En los brillantes salones de Barcelona, en los palcos del teatro, en los bailes y en los palacios había personas que aún necesitaban sangre. Por esa razón, las gentes de las barriadas pobres vigilaban a sus niños, mientras un mendigo cantaba en las esquinas:

Con dolor y sentimiento,
les vamos a relatar

el hallazgo de una niña,
la niña Teresita Guitart…

Los vampiros y los locos

Pero si hablamos de vampiros, quizá sea necesario inspeccionar brevemente las causas fisiológicas que llevan a determinadas personas a buscar sangre a cualquier precio. En principio, parece darse en algunos individuos esa necesidad cerval de sangre. Y, para explicarlo, se ha hablado de la porfiria, un síndrome metabólico que, entre otras consecuencias, influye en la fotosensibilidad del paciente. Hoy, la porfiria puede ser identificada y tratada, pero en la Edad Media, por ejemplo, un enfermo de porfiria era lo más parecido a un poseído por el demonio. Sin necesidad de acumular palabras de difícil comprensión, la porfiria —o, más comúnmente, el llamado «mal de los vampiros»— ha estado presente en todas las épocas. La enfermedad, dicen algunos doctores, podría ser la explicación lógica a lo que llamamos vampirismo, porque las personas sufren una serie de anomalías que se presentan ya desde la primera infancia. Dicen que las manifestaciones iniciales son, en los bebés, orina rojiza y que se muestran especialmente sensibles a la exposición solar. Dado que esto ocurre tanto en la porfiria como en la rabia adquirida por mordedura de un animal, sea un murciélago, sea un perro, y ocurre en todos los casos, también se ha considerado el vampirismo como una especie de rabia humana.

El vampirismo, al parecer, también se manifiesta con otros síntomas. Muchas veces se dan crisis neurológicas, crisis emocionales constantes, desdoblamientos de personalidad, parálisis en extremidades y, muchas veces, crecimiento de pelo en lugares inverosímiles, lo que podría ser hipertricosis. La porfiria, unida a la hipertricosis, pudo ser el origen de ciertos ajusticiamientos en la hoguera como hombres-lobos o bestias peligrosas.

Por otro lado, la rabia es una enfermedad que se da en algunos animales muy concretos y que se transmite por mordedura al hombre. Ese virus se inocula por medio de la saliva y puede generar horror al agua, hidrofobia, y también, curiosamente, a objetos brillantes.

En los siglos XV y XVI, en Europa del Este empieza a extenderse el rumor popular según el cual algunos elementos, como una cruz de plata, podían espantar a las personas que sufrían estas enfermedades (porfiria o rabia), que se consideraban cercanas al vampirismo o se identificaban con él. Tal vez estos enfermos —fisiológicos o psiquiátricos— sólo necesitaran una atención más detenida… pero eran siglos oscuros y el pueblo los consideró vampiros: los quemó, los incineró, los empaló y realizaron sobre sus cadáveres toda suerte de ceremonias para que permanecieran al otro lado de la vida para siempre.

Y también se ha utilizado la voz «hematodixia», literalmente, «necesidad de sangre», para explicar una tendencia poco conocida y, afortunadamente, rara. Ángel

Gordón dio a conocer —con toda su polémica— esta dolencia, esta enfermedad llamada hematodixia cuyo síntoma principal es la necesidad de ingerir sangre humana o animal en grandes cantidades: «Se trata de personas que necesitan ingerir sangre aunque sea a través de alimentos. Llegamos a pensar incluso que esa enfermedad podía ser de origen psíquico, pero parece ser que, en muchos casos, necesitan ingerir sangre desde el punto de vista fisiológico. En su día, hicimos análisis a algunos de ellos y tenían una capacidad globular impresionante».

¿Esta dolencia es un mito?

Lo cierto es que hasta bien entrada la década de 1980 se podían ver procesiones de gente en los mataderos en busca de sangre. «Algunos comerciantes y carniceros de algunos mercados de Barcelona me han dicho que hay personas que van a primera hora de la mañana para ingerir los restos de sangre de las bandejas, de las vísceras… Es asqueroso», dice Gordón. «Eso sigue ocurriendo».

Las sectas satánicas y sus ritos, como beber sangre, tienen más relación con las paranoias y otras enfermedades mentales que con el verdadero vampirismo. En algunas sociedades se llenan huevos con sangre humana y se consumen en ceremonias de vudú. La sangre es un elemento primordial en todas las culturas y el hombre la consume para buscar su hipotético poder. También se habla de los vampiros psíquicos, que absorben toda la energía de aquellos que se encuentran a su alrededor.

En la década de 1970, José Antonio García Andrade, el más prestigioso forense español, tuvo que tratar a un vampiro, sin capa y sin colmillos, pero con una auténtica sed de sangre: «Era un muchacho relativamente joven, con poca dotación intelectual, y se dedicaba a pinchar a las mujeres porque le gustaba succionar su sangre. Era curioso. Era un chico que disfrutaba y tema especial satisfacción en succionar la sangre de sus víctimas. Es el único caso de vampirismo que yo he conocido».

Ataúdes

Dice Bram Stoker en su inmortal novela que el conde Drácula, dentro de su ataúd, se hizo embarcar en una goleta llamada *Démeter* (nombre de una diosa griega tradicionalmente asociada a la muerte) y así llegó a las costas de Inglaterra, en medio de una formidable tormenta.

Es ficción.

Pero he aquí otra historia: a mediados de la segunda década del siglo XX —unos hablan de 1915 y otros de 1919— llegó al puerto de Cartagena un ataúd de un noble serbio. Es el caso del ataúd maldito.

Ese siniestro objeto llegó un día al puerto cartaginés y fue reclamado desde A Coruña, y así empezó un largo viaje sembrado de muertes. Manuel Montero de Espinosa siguió este asunto y aseguró que llegó a Santillana del Mar y, por medio, en distintas poblaciones, fue dejando gente desangrada y gente que fallecía cuando lo

custodiaba en oficinas de correos y en las estaciones de su pestífero recorrido.

Esta historia salió a la luz en 1983, cuando Miguel Gómez Aracil conoce la investigación de un abogado toledano en la que se hace referencia a un ataúd que llegó al puerto de Cartagena. Allí estuvo en depósito varios días hasta que, como se ha dicho, fue reclamado por un hombre de A Coruña. Se trasladó el féretro, por carretera, haciendo varias paradas en diferentes localidades. Y a los pocos días se comienzan a producir casos de vampirismo en aquellas localidades por donde ha pasado el féretro, como en Alhama de Segura, Almería, Toledo, Santillana del Mar, Comillas y, por fin, en A Coruña.

Miguel Gómez Aracil comenta esta singular historia: «La verdad es que se parece mucho a la historia de Bram Stoker. Ese ataúd, por razones que nadie sabe, recorre toda España y se dirige al norte. Por donde pasa este ataúd se va dando una serie de muertes en extrañas circunstancias, por desfallecimiento, por anemia, y también se producen apariciones y extraños sucesos. Cuando llega a la costa cantábrica, misteriosamente, lo devuelven hacia el sur. Este ataúd, al parecer, volvió a Cartagena, donde fue enterrado en un cementerio cercano a la ciudad; aún hoy puede verse una tumba de gran tamaño con una calavera esculpida y, además, con un murciélago un tanto especial. Se supone que allí fue enterrado este noble de Centroeuropa. El misterio está en que en los lugares que fue recorriendo por España fue dejando esa impronta de muerte».

Con el Drácula de Stoker viajaban la peste y las ratas, y llegaba desde su oscuro castillo dispuesto a expandir su mal. ¿Ocurrió lo mismo con este caso? Curiosamente, el director de la aduana del puerto de Cartagena asegura que esta historia podría ser cierta, pero no hay datos, porque los documentos de aquella época se quemaron. No puede certificarse esa historia. ¿Leyenda o realidad?

Lo que no es leyenda es algo que sucedió más cercano en el tiempo, en la batalla del Ebro, escenario trágico de la historia de España. Según Sebastiá d'Arbó, en esta batalla hubo un recrudecimiento de esos movimientos de sacamantecas que ya parecían mitigados. Si hay una fecha decisiva en la que actuaron estos *saginers* y tíos del unto, fue entre 1910y 1915,en Cataluña. Luego se mitiga, pero después, con la Guerra Civil, según d'Arbó, se reverdecieron los finos instintos de los sacamantecas.

«En toda la zona del Ebro, donde se produjo la famosa batalla del Ebro, hubo muchas muertes y hubo mucha gente con heridas que necesitaba sangre, y hubo muchas infecciones. Una de las formas de paliar esto era comprar sangre a esos vampiros y me encontré en el sur de Cataluña y Teruel con gente que recuerda esas historias con motivo de la batalla del Ebro».

Cómo acabar con un vampiro

Los ajos no son la solución.

La solución es la información y el conocimiento. Y el conocimiento pasa por no

ignorar que en todas las sociedades y en todas las culturas y en todos los tiempos se han dado casos de vampirismo. Desde luego, no son tan elegantes como Drácula, pero quizá sean más peligrosos.

Brucolaco, luttn, strigoiu, upiro o vampiro: muchos nombres para un mismo fenómeno. Él es el ser pálido y tétrico que huye de la luz, el individuo monstruoso que vive entre tinieblas, el que ha provocado fantasías, novelas, películas y también desgraciados casos reales. Ellos hicieron historia: hay quien prefiere olvidarlo, pero ese olvido sólo perpetúa el miedo.

A partir del siglo XIV comenzaron a producirse espectaculares manifestaciones vampíricas que, además, coincidían con las grandes epidemias de peste. Para evitar el contagio, los cuerpos se enterraban precipitadamente, muchos de ellos sin certificar la muerte clínica, por eso en los días posteriores al fallecimiento muchos de aquellos cuerpos se hallaban completamente ensangrentados en sus panteones. Pero la sangre no se debía a la visita de ningún vampiro, sino al hecho de haber sido enterrados vivos: al intentar escapar del ataúd o de las criptas, las manos y las uñas estaban destrozadas y su cuerpo, ensangrentado.

Las epidemias y las pestes no son cosa exclusiva de la Edad Media. La última peste importante aconteció a finales del siglo XIX. García Andrade recuerda que precisamente en esta época comenzó a formalizarse el rito de «clavar una especie de estaca de madera en el corazón de los muertos», para evitar que se convirtieran en vampiros.

Por desgracia, la historia del vampirismo no ha concluido. En 1972, una noticia recorrió el mundo: en una zona del sur de Rusia, entre Rumanía y Valaquia, hay una población que llevó a cabo un ritual estremecedor. Lo publicaron todos los periódicos del Este, aunque apenas se recogió en los diarios occidentales. Al parecer, en ese pueblo organizaron una comisión oficial para estacar, decapitar y quemar 135 cadáveres que reposaban en el cementerio de la localidad.

Parece que aún seguimos demasiado cerca de las sombras de los vampiros.

Garrote vil

«Yo, señor, no soy malo, aunque no me faltarían motivos para serlo».

Camilo J. Cela, *La familia de Pascual Duarte*.

El 3 de marzo de 1974, hace más de treinta años, el popular semanario de sucesos *El Caso*, abría su portada con dos fotografías impactantes. Uno de los personajes era Salvador Puig Antich, un anarquista. A su derecha se encontraba un supuesto vagabundo, un criminal que había atentado contra un miembro de la Guardia Civil. Su nombre: Heinz Chez. Debajo, a grandes tipos, un titular: «Ejecutados».

Efectivamente, en marzo de 1974 giraba por última vez la manivela del garrote vil para poner fin a la vida de esos dos hombres.

Mientras aquellos dos desgraciados esperaban su hora, el mundo seguía girando: estaba a punto de iniciarse el Mundial de Fútbol de Alemania, donde triunfó Beckenbauer, sonaban ya los grupos musicales del verano, preparándose para la época estival, y se vivía en España lo que se llamaba «el espíritu aperturista» de los últimos meses del régimen franquista.

¿Quién era Salvador Puig Antich?

El 2 de marzo de 1974 a las nueve y cuarenta minutos, Salvador Puig Antich fue agarrotado en el patio de la Cárcel Modelo de Barcelona. Tenía 26 años de edad. Antich pertenecía al MIL, Movimiento Ibérico de Liberación, una organización cuyo objetivo era conseguir «la liberación de la clase obrera». Esta organización realizó más de treinta atracos entre 1971 y 1974. Los llamaban «expropiaciones» y destinaban el botín a apoyar las huelgas obreras. Se trataba en realidad de una banda y se enfrentó frecuentemente con la policía, pero en ninguno de ellos hubo muertos. Hasta el 25 de septiembre de 1973. Ese día son detenidos Salvador Puig Antich y Xavier Garriga, junto al bar Funicular, que se encontraba en la esquina de las calles Girona y Consell de Cent, en Barcelona. Allí tuvieron un encuentro con las Fuerzas de Seguridad y hubo un tiroteo, en el que resultó muerto el policía Francisco Aguas, con cinco disparos en el cuerpo. Puig Antich recibió dos disparos, uno en la boca y otro en el hombro. Los días 7 y 8 de febrero de 1974 se celebró el Consejo de Guerra donde se condenó a Puig Antich a pena de muerte. El Consejo de Ministros del 1 de marzo confirma la pena y el 2 de marzo es ejecutado.

Este crimen levantó una oleada de protestas y se consideraba que era un ajusticiamiento político. Las autoridades franquistas se ocuparon de que Salvador Puig Antich apareciera en la prensa junto a un vagabundo, al lado de un criminal convicto, un verdadero asesino.

¿Quién era Heinz Chez?

Nadie.

Tal vez sorprenda la respuesta, pero Heinz Chez no era nadie. Sin embargo, en esta historia no hay nada de paranormal: es Historia, rotunda y fría, pero también llena de misterio.

En un vestíbulo de la cárcel de Tarragona se ejecutaba a ese vagabundo. Era un pordiosero, un criminal que había matado a un guardia civil en el bar del *camping* Cala d'Oques, en el término municipal de Vandellós. Se le juzgó, se le condenó y se le ejecutó. Eso era todo… ¿o no?

El sacerdote Juan de la Cruz Badell, que vivió las últimas horas con el vagabundo de mirada casi felina, de aspecto sucio y desastrado que aparecía en la portada de *El Caso*, recordaba que «cuando le vinieron a decir que le confirmaban la sentencia y que sería ejecutado, un estremecimiento recorrió todo su cuerpo, naturalmente. Y no opuso resistencia cuando le pusieron las esposas. Le iban a tapar la cara, pero él prefería morir con la cara descubierta, sobre todo, para sentir la compañía de los que estábamos allí. A mí me dio un abrazo, me dio un beso y yo le indiqué: "Hasta el cielo…". Porque estaba seguro de que Dios Nuestro Señor lo acogería con los brazos abiertos».

Y aquí debería haber concluido la historia.

Pero no fue así.

Oficialmente, hasta hoy, Heinz Chez era un vagabundo polaco. Nadie sabía por qué estaba en España, nadie sabía por qué tenía un pasaporte falso, nadie sabía por qué entró en aquel bar y descerrajó su escopeta recortada cuando apareció un miembro de la Guardia Civil. Al parecer, increpó al miembro de la Benemérita en una lengua extraña y luego, simplemente, disparó. Todo eran misterios en torno a aquel hombre. Sin embargo, junto al anarquista ejecutado en el que se centraban todas las miradas, estaba ese reverso de la Historia. Heinz Chez apareció como una sombra, como un espectro, como un fantasma, como un paria sin tierra. No hablaba con nadie. En el tiempo que estuvo en la cárcel, apenas se comunicó con nadie. Y nadie reclamó su cadáver. Después de treinta años, sus huesos reposan en una fosa común del cementerio de Tarragona. Allí acabaron, bajo tierra, los restos de ese último enigma judicial del tardofranquismo.

«En Tarragona, a 2 de marzo de 1974.

»El Consejo Supremo de Justicia Militar ratifica la condena de pena de muerte e informa de que a las nueve y cuarto de la mañana ha sido ejecutado el súbdito polaco que responde a la identidad de Heinz Chez, de 33 años. Enterado el Gobierno, el procedimiento fue realizado por medio de garrote vil en un vestíbulo de la prisión. Los restos mortales del reo, no reclamados por persona o entidad, serán depositados en la fosa común del cementerio municipal».

La muerte de nadie

La oscura historia de Heinz Chez no daba para mucho más. Durante treinta años, todo lo que se supo de él era lo que se ha transcrito arriba, con algunas notas más o menos vagas y más o menos reales.

Y fue así hasta que un grupo de investigadores encabezados por Joan Dole, director y guionista, y ante todo con la increíble labor de rastreo y documentación del periodista valenciano Raúl Riebenbauer, quiso saber qué fue de ese vagabundo, el último ejecutado en España, del que nadie sabía nada. Heinz Chez podía ser un fantasma, pero hasta los fantasmas tienen su propia historia. Y esa historia se convirtió en el magnífico documental *La muerte de nadie. El enigma de Heinz Chez*, un trabajo de cuatro años que sobrecogió a los espectadores, especialmente porque en él descubrían la impresionante cortina de humo que desplegó el régimen franquista en sus últimos años. «Llegó a nuestras manos la única copia que había del sumario», decía Joan D0I5. «Era una copia mutilada, con datos dispersos que nos dieron a entender que podríamos llegar a conocer la verdadera identidad de este hombre. Era, por decirlo así, un asunto pendiente, que estaba ahí… flotando en la memoria colectiva de todos los que vivimos aquella época. Era uno de los grandes misterios judiciales del tardofranquismo, de la historia reciente. Y era un caso tan extraño que no se había podido borrar a lo largo de tanto tiempo. Digamos que quisieron crear una víctima tan perfecta que nadie se la creyó, y siempre quedó como un caso abierto».

Se eligió a un hombre sin pasado y sin futuro para oscurecer la ejecución de Puig Antich, una ejecución muy polémica, porque era un ajusticiamiento político. Se colocó a su lado a un hombre con apariencia de vagabundo y criminal para que aquel crimen pasara como una ejecución de delincuentes.

La única foto que se distribuyó de aquel hombre misterioso fue la que apareció en *El Caso*. Tiene una especie de abrigo, con forro, un medallón, el pelo desgreñado, bigote y su mirada es realmente facinerosa.

No era cierto.

Habían manipulado la foto.

Pedro Costa, director de la mítica serie de televisión *La huella del crimen*, era reportero de *El Caso* en aquella época: «*El Caso* era el único periódico de sucesos que hubo en España hasta la muerte de Franco, desde 1952 hasta 1975. Tenía muchísimos contactos y muchísimas relaciones con la policía. Cabe pensar que esa fotografía la proporcionaron con la condición de que camuflaran la imagen y que no se pudiera reconocer claramente a ese segundo personaje. Yo creo que *El Caso* aceptaría con tal de publicar una foto de aquel individuo, aunque estuviera manipulada. Efectivamente, se nota que el pelo estaba hecho a mano y el bigote está pintado con tinta encima, es una manipulación horrible».

Le habían pintado un bigote, le habían pintado un pelo añadido, habían

deformado la foto. Pero el equipo de Joan Dole, encuentra la foto original. En ésta aparece un hombre repeinado; puede que fuera un asesino, porque atentó contra la vida de un guardia civil. En todo caso, luce un aspecto muy diferente al que se difundió en la prensa.

¿Por qué se manipuló la fotografía del último ejecutado en España con garrote vil? ¿Acaso para que nadie supiera quién era? ¿Quizá para que ni su propia familia descubriera que había muerto en España?

Joan Dole, director de esta espectacular investigación periodística, *La muerte de nadie*, nos habla de esa fotografía manipulada: «Sí, únicamente se repartió una fotografía, en aquel momento, y se publicó en *El Caso*. Yo no sé si la fotografía la retocó *El Caso* o la policía, pero la cuestión es que publicaron aquella fotografía ostensiblemente retocada. En aquel momento no se notaba tanto, porque los medios de reproducción no permitían advertirlo, como sucede ahora. Es una fotografía retocada que acababa de borrar la identidad de este hombre. Porque toda la operación fue una operación de "desidentificación" de este personaje. Para poder matarlo como un perro, le arrebataron todo rasgo humano, incluida su propia cara».

Es increíble, pero treinta años después, gracias a las pesquisas del periodista valenciano Raúl Riebenbauer, que incluso localizó a los familiares, sabemos que este Heinz Chez no se llamaba así. Su nombre era Georg Michael Welzel. Oficialmente, Chez era un vagabundo, probablemente un polaco apátrida; no tenía domicilio ni hijos; no tenía a nadie que fuese a ver el cajón que le servía de ataúd.

Pero Georg Michael Welzel no era polaco. Era alemán. Había huido de Alemania del Este y había viajado por Europa buscando una nueva vida lejos de la represión comunista de la República Democrática Alemana. El hecho de que nadie sepa por qué apareció en España y por qué disparó a un número de la Guardia Civil aún genera más dudas sobre el procedimiento judicial. En todo caso, Georg Michael Welzel tenía familia y tenía hijos. Eran alemanes. Y treinta años después se han enterado de lo que le sucedió a su padre.

Para explicar la manipulación, las mentiras y las trabas que rodearon este episodio se habló del conflicto entre la dictadura franquista y los países comunistas del Este, aunque la estructura política interior seguramente bastaría para arrojar luz a este tipo de corrupciones. Se dijo que si alguien supiera la verdad o reclamase el cuerpo, podrían producirse ciertos conflictos… así que no se concedió la menor posibilidad. Georg Welzel estaba acorralado, como un perro, y todo se hizo como se hacían estas cosas: rápidamente y a escondidas.

Sin embargo, Interpol sí supo quién era aquel hombre al que acababan de ejecutar en Tarragona. «En España se supo la verdadera identidad de este hombre al poco de iniciarse el proceso», asegura Joan Dole. «Lo supo la policía con toda la certeza, porque la Interpol le dio información detalladísima, pero lo escondieron y, a partir de ahí, no quisieron saber nada más, evidentemente. La familia y los hijos no lo supieron nunca».

Jordi Salva fue el abogado de Heinz Chez/Georg Welzel, pero a él tampoco le entregaron la ficha de Interpol donde se afirmaba con toda contundencia que aquel hombre que iba a ser ejecutado en Tarragona no era polaco, sino alemán de la República Democrática; y se añadía que era un huido, un prófugo o un apátrida, y que, desde luego, no se llamaba Heinz Chez, sino Georg Michael Welzel. Tenía mujer e hijos. Jordi Salva explica qué recibió de las autoridades: «El informe de Interpol que nos entregaron era negativo. Según aquel informe, el resultado de la búsqueda de Interpol era negativo: no habían encontrado nada respecto a Heinz Chez». Después de la ejecución, Interpol apartó el asunto y no volvió a ocuparse de él.

Ante el verdugo

A veces el garrote vil fallaba —por errores en el mecanismo, por la impericia del verdugo o por cualquier otra razón— y parece que en el caso de Heinz Chez así ocurrió. Es cierto que los verdugos no estaban muy entrenados, aunque hacían prácticas de ejecuciones en los patios de las penitenciarías. (Es una imagen casi irreal, digna de la España de espejos distorsionados: los verdugos engrasando las tuercas del garrote, para que no se oxide, y practicando ejecuciones con muñecos de paja…). Las palabras de Joan Dole son sobrecogedoras: «Hay personas que conocieron personalmente al verdugo que ejecutó a Heinz Chez y que, además, han estado custodiando el garrote durante todo este tiempo y llegaron incluso a describirnos en qué estado llegó ese instrumento siniestro al momento de la ejecución. Se lo pusieron, se lo sacaron, se lo volvieron a poner… Bueno, aquello fue un auténtico esperpento valleinclanesco, digno de la mejor tradición de la España negra».

Manuel Fran fue uno de los secretarios de aquel juicio sumarísimo que llevó a Heinz Chez a la muerte. En *La muerte de nadie* de Joan Dole, este funcionario valoraba cómo se había producido aquella esperpéntica ejecución: «Las circunstancias de la ejecución llevaron a una agonía lenta y terrible a Heinz Chez y no creo que nadie que lo viera, lo oyera o participara de algún modo en aquello quisiera recordarlo en el futuro. A los funcionarios de la prisión en aquel momento se les exigió un pacto de silencio y se comprometieron a no divulgar a nadie lo que había pasado aquel día en la prisión de Tarragona».

Probablemente rae una agonía horrible. Se le sentó en un garrote que no tenía el poste al que se debe unir la argolla. Esto es dramático, pero ocurría muchas veces: el verdugo anterior, designado como ejecutor de sentencias en aquella zona de Cataluña ya no estaba en activo, y el encargado de ejecutar a Chez era un verdugo novato, tan novato que no sabía que la argolla había que ponerla en un poste, fijarla y atornillar el aparato hasta asfixiar al reo o romperle las vértebras cervicales. Intentaron ejecutar a Heinz Chez varias veces sin conseguirlo, acoplando directamente la argolla en su cuello. Dicen que fue una agonía terrible.

Treinta años después de aquella farsa judicial y de aquella tortura, la familia de

Georg Welzel lo ha sabido todo gracias al trabajo de Raúl Riebenbauer, Joan Dole y su equipo. Todo ello puede verse en el magnífico documental citado, *La muerte de nadie* y en el excepcional trabajo de Riebenbauer: *El silencio de Georg* (RBA, Barcelona, 2005). Este equipo de periodistas contactó con la familia y la trajeron a Tarragona. Fueron a la fosa común, donde debió de ser arrojado Georg Michael Welzel hace treinta años, el oscuro «polaco» Heinz Chez. Las cámaras registraban el momento… «Probablemente es una de las cosas más macabras que he hecho en mi vida», decía Joan Dolg. «Rodar allí, encima de aquel montículo, fue algo realmente impresionante, porque los huesos están al descubierto y hay restos humanos por todas partes… Cuando la familia entra en el cementerio, la decisión no fue fácil. Es decir, nos preguntamos: "¿Hacemos esto, que pertenece al ámbito de la más estricta intimidad, o no lo hacemos?". Como contábamos con su absoluta complicidad y colaboración y confianza, vimos que nos dejaban y lo hicimos. Y luego optamos por un montaje muy respetuoso. Pero fue un momento emotivamente muy difícil. La madre preguntaba: "¿Dónde está? ¿Dónde está?". Y fue el hijo quien, en un momento de decisión dijo: "Ahí mismo". Dejaron el ramo de flores al lado de una cruz, una de las cruces más humildes y más tristes que he visto en mi vida».

Así fue el encuentro de la familia con Georg Welzel. Ellos conservaban cartas y fotografías originales: ¿cómo entender que la prensa española publicara una fotografía manipulada burdamente en la que se le desfiguraba el rostro, se le añadía bigote, se le ensuciaba el cabello…? Aquellas cartas familiares sólo decían que quería huir de Alemania del Este, como tantos otros ciudadanos, y que soñaba con saltar el Muro. Tras varias intentonas y encarcelamientos en su propio país, logró traspasar el Muro y consiguió pasar a Bélgica, y de aquí, a Francia. Y una noche, en marzo del año 1974, se adentra muy cerca de Port Bou en España.

Hay varios puntos oscuros en esta historia. Nadie sabe exactamente si tenía alguna misión o algún objetivo, cómo consiguió el pasaporte y la escopeta recortada, y por qué actuó como actuó. Después del episodio en el que presuntamente mata a un guardia civil, se entregó. Tras la violencia con la que actuó en el *camping*, es extraña su conducta: ni se resistió a su encarcelamiento, ni intentó huir, ni se quejó, ni lamentó su condena… Con el sacerdote Juan de la Cruz Badell, juega interminables partidas al parchís y al dominó, justo hasta los momentos previos al ajusticiamiento. Es como si hubiera resignación o fatalidad en su conducta: sabía que no tenía a nadie que le defendiese, no tenía intereses económicos ni de otro tipo en ningún lugar, y daba toda la impresión de que tanto le daba vivir como morir. Más extraño es que no contara a nadie que tenía una familia en Alemania, que tenía hijos esperándole. Eso sí es sorprendente. Ni siquiera quiso contradecir a sus compañeros de prisión: ¿por qué permitía que lo llamaran «el polaco» cuando, en realidad, era alemán? Los presos que compartieron con él algunas horas en la penitenciaría de Tarragona se acordaban perfectamente de él, de su mirada lánguida, de aquellas frases incomprensibles, de aquella cerrazón en sí mismo.

Y aún hay un último misterio en torno a Georg Welzel. Tenía un tatuaje en su muñeca que nadie ha descifrado: *77KS*.

Información oficial: silencio.

No hay datos. No hay información.

77KS no era nadie.

Garrote vil

La historia de Georg Welzel/Heinz Chez pone fin a las ejecuciones en España. A esta figura oscura le correspondió el dudoso honor de ser el último ajusticiado en nuestro país por el infame método del garrote vil. (Salvador Puig Antich fue ejecutado el mismo día que Welzel). Sin embargo, las condenas a muerte no dejaron de producirse. Las célebres sentencias de muerte contra miembros de ETA se anunciaron el 27 de septiembre de 1975, cuando ya se respiraba un inminente proceso democrático, y provocaron una inmensa oleada de protestas. Pero en 1978, en Valencia, hubo otros cinco condenados a muerte. Estaban acusados del atraco y la muerte de una camarera de la whiskería Don Cicuta, en las afueras de Valencia. La entrada en vigor de la Constitución de 1978, el 6 de diciembre, les salvó la vida. Los cinco habían sido sometidos a un Consejo de Guerra y habían sido condenados a la pena capital. Las penas de muerte debían ser cumplidas mediante el garrote vil.

Desde entonces, este siniestro aparato de tortura y muerte no ha vuelto a funcionar. Decía Manuel Vicent, en un artículo publicado hace muchos años en *El País*, que un día pudo ver una caja con los restos de los garrotes viles que había en el patíbulo de Carabanchel. Estaban herrumbrosos y los definió de una manera terrorífica: «Dentro de su caja, parecían un alacrán desarticulado».

Y en la *Revista de Estudios Penitenciarios*, Manuel Otero Bande escribía: «El garrote vil, cuando está ante nosotros, levantado, en pie, derecho, tiene algo que alucina. Se puede abrigar cierta indiferencia hacia la pena de muerte, no pronunciarse ni en pro ni en contra, pero si llega a encontrarse uno, la sacudida es violenta. Es menester decidirse inmediatamente y tomar partido en pro o en contra de ella. Quien llega a divisarlo, se estremece con el más misterioso de los estremecimientos».

¿Por qué se utilizaba en España este siniestro mecanismo?

El garrote vil era un método tradicional de estrangulamiento en toda Europa y, fundamentalmente, en España, desde hacía siglos. Antiguamente se decía «dar garrote» para explicar que a alguien lo ajusticiaban por esta vía. La imposición oficial de este aparato para sustanciar las condenas a muerte se debe a Fernando VII, y lo declaró método oficial de ajusticiamiento con una Pragmática de 1832 que decía lo siguiente: «Yo, Fernando VII, rey de España, declaro prohibida a partir de hoy la pena de ahogamiento por soga de horca, vigente hasta ahora en todos los territorios. Para celebrar el feliz alumbramiento de la Reina, mi muy amada esposa, ordeno y mando que a través de esta Real Cédula se ejecuten de inmediato la pena de muerte

por el sistema del garrote, que podrá ser ordinario, noble o vil. Elijo este aparato por ser eficaz medio a la vez que más humanitario y rápido que el anterior».

El mecanismo del garrote es tan simple como efectivo: es una silla de madera, con un poste rígido en su parte posterior. Sobre ese poste se apoya la cabeza del reo y en su cuello se abraza una especie de corbatín de hierro que se ciñe violentamente y, de este modo, estrangula y a la vez asfixia al penado.

Fernando VII estableció tres tipos de garrote: ordinario, vil y noble. En función de cada uno de ellos, el ceremonial requerido para el traslado del reo hasta el patíbulo era uno u otro. El noble exigía que el reo fuera trasladado en caballería y con la cabeza descubierta. El vil debía hacerse en pollino, montando al reo al revés, y con la cabeza cubierta, el ordinario era simplemente sentar al reo en la silla y darle muerte.

Era realmente la forma de acudir al patíbulo la que diferenciaba los tres modelos, no la forma de morir. Finalmente prevaleció la forma de garrote vil para denominar a esta forma de ajusticiamiento.

De modo que el rey Fernando VII, que no se caracterizaba precisamente por la piedad —son famosas sus órdenes sanguinarias para apresar, torturar y ejecutar liberales en una época que justamente se denominó Ominosa Década—, decidió la promoción del garrote para evitar sufrimientos en los reos. Ocurrió que, en muchos casos, fue todo lo contrario, y las ejecuciones se convertían en una agonía insoportable. Como en todas las naciones que mantienen la pena de muerte, el Estado proporciona el método, pero ¿quién se ocupa de llevar a cabo la sentencia? El verdugo es un personaje mítico en el imaginario colectivo. En ocasiones, eran asociales como los propios criminales. Otras veces, no eran más que pobres desgraciados, como el personaje que interpreta Pepe Isbert en la inmortal película de Luis García Berlanga *El verdugo* (1963), una verdadera obra maestra.

«¡Dolores, catorce mil duros!»

¡Vaya un crimen criminal
el que ha pasao el mes pasao
en la calle Fuencarral!
Vaya un crimen de verdad,
con incendio y puñalás
con robo y misterios grandes
pa’ que no le falte ná.
Dicen que si la criada
dio mulé a doña Luciana…

Ocurrió hace más de un siglo, a finales del siglo XIX. Fue el famosísimo crimen de la calle Fuencarral que se cantaba en coplas. La protagonista de la historia se llamaba

Higinia Balaguer y fue la última ejecutada en público en España. Aquel día se dieron cita en torno al patíbulo más de veinte mil personas que se disputaron sitios para ver la ejecución de una criada.

El 2 de julio de 1888 se escucharon gritos desgarradores de una mujer que procedían del segundo piso del número 109 de la madrileña calle de Fuencarral. Y se observó cómo de la vivienda salía mucho humo. El juez Felipe Peña fue avisado y, al entrar en la casa, descubrió el cuerpo de una mujer, al parecer, apuñalada.

Cuando se hacen las primeras pesquisas, los testigos decían que se había armado un revuelo tremendo con el incendio. Los vecinos habían roto la puerta y se habían encontrado a una señora llamada Luciana Borcino envuelta en una humareda. Como las técnicas de investigación forense eran muy precarias, inmediatamente se deduce que el incendio es el culpable de la fatídica muerte.

Sin embargo, el forense se acerca al cuerpo y lo que se encuentra será el principio de un verdadero folletín que ocupó durante dos meses las portadas de todos los periódicos de Madrid. El informe forense decía lo siguiente: «La autopsia determina sin lugar a la duda que la muerte de Luciana Borcino ha sido a resultas de una profunda cuchillada seguramente efectuada con machete carnicero que le atraviesa el corazón. Presenta el cadáver otras dos heridas con otro instrumento que podría ser navaja o cuchillo de canto poco grueso. Las quemaduras observadas se han producido por lo tanto, después del óbito. Además, añado que a la acusada Higinia Balaguer le he descubierto erosiones y contusiones que, en mi opinión, podrían deberse a una última defensa de la víctima en los estertores de la muerte».

La acusada, Higinia Balaguer, a la que se refería el forense, era la criada de la víctima. Esa mujer, el día de autos, apareció sofocada, tosiendo, como si hubieran sido atacadas por alguien o se hubieran visto repentinamente asediadas por el fuego. Había cerrado la casa con su propia llave.

Todos los periódicos, con Benito Pérez Galdós a la cabeza, dibujantes y cronistas, hablaban del crimen de Higinia Balaguer.

Cuando cometió el crimen, sólo llevaba seis días al servicio de su víctima, Luciana, que era una señora muy rica. Y cuando la ejecutaron, el 19 de julio de 1890, la agarrotan delante de miles de personas. Allí estaba Pardo Bazán, entre los espectadores, y también Pío Baroja. Así que puede decirse que todo el mundo cultural estaba allí. Después de ser ejecutada, la mantuvieron a la vista de todos durante nueve horas, en la calle, para que sirviera de ejemplo.

Aquel crimen tuvo algún detalle sumamente curioso y extraño; las últimas palabras de la ejecutada, antes de expirar, fueron unos terroríficos gritos que espantaron al público: «¡Dolores, catorce mil duros! ¡Dolores, catorce mil duros!».

El hecho de que el crimen adquiriera gran relevancia mediática y el hecho de que fuera a ejecutarse públicamente tuvo consecuencias importantes. En principio, Higinia Balaguer negó haber cometido el asesinato, aunque todas las pruebas la incriminaban. Pero la prensa y la sociedad madrileña presionaron hasta tal punto a la

mujer que, finalmente, confesó. Los más inteligentes, como Pío Baroja o Benito Pérez Galdós, se percataron de que Higinia Balaguer se había «emborrachado de fama», que se sentía protagonista y que, además, le encantaba. Se sintió muy feliz aquellos últimos días. Iba a convertirse en la atracción de Madrid. Todas las miradas se fijarían en ella… ¿Qué importaba que fuera culpable o no? ¡Veinte mil personas la verían morir! Es de esperar que ése no sea siempre el precio de la fama…

En fin, ésta es la historia del crimen de la calle Fuencarral y la historia de la última ejecución pública en España.

Pero… ¿qué querría decir la rea cuando gritaba «¡Dolores, catorce mil duros!»? Nunca lo sabremos. Algunos dicen que podía estar llamando a una persona que tal vez podría haberle encomendado el crimen… «¡Dolores, catorce mil duros!».

«¿Quiere otra tacita de hierbas, señora?»

Las mujeres, cuando deciden ejecutar un crimen, suelen emplear métodos poco agresivos, si es que un crimen puede dejar de serlo. Lo que se pretende decir es que raramente emplean la fuerza y la violencia. Por eso los novelistas afirman que las damas son especialistas en el envenenamiento.

Hay una historia de envenenamientos que, por la popularidad que alcanzó en su época, superó a todas las demás. Es la historia de una criada llamada Pilar Prades Santamaría —a veces su nombre se cita como Pilar Prades Expósito—. Como en el crimen de Fuencarral, toda Valencia fue testigo de las peripecias de esta mujer durante el juicio, aunque los valencianos no pudieron presenciar su ejecución. El principal móvil de Pilar Prades era la envidia y todos sus crímenes se basaban en una especie de avaricia envidiosa que la condujo al garrote vil.

Pilar Prades es la última mujer ejecutada en España.

Todo ocurrió en 1959, hace casi cincuenta años. Pilar Prades era natural de un pueblo de Castellón. (Los valencianos se quejaban amargamente de que la llamaran «la envenenadora de Valencia»: ¡si ella no era de Valencia, era de Castellón!). Pero incluso en su Castellón natal negaron que aquella mujer hubiera nacido allí: decían que había nacido en una masía, por ahí, en una especie de suburbio llamado Los Pérez. Nadie quería tener como paisana a Pilar Prades.

Marisol Donis, licenciada en Farmacia, especialista en el mundo de los venenos y autora de un libro apasionante, *Envenenadoras: la crónica negra de los cuarenta casos más célebres cometidos por mujeres en España* (La Esfera de los Libros, Madrid, 2003), explicaba que Pilar Prades fue, en el fondo, una mujer con muy mala suerte. Esa mujer iba de un sitio a otro por Valencia, por los mercados, cargada con un baúl y con su ajuar, ofreciendo sus servicios. Su única ilusión en la vida era casarse. «Pilar Prades, como muchas mujeres de esa década de 1950, que habían nacido en pueblecitos, fue a la capital para servir. Y ésta marchó a Valencia para emplearse como sirvienta. En aquellos años no tenían ningún problema para

encontrar trabajo: iban a un mercado, preguntaban al frutero o al carnicero y encontraban trabajo con muchísima facilidad. Esta mujer entró a trabajar en casa de un carnicero y lo que más distinguía a Pilar Prades era lo envidiosa que era. Envidiaba todo, cualquier cosa: un par de zapatos, un abrigo, envidiaba los novios de todas sus amigas, y de la señora de la casa envidió el negocio que tenía el marido. Y entonces comenzó a envenenarla con un producto que contenía arsénico, era un matahormigas que se llamaba Diluvio o Diluvión…, pero que no llevaba a engaño: era un frasquito de cristal con un dibujo de una calavera y dos tibias cruzadas, y debajo ponía: "VENENO"».

Pilar Prades sabía perfectamente lo que hacía y por qué. Efectivamente, como narra Marisol Donis, al llegar a Valencia, Pilar se emplea en la casa de la familia Villanova Pascual, que eran dueños de una chacinería. Al poco tiempo de entrar a trabajar en la casa, demuestra un cariño excepcional por la señora, que era doña Adela Pascual y que tomaba con frecuencia agua de Vichy e infusiones, ya que padecía alguna molestia en el hígado. Pero la salud de doña Adela empieza a empeorar y muere en mayo de 1955, después de una terrible agonía. Los médicos diagnosticaron colapso de pancreatitis hemorrágica. A los pocos días, Pilar fue despedida por el viudo.

Pero enseguida entró a trabajar en casa de la familia Alpere Greus. Desde el primer momento se ganó la confianza de los señores, que la tenían por una mujer trabajadora, atenta y cariñosa. No había pasado mucho tiempo en su nuevo empleo cuando la señora comienza a ponerse enferma. Pilar pudo sufrir algún contratiempo o tal vez se sintió amenazada; el caso es que decide abandonar ese trabajo.

Inmediatamente entra a trabajar en la casa de don Manuel Berenguer, un prestigioso médico militar. Entra en la casa recomendada por una amiga que prestaba allí sus servicios, Aurelia Sanz. Pero la envidia que corroía las entrañas de Pilar vuelve a aflorar: ambas criadas se fijan en el mismo joven, pero éste prefiere a Aurelia. Los celos devoran a Pilar y decide envenenar a su compañera. La locura parece apoderarse de esta mujer, que intenta también envenenar a algunos miembros de la familia del médico. Sin embargo, éste comienza a sospechar, descubre algunos indicios y la sorprende manipulando ciertas sustancias…

Pilar Prades era una mujer muy osada o muy necia: era hasta cierto punto comprensible que los dueños de una chacinería jamás supieran que había utilizado venenos, pero ¿cómo pudo imaginar que un médico no la descubriría?

El doctor Berenguer sospecha de la nueva criada, pero calla prudentemente. Toda la familia y los sirvientes parecen tenerle miedo. Para confirmar sus intuiciones, decide visitar al carnicero viudo. Éste le cuenta su triste historia y le dice que su esposa había muerto mientras esa criada se encontraba en su casa. ¡Los síntomas que padeció son muy parecidos a los que padece su esposa! Además, también investiga la extrañísima enfermedad de la pobre Aurelia Sanz: esta criada logró salvar la vida, pero quedó paralítica, con atrofia en los pies y en las manos.

¡Aquella espantosa criada los estaba envenenando!

Pilar fue detenida, confesó haber utilizado matarratas y matahormigas para envenenar a sus víctimas y declaró que, en el caso de Adela Pascual, la mujer del carnicero, sólo pretendía hacerse la dueña de la casa.

Pilar Prades fue la última mujer ejecutada en España. El verdugo era Antonio López Guerra, un verdugo al que le correspondía la zona de Levante. En realidad, no le correspondía a él, sino a otro que tenía encomendada la provincia de Valencia, pero éste se negó, y Antonio López Guerra tuvo que sustituirlo. Fue un hecho terrible, nos lo cuenta Marisol Donis, la especialista: «Fue tremendo, porque esperaban el indulto. Todos los presentes empezaron a sufrir ataques de nervios y al final se fueron. Sólo permanecieron allí el sacerdote, el verdugo y ella. Se había pedido el indulto y estuvieron esperando hasta las seis de la mañana. No llegó, y a las seis de la mañana del 19 de mayo de 1959 la ejecutaron».

Cuentan los que todavía viven y presenciaron aquella ejecución que fue un momento estremecedor. Nadie creía que le pudieran negar el indulto, pero sin defensa y sin ser arropada por nadie, sin dinero y sin nadie que velara por ella… al final acabó sentándose en el garrote vil. Basilio Martín Patino, a mediados de los setenta, entrevistó a una serie de verdugos que habían actuado para la administración penitenciaria. Gracias a su trabajo podemos escuchar al verdugo de Pilar Prades. Antonio López Guerra, explica cómo fue aquella terrible noche, previa a la ejecución: «Y ya… llegó la hora de la verdad. Eran las seis de la mañana. Sacaron a la muchacha de la capilla… Era una muchacha bajita, regordeta, y al llegar la hora, el aparato estaba allí colocado, llegó ella y al ver aquello… Estaba allí el tribunal, y a los diez minutos de estar allí… pues nada… nadie decía nada. Y la pobrecita muchacha, pues… allí estaba, llorando, dando gritos… Total, que allí todo Dios lloraba, estaban llorando allí hasta las ratas. Entonces ella me dijo: "Está usted deseando matarme". Yo le dije: "No, ¿cómo yo…? Lo único que estoy deseando es que esta gente diga que te deje y que te marches a tu casa". Entonces ella me dijo: "¿Tú tienes hijas?". "Tengo una", le contesté. Y me dijo: "Pues… ¡ten piedad de mí!"».

Pedro Costa, en aquella producción llamada *La huella del crimen*, recreó con una impresionante actuación de Terele Pávez la vida de esta mujer.

—¿Quiere otra tacita de hierbas, señora? —preguntaba Terele Pávez con mirada sombría.

Las manos femeninas… y el veneno

Hay algo delicado en el uso del veneno, una actitud especial, una finura y un gusto por el detalle… Las mujeres que destapan una cajita de porcelana, las damas que abren un anillo, las doncellas que espolvorean finísimas sustancias en los alimentos… Todas ellas actúan con la serenidad de quien está seguro de sus actos. Es

tan característica en ellas esta elegancia criminal como típica en el hombre la brutalidad y el salvajismo. Quizá la psiquiatría nos ofrezca algún día una explicación a estas singulares diferencias.

Una de estas «delicadas» envenenadoras fue Teresa Gómez Rubio, en la década de 1940, también en Valencia. Esta mujer envenenó a su compañera, Isabel Leonarte. Utilizó unas gotas de líquido insecticida que compró en el comercio. Por el mismo método envenenó a otra compañera de la misma casa, Teresa Doménech. Por si fuera poco, también una amiga de sus señores recibió la misma muerte, y lo intentó con otra criada y una costurera, pero éstas consiguieron salvar la vida, aunque quedaron inválidas. Teresa se vio obligada a comenzar a servir, ya que su novio estaba cumpliendo una condena en la cárcel y la hija de ambos padecía trastornos psíquicos. Comenzó a trabajar en una casa donde ya había una criada, Isabel, pero ella se llevaba las peores tareas y peleaba continuamente con su compañera. Teresa tampoco se comportaba bien ante las visitas, de modo que los señores decidieron despedirla. Ella no quería dejar la casa y la solución era acabar con la vida de su compañera. Así envenenó a cuantas personas se cruzaron en su camino. Fue condenada a pena de muerte como autora de tres delitos de asesinato y dos delitos de asesinato frustrado.

En otros casos son mujeres sin nombre, mujeres ejecutadas también por el poco apropiado método del garrote vil. Por ejemplo, D. P Esta envenenadora llevó a cabo uno de los asesinatos más crueles de la época, en la década de 1940. Acabó con la vida de su marido, con el que se llevaba realmente mal, administrándole matarratas en el café con leche. Cuando encontró el cadáver decidió deshacerse del cuerpo, y no se le ocurrió mejor forma de hacerlo que descuartizarlo. Con un cuchillo lo partió por la cintura y con un hacha le partió la columna vertebral, quemó los despojos en la lumbre y arrojó los restos incinerados al río. La extraña desaparición del marido llevó a las Fuerzas de Seguridad a investigar el suceso. Y en el domicilio hallaron restos del asesinato. Fue condenada a la pena de muerte.

María Domínguez Martínez era natural de Paterna del Campo, un pueblo de Huelva. Siendo muy joven se trasladó a la ciudad para servir en casa de un teniente coronel, con el que, además, mantuvo una relación íntima. La esposa de éste estaba enferma con frecuencia y esto le sirvió de coartada a María: en los vasos de leche que le ofrecía continuamente le suministraba un insecticida muy potente. Cuando la señora murió, nadie se extrañó. Sin embargo, el militar viudo no se casó con ella, sino con otra mujer. Tras el éxito de su primer asesinato, cobró confianza suficiente para acabar también con la nueva esposa, que estaba en avanzado estado de gestación. Esta nueva muerte hizo sospechar a las autoridades policiales y, tras exhumar los cadáveres, se hicieron análisis de las vísceras, que dieron como resultado la presencia de arsénico. Fue condenada por tres crímenes y ajusticiada el 23 de mayo de 1949. El verdugo era Bernardo Sánchez, que resultó ser su propio primo. Bernardo, que contaba con catorce ejecuciones en su historial, tuvo que ponerse capirote para dar muerte a su prima.

Cuando el reo es inocente

Uno de los casos más sangrantes de la historia judicial española es el que afectó a Francisco Granado y Joaquín Delgado. Estas dos personas fueron ajusticiadas en garrote vil en la década de 1960 y treinta años después se supo que eran inocentes.

Corre el año 1963: dos personas han sido sentenciadas y se sientan en el garrote vil para cumplir la pena suprema.

Francisco Granado y Joaquín Delgado eran dos jóvenes anarquistas. Fueron acusados de colocar sendos artefactos explosivos el 29 de julio de 1963 en la sección de pasaportes de la Dirección General de Seguridad y en la Delegación Nacional de Sindicatos. El primero de los artefactos, una carga de explosivo plástico de doscientos gramos de peso provocó heridas a una veintena de personas. Dos días después de los atentados, el 31 de julio, a las cuatro de la tarde, Francisco y Joaquín son detenidos. En tan sólo diecisiete días fueron juzgados y condenados a muerte. Delgado y Granado reconocieron ser militantes anarquistas pero nadie pudo arrancarles una confesión de culpabilidad. Hasta su muerte, defendieron su inocencia. Ambos tenían menos de 30 años cuando el garrote vil se ciñó mortalmente contra sus gargantas en la cárcel de Carabanchel. Casi treinta años después, Sergio Hernández y Antonio Martín confesaron ser los verdaderos autores de estas acciones.

Sin duda, éste es uno de los sucesos más trágicos y penosos de la historia judicial española: el caso Delgado-Granado. Como solía ocurrir en aquellos grises años del franquismo, éste fue un caso más conocido fuera de España que dentro.

Estos dos anarquistas, según se desprende de la última investigación realizada por el periodista Carlos Fonseca, sí tenían previsto actuar con explosivos, pero el hecho es que no habían sido ellos.

La detención de estos dos muchachos tiene también su dosis de surrealismo y en parte explica el contexto social de la época. Ellos se encontraban cerca del Palacio de Oriente y, al ver pasar a unas jóvenes extranjeras, les comentaron algo o les lanzaron algunos piropos. Un policía que se encontraba cerca les pidió la documentación. Entonces estallaron las bombas, hubo un interrogatorio… y jamás salieron de aquellas dependencias.

Carlos Fonseca, de la revista *Tiempo*, y autor de *Garrote vil para dos inocentes* (Temas de Hoy, Madrid, 1998), recuerda así esta desgraciada historia: «Delgado y Granado fueron sencillamente unos chivos expiatorios que pagaron con su vida la rigidez del Estado franquista. Fue una especie de castigo ejemplar que se produjo escasos meses después del ajusticiamiento de Julián Grimau. [Julián Grimau, dirigente del Partido Comunista, fue fusilado el 20 de abril de 1963 en Carabanchel]. Francisco Granado había venido a Madrid con una maleta con explosivos que debía guardar durante un tiempo, a la espera de que se la reclamara un grupo de anarquistas que iba a intentar matar a Franco en un atentado. La inmediata detención de los dos como presuntos terroristas, con la acusación de ser los autores de aquel atentado, dio

con sus huesos en la cárcel y, después, fueron ejecutados. En realidad, aquellas bombas habían sido colocadas por otros anarquistas, uno de los cuales ya había regresado a Francia y el otro observó desde Madrid cómo por unos hechos que él había protagonizado se detenía y se culpaba a otros dos compañeros que nada tenían que ver con ello».

Vicente Copete fue el verdugo que ajustició a Delgado y a Granado. Era el ejecutor de sentencias de la Audiencia de Barcelona y era su ejecución número doce en catorce años. Al parecer, los dos jóvenes estaban aterrorizados y le gritaban al sacerdote: «¡Padre, padre, que yo no he sido! ¡Que yo no he sido! ¡Que el que puso las bombas estaba allí…!». La ejecución se llevó a cabo en los terribles sótanos de la cárcel de Carabanchel.

Tras la confesión de los verdaderos culpables y la investigación de Carlos Fonseca, varios abogados solicitan la revisión de aquella condena a muerte y la declaración de inocencia. La propia familia también lo solicita. «Suplico a la sala que, teniendo por presentado este escrito con los documentos que se acompañan, tenga por interpuesto recurso de revisión contra la sentencia dictada por el juzgado militar nacional de actividades extremistas en fecha 13 de agosto de 1963, en la causa 118/63, en la que se condenó a muerte a don Francisco Granado Gata y a don Joaquín Delgado Martínez, por ser justicia que pido en Madrid, a 3 de febrero de 1998».

Carlos Fonseca explica en qué quedó esta súplica judicial: «El Supremo rechazó aquel recurso, argumentando que el fallo fue conforme a la legislación vigente en aquel momento, y la familia presentó un recurso en el Constitucional que lleva ya más de cuatro años pendiente de que se tome una resolución al respecto. De manera que el tema está ahí… parado».

El recurso se quedó en nada.

Garrote vil para un señorito

A finales de la década de 1950 se procedió a ejecutar al último criminal por la vía ordinaria o civil. A partir de entonces, todos los reos de muerte fueron sentenciados en Consejo de Guerra por conducto militar.

La prensa de la época abría sus portadas con uno de esos titulares impactantes: «Un rico en el patíbulo». Es la historia de un hombre llamado José María Manuel Pablo de la Cruz Jarabo Pérez Morris: *Jarabo*. Su apodo causaba pavor en la década de 1950.

Los sonados crímenes de Jarabo salieron a la luz pública el 22 de julio de 1958. El día anterior habían sido descubiertos los cuerpos sin vida de cuatro personas, dos hombres y dos mujeres, muertos a manos de José María Jarabo, de 33 años.

Desde su juventud, este señorito de buena posición era conocido por sus continuas juergas y por sus numerosos vicios. Se codeaba con la flor y nata de la sociedad española de la época. Su buena presencia física, su simpatía y su facilidad

de palabra lo habían convertido en objeto de deseo para muchas mujeres. Pero, dadas sus ínfulas y su vehemencia, ya había tenido algunos problemas con la Justicia.

Su figura fue representada en la pantalla por un insuperable Sancho Gracia en la serie *La huella del crimen*. Allí descubrimos a ese Jarabo arrogante, noctámbulo, despilfarrador, que invitaba a todo el mundo y se peleaba con todo el mundo:

—¡Usted no sabe con quién está hablando! ¡Yo soy un señor! ¿Está claro? —decía el personaje que interpretaba un espléndido Sancho Gracia.

En el año en que tuvieron lugar los crímenes, José María Jarabo mantenía una relación sentimental más o menos estable con una mujer casada llamada Beryl Martin Jones, de nacionalidad inglesa. Al no disponer de dinero suficiente para costear sus andanzas nocturnas, su amante le dio una sortija para que la empeñara. Así lo hizo, aunque por una cantidad irrisoria, ya que el anillo valía mucho más. Cuando unos meses más tarde Jarabo quiso recuperar la sortija, los dueños de la casa de empeño Husber le pidieron a cambio el dinero que le habían entregado y una carta de la propietaria de la joya autorizando su devolución. El problema consistía en cómo conseguir el dinero. Jarabo acudió al establecimiento con la carta en la mano para intentar que le devolvieran el anillo. Los prestamistas Emilio Fernández Diez y Félix López Robledo se quedaron con la carta, pero acordaron no darle la joya hasta que llevara el dinero.

Aquel 19 de julio, José María Jarabo planea asesinar a esos fiadores. Por desgracia, sus manos se mancharon con la sangre de más personas.

«Pasadas las nueve de la noche, después de haber estado haciendo tiempo en compañía de una mujer con la que había trabado amistad en el Metro, entró en la calle Lope de Rueda 57, cuarto exterior. Al llegar, como lo tiene todo planeado, abre las puertas del ascensor valiéndose de los codos y aprieta el piso al que va con la uña del pulgar derecho, para no dejar huellas. Pulsa el timbre de la vivienda con las falanges segunda y tercera del dedo índice. Le abrirá la desgraciada Paulina Ramos Serrano, de 26 años, criada».

Este es un informe clásico de la policía española firmado por un inspector también clásico, el que descubrió al asesino: el comisario Viqueira Hinojosa.

Jarabo apenas piensa en nada cuando tiene delante a la muchacha: acaba con la criada y, después, con el dueño de la casa, el prestamista Emilio Fernández Diez. Y aquí empieza una espiral de crímenes que ya no sabe cómo detener. Actúa con una frialdad estremecedora. Para tratar de explicar la violencia de Jarabo, algunos especialistas hablaban de sífilis cerebral, una dolencia que se le llegó a diagnosticar a este asesino.

Jarabo había escondido los cuerpos de sus víctimas y, entonces, entra la esposa del prestamista, Amparo, y se encuentra con la casa vacía y un hombre elegantemente vestido que disimulaba las manchas de sangre en el traje. Tenía tanta facilidad de palabra, era tan engatusador, que llegó a hablar con ella y a convencerla para que no saliese fuera de su domicilio.

Un disparo en la nuca acabó con la vida de Amparo, de 30 años, que estaba embarazada. Increíblemente, Jarabo decidió quedarse a dormir en aquella casa, junto a los tres muertos, y trató de simular un crimen pasional y borrar sus huellas.

A la mañana siguiente, después de cambiarse de ropa y guardar su traje en una bolsa, salió a la calle.

Un día después, Jarabo se dirige a la casa de empeño y se esconde en el almacén del negocio para esperar a su última víctima, el otro propietario del establecimiento, Félix López Robledo. Le descerraja un tiro en la nuca.

El juicio a Jarabo fue un acontecimiento sin precedentes. Había mucha expectación y se formaban largas colas para asistir al juicio. En cierto modo, a Jarabo le ocurrió como a la asesina de Fuencarral: la fama, aunque tuviera un origen criminal, le hacía disfrutar. Antonio Ferrer Sama, catedrático de Derecho Penal, asistió a aquel juicio en el que se juzgaba al señorito que había matado a cuatro personas: «Uno de los aspectos de la interesantísima personalidad de Jarabo, desde el punto de vista mental, era su delirio de notoriedad. En el juicio oral se sintió como una *vedette*: llevaba un traje cada día. Es más: yo estoy convencido de que si la ejecución hubiese sido pública o hubiera sido televisada, Jarabo se habría sentido verdaderamente satisfecho, puesto que su ejecución habría llegado a todos los hogares, habría llegado al mundo entero y habría quedado como un documento en el que él habría sido el único protagonista. El juicio oral representó un verdadero espectáculo. Se formaban colas que se iniciaban a las dos de la mañana para poder ocupar los primeros puestos, se vendieron los primeros puestos de la cola a 1.500 pesetas y hasta 2.000… ¡en aquella época! Esto da una idea de la supervivencia en nuestros tiempos de la ejecución como verdadero espectáculo popular».

A José María Jarabo se le descubre porque en una comisaría madrileña se recibe una llamada del propietario de cierta tintorería. Éste denuncia que uno de sus clientes habituales, un tal José María Jarabo, también conocido como Morris, había acudido a su establecimiento para que le limpiaran urgentemente un traje lleno de grandes manchas de sangre que, según aseguró, eran fruto de una pelea. La versión no resultó suficientemente creíble. Cuando fue a recoger el traje del tinte, los agentes le estaban esperando para detenerlo.

El día 29 de enero de 1959, Jarabo fue juzgado en la Audiencia Provincial de Madrid y condenado a la pena de muerte. El 4 de junio de ese mismo año el garrote vil puso fin a su vida.

Antonio Ferrer Sama explica cómo fueron aquellos últimos minutos en la vida de Jarabo: «Yo quise atenderle también en lo material en aquella noche: salí a comprar una botella de *whisky*, unos cuantos cigarros puros… Pero a Jarabo no se le permitió beber, salvo unos momentos antes de la ejecución. Entonces se le permitió tomar medio dedo de *whisky* en un vaso de aluminio. Me dio un abrazo muy fuerte y me dijo que Dios me pagaría lo que había hecho por él».

El verdugo fue Antonio López Guerra: «El cura y los oficiales le dijeron que si

quería ponerse un pañuelo. Él dijo que no, que quería ir normal… Llegó, se confesó, comulgó… y preguntó: "¿Dónde me tengo que sentar?". Y le dije: "Aquí". Recuerdo que tuve que levantar un poco más el aparato porque no estaba a la medida…».

Dicen que la agonía de Jarabo duró casi dos horas…

Milenio 3 siguió la pista de ese garrote vil en que acabó sus días Jarabo. Y aún existe. Lo custodia el prestigiosísimo doctor forense Reverte Coma, en su particular museo del horror, en la Facultad de Medicina de la Universidad Complutense de Madrid. «Sí, lo tengo allí, en el museo, el último modelo que había en la cárcel de Carabanchel. Es el que ejecutó al famoso Jarabo. Tiene una cosa realmente estremecedora porque el verdugo no había preparado convenientemente el garrote, con grasa, para que corriese bien… total, que le hizo padecer más de una hora y media. Lo tuvo allí, medio asfixiado, porque no podía acabar de matarlo, y tuvo que apretar de alguna manera hasta que lo estranguló. Por eso, Jarabo pagó con creces todo el mal que había hecho en ese sentido».

Y ése fue el fin de la última víctima en España agarrotada por la justicia ordinaria.

Los últimos garrotes

El 11 de noviembre de 2002, la Fundación Camilo José Cela tuvo que retirar el garrote vil que se mostraba en una exposición presentada en Iría Flavia, en A Coruña, y que estaba dedicada a *La familia de Pascual Duarte*. Se aseguraba que aquel artefacto era el mismo que había servido para ajusticiar al anarquista catalán Salvador Puig Antich, ajusticiado a garrote en 1974. En la exposición sobre la novela inmortal de Camilo José Cela se consideraba que el artilugio era pertinente, porque el personaje de ficción había sido ajusticiado de ese modo.

Las primeras críticas por la exhibición de este artefacto fueron suscitadas por la familia de Salvador Puig Antich y por Joan Saura, diputado de Iniciativa per Catalunya-Verts, que solicitó a través del Congreso de los Diputados la retirada del macabro artefacto por respeto a los familiares.

Según Tomás Cabana, gerente de la institución cultural, no se tenía constancia de que el garrote que se exponía fuera el que mató a Salvador Puig Antich, pero en absoluto, decía él, «queremos ofender la memoria de nadie. *La familia de Pascual Duarte* es una reflexión contra la pena de muerte».

El garrote que se mostraba en la exposición fue cedido al escritor para este fin en febrero de 1995, como el último de estos artefactos que funcionó en España. Este y otros garrotes fueron hallados en ciertas dependencias de la sede del Tribunal Supremo.

Cuarta parte
Historias inquietantes

Hay fenómenos que parece que están ahí desde tiempo remoto. Da igual que el ser humano crea o no en ellos porque da la sensación de que están aguardando. Sin importarles lo que pensemos. Sin atisbar si tendrán una explicación natural algún día, nos propusimos investigarlos a pecho descubierto, comprendiendo que miles de amigos, de modo interactivo, en vivo y en directo, eran la muestra de que seguían ocurriendo en el siglo XXI.

Visitantes de dormitorio

«Una voz, la parálisis del cuerpo y la visión
de una figura que nos observa a los pies de nuestra propia
cama. No es un sueño, son miles de casos reales».

John Mack, *catedrático de Psiquiatría de Harvard*.

En 1987, dos libros provocan un cataclismo en el panorama literario norteamericano: *Communion, A True Story*, de Withley Strieber, e *Intruders*, de Budd Hopkins. En ambas obras se daba luz verde al nacimiento de un nuevo misterio: los visitantes de dormitorio. A partir de ese instante, decenas de miles de personas confesaron sus experiencias en un aluvión sin precedentes, gentes de toda condición y cultura tenían un nexo común: una noche cualquiera, frente a su cama, algo desconocido había cobrado forma…

Los testimonios de M3

«Estaba durmiendo y me desperté. Y vi a mi hija sentada a los pies de la cama, viendo la televisión. Me tranquilicé mucho y seguí durmiendo. Al día siguiente me comunicaron que una sobrina mía se había suicidado. Se había suicidado a la una, a la misma hora que yo me desperté. Al día siguiente, le pregunté a mi hija qué hacía viendo la televisión a aquella hora. Me dijo que ella no había estado allí. Estoy absolutamente convencida de que aquella figura que estaba a los pies de mi cama era mi sobrina». (Alicia, de Jaén).

«Yo estaba durmiendo en mi habitación, con mi mujer, y nuestro niño estaba en la cuna. Tuve la sensación de que algo nos miraba y, entonces, me desperté. No puedo decir que estaba durmiendo porque incluso me senté en la cama: estaba incorporado y desperté a mi mujer, medio adormilada, y le dije: "¿No lo estás viendo? ¿No lo estás viendo?". Era un niño de unos 10 u 11 años, con el pelo largo, aunque no le llegaba a los hombros… era una melenita rubia y lisa. Llevaba una blusa blanca, como una blusa de otra época, como de piratas… La parte de abajo estaba como difuminada, no se veía bien. Estaba en una esquina de la cuna, y como mirando de lado a mi hijo. Me asusté un poco y le dije: "¿Quién eres? ¿Qué quieres?". Entonces me miró… como si no me hiciera caso, y se disolvió… No se fue, se giró y… se desintegró. ¡Estaba mirando a mi chiquillo! Me dio miedo que mirara al niño, porque sólo tenía cuatro o cinco meses. Mi hijo no lloró. Ni siquiera se despertó. Aquello me miró como ignorándome, como si yo no fuera nadie…». (José, de Valencia).

«Noté que me tocaban el hombro. No hice mucho caso… Abrí los ojos, los volví a cerrar y seguí durmiendo. Entonces, me agita. Pienso que es mi hermana o mi madre, que sólo desean molestarme o bromear… Después… me hizo daño. Yo, completamente despierto, me giro y veo a una figura, nada parecido a algo que

hubiese visto antes… Simplemente, me miró, me sonrió y empezó a moverse, casi bailando, de un lado a otro y, así, en la niebla en que estaba envuelto, se fue desvaneciendo hasta que desapareció. Yo intenté gritar, intenté saltar de la cama, pero no fui capaz: estaba completamente mudo y paralizado». (Esteban, de Cáceres).

«Yo estaba tumbada en la cama, y mi niña estaba en su cuarto. Yo estaba empezando a coger el sueño, y sentí como si gatearan por encima de mí. Pensé que era mi hija. Encendí la luz y no había nada. Incluso miré debajo de la cama, a ver si había bajado… Me asusté cuando comprendí que quien había estado allí no era mi hija». (Emma, de Huelva).

«Estaba tumbada sobre la cama, relajada, antes de dormir, y apareció aquella silueta… Dejé pasar un rato porque yo misma creí que eran imaginaciones… Lo que me sorprendió es que la indumentaria era antigua: era un figura masculina con una capa y un sombrero. Mi parte más consciente dijo: "¡Intenta comunicarte con él!". Pero me quedé paralizada de terror y no pude articular palabra. Hizo así… como un gesto, y desapareció». (Inés).

«Yo estaba acostada de lado, pero no estaba dormida todavía. Y, entonces, noto que a mi espalda… era como si alguien se sentara en el colchón, a mi altura, pero a mis espaldas. El colchón se hundió, se tensó la sábana con el peso… y yo me eché un poquito para atrás. Pensé que era mi hermana: "Leti, ¿qué quieres?", le dije. Me giré y en la habitación no había nadie. La puerta estaba cerrada y la habitación, vacía. Y la impresión que tuve no tenía nada que ver con el miedo. Era una sensación de confianza, como si eso me hubiera asegurado que alguien velaba por mí. Se me vino a la cabeza mi abuela, que era una persona que me quería mucho, que me protegía mucho. Falleció hace muchos años. Me dio tranquilidad, no fue algo que me preocupara». (Sonia, de A Corana).

«Vino una cosa… No sé lo que era… muy pesada, que se echaba encima de mí… me asfixiaba. Los primeros días me acariciaba el pelo y el cuerpo… Yo… estaba asustado, y pensaba que tal vez no querría hacerme nada malo… Pero, una noche, aquello se puso violento, me cogió el cuello por detrás, tuve que quitármelo de encima y luchar contra aquello que no veía… hasta que se fue… ¡Fue una cosa… terrorífica!». (Josemi, de Valencia).

«Se apareció mi abuela. Yo estaba sentado en mi sillón, y ella apareció por la puerta, tranquilamente. Yo tenía algunas dificultades y, evidentemente, le pedí ayuda para salir adelante. Y ella me dijo muy tranquila que yo no necesitaba ayuda, que sólo venía a hacerme compañía. Yo no pasé miedo ni me asusté…». (Marc, de Barcelona).

Alguien vela tu sueño

Este tipo de testimonios es más frecuente de lo que creemos, ocurre en todos los lugares, en todos los países y, probablemente, han ocurrido en todos los tiempos. No hay cultura, religión o sociedad que nos diferencie en este punto.

Sin embargo, hasta hace muy poco tiempo, las declaraciones de los testigos eran realmente escasas y las personas que vivían —o sufrían— este tipo de episodios reducían la comunicación al círculo familiar o de los allegados. Es razonable: con la televisión frivolizando y maltratando estos asuntos, es difícil que una persona seria y normal se atreva a desvelar que ha sido protagonista de estos fenómenos. Sólo cuando se trata a las personas con respeto y se les escucha sin prejuicios pueden ofrecer la versión más comprometida de sus vidas. Alguien decía: «Cuando los niños ven a sus amigos imaginarios, decimos que tienen mucha fantasía; cuando los adultos aseguran tener estas visiones, decimos que están locos o enfermos». Efectivamente, parece que por una u otra razón los adultos estamos siempre dispuestos a inventar cualquier excusa con tal de no admitir estas realidades. No sabemos qué son y por qué ocurren, pero no cabe duda de que son *realidades*. ¿Nacidas de nuestros sueños? ¿Engaños del cerebro? ¿Imaginaciones? ¿Alucinaciones? ¿Visiones?

La mayoría de estas visiones de los visitantes de dormitorio se producen durante la noche, cuando el protagonista está a punto de dormirse o de despertarse. Generalmente se encuentra solo y con frecuencia, una voz que pronuncia el nombre del testigo lo despierta y, entonces, allí está… A partir de los estudios de los especialistas y a partir de las innumerables teorías que se han difundido al respecto, puede establecerse una especie de secuencia paradigmática, un modelo a partir del cual pueden estudiarse los distintos casos particulares.

Los estudios realizados son sobre todo estadounidenses y revelan que estos visitantes de dormitorio son seres antropomorfos que están rodeados de una gran luminosidad; son semitransparentes y en la mayoría de los casos son reconocidos por la persona que vive esta experiencia: puede ser un familiar, un amigo o un conocido fallecido. Normalmente, las personas que tienen estas vivencias ya han experimentado otro tipo de fenómenos, como viajes astrales o premoniciones, y han escuchado voces y sonidos de procedencia no identificable.

Los rasgos comunes de estos sucesos son los siguientes: estos seres o entidades normalmente aparecen cuando una persona está sola en su dormitorio y tumbada en la cama. Son escasos los casos en los que hay alguien más en el dormitorio. (Hay pocos episodios, aunque existen, en que dos personas ven la misma aparición a un tiempo. Si se trata de alucinaciones, son alucinaciones compartidas y, por tanto, muy raras, según afirman los especialistas). En general, la persona es consciente de que está despierta: se intentan incorporar o intentan ver el reloj. Sufren una paralización de algunos miembros de su cuerpo y notan cómo algo o alguien se coloca muy cerca o encima, y a veces oyen una respiración al oído. Normalmente no se reciben mensajes de ningún tipo ni se oyen voces o sonidos de ninguna clase. Esos seres están ahí, miran, observan, pero en general no hablan. El último paso consiste en la negación: los testigos no quieren asumir lo que han visto, no quieren revivirlo ni recordarlo; suele ser una experiencia traumática que, al cabo de los meses, necesitan comunicar a los demás, porque el suceso ha marcado sus vidas. Y las marca hasta el punto de que,

en ocasiones, cambian radicalmente su modo de existencia.

Antes de seguir adelante, no queremos dejar pasar la ocasión para apuntar un rasgo que parece común a todo este tipo de apariciones, encuentros y visiones. A lo largo de muchos años y muchas investigaciones hemos constatado que, en estos episodios, hay varios factores que se repiten. Uno de ellos es la aparente paralización del tiempo. Cuando el encuentro es cercano parece que todo se duerme alrededor: no pasan coches por la carretera, la naturaleza parece detenerse, no hay sonidos, y esas entidades parecen ignorar a las personas que los ven. Da la sensación de que los testigos se encuentran repentinamente en una burbuja espacio-temporal que, por casualidad o por otra razón, se ha emplazado en unas coordenadas muy concretas, en un punto exacto, a una hora y en un lugar preciso y, entonces, acceden a una dimensión distinta. Por eso, tal vez, esas figuras aparecen difuminadas y se comportan como si no vieran a los testigos. No están en este plano de la realidad, sean lo que fueren.

Otra de las características de estas visitas de alcoba es la «personalidad» de los seres. A veces son familiares. Pero, curiosamente, en un altísimo porcentaje son los abuelos los que se aparecen a sus nietos. Y respecto a ese salto generacional, son las abuelas las que con más frecuencia visitan a su descendencia. (¿Son los *manes* latinos? Los romanos solían afirmar que sus antepasados o los espíritus de sus antepasados *vivían* con ellos, que vigilaban sus actos y, con frecuencia, los aconsejaban y cuidaban de ellos y su familia. En aquel tiempo, como hoy, aparecen como figuras protectoras). En ocasiones, este tipo de conexión intergeneracional es tan estrecho que los protagonistas se despiertan y ven la imagen de sus familiares en el preciso momento en que fallecen. Muchas veces, esos seres aparecen junto a la puerta. Esto es importante, porque algunos expertos piensan que se trata de mensajes subliminales de nuestro cerebro, cuyas capacidades e intuiciones apenas conocemos. Y ver a alguien que en ese preciso momento está muriendo y verlo en el quicio de la puerta puede considerarse un mensaje de esa entidad. Esta relación no es nueva: los egipcios solían utilizar la idea de la «puerta» para señalar el paso hacia otros mundos. Los psiquiatras suelen proponer una explicación más prosaica: argumentan que el testigo puede saber que su familiar está enfermo o a punto de morir y, por tanto, que ese despertar es casual y que la visión se debe a impresiones o sugerencias de su ánimo. Sin embargo, las muertes repentinas y las apariciones consiguientes —que también se producen— quedarían fuera de este sistema. Este tipo de sucesos premonitorios o avisos de muerte se producen con bastante frecuencia.

Las tres de la madrugada

Casi no es necesario advertir que estamos pisando en terrenos muy resbaladizos, e incluso para los científicos, estas visiones o apariciones constituyen todo un misterio. Y, por supuesto, hay que desestimar que los testigos estén bajo los efectos de drogas u

otras sustancias.

Aunque a veces se hallan en situaciones de estrés, con dificultades económicas, sociales o laborales (véase Marc, en los testimonios arriba apuntados), la mayoría admite haber dormido bien y no tener especiales problemas de ningún tipo. Muchos de ellos, incluso, no tienen creencias arraigadas en este sentido o en otros, pero viven estos hechos.

Aunque lo más frecuente son apariciones de personas fallecidas y conocidas, no siempre es así. A veces son individuos desconocidos, vestidos de un modo anticuado, con indumentarias negras, con capa y sombrero; en otras ocasiones son seres luminiscentes, brillantes; en ciertos casos se han presentado de un modo invisible, apoyando su ser inmaterial sobre la cama o colocando su etérea cabeza en la almohada, o golpeando, arañando o acariciando a los habitantes de la casa. Algunos testigos suelen ser recurrentes en la imagen difuminada, quizá sólo de medio cuerpo. A veces son sólo manos negras que acechan a las niñas dormidas. Sólo en muy raras ocasiones —según nuestros registros— son animales, aunque algunos veterinarios aseguran que sus clientes suelen recibir visitas de sus animales muertos.

La galería de terrores es numerosa y muy variada. En el registro de *Milenio 3* pueden destacarse los siguientes: hombre vestido de negro que sonríe con maldad, figuras familiares que han muerto o están a punto de morir, presiones y curaciones, caricias en los pies, mujer con vestido blanco, uno o varios seres de luz, alguien que se sienta en la cama y se acuesta al lado, mujer que se despide, opresión del pecho, manos que tocan la espalda, respiraciones, niños, difuntos, ángeles que vienen a buscar a la gente que va a fallecer, niños que juegan —¡o pelean!— con esos seres, sombras paralizantes, arañazos, etcétera.

Cuando se trata de verdaderos terrores nocturnos, una cara desconocida se acerca a gran velocidad hacia nosotros, rápidamente. Es un cúmulo difícilmente soportable: una voz y un rostro difuminado que se acerca violentamente… Terrorífico, especialmente si uno se encuentra solo en su casa.

Más común es la paralización del cuerpo. Los testigos aseguran que, cuando por fin logran moverse, parece que lo hacen en cámara lenta. «Parecía que vivía en cámara lenta», dicen. También es muy curiosa la recurrencia en torno a los relojes: las personas que han tenido estas experiencias suelen fijarse en los relojes que tienen en las mesillas y en la habitación, y ven que los minutos van pasando y ellos no pueden hacer nada. Tienen a alguien que les observa, ahí, enfrente, y se encuentran como paralizados. Algunos especialistas relacionan estas parálisis y estas visiones con viajes astrales. En ocasiones se ha llegado a afirmar que esos seres son personas que están realizando viajes astrales y que se presentan en habitaciones desconocidas, o conocidas. Se trataría de una especie de bilocación: estar en dos lugares a un tiempo. A la vista de los testimonios, en buena parte al menos, no parece que sean visiones de este tipo.

Respecto a la hora o el momento en que suelen producirse estas apariciones, en

términos generales ocurren en torno a las tres de la mañana, o ampliando el espectro, entre las dos y las cinco de la madrugada. ¿Durante cuánto tiempo? Es difícil precisar este extremo.

Probablemente se trata de una burbuja temporal en la que la realidad y los sucesos que se están viviendo sean procesos distintos. Lo que pueden ser segundos en el mundo real tal vez se conviertan en minutos u horas si se está en contacto con ese otro plano. A ciencia cierta, nada sabemos.

Y por lo que respecta a las consecuencias, como se ha advertido, suelen producirse dos efectos principales: la negación, la ocultación —generalmente por razones sociales— o la comunicación en círculos íntimos. Generalmente, los testigos admiten que no pueden sobrellevar esa experiencia solos y que se ven obligados a comunicarlo. Un segundo efecto es el cambio en su percepción de la vida. Aunque esos visitantes no siempre hablan o sugieren actuar de un modo u otro, en ocasiones comunican algo que los protagonistas deben callar para siempre. Entonces suele producirse un cambio radical en sus vidas y, generalmente, para bien.

Brevísima historia de los aparecidos

> «Un ángel del Señor se le apareció a José en sueños, y le dijo: "Levántate…"». Mt 2, 13.

Todos los pueblos y todas las civilizaciones, en todo tiempo y lugar, han conocido a estos visitantes. Y han interpretado su presencia conforme a su religión (ángeles, demonios, *manes*, íncubos o súcubos, espíritus e incluso extraterrestres) y de acuerdo con sus temores o sus deseos.

Sócrates (470-399 a.C.) ya hablaba de estos seres. Decía que desde su niñez le acompañaba «por disposición del Cielo, un ser casi divino cuya voz me aconseja algunas veces hacer algunas cosas, pero que nunca me insta a realizar algo».

Literatos, pensadores, filósofos, políticos y militares han sufrido estos terrores nocturnos y a todos les ha cambiado la vida. A poco que se indague en la Historia, se encontrarán numerosos casos. Por ejemplo, el que protagonizó Dante Alighieri (1265-1321), autor de la inmortal *Divina comedia*. Dante dedicó buena parte de su vida a componer este imponente poema místico pero, celoso de su trabajo, guardó secretamente los últimos trece cantos del «Paraíso» (la primera parte es el «Infierno» y la segunda, el «Purgatorio»), quizá con el fin de revisarlos más adelante. Pero la muerte le sorprendió en ese punto y la familia y los sabios de su tiempo no fueron capaces de encontrar aquella parte final del poema que tanto ansiaban… Jesús Callejo, escritor y divulgador de estos misterios literarios, lo explica así: «Nadie encontraba esos cantos, pero se sabía que los había escrito, porque era una persona bastante metódica y sistemática en sus costumbres. No se encontraban por ninguna

parte, aunque buscaron y rebuscaron en su casa y en los lugares que frecuentaba. ¿Cómo se dio con esos cantos perdidos? Tuvo que aparecer su fantasma ocho meses después de fallecido, y se apareció a su hijo menor, a Jacopo, para revelarle el lugar exacto donde están escondidos los manuscritos. No deja de ser sorprendente que sea un coetáneo, Boccaccio, el que narre este episodio, en la primera biografía de Dante Alighieri, y él cuenta con pelos y señales cómo ocho meses después de su fallecimiento se le aparece una figura resplandeciente y luminosa a su hijo menor…».

Durante la Edad Media, cuando la religión cristiana ejercía gran influencia en las gentes, estas visiones se atribuían a ángeles o demonios. En la versión más terrorífica, los íncubos eran demonios transfigurados en figura humana que asaltaban las habitaciones de las damas para tener tratos carnales con ellas. Los súcubos son la forma femenina de esos espíritus o demonios.

Más adelante, durante la Contrarreforma, la presión eclesiástica era enorme, de modo que aquellas personas que tenían este tipo de visiones debían vincularlas a lo demoníaco con frecuencia. Muchas monjas y numerosos monjes sufrieron casos típicos de la fenomenología diabólica. Durante la construcción del monasterio de San Lorenzo de El Escorial, se hablaba de un perro negro o de un niño embozado en ropajes negros que aparecía tras una muerte o tras una reyerta (cfr. Iker Jiménez: *Camposanto*. Suma, Madrid, 2005). Esto atormentó al propio Felipe II, y así lo revela Juan Ginés de Sepúlveda: en su agonía, Felipe II estaba convencido de que aquel ser vagaba por el monasterio durante la noche. Todo aquello produjo un verdadero estado de pánico en la corte escurialense.

En siglos posteriores, durante la Ilustración y el Romanticismo, la influencia eclesiástica disminuyó y estos episodios comenzaron a atribuirse a espíritus que amenazaban las vidas de los hombres y llegaban desde «el otro lado». Los avances científicos del siglo XIX y del siglo XX y la preponderancia del racionalismo provocaron una regresión a la hora de comunicar estas experiencias, pero ello no significa que no existieran. Por ejemplo, Carl Jung, discípulo de Sigmund Freud, estudió las visiones y los terrores nocturnos, y los interpretó de acuerdo con la psicología de su tiempo. En su opinión, el hombre sustituía a los antiguos dioses (o ángeles o demonios) por esos seres espirituales y vaporosos.

Aunque los casos de apariciones animales no son los más frecuentes, cabe recordar aquí los sucesos que le acontecieron al padre Pío de Pietrelcina (1887-1968): al parecer, sufría con frecuencia los ataques de un perro negro que entraba por la ventana durante la noche. Sus cofrades escuchaban en la celda del padre Pío grandes gritos, y aullidos, y ruidos. Al día siguiente, el monje aparecía con moratones, arañazos e incluso mordeduras que se atribuían al perro o los perros negros que entraban en su celda durante las horas de sueño.

Las visiones de los religiosos no son siempre beatíficas. Algunas monjas se vieron atacadas en sus celdas, como María Luisa Zancajo de la Mata (en pleno siglo XX): en su convento de Albacete vivían con ella más religiosas y muchas aseguraban

haber visto cómo una mano invisible la arrastraba del pelo y la zarandaba por la celda. Hubo muchos testigos de aquellos sucesos. Además, veían cómo ese pelo estaba estirado hacia atrás, como si una mano invisible lo estuviera sujetando.

Y, a mediados del siglo XX, los terrores de los hombres llegaron a convertir a esos visitantes en extraterrestres. Era el tiempo de la ciencia y la tecnología: no podían ser demonios ni espíritus, sino seres procedentes de otros mundos. Las numerosas encuestas al respecto hablaban de figuras pequeñas a los pies de la cama…

En definitiva, la reinterpretación de los hechos se adapta a la cultura y la mentalidad de cada época.

El escritor, el psiquiatra y el criminal

A lo largo de las próximas páginas van a desfilar dos personajes importantes cuyas experiencias pueden ser ciertamente reveladoras. Los dos tuvieron experiencias de este tipo y sus vidas cambiaron para siempre.

Withley Strieber nació en 1945, en San Antonio (Texas). Estudió artes en la universidad de su localidad natal y posteriormente ingresó en la Escuela de Cine de Londres. En la década de 1980 se convirtió en un afamado escritor de novelas de ciencia ficción y de terror. Entre sus títulos más conocidos se encuentran *El ansia*, *El despertar de los lobos*, *Sacrilegio* o *Pesadilla*. Gracias a sus escritos sobre una serie de vivencias personales *(Communion)* también se convirtió en «el abducido más culto y famoso del mundo». Como se sabe, los abducidos dicen haber sido secuestrados por entidades extraterrestres.

El 25 de diciembre de 1985, Strieber se hallaba en una cabaña del norte de Nueva York, en compañía de su mujer, de su hijo y de un matrimonio amigo. Tras pasar una agradable velada navideña, se retiraron a sus habitaciones y fue entonces cuando el escritor escuchó un extraño ruido en el salón. Se levantó para ver qué ocurría en el piso inferior y observó que la puerta de su dormitorio empezaba a abrirse. Vio a un ser pequeño, de ojos rasgados, de cara ovalada y boca recta que se acercaba hasta su cama.

Se asustó tanto que en días posteriores hizo colocar en su cabaña un gran sistema de alarmas, tenía una escopeta siempre a mano y revisaba los muebles y su cama antes de acostarse cada noche. Estas experiencias se narran en *Communion. A True Story*, que se publicó en 1987 y vendió más de diez millones de ejemplares y fue traducido a casi todos los idiomas del mundo. Según el *New York Times* alcanzó el primer puesto entre los *best sellen* en pocos días. En esta obra se hablaba por primera vez de los visitantes de dormitorio.

Tras el éxito, más de ocho mil personas le escribieron contándole su caso. Semejante avalancha de testimonios le llevó a crear la Fundación Communion, que se encargaría de recoger testimonios, investigarlos y aconsejar a los testigos para saber cómo enfrentarse a este tipo de episodios nocturnos. Esta institución no tuvo mucho

éxito y hubo mucha polémica en torno a ella. Poco tiempo después de su creación, se disolvió.

John Mack fue una de las primeras personas que habló abiertamente de estos sucesos nocturnos, trató de investigarlos y se esforzó en ayudar a las personas que verdaderamente sufrían con este tipo de presencias. En el prólogo de *Vida secreta (Secret Life)*, de David Jacobs, John Mack aseguraba que este fenómeno es absolutamente real, que no se trata de sueños, de ensoñaciones, de visiones o alucinaciones producidas por nuestro propio cerebro. En su opinión, estas realidades nocturnas son indisimulables y hay que considerarlas en su forma palpable, y no como desviaciones o errores de la imaginación.

John Mack nació en Nueva York, en 1929. Se licenció en Medicina y en Psiquiatría en la Universidad de Harvard. Trabajó en el hospital Cambridge y fundó el Centro de Psicología y Cambio Social. En 1977 recibió el Premio Pulitzer por su obra *A Prince of Our Disorder: The Life of T. E. Lawrence*, pero sobre todo fue conocido por publicar en 1994 un libro que en muy poco tiempo se convirtió en un *best seller: Abduction* (traducido al español como *Contactos*). Se trata de un estudio sobre las abducciones o secuestros realizados por supuestos entes extraterrestres. (En este sentido, Mack seguía la teoría difundida en la década de 1980 según la cual estas visiones se corresponden con algo procedente del exterior, no de nuestro cerebro, de nuestra imaginación o de otros planos de la realidad, ni de nuestro espacio trascendente, espiritual o mágico).

El interés de John Mack por este tipo concreto de visiones nocturnas comenzó en la década de los setenta, cuando conoció las técnicas terapéuticas de Werner Herhard, que inducía a sus pacientes estados de conciencia semejantes al misticismo. Mack estudió todas estas técnicas de sugestión y llegó a formar parte del consejo consultivo de la entidad dirigida por Herhard. Pero en 1990 se vería atrapado por otro tema que incluso le obligaría a abandonar la medicina: los ovnis y los relatos de personas que aseguraban haber tenido algún contacto con seres extraterrestres en sus habitaciones. En esa época conoció a Budd Hopkins, autor del famoso *Intruders (Intrusos)*, a quien acompañó en muchas sesiones hipnóticas realizadas sobre supuestos abducidos y también sobre personas que habían tenido experiencias VdD (visitantes de dormitorio). Al cabo de unos meses, Mack decidió experimentar él mismo con la llamada terapia regresiva para despertar recuerdos del «tiempo perdido», de la infancia o de otros momentos en los que pudiera haber tenido este tipo de visitas.

John Mack se quedó perplejo ante la cantidad de testimonios que avalaban un hecho real y se asoció a MUFON (Mutual UFO Network), una asociación proovni americana, y pronto se convirtió en uno de sus directivos.

En 1993 fundó el Programa de Investigación de Experiencias Extraordinarias, un grupo de autoayuda para personas que habían tenido este tipo de experiencias, para apoyar a los individuos que hubieran sufrido episodios traumáticos.

John Mack murió atropellado en septiembre de 2004. Aquel desgraciado

accidente dio mucho que hablar en los círculos «conspiranoicos». En aquel momento, el profesor iba a dictar una conferencia en la que pondría sobre la mesa sus últimos avances en este campo.

María Vallejo-Nágera, autora de *Un mensajero en la noche*, narra una historia impresionante y que también fue objeto de gran atención mediática en su momento.

El protagonista de esta historia era un criminal, un asesino convicto y muy peligroso llamado Albert Wensbourgh. Se encontraba en la cárcel cuando le ocurrió… lo que a tantas otras personas: se despierta porque alguien pronuncia su nombre y ve a un ser que cambia su espíritu y su percepción de la existencia. «Me dijo que era un ser lleno de luz», explica María Vallejo-Nágera, que tuvo la oportunidad de entrevistarlo. «Me dijo que tenía apariencia humana, que llevaba un vestido largo y blanco, del que emanaba muchísima luz. Yo le pregunté por las "alas", por las famosas alas que todos creemos que tienen los ángeles. No era una pregunta gratuita: yo había investigado los acontecimientos de Fátima y quería saber si existía alguna relación entre este tipo de apariciones; y los tres niños de Fátima, Jacinta, Francisco y Lucía, decían que el ángel que ellos vieron sí tenía alas. Este preso me dijo que el ser que se presentó en su celda no tenía alas, que tenía un haz de luz tremendo en las espaldas y eso podía ser, a los ojos de un niño, alas».

María Vallejo-Nágera no tiene dudas al respecto: «En el caso de Albert Wensbourgh, era un ángel clarísimamente». Es necesario apuntar, en todo caso, que las creencias personales de Vallejo-Nágera, profundamente católica, impregnan su investigación y, quizá por esa razón, cree que no puede ser otra cosa más que un ángel. En todo caso, era un ser luminoso cuya aparición también resulta muy recurrente, sobre todo dentro de la mística. En esos casos, las apariciones eran angélicas o celestiales… o todo lo contrario.

Después de aquel encuentro nocturno, el criminal Albert Wensbourgh cambió por completo: «Era un preso muy inteligente, muy peligroso y muy violento», añade Vallejo-Nágera. «Era un cóctel molotov dentro de la cárcel. Después de vivir esta experiencia, cambió tan radicalmente que cumplió su condena y después quiso dedicar su vida a Dios y a los pobres en el interior de un convento benedictino. No fue sacerdote, sino monje. Obviamente, algo le tuvo que pasar… y algo bueno, en todo caso, porque dejó de delinquir, y de asesinar, y de hacer barbaridades, para dedicarse a hacer el bien a los demás. Por eso yo estoy convencida de que este hombre vio un ángel. Fue lo que él me describió hasta la saciedad».

¿Quieres jugar conmigo?

A veces los niños ven cosas que los adultos no pueden ver.

El «amigo invisible» es una entidad con la que los pequeños parecen comunicarse con fluidez, juegan con ellos, hablan con ellos, discuten con ellos y les cuentan sus secretos. Todos conocemos a niños que tienen estos extraños amigos.

¿Son sólo ensoñaciones y fabulaciones de esos pequeños que poseen una imaginación desbordada? ¿O es que tienen otro tipo de percepciones y ven cosas que nosotros ya no podemos ver? José Luis López Ibor, psiquiatra y una autoridad incuestionable en estos asuntos, no tiene dudas al respecto: «Es imaginación. Lo necesitan. En el fondo, es una llamada de atención y, por otro lado, están buscando su sitio en el mundo. Para dialogar con otras personas, les resulta más fácil inventarse un personaje que dialogar con los adultos, porque a veces los seres que estamos alrededor de los niños somos incomprensibles para ellos. Así entran en juego los amigos invisibles y van dotando a los amigos invisibles o a otros objetos de características propias de los seres que viven. Un niño juega con un objeto o con un muñeco y le confiere vida. Eso es muy frecuente en los niños, hasta que se va desarrollando y va madurando su personalidad; entonces, ya no necesita de esos apoyos».

No hay que tener miedo ni temor a estos amigos invisibles, porque es muy común, muy habitual. Sin embargo, en ocasiones, tratamos de quitar de la cabeza a los niños la posibilidad de esa entidad. «Hoy estamos en un mundo científico y no podemos creer en eso», nos decimos. ¿Pero a esos seres les importa lo que podamos creer o no?

Los etruscos creían que los niños veían cosas y que había una parte de su cerebro más desarrollada y también más pura. Por eso no dudaban de que los niños veían… algo. Al cabo de algunos años, los pequeños perdían esas capacidades y los adultos ni siquiera eran capaces de recordar que habían pasado por esa experiencia.

Y, en efecto, es casi imposible recordar lo que se *veía* a los 3 o 4 años. El cerebro del niño crece y va olvidando esas visiones. ¿Fueron reales? ¿Es un asunto que se puede mantener en el ámbito de la pura ensoñación o la pura imaginación?

En su habitación o en cualquier rincón de la casa, el niño —especialmente entre los 3 y los 5 años— juega o habla con alguien y le enseña sus juguetes y le cuenta cosas de la escuela o de la familia, se ríe o mantiene durante largos ratos la mirada fija en un lugar concreto de la estancia. Su comportamiento es tan natural y se expresa de una forma tan auténtica que todo el que le rodea tiene la impresión de que verdaderamente hay alguien allí, junto al niño, y al que no pueden ver.

Son innumerables los casos de padres que acuden a consultar a psicólogos y psiquiatras infantiles por esta razón y muchos de ellos dan una explicación atendiendo a la mente de los niños: una mente con acceso a planos de existencia desconocidos u olvidados por los adultos. Los consejos que dan los psicólogos es que debe hablarse con los niños e interesarse por esos amigos, de modo que así se pueda analizar y verificar la lógica de su historia y la realidad, para poder distinguir si se trata de fenómenos paranormales o de una simple invención y fantasía infantil.

En general, esas amistades imaginarias de los niños parecen ser muy importantes para su desarrollo, como señalaba el doctor López Ibor: le ayudan a configurar su mundo y a encontrar un espacio de aprendizaje frente al universo de los adultos,

incomprensible para ellos. En ocasiones, esos amigos representan la superación de angustias personales y, por esa razón, conviene que los padres estén atentos. Y luego… los niños lo olvidan por completo. Quizá ese efecto de «borrado» de nuestro cerebro debería tenerse en cuenta. Y nunca sabremos si son reales o no.

A estas alturas, todos los lectores estarán pensando o canturreando una antigua oración infantil que habla de ángeles que velan el sueño de los niños. Es el mítico Ángel de la Guarda. Y de nuevo, las preguntas se acumulan: ¿hay un ángel que protege a los niños? ¿Es ese ángel su amigo invisible?

La ciencia envuelta en dudas

Médicos y psiquiatras han penetrado en este mundo desde su perspectiva de hombres y mujeres de ciencia. En general, los psiquiatras vinculan las apariciones nocturnas a estados relacionados con el sueño. José Luis López Ibor nos recordaba que «a veces se ha concedido a los sueños un contenido especial o se ha dicho que pertenecen al subconsciente, pero hoy las cosas no están tan claras. Es decir, todo el mundo sueña y todo el mundo tiene una cantidad de sueños extraordinariamente ricos. Si esos sueños que recordamos pueden condicionar nuestra vida diaria… eso es otro tema. Se sueña sólo durante unas determinadas fases del sueño, en las fases REM, que sabemos que existen porque los ojos se mueven de una manera determinada y especial. Si nos despertamos en la fase REM, normalmente nos acordamos del sueño; si no nos despertamos en esa fase, generalmente no nos acordamos de los sueños. Los sueños unas veces son de carácter angustioso y otras, no. Generalmente, los sueños no se repiten con una frecuencia tan importante como para condicionar al individuo; en algunos casos ocurre, y es angustioso, pero eso está más ligado a angustias vitales o a la vida común».

No seamos ingenuos: las apariciones y visiones que estamos tratando no son sólo sueños lúcidos o sueños vívidos, como se llaman hoy. Esas experiencias dejan una impronta y generan sensaciones en el testigo que no olvidan jamás.

Tratando de encontrar una explicación científica y coherente que permita racionalizar estos episodios, acudimos a un buen racimo de psiquiatras. Su conclusión sería ésta: «Cuando uno está durmiéndose, se produce lo que podría llamarse una desconexión paulatina de nuestro cerebro y de nuestra consciencia con la realidad. Y al despertar, existe el mismo proceso, pero al contrario. Es decir, vuelve a establecerse esa especie de conexión. En un momento dado, al empezar a entrar en las primeras fases del sueño, cuando todos los sentidos no están perfecta y armoniosamente desconectados con la realidad, pueden provocarse una serie de alucinaciones que se llaman hipnagógicas y, por el contrario, al despertar, se producen las alucinaciones hipnopómpicas. Todos estos hechos se describen perfectamente a lo largo de la Historia y en la literatura. Muchas veces se les ha atribuido relaciones con fenómenos religiosos, pero forman parte de la fisiología del

sueño. En segundo lugar, uno de los temores durante el sueño, dado que nos encontramos con nuestras defensas, con nuestra consciencia, en niveles muy bajos de operatividad, consiste en que otra persona se aproxime al lugar en que nos encontramos refugiados, dentro de nuestro propio sueño. Esto ocurre también en los animales, cuando están durmiendo, en ese estado onírico. Además, muchas personas, en el momento de despertar, cuando suceden las alucinaciones hipnopómpicas, sufren también de una verdadera parálisis, pero se trata de procesos fisiológicos bien conocidos».

Así pues, desde esta perspectiva, no se trata más que de procesos relacionados con el sueño. Pero… entonces, ¿todos los casos que se han descrito aquí, y todos los que se han registrado en distintos lugares del mundo y a lo largo de toda la Historia, pueden explicarse así? «No, sigue habiendo muchos fenómenos que son inexplicables», asegura el doctor López Ibor. «Tratar de explicarlos por un afán de notoriedad o por un afán de conocimiento científico no es honesto. Siempre hay en la vida cosas inexplicables, inexplicables para los actuales conocimientos científicos, sin lugar a dudas».

Enterrados vivos

«No conocemos agonía peor sobre la tierra,
ni podemos concebir un tormento remotamente
equiparable ni siquiera en las profundidades del infierno».

EDGAR A. POE, *El enterramiento prematuro*.

El 11 de marzo de 1986, el diario *El País* publicaba una noticia con el siguiente titular: «Aparece vivo en El Cairo un niño que había sido enterrado hacía un año». La crónica era de Ignacio Cembrero, desde la capital egipcia: «Todo un barrio cairota se encuentra en plena efervescencia desde que el viernes pasado el niño Mohamed Chabana, enterrado desde casi hace un año, reapareció por la calle caminando con un traje funerario hacia el domicilio de sus propios padres. El pequeño Mohamed fue reconocido rápidamente por los vecinos de su familia, que se desmayaron y gritaron como histéricos al verle aparecer».

El certificado de defunción había sido expedido exactamente un año antes. La investigación que llevaron a cabo las autoridades egipcias llegó a conclusiones sorprendentes: se dijo que podía ser un «acto de abandono de enterrador» [¿?] o de una mala comprobación del momento del óbito.

Al día siguiente, el 12 de marzo de 1986, la prensa egipcia publicaba a grandes titulares: «¡Espectacular fenómeno sobrenatural!».

La historia de Mohamed concitó la atención general durante dos años más. Se dijo que el niño había estado sepultado vivo dentro de la tumba durante cuatro días, después fue acogido en varias instituciones benéficas y finalmente pasó varios meses deambulando por los arrabales de El Cairo, en una zona llamada la Ciudad de los Muertos. Tenía misteriosas cicatrices en las plantas de los pies.

Casi muertos…

Uno de los terrores más arraigados en el ser humano es el que atañe a la muerte, lógicamente, pero en torno a él se deslizan otros no menos pavorosos. Uno de ellos es el horror a ser enterrados vivos.

En realidad, parece que este temor está más relacionado con la agonía o, quizá, con el modo de morir que con la muerte en sí misma. El torturado Edgar Allan Poe decía que sólo tenemos una certeza: que vamos a morir. Aunque en el mundo actual este asunto parezca desestimarse —por diversas razones— y apenas se desee hablar de él, el ser humano sabe que ése es su final inapelable. Por tanto, a la angustia propia de quien ha de enfrentarse a lo desconocido se añaden otras: una de las peores es que los demás nos crean muertos, que nos vistan para el entierro y nos amortajen, que nos introduzcan en un ataúd, que cierren la tapa, que nos transporten a un cementerio, que nos depositen en una fosa y que nos arrojen tierra encima… ¡y que lo oigamos y lo

sintamos todo!

La mayoría de estos temores nacen en la seguridad de que hay estados biológicos cercanos a la muerte que, sin embargo, no son exactamente la muerte. La catalepsia, por ejemplo, es una crisis nerviosa paralizante que en ocasiones se ha confundido con la muerte y ha sido la causa de muchos «errores» dramáticos. El doctor García Andrade comentaba que esos terrores son comprensibles y que semejantes «errores» se daban con frecuencia en el siglo XIX. «Sin embargo, hoy es prácticamente imposible que se entierre a una persona que sufra catalepsia. Es francamente difícil. La catalepsia es una especie de muerte aparente: el latido cardiaco prácticamente desaparece, aunque no del todo, la respiración es muy escasa y atenuada… Naturalmente, la gente tiene miedo a que ese estado se confunda con la muerte».

Con la tecnología actual es prácticamente imposible que una persona baje a la fosa y, una vez allí, se despierte. Sin embargo, estos casos se siguen produciendo en lugares y países donde las infraestructuras médicas son deficientes o en casos muy excepcionales: «Los casos de enterramientos en vida han ocurrido, por ejemplo, en los grandes cataclismos, en los grandes terremotos, en las guerras, o circunstancias parecidas, donde hay muchos muertos y heridos y podría darse la circunstancia de que se enterrase a alguien que no estuviese realmente muerto», señala el doctor García Andrade.

Efectivamente. He aquí un ejemplo: las autoridades militares de Estados Unidos reconocieron en un comunicado que, con motivo del traslado a su país de los soldados norteamericanos que habían muerto en la guerra de Vietnam, al abrir sus ataúdes se comprobó que en un cuatro por ciento de ellos había alteraciones, desplazamientos, puños roídos o ataúdes arañados en su parte interior. Son casos excepcionales: «Hoy hay elementos suficientes para diagnosticar una muerte… y una muerte cierta», asegura García Andrade.

Ataúdes maravillosos

El ser humano se ha ocupado desde la más remota Antigüedad de asegurarse de que lo enterraban *sólo* cuando estaba muerto y definitivamente muerto.

Por ejemplo, según Herodoto, los persas enterraban a los muertos cuando las aves carroñeras se sentían atraídas por el olor, cuando ya estaban casi en estado de putrefacción. Hasta que no se daban los primeros síntomas de la putrefacción, no se consideraba que la persona estuviera perfectamente muerta.

Los chinos tenían la costumbre de detener varias veces el féretro en el cortejo fúnebre y sacudirlo fuertemente, para comprobar que el cadáver no reaccionaba. Y los tártaros también esperaban tres días antes del enterramiento y los colocaban en una fosa poco profunda, dejando la cabeza al descubierto.

Platón pidió a los atenienses que conservaran los cuerpos de los fallecidos hasta el tercer día, para que se verificara completamente su muerte.

En el siglo IV a.C, los tiranos de Siracusa, en Sicilia, construyeron enormes tumbas semejantes a bañeras de varios metros de altura y muros con ventilación; además, dejaban alimentos en su interior. Por decreto real, dos guardias vigilaban día y noche esas tumbas.

Los romanos conservaban los cuerpos durante siete días y efectuaban todo tipo de pruebas para verificar que la persona que se creía muerta había fallecido realmente. Llamaban a gritos al difunto, varias veces (como se hace con los pontífices desde la Antigüedad), los lavaban con agua hirviendo y, luego, con agua helada para excitar la posible vida que aún quedara en ellos.

En el siglo XIX se construyeron ataúdes con todos los aditamentos posibles para impedir la muerte de aquellas personas que, por cualquier razón, fueran enterradas vivas. Se desarrolló toda una tecnología para intentar evitar los enterramientos prematuros. Así, en 1822 se presentó en sociedad un ataúd con fuelles que generaban aire. Con ese aire, siempre según el doctor que patentó el sistema, podrían vivir siete u ocho días las personas que «resucitasen». Las personas con posibilidades económicas le pedían ciertas comodidades en su última morada y se gastaban grandes sumas de dinero e inmensas fortunas para que su ataúd tuviera todo tipo de comodidades: ataúdes con espacios adecuados para comida y bebida, con luz… incluso con pequeñas bibliotecas. Este hombre demostró la bondad de sus artefactos de un modo un tanto macabro: pasó dos semanas en su ataúd tan ricamente.

En 1852, en Estados Unidos, surgió uno de los más afamados constructores de ataúdes. Su invento era sencillo, pero muy efectivo: en el interior del ataúd había un pomo o una manilla unida a una cuerda que salía al exterior y que estaba engarzada a una bandera. Si el muerto, milagrosamente, volvía a la vida, sólo tenía que accionar el ingenio y la bandera avisaría al mundo de que allí había un hombre vivo.

Ya en el siglo XX, un francés que sufrió la terrible experiencia de haber sido enterrado vivo dedicó el resto de su vida al diseño de ataúdes cómodos. Este hombre sufrió una crisis cardiaca y se despertó una hora después de ser enterrado. Una mujer que estaba rezando cerca de su tumba le oyó gritar y, gracias a ello, pudo salvarse. Aquella vivencia marcó su existencia posterior y decidió fabricar y patentar ataúdes que permitieran resistir al falso finado hasta que vinieran a rescatarlo. El ataúd que diseñó era un tercio más alto y más largo de lo habitual; el «muerto» se podía mover e incluso sentarse, aunque un poco encorvado. Tenía un cubo higiénico, botellas de aire comprimido que permitían regenerar la atmósfera, orificios que favorecían la evacuación de $C0_2$, estaba acolchado, equipado con un ventilador para refrescar el aire, una botella de agua potable, una bolsa de alimentos vitamínicos, somníferos, e incluso un aparato emisor de ondas cortas que permitía entrar en contacto con la policía y los radioaficionados. La antena se colocaba fuera y así podría comunicarse y decir que estaba vivo.

Ante los temores a ser enterrados vivos, la tecnología acude en nuestra ayuda. En la actualidad se están vendiendo aparatos que permiten comunicar el interior del

ataúd con el exterior… por si acaso. «El equipo de resurrección es un sistema de comunicación que utiliza tecnología GSM», asegura el señor Duran, director de una famosa cadena de establecimientos de «espionaje» popular. «Aprovechamos la tecnología para esta aplicación. Es como un móvil, con una programación especial, y, en caso de que haya algún movimiento en el interior del ataúd, unos sensores de ultrasonido se activan y se envía automáticamente una señal a un número pregrabado del teléfono de un familiar. Además, se tiene la posibilidad de hablar y escuchar, como un móvil».

Ha de advertirse que la batería dura sólo doce días.

¿Estás muerto?

El doctor Jan Bondeson, especialista en medicina experimental de la Universidad de Gales, asegura que hasta bien entrado el siglo XX, hasta que la tecnología no entra en el mundo de la medicina, solían esperarse los primeros síntomas de putrefacción para considerar que alguien había muerto. Puesto que se daban en algunas ocasiones «muertes aparentes» de las que las personas podían salir casi milagrosamente, lo más adecuado era esperar los primeros efectos de la putrefacción. En ese caso, ya no había duda.

Las comprobaciones de muerte han sido diferentes dependiendo de los lugares y el tiempo. Las técnicas más sorprendentes se hallan en espacios rurales, donde las supersticiones, las tradiciones y las religiones cooperaban para hacer de esos episodios verdaderas escenas tétricas. ¿Cómo saber que un muerto estaba… bien muerto? O, en términos menos prosaicos, ¿cómo asegurar que el alma o el espíritu había abandonado el cuerpo del difunto?

Una de las comprobaciones básicas consistía en el uso de las sanguijuelas: éstas se colocaban sobre el «difunto dudoso» y luego se retiraban y se aplastaban: si la sangre que había ingerido la sanguijuela estaba coagulada, ello significaba que estaba muerto. Si era líquida, era índice seguro de que aún estaba vivo.

Otra técnica consistía en el uso de un pequeño espejo en el que, con una solución salina invisible, se escribía: «No estoy muerto». Este espejuelo se colocaba junto a la boca del presunto finado; si había un mínimo hálito de vida, el espejo se empañaba y aparecía claramente el mensaje: «No estoy muerto».

El antropólogo Ignacio Fernández de la Mata, autor de un trabajo *(De la vida, el amor y la muerte)* sobre estos temas en la provincia de Burgos nos explicaba cómo las llamadas «cofradías de difuntos», que corrían con los gastos del enterramiento y que vestían con sus capirotes y mortajas, tenían que experimentar y averiguar si el cofrade estaba realmente muerto o no. ¿Qué técnicas se utilizaban? «Las más habituales y sencillas consistían en colocar la llama de una vela ante la cara del moribundo o finado, de modo que si quedara el más mínimo hálito en él, la llama parpadeara. También era muy conocida y habitual la técnica del espejo o el cristal,

por si el vaho lo empañaba. Pero la respiración de los agónicos a veces es muy poco perceptible y las habitaciones tienen las puertas abiertas y hay mucha gente alrededor… porque antaño era habitual que los familiares y los amigos estuvieran presentes en el momento de la agonía. De modo que esos métodos no siempre eran válidos y suficientes. Así pues, en algunas zonas se recurría a comprobaciones que pueden resultar hoy casi crueles, como "castigar" al muerto: se le ataba una cuerda en el muslo o se le derramaba cera en la ingle, o en una zona de especial sensibilidad, de modo que el dolor pudiera provocar alguna reacción en el cuerpo que advirtiera que el "muerto" aún estaba vivo. No dejaba de ser una comprobación cruel».

Otras pruebas antiguas eran la arteriotomía radial, que consistía en seccionar una arteria de la muñeca para verificar si existía circulación sanguínea, o el test del éter, que se efectuaba inyectando dos centímetros cúbicos de éter en la epidermis del individuo en cuestión. Si el cuerpo despedía un hilo de éter vaporizado cuando se retiraba la aguja, ello significaba que aún seguía vivo. De lo contrario, estaba muerto.

El profesor Jan Bondeson decía que también se llegaron a utilizar «placas galvánicas». Se patentó un aparato que era una placa galvánica, una especie de imán, que producía descargas. En su manual de instrucciones se describía que había que abrir el bíceps del difunto y colocar esa placa en su interior. Si el músculo se contraía, el hombre estaba vivo; si no se contraía, estaba muerto. Decía que no había posible error, que era infalible. Cincuenta años después se descubrió que este método era cualquier cosa excepto infalible. En todo caso, fue un aparato que se vendió estupendamente.

Como puede observarse, todos estos sistemas acuden a la fisiología más radical, lo cual pone al descubierto un verdadero problema, porque la conciencia del individuo —y la conciencia de su existencia— no se halla en sus músculos, ni en su aliento, ni en su sangre, sino en su cerebro. ¿Cuándo se detiene la actividad en el cerebro?

¿La putrefacción indica que el individuo ya no tiene conciencia de sí mismo? Las pruebas modernas certifican la muerte sólo cuando el cuerpo se detiene en ambos sentidos: inactividad fisiológica e inactividad cerebral.

La exposición de los muertos

Desde el siglo XVII fueron muy frecuentes en Alemania, Francia, Portugal y otros países las «casas de muertos». Estas casas estaban en las afueras de las grandes ciudades como Munich, Berlín, Copenhague, París o Lisboa. Eran las *Vitae dubitae asylii*, los asilos, refugios o casas de «la vida dudosa». En términos generales, eran casas o almacenes en los que se dejaban pudrir los cuerpos de los muertos al cuidado de ciertos vigilantes. A los cadáveres se les ataba un hilo en la mano o en los pies y, en el otro extremo, se colocaba una campanilla. De este modo, si se producía algún movimiento, la campana sonaba y los vigilantes acudían a recuperar a aquellos que

regresaban del mundo de las sombras. Se dijo que todo aquello era un engaño y una añagaza para lograr otros fines. Probablemente los sacamantecas y los médicos poco escrupulosos los utilizaban con objetivos no muy piadosos.

El primero de estos tétricos espacios se comenzó a construir en 1795, en Berlín. Se llamó *Leichenhaus*, o casa fúnebre, y allí se separaban y se exponían hombres y mujeres, completamente desnudos. Como las perversiones no son nuevas, muchos pícaros intentaban acceder al recinto para ver a los muertos desnudos. Y a veces se cobraba entrada.

En Munich (Alemania), en 1808, había un edificio gótico en el que los muertos estaban expuestos en largas filas, unidos por cuerdas atadas a campanillas que desembocaban en el despacho del guardián. Era la *Totenhaus*, la casa de los muertos. En esta ciudad, los cadáveres se separaban dependiendo de su condición económica. Los pudientes y los ricos se colocaban en féretros acolchados, sin tapa, y con todo tipo de comodidades, aunque ya no las necesitasen. Los pobres estaban situados sobre bancos, en hileras, y con aquellos cordeles colgando de sus brazos. Había *Totenhaus* que llegaban a albergar hasta novecientos cadáveres a un tiempo. Sin embargo, no hay muchas referencias de resucitados. Alguno hubo, no obstante.

Hacia 1880, Mark Twain visitó una de esas *Totenhaus* y ello marcó su vida. Dejó testimonio de sus impresiones en algunos libros, donde describía del siguiente modo aquella espantosa visita: «La espaciosa sala era un sitio espeluznante: había treinta y seis cadáveres de adultos a la vista, tendidos boca arriba, en tablas ligeramente inclinadas, en tres largas hileras, todos ellos con el rostro rígido y blanco como la cera, y todos envueltos en mortajas. A los lados de la estancia había dos profundos huecos, como ventanas sin saliente, donde yacían varios niños pequeños, de caritas marmóreas, completamente ocultos, salvo el rostro y las manos, bajo montones de flores».

Mark Twain, completamente espantado ante aquella visión, escribió: «Me imaginé allí, solo, en la piel del centinela de la muerte, dormitando a solas, montando guardia en la noche ventosa, antes de estremecerme al oír el clamor de la campana».

Este sistema de la campanilla seguía utilizándose después del enterramiento en Alemania, en Polonia y en otros países del Báltico: se ataba un cordón a la mano derecha del muerto; la campanilla estaba en el exterior de la tumba y, si milagrosamente sonaba, alertaba a los vigilantes del cementerio.

Últimas fotografías y algunos experimentos mortales

A finales del siglo XIX coincidieron dos hechos que variaron de algún modo la perspectiva que se tenía de la muerte. De un lado, la popularización de la fotografía promovió una tradición tétrica y casi morbosa: los álbumes de muertos. De otro, la difusión de estas innovaciones técnicas obligó a las ciencias esotéricas y paranormales a dotarse de esos recursos para comprobar qué ocurría en el momento

de la muerte.

Los libros de difuntos o los álbumes de muertos se dieron a conocer gracias a la magistral película de Alejandro Amenábar, *Los otros* (2001). La protagonista, pálida como una muerta, observaba con espanto uno de aquellos tétricos recuerdos.

—Es macabro —decía Nicole Kidman.

En esos álbumes aparecían hombres y mujeres vestidos con sus mejores galas, en la cama o sentados, niños bien peinados y como desvanecidos… ¿Es posible que se dieran este tipo de rituales macabros en nuestro país? Efectivamente. No eran producto de la fértil imaginación del cineasta, sino pura realidad: «Es una costumbre que podemos encontrar por toda Europa, sobre todo a finales del siglo XX y principios del XX», explica el antropólogo Fernández de la Mata. «Es el último recuerdo del muerto, de la persona fallecida. Era algo bastante habitual y había fotógrafos especializados en este tipo de trabajos. Luego, esas fotografías pasaban a engrosar un libro de difuntos o de los muertos, un libro de los antepasados familiares. En algunos lugares se limitaba a una fotografía y en otros casos se acompañaba de versos o palabras recordatorias, de modo que, al pasar las páginas, se encontraba no sólo la imagen de los muertos sino también una cierta historia familiar».

En algunas de aquellas fotografías se observaban detalles de difícil explicación y la naciente parapsicología intentó explicar aquellos enigmas. En algunas había una luz, o sombras, o restos de presencias poco razonables. De modo que los parapsicólogos y espiritistas trataron de fotografiar el momento supremo en la vida de los hombres y quisieron captar el instante decisivo. Querían saber si de los muertos surgía alguna luz, o un resplandor o una llama… algún efecto que el ojo humano no pudiera ver pero que la cámara tal vez pudiera registrar.

En cierto sentido, es lógico que en el momento de la muerte se produzcan hechos extraños. Quizá nuestra mente, nuestra angustia, nuestras esperanzas y nuestros miedos están más activos que nunca en ese crítico instante y quizá por esa razón dicen que hay una concentración de fenómenos paranormales en ese preciso momento.

Enrique de Vicente, experto conocedor de estos asuntos, nos explica por qué se producen o por qué creemos que se producen tantos fenómenos extraños cuando el individuo comienza a sentir las agonías de la muerte: «El momento de la muerte es fascinante, en el sentido de que es el momento en que se producen mayor cantidad de fenómenos paranormales. No hay ningún otro momento a lo largo de la vida, a lo largo de la existencia humana, donde se disparen más los fenómenos paranormales que en el momento de la muerte. Por ejemplo, uno de los fenómenos que se producen con más frecuencia son ciertas sincronías sorprendentes: los relojes se paran».

¿Quién no ha escuchado historias como ésta? La historia de los relojes que se detienen señalando la hora de la muerte es casi clásica.

Antiguamente, las cofradías de difuntos esperaban frente al moribundo con fe ciega que ocurrieran ciertos fenómenos. Se reunían en torno a la persona fallecida y

esperaban que se dieran algunos síntomas de que aquella persona había muerto realmente. Se decía que cuando la persona perdía la vida, un soplo de aire acariciaba el rostro de los presentes. También se hablaba de una mosca que salía de la nariz del agonizante y volaba hasta la ventana, o una araña que emergía de su boca, lo cual, al parecer, confirmaba que la vida continuaba después de la muerte.

El peso del alma

Durante muchos siglos, la demostración fehaciente de la existencia del alma y del espíritu consistía en el hecho supuestamente comprobable de que los muertos perdían peso tras expirar. Pero no siempre ha sido así: en otras épocas —en el siglo XVI, por ejemplo—, estaban convencidos de que el muerto pesaba más que el vivo.

¿Cuánto pesa el alma o el espíritu del hombre?

Algunos de los experimentos más curiosos y trascendentales se remontan hasta el antiguo Egipto. Hay grabados en Luxor y Karnak en los que se pesa el alma, y en la cultura occidental también hay representaciones en las que distintas figuras aparecen pesando el alma. En todo caso, estas figuras pueden asociarse con más frecuencia al ámbito espiritual, en el que se pesan la bondad o la maldad del hombre desde un punto de vista religioso.

En los siglos XIX y XX, los parapsicólogos, desde perspectivas pseudomédicas, intentaron realizar experimentos científicos con la tecnología que tenían a su disposición. ¡Pesar el alma! En Francia se realizaron pruebas con animales: en una balanza de precisión se procuraba advertir si en el momento de la muerte había un descenso del peso y *algo* abandonaba aquel cuerpo. Enrique de Vicente nos explica que había personas que se comprometían a participar en estas pruebas cuando les llegara el momento de morir: «Lo colocaban sobre una pesa enorme y detectaban que, en el momento del óbito, el cuerpo perdía un cierto número de gramos… Pero con los conocimientos científicos actuales, esa pérdida se atribuye al proceso biológico y químico que produce la muerte. Hay una pérdida de fluidos y se producen ciertos cambios en el organismo. Esas investigaciones no salieron adelante porque no había forma de saber a qué puede deberse esa pérdida de peso…».

En fin, no se llegó a ninguna solución en la cuestión del pesaje y las fotos que se hicieron no revelaron conclusiones espectaculares. Unos segundos después de la muerte, había una diferencia de peso que oscilaba entre los 15 y los 21 gramos de peso. Según ciertas teorías se trataba de una fuga de protones de la región del cerebelo, que corresponden al impulso eléctrico inicial de la vida que se conoce como «alma».

Aunque es un asunto que no se corresponde exactamente con el contenido de este capítulo, vale la pena recordar que existe un campo de investigación asombroso en esos instantes previos a la muerte. *Milenio 3* ha registrado numerosísimos testimonios de personas que han estado en trance de muerte y, en general, la fenomenología

guarda relación con las visiones. No estamos hablando aquí del famoso túnel de luz, sino de apariciones previas a la muerte. Son clásicas las visiones de familiares muertos que instan al enfermo a acompañarles, o que les advierten que aún no ha llegado su hora, o que ven a otros muertos, etcétera. Antes de morir, algunas personas parecen desatar energías que comunican a otros su inminente fallecimiento. Esto es muy frecuente en accidentes de tráfico, en muertes repentinas y en las guerras. En todos estos casos, el nexo madre-hijo parece absolutamente determinante.

Criogenización

¿Por qué tenemos que morir? La negación de una verdad aparentemente irrefutable ha llevado a ciertas personas a explorar la posibilidad de vivir para siempre.

Es bien conocida la historia o la leyenda de Walt Disney. Dicen que en Alcor, una empresa privada norteamericana, se encuentra el cuerpo congelado de este genio de la animación. En realidad, no está congelado, sino en un estado de suspensión vital o latente. Esta suspensión, a temperaturas muy bajas, permitiría que en el futuro pudiera recuperarse su cuerpo y curar la enfermedad por la que murió. Tal método se llama criogenización, y la principal dificultad reside en la congelación de determinados tejidos que son irrecuperables después de estar sometidos a bajísimas temperaturas.

En España hay una asociación de criogenización que dirige el doctor Luis Mingorance. Él y otros profesionales de la medicina están trabajando con unas sustancias que se llaman crioprotectores y que utilizan ciertos animales cuando hibernan o están sometidos a temperaturas por debajo de cero grados. Esos crioprotectores les permiten mantenerse en ese estado de suspensión y, después, volver a la vida. «Esto es lo que intentamos aplicar al ser humano», explica el doctor Mingorance. «Hoy en día sí existe la tecnología suficiente y suficientemente desarrollada para que una persona pueda estar durante una serie de años en ese estado de suspensión y luego… intentar resucitarla, por decirlo claramente».

El problema es mantener *todos* los tejidos vivos.

En ese estado de suspensión, la personalidad queda completamente anulada. Y así se mantiene durante años, en una especie de cápsula, hasta que la medicina encuentre un remedio a la enfermedad que mató al individuo criogenizado o dé con una solución al problema que lo llevó hasta allí.

¿Qué posibilidades tiene la ciencia de conseguir esa suspensión criogénica? Luis Mingorance admite que hay personas muy conocidas —y ricas— que participan en estos proyectos. «No han dado sus datos y no han dado sus nombres, porque sus familias no lo desean o porque pueden ser tachados de lunáticos. Lo que se sabe es que ha habido muchos personajes muy conocidos que están criogenizados en Estados Unidos y en Rusia».

Rusia es al parecer una potencia en estas nuevas investigaciones porque trata de aplicarlas en viajes espaciales de larga duración. Así, los astronautas permanecerían en estado latente o de suspensión durante los larguísimos periplos a otros sistemas, en los cuales habría que invertir decenas y centenares de años.

Se sabe que una joven española se encuentra en estado de criogenización en la empresa Alcor, en Estados Unidos. En *Milenio 3* hemos hablado largo y tendido con su madre, que nos confesó que algo, como una voz interior, le ordenó «congélala», con su hija en los brazos tras sufrir un colapso y sin que en la España de 1989 hubiese información alguna sobre estos métodos. Así comenzó la extraña odisea de Cristina Cornos, que actualmente duerme un sueño eterno, supuestamente mantenida en su juvenil aspecto, dentro de una de esas cámaras metálicas. Naturalmente, los registros de esa empresa son privados y no se puede acceder a ellos. Esta joven sufrió un infarto agudo cerebral, una muerte súbita y, al parecer, su familia escogió esa vía como una esperanza a la que aferrarse. El mayor problema, al parecer, residió en la burocracia para sacar el cadáver de España, porque la suspensión criogénica no está legislada en nuestro país.

¿Qué pasará por la mente de esa joven? ¿Qué será de ella en esa cápsula helada? Y si es cierto que tenemos un espíritu, ¿dónde estará? ¿Regresará a su cuerpo cuando la ciencia pueda resucitar el cadáver dentro de cientos de años?

Preguntas de ciencia ficción para un caso real, que aguarda, en forma de joven de 21 años, a temperatura bajo cero y dentro de un ataúd de acero.

Criogenización heterodoxa y resurrección

Concluiremos este capítulo con dos episodios sorprendentes y también —para que el lector pueda dormir apaciblemente— un tanto divertidos. Son relatos con final feliz.

El primero habla de un joven cubano llamado Armando Socarras, que se escondió entre las ruedas de un avión DC-8 que volaba hacia España. El joven polizón soportó temperaturas de hasta 41 grados bajo cero. Cuando el avión aterrizó, los mecánicos de mantenimiento y el personal del aeropuerto se dieron cuenta de que un cuerpo había caído en la pista de aterrizaje. Estaba rodeado de cables y de sogas con las que se había atado a las ruedas para no caerse en el vuelo. Tenía la boca y la nariz completamente cubiertas de hielo y su cuerpo estaba prácticamente congelado. Llamaron a los servicios de emergencia y el doctor José María Pajares, especialista en cirugía bajo hibernación, tras una intervención de reanimación de cuarenta y ocho horas, logró que el joven volviera a la vida.

El segundo caso tuvo lugar en Sevilla, en 1977. Un autobús atropello a Juan Ramírez con consecuencias desastrosas. Se le trasladó al hospital, donde le diagnosticaron una importante hemorragia interna provocada por las heridas sufridas en el bazo y en el páncreas. Fue declarado muerto y se le trasladó al depósito de

cadáveres, donde permaneció cinco días soportando temperaturas de siete grados bajo cero. Cuando lo extrajeron de las cámaras heladas, Juan recobró la consciencia, pero no podía moverse ni hablar. Oía los lamentos de los familiares e incluso se dio cuenta de que lo estaban vistiendo, amortajando, con el traje de su boda. Se presentaron los empleados de la funeraria y lo introdujeron en un féretro que había sido cedido por el servicio local de pompas fúnebres, pero era demasiado pequeño: el bueno de Juan medía 1,92. Así que intentaron doblarle las piernas. Como no podían, decidieron rompérselas a martillazos. En ese momento, Juan recobró el sentido y por fin consiguió gritar. ¡Después de cinco días!

«Aunque pueda parecer una broma macabra», dice el doctor García Andrade, «a mí no se me ha levantado ningún cadáver de la mesa».

Zombi

«Cualquier persona que intente quitar la voluntad
a otra por medio de hechizos será castigada con la prisión.
Pero si, intentándolo, llega a causar la muerte,
será acusado de homicidio».

Artículo 249 del Código Penal de Haití que regula hoy el delito de zombificación.

«Cuando fallecí, me metieron aquí. Yo morí el 3 de mayo de 1962 y fui enterrado al día siguiente. Me metieron aquí debajo y estuve más de dos días sepultado. Después, vinieron a buscarme, me llamaron. Oí que decían: "¡Levántate!", y salí contestando a los que me llamaban. Después me tuvieron trabajando dos años y nueve meses en una plantación».

Wade Davis es profesor de antropología y etnobotánica en Harvard y autor de *Passage of Darkness: The Ethnobiology of the Haitian Zombie*. En este texto, todo un clásico, se recoge un episodio estremecedor con documentos irrebatibles. El profesor Davis tuvo acceso al acta de defunción de un hombre llamado Clarivius Narcise y a la declaración firmada por la policía haitiana. La declaración policial tuvo lugar en septiembre de 1980. Era un auténtico zombi, un enterrado en vida sometido a los poderes maléficos de un brujo *bokor*.

A pesar de los estudios de Davis, el mundo de los zombis es hoy casi un mito, una fábula que el cine lo ha desvirtuado notablemente presentando personajes grotescos en un universo de serie B. Pero, como casi siempre, la cruda realidad supera a cualquier ficción.

Juan José Revenga, presidente de la Sociedad Geográfica Antropológica Española, productor de documentales en TVE, corresponsal de guerra y gran conocedor de los secretos que esconden las montañas haitianas, asegura que ese fenómeno existe. Y, como se verá más adelante, tiene buenas razones para afirmarlo. «Con toda claridad, puede decirse que todo es real, aunque bastante distinto a lo que se ofrece en los espectáculos para turistas».

Según Juan José Revenga, el mundo de los zombis hay que entenderlo en un contexto religioso. Tiene sus orígenes en África, donde estas creencias son más ingenuas y también menos virulentas. El esclavismo, en opinión de Revenga, sólo consiguió que los negros africanos se sintieran desarraigados y, en cierta manera, sus creencias se tornaran más agresivas. «En el Caribe se generó la parte más fuerte del vudú, y ahí nació el zombi. "Zombi", en las lenguas congoleñas, significa "diablo". El proceso religioso o mágico consiste en arrebatarle la personalidad a una persona a través de hechizos o conjuros, con los famosos "polvos zombi" o *pondré*, como los llaman ellos».

Haití es uno de los países más pobres del planeta. Con una población formada por emigración esclava africana de distintos puntos, emplazada en lugares poco accesibles y sumida en la ignorancia, estos rituales se han conservado con pocas

modificaciones desde las ceremonias vudús documentadas en África desde mediados del siglo XVIII.

¿Cuándo y por qué se realiza una ceremonia de este tipo? Según Juan José Revenga, las ceremonias no tienen como único fin la zombificación; pueden destinarse a distintos fines, desde la exorcización a la liberación de personas que se sienten amenazadas por otros individuos.

Esas ceremonias se celebran en el *humfó* o *houmfort*, el templo, donde los *bokor* o los brujos se entregan a cantos repetitivos y reiterativos acompañados de tambores y otros instrumentos de percusión. Así parece que empiezan a entrar en trance o en estados alterados de conciencia. Los cantos se utilizan como los mantras hinduistas: la repetición de sonidos parece producir estos efectos en algunas culturas. «En esas ceremonias», añade Juan José Revenga, «se reúnen unas cincuenta personas, tocando tambores, cantando, y está presente el *hungán*, el sacerdote que va a ser poseído por el *loa*, por el espíritu, que será el que le concederá el poder. Para ello, el sacerdote baila, se mueve entre la gente, se atraviesa la cara con grandes agujas, bebe pociones y llega al trance. Esto ocurre en todas las culturas: se accede al trance mediante la música, la bebida o las drogas. Luego traen una gallina negra, que será la que le conceda el poder. El *hungán* se sitúa en medio de un círculo satánico pintado en blanco. En ese momento, el sacerdote coge el cuello de la gallina y le arranca la cabeza de un bocado, y se bebe toda su sangre. La sangre no debe caer al suelo, si cae algo sobre la tierra, puede enfadarse el *loa* y entonces la ceremonia no es válida. El *loa* es el espíritu que domina el espacio durante todo ese tiempo y el que va a "cabalgar" o a poseer al sacerdote, al *hungán*. Este hombre mata al pollo, queda poseído y ya puede conseguir los deseos que le han pedido: ya tiene la fuerza que lo hace posible. El sacerdote es como el intermediario entre el mundo visible y el mundo invisible».

Para convertir a alguien en un zombi son necesarios rituales como el que describe Juan José Revenga, pero hay un elemento imprescindible al parecer: el famoso «polvo zombi». Wade Davis descubrió para la ciencia en qué consistía esa sustancia: parte de los ojos de una lechuza, huesos de muertos, escamas del famoso pez globo, ciempiés y arañas. El elemento principal de este ungüento es el pez globo. Sus escamas contienen una sustancia llamada tetradotoxina, quizá uno de los venenos más potentes de la naturaleza, quinientas veces más potente que el cianuro y sesenta mil veces más fuerte que la cocaína, según los últimos estudios. Ese polvo, el *poudré*, elaborado en proporciones que nadie conoce, se sopla sobre la persona elegida como víctima y la sume en un estado cataléptico difícilmente imaginable: «Simplemente con soplárselos a la cara o que camine sobre ellos, no hace falta más, puede dejar a una persona con dos pulsaciones por minuto, con lo cual, no necesita oxígeno. Y al no necesitar oxígeno, se le puede meter en un ataúd y mantenerlo allí una semana…». La víctima se considera muerta a todos los efectos, se le da sepultura y, al cabo de varios días, el brujo accede a la tumba, lo llama y…

El siniestro poder del «bokor»

José Manuel Novoa, director de documentales de Transglobe Films, también estuvo estudiando el mundo de los zombis en Haití. En su opinión, las víctimas de estos rituales no son personas comunes, sino los malhechores de las aldeas. «En la ley tradicional del vudú, la pena máxima no es la pena de muerte, sino la pena de zombificación. Esto lo suelen hacer cuando en una comunidad hay algún ladrón, algún bandido, alguien que está haciendo daño; en esos casos, la sociedad secreta de vudú se reúne y nombra a un verdugo que es el encargado de soplarle el famoso "polvo zombi". Es una manera de castigar a los malhechores, o a los asesinos o a los que roban. Esto nos es un poco ajeno, pero es una realidad constatable. Es un proceso bien estudiado y se sabe que existen los zombis».

Una vez convertidos en zombis, en muertos vivientes, esas personas pasan a engrosar las cuadrillas de esclavos o sirven como criados en las casas.

Juan José Revenga opina que la tradición o la costumbre de mantener zombis como esclavos tiene raíces económicas: «Esta historia comenzó en el siglo XIX, en 1850 aproximadamente, cuando se ratifica la abolición de la esclavitud en Haití. La American Sugar Company, que explotaba las plantaciones de caña en Haití, comprendió que a partir de entonces tendría que pagar a los obreros que antes tenía gratis, como esclavos. No estaban dispuestos a pagar, así que contrataron a los brujos, a los *bokor* de la isla, para que zombificaran a la gente, para arrebatarles la voluntad y para esclavizarlos. Por eso los hechiceros o magos negros eran las personas más ricas de Haití y lo fueron durante mucho tiempo. Los *bokor* hoy siguen siendo muy poderosos, especialmente por el miedo que infunden en la gente, independientemente del poder mágico que tengan. Toda la población siente este terrible temor».

Frente a la imagen un tanto grotesca de los zombis del celuloide, estos muertos vivientes de la realidad haitiana parecen sufrir dolencias que, al menos en parte, los expertos identifican con daños cerebrales. José Manuel Novoa no tiene dudas al respecto: «Realmente, son personas que han sufrido una especie de lobotomía y han quedado prácticamente idiotizadas. Efectivamente, luego los mantienen trabajando en los cultivos o como criados. Para comprender lo que ocurre, hay que detenerse en el "polvo zombi", que, aparte de muchos componentes mágicos de incierta eficacia, tiene la tetradotoxina extraída del pez globo, que tiene el poder de hacer entrar a la gente en un estado de catalepsia. Entonces, lo sepultan, y a las pocas horas, el *bokor* acudirá al cementerio y lo desentierran. Durante las horas que pasan en ese estado de catalepsia reducen el metabolismo de tal manera que las células cerebrales, las neuronas, se destruyen y la persona queda prácticamente idiotizada».

Wade Davis hablaba de veinticinco casos —al menos— de personas enterradas y desenterradas que se habían encontrado en calidad de esclavos con el sistema neuronal destrozado y pensando que se hallaban en un mundo de tinieblas. Ese hombre, con un estado mental deterioradísimo, se cree resucitado en plena noche por

un hombre con careta: pueden trasladarlo a una plantación, a una hacienda o a cualquier otro lugar, pero ellos creen que permanecen en ese mundo de pesadilla. Hay que tener en cuenta que la creencia en estas posibilidades es absoluta entre la mayoría de los ciudadanos haitianos de orígenes africanos.

Desde la década de 1970 se registran casos de individuos de los que existen actas de defunción y a los que luego se les ha encontrado trabajando en los campos y en las plantaciones. En ocasiones han aparecido muchos años después de que se les diera por muertos; y a veces, porque hayan sido abandonados o hayan conseguido escapar, se les ha visto vagar por los caminos o han sido atropellados en las carreteras.

Revenga explicaba que él había conocido a un hombre al que le aseguraron que un amigo suyo, recientemente fallecido, había sido visto trabajando en una plantación al otro lado de la montaña. «Este hombre cruzó la montaña y fue a ver si aquel del que le hablaban era verdaderamente su amigo». Las palabras de este testigo son estremecedoras: «Lo que vi allí era la puerta del infierno. Los ojos negros, sin expresión, mi amigo trabajando, no me contestaba, no podía hablar… Hasta que apareció el *bokor* con un látigo, corriendo detrás de mí, y tuve que huir».

Pero Juan José Revenga no necesita testimonios para corroborar la veracidad de la existencia de estos muertos vivientes: «He visto zombis en los caminos: con la mirada perdida, incapaces de hablar, trabajando en las plantaciones, vigilados por un *bokor* con látigo». Y José Manuel Novoa puede afirmar otro tanto: «Sí, en Haití, en la zona de Artibonite, que es la zona donde los *bokor* y los *hungán* son más poderosos, por lo que a magia se refiere, en una ocasión estaba haciendo un documental sobre vudú y tuve la ocasión de ver a dos zombis».

Como en todos los asuntos relacionados con el mundo del misterio y todo aquello que no se admite desde la ortodoxia científica, muchos testigos europeos muestran ciertas reticencias a comentar sus experiencias en público. Aunque no diré nombres, puedo asegurar al lector que algunos compañeros, reporteros y corresponsales de la Cadena SER han admitido en privado que ellos *saben* que los zombis existen.

Las tradiciones y la ley

Le preguntamos a Juan José Revenga si es cierto que en Haití las gentes entierran a sus muertos en la parcela o en el jardín de su casa y por qué. «Bueno… los entierran donde puedan verlos… Los entierran allí por si viene el brujo o el *bokor* para llevárselos convertidos en zombis… Así, tal vez podrían salvarlos. Hay muertos a los que se les decapita o se les cosen los oídos o la boca para que no puedan oír al *bokor* cuando le llama y no puedan ser zombis, muertos en vida».

Eso no es todo. En Haití, en el año 2002, un edicto institucional recomendó que las gentes procuraran enterrar a sus muertos boca abajo y sin ataúd, porque si el muerto se convertía en zombi, siempre intentaría excavar la tierra hacia el frente. Puesto que está boca abajo, excavará hacia las profundidades y no hacia arriba. Así,

el *bokor* nunca podrá poseerlo. Esto ocurre en la actualidad.

El compromiso de las autoridades al respecto no deja lugar a la duda: el artículo 249 del Código Penal de Haití regula el delito de zombificación. Dice textualmente que cualquier persona que intente quitar la voluntad a otra por medio de hechizos será castigada con la prisión. Pero si, intentándolo, llega a causar la muerte, será acusado de homicidio.

Cuando le preguntábamos a Juan José Revenga si había algún antídoto contra estos hombres o algún modo de conseguir que descansen para siempre, el periodista no lo dudó: «La sal».

Al parecer este elemento tan común es utilizado en los rituales diabólicos occidentales contra los demonios, los muertos en vida, los vampiros… «Sí, sólo la sal puede acabar con un zombi. Si un zombi la prueba, corre hacia su tumba inmediatamente y ningún hechicero puede sacarlo de allí».

La dificilísima situación económica y política de Haití, y el fenómeno de la globalización, en todos los sentidos, obliga a detenerse en la posible expansión de estas tradiciones ancestrales. Debemos conocerlas y comprenderlas porque quizá… esos brujos ya estén entre nosotros. Es muy posible que algunos *bokor* estén abandonando Haití y estén dirigiendo sus miradas a Estados Unidos o Europa. «Eso es una evidencia», asegura Juan José Revenga. «En Estados Unidos están presentes desde hace mucho tiempo. En Nueva Orleans, por ejemplo, hay una cultura vudú incluso más fuerte que la haitiana, y son sectas con mucho dinero».

El poder de estos brujos se extiende. «Yo presencié un ritual vudú en el que un *bokor* intentaba ayudar a su hermana. Esta mujer, al parecer, tenía problemas con cierto hombre en Estados Unidos. El *bokor*, en esta ceremonia, lanzó una maldición contra la persona que estaba molestando a su hermana. Esa persona iba a desaparecer de la vida de su hermana y también iba a desaparecer del mundo. Puede parecer un ritual ancestral y algunos pensarán que no tiene ninguna efectividad. Yo hablé con esta mujer algún tiempo después, y me contestó simplemente: “Ya soy feliz”».

Una aventura peligrosa

«Quizá me metí demasiado en su mundo», explica Juan José Revenga. «Estuve viajando por las montañas haitianas en busca de una respuesta y de la realidad. Aquel mundo es completamente diferente: aquellas gentes no han tenido trato con el hombre blanco jamás y, cuando llegas a un pueblo, eres un extraño. Un anciano se me acercó en cierta ocasión, con el pelo blanco, con un sombrero de paja, un bastón lleno de formas ofídicas, y se sentó frente a mí y me dijo: “¿Tú que buscas? Aquí nadie viene por nada”. Yo le dije que estaba buscando la realidad, que quería saber qué había de verdad en aquella historia de los zombis, de los poderes del *bokor* y de los brujos… “Estoy intentando saber si existen o pueden existir en esta cultura esas figuras de las que todos hablan”. Simplemente me dijo: “Espera. Esta noche vendré a buscarte”.

»Aquella noche estuve en un templo, en un *humfó*, frente a un brujo. Era un hombre fuerte, con el torso descubierto. Estuvimos hablando de lo que sucedía allí y él me explicó cuál era su trabajo. Le dije que quería ver el "polvo zombi". Me lo mostró y luego me lo sopló en la cara… Aparecí dos días después en una cabaña, durmiendo. Cuando me desperté, me fui. Abandoné aquel pueblo sin más. No sé qué ocurrió durante aquellos dos días».

Quizá sea mejor no saberlo.

Combustión espontánea

«Así, atravesando los poros de la tierra y desprendiéndose
de su masa, se elevó el éter ignífero; y como
es muy ligero, consigo arrastró muchos fuegos».

Lucrecio, *De la Naturaleza*, V.

Fuegos de San Telmo, candil de los difuntos, éter ignífero o llamas del diablo: a lo largo de la Historia, el hombre ha calificado de diversas formas un fenómeno sorprendente y aterrador, un misterio que hoy conocemos como «combustión espontánea». Cientos de casos sin solución se archivan en los sótanos médicos y policiales esperando una explicación lógica desde el punto de vista científico.

Sin embargo, la pregunta aún parece tener difícil respuesta. ¿Existe una energía desconocida que repentinamente pueda convertir a las personas y los objetos en cenizas?

CHE

¿Qué es la combustión humana espontánea (CHE) y en qué términos podemos definirla?

En principio, se trata de fenómenos raros y excepcionales. Suelen ocurrir en lugares cerrados, sobre todo, en los dormitorios. La víctima suele estar sola en el momento de la combustión. Las quemaduras afectan sobre todo al tronco, las extremidades superiores y muslos; suele quedar sin consumir de la rodilla para abajo, o desde el tobillo. En las fotos clásicas de los archivos forenses de Estados Unidos siempre aparece un hueco en el suelo o en un sofá, y pueden verse una gran cantidad de cenizas y los restos de una persona, generalmente la parte inferior de la pierna, con el pie y el calzado. Esa parte no quemada se encuentra perfectamente; lo demás es ceniza. La combustión humana espontánea suele darse más en mujeres que en hombres; las víctimas suelen ser obesas, de avanzada edad o con enfermedades crónicas. La combustión no afecta gravemente ni al inmueble ni a los objetos que están alrededor de la persona y, tras levantar los restos humanos, en el suelo, suele haber una sustancia amarillenta, normalmente, maloliente y viscosa. Finalmente, las estadísticas sugieren que estos episodios anómalos les ocurren a personas solitarias, depresivas o incapacitadas.

La combustión humana espontánea no es un fenómeno nuevo. Al menos hay constancia histórica de episodios semejantes desde 1731. Ocurrió en las afueras de Verona (Italia). La desgraciada protagonista de este suceso era la condesa Cornelia Bandi. Según los registros médicos, fue la primera persona que se convirtió en un montón de cenizas sin una explicación plausible. Tal y como suele ocurrir en estos casos, las extremidades quedaron intactas, y así lo corroboraron los sirvientes que

pudieron entrar en la habitación. Lo extraño y lo que llamó la atención fue que las sábanas y las delicadas telas que rodeaban a la condesa no habían ardido. Por supuesto, no había instalación eléctrica ni otros aparatos que pudieran dar lugar a una desintegración semejante. El cuerpo se había carbonizado y los huesos estaban pulverizados.

En 1841, el *British Medical Journal* londinense informa por vez primera de «extraños incendios internos» en algunas personas depresivas y con claros síntomas de alcoholismo. Registraron más de una treintena de casos en los que las víctimas ardieron como antorchas humanas. La mayoría de los casos se presentaban como sucesos en los que no había ningún tipo de quemadura en los materiales y objetos cercanos ni se había encontrado ninguna fuente ígnea cercana. Sólo se habían carbonizado los cuerpos, como si el fuego surgiese de dentro a fuera. Según el boletín oficial de los médicos de Londres, ese misterioso fuego alcanzaba los 1.650 °C.

En el complejo y difícil historial de las combustiones espontáneas humanas no hay muchas variaciones, aunque los detalles sean en ocasiones relevantes. Aquí se ofrecerán algunos casos paradigmáticos, en los que los investigadores parecen haberse rendido a una evidencia: que no *siempre* se puede saber *todo*.

Uno de los casos más notables ocurrió el día 5 de diciembre de 1966, en Coudersport, Pensilvania. El protagonista era el doctor J. Irving Bentley. Las fotografías son terroríficas. El escenario es un cuarto de baño, con su mobiliario habitual, sus azulejos… ¡y una cortina de baño intacta!

Había un boquete en el suelo y, sobre él, una gran cantidad de cenizas. Como si una bomba de fuego hubiera estallado en el interior de aquel hombre y lo hubiera consumido en décimas de segundo. De él sólo quedaban los restos de una pierna, con el zueco de médico perfectamente acomodado en su pie.

La sorpresa y la extrañeza que provocó este singular episodio condujeron a una investigación especial. ¿Había sucedido algo semejante con anterioridad?

Los archivos registraban un incidente bastante parecido: la protagonista era una señora llamada Mary Hardy Reeser, de 67 años. El 2 de junio de 1951, en Florida (Estados Unidos), Patsy Carpenter entró en el domicilio de la señora Reeser con el fin de entregarle un telegrama. Nadie contestaba en la casa, y Patsy se dirigió a las habitaciones. La escena que pudo observar fue dantesca. Sobre el sillón en el que descansaba habitualmente la señora Reeser sólo había un montón de cenizas y una especie de hueco en el asiento. El sillón apenas se había quemado, pero allí donde debería estar la dueña de la casa sólo había una pierna, con su calzado puesto. El resto del cuerpo prácticamente se había desintegrado. Entre las cenizas había restos de hígado adheridos a lo que parecía ser la columna vertebral. El cráneo aparecía reducido, con el tamaño de una pelota de tenis. El certificado de defunción rezaba: «Muerte accidental por fuego de origen desconocido». Como en otros casos, ni el inmueble ni los objetos que se encontraban alrededor de la víctima sufrieron quemaduras graves.

A la hora de buscar explicaciones, se descubrió que la señora Reeser era fumadora y, además, utilizaba somníferos con frecuencia. De modo que la policía pensó que se podía haber quedado dormida en el sillón, con un cigarro encendido, y que esa circunstancia podría haber prendido la ropa y provocar aquel desgraciado accidente. Pero semejante argumento se caía por su propio peso: es imposible que una persona pueda quemarse viva sin despertarse.

Uno de los jefes de policía que llevaron el caso no quedó muy convencido con la conclusión del incendio accidental con un cigarrillo, y envió los restos del incidente al FBI, fundado y dirigido por el célebre John Edgar Hoover. Se adjuntaba la siguiente petición: «Requerimos cualquier información o teoría que pueda explicar cómo un cuerpo humano puede ser destruido por un fuego confinado a un área tan pequeña y dañar tan escasamente la estructura del edificio y la decoración del apartamento».

Hipótesis, conjeturas y mentiras

Para acercarnos a las posibles respuestas, preguntamos al doctor Fernando Bandrés, profesor titular de Medicina Legal y Toxicología en la Universidad Complutense de Madrid. ¿Es posible que el cuerpo humano, por sí mismo, genere un calor que sea capaz de acabar con él? «En el cuerpo humano existe una fuente calorífica importante que puede entrar en combustión: es el tejido adiposo, esto es, la grasa. Y cuando hay una fuente externa de calor, puede poner en marcha ese mecanismo de combustión, aunque de manera muy lenta. Ese fenómeno se puede apreciar en algunos cadáveres, porque aparece *post mortem*. Aparece una combustión significativa, porque hay un agente externo que así lo produce».

Pero la cuestión, en los casos que estamos analizando, es que no había una fuente de calor externa. Lo que se dice es que la fuente de calor estaba en el interior. ¿Esto es posible o no? «Sé que hay alguna literatura al respecto, pero yo no he visto razones para plantearse la hipótesis de un fenómeno interno que por sí mismo genere una combustión que haga desaparecer el cadáver o producir la muerte del individuo».

Según el profesor Bandrés, los cadáveres que presentan esa combustión del tejido adiposo —una combustión muy lenta y completamente diferente a la que carbonizó a nuestros protagonistas— habían sufrido una intoxicación por monóxido de carbono o hubo un agente externo calorífico. En esas condiciones, la persona queda agarrotada, es incapaz de moverse y aparece el fenómeno de la combustión del tejido adiposo, por el calor. «Pero este fenómeno está lejos del concepto de combustión espontánea según se entiende comúnmente. Ése es mi punto de vista», concluye el doctor Bandrés.

Quizá sería necesario replantear los casos de Irving Bentley o de Mary Reeser, por tanto; quizá la investigación no fue muy profunda o se cometieron errores, o la ciencia no estaba capacitada para ofrecer resultados positivos, y por estas razones se

convirtieron en leyendas… Según el profesor Bandrés es muy improbable que sea cierta la leyenda de personas que arden vivas. «Es muy difícil. Es cierto que en circunstancias excepcionales el tejido adiposo puede funcionar como combustible y se puede consumir lentamente, pero precisa un agente externo y otros condicionantes previos, como una enfermedad, una alteración, un *shock*, etcétera. En definitiva», asegura el profesor, «la idea de que espontáneamente se pudiera producir un fenómeno bioquímico que produjera esa combustión, por lo que yo sé, no creo que esté justificada en modo alguno. Respecto a esos casos, quizá los agujeros de desconocimiento los cubrimos con hipótesis que, en realidad, sólo son conjeturas».

Arde Sicilia

En marzo del año 2004, una noticia saltaba a la portada de todos los periódicos de Italia. A partir de ese momento, la práctica totalidad de los medios de comunicación europeos se hicieron eco de un extraño suceso que estaba teniendo lugar en un pequeño puerto pesquero de Sicilia llamado Caronia. Por alguna razón desconocida, en aquella población… ¡ardían las cosas! Los electrodomésticos, los muebles, las paredes, los colchones… había fuego por todas partes y nadie conseguía explicarse por qué.

Joan Soles, corresponsal de la Cadena SER en Italia, enviaba esta singular crónica: «Saludos. El mismísimo diablo andaría entretenido este invierno por Sicilia incendiando los electrodomésticos. “Ya se sabe: Satanás entra en la vida de quien le abre las puertas, y luego, pasa lo que pasa”. Ésta es la explicación que ha dado el cura Gabriele Amorth, presidente de la Asociación Internacional de Exorcistas, que no duda de que el Ángel Caído es capaz de golpear donde quiera. Un centenar de habitantes de Caronia, al norte de la isla, fueron desalojados de sus viviendas ante este fenómeno. Para conocer más detalles, hablamos con el *síndico*, Pedro Spinnato. ¿Se conocen ya las causas? “No disponemos todavía de los resultados oficiales”, nos dice. “La investigación de Protección Civil señala causas naturales, fenómenos naturales. Seguramente cargas electrostáticas generadas de forma espontánea, pero desconocemos cómo se producen”. O sea, el diablo no tiene nada que ver… “Nosotros no hemos dicho nunca eso. Eso lo han dicho los periodistas, los periodistas y los sacerdotes, y debería preguntarles a ellos. Nosotros del diablo no hablamos”. ¿No hay más peligro de incendios de aparatos eléctricos? “Absolutamente no. Toda la zona es segura. Los incendios sólo se han registrado en una pequeña región, pero no ha sucedido nada en el resto del país, que es muy tranquilo y para quienes quieran descansar… es ideal”. En definitiva, nada prodigioso. “En una zona rica en energía geotérmica como Sicilia, salen a la superficie nubes eléctricas que, por decirlo de alguna manera, provocan descargas cuando entran en contacto con materiales metálicos o conductos eléctricos. Si se trata de electrodomésticos, el riesgo de incendios es elevado”. Nos quedamos, de nuevo, sin rastro del diablo».

Quizá lo más lamentable es que aquellos hechos provocaron un pánico social notable. Sobre todo, en los primeros momentos. Algunos periódicos e Internet publicaron fotografías en las que se podían ver los enseres familiares alineados en las calles de Caronia, ardiendo. Era espectacular.

El periodista Javier Benegas viajó a Caronia inmediatamente y pudo conocer de primera mano qué ocurría y pulsar el ánimo de la población. «Caronia es un pueblo de la costa siciliana, de unos 150 habitantes. Allí la gente es encantadora y su vida es muy tranquila. Pero el panorama era desolador: la gente estaba muy nerviosa; tras casi veinticinco días de extraños sucesos e incendios, estaban un poco alterados. Han perdido casi todo lo que tenían».

Javier Benegas entrevistó a Niño Pezzina, el propietario de la casa donde comenzaron los incendios espontáneos. Desde su hogar, los fenómenos parecieron trasladarse a otros domicilios contiguos. El testigo decía que había llamado a un electricista casi inmediatamente, para que cambiara toda la instalación eléctrica de la casa, pero cuando se terminó el trabajo, los fenómenos seguían produciéndose. «Lo revisaron todo», decía angustiado Niño Pezzina, «y decían que todo estaba bien…».

Los vecinos afectados sacaron los enseres a la calle, las camas, los electrodomésticos y todas las piezas que parecían arder como por arte de magia. Esperaban, así, poder salvar sus casas. Pero, curiosamente, los colchones, por ejemplo, parecían haberse quemado de dentro a fuera, como si el origen de la combustión estuviera en su interior. «Efectivamente», dice Javier Benegas, «por lo que pudimos ver, la mayoría de los objetos se habían quemado como… de dentro hacia fuera. Puede ser que se calentaran las piezas metálicas interiores de los enseres hasta que alcanzaran una temperatura suficiente para que el resto comenzara a arder. Ardieron muebles de madera, colchones, sofás…».

En principio, todo se achacó a un problema de distribución de la compañía eléctrica. Pero la compañía envió técnicos que cortaron el suministro del pueblo y estudiaron el caso. Para no dejar a toda una población sin luz, decidieron instalar un equipo electrógeno. Pero los fenómenos seguían produciéndose. Así que optaron por cortar todo tipo de energía eléctrica en el pueblo. Una vez suspendido el suministro eléctrico de cualquier tipo, el fenómeno se seguía manifestando. Algunos testigos afirmaban que los cables ardían cuando los retiraban de la instalación: los dejaban en el suelo… ¡y comenzaban a arder!

«Sin luz, también había el mismo problema», decía Niño Pezzina. «Quitaron los hilos de la luz, pero seguía ocurriendo. Si había metal, en cualquier parte, se producían los incendios».

Los habitantes de Caronia estaban desesperados. El suceso afectaba a nueve viviendas, aunque cinco de ellas estaban ya seriamente dañadas. ¿Qué podía ser aquello?

Cuando los fenómenos remitieron y la angustia hubo menguado un tanto, hubo explicaciones para todos los gustos. Naturalmente, hubo quien habló del diablo, pero

los más racionales acudieron a teorías más lógicas: «Se habló de derivación de campos eléctricos o magnéticos relacionados con el tren, pero lo cierto es que los técnicos descartaron esta hipótesis. No se constató ningún tipo de corriente que pasara de un lado a otro ni campos magnéticos importantes», nos aseguraba Javier Benegas.

Laroya y la niña del fuego

El suceso anterior aún se mantiene vivo en la memoria porque ocurrió hace relativamente poco tiempo.

Pero sucesos semejantes se han dado en otros lugares del mundo. Aquí, en España, contamos con una serie de casos verdaderamente inquietantes y apasionantes.

El primero ocurrió hace ya más de medio siglo, en Laroya (Almería), y constituye uno de los episodios más sorprendentes que he tenido la oportunidad de investigar. Tierra límite con el desierto de Tabernas, lugar donde hubo viejos cultos árabes al dios Reshef, deidad maléfica de «fuego y cólera».

En junio de 1945, una comisión de diecisiete miembros del Instituto Catastral, del Servicio de Magnetismo y Electricidad Terrestres y del Instituto Sismológico de Almería fueron enviados por el antiguo Ministerio de la Gobernación a la localidad almeriense de Laroya. Su misión, al parecer, era bien simple: saber qué ocurría.

Esta decisión gubernativa venía precedida de los alarmantes titulares que podían leerse en la prensa: «Lluvia de fuego atemoriza al pueblo de Laroya», «Miedo en Laroya», «Más de trescientos incendios»…

Todo comenzó el 10 de junio de 1945 en un pequeño cortijo llamado Pitango. María, una niña de pocos años, se despierta aterrorizada y gritando, envuelta en llamas. Dijo que una pelota azulada había entrado por el ventanuco de su alcoba y, acto seguido, se había prendido su cama. Eran aproximadamente las tres de la madrugada. Su hermano dijo que, poco después, varios enseres se habían prendido de repente, que aparecían envueltos en una especie de aura de fuego azulado, distinto a todo lo que ellos conocían… Distinto al fuego de la leña y las velas…

Casi simultáneamente, o muy pocos días después, el fenómeno empieza a extenderse. Dos cortijos cercanos comienzan a sufrir los mismos incendios incomprensibles. Ocurren cosas insólitas: los enseres, las sillas, los abrigos o los embutidos colgados del techo se ven envueltos en esas llamas y se carbonizan.

Y el fuego surge aquí y allá sin ningún sentido lógico… Luis Silverio, el párroco de Laroya, permanece en vela y se ve obligado a tocar la campana casi constantemente, de madrugada, para que los vecinos acudan a los numerosos lugares donde se producen aquellos repentinos incendios.

El temor comienza a apoderarse de los habitantes de los cortijos y las aldeas cuando se descubre que en el cortijo Pitango se han producido las primeras heridas.

Los propietarios del cortijo sufren quemaduras en los brazos, en las piernas, en la cara, en la espalda… A veces sus ropas, la camisa o el pantalón, quedan carbonizados en un instante sin que las llamas rocen la piel.

No faltó quien volviera la mirada a la joven María, llamada «la niña de los fuegos», porque decían que allí donde ella estaba, allí ardía todo… Ramón Rubio, un vecino de Laroya, a quien entrevisté hace algún tiempo, me decía: «¿Cómo iba a ser aquella niña la que pegara fuego…? ¿Cómo iba a estar en todas partes…? Es lo que yo decía».

Cayetano Martínez era por entonces un niño que ayudaba a apagar los fuegos junto a sus padres y sus tíos. Y nunca olvidó el pánico que causaron en los aldeanos aquellos fuegos que, según él, a veces bajaban del cielo. «¡Cono! ¡Mira! ¡Que se *ha pegao* fuego allí!», decía Cayetano como si estuviera reviviendo aquellos angustiosos momentos, «íbamos corriendo, con retamas, a apagar… íbamos a apagar aquel fuego y a cien metros ya había otro. ¡Ahí hay otro! Y a correr a apagar…».

Y Ramón Rubio recordaba así aquellos días en que apagaban aquellos incendios incomprensibles. «Se repetían casi todos los días. Se pegaba fuego en un cortijo, luego en el otro… Aquello duraría un mes… o así».

Los testigos a los que pude entrevistar me contaban que había algo extraño en los cielos aquellos días. Con mucha ingenuidad y con absoluta sinceridad, me aseguraban que cuando empezaron los fuegos se veía una especie de *niño* en el aire. A veces lo llamaban *niño* y a veces *esqueleto* o *calavera*. Otros dicen que esto no fue así… exactamente. «¡De noche se veía una calavera!», exclamaba Cayetano, y hacía un arco con la mano, como si algo hubiera volado en el cielo: «¡Sssssssh…! Aquello duraba poco tiempo, pero se veía, y luego salía por aquel lado, pero ya no era la misma cosa, era otra clase de figura».

¿Una ilusión? ¿Una alucinación?

El equipo enviado por el gobernador civil de Almería se emplazó en un lugar que se llama Piedras Negras. Allí dispusieron sus aparatos de medición y toda la tecnología que tenían a su alcance en la década de 1940.

«No se lo creían», me aseguraba Cayetano.

Colocaron un trípode y… «¡Catapum…! ¡Las tres patas aquellas comenzaron a arder!». Al cabo de la Guardia Civil le empezó a arder la capa y otro tanto ocurrió a un médico de la comisión y a otros científicos. ¡Los equipos también estaban envueltos en aquel maldito fuego…!

La comisión no tardó mucho en abandonar el lugar. Pero a finales de aquel mes, los científicos firmaron un informe que daba cuenta de lo que habían podido constatar en Laroya. En el informe «Los fenómenos de Laroya: estudio sobre la posibilidad de combustiones espontáneas en la atmósfera», del Instituto Geográfico y Catastral, primera sección, Servicio de Magnetismo y Electricidad Terrestre, el ingeniero geógrafo don José Cubillo y otros dieciséis científicos aseguraban que los fenómenos de Laroya deberían englobarse, sin duda alguna, dentro de los fenómenos insólitos.

Ésta es la conclusión de dicho informe: «Del reconocimiento y pruebas efectuadas por la comisión encargada del Exmo. Sr. Gobernador Civil, puede deducirse que los sucesos no han sido originados por actividad volcánica, ni por trastornos geológicos que hayan dado lugar a desprendimiento de materias en ignición, ni a gases inflamables de ningún tipo. El origen de los incendios no se halla en manifestaciones internas ni en la superficie del terreno. Tampoco cabe achacar la causa a fenómenos eléctricos ni a la ionización de la atmósfera, ni a efectos térmicos de radiaciones solares. En resumen, no hay una causa definida a la que pueda achacarse todos los sucesos ocurridos y debe desecharse desde el primer momento toda sospecha de que hayan sido provocados por la mano del hombre. Se ha producido verdadero pánico, obligando a las gentes a tener en la calle sus modestos ajuares y vituallas. Es de esperar, quiera Dios, que el suceso no tenga repetición. Almería, 30 de junio de 1945».

Los geólogos intentaron investigar y no pudieron dar con la solución. Aquello era incomprensible. Ángel Carballo, geólogo, lo explicaba así: «Existe una cartografía, existe una investigación geológica próxima y no hay indicios en ningún punto inmediato a toda la zona que indique la existencia de materia orgánica. Y si no existe materia orgánica, decimos que no puede generarse gas natural. Ahora bien, no se puede descartar. Simplemente, no se conoce el origen de esos fenómenos».

Se descartaron todas las hipótesis y aquellas llamas azules desaparecieron tan misteriosamente como aparecieron.

La historia de los fuegos de Laroya, por desgracia, no tiene un final feliz. Aquella historia acabó en tres tumbas en el cementerio de Macael, una población cercana, al norte de la sierra. Según se contó en el pueblo, los protagonistas iniciales de esta historia, los moradores del cortijo Pitango, donde todo había comenzado, pusieron fin a sus vidas de la manera más dramática. Los más ancianos nos confirmaron que uno bebió sosa, otro se ahorcó y la última se tiró por una barranquera.

Estaban convencidos de que aquellos fuegos eran cosa del diablo. Y, a veces, las creencias matan.

Dos episodios gallegos

En 1976, la prensa gallega salió a la calle con titulares espectaculares: «Miedo en el campo gallego». El caso era insólito y terrorífico al mismo tiempo. Los habitantes de dos aldeas del concejo de Trazo, llamadas Nogallans y Outeiro, estaban amedrentados. Los carros de paja se quemaban, los establos ardían sin motivo, los animales corrían espantados y había fuego incluso en las riberas de los arroyos. Las autoridades que hicieron acto de presencia no sabían a qué carta quedarse: ellos mismos vieron arder maderas y paja sin ningún motivo aparente. La tensión llegó a tal extremo que se produjeron algunas peleas: algunas rencillas aldeanas antiguas salieron a relucir y unos se acusaban a otros de ser los causantes de aquellos fuegos…

Sin embargo, nadie tenía una explicación solvente. Aquellas malditas llamas azules aparecían por doquier, infundían pánico en los vecinos y los investigadores, las autoridades y los periodistas no podían hacer otra cosa que encogerse de hombros…

Uno de aquellos periodistas que siguieron el caso de los fuegos de Trazo fue Carlos Fernández: «Ocurrió en junio de 1976 y afectó principalmente a dos aldeas del concejo de Trazo que se llaman Nogallans y Outeiro. Son aldeas que, entre las dos, tendrán doscientos vecinos, como mucho. Hubo una especie de paranoia y de manía persecutoria de los vecinos, porque estos fuegos empezaban a surgir en alpendres, en montones de leña e incluso en el monte, espontáneamente, sin que nadie viera cómo se iniciaban ni cuál era su causa. Empezaban a arder y eso era todo. Los vecinos llegaron a montar guardia para que no ocurriera alguna desgracia. Porque esos fuegos fortuitos podrían causar daños más que materiales». Este compañero nos decía que la Guardia Civil investigó este caso y que dos agentes presenciaron esos extraños fuegos.

Una vez que el miedo remite, el asombro deja paso a la razón y se buscan explicaciones: se quisieron atribuir aquellos incendios a un vecino, pero jamás se pudo probar nada contra él, sobre todo, porque ese vecino no estuvo presente en muchos casos o se encontraba localizado en otro lugar. Era imposible que aquel hombre fuera el autor. «Aquellos fuegos duraron aproximadamente una semana y, luego, tan misteriosamente como aparecieron, desaparecieron», concluía Carlos Fernández.

El segundo episodio gallego tuvo lugar veinte años después, en 1996, en la localidad coruñesa de Sillobre.

Todo empezó un 26 de abril de aquel año, cuando María Jesús, una vecina del pueblo, se encontraba en el cobertizo de su casa realizando algunas tareas campesinas diarias. De repente, observó cómo salía un humo muy negro de un montón de paja e, inmediatamente, unas llamas tremendas incendiaron el cobertizo.

Miguel Pedrero, que siguió los acontecimientos muy de cerca, nos explicaba que la aterrorizada María Jesús había pedido auxilio a sus vecinos y que éstos habían acudido inmediatamente para intentar sofocar el incendio y limpiar el cobertizo. «Pero aquí comienza lo interesante: cuando estaban haciendo esas labores de limpieza, de pronto, comienzan a producirse toda una serie de incendios en los lugares más extraños. Los vecinos decían que había fuegos que salían de un saco de pienso, de la hierba, de las paredes, de las columnas e incluso de las tuberías o cañerías de agua».

Los incendios se sucedieron en los días posteriores, de modo que María Jesús y sus vecinos decidieron avisar a la Guardia Civil y a los bomberos. Como ocurrió en Trazo veinte años atrás, los vecinos de Sillobre y de otras localidades cercanas permanecían en vela durante la noche, vigilando, para poder apagar rápidamente los fuegos si se producían…

El caso había causado tanto revuelo que las autoridades se vieron obligadas a

intervenir. En principio, la investigación inmediata corrió a cargo de la Guardia Civil, varios de cuyos miembros fueron testigos de cómo ardía todo a su alrededor: llamaradas que surgían de la hierba o de las columnas… Hasta allí se desplazaron varias unidades de Protección Civil, a las que se le encomendó vigilar la casa de María Jesús y sus alrededores durante las veinticuatro horas del día. También acudieron varios técnicos de la Consellería de Medio Ambiente de la Xunta de Galicia y de la Delegación del Ministerio de Medio Ambiente en A Coruña.

«La realidad es que los técnicos no encontraron nada de nada», admite Miguel Pedrero.

María Jesús estaba desesperada: «Por aquí ha pasado todo el mundo y nadie ha sabido decirme por qué pasa esto. Si no vienen a ayudarme, váyanse».

Miguel Pedrero pudo entrevistar al director de la Delegación de Medio Ambiente en A Coruña, quien admitió resignadamente que no sabía por qué se producían esos fenómenos. Y añadió: «Este tipo de fenómenos es de origen energético sin explicación… sin explicación científica, por el momento. Es un fenómeno producido por algún tipo de energías desconocidas que, concentradas en una zona determinada e inesperadamente, producen una serie de incendios de origen desconocido».

En definitiva, no lo sabía.

La horrorosa muerte de Joao Prestes

«Por el resplandor que le precedía se encendieron carbones de fuego».

2SAM 22, 13.

En lo más hondo de algunos archivos policiales duermen varios casos de extrañas muertes jamás aclaradas. Se trata de documentación olvidada sobre personas que desde principios del siglo XX fallecieron tras haberse encontrado con misteriosas luces voladoras. En sus cuerpos, tras una larga agonía, aparecieron las marcas indelebles que revelaban su exposición a cierto tipo de fuentes radiactivas.

Muchos de estos sucesos ocurrieron en aldeas sin luz ni agua, en lo más impenetrable de las selvas de Brasil.

Paisajes del Brasil profundo

El extraño caso de Joao Prestes ocurrió en la década de 1940, en una de esas zonas recónditas del Brasil interior, junto al río Tieté y cerca de la localidad de Aracariguama, una pequeña población del Estado de Sao Paulo. El periodista Pablo Villarrubia Mauso, que ha investigado el caso en profundidad y que conoce perfectamente aquella zona, nos explicaba que «en algunos estudios antropológicos norteamericanos se describía cómo era Aracariguama en aquellos tiempos. Era un pueblo muy atrasado, no tenía luz en aquella época, y el agua se transportaba a mano desde el río, cargando cubos de agua. Era un lugar totalmente aislado, a pesar de que estaba cerca de Sao Paulo, a 47 kilómetros de la capital, que en aquella época tendría alrededor de un millón de habitantes. (En la actualidad cuenta con más de diecisiete millones). Aracariguama, en fin, era un pueblo del Brasil profundo. Cuando he regresado después, he comprobado que la gente sigue hablando el dialecto local, el *caipira*, la lengua indígena de los campesinos. Allí se sigue hablando de apariciones, de extrañas criaturas, de leyendas e incluso de hombres lobos, del lagarto volador o de las famosas *maes do Ouro*: esferas voladoras, brillantes, o bien cúmulos brillantes alargados».

Son elementos recurrentes en todas las partes del mundo. Se sabe que están ahí o, al menos, es evidente que las gentes hablan de ellos, que los temen y rehuyen su presencia. En relación con estos fenómenos puede añadirse uno más que resultará relevante: el *Boi tata* de Brasil. En Argentina se llama «luz mala» y también se da en otros muchos lugares del mundo. En algunas zonas de España, como Las Hurdes, se denomina «luz de muerte» o «lamparil de muerte». En general, estos nombres describen un fenómeno incomprensible, brillante, abrasador y muy peligroso.

Este tipo de luces se han relacionado en ocasiones con el fenómeno ovni y las muertes o desgracias que han causado también se han asociado a ello. En realidad,

consiste en un fenómeno ovni, porque se trata verdaderamente de «objetos volantes no identificados», sin más calificativos ni precisiones. Son fenómenos que vuelan y de cuyo origen, procedencia y función no sabemos nada o casi nada. Eso es todo.

Éste es el paisaje en el que iba a desarrollarse una de las historias más estremecedoras y apasionantes de los últimos tiempos.

Muerte de un campesino

Uno de los primeros «mártires del misterio», Joao Prestes Filho, murió en horrorosas circunstancias que jamás han podido dilucidarse por completo. Según los informes iniciales, tenía 39 años cuando falleció, aunque las investigaciones posteriores y las actas de defunción demuestran que contaba con 44. Pablo Villarrubia reconoce que cada vez que recuerda este caso siente miedo y admite que esta historia le persigue desde que investigó aquellos sucesos junto a otro magnífico especialista brasileño-japonés, Claudio Suenaga. «Se me ponen los pelos de punta», dice Villarrubia. «No es ninguna broma: la muerte de Joao Prestes Filho fue estremecedora, y por eso es justo considerarlo uno de los primeros mártires del misterio».

La historia comenzó el 4 de marzo de 1946. Joao había estado pescando, como cualquier otro día, en el río Tieté. Cuando llegó la hora de partir, le dio un apretón de manos a su compañero y se despidió de él.

Este hombre regresó a su casa, una cabaña campesina situada en los alrededores de Aracariguama, a dos kilómetros de la localidad. Era un día de carnaval, y su mujer había ido al pueblo, donde la familia tenía parientes y amigos.

El día transcurría con plena normalidad y tranquilidad, como es habitual en las comunidades campesinas del interior brasileño, y nada hacía sospechar que aquella tarde fuera a convertirse en un verdadero infierno para Joao Prestes. Sin embargo, sucedió algo terrible…

«Hay varias versiones sobre lo que sucedió…», nos dice Villarrubia. «Pero yo conocí a un testigo que conoció a Joao Prestes. Este testigo se llamaba Virgilio Ferreiras, ya fallecido, y fue clave para conocer la verdadera historia de la muerte de Joao Prestes Filho. Virgilio, cuando yo lo conocí, tenía 92 años. Lo encontramos de forma casual, y aún conservaba una fortaleza física increíble: estaba cortando caña y maíz. Era amigo y primo de Joao Prestes y habló con él cuando Joao estaba en su cama, moribundo, poco antes de fallecer».

Virgilio Ferreiras le contó a Villarrubia que Joao Prestes llegó tranquilamente a su cabaña, a su casa. Entró y preparó la lumbre para cocinar el pescado. Acto seguido, se fue a bañar y, al salir, dentro de su propia casa, se topa con una luz amarilla, brillante y zigzagueante… «Era algo… como un destello, como un rayo», dice Villarrubia. El anciano Virgilio habló de un *rato de luz. «Y* a partir de ese momento, Joao siente que el cuerpo le arde, que se le quema todo el cuerpo. Entonces, se mira en el espejo y

percibe que tiene algunas manchas, que está quemado…».

Joao Prestes Filho apenas puede mover los brazos y las manos. Siente que está ardiendo, que se está quemando vivo… Aterrorizado por aquella cosa que había invadido su casa, consigue abrir el pestillo de la puerta con los dientes, y abandona el lugar corriendo y desesperado. Corre dos kilómetros hasta la aldea de Aracariguama en busca de ayuda… Hizo aquel camino infernal descalzo, como era habitual entre el campesinado brasileño de aquellos años.

Desesperado, según relató Virgilio, el desgraciado Prestes alcanzó el centro del pueblo y entró en casa de su hermana, que estaba junto a la iglesia. Le contó lo que le había ocurrido y cómo sentía que se abrasaba… «Se echó en la cama y empezó a temblar y a tener sudores. Notaba que su cuerpo estaba prácticamente quemado. Pero no en su totalidad: ni el pelo ni las partes que estaban cubiertas por ropa parecían haber sufrido daños. Prestes sólo llevaba una especie de bermudas y esa parte de las piernas no se quemó. El cuerpo presentaba un color… como si estuviera asado o tostado… Estaba como la carne de un cerdo tostada, quemada. Ésas fueron las palabras textuales de Virgilio Ferreiras».

Joao empieza a balbucear y a sentir vívamente las graves quemaduras de primer y segundo grado que abrasaban su cuerpo, tal y como indicaba el acta de defunción que Villarrubia tuvo la oportunidad de leer en Aracariguama. Entonces, casi a punto de desvanecerse y morir, fue cuando le contó la historia a Virgilio.

Hay una parte de este impenetrable misterio que ha permanecido oculta durante muchos años. Cuando Prestes le contaba su desdichado episodio a Virgilio, añadió un suceso acontecido meses antes y que puede ofrecer datos reveladores.

Joao Prestes le contó a Virgilio Ferreiras que ya había sido víctima de otro ataque, muy parecido a éste, cuando se dedicaba al transporte de mulas por la sierra que separa Sao Paulo de Río de Janeiro. Por cerros y selvas, Prestes llevaba veinte o treinta mulas a otra comunidad, a otra aldea. Y allí, de pronto, al final de la tarde, vio una especie de bola de luz que comenzó a girar en torno a él, dio varias vueltas y estuvo a punto de derribarlo de su montura.

¿Por qué Joao Prestes no había comentado este suceso antes? Lo cierto es que Joao se asustó, pero sabía que aquello no era más —ni menos— que el *Boi tata*, el mítico *Boi tatú* del que hablaban las antiguas leyendas indígenas.

En realidad aparece ya en las crónicas de los conquistadores españoles: entre ellos, el padre José de Anchieta (1534-1597), el célebre cura canario que tradujo a la lengua indígena los catecismos y las obras doctrinales de los conquistadores. El beato José de Anchieta, llamado el *Apóstol de Brasil*, también fue testigo de la aparición de extrañas esferas luminosas que atacaban y mataban a los indígenas.

Ya poco importaban las antiguas historias: Joao Prestes se estaba consumiendo a la vista de los parientes, vecinos y amigos. En el lecho, el moribundo balbucea: «La luz… la luz…». Un enfermero de la prefectura de Sao Roque describió la imagen de Joao Prestes en términos que encogen el ánimo: «La carne de ese hombre adquirió un

aspecto… como si hubiera estado cocida durante muchas horas y las orejas se fueron deslizando por la cara».

Se le abrieron las carnes de las piernas, emergieron las rótulas, los cartílagos fueron desprendiéndose… La agonía debió de ser dolorosísima. En los partes médicos se dice que murió por un ataque cardíaco y por quemaduras de primer y segundo grado.

«El testimonio de estas gentes no fue único», explica Villarrubia, «porque se formó una especie de peregrinación cuando se supo todo esto. El pueblo entero vio morir a este hombre. Mucha gente lo vio morir. Ese enfermero dice que la carne se le desprendía en jirones del cuerpo y que los huesos y tendones aparecían a la vista…».

Los lamentos y quejidos fueron dando paso a una especie de entumecimiento general. Ya no sentía dolor. «Aparentemente, las terminaciones nerviosas ya estaban totalmente destruidas y este hombre no podía sentir absolutamente nada».

La versión del viejo Virgilio y del sobrino de Joao Prestes no es tan truculenta. (El sobrino de Prestes tenía en aquel entonces sólo 9 años y su familia impidió que pudiera ver a su tío en tan horroroso trance). Estas dos personas aseguraron que la carne no se había desprendido del cuerpo, pero que las quemaduras eran intensísimas y gravísimas. Sin embargo, insisten en que el campesino no estaba quemado en aquellos lugares cubiertos por las bermudas ni en aquellas zonas del cuerpo cubiertas de pelo, como el cuero cabelludo.

Prestes murió poco después. «Fue una lenta agonía de casi nueve horas», comenta Villarrubia. «Intentaron llevarlo al hospital de Santana do Parnaiba, la única población cercana que tenía hospital en aquel momento. Y fallece allí. Parece que la policía científica de aquella época intentó estudiar la muerte de este hombre y se abrió una investigación, pero no hemos descubierto esos documentos. Éstos, sin embargo, existieron: sí se hizo algo, porque el hermano de Joao Prestes era subcomisario de policía en aquella época y buscó todos los medios científicos en Sao Paulo para descubrir algo. Pero esos documentos no aparecieron. Por eso no sabemos qué ocurrió en realidad con Joao Prestes. La última noticia es que un grupo de franceses estuvo allí en la década de 1970 y exhumaron el cadáver. Pero no se sabe más».

Esta es, en breve, la terrorífica aventura de Joao Prestes, «el primer mártir del misterio». Desde el punto de vista objetivo, poco más puede decirse. El resto no dejan de ser especulaciones e hipótesis que pretenden arrojar alguna luz a este episodio lleno de sombras. Este caso se ha presentado como ejemplo de la actuación de ciertas energías negativas o demoníacas, y otros hablan de fenómenos físicos inexplicables, pero nada se sabe a ciencia cierta. Lo más cercano a esas quemaduras son los síntomas propios de la exposición a la energía nuclear o atómica.

Radiación

El doctor Miquel Bibiloni Brotad fue el máximo responsable del Centro de Estudios de Energía Nuclear y actualmente es jefe de Servicio de la Consellería de Innovación Tecnológica de esta institución. *Milenio 3* solicitó su colaboración en esta investigación, dado que sólo contábamos con una referencia conocida a la que se pudieran asimilar las quemaduras de Joao Prestes: la radiación nuclear. Sus palabras fueron muy reveladoras y sorprendentes, porque hablaba de catálogos de casos en los que algunas personas habían sufrido la irradiación de determinadas fuentes energéticas desconocidas. Curiosamente, estos hechos se producían en lugares apartados, donde no hay posibilidad de confusión, ya que ni siquiera cuentan con servicios de luz eléctrica.

Bibiloni Brotad nos hablaba, sin medias tintas, de casos ovni: «Yo me baso en un catálogo que han compilado en la NASA. Es un catálogo muy interesante y versa sobre los efectos fisiológicos o presuntos efectos fisiológicos del fenómeno ovni sobre los seres humanos. Hay una colección de casos impresionantes, pero con frecuencia no están bien documentados. Porque hayan ocurrido en regiones remotas del planeta o porque los científicos, y en especial los médicos, no hayan prestado demasiada atención, el caso es que no están muy documentados. Lo que sí se puede decir es que un pequeño porcentaje de las personas que han estado en contacto o en una relación de proximidad con el fenómeno ovni, en algunos casos, presentan una sintomatología cercana a la que se produce con la exposición radiactiva. Esto es verdad. Pero es un número muy pequeño».

Cuando le comunicamos al doctor Brotad el tipo de quemaduras de Joao Prestes, admitió que podrían corresponderse con algunos grados de radiación. «En el caso de las radiaciones ionizantes, a partir de ciertas dosis, naturalmente, pueden causar la muerte. Los efectos de las radiaciones se pueden medir estadísticamente y la gravedad de la radiación depende de los niveles de exposición».

Joao Prestes murió de un modo horrible, quizá por una extrema radiación, quizá por efectos físicos o meteorológicos desconocidos, quizá por un rayo de luz, quizá por el ancestral *Boi tata*, quizá por fenómenos maléficos y demoníacos…

No faltará quien diga que estos argumentos son leyendas, pero… ¿las leyendas matan?

Quinta parte
Biografías prohibidas

Drácula, Jack *el Destripador*, Cristóbal Colón, Jesús de Nazaret… ¿Por qué elegir ésos y no otros? Quizá porque este póquer biográfico define a la perfección lo que es la ira, la grandeza, la violencia, la bondad, la maldad, la fe en un sueño, la aventura, la superación y lo prodigioso como ninguna otra conjunción de seres humanos. Lo mejor y lo peor de nuestra especie, con sus luces y sus sombras, con sus misterios aún por desvelar, están concentrados en ellos. Para nosotros fue una auténtica aventura conocerlos mejor. Como un viaje lleno de sorpresas inesperadas…

Drácula

«¡Strigoiu…! ¡Strigoiu…!». «¡Vampiro…! ¡Vampiro…!».

Agonía de Bram Stoker.

Bram Stoker (1847-1912) acabó sus días devorado por el monstruo que creó. Había escrito un libro que le dio fama y dinero: la historia de un príncipe de Valaquia del siglo XV, el conde Vlad Tepes. El novelista modificó convenientemente aquella historia, añadió otros elementos literarios propios de su época, configuró una trama y destiló gotas de romanticismo en una obra destinada a pervivir durante siglos: *Drácula*.

Pero la suerte le volvió la espalda en los últimos años de su vida. Dicen que el día de su muerte, Bram Stoker se despertó en mitad de la noche. Las personas que acudieron antes de que su corazón se detuviera definitivamente observaron como miraba fijamente un rincón de aquella sórdida casa de huéspedes dublinesa. Pálido y febril, señalaba con un dedo tembloroso una esquina del cuarto y gritaba como intentando espantar a alguien invisible allí apostado: «¡Strigoiu…! ¡Strigoiu…!».

El vampiro, el no muerto, había regresado de las tinieblas.

El reino del miedo

En el principado de Valaquia, en 1456, pudo verse en el cielo una estrella brillante y desconocida. Las viejas crónicas aseguran que aquel fuego celeste ocupaba la mitad del firmamento y que tenía dos colas: una señalaba al este, y la otra, de color dorado y con aspecto de llama ondulante, al oeste. Aquel fenómeno se consideró un presagio nefasto que auguraba pestes, muerte y destrucción. Los valacos no se equivocaban: aquel mismo año de 1456 ascendía al trono, Vlad IV Draculea.

Vlad Draculea nació en 1431 en Valaquia (en la actualidad sur de Rumanía). Era el segundo hijo del poderoso vaivoda de Valaquia y los retratos lo muestran con unos bigotes vueltos hacia arriba, mantos de marta cibelina, piedras preciosas y una mirada que expresaba bien cómo fue su vida feroz. Su padre y su hermano murieron en una de las múltiples batallas que enfrentaron a la familia con los vecinos húngaros y con los violentos turcos que constantemente amenazaban las estribaciones de los Cárpatos. A su hermano mayor, en 1447, le clavaron hierros candentes en los ojos y lo enterraron vivo. Y se asegura que Vlad Draculea, entonces, jura vengarse… y no sólo de los turcos, sino de todo el género humano.

Ocupó el poder a lo largo de tres períodos (1448, 1456-1462 y 1476), fue secuestrado y encarcelado, y sus enemigos enviaron asesinos y sicarios que nunca pudieron acabar con él. Sencillamente, parecía inmortal.

Cuando Vlad IV accedió al trono, convirtió Valaquia en un fortín. Ni siquiera los

turcos, con un ejército mil veces superior, podían hacerle frente. Sobre su territorio se extendía la sombra del terror: sus súbditos le temían y lo adoraban; sus enemigos lo respetaban y temblaban cuando alguien pronunciaba su nombre.

Algunos guerreros invasores pudieron llegar a ver la silueta de su castillo en Sighisoara. Las viejas crónicas cuentan que quedaron horrorizados ante el espectáculo que veían sus ojos: empalados. Decenas y centenares de hombres, mujeres y niños atravesados por grandes estacas; muchos de ellos todavía agonizaban en aquel suplicio. Quizá por eso lo llamaban Vlad Tepes, *el Empalador*.

Todo olía a muerte en Valaquia.

Vlad Draculea pertenecía a la antiquísima Orden del Dragón. Su padre fue uno de los patriarcas de esa fraternidad. Se trataba de una orden católica que intentaba hacer frente a los turcos. En una época de fanatismo religioso, el cristianismo y el islam se enfrentaban a muerte en los bosques y valles de los Cárpatos. La lucha contra el turco fue feroz. Y Tepes fue un precursor en el uso del terror psicológico como efectiva arma de batalla.

Quienes más sufrieron sus desvaríos fueron sus propios súbditos. Se cuentan historias terribles de él. (Las crónicas documentan esos hechos, aunque justo es reconocer que no siempre hay que fiarse de las crónicas del siglo XV). Decían que Vlad Tepes era un hombre que odiaba la holgazanería de su pueblo: hacia 1457 celebró una gran fiesta en su castillo. A ese fastuoso banquete invitó a todos los mendigos, tullidos, pedigüeños y pordioseros de su principado, les ofreció suculentos manjares y regó aquellas delicias con el mejor vino… Incluso permitió que aquellos vagabundos pisaran las riquísimas alfombras de su palacio. Alegres, los desheredados pensaban estar viviendo en el paraíso. Pero cuando hubieron saciado su hambre y el alcohol embotaba sus cerebros, el Empalador bajó las escaleras y con voz cavernosa les dijo:

—¿No es un placer vivir así, queridos amigos?

Todos respondieron afirmativamente y con muestras de gran alegría.

—Sí. No es justo que viváis en la miseria. Yo os llevaré a un lugar donde todo son placeres.

Todos aplaudieron y vitorearon al príncipe.

Entonces, hizo tapiar las puertas de aquel salón, arrojó leña en su interior y le prendió fuego. Se asegura que murieron tres mil seiscientas personas.

También se da por cierto que desayunaba viendo agonizar a los empalados en verdaderos bosques humanos. Vlad Tepes no sólo utilizaba el empalamiento para los musulmanes turcos; también perseguía ferozmente las conductas que consideraba impropias de un buen cristiano. Especialmente, odiaba el adulterio… sobre todo, en las mujeres. Las acusadas de este pecado eran atravesadas, y si habían tenido un hijo ilegítimo con otro que no fuera su marido, empalaba también a los niños sobre su cabeza; y no importaba cuál fuese su edad.

Entre sus súbditos, perseguía con saña a los gitanos. Este pueblo errante se había

negado a participar en el ejército de Vlad Tepes. La forma de convencerles fue sencilla: en 1460 capturó a tres patriarcas de las principales tribus gitanas y los asó. Luego obligó a los gitanos a comérselos. Después afirmó con sanguinaria rotundidad que tal era el fin que les esperaba si se negaban a luchar bajo las insignias de la Orden del Dragón y del ejército valaco.

¿Quién podría contar los muertos a manos de este horrible tirano? Se asegura que derramó la sangre de más de cien mil personas. Su política del terror ofreció espectáculos siniestros y se congratuló de haber inventado refinadísimas torturas y métodos de ajusticiamiento. Su obsesión por el control de la población llegó a límites inconcebibles. Se decía que odiaba profundamente a los ladrones, que no toleraba que se escamotearan los impuestos y que la distracción de una sola moneda conducía al patíbulo. En 1463 colocó una copa de oro en mitad de una plaza de Sighisoara. La gente podía beber de ella, pero ¡ay de quien osara robarla! Esa copa se mantuvo tres años en la plaza sin que a nadie se le pasara por la cabeza hurtarla.

Probablemente el mito de Drácula nació en vida del propio Vlad Tepes Draculea, *el Empalador*. Se comenzó a murmurar que estaba obsesionado con la muerte, con su propia muerte, y que comenzó a delirar a propósito de la posibilidad de vivir para siempre. Aquel interminable derramamiento de sangre no podía permanecer ajeno a los rumores del pueblo y se aseguró que Vlad IV bebía la sangre de sus reos y enemigos para alargar su vida. Cuando capturaba a algún noble turco o a algún personaje importante, lo empalaba y exigía que alguien recogiera la sangre que destilaba del desgraciado prisionero; después, la ingería como si se tratara de un elixir de la vida eterna, un poderoso bebedizo que lo convertiría en un ser… ¡inmortal!

Una traición de su propio ejército y una acción rápida de los turcos consiguieron que Vlad IV fuera apresado. Al parecer, le cortaron la cabeza en 1476. Se había rumoreado que era la única manera de acabar con su vida. Cuando trasladaron la cabeza del gran sanguinario a Estambul y la expusieron a la vista del pueblo, las gentes se arremolinaban para ver al tirano valaco que aterrorizaba sus noches. Quizá también deseaban asegurarse de que Vlad Tepes, *el Empalador*, había muerto.

Tumbas vacías

En Transilvania se da un hecho que puede resultar curioso. Vlad IV Draculea, Drácula, se considera allí un héroe y, sorprendentemente para los occidentales, suele pronunciarse una frase estremecedora: «¡Que vuelva Drácula!». Esta expresión tiene una justificación sociopolítica: en tiempos conflictivos, cuando la delincuencia y las mafias parecieron adueñarse de Rumanía —tras la caída de Nicolae Ceaucescu (1989)—, los rumanos recuerdan la parte «positiva» de la vieja historia. A pesar de sus crímenes, a Vlad IV se le consideraba, en cierto modo, un justiciero.

Fernando Martínez Láinez es autor de *Tras los pasos de Drácula*, una investigación encaminada a descubrir por qué, por ejemplo, Ceaucescu consideró

héroe nacional a Drácula y por qué muchos rumanos, a pesar de la crueldad de Vlad IV, consideran a Drácula un auténtico ídolo. «Vlad Tepes era un príncipe cristiano», explica Fernando Martínez Láinez. «Era un hombre que apoyaba a la iglesia ortodoxa rumana y que favoreció enormemente a los monasterios y conventos religiosos. Él estaba convencido de que actuaba en nombre de Dios. En ese sentido, era un comportamiento "esquizofrénico", pero muy común en aquella época. Se podían llevar a cabo grandes matanzas y, sin embargo, estar convencidos de que Dios lo aprobaba, lo consentía y lo premiaba».

El fanatismo religioso es así: incongruente e implacable. A lo largo de la Historia pueden espigarse numerosos hechos semejantes: hombres que han sido capaces de las peores tropelías en nombre de Dios.

«Una de las pruebas palpables de la devoción o el respeto que este hombre inspiraba a la Iglesia, o del entendimiento que tenía con la Iglesia, es que fue enterrado en un templo que pertenecía a un monasterio que él mismo había protegido», añade Martínez Láinez. «Es una iglesia pequeñita y allí está la tumba. Y cuidando la tumba de Drácula está una monja, una humilde monjita que, bueno… está allí… como si cuidara las reliquias de un santo».

¡Así que hay una tumba en Sighisoara con los restos del maléfico Vlad Tepes!

Noelia Induráin, coautora de *Vampiros*, nos contaba que esa capilla, o esa iglesia está realmente dedicada a Vlad IV. Allí, al parecer, todo está relacionado con él, y hay recortes y carteles que perpetúan su memoria. «Es una iglesia por y para Vlad», asegura Noelia Induráin. «En 1933 hubo unas excavaciones y se dice que no se halló el cuerpo de Vlad. Al parecer sólo había huesos de caballos y un anillo con las armas de Valaquia. Sin embargo, hay quien afirma que se halló un esqueleto y dos cráneos. O sea, ni siquiera existe un acuerdo sobre lo que realmente se encontró en esa tumba».

Muchas jóvenes estarían más tranquilas si los historiadores y los arqueólogos les aseguraran que se han encontrado los huesos de Vlad Tepes y que se puede confirmar que está muerto y bien muerto.

«Lo cierto es que se venera a Vlad en Transilvania», asegura Noelia Induráin. «Te puedo asegurar que se le venera». Y se le venera porque fue en realidad un gran guerrero. Noelia Induráin pone el dedo en la llaga cuando habla de la importancia de considerar la historia de Vlad IV en su espacio temporal sin incurrir en anacronismos. En aquella época, Vlad Tepes era un cristiano enfrentado al poder turco, que procuraba la estabilidad de su principado y la prosperidad de su pueblo. Los métodos de Vlad Tepes parecen hoy horrendos —y seguramente lo eran también en su tiempo —, pero no eran muy distintos a los de otros príncipes de su época.

Sin embargo, hay detalles que caracterizan a Vlad Tepes como un personaje muy cercano al vampiro. Como se ha señalado, algunas crónicas aseguraban que desayunaba observando a los empalados. Y más: que desayunaba la sangre de los empalados. ¿Es éste el origen o la fuente principal de Bram Stoker? Según la mayoría

de los historiadores, no cabe duda de que el escritor conoció algunas crónicas que hablaban de Vlad Tepes y de su fruición sanguinaria. «Los historiadores están de acuerdo en eso», explica Noelia Induráin. «Algunas crónicas dicen que llegaba a desayunar entre los empalados. Y en otras se asegura que untaba el pan en la sangre que caía de la gente que estaba agonizando. Yo supongo que si Bram Stoker llegó a leer eso…».

Otros vampiros

La sangre se ha considerado fuente de vida desde la más remota Antigüedad. La primera referencia a un vampiro se encuentra en piezas arqueológicas persas, babilónicas y chinas (véase el capítulo «Vampiros» para una breve historia del tema). La mitología griega también conoció sus propios vampiros. Pero la verdadera historia del vampiro comienza en la Edad Media. En el siglo XII, algunas crónicas de Inglaterra hablan de muertos hallados fuera de sus ataúdes. En Cataluña es famosa la leyenda del conde Struch, del que se decía que andaba los caminos como alma en pena y que se apoderaba de los viajeros para succionarles la sangre. En el siglo *XIV*, en Europa del Este comienzan a producirse espectaculares manifestaciones vampíricas que coincidían, además, con grandes epidemias de peste. Los enterramientos precipitados favorecían la aparición de presuntos «resucitados». En el siglo XV, en Francia, fue famoso un personaje llamado Gilles de Rais, identificado como un auténtico vampiro. Este hombre, antiguo compañero de armas de Juana de Arco, pensó que en la sangre se hallaba el secreto de la Piedra Filosofal y su locura le llevó a torturar y a asesinar a más de trescientos niños, a los que extraía la sangre para experimentar con sus pócimas.

La Edad Media fue la época preferida de los románticos. No es extraño que los escritores del siglo XIX recurrieran a historias medievales para recrear y revitalizar personajes que parecían olvidados. El doctor Polidori, médico y consejero de lord Byron, Charles Baudelaire y Bram Stoker fueron algunos de los escritores que desarrollaron el tema del vampiro y, sin duda, fue el último quien le confirió la imagen que de él se tiene en la actualidad: Drácula, el vampiro, es un no muerto, un conde de Transilvania que rejuvenece —hasta adoptar una imagen galante, con capa negra y sombrero de copa— con la sangre de sus víctimas, principalmente damas lánguidas y hermosas. Escapa de la luz del sol y rechaza las imágenes sagradas, especialmente la cruz. (En las películas de serie B, incluso teme a los ajos). Se acaba con él clavándole una estaca en el corazón. Puede transformarse en casi cualquier bestia salvaje, pero preferentemente gusta de revestirse con la imagen de un murciélago.

Aparte de la natural repugnancia del hombre hacia estos animales, hay datos antropológicos y zoológicos que permiten establecer una línea de continuidad entre la

imagen común del vampiro y ciertos animales que, precisamente, tienen el mismo nombre. No son animales fantásticos. Son pura realidad.

Fernando González Iglesias, prestigioso realizador de documentales, se ha detenido también en este mundo de los chupadores de sangre. Nos decía que en tiempos de los mayas y los aztecas se hablaba de un vampiro gigante. «De este vampiro, notablemente grande, se conocen restos fosilizados de hace más o menos 10.000 o 20.000 años. Se especula que pueda estar todavía vivo en selvas del norte de Sudamérica y de Centroamérica». Este animal parece tener alguna relación con la figura mitológica del «murciélago de la muerte» del que se hablaba en la cultura maya y que aparece representado con frecuencia en la iconografía de dicha cultura. No se trataba de un pequeño murciélago que succionara gotas de sangre, sino de una verdadera bestia capaz de matar a un hombre. «Estos vampiros gigantes se confunden a menudo con los zorros voladores, que son grandes murciélagos de casi dos metros de envergadura», advierte Fernando González Iglesias. «Mucha gente les tiene miedo, pero son absolutamente inofensivos. Viven en el Sudeste Asiático. Sin embargo, existen los vampiros auténticos; son pequeños, pero en absoluto son inofensivos: son unos animales muy peligrosos e históricamente han sido terribles para los hombres». En efecto, los cronistas de Indias hablaban de esos terribles encuentros con los murciélagos vampiros de las zonas pantanosas de Centroamérica. Cuando se quitaban las corazas y se dormían, algo acechaba en las sombras. Notaban que día a día iban perdiendo la fuerza y el vigor y caían desfallecidos en aquellas selvas y pantanales.

«Son pequeños», dice González Iglesias. «Apenas tienen un palmo de envergadura. Pero utilizan una técnica verdaderamente siniestra. Se posan sobre su víctima (precisamente por eso pesan tan poco) y hacen una pequeña incisión con los dientes; su saliva tiene un anestésico y un anticoagulante; lamen la herida y empieza a brotar la sangre sin parar. En vez de succionar la sangre, como el vampiro de Bram Stoker, lo que hacen es lamer la sangre que va cayendo. Entonces es cuando acuden cientos de ellos y, casi sin darse cuenta, su víctima muere».

Este tipo de animales se llaman murciélagos hematófagos, es decir, comedores de sangre. Habitan sobre todo en América Latina, en zonas templadas o tropicales que se extienden desde México hasta el centro de Chile y el norte de Argentina. Hay tres clases principales: el vampiro común o *Desmodus rotundus*, de pequeño tamaño y aficionado a chupar la sangre de mamíferos como cerdos, vacas, caballos u ovejas. El segundo es el vampiro de alas blancas, *Diaemus yuongi*, identificable porque posee una mancha blanca en las puntas de cada ala. Este vampiro prefiere la sangre de las aves. La última tipología corresponde al vampiro de patas peludas, *Diphylla eucudata*, de orejas pequeñas y ojos saltones. También prefiere la sangre de las aves. El vampiro gigante del que hablaba Fernando González se denomina *Esmodus draculae*. Naturalmente, el nombre se debe al popular Drácula, porque los hallazgos paleontológicos de esa especie se realizaron ya en el siglo XX. Algunas tribus

indígenas no consideran que este vampiro gigante se haya extinguido. Para ellas no es un mito. Sigue vivo y esperando…

Estrellas del celuloide

La filmografía sobre Drácula es extensísima. Comienza con una película húngara, hoy perdida, de 1920. Inmediatamente después saltó a las pantallas la terrorífica *Nosferatu* (1921) de E W. Murnau, con Max Schreck. *Drácula*, de Tod Browning, con Bela Lugosi es de 1930. A partir de ese momento se suceden las secuelas, las parodias y algunos trabajos más o menos serios. Entre la inmensa producción cinematográfica referida al personaje de Bram Stoker, se pueden citar *Drácula, Prince of Darkness* (1965), de Terence Fisher, con Christopher Lee, otro de los grandes Dráculas de la historia del cine. De 1978 es *Nosferatu: Phantom der Nacht*, de Werner Herzog, con Klaus Kinsky. Y, finalmente, una gran pieza cinematográfica: *Drácula*, de Francis Ford Coppola, con Gary Oldman, de 1992.

Para hablar de cine y de los aspectos más oscuros relacionados con Drácula, *Milenio 3* se puso en contacto con Jesús Palacios, crítico cinematográfico y especialista en los recovecos más siniestros de Hollywood. Le comentábamos cuán diferente parece el *Nosferatu* de Murnau respecto a los Dráculas posteriores, teñidos de romanticismo. El vampiro terrorífico que encarnaba Max Schreck no tenía el *glamour* que se esperaba de él en los siglos XIX y XX. «Alrededor de Max Schreck hay toda una mitología, porque es un actor muy poco conocido. Murió muy prematuramente, interpretó relativamente pocos papeles y entre ellos, desde luego, el más destacado fue el de Nosferatu. Y el personaje que interpreta Schreck no es tanto el vampiro draculiano de la novela de Stoker ni el del cuento de John William Polidori, que fue el que lanzó esa imagen del vampiro aristócrata. El Nosferatu de Murnau se basa más bien en el folclore original del vampiro: aparece como una alimaña de la noche, como una criatura infernal, como una especie de demonio que extiende la enfermedad a su paso. Lleva con él la peste y las ratas».

En opinión de Jesús Palacios, en *Nosferatu* se aprecian las ideas esotéricas del equipo de dirección y producción. Muchos de ellos estaban afiliados a órdenes y fraternidades secretistas y esotéricas muy frecuentes en la Alemania anterior a la Segunda Guerra Mundial. Por esa razón entiende que *Nosferatu* se puede observar a la luz de determinadas imágenes relacionadas con el ocultismo. «La película es un conflicto entre la luz y las tinieblas, que va más allá del mero vampirismo. Es una película esotérica a niveles más profundos».

Entre los actores que han interpretado a Drácula pueden destacarse a Bela Lugosi, a Christopher Lee y a Gary Oldman, sin duda. Pero el que más se identificó y se sugestionó con el personaje fue Bela Lugosi. Era de origen húngaro y saltó a la fama gracias a la interpretación del conde transilvano. A partir de entonces se vio un poco encasillado en esos papeles y en otros muy semejantes. En la última fase de su vida,

afectado por una enfermedad incurable y adicto a la morfina, comenzó una verdadera obsesión para él. Se vestía habitualmente como el conde Drácula, empezó a dormir en el interior de un ataúd… Se decía que pedía a sus criados que le llevaran telarañas frescas… El día de su funeral, por expreso deseo suyo, fue enterrado con la indumentaria propia del conde Drácula. (Era una indumentaria cinematográfica, que no tenía ninguna relación ni con el verdadero Vlad Draculea, ni con el personaje de Bram Stoker ni con ningún vampiro que se acercara a la historia o a la realidad). El día que bajó a la tumba llevaba puesto un broche que utilizó para la película de Tod Browning (*Drácula*, 1930).

Damas pálidas y damas sangrientas

En el capítulo dedicado a los vampiros se trataron pormenorizadamente las explicaciones médicas que ofrece la ciencia para poder entender el fenómeno del vampirismo. Porfiria, rabia humana, hematodixia, hematofagia y desequilibrios mentales parecían ser las conclusiones de los especialistas, quienes, además, describían cuadros clínicos muy precisos, como la orina de color rojizo, sensibilidad a la luz del sol, formación de ampollas, fotodermatitis, vómitos, trastornos de la personalidad, entumecimiento y dolor en las extremidades, etcétera.

Aquí se van a proponer dos explicaciones más, pero elaboradas bajo una perspectiva histórica. La primera se debe al patólogo del Instituto Forense de Viena, el doctor Christian Reiter, el cual asociaba el vampirismo con el ántrax. La patología del ántrax atacaba especialmente al ganado lanar y vacuno, y era muy contagioso y virulento. Además, tenía una característica temible: los hombres se podían infectar. Durante las hambrunas que han devastado las regiones centroeuropeas a lo largo de los siglos, la población se veía obligada a consumir en invierno los cadáveres del ganado, algunos infectados con ese contagioso bacilo. Ello daba lugar a que la enfermedad se convirtiese en un endemismo patológico.

Para otros episodios vampíricos, el doctor George Tallar aportó ya en el año 1784 una de las explicaciones más lógicas y más creíbles. Las caras pálidas se debían a fortísimas anemias. La Iglesia ortodoxa imponía a sus fieles rigurosas normas alimenticias, entre las que se encontraban prolongados ayunos. Los desfallecimientos y las muertes, la lividez y la languidez de las damas no se debían a vampiros que entraban en las alcobas femeninas aprovechando las oscuridades nocturnas, sino a carencias alimenticias graves.

Una de aquellas damas pálidas del siglo XVI se llamaba Elizabeth Bathory y su historia compite con la de Vlad Tepes en crueldad y locura. Elizabeth Bathory es la Condesa Sangrienta.

Beth nació en 1560, en el seno de una rica familia húngara. Desde su infancia, gracias a su niñera, se inició en el esoterismo y a muy temprana edad anidó en ella una especial atracción hacia la sangre. A los 15 años se casó con el conde Ferencz

Nadasdi, un guerrero al que se le conocía como el Héroe Negro. Debido a las numerosas batallas a las que tenía que acudir el conde, Beth se sintió atrapada en la soledad de su palacio y comenzó a rodearse de personajes extraños. A uno de ellos lo llamaban «el Vampiro». Eran gentes que se dedicaban a la brujería, alquimistas, hechiceros. La condesa no parecía tener miedo a las artes oscuras, pero, en cambio, le horrorizaba envejecer.

Tras la muerte de su marido, Elizabeth comete su primer crimen: mata a una joven sirvienta que estaba peinándola. La criada, al parecer, le hizo daño mientras le acicalaba el cabello y Elizabeth la abofeteó hasta que la hizo sangrar. Su mano quedó ensangrentada y, en su locura, creyó ver que aquel trozo de piel rejuvenecía. Inmediatamente, ordenó que le cortasen las venas a su doncella y llenaran la bañera con su sangre.

Y así comenzó una orgía de sangre y muerte que nadie era capaz de detener. Todas las mujeres entre 14 y 40 años eran víctimas propicias para esta Condesa Sangrienta. Javier García Sánchez, autor de *Ella, Drácula*, una novela donde se explora la figura histórica de esta sanguinaria asesina, nos explicaba que se contaron más de mil muertes violentas para dar satisfacción a aquella mujer. «Se sabe de cerca de setecientas mujeres asesinadas con nombres y apellidos. Pero se supone que durante veinte años mató a otras tantas, a las que enterró en lugares indeterminados a lo largo de toda Hungría. Esto es: se calcula que al menos asesinó a mil jóvenes».

¿Puede atribuirse a Elizabeth Bathory alguna relación con la historia de los vampiros o con la tradición sanguinaria de Europa Oriental? En opinión de Javier García Sánchez, aquel monstruo con forma de mujer tenía un delirio, un problema mental. «No podía concebir ser una persona común que nacía, crecía, se deterioraba y moría. Era una mujer extraordinariamente hermosa y me pregunto si la sangre no tendría algo que ver en la hermosura que conservó durante tanto tiempo. Quizá. Pero si aquella sangre mantuvo su belleza en algún grado [cosa improbable], lo que es cierto es que la deterioró mentalmente: ello acrecentó su locura y su afán de sangre, y lo que al principio fue un uso “moderado”, se convirtió en baños permanentes de sangre humana e ingestión oral».

La Condesa Sangrienta llevó a cabo estos cruentos asesinatos durante doce años, hasta que los campesinos denunciaron los hechos ante el soberano Matías II. En 1610, el monarca envió una tropa de soldados al castillo de Beth Bathory. Allí encontraron cincuenta cadáveres sepultados y varias jóvenes brutalmente torturadas y con múltiples cortes por todo su cuerpo. También hallaron, en el sótano, una especie de jaula con forma humana con púas hacia el interior; allí encerraban a las jóvenes y las desangraban. Las púas atravesaban sus cuerpos mientras la condesa se colocaba debajo del artefacto para ducharse con la sangre caliente de aquellas mujeres. Liberaron a las víctimas y siguieron sus pesquisas por las habitaciones: en una de ellas encontraron a la condesa, acompañada de algunos hechiceros, enfrascados en un nuevo ritual sangriento.

«Cuando todo se supo», nos explicaba Javier García Sánchez, «los ciudadanos no daban crédito… Y aunque estaban probados sus crímenes, tardaron dos años en poderla atrapar. Al fin y al cabo, era un personaje importante de la nobleza y estaba emparentada con los reyes de Transilvania, Valaquia y Polonia. Detenerla, juzgarla y ejecutarla, como hicieron con sus cómplices, habría supuesto una guerra segura entre esos tres países».

Así que el rey Matías decidió emparedarla viva en una habitación de su castillo. Sólo le hacían llegar comida cada dos meses. «Y aun así», concluye Javier García Sánchez, «¡la bruja aguantó cuatro años…!».

Adiós al vampiro

Aquí acaba, por el momento, este apasionante viaje por las tierras del Este de Europa: el lugar donde habitan los no muertos, los vampiros y los monstruos más sanguinarios.

Transilvania es una región que aún mantiene inmensos bosques, profundos y oscuros. Situada en la región central de Rumanía, es una meseta elevada, rodeada por los llamados Alpes de Transilvania, una cordillera de los Montes Cárpatos. Las montañas rodean la región como un muro y en varios lugares avanzan hacia el interior. Conocer la región de Transilvania supone entrar en un magnífico paisaje de bosques, valles y colinas, y castillos y poblaciones medievales como Sighisoara, ciudad declarada Patrimonio de la Humanidad.

Hay dos «Rumanías». La Rumanía de las grandes ciudades y la Rumanía rural. Pero la Rumanía rural representa casi el 70 por ciento de la población del país, donde aún perviven hondas tradiciones. La fuerza de la naturaleza —aún hay osos que matan a dos o tres personas cada año— y la profundidad de sus bosques se conjugan bien con los cuentos de los campesinos, que hablan de temibles criaturas de la noche y de demonios.

Pero el *marketing* turístico también ha llegado a esa remota parte de Europa. Allí, Vlad IV es un héroe, el príncipe valaco que luchaba contra los húngaros y los turcos. El Empalador: un héroe. Así que durante un tiempo se propuso levantar un gran parque temático dedicado a Drácula: Draculandia. Sin embargo, es prácticamente innecesario. A la entrada del castillo de Bram (por Bram Stoker) se encuentra todo tipo de *merchandising* relacionado con el Drácula romántico: tazas, llaveros, *pins*, tridentes, sombreros con los cuernos del diablo… En medio de una infinidad de tenderetes, está ese castillo fronterizo, entre la antigua Valaquia y la antigua Transilvania, donde estuvo establecido un regimiento que se encargaba de cobrar impuestos a los viajeros que cruzaran la frontera.

La fantástica ciudadela de Sighisoara es distinta. En su punto más alto se puede visitar un cementerio que recuerda las mejores películas de terror. Losas con musgo, ramas de árboles pelados cayendo sobre las lápidas, estelas torcidas y agrietadas. Aún

quedan restos del antiguo miedo en Sighisoara.

Respecto al vampiro, sólo los muy temerosos encuentran en esa figura algún rastro de temor. Óscar Urbiola, coautor de *Vampiros*, nos explicaba cómo se había modificado la idea del vampiro y cómo en la actualidad se le considera un personaje atractivo, glamouroso y sexualmente apetecible para las jóvenes. «Suena un poco paradójico, pero la vida ha tratado bien a los no muertos. Los vampiros de antaño, los que dieron origen al mito, causaban terror y en absoluto resultaban atractivos. Pero la literatura, el cine y el teatro se han encargado de ir perfilando este personaje y confiriéndole características bien distintas: ahora el público lo desea y lo envidia. El vampiro es inmortal, vive de noche (los jóvenes viven de noche, sobre todo), tiene poder sobre los elementos, sobre los animales… Y posee una atracción erótica irresistible, sobre todo para las mujeres. Además, los condes tienen mucho dinero, dinero acumulado a lo largo de los siglos: tienen poder».

Tal vez el mito del vampiro moderno no es tan horrible como antaño. Seguramente los miedos que hoy nos proporciona no tienen nada que ver con los que atormentaron la última noche de Stoker. Ésos que se concentraban en una esquina de la humilde pensión. Ésos que intentaba alejar de su lecho gritando: «¡Strigoiu…! ¡Strigoiu…!».

El enigma de Cristóbal Colón

«Un piloto desconocido, quizá onubense o vizcaíno,
regresó de lejanas tierras, muy enfermo.
Fue acogido por Cristóbal en Porto Santo
y en agradecimiento le reveló el gran secreto
de ese mundo desconocido».

Juan Manzano y Manzano, *El secreto de Colón*.

Apenas unos años antes de la odisea de Cristóbal Colón, el geógrafo musulmán Al Idrisi, decía de aquel mar brumoso: «Nadie sabe lo que hay detrás, ni puede averiguarse, por las dificultades que oponen para la navegación las profundas tinieblas, la altura de las olas, la frecuencia de las tempestades, los innumerables monstruos y la violencia de los vientos». Y tan sólo un año antes del viaje colombino, otro geógrafo, Félix Faber de Ulm, escribía: «Más allá de Finis Terrae no hay nada. Sólo las aguas de un mar infinito, cuyos caminos nadie conoce sino Dios».

Un hombre envuelto en sombras

Más allá del fin del mundo, del Finis Terrae, se extendía un reino de tinieblas. Nadie en su sano juicio osaría emprender la aventura de cruzarlo.

Y, sin embargo, un hombre se embarcó en semejante locura en 1492. El lector *imagina* que conoce el nombre de ese almirante y podría asegurar que se llamaba Cristóbal Colón. Pero las cosas no parecen tan firmes. ¿Cómo llamarlo? Efectivamente, algunos autores no dudan en nombrarlo Cristóbal Colón, pero otros aseguran que su verdadero nombre era Cristóforo Colone y, finalmente, no falta quien asegure que se trataba de un tal Pedro Colom (Luis Ulloa, Universidad Nacional de Lima). La vida del más célebre marino de la historia de España es, en sí misma, un gran misterio. Sus principales biógrafos, incluido su hijo, plasmaron la obsesión del almirante de que no trascendiese ni su lugar de origen ni su procedencia exacta.

Respecto al nombre, nada es seguro y algunas coincidencias hacen sospechar incluso de la autenticidad de ese dato. Sebastián Vázquez, editor de la colección Arca de Sabiduría de la editorial Edaf, advierte que casi hay que *suponer* que aquel marinero se llamase así, porque muy bien podría haberse cambiado el nombre: «En la tradición cristiana, Cristóbal es aquel gigante que transportaba sobre sus hombros a los viajeros que deseaban cruzar un río; después les robaba o los ahogaba. Su conversión se produce cuando cruza al niño Jesús: es el famoso milagro de San Cristóbal». Hoy esta leyenda está prácticamente olvidada, pero San Cristóbal era un santo muy conocido y venerado en el Renacimiento. «Es muy curiosa la coincidencia», añade Sebastián Vázquez, «porque, como el gigante Cristóbal, el marino llevó el cristianismo de un lado al otro de las aguas. Y tiene el mismo nombre, naturalmente».

Los misterios sobre el nombre del almirante se oscurecen aún más al comprobar la extraña simbología de su firma: «Era una especie de X, y arriba había unas iniciales, separadas por puntos. Es una firma que hoy aún no se ha logrado descifrar», advierte Sebastián Vázquez. «Pidió a sus descendientes que siguieran utilizándola. Hay muchos que aseguran que detrás de todo ello había una especie de contenido… de ceremonia mágica».

Las investigaciones científicas e historiográficas más serias se entrecruzan con vehemencias patrióticas a la hora de decidir dónde nació el prodigioso aventurero. Si se habla de un Cristóbal Colón genovés —él lo afirmó—, habría que explicar por qué no escribió ni una sola palabra en italiano. Y más: cuando leía textos italianos, los anotaba en castellano. Se habla de un Colón barcelonés y de un Colón mallorquín, quizá de orígenes judíos. Desde luego, se habla de un Colón portugués e incluso de un Colón gallego. (Para completar la nómina, también se habla de un navegante en el tiempo). La mayoría de estas teorías apuntan su solvencia basándose en la toponimia y en las relaciones onomásticas y familiares, pero ninguna parece firmemente asentada desde el punto de vista científico. Y en ello tuvo mucha culpa el propio Cristóbal Colón, empeñado en mantener la oscuridad sobre su vida, sus conocimientos y sus actos, y convencido de que sus hijos debían mantener esos secretos bien guardados. Hay cientos de esculturas y retratos del almirante. Pero los historiadores afirman que ninguno es exactamente *él*.

No cabe duda de que este hombre oscuro era un gran marinero, seguramente versado en geografía y astronomía; probablemente se ejercitó en la piratería y estuvo al servicio tanto de los monarcas portugueses como de los españoles y de los genoveses. Algunas biografías lo consideran imaginativo, fantasioso, imprudente, aventurero, hábil, sagaz, taimado, avaricioso, envidioso, oportunista, diplomático o ingenuo. Seguramente era un hombre común y tal vez todas estas características se dieran en su vida en uno u otro momento.

Lo cierto es que, en un momento dado, este marinero asegura que puede cruzar el océano y llegar a las Indias Occidentales. (Colón murió creyendo que había llegado a las costas de China o de la India). Seguramente realizó propuestas a diferentes Estados (se da por cierto que sólo unos detalles impidieron que hiciera el descubrimiento bajo bandera portuguesa), pero finalmente se empeñó en que la Corona de Castilla sufragase los gastos. ¡Hasta los niños sabían que al final de ese mar tenebroso había monstruos y un mundo infernal! ¿Qué locura era aquella? Isabel y Fernando, los Reyes Católicos, rechazaron inicialmente su propuesta… pero algo hizo que variaran de opinión. De pronto, Colón comienza a recibir prebendas reales, se le nombra almirante de la mar Océana, se le adelantan cuantiosas sumas de dinero para preparar la travesía, se le entregan dos carabelas y una nao perfectamente pertrechadas —aunque no todos los marineros fueron de buena gana, especialmente los cuatro presos a los que se les obligó a embarcar—, se le asegura que recibirá un porcentaje altísimo de las riquezas que se hallen al otro lado del mundo y se le

promete un virreinato. Teniendo en cuenta el pragmatismo propio de Fernando de Aragón (a quien el mismo Maquiavelo ensalzó en su famoso ensayo *El príncipe*) y de Isabel la Católica (más preocupada por la conquista definitiva de Granada, que por hipotéticas aventuras marineras), resulta especialmente extraño que concedieran tantas prebendas al osado marino.

La hazaña de Colón dio un vuelco a la mentalidad occidental. Gracias a Cristóbal Colón se pudo empezar a comprender que la Tierra no era plana. Hasta ese momento, la Iglesia católica —y con ella muchos sabios— aseguraba un modelo astronómico irrebatible: la Tierra era el centro del universo y el Sol, la Luna y los demás planetas y estrellas giraban en torno a ella. La idea común era que la Tierra era una circunferencia plana. Con Cristóbal Colón cambió la percepción del mundo: a los puertos de Europa llegaban animales y plantas distintos a todo cuanto se conocía, además de gentes extrañas e inmensas cantidades de oro y plata.

Este hombre que sacudió con su descubrimiento el mundo occidental, sin embargo, no consiguió en vida ni la fama, ni el prestigio, ni las riquezas que ansiaba. También la bruma se extendió en torno a sus últimos años. J. J. Benítez, con el que *Milenio 3* consultó para llevar a cabo esta divulgación histórica, nos comentaba que «Colón murió probablemente en la más absoluta ruina o muy empobrecido. Y quizá olvidado del mundo». Nuestro compañero en las tareas de investigación del misterio aseguraba que esa situación seguramente fue consecuencia de su gran ambición. «En mi opinión, hay una imagen oficial muy equivocada respecto a Colón y el descubrimiento. Nos han dicho que Colón era un hombre que tenía un ideal, que quería descubrir nuevas tierras, todo eso… Probablemente fue cierto, pero en un segundo o en un tercer plano. Lo que verdaderamente le interesaba a Colón era el oro y las riquezas. Eso lo demostró a lo largo de toda su vida».

J. J. Benítez piensa que durante su primer viaje y en los siguientes, Colón sólo tuvo una obsesión: descubrir el oro que presuntamente escondían aquellas tierras incógnitas: «Al final, el descubrimiento le pasó factura: los Reyes Católicos y los españoles se dieron cuenta de que lo único que le interesaba a este hombre era ganar dinero, tener posesiones, ser el almirante, ser el virrey, y que lo demás no contaba nada para él. Al final lo encadenaron y lo devolvieron a España. Y murió en Valladolid, el 20 de mayo de 1506, en la más absoluta ruina, con un grado importante de demencia y de locura y, sobre todo, muy solo».

Ni siquiera sus restos mortales han escapado al misterio que envolvió su vida. Tanto en Santo Domingo como en Sevilla —y en algunos otros lugares— se asegura poseer los despojos del navegante más famoso del mundo. Ante la polémica y dado que se conocen a ciencia cierta los descendientes del almirante, se decidió realizar pruebas de ADN de los restos dominicanos y sevillanos. Pero aún no se ha llegado a una conclusión definitiva.

Las teorías, las hipótesis y las certezas

Al principio del presente capítulo recordábamos al geógrafo Félix Faber de Ulm, que aseguraba que nadie excepto Dios conocía los caminos del Gran Océano.

No conviene desestimar la osadía de los hombres.

Son bien conocidas las teorías que sugieren que hubo pueblos y civilizaciones que alcanzaron las costas americanas antes que el almirante Colón. Las más difundidas hablan de los pueblos nórdicos, de los pueblos árabes —desde la costa africana— y de los chinos, por la vertiente occidental de América. Otras hipótesis, más o menos justificadas y más o menos legendarias, hablan de los templarios y de la extrañísima decisión de situar uno de sus puertos más importantes en La Rochelle, en la costa atlántica, cuando el comercio y las contiendas bélicas se situaban en el Mediterráneo. Como se sabe, la hipótesis sugiere que los templarios conocían las rutas hacia el Nuevo Mundo, que allí consiguieron buena parte de la plata necesaria para sus negocios bélicos y la construcción de las catedrales, y que allí se retiraron cuando fue disuelta la Orden (véase Jacques de Mahieu, *Colón llegó después*).

En este capítulo sólo se van a abordar tres de esas teorías. Las tres cuentan con el aval de prestigiosísimos historiadores e investigadores. En fin, puede que las tres historias que se detallan a continuación no aparezcan regularmente en los libros de la historia «oficial», pero sus fundamentos son tales que tal vez merecerían más consideración que el simple *olvido*.

1. Los hombres del norte. Desde 195 7 se custodia en la Biblioteca Beinecke de libros raros y manuscritos, de la Universidad de Yale, un documento extraño y revelador llamado Mapa Vinland. Se trata de un pergamino de piel de cabra, que mide 27,8 por 41 centímetros y en él se muestra un dibujo medieval de Europa, Asia, África y, además, una tierra llamada Vinland. Esas tierras, según la cartografía, están situadas al otro lado del Atlántico. Contiene un texto en latín que describe cómo un vikingo llamado Eriksson alcanzó esas tierras de Vinland en torno al año 1000, esto es, quinientos años antes de que Colón se embarcara en su aventura. Las tradiciones orales escandinavas, las sagas, corroboraban desde muy antiguo que aquellas lejanas tierras habían sido exploradas en el siglo XI por un vikingo llamado Leif Eriksson, hijo del vikingo más famoso de la Historia, Erik el Rojo.

Aunque ya muy pocos dudaban de la veracidad de la historia de los vikingos arribando a las costas de Islandia y Groenlandia, aún quedaba por determinar si verdaderamente habían pisado tierras de la actual Terranova.

El Mapa Vinland es hoy objeto de polémica. La química Jacqueline S. Olin, utilizando la técnica del Carbono-14, aseguró que la piel data del año 1434. En cambio, el doctor Douglas McNaugton afirmó que sólo el pergamino era auténtico, pero no el dibujo, ya que la tinta contiene dióxido de titanio, desconocido hasta el siglo XX. Ahora se han hecho nuevos análisis con espectrografía Raman (láser) que parecen conceder verosimilitud a la primera hipótesis.

Manuel Fernández Alvarez es un historiador de conocida solvencia: miembro de la Real Academia de la Historia, profesor emérito de la Universidad de Salamanca y

autor de algunos de los más importantes libros de Historia y de historiografía del siglo XX: *Carlos V, El César y el hombre, Felipe II y su tiempo, Juana la Loca, la cautiva de Tordesillas, Jovellanos* y otros muchos títulos adornan un brillantísimo currículum. Queríamos que nos contara si la historia de los vikingos en América puede considerarse seriamente o no. «Eso está totalmente demostrado. Hay restos de naves vikingas en las costas del norte de América. Se han encontrados esos restos de naves vikingas de los siglos X y XI. Y, efectivamente, en las sagas se ha conservado la historia de esos viajes». Entonces, ¿por qué no se conoció esta tradición hasta el siglo XIX? «Esa tradición no llegó a las regiones mediterráneas del Renacimiento y, por tanto, se perdió. Además, esas rutas y esas navegaciones se suspendieron a partir del siglo XII. Todos esos conocimientos quedaron interrumpidos y no recibieron el eco que merecían. Pero hoy sí lo sabemos: hoy se ha demostrado científicamente, en efecto, que desde finales del siglo X y durante el siglo XI, las naves vikingas llegaron desde Noruega a Groenlandia, y de aquí, a tierras como las de la Península de Labrador».

2. Exploraciones orientales. Gavin Menzies es el autor de uno de los libros más sorprendentes de las últimas décadas. Se titula *1421: el año en que China descubrió el mundo*. Menzies, ex comandante de submarino de la Armada Británica comenzó a estudiar la cultura china durante una estancia que se alargó más de diez años. Allí descubrió un mapa que databa de 1524 y mostraba algunas de las islas del Caribe. Estaba firmado por un cartógrafo veneciano, llamado Zuane Pizigano, y en él podía verse claramente Europa, algunas partes de África y, también, cuatro islas del Atlántico Occidental, a las que se le daban los nombres de Satanaces, Antilia, Saya y Mana. Menzies identificó a las dos primeras con las islas caribeñas de Puerto Rico y Guadalupe. Si eso era cierto, alguien había llegado setenta años antes que Colón al Nuevo Mundo y todo apuntaba a los chinos, ya que en aquella época eran los únicos que tenían los recursos materiales, los conocimientos científicos y astronómicos, los barcos y la experiencia en navegación.

Desde 1368 hasta 1644, China estuvo bajo el poder de la mítica dinastía Ming, fundada por Zhu Yuan-zhang. El emperador Zhu Dhi organizó una de las mayores flotas del mundo, al mando de un antiguo esclavo llamado Zeng He. Miles de embarcaciones surcaron desde aquel momento los mares de China y el Pacífico. Sólo la Flota del Tesoro contaba con trescientos navíos. Se trataba de dar forma a una política claramente expansionista: la misión de esa imponente armada era descubrir nuevas tierras y difundir el poder de China. En uno de esos viajes, según Menzies, los chinos alcanzaron la costa americana, en 1421.

Pero ¿por qué no se sabía nada de esto hasta ahora? Porque en 1423, cuando regresan siete de aquellos barcos, el sucesor de Zhu Dhi ordenó desmantelar las naves, destruir los planos que se habían utilizado para construir los barcos y quemar todos los registros que había de aquellos viajes.

Entre los pocos documentos que se conservaron de aquella prodigiosa travesía

vale la pena destacar dos: el *Bu Pei Chi*, donde se precisaban instrucciones para los viajes, con datos geográficos, astronómicos, descripciones de islas, etcétera. El segundo documento se debe a un historiador chino llamado Mao Wang, que había sido el encargado de documentar el viaje: la *Exploración general de las tierras oceánicas* (1433). En él destaca la descripción de animales extraños para la cultura china, una suerte de bestiario.

Según Menzies, los mapas de los chinos llegaron hasta Europa gracias a un navegante veneciano llamado Niccolo Da Conti que, según se cree, llegó a realizar algún viaje con la flota china. Al parecer, Da Conti llevó estas copias hasta Italia y se las entregó a Fra Mauro. Este Fra Mauro, trabajaba para los reyes de Portugal. Don Pedro, el delfín de Portugal, hermano de Enrique *el Navegante,* viajó hasta Venecia en 1428 y allí consiguió un mapa del mundo confeccionado por Fra Mauro, donde se mostraba el que después se llamaría Estrecho de Magallanes, el Cabo de Buena Esperanza y las Indias Orientales.

Menzies afirma que, sin duda, Colón poseía una copia de este mapa. Un marinero español que viajaba junto a Colón tenía en su poder parte de ese mapa que representaba Sudamérica. En 1501, ese marinero fue apresado y se descubrió que poseía esa cartografía excepcional.

Si esta maravillosa historia es real, deberíamos contar con pruebas que lo atestigüen, como ocurría en su caso con las barcazas y utensilios vikingos en Norteamérica. Pues bien, se han encontrado navíos en China de esa época, y en su interior había maíz. Como se sabe, hasta principios del siglo XVI sólo se cultivaba maíz en América.

La tradición de los viajes chinos a América apenas se conoce en Occidente. Hay investigadores que aseguran que esos viajes del siglo XV no eran ni mucho menos nuevos. Las expediciones chinas más antiguas quizá se remonten al siglo V.

A pesar de la polémica que ha desatado el libro de Gavin Menzies —no todos los historiadores creen *todos* los detalles de su investigación—, lo cierto es que parece muy probable que la imponente flota de la dinastía Ming alcanzara las costas occidentales de un continente que, muchos años después, los europeos llamaríamos América.

3. El prenauta. La historia es ésta: hacia 1485, o quizá antes, Cristóbal Colón vivía en las islas de Madeira, tal vez en Porto Santo. En cierta ocasión, llega a las costas un grupo de náufragos enfermos y doloridos. Uno de ellos, moribundo, febril y plagado de pústulas, es acogido por el marino genovés. En su último aliento, el navegante agónico le explica que más allá de las grandes aguas hay un continente maravilloso, con minas de oro, con insospechados tesoros y delicias, y le confía toda la información precisa al respecto.

El resto de la historia es conocido: Colón oculta esa información y se procura el apoyo de Castilla para la gran expedición al Nuevo Mundo, que se salda con un rotundo éxito.

El lector tiene derecho a arquear las cejas. ¿Qué es esto? ¿Una novela? ¿Una leyenda? ¿Un relato para aficionados a la conspiración?

En busca del prenauta

El Inca Garcilaso de la Vega (1539-1616), en la primera parte de sus Comentarios reales (capítulo 3), describe cómo se descubrió el Nuevo Mundo. Y advierte que cerca del año 1484, un piloto, natural de Huelva, en el Condado de Niebla, llamado Alonso Sánchez, tenía un navío pequeño con el cual contrataba por mar y llevaba de España a las islas Canarias algunas mercaderías.

En una de esas travesías, Alonso Sánchez de Huelva y otros veinte marineros, sobre todo vizcaínos, habrían sido arrastrados por una tormenta o por una corriente feroz que les llevó, durante más de un mes, mar tenebroso adentro. Finalmente llegaron a un mundo completamente distinto a lo que conocían. Allí se asentaron durante un tiempo, al parecer, estrecharon lazos con los pueblos indígenas, e incluso se mezclaron con ellos. En parte al menos, pudieron cartografiarlo, trazar mapas, dibujar contornos y perfiles de islas y montañas. Según cuentan los historiadores, este Alonso Sánchez arribó a las costas de Madeira enfermo de sífilis. Muchos de sus compañeros habían muerto en el Nuevo Mundo o fallecieron al llegar. Pero él sobrevivió lo suficiente para, quizá, entregar la información necesaria a un hombre ávido de poder y gloria: Cristóbal Colón.

Uno de los grandes misterios de la historia es la insólita tozudez y la inconcebible seguridad de aquel hombre que consiguió captar la atención de Isabel la Católica, la reina más importante del planeta en aquel momento, y logró que sufragara un proyecto que parecía digno de un loco. ¿Cómo Cristóbal Colón podía asegurar que conocía una ruta para llegar a las Indias si nadie lo había hecho antes? ¿Era pura intuición? ¿Lo había averiguado gracias a estudios geográficos y astronómicos? ¿O es que Colón ya manejaba planos, mapas, cálculos y conocimientos de navegantes anteriores que ya conocían esa ruta?

Como se advirtió más arriba, era imposible que los Reyes Católicos prestasen atención a aquel loco aventurero y, sin embargo, después de ciertas negociaciones personales no muy claras, Isabel y Fernando acceden a sufragar los gastos de semejante empresa. ¿Cómo lo consiguió Colón?

Parecía que todo el mundo se hubiera vuelto loco: la corte española firmó las Capitulaciones de Santa Fe (17 de abril de 1492), con numerosos privilegios, a un hombre que ni siquiera era noble, lo nombraron virrey de las nuevas tierras que supuestamente iba a descubrir, lo coronaron como Almirante de la Mar Océana, un título hereditario… Al parecer, Cristóbal Colón había tenido que mostrar a los monarcas pruebas contundentes de que era posible llegar a las Indias desde Europa. Las leyendas de Madeira contaban que a veces llegaban a las costas cuerpos de animales muertos desconocidos, o troncos de árboles y plantas que no se veían en

Europa, incluso cuerpos de hombres con rasgos extraños… Pero eso eran leyendas: para conseguir la financiación de su viaje, Colón tuvo que demostrar palpablemente que podía llegar a las Indias y que sabía cómo hacerlo.

Sin embargo, si estas demostraciones existieron, nada se supo de ellas. De lo único que se tiene conocimiento es de la tozudez de Colón y de su irrefrenable deseo de alcanzar las costas occidentales.

En *Milenio 3* quisimos saber, por tanto, si estas consideraciones tenían algún fundamento y cómo la historiografía ortodoxa valoraba esa extraña vehemencia del navegante. Manuel Fernández Alvarez nos aseguró que «Colón estaba tan seguro de todo ello porque, posiblemente, ya había hecho aquel viaje o bien había encontrado o había hablado con alguien que lo había hecho. Ése es el marino desconocido, un marino que encuentra agonizando y que le descubre su secreto. ¿En qué consistía el secreto? El secreto diría que yendo hacia Occidente había encontrado unas tierras. Un testigo de la época, una gran figura, el padre Bartolomé de las Casas, dice que parecía que Colón tenía aquel secreto muy guardado, como si toda aquella aventura fuera un secreto y sólo él tuviera la clave. En efecto, esa seguridad de Colón es verdaderamente lo asombroso y lo que plantea serios interrogantes».

La teoría de Manuel Fernández Alvarez sugiere que quizá fuese el mismo Cristóbal Colón quien encarnase la brumosa figura a la que llamamos «prenauta». El historiador incide en ese extraño giro que sufren los acontecimientos cuando, casi repentinamente, los Reyes Católicos se ofrecen a financiar la expedición: «¿Por qué Colón estaba tan seguro?», se pregunta el profesor Fernández Alvarez. «En realidad, es una prueba indirecta: él estaba seguro de que alcanzaría las costas de las Indias porque tenía una prueba segura, indiscutible. Y esa prueba indiscutible podía ser, efectivamente, que él mismo, en uno de sus innumerables viajes anteriores a 1492, hubiera llegado a las Indias Occidentales».

La mayoría de los historiadores admiten que Colón disponía de información «privilegiada». Saber qué parte de la misma sirvió para conseguir la financiación es otra cosa bien distinta. Y saber si esa información la poseía por sí mismo o por otro es aún materia de debate y de investigación.

J. J. Benítez considera que los textos de Colón indican claramente que éste se encontraba en posesión de una información bastante ajustada: «Estudiando el *Diario de a bordo* del almirante y estudiando a los cronistas de la época y posteriores, me inclino a pensar que este hombre tenía información por el prenauta. Es posible que pudiera consultar algún otro tipo de mapas, aunque eso es más dudoso. Pero la información que maneja Cristóbal Colón constantemente es excepcional: por ejemplo, cuando sale de Canarias, se reúne con los capitanes de las otras dos carabelas y les dice que tengan muchísimo cuidado, porque a 750 leguas de Canarias van a encontrar una serie de arrecifes muy peligrosos. Naturalmente, los hermanos Pinzón se quedarían estupefactos. Si ese marino nunca había navegado hacia el oeste, ¿cómo sabía que a esa distancia exacta, 750 leguas, se iban a encontrar con aquellos

arrecifes?».

Tal y como señala J. J. Benítez, éste ha sido uno de los datos que han hecho desconfiar de la hipotética «aventura» de Colón. Benítez admite, como Manuel Fernández Álvarez, que el mismo Colón pudiera ser el hombre «al que una tormenta arrastró, estuvo varios años en la zona del Caribe y luego regresó». No obstante, si se viera obligado a elegir, optaría por la primera versión, quizá la más viable o más probable en su opinión.

«Hay otros detalles increíbles», añade J. J. Benítez. «El Monte Christi es un monte situado en el norte de la actual República Dominicana, lo que era La Española para Colón. El piloto anónimo, por lo visto, le proporciona el perfil y la ubicación exacta de este monte, que tiene una forma muy característica, que se ve desde muy lejos y que es muy reconocible; y, además, le dice que a veinte leguas de ese Monte Christi hay unas minas de oro. Efectivamente, a dieciocho leguas exactamente de ese monte, hubo y hay unas minas de oro que explotó Cristóbal Colón».

Según J. J. Benítez, «uno de los días más amargos de Colón fue el día del descubrimiento, porque aquel 12 de octubre, cuando llega a Guanahaní, se da cuenta de que no es la isla que le había pintado o que le había indicado el prenauta, sino que es una pequeña isla, sin nada de particular». No era la isla del oro. E inmediatamente logra trabar amistad con los indios y consigue embarcarlos para que le indiquen dónde está la isla que tiene ese perfil de Monte Christi, ese monte de referencia: a dieciocho o veinte leguas estarían las extraordinarias minas de oro de las que alguien le había hablado.

La información que Cristóbal Colón iba proporcionando a sus compañeros de travesía era tan precisa y tan elocuente que resultaba asombrosa. Sabía que debían partir de las islas Canarias, sabía qué rumbo debían tomar, sabía a qué distancia encontrarían los arrecifes y tierra, sabía incluso cómo se llamaban algunas islas, sabía dónde había oro… «La gente que iba con él pensaba que realmente era un profeta», advierte J. J. Benítez. «Pero no creo que Cristóbal Colón fuera un profeta, ni un médium ni que tuviera poderes paranormales. Simplemente tenía una información previa, una información privilegiada. Yo estoy seguro de que tenía algún objeto físico que le entregó el prenauta cuando murió en sus brazos, en su casa, en la isla de Madeira o quizás en Porto Santo».

Tal pudo ser la razón de la tozudez y la vehemencia de Cristóbal Colón. Simplemente, su expedición contaba con todos los avales de un viaje previo. Quizá por esa razón los «nuevos» viajeros encontraron detalles sorprendentes en aquellas tierras, por ejemplo, hombres blancos. «Si es cierta la historia del prenauta», señala J. J. Benítez, «aquel hombre y su tripulación permanecieron quizá alrededor de dos años en el Caribe, hacia 1476 o 1477, y se mezclaron con las indias. Los premuras no lo sabían, pero en ese contacto sexual con las tainas, con las caribeñas, contrajeron probablemente la sífilis. Por esa razón muchos murieron y, los que regresaron vivos, llegaron muy maltrechos. De aquella hipotética unión con las tainas probablemente

nacieron mestizos y probablemente nacieron blancos. Esto es lo que se encontró Colón, lo que se encontró la expedición y lo que se encontraron otras expediciones posteriores en diferentes islas».

El poder de las estrellas

Célebres historiadores como el Inca Garcilaso o Bartolomé de las Casas, asombrados ante la hazaña de ese hombre, aseguraban que la actitud de Cristóbal Colón era verdaderamente portentosa. ¿Cómo era posible que aquella sucesión de maravillosos acontecimientos no parecieran sorprenderle? En sus palabras, daba la impresión de que aquel hombre, el almirante, ya sabía a qué atenerse.

Nadie duda de la capacidad de Cristóbal Colón como navegante. Es cierto que hay zonas oscuras en su biografía, como su pasión por la Orden de los Caballeros de Cristo, o una singular faceta como maestro de religión, que casó con una noble portuguesa y que otros muchos detalles de su biografía parecen velados para la Historia, pero su instrucción y su saber marino están fuera de toda discusión.

Al parecer, hacia 1484, Colón visita la Universidad de Salamanca y se entrevista con astrónomos y cosmógrafos. Para la navegación, la astronomía —o astrología, pues en aquella época constituían una misma disciplina— era absolutamente imprescindible. La orientación de las naves se basaba precisamente en el movimiento de las estrellas. Y, para eso, se necesitaban astrónomos que pudieran hacer cálculos matemáticos y geográficos. La segunda parte de esa disciplina era más peligrosa en aquellos tiempos, aunque difundidísima, y se centraba en las posibilidades de las influencias de los planetas en la vida de los hombres. Ambas partes llegaron a Occidente a través de los árabes. «Si Colón era un conocedor de astronomía y astrología, es lógico que también lo ocultara», nos decía el escritor y editor Sebastián Vázquez.

Sea cierta o no la existencia del prenauta, sea cierta o no la posibilidad de que el propio Colón hubiera realizado el viaje, sea cierto o no que dispusiera de mapas, dibujos o cartas que informaran de un nuevo mundo, lo cierto es que aquellas embarcaciones capitaneadas por el almirante se adentraron en el mar tenebroso, donde los eruditos de la época advertían de la existencia de bestias monstruosas, peces con cabezas de hombres, ballenas con varias hileras de dientes y feroces engendros marinos.

Enfermos y asustados, observando cómo el almirante garabateaba números y cifras en sus cartas de navegación, por fin los marineros escucharon la alegre voz de Rodrigo de Triana que anunciaba «¡Tierra!». El día 12 de octubre de 1492, unos marineros castellanos, enfermos y hastiados tras una agotadora travesía, cambiaron el rumbo de la Historia.

Cientos de estatuas y monumentos diseminados por todo el mundo celebran a Cristóbal Colón; hay plazas, parques, avenidas y calles en miles de ciudades que

llevan su apellido; e incluso hay países y Estados que lo llevan en su nombre oficial. Sin embargo, el continente que debería haberse llamado Colombia se denominó finalmente América porque el cosmógrafo Waldseemüller creyó un relato del navegante florentino Amerigo Vespucci (Américo Vespucio), que aseguraba haber llegado al Nuevo Mundo antes que el propio Colón.

Y, mientras el mundo se asombra ante la fama de los grandes navegantes, nadie repara en un pequeño monumento que se encuentra en una recoleta plaza de Huelva. Es un monumento a un hombre que oficialmente nunca existió: Alonso Sánchez, el prenauta.

Jack *el Destripador*

«Good luck.
Sincerely yours, Jack».

«Buena suerte.
Sinceramente suyo. Jack».

Jack *el Destripador* es hoy una atracción turística más de la capital británica. Un paseo organizado con guía por el barrio de Whitechapel permite recorrer los lugares en los que el misterioso asesino degolló y descuartizó a sus víctimas en 1888. La zona pertenece hoy a un barrio popular muy animado, y bastante más próspero que en la época victoriana. La mayoría de sus vecinos son inmigrantes de Asia y muchos de ellos no están al tanto de la leyenda del famoso asesino en serie. El caso que conmocionó a los británicos de la época, el asesinato de cinco prostitutas, no resulta hoy especialmente impresionante. Pero el hecho de que nunca se capturara al asesino y que nunca se conociera su identidad ha contribuido a mantener la leyenda. En la lista de sospechosos se encuentran, entre otros muchos, un miembro de la familia real británica, el médico de la reina Victoria, un abogado, un empresario de Liverpool y un pintor. En su último libro, la escritora Patricia Cornwell, especialista en novelas de misterio, después de hacer comparaciones de ADN, afirmó que el asesino de Whitechapel fue el pintor Walter Richard Sickert. El artista conoció muy de cerca el caso y plasmó con sus pinceles los macabros descuartizamientos del Destripador.

El viejo Londres

La crónica de nuestra corresponsal en Londres, Begoña Arce, transcrita literalmente, nos sumergía en una época y en una ciudad apasionantes, llena de contrastes, donde se alternaban los brillos de los palacios reales y las sórdidas calles donde rondaban prostitutas y maleantes. ¿Cómo era a finales del siglo XIX el barrio londinense de Whitechapel, donde Jack cometió sus horrendos crímenes? Joaquín Merino, gran conocedor de la capital británica y autor de varias guías de la ciudad, nos aseguraba que Whitechapel era en aquella época un barrio bastante siniestro. Desde entonces hasta hoy se le conoce por ser una zona obrera, de donde salen los famosos *cockneys*, los proletarios, la clase más desfavorecida. «En la época victoriana, en la época en la que actuó Jack *el Destripador*, la corte victoriana era tan absolutamente pazguata que allí todo era pecado; y sin embargo, Eduardo, hijo de Victoria, se corría sus grandes orgías. Pero en los barrios pobres la cosa era muy distinta: las niñas eran arrojadas de sus casas con 10 u 11 años, se entregaban a la prostitución en los *docks*, en los antiguos muelles de Londres, cuando los barcos del Imperio llegaban cargados de mercancías». Aquellas niñas se convertían en viejas prostitutas borrachas con 25 años, y éstas eran las víctimas predilectas de Jack.

Corría el año 1888 y apenas puede imaginarse cómo serían aquellas calles estrechas y mugrientas de Whitechapel, junto a los muelles, las tabernas y los prostíbulos. En los barrios más prósperos ya había faroles de gas, pero aquella zona junto al Támesis aún permanecía a oscuras, envuelta en una niebla feroz que surgía del río y de las miles de chimeneas de carbón.

No es extraño que el gran misterio de Jack *the Ripper* captara la atención de los londinenses. Los británicos, en general, son grandes amantes del misterio, del horror y del crimen. Londres es el hogar de Sherlock Holmes y allí se han desarrollado las grandes novelas de misterio y terror, incluida la portentosa *Drácula* de Bram Stoker. En el famoso Museo de Madame Tussauds se encuentra un amplísimo catálogo en el que se incluyen los grandes asesinos de la historia, incluido, por supuesto, Jack.

Aparte de sus maravillosos museos gratuitos y de las prodigiosas muestras de arquitectura, o del encanto de sus parques y la ajetreada vitalidad de Seven Dials y Covent Garden, Londres posee miles de lugares donde el misterio se respira: desde la prodigiosa abadía de Westminster hasta la catedral de San Pablo (planificada por Christopher Wren tras del devastador incendio de 1666), toda la ciudad esconde tesoros y secretos, como la escondida iglesia del Temple o los recoletos cementerios de sus iglesias góticas. Pero si hay un lugar terrible y al tiempo maravilloso, ése es la siniestra Torre de Londres, llena de fantasmas y leyendas, con sus siete cuervos y su fastuosa colección de las joyas de la Corona. «Sí: el epicentro fantasmagórico de Londres es, sin duda, la Torre de Londres», admite Javier Sierra. Y nos recordaba que no hace mucho tiempo todas las televisiones del mundo emitieron imágenes en las que aparecía una figura fantasmal abriendo y cerrando puertas. La Torre de Londres asienta sus torres en edificios del siglo XI y fue el lugar de confinamiento y ejecución de grandes personalidades, como Enrique VIII, Katherine Howard y Ana Bolena.

Definitivamente, a los londinenses les encanta el misterio y lo truculento. Por eso temen y adoran a Jack.

Andanzas de Jack

En teoría, Jack *the Ripper* sólo asesinó a seis mujeres, sin embargo, muchos especialistas dudan de que ahí acabaran las siniestras aventuras del destripador londinense.

La primera víctima fue Martha Turner, una vieja prostituta alcohólica que ofrecía sus servicios en el barrio de Whitechapel. Su cuerpo fue encontrado la mañana del 8 de agosto de 1888 en una escalera de York Yard: había sido degollada y destripada. También le habían seccionado los órganos sexuales, al parecer, con un afilado cuchillo.

Unos días más tarde apareció el cuerpo de Mary Atine Nicholls, de 42 años, más conocida como Polly entre sus clientes. La policía la encuentra con la tráquea, el esófago y la médula espinal seccionados. Un informe forense desveló que las heridas

habían sido producidas por un experto, tal vez alguien con conocimientos médicos.

El 7 de septiembre, la policía descubrió en el número 29 de la calle Hanbury el cadáver de otra mujer, Annie Chapman, de 47 años, que presentaba las mismas heridas que sus compañeras. Fue en ese momento cuando el pánico se apoderó de los vecinos de ese barrio.

Durante las entrevistas y pesquisas de la policía, algunos testigos afirmaron haber visto a un hombre de unos 40 años, bien vestido y con acento extranjero. En el barrio comenzaron a sospechar de un zapatero judío, de un carnicero… Pero todos tenían coartada.

Veinte días más tarde, el asesino se dio a conocer con un comunicado que envió a una agencia de prensa londinense en el que firmaba como Jack *el Destripador*, y añadía: «Odio a las prostitutas y seguiré destripándolas hasta que me canse».

Y cumplió su promesa: el 29 de octubre asesinó a Catherine Eddowes y a Elizabeth Stride.

Pocos días más tarde, George Lusk, el jefe de policía de Whitechapel, recibía un paquete que contenía la mitad de un riñón de una de sus víctimas y una nota en la que aseguraba que la otra mitad se la había comido frita.

El último asesinato conocido lo cometió el 10 de noviembre, en el número 13 de Miller's Court. Se trataba de una prostituta de 25 años, Mary Jane Kelly. Éste fue el más cruel de todos los crímenes que llevó a cabo, ya que troceó todo su cuerpo en pequeños pedazos.

Scotland Yard enloquecía. ¿Quién era este frenético asesino y por qué se empecinaba en retar de aquel modo a la policía? A ello había que añadir aquellas cartas y aquellos paquetes descabellados, propios de un enfermo… ¿Y cómo saber si no había individuos delirantes que copiaron algunos de los primeros asesinatos? ¿Cómo saber si aquellas cartas las enviaba el verdadero *Destripador* o algún enfermo que se creía Jack *el Destripador*? Scotland Yard había acumulado un cajón lleno de cartas y apenas sabía qué hacer con ellas.

En ocasiones, el procedimiento era tan simple que resultaba aterrador. Un policía o un operario encontraban en la calle un sobre con una calavera; lo abrían y a veces contenían pequeñas poesías firmadas por Jack, pero otras eran amenazantes e incluían dibujos de sus futuros crímenes.

> «¿Has visto al diablo con su microscopio y escalpelo? Estoy mirando un riñón sujeto con un pasador. No soy carnicero, soy un judío, ni siquiera un patrón extranjero, sino su alegre amigo.
>
> »Sinceramente suyo,
>
> »Jack *el Destripador*».

O esta otra:

«Día 5 de octubre de 1888.

»Querido amigo: en el nombre de Dios, escúchame y haz como yo hago y la luz de la Gloria resplandecerá sobre ti. Mañana tengo que ponerme manos a la obra con un triple suceso. Sí, esta vez tres deben ser las destripadas. Te enviaré un trozo de la cara por correo. Te lo prometo, mi querido amigo. Guarda esto hasta que las tres sean eliminadas y puedas enseñar la carne fría.

»Sinceramente suyo,

»Jack *el Destripador*».

O ésta, mucho más larga y cruel:

«Querido jefe:

»Sigo oyendo que la policía me ha cogido, pero no me pillarán todavía. Me río cuando parecen tan listos y dicen que están sobre la pista verdadera. Esa broma sobre el delantal de cuero casi hace que me dé un soponcio. Les he cogido ojeriza a las putas: no dejaré de destriparlas hasta que me harte. El último fue un gran trabajo: no le di tiempo ni a chillar a la tía. ¿Cómo van a cogerme ahora? Me gusta mi trabajo y quiero empezar de nuevo. Pronto tendrán noticias mías y de mis divertidos jueguecitos. Guardé algo de sustancia roja auténtica en una botella de cerveza de jengibre después del último trabajo, para escribir con ella, pero se ha vuelto espesa como la cola y no puedo usarla. Espero que la tinta roja quede suficientemente bien. En el próximo trabajo le cortaré las orejas a la tía y se las enviaré a los oficiales de policía para divertirme. ¿Les gustaría? Guarden esta carta hasta que trabaje un poco más y después tírenla sin rodeos. Mi cuchillo es tan bonito y afilado que voy a ponerlo a trabajar ahora mismo, si tengo ocasión. Buena suerte.

»Sinceramente suyo,

»Jack el *Destripador*».

Decenas de cartas como éstas se adelantaban a los acontecimientos, con amenazas y dibujos de las víctimas con los órganos al descubierto… órganos que luego ciertamente les extraía.

¿Por qué se empeñaba en ofrecer pistas a la policía? ¿Por qué todas esas cartas? Santiago Camacho, nuestro investigador de la historia no oficial, es de los que piensan que el asesino tenía un afán de notoriedad considerable. En realidad, utilizó a la prensa y a la policía para darse a conocer. Y es el primero en su género: con sus crímenes se da el pistoletazo de salida a una estirpe de criminales en serie que serán famosos en todo el mundo.

Tras las huellas de Jack

Las teorías sobre Jack *el Destripador* han proliferado desde aquel mismo año de 1888. Y a pesar de los esfuerzos de policías, investigadores e historiadores, lo cierto es que no son más que teorías.

Santiago Camacho nos contaba que cuando comienzan a cometerse los crímenes y se empiezan a recibir los primeros anónimos (los firmaba Jack, pero tanto daba), la confusión era absoluta. «La mentalidad victoriana rechazaba que fuera realmente un británico, así que se habló de indios salvajes… La idea no era en absoluto descabellada, porque en aquel momento el espectáculo de Buffalo Bill se encontraba en la ciudad. Era una justificación».

Como no podía ser un inglés, se aventuró la idea de que fuera un judío, un polaco, un ruso… «Incluso alguien llegó a asegurar que era un espía alemán que estaba haciendo aquello por orden del kaiser, para desestabilizar a la Corona británica».

Lo cierto es que la policía británica estaba completamente perdida. El nombre de Jack *el Destripador* aparece a partir de la tercera víctima. Hasta aquel momento se le llamaba «Delantal de Cuero», porque uno de los primeros testigos afirmó que podía haber sido una persona con un delantal de cuero a la que había visto huir apresuradamente… Esta idea también era coherente, porque en Whitechapel, aparte de la prostitución y del puerto, estaban también los mataderos y las curtidurías. Lógicamente, junto a los mataderos se había desarrollado toda una industria del cuero y la piel. Así que no era extraño que las calles del barrio aparecieran ensangrentadas con frecuencia… aunque no con sangre humana, desde luego.

Y sobre la teoría que presenta a Jack *el Destripador* como un asesino caníbal, Joaquín Merino nos recordaba que el pánico entre las prostitutas hubo de crecer espantosamente: no sólo las destripaba, sino que tuvo el «detalle exquisito de comerse un riñón de una de ellas y enviar el otro al superintendente de Scotland Yard invitándole a que compartiera este placer: ¡él acababa de desayunarse el otro!».

Los policías de Scotland Yard creían haberlo visto todo en la gran ciudad de Londres, pero nunca imaginaron nada semejante: cada uno de los asesinatos se hacía acompañar de un mensaje. En 1888, todo el destacamento de barrio H de Londres, Whitechapel, tuvo que ocuparse de un solo hombre. La angustia de las prostitutas aumentaba cada vez que veían cómo en los folletines y en las portadas de la prensa inglesa Jack amenazaba con más muertes sin piedad.

La policía no daba con él: no podían atraparlo. Muchos oficiales se emplearon en la investigación, se analizaron las calles de la barriada, se establecieron censos, se vigiló cada esquina… He aquí uno de aquellos informes de Scotland Yard: «He llegado a la conclusión de que hay 62 burdeles reconocidos en el distrito H o Whitechapel; y probablemente otro gran número de casas que se usan para estos propósitos. El número de pensiones es de 233 con acomodo para 8.530 personas. No hay modo de distinguir cuántas mujeres son prostitutas y cuáles no, pero la impresión general es que hay alrededor de 1.200, la mayoría, de muy baja condición. Las pensiones más humildes son naturalmente las que frecuentan las prostitutas, los

ladrones y los vagabundos, ya que no hay otro sitio al que puedan ir ni ley que pueda impedir que lleguen allí…».

Una inmensa colmena, una gran tela de araña, un tenebroso laberinto de callejuelas y callejones. Allí se arracimaban prostíbulos, tabernas malolientes, pensiones en las que convivían hasta ocho, diez o doce mujeres, proxenetas, vagabundos, miserables, borrachos y pordioseros… Scotland Yard ni siquiera podía imaginar que de aquel entramado mugriento pudiera salir una pista fiable, una declaración coherente o un aviso. Aquel mundo era impenetrable y apenas se obtenía información. Pero las cartas seguían apareciendo y llegando a las oficinas de Scotland Yard. Todo un reto. Todo un desafío…

¿Y si Jack era una mujer…? ¿Y si era una de aquellas prostitutas? ¿Y si era una mujer que odiaba a las prostitutas porque su marido…? Imposible. Las pruebas forenses determinaron que era un hombre. En sus asesinatos demostraba poseer una tremenda fuerza física. Alguna de sus víctimas degolladas tenía un tajo de tales proporciones en su garganta que prácticamente se podría hablar de decapitación. «En ocasiones», asegura Santiago Camacho, «la cabeza apenas quedaba suspendida por unos tendones: era muy difícil que una mujer tuviera semejante fuerza física».

Bien. Entonces, ¿quién podría ser?

Dada la precisión de los cortes y la pericia con que parecía manejar las armas afiladas, ¿no podría ser un médico?

Podría ser. Podría ser el doctor William Gull. El doctor Gull era un hombre respetabilísimo, autor de profundos trabajos de medicina y filosofía, y médico de cabecera de la reina Victoria. También era masón, para decirlo todo. Poco antes de que se perpetraran los asesinatos de Jack *el Destripador*, el doctor había sufrido un ataque al corazón que le había dejado secuelas importantes, entre ellas, una grave afección cerebral que provocaba en él alucinaciones horrorosas, visiones y pérdidas momentáneas de conocimiento. Quienes han investigado al doctor nos aseguran que, en esos trances, «el doctor no era el mismo…». Por otro lado, el doctor Gull seguía ejerciendo la medicina en el famoso hospital psiquiátrico de Londres, el Bedlam. Debe entenderse que un hospital psiquiátrico de 1888 apenas podría reconocerse hoy. En aquella institución, el doctor Gull perfeccionó la técnica de la lobotomía, incapacitando a las personas mediante incisiones en el cerebro. Él decía —y tal era la filosofía de la época— que estas operaciones se realizaban para aliviarles el sufrimiento.

La historia que le enreda en este asunto y que lo convierte en sospechoso aparece en un libro que se publicó en la década de los setenta. Stephen Knight, el autor, se hizo eco del testimonio de Joe Sickert, que le contó a este periodista una historia rocambolesca y novelesca de increíbles proporciones.

Este Sickert decía que su madre era la hija natural del príncipe Alberto Víctor, duque de Clarence. El duque se había casado en secreto con una dependienta de una confitería, una chica católica de clase humilde. Semejante matrimonio había desatado

un gran escándalo en Buckingham Palace y para taparlo, la madre había sido internada en el psiquiátrico de Bedlam… ¡al cuidado del doctor Gull!

Así, la muchacha había quedado internada de por vida en el hospital psiquiátrico, en el Bedlam, pero estaba embarazada de una niña. Por supuesto, le arrebataron al bebé, que quedó al cuidado de la familia del pintor Walter Sickert, íntimo amigo del duque de Clarence. A propósito, este Walter Sickert había oficiado como testigo en la boda secreta. Este hombre vio crecer a la niña y, después de muchos años, se casó con ella.

La historia tenía otras ramificaciones al parecer. Alberto Víctor, duque de Clarence, tenía gustos… especiales. Cuando celebró aquel matrimonio secreto, además del pintor Sickert, ofició como testigo una joven que, por aquel entonces, era una dependienta. Esta muchacha se llamaba Mary Jane Kelly. Por circunstancias, se dio a la mala vida y acabó en uno de los miles de prostíbulos de Whitechapel. Perfecta conocedora del matrimonio secreto, Mary Jane Kelly se reunió con otras prostitutas de su camarilla y tramaron un plan aparentemente fantástico: chantajear al duque de Clarence y a toda la familia real.

Desde luego, para obtener dinero de Buckingham Palace, Mary Jane Kelly y sus amigas no podían dirigirse al duque o a la reina, y utilizaron como intermediario al pintor Walter Sickert.

«Es curioso», dice Santiago Camacho, «porque Sickert tiene un cuadro que se titula *El chantaje*, en el cual simplemente aparece una mujer con unos rasgos muy parecidos a los de Mary Jane Kelly».

Quizá el lector lo haya olvidado ya: Mary Jane Kelly fue troceada en pedacitos. Fue la última víctima de Jack *el Destripador*.

Según esta hipótesis, la reina Victoria habría encargado a alguien de su máxima confianza que, por las buenas o por las malas, acabara ese chantaje. Pero quizá no contó con el deterioro de las facultades mentales del doctor Gull… Esta teoría supone que, finalmente, el doctor Gull se ocupó de todo y que fue asesinando a las chantajistas una a una, sumido en el delirio o en la paranoia.

Ésta ha sido, en términos generales, la teoría más popular durante muchos años. Hay muchos indicios que parecen corroborar esta historia: uno de ellos, el más llamativo, es que los asesinatos se llevaron a cabo utilizando una curiosa simbología muy cercana a la masonería. Todos los degollamientos se hicieron de izquierda a derecha (hay una señal de reconocimiento masónico que se asemeja bastante); y en segundo lugar, Jack extraía los intestinos de sus víctimas y se los colocaba sobre su hombro izquierdo, tal como cuenta la tradición masónica que le ocurrió a Hiram, el arquitecto del templo de Salomón que fue asesinado por sus tres discípulos que querían saber el secreto de su oficio.

Puesto que lo truculento y lo enigmático suele anidar en los corazones temerosos, se añadieron algunos detalles góticos. Por ejemplo, que cuando ocurrían aquellos asesinatos siempre se veía a un hombre embozado en una capa negra y un carro de

caballos de apariencia fúnebre que se vio cerca de algunas víctimas.

Cuando se habló de un médico, se imaginaba a éste ofreciendo drogas a las pobres desgraciadas y subiendo las escaleras de un prostíbulo con un maletín de cirugía.

Patricia Cornwell, una de las últimas investigadoras del caso y célebre por varios *best sellen* sobre este asunto, daba otra opción. Su teoría es que el verdadero asesino, el verdadero Jack era… ¡el pintor! En sus lienzos, al parecer, habría plasmado las historias que le acontecieron mientras se calzaba las botas del asesino más célebre de la historia. Patricia Cornwell, en *Retrato de un asesino,* aplicó técnicas policiales modernas, estudió las cartas, los documentos, los informes, las huellas dactilares y llegó a comprar lienzos de Walter Sickert en los que aparecen mujeres con grandes mutilaciones.

Pero aún hay una teoría más arriesgada y, también, más novelesca. Esta hipótesis sugiere que el asesino era el mismísimo duque de Clarence, Alberto Víctor. Santiago Camacho nos advertía que Alberto Víctor era un personaje de una psicología muy compleja. Su bisexualidad era conocida y reconocida abiertamente y, por ello, motivo de burla. Fue incluso capturado por error en una redada de homosexuales en aquel mismo barrio de Whitechapel. El duque fue infectado por la sífilis, una enfermedad terrible y mortal en aquella época, que provocaba demencia en los últimos estadios de su proceso. Si se contagió tras haber mantenido relaciones con una prostituta, ¿no pudo hacerlo por venganza? Finalmente, el duque de Clarence falleció a causa de esa enfermedad.

Sin embargo, hay un detalle importante en contra de esta teoría. El duque de Clarence era un miembro destacado de la familia real británica y su agenda era públicamente conocida. Además, mientras se estaban cometiendo algunos de los asesinatos de Jack *el Destripado*^ el duque se hallaba en Balmoral, en Escocia, o en otros lugares. Por ese lado, tenía coartada.

Pero no es una coartada definitiva. Como se ha advertido, Alberto Víctor era el protegido del doctor Gull e íntimo amigo del pintor Walter Sickert. Así pues, todo parece conducir a otra de las teorías más divulgadas: que se tratara de una autoría colectiva, una hermandad, un grupo de fanáticos…

Una investigación en profundidad

Jack *el Destripador* es un personaje tremendamente escurridizo. Su figura parece difuminarse a medida que las investigaciones se acercan a él. Las hipótesis y las teorías rondaban a un médico, a un pintor, a un miembro de la casa real… *Milenio 3* se puso en contacto con César Vidal, que ha estudiado detenidamente el caso y nos sorprendía con la siguiente afirmación: «El caso de Jack *el Destripador* es una cuestión zanjada». Nos explicaba que las distintas teorías sobre su identidad no pudieron solventarse hasta los años 1992 y 1993, cuando, gracias a la Ley de Secretos

Oficiales, se pudieron desclasificar documentos que estaban en los archivos de Scotland Yard y que hacían referencia, precisamente, a Jack *el Destripador*.

Hasta entonces, sólo había teorías. Médicos, pintores, pervertidos, duques… «Hoy en día, lo que sabemos es, primero, que Jack *el Destripador* era un colectivo. Es decir, no era sólo un asesino, sino que, de hecho, era un grupo de cinco personas que actuaron asesinando a distintas mujeres relacionadas con la prostitución. Segundo, sabemos las causas de esos crímenes, que no eran causas relacionadas con la mentalidad típica de un *psicokiller*, sino efectivamente, con un escándalo en el seno de la familia real que se ha podido documentar».

El escándalo al que se refiere César Vidal era al matrimonio del duque con una joven llamada Anne Elizabeth, de religión católica. Como se sabe, el rey de Inglaterra es también la cabeza de la Iglesia anglicana y el duque de Clarence era el segundo en la línea de sucesión de la reina Victoria. Esto planteaba un problema a la Casa Real: el heredero no podía casarse con una persona que no fuera de confesión protestante.

Inicialmente, para acabar con este escándalo, según nos explicó César Vidal, la reina Victoria encomendó a lord Salisbury, que era el primer ministro, que hiciera todo lo posible por «dejar fuera de la circulación» a esta pobre mujer, a Anne Elizabeth. Como sabemos, la muchacha fue internada en el manicomio de Bedlam. El duque de Clarence murió en 1892, en extrañas circunstancias, y la pobre Anne Elizabeth fue declarada loca y recorrió distintos manicomios hasta su fallecimiento en 1920.

César Vidal propone algunas variantes interesantes en esta historia y detalles al parecer bien contrastados. «Posiblemente, todo hubiera quedado ahí y Jack *el Destripador* no hubiera hecho acto de presencia de no ser porque había una niña que había nacido de aquella unión entre el duque de Clarence y la joven Anne Elizabeth».

Pero, contrariamente a lo que creíamos, la niña, fruto de esa unión ilegítima, no fue directamente a manos del pintor, sino que fue salvada por una amiga de la joven llamada Mary Jane Kelly. Si ésta hubiera escondido a la niña y hubiera guardado también silencio, no habría sucedido nada. Pero Mary Jane Kelly tuvo mala fortuna y se vio obligada a ejercer la prostitución para sobrevivir. Y, en un momento determinado, decidió chantajear a la familia real británica. Y ahí cavó su tumba.

Según César Vidal, cuando la reina Victoria conoció aquella historia del matrimonio clandestino, de un bebé, de andanzas con jóvenes católicas, estuvo a punto de padecer un ataque de histeria.

Había que tomar medidas y, efectivamente, se tomaron. Lord Salisbury, el primer ministro, que era un masón de alto rango, decide acudir a alguno de sus compañeros de la masonería y contacta con William Gull, amigo íntimo de la reina, y encubridor de algunos abortos en el seno de la familia real. En definitiva, con su pericia médica evitaba escándalos. El primer ministro también reclamó a Robert Anderson, que era el segundo jefe de la policía metropolitana de Londres.

Estos dos individuos, muy poderosos, reclutan a gentes que empiezan a buscar y a

informarse. Su objetivo era acabar con todos aquellos que conocían el secreto. Y, por supuesto, acabar con la chantajista Mary Jane Kelly «Y, de hecho, todas las mujeres que mueren conocían el secreto de Mary Jane Kelly. Sólo en una ocasión se produjo un error y asesinaron a una pobre muchacha que se llamaba Catherine Eddowes, por equivocación, porque esta muchacha a la hora de prostituirse muchas veces utilizaba el nombre de Mary Kelly y pensaron que, efectivamente, era Mary Jane Kelly y la mataron. Fue el único error», concluye César Vidal.

Como Santiago Camacho, Vidal piensa que los asesinatos se llevaban a cabo de acuerdo con una especie de ritual masónico. «Por ejemplo, siempre incluían un degollamiento, que aparece en el juramento del aprendiz de la masonería y el destripamiento, que se enseña en la iniciación del grado de maestro. Es decir, son amenazas que se producen en el curso de la iniciación en distintos grados de la masonería para aquel que revele secretos. De modo que era evidente: aquella gente estaba revelando secretos y por eso sufrían aquellos castigos».

El caso, así contado, parece muy verosímil, porque cuando esas personas murieron, Jack desapareció. «Ya no tenía a quién matar y el secreto había quedado guardado para siempre… en teoría».

Con algunas precisiones, la historia del bebé perdido se produce aproximadamente como se ha narrado más arriba. La niña queda en manos del pintor, que acaba casándose con ella. Y el hijo de esta niña, es decir, el nieto de la amante loca del duque de Clarence, guarda documentación que acaba sacando a la luz a finales del siglo XX. Por otro lado, Scotland Yard desclasificó en 1992 y en 1993 documentos que sólo corroboraban lo que reveló el nieto de Anne Elizabeth, la loca de Bedlam.

Las imágenes de las autopsias que se publicaron en su día de las víctimas de Jack *d Destripador* son francamente impresionantes. Algunas cabezas aparecen separadas del tronco. Hay extracción de algunos órganos.

A ciencia cierta no se sabe si es más horrible el crimen o los trabajos de los forenses, bastante desaliñados.

La corona bajo sospecha

Los hechos ocurrieron en 1888, hace más de un siglo. ¿La vinculación de la Corona y de altas instancias políticas con esos crímenes es el motivo de este secretismo casi eterno? Santiago Camacho nos explicaba que el Acta de Secretos Oficiales Británica es una herencia de la época victoriana. En esa ley se establecía que los secretos oficiales tienen tres categorías. Los hay de 30, de 50 y de 100 años, que es la máxima categoría. Es decir, tiene que pasar un siglo para que puedan desvelarse y abrirse los archivos. Por supuesto, este rango asegura que todos los implicados en determinado asunto hayan fallecido. «Pues bien, todas las investigaciones de Scotland Yard recibieron ese carácter de máxima clasificación:

cien años de secreto. En los años ochenta, por fin, se pudo saber algo más, se pudo conocer de primera mano el contenido de aquellas investigaciones policiales en las que, como se ha sabido, tampoco se puso mucho esmero en localizar al presunto culpable».

Le preguntábamos a César Vidal por qué Jack *el Destripador* se convirtió en el asesino más famoso de la historia. En realidad, los crímenes que cometió son casi un juego de niños al lado de los terroríficos asesinatos de los *serial killers* o los *psicokillers*.

La respuesta se halla en dos planos, uno de carácter mediático y otro de carácter psicológico. En primer lugar, por primera vez los medios de comunicación plantean el caso de Jack como un folletín, como una novela de intriga, como un relato policiaco. Otros grandes magnicidios y asesinatos no habían tenido esa repercusión. Por otro lado, ese carácter periodístico dio paso a la especulación. Como los crímenes estaban muy bien protegidos, eran tan oscuros y no había modo de resolverlos, se generó miedo, y pánico, y un horror psicológico irrefrenable. «Yo creo que la razón fundamental es que el criminal era un colectivo: no existía la posibilidad de pararle los pies, y, además, los medios de comunicación le estaban dando una tremenda publicidad».

Sin embargo, para que la estrategia de aquel grupo criminal dirigido desde las más altas instancias (Downing Street y Buckingham Palace) se viera coronada con el éxito era necesario que los medios de comunicación estuvieran intoxicados.

Aquellas cartas y aquellos mensajes sólo conseguían distraer la atención. Así pudo actuar aquel grupo de sicarios, amparados por la ceguera de los medios de comunicación y el miedo de los obreros y mendigos de los bajos fondos.

Una estrategia formidable para ocultar un desliz real.

La Pasión de Jesús de Nazaret

«Y Jesús, con unos cinco años, dijo “volad”
y aquellos pájaros de barro comenzaron a elevarse
revoloteando en el cielo».

Evangelio del Pseudo Tomás, apócrifo, siglo II.

La Pasión comienza casi inmediatamente después de la Última Cena, la celebración de la Pascua judía en Jerusalén. Jesús anuncia a sus discípulos que desea orar y les advierte que los próximos días serán especialmente dolorosos para todos. El maestro acude con algunos de sus amigos predilectos a un huerto, llamado Getsemaní. Se trata de una escena decisiva: en este punto comienza el sufrimiento de aquel hombre.

El texto de Lucas dice: «Y en medio de la angustia, seguía orando más intensamente. Y su sudor era como gruesas gotas de sangre, que iban cayendo a la tierra».

Es muy importante que los evangelistas hablen de la angustia. Mateo lo cuenta con una emoción singular: Jesús se aparta con sus tres discípulos predilectos «y comenzó a sentir tristeza y angustia». En un rasgo profundamente humano, Jesús dice a sus amigos: «Siento tristezas de muerte» (Mt 26, 37).

Jesús está angustiado y se siente abandonado y desamparado, profundamente solo. (Incluso sus amigos se entregan al sueño en vez de velar con él). Es un momento clave: los textos indican claramente que Jesús sudó sangre. Pero esto… ¿es posible? ¿Es científicamente posible? Para saber si ese proceso es factible o sólo es un giro literario de los evangelistas, acudimos al doctor don Ángel Rodríguez Cabezas, cuya obra sin precedentes *El dolor de Cristo. Análisis médico y psiquiátrico de su Pasión* (junto al psiquiatra José María Porta Tovar) merece un atento estudio. El doctor Ángel Rodríguez afirmaba que «sudar sangre» no es sólo una metáfora: «Tiene un nombre científico. Se llama hematidrosis. Es un fenómeno poco común, pero en teoría sí puede darse. Es el punto culminante de la ansiedad. Y eso es lo que se describe en los textos y lo que presumiblemente ocurrió en el huerto de Getsemaní». Tanto el doctor Rodríguez Cabezas como el psiquiatra Porta Tovar creen que aunque el sufrimiento físico se produce en los patios y los calabozos del gobernador romano, el verdadero dolor tuvo lugar en el Huerto de los Olivos.

Los médicos saben que estos procesos son excepcionales y que se puede desarrollar toda una vida profesional sin conocerlos de primera mano. Pero hay bibliografía y documentación gráfica al respecto. Se habla de soldados que han sufrido procesos histéricos, causados por la angustia y la ansiedad, con parecidos síntomas.

El doctor José María Porta Tovar, coautor de *El dolor de Cristo*, nos explicaba así, desde el punto de vista de la medicina psiquiátrica, cómo puede entenderse un

sufrimiento espiritual tan intenso que llegue a producir hematidrosis: «Se llaman somatizaciones. Es decir, el alma puede estar de tal forma dolida que el cuerpo traduce, de alguna manera, esta angustia. Y esa angustia se traduce, por ejemplo, en una vasodilatación. Es muy posible que, en un momento dado, esas venas dilatadas dejasen escapar esa sangre mezclada con sudor a través de los folículos pilosos y sebáceos, y entonces se produjese esa sudoración sanguinolenta de la que nos habla el Evangelio».

De modo que este episodio, comúnmente relacionado con estrategias literarias o emocionales de los discípulos, pudo ocurrir verdaderamente. Quizá no se ha explicado bien o no se ha reparado en esa angustia previa porque los sucesos que acontecieron posteriormente son tan dramáticos que oscurecen el resto de la historia. (Un oyente preguntaba, casi enojado, por qué nos centrábamos en la Pasión, y no en el mensaje de Jesús. En realidad, el mensaje está muy presente en estos últimos episodios de la vida de Jesús de Nazaret y, en cierto modo, son el colofón de dicho mensaje. En todo caso, *Milenio 3* no es un programa de divulgación religiosa, sino de análisis histórico, sociológico y antropológico desde el punto de vista periodístico).

Proceso a un inocente

Después de la terrible angustia sufrida en Getsemaní, tal y como había predicho, Jesús fue apresado. Pero lo cierto es que los evangelios son muy confusos en lo que se refiere al proceso judicial. ¿Por qué se le condenó exactamente? Lo que sabemos es que es conducido ante el sanedrín y allí se le acusa de blasfemo; puesto que el sanedrín no puede condenar a muerte a un súbdito romano (Palestina era zona ocupada por los romanos), se le conduce ante el gobernador Poncio Pilatos. Este no aprecia delito alguno en el profeta, y deja la decisión en manos de Herodes Antipas, puesto que Jesús aseguraba que era «rey de los judíos». Herodes, prácticamente, se burla de él y lo expulsa de su palacio, de modo que regresan al recinto militar romano, ante Pilatos de nuevo. El gobernador ordena azotarlo, considerando que ese castigo puede calmar las iras del sanedrín, pero las presiones sociales son tan intensas que, finalmente, Pilatos accede a crucificarlo.

¿Cuál era el sistema judicial que se imponía en los territorios del Imperio? ¿Qué clase de juicio fue el de Jesús? Todo el proceso que lo conduce a la cruz parece viciado de irregularidades o, al menos, confuso por la división de poderes religiosos y civiles. Para explicar este singular proceso a Jesús de Nazaret acudimos al juez José Raúl Calderón, quien —por decirlo de algún modo— ha reabierto el caso en su libro *Proceso a un inocente*. El magistrado asegura que en el doble proceso, tanto ante la autoridad religiosa judía como ante la autoridad romana, se cometieron «serias irregularidades procesales». Los problemas se dieron, especialmente, en el marco del proceso judío. Aunque los hebreos contaban con una legislación fabulosa en los escritos bíblicos, las precisiones al parecer no se encontraban en un cuerpo legislativo

codificado en tiempos de Jesús, según José Raúl Calderón. La ley se basaba en el derecho consuetudinario, esencialmente oral; sólo se codificó posteriormente, en el siglo II, en el Talmud, en la sección de la Mishná. Si esa legislación se retrotrae a los tiempos de Jesús, «podemos observar que se cometieron serias irregularidades procesales que, en otras circunstancias, habrían conseguido que, efectivamente, ese proceso se hubiera declarado de nulidad y este hombre se hubiera puesto inmediatamente en libertad». Los poderes entraban en conflicto: declararse o sugerir o admitir de algún modo que uno era Dios o Hijo de Dios era blasfemia para el sanedrín, pero no lo era para Roma, mucho más permisiva en cuanto a la libertad de cultos en su Imperio. «Jesús era una persona problemática y muy conflictiva para la autoridad religiosa judía», explica el magistrado Calderón. No sólo había puesto en tela de juicio la aplicación de la ley mosaica, sino que desestimaba el descanso semanal, tergiversaba las escrituras, modificaba los mandamientos antiguos, se decía que hacía milagros, bebía y comía hasta el punto de que lo consideraban un bebedor y un despilfarrador, etcétera, etcétera. Pero la gota que colmó el vaso fue su injerencia en los asuntos del templo, concretamente, la expulsión de los mercaderes y comerciantes del templo, que era una fuente de ingresos muy importante para el sanedrín.

De modo que, cuando se le apresa, el sanedrín prácticamente tiene tomada una decisión. Y aunque los testigos que comparecieron se contradecían, todo parecía resuelto. El sumo pontífice era Caifás, sin embargo, quien primero interroga a Jesús es Anás, su suegro. Se le presentó maniatado y se le golpeó repetidamente antes de que Caifás se hiciera cargo del interrogatorio. Todas las preguntas, como nos aseguraba el magistrado José Raúl Calderón, iban dirigidas a buscar la autoinculpación del individuo. Le preguntaron si él era el Mesías, el Hijo de Dios vivo, y la respuesta fue: «Vosotros decís que yo lo soy». Según el juez Calderón, esto no era suficiente para condenar a un procesado; no hubo una naturaleza despectiva en esa afirmación, ni se empleó una fórmula atentatoria del nombre de Dios. «La autoridad judía no tenía una prueba suficientemente sólida para que se le imputara un delito de naturaleza religiosa (la blasfemia, por ejemplo) y con ello la pena de muerte, pero para ellos, en esos momentos, lo fue».

Para los jueces, los detalles son importantes. Y todo el procedimiento estuvo plagado de irregularidades, una tras otra. En principio, «todo el proceso, desde el momento de la detención del galileo, se desarrolló durante la noche; se le procesó de noche, se le juzgó de noche, se le condenó sin esperar, prácticamente, a la luz del día». Finalmente, según los testimonios evangélicos, acudieron al gobernador romano Poncio Pilatos.

«Para el Imperio, en ese momento, Jesús era un condenado más», asegura el juez Calderón. Se duda incluso de que las actas del proceso llegaran hasta Roma, como era preceptivo. (Hay transcripciones posteriores de dichas actas, pero no fiables). Incluso en los Evangelios se nota un cierto desinterés por el caso en los palacios

romanos. Según el magistrado Calderón, seguramente se aplicó un procedimiento llamado *cognitio extraordinem*, que era un proceso arbitrario y discrecional; todo quedaba en manos del procurador romano, sin que éste tuviera que dar cuenta a nadie de sus decisiones. De hecho, no era necesaria una denuncia formal para imputar y condenar a alguien; todo lo contrario: bastaba con una mera información. De ahí que se produzca un breve interrogatorio y, por último, una sentencia.

«Le pusieron en la cabeza una corona de espinas»

Pero Poncio Pilatos, pretor o gobernador o procurador de Judea, no encontró motivos para condenar a muerte a Jesús de Nazaret: tal es la narración evangélica. Sin embargo, los textos sagrados aseguran que estaba muy temeroso ante la presión del sanedrín y de los ciudadanos. (Judea era un verdadero problema para Roma, y sus gobernadores intentaron calmar las revueltas contra el Imperio hasta que las poderosísimas legiones romanas de Tito, finalmente, destruyeron Jerusalén en el año 70). De modo que Pilatos considera que un castigo singular será suficiente: la flagelación.

El doctor Rodríguez Cabezas nos explicaba así, pormenorizadamente, en qué consistía ese castigo: «La flagelación tuvo que ser terrible desde el punto de vista físico. Dejando aparte el factor psicológico, que también debió de ser importante, a Jesús lo desnudan completamente, lo atan a una columna baja y, entonces, se procede a la flagelación. Es necesario recordar que la flagelación fue romana, no judía. Los judíos sólo podían dar hasta cuarenta azotes, según la normativa religiosa. Siempre daban treinta y nueve, para no equivocarse. Pero la flagelación a Jesús fue romana: terrible. Se realizaba con una especie de látigo llamado *flagrum*, del que colgaban varias correíllas acabadas en huesecillos de oveja o bolitas de acero».

La flagelación, con *flagrum* o *flagella* (otra modalidad no menos cruel), abarcaba desde el cuello hasta los pies: desgarraba la piel, el tejido subcutáneo, e incluso los músculos. «En fin, la flagelación indica que Jesús debió de ser una persona robusta», comenta el doctor. «Desde el punto de vista fisiológico, tuvo que serlo, porque no se comprende que no muriera tras ese castigo».

Este castigo era suficiente para matar a un hombre. El dolor probablemente producía desvanecimientos y desmayos constantes. Los guardias romanos sabían que Jesús se había autoproclamado rey de los judíos. Eso fue suficiente para que las burlas y las mofas llegaran a un extremo inconcebible: se le colocó una corona de espinas, se le entregó un cetro —una caña— y se le colocó una capa o túnica púrpura, tal y como se representa en la imaginería común. Lo que los guardias romanos hicieron, realmente, fue entretenerse en un juego cruel que se llamaba «el juego del rey» (*basilicum*, voz procedente del griego *hastieos*, rey, príncipe). Era un juego de tabas en el que se sufrían determinados castigos dependiendo del modo en que cayeran las tabas. La corona de espinas era realmente una especie de casco

confeccionado con una clase de espino —quizás el jujube o *Ziziphus Spina Christi* o tal vez la especie *Paliarus aculcatus*—. Se trata de especies de espino muy duros y resistentes, cuyas espinas tienen unos dos centímetros de longitud. Según el doctor Rodríguez Cabezas eran arbustos y ramas que habitualmente se utilizaban como leña. En el juego de tabas, le quitaban de las manos la caña —el supuesto cetro— «y le daban un cañazo en aquel casquete que le habían puesto, atado con una cuerda a la barbilla. Aquellos pinchos se clavaban en el periostio de los huesos del cráneo produciendo graves hemorragias. Y como esos huesos tienen terminaciones nerviosas, el dolor debía de ser insoportable». Algunos expertos aseguran que esa corona o ese casco de espinas pudo producir graves desarreglos nerviosos en el reo.

Respecto a la capa púrpura que habitualmente se contempla en las representaciones de Jesús, los expertos contemplan la posibilidad de que no se tratara de un delicado tejido, lo cual tendría sólo un propósito burlesco. Más bien se decantan por una especie de tejido rugoso que produciría aún más laceraciones en la piel herida del reo.

En el Monte de la Calavera

Finalmente, la decisión fue crucificar al reo. Se sabe que había varios modos de ejecutar esta sentencia, pero, en todo caso, se trataba de una pena que se empleaba para los ladrones y delincuentes comunes. Sin embargo, los romanos también utilizaban la cruz como castigo político, para los traidores y revolucionarios. Al parecer, los cartagineses fueron los primeros en ejecutar habitualmente a los reos por medio de la crucifixión. Y parece que en los territorios de la península Ibérica, los romanos la utilizaron masivamente en la cornisa cantábrica contra vascones y cántabros, y aún quedan restos arqueológicos de esas crucifixiones contra los rebeldes hispanos. Y otro tanto ocurrió con el famoso rebelde Espartaco y con los cristianos posteriormente, en Roma, a los que Nerón acusó de conspiraciones políticas. Si Jesús se había declarado rey, era evidente que era un revolucionario, un cabecilla de una facción rebelde y, por tanto, debía ser crucificado. De hecho, cuando hubo de tallarse el *titulus*, se especificó cuál era el cargo que se le imputaba. El *titulus* era un cartel de madera que se colocaba en la cruz o colgado del cuello del reo en el que se declaraba por qué se había ejecutado al reo. Así, todos aquellos que lo vieran sabrían qué se castigaba y de qué modo. En el caso de Jesús de Nazaret, el *titulus* rezaba: Iesvs Nazarenvs Rex Ivdeorvm («Jesús de Nazaret, rey de los judíos»).

Dependiendo de la gravedad de las acusaciones, la pena de crucifixión se ejecutaba de un modo u otro. Los ladrones y delincuentes comunes simplemente eran trasladados al lugar donde se procedía a la crucifixión. En Jerusalén, el lugar elegido se llamaba Gólgota, o Monte de la Calavera (Calvario). Allí estaban emplazadas ciertas cruces fijas, llamadas *crux capitata* o *crux inmissa*. Pero para los delitos graves, se obligaba al reo a cargar con el *patibulum*, que era el poste transversal que

posteriormente se encajaba en el *stipes o supplicium*, un poste vertical clavado en tierra.

A Jesús se le crucificó en el Gólgota, junto a dos ladrones, tradicionalmente llamados Dimas y Gestas, y que sirvieron a los evangelistas para difundir una última lección de piedad y misericordia. Estos dos ladrones fueron ejecutados en las cruces que ya estaban preparadas al efecto en aquel lugar. Pero Jesús, al parecer, era un reo especialmente peligroso, de modo que lo hicieron cargar con el travesaño de la cruz hasta las afueras de la ciudad precedido del *buccinator*, un individuo que anunciaba la inminente ejecución de un preso con una trompeta o una tuba.

A pesar de todas las representaciones pictóricas y escultóricas que ha legado el arte religioso, hoy se tiene constancia de que la crucifixión de Jesús de Nazaret no se produjo tal y como esas imágenes nos muestran. En principio, muchos reos simplemente se ataban a los postes y a las cruces y, allí, se les dejaba morir y a merced de las aves carroñeras y de otras alimañas. Cuando el reo era verdaderamente crucificado, se utilizaban unos clavos puntiagudos de unos dieciocho centímetros de longitud que se clavaban en la muñeca, en el llamado «espacio de Destot». «El clavo entra en la muñeca por el espacio de Destot, en el metacarpo», explica el doctor Ángel Rodríguez Cabezas. «Dirigiendo el clavo un poquito hacia arriba, entra muy fácilmente. Si no era posible encontrar ese lugar preciso, también se podía clavar más arriba, entre el radio y el cubito… Pero nunca en la palma de la mano. La mano se desgarraría con el peso, eso está clarísimo».

En 1968 se encontraron restos arqueológicos en Palestina que parecen confirmar esta hipótesis más que probable. Se halló un cuerpo al parecer perteneciente a un crucificado que aún tenía el clavo en el lugar en el que afirman los doctores que solía colocarse, en ese espacio que permite la sujeción del reo sin que se desgarre la mano.

Una vez izado en la cruz, el tormento debió de ser insoportable. Pero las consecuencias de esta ejecución han sido analizadas desde muchos puntos de vista, y no todos los estudiosos han llegado a la conclusión que parecería más lógica: que Jesús murió en aquella cruz. Las hipótesis —en ocasiones carentes de toda sensatez— pasan por una muerte aparente, una muerte fingida, suministro de drogas, etcétera, etcétera. Lo más probable, sin embargo, es que Jesús muriera en la cruz. ¿Cómo entienden los médicos este proceso? En general, se habla de asfixia: el cuerpo del reo ejercería un peso sobre su plexo solar de tal magnitud que le sería imposible seguir respirando. Sin embargo, otros estudios afirman que probablemente la causa de la muerte fue una parada cardiaca por la pérdida de sangre.

El doctor Ángel Rodríguez Cabezas piensa que la causa inmediata de la muerte fue una disfunción respiratoria. «Jesús está clavado de pies y manos. Entonces, el cuerpo se inclina hacia delante y, en esa posición, los músculos intercostales no realizan correctamente su función. Eso es muy importante. Jesús tiene que forzar la respiración, la expulsión de aire, la expiración. Tiene que hacer una expiración forzada. Para conseguirlo, se tiene que apoyar en las manos y en los pies; pero al

apoyarse en las manos y en los pies, el clavo de la mano toca el nervio mediano produciendo un dolor enorme. El clavo del pie toca el nervio del peroné y ocurre lo mismo. Entonces, Jesús, para evitar el dolor, empieza a hacer movimientos respiratorios muy superficiales. Eso es lo que produce una inundación de anhídrido carbónico que pasa a la sangre como ácido carbónico. Entonces, se produce una hipopsia y Jesús muere por asfixia».

Los romanos contaban con estas alteraciones fisiológicas para asegurar la muerte de los reos. Si no era suficiente el dolor, el escarnio y las flagelaciones, si no era suficiente la pérdida de sangre, la asfixia cumpliría su cometido tras un inconcebible sufrimiento. Para que el peso del cuerpo definitivamente impidiera la respiración, los romanos utilizaban una técnica violentísima, que consistía en romper las piernas o las rodillas del reo, con el fin de que no pudiera apoyarse en ellas para poder respirar. Estas tareas las ejecutaba el *carnifex*, el verdugo. Según el Evangelio, esto no se produjo en el caso de Jesús: «Como lo vieron ya muerto, no le quebraron las piernas» (Jn 19, 33).

«¿Por qué me has abandonado?»

Uno de los momentos más patéticos de la Pasión de Jesús de Nazaret se produce precisamente en la cruz, pero no atañe al dolor físico ni al increíble sufrimiento humano, sino al desamparo emocional. Parece una contradicción que el hombre que en cierto modo había buscado el sacrificio personal y la autoinmolación se sienta desprotegido y abandonado. En el momento supremo de su sufrimiento, tal vez esperaba una señal que lo consolara. Es imposible saberlo, pero los Evangelios recogen una súplica y una queja verdaderamente estremecedora: «¡Padre, Padre…! ¿Por qué me has abandonado?». Semejante súplica sugiere que la fortaleza de Jesús se quiebra… Los psiquiatras hablan de siete fases por las que pasa un reo que va a ser ajusticiado: choque, negación, cólera, depresión, negociación, aceptación de su pena y cátexis (asunción de la muerte). ¿Esa frase respondería a un estado depresivo próximo a la muerte?

César Vidal, periodista, escritor prolífico y experto en este y otros muchos asuntos, nos explicaba así cómo entendía él ese espacio de duda o depresión de Jesús frente a su muerte inminente y por qué pronuncia esas palabras: «Yo creo que Jesús, muy posiblemente, está rezando el salmo 22».

El salmo 22 dice:

Dios mío, Dios mío,
¿por qué me has desamparado
ajeno a mis socorros y a mis gemidos…?

Según César Vidal, en ese salmo se da expresión a la idea del justo que reflexiona sobre el hecho de que ha quedado abandonado a su destino. «Es un salmo escrito unos diez siglos antes de Jesús, pero en el que curiosamente hay una referencia al Mesías que morirá con las manos y los pies horadados, al hecho de que se repartirán sus vestiduras jugándolas a suertes, y añade que se burlarán de él en el momento de la muerte, etcétera. En fin, yo creo que hay una identificación absolutamente directa con esa figura del Mesías sufriente, que muere en medio de la mofa y la burla de sus verdugos, con el reparto de sus vestiduras y, además, con las manos y los pies taladrados».

Desde el punto de vista psicológico y psiquiátrico, las referencias son otras, naturalmente. José María Porta Tovar cree que la humanidad de Jesús se abrió paso en esos momentos. En su opinión, el rabí seguramente no contaba con la seguridad de que ése iba a ser su destino desde que tuvo uso de razón; probablemente fue descubriendo que ése era su destino a medida que se enlazaban los acontecimientos. «Yo creo que lo más doloroso de la Pasión de Cristo fue la duda. Yo creo que las dudas que tuvo que soportar y que resolver configuraron el sentimiento más doloroso que Jesús padeció durante la Pasión. No sabemos si las resolvió o no hasta el final». Las circunstancias condujeron a Jesús a la cruz y, en este punto, las distintas creencias y opiniones pueden ofrecer conclusiones y matices también diferentes. Los creyentes asegurarán que las circunstancias estaban decididas de antemano y que Jesús sólo cumplió un deseo propio y de Dios. Para los escépticos, quizá fue sólo una concatenación de hechos aislados. En todo caso, como advierte el doctor José María Porta Tovar, «él fue aceptando una tras otra estas circunstancias y solventando esas dudas en la fe de una manera prodigiosa y ejemplar».

Las palabras de Jesús en la cruz son sorprendentes desde cualquier punto de vista. Como simple ser humano que sufría un tormento horroroso, exclamó que tenía sed; se ocupó del más joven de sus discípulos e hizo prometer que Juan se ocuparía de su madre y que ésta sería una madre para Juan; al tiempo, lamentó su desamparo o, según César Vidal, oró recordando los salmos antiguos (al fin y al cabo, era un rabí instruido en las Escrituras); y, además, clamó al Cielo por aquellos que lo estaban ejecutando. Sin duda, era un mensaje revolucionario y, en cierto modo, incomprensible. Finalmente, dijo: «Todo se ha cumplido», y expiró.

José Antonio García Andrade, profesor de Psiquiatría Forense, como si tuviera en su mesa de trabajo a aquel reo ajusticiado en la cruz, nos explicaba que la crucifixión era realmente un procedimiento muy cruel. «Fue una muerte cruel porque son muchos los elementos que se van sumando poco a poco y en las distintas fases, las distintas etapas por las que atraviesa la agonía».

En aquella época, añadía el profesor García Andrade, lo importante era que el condenado a muerte padeciese una agonía lo más cruel posible y lo más larga posible. «En la muerte por crucifixión predomina un síndrome de asfixia», concluye el forense.

«Lo envolvió en una sábana limpia»

Con la muerte de Jesús en la cruz —así lo atestiguan los evangelistas— se puso fin a la Pasión. Aquí, tal y como lo entendieron los mismos discípulos, acababa la historia. Pedro y los suyos se escondieron por temor a las represalias. No confiaban en las predicciones de su maestro. (Tal y como se ha avanzado, no todos los especialistas consideran que Jesús muriera en la cruz. Para tratar de explicar lógicamente un suceso prodigioso, se han aventurado un sinfín de teorías que, en resumen, sugieren que el rabí no estaba muerto cuando lo descendieron y que, posteriormente, huyó de Palestina).

Según las Escrituras, un rico hacendado judío, llamado José de Arimatea, amigo de Jesús, solicitó hacerse cargo del cuerpo aquel mismo viernes, dado que en el sabbat estaba prohibido realizar cualquier trabajo y, desde luego, tampoco se podían celebrar ceremonias de enterramiento. Así, José de Arimatea, junto a algunas mujeres (María y María Magdalena entre ellas), perfuman el cuerpo del crucificado y lo envuelven en «una sábana limpia». Lo introducen en una tumba nueva —quejóse de Arimatea había comprado para sí mismo— y regresan a sus casas.

Y aquí comienza uno de los grandes misterios de la Historia. ¿Qué ocurrió en aquella oscuridad sepulcral? César Vidal nos explicaba que, de acuerdo con el Derecho romano, el cuerpo se entregaba a aquella persona que lo solicitara. El hecho de que José de Arimatea tuviera un sepulcro en Jerusalén no es insólito, porque muchas personas compraban tumbas en la capital porque deseaban que su cuerpo reposara en la Ciudad Santa tras su muerte. «Se ordenó que una guardia vigilase la tumba, porque, efectivamente, se temía que alguien pudiera robar el cuerpo. Jesús había anunciado que iba a resucitar y, desde luego, la autoridad no quería dar pábulo a ese rumor. Pero la mañana del domingo, a pesar de la guardia, lo cierto es que el sepulcro aparece vacío. Yo creo que ésos serían, en definitiva, los hechos constatables», concluye César Vidal. Sin embargo, hay aún algún aspecto que vale la pena destacar: «No solamente el sepulcro aparece vacío, sino que, además, no aparece el cadáver. Y no solamente nadie encuentra el cadáver, sino que además las personas que desde un principio tienen algún tipo de duda de que allí haya podido suceder algo parecido a la resurrección se van convenciendo con el paso de las horas como consecuencia de una serie de apariciones».

La resurrección de Jesús es un hecho irrenunciable y decisivo para los fieles cristianos. Si Jesús hubiera muerto y su cuerpo se hubiera mantenido en el sepulcro y se hubiera descompuesto y sus huesos finalmente hubiesen sido removidos durante los siglos posteriores, nada tendría sentido en la religión cristiana y sus variantes. La resurrección es un dogma de fe. Su mensaje podría haber tenido cierta importancia, pero lo que le confiere el verdadero poder es el hecho de que resucitara y de ahí la fuerza y el vigor con el que los cristianos primitivos se esforzaron en la difusión de su creencia. De hecho, ni les importaba morir como mártires, a la vista del ejemplo de su

maestro.

Milenio 3 no entra a juzgar los aspectos religiosos de la cuestión: lo único visible y palpable a lo que podemos aferramos es a ese lienzo que, según los expertos, quedó en el sepulcro y fue guardado, custodiado y venerado desde entonces como la prueba de la existencia, el martirio y la resurrección del rabí Jesús el Nazareno.

Es la Sábana Santa. Aunque hay muchas otras «sábanas santas» en todo el mundo y en España —hasta una treintena—, los datos históricos y el seguimiento de los investigadores se ha centrado en la llamada Síndone, el lienzo que se custodia en la catedral de Turín. El recorrido histórico de esta pieza se ha estudiado con mucho detenimiento y sus características parecen ajustarse a lo que se espera del Santo Sudario. El resto de las piezas son copias, o se consideran «santas» por haber estado en contacto con la que, a todas luces, parece más cercana a la original.

Como era previsible, la Síndone turinesa está rodeada de polémica y no todos los especialistas admiten que sea el tejido que verdaderamente envolvió el cuerpo de Jesús. Algunas investigaciones técnicas han adolecido de rigor y fiabilidad —como las que se hicieron con la prueba del Carbono-14— y por desgracia no se ha podido corroborar científicamente que la Sábana Santa sea exactamente lo que se dice que es. A pesar de ciertas incompetencias científicas, sí parece estar demostrado que se trata de un lienzo fabricado según las técnicas del siglo I en Palestina y los restos de polen ratifican presencias biológicas de plantas endémicas de la zona.

(Aprovechando circunstancias más o menos literarias, no ha faltado quien asegure que el lienzo fue «manufacturado» por Leonardo da Vinci. El genio renacentista era, desde luego, capaz de muchas cosas, pero es dudoso que contara con la tecnología para efectuar quemaduras superficiales tan precisas como las que muestra la Síndone).

Con todas las precauciones, por tanto, se puede admitir que se trata de un lienzo del siglo I. En él, mediante un proceso del que no se sabe prácticamente nada, quedó impresa la figura de un hombre, al que los creyentes dan el nombre de Jesús de Nazaret. La figura es, claramente, la de un individuo crucificado. Se posee tanto la parte frontal como la parte dorsal. Como si de una radiografía se tratase, quedaron impresas en ese lienzo todas las marcas, heridas y magulladuras del reo. Incluso pueden apreciarse dos monedas de cobre *(leptones)* que solían colocarse sobre los párpados, conforme a las tradiciones paganas de Grecia y Roma. Desde muy antiguo, solían colocarse unas monedas en la boca o en los párpados de los muertos para que el barquero Caronte, que cruzaba la laguna de los muertos o laguna Estigia, pudiera cobrar el pasaje.

¿Qué puede apreciarse en los restos de ese lienzo custodiado en Turín? Pues bien, se han contado hasta ciento veinte latigazos en la espalda causados por la flagelación. Una fuerte contusión en la mejilla derecha, justo debajo del ojo. Un golpe dado con un bastón en la región nasal. Un impacto en el labio superior. Cinco golpes de flagelo en el bajo vientre. Numerosas heridas en la cabeza y nuca provocadas por una especie

de casco de espinas. Escoriación en el hombro derecho con forma de rectángulo provocada por el roce y peso del *patibulum*, el madero transversal de la cruz. También hay marcas causadas por esta pieza en el omóplato derecho. Heridas en las rodillas causadas por caídas. Incisión en el costado provocada por una lanza, entre la quinta y la sexta costilla. Y, por último, dos heridas en ambas muñecas provocadas por clavos; el mismo tipo de llagas aparece en los pies. No tiene las piernas quebradas.

Sangre sagrada

Estas son las heridas que pudo sufrir un hombre crucificado. El presente capítulo sólo está dedicado a la Pasión y, por tanto, no es éste el lugar donde deban hacerse precisiones a propósito de la reliquia más famosa del mundo. (Numerosos libros y estudios han abordado la historia de la Síndone, los análisis a los que ha sido sometida y las implicaciones religiosas; véase, por ejemplo, *La Sábana Santa* de Carmen Porter). Si fue Jesús de Nazaret quien fue envuelto en ese lienzo o no, es una cuestión que, por el momento, queda reducida a los límites de las hipótesis personales. A la espera de estudios científicos definitivos —improbables, al parecer —, sólo constatamos aquí que el grupo sanguíneo de la persona que fue envuelta en la Síndone turinesa pertenecía al grupo AB.

Otro de los elementos que se utilizaron en el enterramiento de Jesús fue, tal y como constatan los especialistas, una especie de pañuelo que le cubría el rostro. ¿Se ha dado con esa pieza de tela? Jorge Manuel Rodríguez es uno de los grandes expertos en esta nueva disciplina llamada «sindonología» y fundador del Centro Español de Sindonología: «Se trataría de una tela accesoria que se utilizaría para el transporte del cuerpo entre la cruz y el sepulcro. Desde el punto de vista de la religión judía, era obligatorio cubrir la cabeza de un ajusticiado cuando tenía deformado el rostro».

En la catedral de Oviedo se custodia una pieza de tela conocida como «pañolón de Oviedo» que Jorge Manuel Rodríguez asocia a esos lienzos que se utilizaron para cubrir el rostro de Jesús.

«Hay que tener en cuenta que, para los hebreos, el alma residía en la sangre y ésta tenía que quedar con el difunto». De modo que debían transportar el cuerpo evitando que se derramaran sangre y otros líquidos. Por eso era importante recoger toda la sangre.

¿Hay alguna posibilidad de que el llamado pañolón de Oviedo sea esa pieza? Jorge Manuel Rodríguez llevó a cabo un estudio comparativo de la pieza ovetense y la Sábana Santa de Turín y el resultado fue sorprendente: el rostro del personaje que aparece en el lienzo de Oviedo coincide exactamente con el rostro que se muestra en la Síndone de Turín.

Hasta aquí, lo científica e históricamente comprobable.

La Pasión de Jesús de Nazaret ha desatado, a su vez, pasiones religiosas, filosóficas, políticas y bélicas. El recuerdo de este personaje esencial en la cultura occidental provocó, por ejemplo, la desaforada búsqueda de reliquias, entre las que estaban, naturalmente, los lienzos que cubrieron su cuerpo tras la crucifixión. Los pedazos de cruz se denominan *lignum Crucis*, e innumerables fragmentos se hallan repartidos por todo el mundo —con ellos se podría construir un navío, según algunos escépticos bienhumorados—. El *titulus* original, al parecer, se custodia en Roma. Respecto a la corona de espinas, fue también motivo de codicia entre los mercaderes de reliquias de la Edad Media y el Renacimiento. Hay santas espinas diseminadas por toda Europa. Los clavos también son objeto de veneración y, en general, todo cuanto estuviera en contacto con Jesús de Nazaret se ha considerado reliquia: pajas del pesebre donde supuestamente nació, pañales presuntamente originales, manteles (¡!) de la Última Cena… Por supuesto, una de las reliquias más buscadas es el cáliz con el que Jesús celebró la Eucaristía: el Santo Grial.

Pero ésa es otra larga historia…

Sexta parte
La historia no contada

Milenio 3 tiene por norma no creer con fe ciega en las verdades oficiales. Por eso nos gusta explorar la Historia sin restricciones, acudiendo a todas las fuentes, incluso a las que fueron silenciadas o prohibidas en su día. Nuestra misión es poner todos los argumentos sobre la mesa y que el oyente decida. Por eso quizá descubrimos tantas cosas inesperadas. O se nos derrumbaron otras de las que teníamos certeza. De lo que estamos completamente seguros es de que el viaje en el tiempo y el espacio mereció mucho la pena…

Misterios vaticanos

«Annuntio vobis gaudium magnum: habemus Papam!».
(«Una nueva de gran alegría os traigo: ¡tenemos Papa!»).

Fórmula ritual para anunciar un nuevo pontífice.

El día 2 de abril de 2005, tras una penosa agonía, Karol Wojtyla, llamado Juan Pablo II, fallecía en Roma. El mundo, a través de la televisión y la prensa, había asistido al progresivo deterioro físico de aquel hombre carismático que había ocupado el Trono de San Pedro en 1978.

Comenzaba entonces un proceso de elección del nuevo Papa que sumiría a todos los medios de comunicación en el más oscuro desconcierto. Se hicieron miles de cábalas, se presionó a los cardenales, se dirigieron las miradas a un Papa africano, a un sudamericano, a un español, e incluso no faltó quien acudiera al ya desprestigiadísimo Código de la Biblia que, como era predecible —y esto era lo único predecible—, no dio una a derechas. Se hicieron apuestas, se proclamaron deseos y se consultaron viejas profecías para averiguar quién sería el próximo Papa. Pero lo cierto es que *nadie* acertó.

Los cardenales, por su parte, se encerraron en la Capilla Sixtina y allí, en el más riguroso secreto, bajo las impresionantes pinturas de Miguel Ángel, decidieron quién sería el sucesor.

A miles de kilómetros de Roma, mientras una multitud esperaba la fumata blanca en la plaza de San Pedro, un hombre observaba una vieja postal. El vigilante del albergue de peregrinos de Molinaseca, en León, tenía entre sus manos una postal que le había enviado un alemán hacía muchos años agradeciéndole su hospitalidad cuando caminaba hacia el sepulcro del apóstol Santiago. En aquella postal, aquel peregrino alemán firmaba: «J. Ratzinger, próximo papa Benedicto XVI».

Mientras los cardenales decidían en Roma quién habría de ser el nuevo pontífice, aquel vigilante del albergue de peregrinos se ocupó de sus asuntos cotidianos en un remoto pueblecito de España. De pronto, en la televisión, se escuchó la frase esperada: «Habemus Papam!». Y antes de que el protodiácono Jorge Arturo Medina Estévez pronunciara el nombre del nuevo pontífice, el vigilante del albergue dijo:

—Joseph Ratzinger, Benedicto XVI.

El anciano cardenal Medina suspiró y, acto seguido, pronunció el nombre del elegido por el Espíritu Santo para ocupar el Trono de San Pedro:

—Annuntio vobis gaudium magnum; habemus Papam: Eminentissimum ac Reverendissimum Dominum, Dominum losephum Sanctae Romanae Ecclesiae Cardinalem Ratzinger qui sibi nomen imposuit Benedictum XVI.

Un monje irlandés conoce el destino de Roma

Como saben todos nuestros oyentes, *Milenio 3* no es un programa que se dé por vencido con facilidad. Así que, si no obteníamos respuestas concretas a nuestras preguntas, deberíamos acudir a nuestros personajes favoritos para que nos ofrecieran alguna pista sobre la personalidad del sucesor de Juan Pablo II. Y entre esa pléyade de alquimistas, brujos, vampiros, aparecidos, visionarios, fantasmas, profetas, magos, arquitectos y condes sangrientos, nos decidimos por un venerable anciano que parecía conocer todos los secretos de Roma: San Malaquías.

San Malaquías (1094-1148) fue un monje irlandés cuya memoria se venera, especialmente, por haber organizado la Iglesia cristiana en Irlanda. En 1123 fue abad en Baugord y desde 1132 ostentó el arzobispado de Armagh. Fue cardenal primado de Irlanda y en un viaje a Roma, al parecer, sufrió un éxtasis a partir del cual comenzó a ofrecer vaticinios sorprendentes. San Malaquías murió en Clairvaux, la patria de San Bernardo de Claraval, el hombre que alentó los esfuerzos templarios e instituyó su Regla. A San Malaquías se atribuye un libro profético (no confundir con el Libro de Malaquías, del Antiguo Testamento) en el que el autor desgrana 111 frases brevísimas en latín que, en teoría, caracterizarían a los papas hasta el fin del mundo. La cuenta, en todo caso, comenzaría en Celestino II (1124). No obstante, hay que añadir que algunos especialistas aseguran que estas profecías son apócrifas y que fueron redactadas poco antes del cónclave de 1590. La fama de las profecías de San Malaquías se debe a la profunda labor investigadora que se llevaba a cabo durante el Renacimiento en el monasterio de Montecassino, especialmente dedicado a la recuperación de textos antiguos. Fueron nuevamente publicadas en 1595 por Arnaldo Ubión.

Javier Sierra nos recordaba que San Malaquías fue, ante todo, un hombre de su tiempo y precisaba que la Roma eclesiástica en la Edad Media era una institución poderosísima. «Desde el año 1000, aproximadamente, después del los terrores del fin del mundo que se vivieron en esa época, surgieron muchos profetas en toda Europa que hablaron de una inminente catástrofe relacionada con el Papado». Ello guardaba relación también con las difíciles relaciones que mantenía Roma con el resto de los Estados europeos, desde luego.

El caso es que San Malaquías murió en brazos de San Bernardo, como se ha dicho, y parece que, en ese momento, el monje irlandés reveló *algo*. San Bernardo escribió una vida de San Malaquías y, sin embargo, en esa *Vida de San Malaquías* no aparece ni rastro de las profecías. Habría que esperar al siglo XV para que se descubrieran esos 111 lemas papales.

Y algunos son sorprendentes.

Por ejemplo, uno de los lemas es *Rosa umbría*. Según la contabilidad de los papas, ese puesto le correspondería a Clemente XIII (Cario della Torre, 1758-1769). Curiosamente, este Papa había sido gobernador en la Umbría italiana y el símbolo de esa región y de su escudo de armas papal es, precisamente, una rosa.

En el puesto que correspondería a Clemente XIV (Giovanni Ganganelli, 1769-

1774), San Malaquías —o quien fuera— escribió *Ursus velox*. El escudo de armas del pontificado de Clemente XIV es un oso volando.

A León XIII (1878-1903) le correspondería *Lumen in Caelo,* «Luz en los cielos». Precisamente, su escudo nobiliario era una estrella fugaz o un cometa.

A Angelo Roncalli, Juan XXIII (1958-1963), le correspondería *Pastor et nauta*: «Pastor navegante». ¿Cómo explicarlo? «La referencia al pastor se sobreentiende», dice Javier Sierra, «porque todos los pontífices son pastores de la Iglesia. Pero lo de "navegante" es muy curioso: él fue patriarca de Venecia. Y Venecia es un lugar donde, evidentemente, se necesita la navegación prácticamente a diario para desplazarse por los canales y por las calles de agua de la ciudad. Esa alusión de un "Papa navegante", aplicado a alguien que tuvo bajo su jurisdicción esa ciudad hermosa de Venecia, no deja de ser una coincidencia muy precisa».

La divisa 108, *Flosflorum,* correspondería a Pablo VI, Giovanni Battista Montini (1963-1978). Dicen que Su Santidad ofició la misa de Navidad en la catedral de Santa María de las Flores, en Florencia, y que el recinto fue adornado con una gigantesca flor de lis. Y, además, su escudo pontificio luce tres hermosas flores.

San Malaquías, o quienquiera que fuera el autor de estos lemas, pareció detenerse en tres datos claves de las vidas de estos pontífices: la cuna, el apellido y el escudo. Estos tres elementos, en general, parecen determinantes. En ocasiones parece referirse a su profesión, a los lugares importantes de su vida o a otros aspectos.

A lo largo de este capítulo se ha dedicado especial atención a Albino Luciani, el papa Juan Pablo I. Siguiendo la cronología establecida por San Malaquías, a este pontífice le correspondería el lema 109. Lo cual supone que Juan Pablo II tendría el 110 y el cardenal Ratzinger el 111. ¡El último! ¡Dios guarde al cardenal Ratzinger!

A Juan Pablo I —según la cronología papal— le correspondería el lema *De mediatate lunae*; esto es, el Papa de la media luna. Curiosamente, el pontífice fue elegido el 26 de agosto de 1978, el primer día del último cuarto lunar, por tanto, en el cielo aparecía la media luna. Cuando murió brillaba el último cuarto de la luna, otra media luna. Y su papado duró media luna, del 3 al 28 de septiembre.

Javier Sierra adelantaba otras coincidencias sorprendentes, por ejemplo, que Juan Pablo I vivió y fue sacerdote de Belluno, que en italiano significa «bella luna».

Sin embargo, en la contabilidad de los papas y la relación con los lemas de San Malaquías se han dado una serie de problemas notables, porque no se sabe a ciencia cierta si se deben contar los antipapas. «Por ejemplo, hay una polémica sobre si Juan Pablo I es, en realidad, ese papa 109 o si, en realidad, ese lugar lo ocupa otro», precisa Sierra. «Unos días antes del nombramiento de Juan Pablo I se consagró otro Papa. Ese Papa es un antipapa, en realidad. Es el papa Clemente, el Papa famoso de El Palmar de Troya, que fue en aquellos días objeto de portadas en todos los periódicos del mundo. Hay un detalle muy curioso: en todas las profecías de San Malaquías los papas que tienen la palabra "luna" en su lema son papas o bien cismáticos, o bien antipapas, o bien papas muy controvertidos que han hecho variar el

rumbo de la Iglesia en algún sentido. Y la controversia reside en si Clemente Domínguez sería, en realidad, el Papa de la media luna».

Dado el carácter empresarial de la secta de El Palmar de Troya, quizá sería excesivo incluirlo en un listado tan hermoso. Además, con el correr de los tiempos, hemos sabido que el tal Clemente Domínguez no le interesó en absoluto a San Malaquías, porque, si él contara, el cardenal Ratzinger sería el último y definitivo pontífice, que habrá de llamarse Pedro, como el primer obispo de Roma, el discípulo de Jesús.

De modo que el último listado es éste:

109. *De mediatate lunae* (sup. Juan Pablo I)
110. *De laboris solis* (sup. Juan Pablo II)
111. *De gloria olivae* (sup. Benedicto XVI)

Los especialistas en estos asuntos —con las precauciones necesarias— advierten que *De laboris solis* (el esfuerzo o los trabajos del sol) se corresponde bastante adecuadamente a la labor expansionista y mediática de Juan Pablo II, un verdadero líder para las juventudes católicas y un verdadero faro para los creyentes, según dicen. Sin embargo, no es un vaticinio tan preciso como otros.

¿Y qué tiene que ver el cardenal Ratzinger con «la gloria del olivo»? Aún no se sabe: no guarda relación ni con su patria ni con su escudo de armas, pero eso no significa que, en un momento dado, no pueda vincularse a algo que pueda identificarse realmente con esa sentencia, «la gloria del olivo»: Jerusalén, Palestina, Israel, España, Grecia, Italia, etcétera. Además, Benedicto XV, el último pontífice que llevó ese nombre destacó por sus negociaciones políticas a favor de la paz en Europa.

El monje cisterciense Joaquín de Fiore, en el siglo XII, ya predijo que Roma terminaría envuelta en el caos y que esa circunstancia precedería al final completo de la institución eclesiástica. «Que Roma, ciudad privada de toda disciplina cristiana, es el origen de todas las abominables obras de la cristiandad. A ella afectará, en primer lugar, el juicio de Dios».

Todos repiten que, en un momento determinado, no habrá Papa en Roma, que durante un período de unos meses —alguno de ellos ofrece incluso el número de meses precisos— el mundo cristiano quedará descabezado. Jean de Vatiguerro, un monje del siglo XIII, profetizó en su *Líber mirabilis* que durante veinticinco meses no habrá gobierno ni Papa en la Iglesia de Roma, antes de la completa destrucción. Y Nicolás de Fluh, que es otro clérigo profeta de la época, abunda en este dato. Y Don Bosco, en el siglo XIX, ya anunció al propio papa Pío IX que cuando aparezca una luz brillante en el cielo, en medio de una batalla, se producirá un suceso trágico: el Papa y una parte de su séquito abandonarán el Vaticano dejando tras de sí una plaza cubierta de muertos y heridos. Las profecías de sor Lucía, la vidente de Fátima, eran

tan sangrientas y crueles como éstas, o más. En resumen, la tercera parte del secreto de Fátima hablaba de una visión apocalíptica: un obispo vestido de blanco, que se identifica con el Santo Padre, acompañado de sacerdotes y religiosos, sube una montaña empinada con muchísimo esfuerzo; llegan a la cima y allí hay una gran cruz. Antes de llegar a ese lugar, cruzan una ciudad que está en ruinas, llena de cadáveres: muchos de ellos son miembros de la Curia. Cuando llegan a la cima, asesinan a ese obispo vestido de blanco con armas de fuego y con flechas, y con él mueren religiosos, hombres, mujeres. Y dos ángeles recogen la sangre de esos mártires y se la ofrecen a Dios. Esa es la visión de Fátima.

«Sí, es una cosa curiosa» admite Javier Sierra, «porque este final catastrófico es algo en lo que han abundado prácticamente todos los profetas, desde la Edad Media hasta el segundo milenio». En opinión del director de *Más Allá*, quizá todos estos personajes tenían un poso de milenarismo muy arraigado: como no se produjo el final de los días en el primer milenio, tendría que producirse, necesariamente, en el segundo.

Quizá no exista más explicación que esta reacción psicológica, pero es curioso cómo todos inciden en el mismo fin terrible y, especialmente, los propios papas.

Pío X, por ejemplo, tuvo una visión poco conocida, pero muy interesante en 1909. Se desvaneció y, cuando se recuperó de ese desvanecimiento, comentó: «Acabo de ver algo terrible, que no sé si me sucederá a mí o a mi sucesor. Lo único que puedo decir, con certeza, es que llegará un día en que el Papa abandonará Roma. Y tendrán que llevarle, porque estará enfermo, pasando por encima de los cuerpos muertos de sus cardenales. Se refugiará de incógnito lejos de Roma y poco después fallecerá de muerte cruel».

Por fortuna, Pío X no era un buen intérprete de sueños. Semejante tragedia no le ocurrió a él, ni a su sucesor, ni al sucesor de su sucesor.

Las profecías de Juan XXIII

El último profeta Papa fue Juan XXIII. Angelo Roncalli era historiador, había sido secretario en un obispado y fue enviado a Roma. Allí le encomendaron una misión diplomática en Bulgaria, que por entonces no tenía relaciones diplomáticas con el Vaticano. Al parecer, hubo algún problema allí y, según Manuel Robles, Roma lo envió a Turquía. Roncalli era un hombre afable y encantador, de modo que fue utilizado por el Vaticano para solventar numerosos conflictos políticos, entre otros la disputa que mantenía con la V República Francesa y De Gaulle. Poco después, el papa Pío XII lo nombra nuncio. Y aquí comienza a girar la política vaticana. Acababa de terminar la Segunda Guerra Mundial y había mucho trabajo por hacer. Roncalli fue receptivo a los nuevos planteamientos de los famosos curas obreros y a los nuevos aires liberales que exigían los fieles. Poco después fue nombrado cardenal y arzobispo de Venecia. *(Pastor et nauta)*. Cuando muere Pío XII, es elegido Papa.

Se cuenta —en realidad, prácticamente sólo lo cuenta un escritor llamado Pierre Carpi— que Angelo Roncalli participó en una ceremonia rosacruciana durante su estancia en Estambul (1935), y durante esa ceremonia tuvo ciertas visiones que fueron descritas posteriormente como «las visiones de Juan XXIII». En una de ellas, parece vaticinar el uso de la bomba atómica: «La gran arma estallará en Oriente, produciendo llagas eternas. La infame cicatriz no se borrará jamás de la carne del mundo. Mas antes de sus palabras de ciencia verdadera, el secreto del arma que destruye las armas, vendrá, entonces, un tiempo de paz y el nombre de Alberto se inscribirá en la lápida». Esto es lo que se supone que dijo o escribió Juan XXIII según Pierre Carpi. Este imaginativo escritor piensa que hace referencia a la Guerra Mundial y a las bombas atómicas que Estados Unidos lanzó sobre Hiroshima y Nagasaki. Por supuesto, también parece referirse a enfermedades incurables derivadas de la radiación. Y Albert, naturalmente, es Albert Einstein, el padre teórico de semejante engendro atómico.

Otras profecías, al parecer, se referían a Stalin, al nazismo y al Estado de Israel. Pero, como siempre, eran bastante difusas. Sin embargo, hay algunas sorprendentes. Por ejemplo, en una de esas visiones de 1935 parece remitir al Muro de Berlín, levantado dos décadas después: «Europa está dividida: un pequeño muro, una gran vergüenza».

¿Qué hay de cierto en las llamadas *Profecías de Juan XXIII*? Lo más cierto son las sospechas de fraude. Javier Sierra nos recordaba que la única fuente de esas supuestas profecías son las palabras de Pierre Carpi. «No hay evidencias independientes que demuestren que Juan XXIII cayera en ese trance ni que hubiera un grupo de personas que tomaran nota de sus palabras. Por lo demás, el libro de Carpi se publicó en 1976 y, por lo tanto, muchos de los hechos que supuestamente profetizó Juan XXIII ya se habían cumplido. Era relativamente fácil crear una falsificación. Ahora bien, hace una serie de profecías para el futuro y si se cumplieran…».

Algunas de esas profecías «de futuro» sugerían que una mujer llegaría a ser presidenta de Estados Unidos, que un dictador sometería todo el sur de África o que un Papa peregrino llegaría a Roma y desposeería a la Curia de sus riquezas.

Ante este despliegue imaginativo de augures, profetas, magos y adivinos, le preguntamos a Manuel Robles cuál era su opinión al respecto y cuál era la opinión de la Iglesia. «Es verdad que la Iglesia no es ajena a este tipo de fenómenos, como San Malaquías y algún otro. Pero la Iglesia sólo tiene como eje central la revelación del Antiguo y Nuevo Testamento. Es verdad que hay personajes a lo largo de la historia de la Iglesia que hablan del futuro y comentan la vida de los papas o la vida de la Iglesia, pero son cuestiones individuales, particulares, privadas, y no pertenecen al patrimonio de la revelación de la Iglesia».

En definitiva, la Iglesia considera todas estas profecías como curiosidades. «La Iglesia no lo puede entender ni admitir. Utilizando una frase común: sobre el futuro

no hay nada escrito».

En eso, nuestro amigo Manuel Robles se equivoca: desde los profetas del Antiguo Testamento al inventor del Código de la Biblia, pasando por la pitonisa de Delfos, San Malaquías y Nostradamus, podría decirse que el hombre se ha hartado de escribir sobre el futuro.

Otra cosa es que esas profecías merezcan algún crédito.

Un lugar secreto

En la historia de la Iglesia se acumulan miles de casos semejantes al que se relató en páginas anteriores, enigmáticos y aterradores a un tiempo. El Vaticano, Roma y la institución eclesiástica configuran un entorno de silencios y secretos, de misterios y sucesos sorprendentes que los hombres observan maravillados y asombrados. Todo cuanto envuelve a la figura del Papa tiene algo de mágico, quizá por el estricto ceremonial o porque el entorno parece imbuido de una sacralidad potentísima que obliga a pensar en recursos que escapan al conocimiento de las gentes comunes. Además, y a pesar de ser un Estado reducidísimo, el Vaticano es uno de los países más importantes del mundo. Su monarca, su rey, el Papa, tiene una enorme influencia sobre los pueblos y cuenta —en principio— con el aval del mismísimo Dios. En otros aspectos más terrenales, el Vaticano posee el archivo histórico más completo, la Biblioteca Vaticana, unas finanzas un tanto oscuras y un servicio secreto habilísimo e influyente.

Por tanto, a medio camino entre lo mundano y lo divino, el Vaticano aparece a los ojos del mundo como un lugar misterioso, en el que los pasillos y galerías parecen albergar conspiraciones constantes, camarillas y grupos organizados que podrían estar moviendo los hilos de la Historia sin que apenas nadie se percatara de ello. La pregunta recurrente es ésta: ¿qué sabe el Vaticano del futuro de la Humanidad?

Los más aficionados a las tesis de la conspiración suelen afirmar que en las estanterías de la Biblioteca Vaticana se esconden secretos que sólo unos pocos conocen. Y la información es poder.

Manuel Robles es periodista del diario *La Razón*, sacerdote y buen conocedor del Archivo Vaticano, y a él acudimos para expresarle esas dudas: desde fuera, ese mundo se nos antoja misterioso. ¿Hay algo que, según los dirigentes romanos, no deberíamos conocer? ¿Por qué tanto misterio con el Archivo Vaticano? ¿Por qué tanto oscurantismo? ¿Por qué no se dan a conocer los documentos que se custodian en Roma? «En el Archivo Vaticano se conservan documentos que abarcan un período histórico muy extenso, prácticamente desde el siglo IV hasta nuestros días», nos decía Manuel Robles. «Así pues, es un corpus que contiene muchísimas cosas y cosas extraordinarias. Hasta el pontificado de Juan Pablo II se puede decir que ha estado… bueno, era casi infranqueable. Pero en la actualidad, el Archivo Vaticano está abierto hasta el año 1930, aproximadamente. Quizá el hecho de que haya estado cerrado

durante tantos siglos ha contribuido a mitificarlo un poco. Pero, sobre todo, esa mitificación se debe a su contenido. Es un archivo impresionante. Creo que puede decirse que es el archivo histórico más importante del mundo».

Albino Luciani: el último gran caso vaticano

Y, en esos archivos, ¿se custodiará la verdad sobre Albino Luciani?

La historia de Albino Luciani es un tema apasionante para los «conspiranoicos». Y hay razones de peso para que aquellos que miran el revés de la Historia encuentren en su breve pontificado datos que sólo contribuyen a alargar las sombras vaticanas.

Albino Luciani fue elegido Papa el día 26 de agosto de 1978. Escogió el nombre de Juan Pablo I. Pocos días después, el 28 de septiembre, se le hallaba muerto en las dependencias de la Santa Sede. En realidad, fue descubierto por la hermana Vicenza, a las cinco menos cuarto de la madrugada del día siguiente. Semejante noticia provocó también toda suerte de habladurías y contradicciones. Por ejemplo, se aseguró que lo habían encontrado muerto en el baño; otros afirmaban que agonizó en su cama. El Vaticano no ha mostrado datos de la autopsia, porque no la hubo y si la hubo, no se supo.

Las palabras del propio Juan Pablo I resultaban, tras su muerte, enigmáticas y sobrecogedoras. Tras haber sido elegido Papa, Luciani decía lo siguiente: «Apenas ha comenzado el peligro para mí. Mis colegas, que estaban cerca de mí, me manifestaban que tuviera valor, que tuviera palabras de aliento. Uno de ellos me ha dicho: "¡Valor! Si el Señor te ha escogido, también te ha dado fuerzas para soportarlo"».

Joan Soles, corresponsal de la Cadena SER en Roma, nos explica que, veinticinco años después de la muerte de Albino Luciani, Juan Pablo I, aún persisten las dudas respecto a su verdadero estado de salud y las circunstancias, las causas o la hora exacta de su fallecimiento.

En principio, y siempre según el Vaticano, Albino Luciani había muerto como consecuencia de una enfermedad y, por lo tanto, había sido una muerte «natural». Pero los rumores se desataron, y casi inmediatamente después de su funeral, e incluso antes, se habló de asesinato, de envenenamiento y de suicidio.

Según su secretario particular, Juan Pablo I estaba enfermo, sintió un fuerte dolor en el pecho aquella noche y tomó medicinas. Pero el médico personal del Papa, una de las últimas personas con las que habló, aseguró que Luciani no le manifestó que tuviera dolor alguno: «El Santo Padre no estaba enfermo ni tomaba medicamentos, porque no los necesitaba».

La Santa Sede fijó la hora de su muerte a las cuatro y media de la madrugada del día 29, mientras dormía. Los forenses del Instituto Romano certificaron, sin embargo, que había fallecido a media noche, entre el día 28 y el día 29. En la página web oficial del Vaticano, la fecha de su fallecimiento es el día 28 de septiembre de 1978.

Y la investigación que se ofreció a la prensa, dirigida por el siete veces primer ministro italiano Giulio Andreotti, aseveraba que la muerte del pontífice había acaecido unas horas antes, cuando todavía no dormía.

La primera información que recibió aquella noche el director de la Radio Vaticana indicaba que había sufrido un edema pulmonar seguido de un infarto. Pero la primera versión directa que obtuvo el director de los Servicios Informativos de la RAI señalaba que el papa Luciani se había equivocado en la medicación y había tomado ¡cincuenta pastillas, en vez de cinco, antes de dormir!

En su breve pontificado, tal y como nos comentaba Joan Soles, Juan Pablo I se enfrentó a la jerarquía eclesiástica, se opuso al nombramiento de ciertos cargos y había decidido la destitución de otros, entre éstos, el del presidente de la Banca Vaticana, el cardenal Paul Marzincus, llamado «el banquero de Dios», implicado, según se supo años después, en un fraude de más de mil millones de dólares junto a Roberto Calvi, del Banco Ambrosiano. (Éste es uno de los negocios más escandalosos y turbios en los que se ha visto envuelta la Iglesia, junto a los casos de pederastia en Boston y otros lugares del mundo). Aquel Roberto Calvi apareció colgado en un puente del Támesis, Londres. Según la Fiscalía de Roma, el banquero se habría suicidado, aunque, para conseguir quitarse la vida, habría contado con la inestimable ayuda de la mafia siciliana. Los mafiosos, al parecer, le prestaron elevadas cantidades de dinero negro que Calvi nunca pudo devolver.

En los palacios vaticanos, en aquella época, todo el mundo sabía que la Iglesia no tenía buenos compañeros de viaje y que los negocios financieros ocultaban oscuras tramas que, en realidad, nunca se han desvelado por completo. Logias, secretos económicos, poder y corrupción… El papa Juan Pablo I parecía advertir contra estas tramas en sus alocuciones.

«La propiedad privada no es un derecho inalienable y absoluto para nadie», afirmó Albino Luciani. Semejantes admoniciones generaron una ola de indignación entre los jerarcas eclesiásticos, que temieron una Iglesia pobre, humilde, abierta, transparente, sin riquezas, sin poder. «El pueblo del hambre interpela, de manera dramática, al pueblo de la opulencia», dijo.

Albino Luciani estaba conspirando contra su propia vida al pronunciar aquellas palabras. Y se negó a vestir lujosas mitras.

Y cuando declaró que «Dios es padre; pero, además, es madre», temblaron los cimientos del patriarcado de la Iglesia.

La Santa Sede se opuso, a toda costa, a la autopsia y con ello sólo sembró más dudas sobre la muerte del pontífice. Su sucesor, Juan Pablo II, podría haber dado a conocer las causas y las circunstancias de aquel extraño suceso, pero sólo impulsó su beatificación. Como afirmaba Joan Soles, Karol Wojtyla sostuvo con firmeza la posición de la Iglesia sobre el aborto, la anticoncepción, los homosexuales, la existencia del demonio, la práctica de exorcismos o la ordenación sacerdotal de mujeres que, seguramente, Juan Pablo I, habría deseado cambiar.

¿Realmente Juan Pablo I era una amenaza para la estructura más conservadora de la Iglesia o este supuesto entramado de habladurías, sospechas y conspiraciones son cosas de paranoicos?

Para Javier Sierra, lo que queda fuera de toda duda es que su muerte fue por completo inesperada. Algunos papas, llamados «de transición», son elegidos con una edad muy avanzada, mientras las jerarquías establecen líneas de actuación o se preparan para un largo pontificado. Pero ése no parecía ser el caso de Juan Pablo I: permaneció en el Trono de Pedro sólo 33 días. «Nadie lo esperaba», subraya el director de la revista *Más Allá*. «Era un Papa de aspecto saludable, joven y dinámico. Pero Juan Pablo I, prácticamente desde el momento en que tomó posesión de su trono en Roma, amenazó con cambiar la estructura de la Iglesia. Hizo una serie de planteamientos que no eran habituales, quiso acercar mucho la Iglesia al pueblo, replantearse muchos dogmas… Y quiso replantear, sobre todo, un aspecto que estaba siendo ya piedra de escándalo en todo el mundo: la política económica del Vaticano. Cuando apenas estaba esbozando esos planteamientos y las reformas inminentes, se produce su fallecimiento. Y ésa es la parte que convirtió a Juan Pablo I en un misterio».

Según Javier Sierra, curiosamente, Juan Pablo II fue un pontífice mucho más conservador que no acometió esas reformas que, en principio, iban a convertir a la Iglesia en algo muy distinto de lo que es en la actualidad.

La Iglesia ha insistido todos estos años, a pesar de que han aparecido testimonios extraordinarios al respecto e incluso se han producido crímenes en circunstancias poco claras, que la muerte de Albino Luciani fue natural. Sin embargo, el hecho de que tuviera en mente esa revolución, ¿podría sustentar la hipótesis de un crimen de Estado o un magnicidio? Manuel Robles cree que, efectivamente, «Juan Pablo I tenía en mente una especie de cambio. Lo que sucede es que… claro, fue un pontificado tan breve y tan pequeño que es muy difícil decir… Pero… Todo el mundo se dio cuenta, más o menos, de que aportaba un aire nuevo».

Manuel Robles destacaba ante los micrófonos de *Milenio 3* la sencillez y la normalidad o la cercanía de aquel pontífice, incluso su sonrisa apaciguadora pareció traer aires nuevos. «La gente que lo conoció y que le trató en los breves días que estuvo en Roma pues se dieron cuenta de que algo nuevo… algo nuevo se iba acercando a la Iglesia». En opinión de Manuel Robles, probablemente el papa Juan Pablo I habría abordado algunos aspectos conflictivos, desde la economía a la estructura patriarcal, y los habría abordado con métodos novedosos. Eso, según Robles, era lo que muchos cristianos esperaban. Ésa era, al parecer, la aportación que se anhelaba.

Como cualquier Estado actual, el Vaticano está inmerso en una intrincada red de intereses políticos, económicos, sociales y religiosos, muchos de los cuales, por razones evidentes, no salen a la luz y no se conocen. Por otro lado, las sospechas de oscuros manejos económicos y ciertas relaciones con la mafia no eran desconocidas.

Además, el Vaticano, más que cualquier Estado, es reticente al cambio.

Estamos acostumbrados a ver en la televisión y en el cine que la policía, cuando se produce un crimen, se pregunta inmediatamente: ¿a quién beneficia? Y el beneficiado de ese crimen es el primer sospechoso. Si la muerte de Juan Pablo I no fue una muerte natural, ¿a quién benefició? O, en otros términos: ¿a quién molestaba la idea renovadora del papa Luciani?

Jesús López Sáez, sacerdote, asegura en su libro *El día de la cuenta* que la muerte de Juan Pablo I fue un asesinato orquestado por algunos miembros de la Curia, la mafia y la masonería. Y en algunos lugares se precisaba que fue un envenenamiento. Además, en el citado libro también se dice que, en contra de lo que se piensa, a Juan Pablo I se le encontró en la cama, con unos folios que, en principio, serían el objeto de unas conversaciones con su secretario de Estado, su mano derecha en el Vaticano, que no estaba muy de acuerdo con las renovaciones y las sustituciones que iba a llevar a cabo en el seno de la Curia. El secretario de Estado, el cardenal Villot, explicaba que no se le hizo la autopsia a Juan Pablo I para evitar las habladurías. Según él, el Papa ingería muchos medicamentos debido a su enfermedad (aunque el médico personal dijo que se encontraba perfectamente) y si se daban a conocer los resultados de la autopsia inevitablemente comenzaría a correr la especie de que se suicidó o de que alguien le asesinó. Tal fue la respuesta del cardenal Villot ante todas las preguntas que se le formularon a propósito de una lógica autopsia a un Papa fallecido en circunstancias poco claras.

Política, dinero negro, mafia, masonería, medicamentos… Un cóctel peligroso… y mortal.

La papisa Juana: una leyenda vaticana

Un papa negro, un papa homosexual, un papa casado, un papa comunista, un papa chino, un papa mujer… Son figuras que hoy parecen muy lejanas. Algunos hombres y mujeres se preguntan si algún día será posible ver en el Trono de Pedro a una papisa.

Para concluir este capítulo, se relatará brevemente la aventura de la papisa Juana, un episodio vaticano que parece caer más del lado de la leyenda que de la Historia. Es un mito medieval que llega hasta nuestros días y que incluso aparece reflejado en la baraja del tarot.

Según ciertas biografías medievales, Juana habría nacido en el año 822, en Ingelheim, cerca de Maguncia. Durante un tiempo, vivió y estudió en Atenas. Ya entonces se hacía pasar por hombre, y todos la conocían como Juan, *el Inglés*. (En este punto, parece haber una especie de rebeldía en el relato, pues en aquella época la cultura no estaba al alcance de las mujeres). Tras su etapa de formación, se traslada a Francia, y estudia también en varias abadías. Finalmente, llega a Roma. Y a la muerte de León *W*, es elegida como sucesor, en el año 855. Otros autores fechan esta historia

en el siglo XI, hacia el año 1090.

Aunque tiene todo el aspecto de un cuento medieval, lo cierto es que muchos escritores conceden verosimilitud a la posibilidad de que Juana, en vestiduras de hombre, fuera Papa en Roma.

Al parecer, el fraude se descubrió durante una procesión: ella se había quedado embarazada, pero había logrado ocultar su estado. De repente, en medio de las calles de la Ciudad Santa, Juana sintió los dolores del parto y empezó a dar a luz.

Y he aquí por qué esta historia parece falsa: es un relato misógino que advierte que una mujer nunca podrá ser Papa, porque es mentirosa y liviana, porque cede a las tentaciones de la carne y porque es piedra de escándalo y vergüenza. Un relato misógino típicamente medieval. «Es una historia simbólica, más que una historia real», dice Javier Sierra.

Los que defienden la verosimilitud de la historia de la papisa Juana dicen que aquella historia dejó un poso tan fuerte en el Vaticano que aquella calle del parto jamás se utiliza en las procesiones papales de la actualidad.

Incluso se llegó a asegurar que había una estatua de una mujer con un niño que representaba a la papisa Juana con su retoño. (Otros afirman que, simplemente, es la Virgen María con el Niño).

Otro detalle que aportaría cierta verosimilitud a esta historia —o quizá a otro intento de suplantación— es la existencia de un trono papal de mármol, hoy pieza museística, que contaría en su asiento con un pequeño hueco, por el que los cardenales y prelados comprobarían si el hombre que ocupaba el solio papal era verdaderamente un varón.

Son las leyendas vaticanas surgidas, precisamente, a la sombra de tantos silencios.

El enigma nazi: la cara más siniestra de la Historia

«Y dentro de muchos años vendrá,
sobre un pez metálico que vuela,
un hombre malvado con el signo
de una araña de metal en el brazo».

J. M. Sánchez de Toca,
Los profetas del bosque.

«Hitler seguramente se suicidará. Es la salida más plausible de todas. No sólo porque lo ha intentado en múltiples ocasiones, sino porque encaja, perfectamente, en el perfil psicológico que hemos analizado. Hitler es demasiado teatral como para pasar a la inmortalidad de una manera sencilla. Ése es un tema que le obsesiona y creo que será la puesta en escena más efectiva que él pueda imaginar, pues ya ha avisado de una muerte de este tipo. En una ocasión dijo: "¡Sí, sí…! ¡En la hora suprema yo deberé sacrificarme a mí mismo por mi pueblo!". Desde nuestro punto de vista, esta posibilidad es extremadamente indeseable, ya que eso afirmaría la leyenda tan fuertemente arraigada en la mente de los alemanes que nos llevaría generaciones erradicar».

Dos años antes de la muerte de Adolf Hitler, Walter Langer redactaba este informe. Corría el año 1943 y ya empezaba a vislumbrarse el final de una fantasía llamada Tercer Reich, que habría de durar mil años. Aquella poderosa maquinaria humana, tecnológica y militar, que muy pocos pensaban que podía ser derrotada, se desplomó como un castillo de naipes y mostró su verdadero rostro al mundo.

Cuando se descerrajó un tiro en la sien, en su bunker berlinés, había en las calles de Berlín medio millón de alemanes muertos. En el asalto final murieron doscientos mil soldados soviéticos y en las trincheras improvisadas quedaron ensangrentados decenas de miles de niños y mujeres alemanes a los que aquel paranoico obligó a combatir hasta el final.

Había acabado el sueño y había finalizado también la crónica de una locura. Todas aquellas promesas infantiles, aquellos sueños de grandeza y aquellos delirios míticos —que aún hoy, por desgracia, fascinan a los cerebros más elementales— convirtieron el mundo en un infierno.

Nazis en España

Han pasado más de sesenta años, pero muchos misterios en torno al Tercer Reich han quedado semienterrados. Y uno de ellos es el apoyo que Franco y su Gobierno dispensaron a los nazis cuando éstos cayeron derrotados.

A modo de introducción, he aquí un ejemplo significativo: Martin Bormann era el cerebro económico de Adolf Hitler, una de las personalidades destacadas de su Gobierno y, en fin, quien regía los destinos financieros del Tercer Reich. Este

individuo, al parecer, se encontraba con Hitler en el bunker de la Cancillería berlinesa el día en que el dictador decidió quitarse la vida. Sin embargo, y aunque se ha dicho que sus huesos fueron hallados, lo cierto es que desapareció y jamás se supo de él. Ángel Alcázar de Velasco, un espía al servicio de Franco, daba su particular versión al respecto: «Martin Bormann llegó a Madrid, procedente del Vaticano, con documentación falsa del Vaticano. Al llegar aquí, se pone en contacto conmigo. Y yo dispongo de un submarino en el que embarcamos con todos sus documentos, dineros y demás. Y vamos hasta un lugar de Argentina que ya he olvidado».

Las referencias históricas parecían abundar en esa idea de España como refugio de nazis. Carlos Collado Seidel es profesor de Historia y autor de numerosos trabajos de investigación relacionados con la Alemania nazi y la dictadura franquista, entre los que se encuentra el libro *España, refugio nazi*. Le preguntábamos si la rotundidad del título de su obra se correspondía exactamente con la realidad o ese apoyo a los huidos nazis fue testimonial o marginal: «España era un lugar clave durante la Segunda Guerra Mundial para Alemania, por su ubicación estratégica y también por su valor, en cuanto a materias primas de importancia, por ejemplo. Pero cuando se derrumba Alemania, España adquiere más importancia aún. Porque vieron que España era la última aliada de Hitler y era previsible que se mantuviera el régimen de Franco. Así que era el lugar idóneo para escapar, para huir, para intentar encontrar un lugar en el que poder asentarse».

Por otro lado, a pesar de la aparente neutralidad de España en el conflicto mundial, muchos gobernantes españoles estaban dispuestos a apoyar a Alemania a toda costa, especialmente cuando parecía que Hitler era indestructible y que iba a conseguir ocupar todo el continente. «Nadie, realmente, creía que los alemanes iban a ser derrotados», añade Carlos Collado Seidel. «Más tarde, en 1942 y 1943, se pudo apreciar que Alemania no era tan fuerte y que quizás… Desde luego, pensar que Alemania iba a vencer a los americanos sería difícil, pero que acabara derrotada… No, eso no lo creía nadie. La mayoría de los españoles estaban alucinados con Alemania, desde el punto de vista ideológico; y desde el punto de vista militar, quienes mandaban aquí, en España, eran los militares, y estaban alucinados con lo que hacía Alemania. Para los militares españoles Alemania era un ejemplo a seguir».

Desde muy pronto, esa admiración y esa alianza implícita significó la presencia en España de oficiales de las SS (Schutzstaeffel) y de la Gestapo (Geheime Staat Polizei). Ambas organizaciones constituían formas de policía política destinadas a implantar el terror entre los ciudadanos alemanes. Uno de aquellos personajes importantes que estuvo operando en nuestro país era Paul Winzer. Era jefe de la Gestapo en España durante la Segunda Guerra Mundial. Este hombre tenía atemorizada a la colonia alemana establecida en nuestro país. Se obligó a los ciudadanos alemanes a colaborar con el régimen nazi y aquellos que se negaban eran secuestrados y enviados a campos de concentración alemanes. Winzer murió cuando el avión de la Lufthansa en el que viajaba a Barcelona desde Alemania fue derribado.

Ante las presiones aliadas, el Ministerio de Asuntos Exteriores español declaró que era imposible que los nazis entraran en España. Sin embargo, a finales de septiembre de 1944, los aliados derribaron ese avión con destino a Barcelona en el que viajaba uno de los nazis más peligrosos.

Para tratar de entender mejor en qué circunstancias se produjo esta cooperación o esta implicación de España con los huidos nazis, *Milenio 3* habló largo y tendido con José Lesta, autor de varios libros en los que se analiza pormenorizadamente esta cuestión: *Nazis, magia y ocultismo*, *El enigma nazi* y *Las claves esotéricas del Tercer Reich* son algunos de sus títulos más conocidos.

Lo primero que deseábamos saber era por qué Alemania cayó fascinada ante el nazismo, por qué en España existía esa predilección por Hitler y por qué este desdichado cúmulo de imágenes parecen seguir ejerciendo influencia en determinados círculos. En opinión de José Lesta, ese cúmulo de ideas configura un arquetipo del mal. «El Partido Nacionalsocialista no era exactamente un partido: iba mucho más allá. Había un entramado esotérico y un entramado místico en su base». Todos los que firmaban la cúpula nazi, desde Hitler a Rudolf Hess o Alfred Rosemberg, estaban absolutamente influenciados por esas creencias esotéricas, mágicas y místicas. Algunos de ellos, incluido el propio Hitler, se habían formado en el seno de grupos esotéricos y místicos de hondas tradiciones en Alemania y allí habían aprendido una filosofía que, en opinión de Lesta, sólo se puede calificar como «alucinantes».

Algunos mandatarios españoles cooperaron con ciertas investigaciones que se realizaron en España para dar con el Santo Grial y con algunos enclaves que se denominan «lugares de poder».

Así que, mientras las potencias aliadas descubrían los campos de concentración y arrasaban las ciudades alemanas con bombardeos masivos, muchos nazis huyeron hacia el país que les esperaba con los brazos abiertos. «España era nuestra meta», declaraba en un débil castellano un oficial de las SS que entró por la frontera del País Vasco.

«No se sabe con exactitud cuántos nazis recalaron en España», admite José Lesta. «Los americanos manejaban en el año 1947 [dos años después de finalizada la contienda] un documento en el que aseguraban que existía en España una organización muy estructurada y muy fuerte. Hablaba de 44.000 nazis en España».

Esa estructura se había implantado durante la guerra y, tras la derrota de Alemania, se convirtió en un entramado empresarial. Y aquí vuelve a aparecer el mago de las finanzas nazis: el escurridizo Martin Bormann. «Bormann fue juzgado en Núremberg en rebeldía, porque nunca apareció», explica José Lesta. «Todos los indicios sugieren que él fue el encargado de las finanzas de lo que se llamaba el IV Reich, es decir, todo el dinero y todos los tesoros que los nazis consiguieron evadir desde Europa hacia Sudamérica, fundamentalmente Argentina y Chile. España era un punto clave de esos movimientos financieros, con Bormann a la cabeza. Se calcula (y

esto se encuentra también en informes de la inteligencia estadounidense) que en España había al menos 230 empresas relacionadas directa o indirectamente con ese entramado económico mundial».

Las relaciones de ese entramado empresarial y financiero son casi indescifrables y, al parecer, se mantienen hasta nuestros días. Se ha hablado de familias nazis importantes que se establecieron en España y cuyos entramados financieros, nacidos del nazismo, han dado cobertura a nuevas generaciones. Francisco Vázquez, ex alcalde socialista de A Coruña, explicaba que «la familia Thyssen y la familia Krups fueron los dos grandes grupos industriales de Alemania que apoyaron más decididamente a Hitler. Es más: colaboraron con Hitler y eran nazis. Es decir, nazis en el sentido de que pertenecían al Partido Nacionalsocialista. Yo creo que decir esto es importante y es un servicio que tenemos que prestar para desenmascarar al nazismo de hoy: la extrema derecha de hoy. Porque desde ahí se establece, claramente, el hilo conductor hasta hoy. Y cuando digo hasta hoy, digo hasta hoy».

A través de la compañía de vuelo Lufthansa, muchos nazis se evadieron con su botín cuando Alemania se vio cercada por los ejércitos aliados. Una de las rutas más utilizadas fue la que cubría el trayecto Berlín-Barcelona, que funcionó, sin ninguna dificultad, hasta abril de 1945. Aunque el Ministerio Español de Exteriores había asegurado que se controlaba a todos los pasajeros que entraban y salían de España con el fin de evitar la infiltración de agentes, lo cierto es que se sabía que numerosos espías continuaban llegando hasta Madrid. Las rutas que seguían estos vuelos de Lufthansa llegaban a Barcelona y, desde allí, volaban a Madrid, a Valencia, a Sevilla o a Portugal y Sudamérica.

Han pasado muchos años y, previsiblemente, la mayoría de los nazis que tuvieron alguna responsabilidad en los crímenes de la Segunda Guerra Mundial estarán muertos, para consuelo de la especie humana. Muchos de aquellos alemanes vivieron plácidamente en España y tostaron sus cuerpos en las playas de Levante y de la Costa del Sol, se integraron en la vida de las comunidades españolas y el Gobierno jamás atendió las peticiones de extradición que llegaron, por ejemplo, desde Holanda. Si queda alguno vivo, seguramente será uno de esos ancianos rubicundos que pasean sus desvencijados cuerpos por las playas de Levante. «Pero queda mucha más gente de la que imaginamos», advierte José Lesta. «Y, por supuesto, quedan en Denia, Alicante y todo el Levante, porque Denia era la base de la Gestapo y la base del servicio de inteligencia alemán. Es una zona, evidentemente, que está plagada de este tipo de personajes».

Antenas y subterráneos

Las investigaciones recientes de José Lesta, Carlos Collado Seidel o José María Irujo, entre otros, han puesto de manifiesto la presencia de nazis en España tras su fracaso bélico. Se asentaron sobre todo en Levante, y en el sur, en Marbella, por

ejemplo. Pero este trato amigable que recibieron de las autoridades españolas, del Gobierno de Francisco Franco y de sus ministros, sólo fue el colofón a una colaboración intensa de España con Alemania en la contienda mundial.

Carlos Collado Seidel nos hablaba de unas antenas o de grupos de antenas instaladas en territorio español que servían como centros de comunicaciones para los navíos, submarinos y los aviones nazis. «Cuando acabó la guerra, los alemanes intentaron venderlo, intentaron sacar efectivo, sacar dinero de estas instalaciones y se lo ofrecieron al Gobierno español, que en ese momento dijo que no estaba interesado».

¿Dónde se encontraban estos centros de comunicaciones?

José Lesta descubrió y fotografió estos complejos operativos en un pueblo de Lugo, Arneiro. «Se ven a kilómetros de distancia. Son tres antenas que, además, después de la guerra, se siguieron utilizando».

Lo más llamativo es que esa tecnología era tan avanzada que el Ministerio del Aire español siguió utilizando esas antenas hasta el año 1971, cuando se incorporaron otros sistemas más sofisticados, como radares, comunicaciones vía satélite, etcétera. Hay un equipo similar cerca de Sevilla.

Hoy son curiosidades históricas, pero tuvieron una importancia decisiva durante la Segunda Guerra Mundial. Esas antenas controlaban la mitad norte del planeta y servían para guiar barcos, aviones y submarinos con claves encriptadas que se enviaban, curiosamente, desde Lugo y Sevilla. (La historia de la encriptación de mensajes durante la Segunda Guerra Mundial y durante la Guerra Fría constituye uno de los episodios más apasionantes del último siglo. Y dentro de esa historia, la que se refiere a la mítica máquina Enigma resulta especialmente curiosa. Con este aparato, muy semejante a las antiguas máquinas de escribir, los alemanes podían codificar mensajes que resultaban prácticamente indescifrables. Los aliados consiguieron una de esas máquinas en un submarino hundido y durante algún tiempo pudieron conocer todos los planes de los nazis).

La pregunta inmediata es: ¿por qué los alemanes escogieron precisamente un lugar como Arneiro, en Lugo, para establecer ese nudo de comunicaciones? La respuesta lógica remitiría a las posibilidades estratégicas de Alemania (España era el único lugar donde sus equipos podían estar a salvo) y a cuestiones logísticas (Arneiro es un lugar lo suficientemente escondido para evitar sospechas y, además, tiene un área de influencia sobre el Atlántico absolutamente privilegiada). Sin embargo, la respuesta de José Lesta guarda relación con un meteorito: «Si uno mira un mapa de Galicia, se dará cuenta de que Lugo es una zona totalmente llana. Muchos aseguran que es así porque hace miles de años, o cientos de miles de años, incluso millones de años, impactó en esta zona un meteorito y que por eso hay un alto contenido en hierro. Eso permite que esta zona sea una zona privilegiada de comunicaciones en todo el hemisferio norte. Y los nazis lo sabían. Sabían que ésta era una zona privilegiada y perfecta para sus comunicaciones, por eso eligieron Lugo». Según José

Lesta, los nazis estudiaban detenidamente esos aspectos y tomaban decisiones en consecuencia. «Sus científicos, desde luego, no eran de lo peor sino todo lo contrario: había premios Nobel entre ellos».

Esos equipos de comunicación no fueron los únicos «tesoros tecnológicos» nazis que pervivieron en España. «Hay aún auténticas instalaciones subterráneas, que también usó Franco después de la guerra, algunas con varios kilómetros de longitud. Y algunas de estas instalaciones aún están siendo utilizadas». Según varios estudiosos algunos de esos complejos subterráneos sirvieron para almacenar productos radiactivos.

Bomba nuclear

Uno de los puntos más controvertidos de la historia del nazismo afecta a la posibilidad de que Hitler hubiera conseguido la bomba atómica. Se dice que en esas hipotéticas pruebas estuvo presente un italiano enviado por Mussolini. «El tema nuclear nazi es apasionante», dice José Lesta. «En teoría, los nazis no hicieron ningún tipo de avance en este aspecto ni desarrollaron técnicas nucleares. En teoría. Y también en teoría, los americanos hicieron todo el desarrollo y detonaron la bomba atómica. Pero lo que dice la historia, y esto se puede leer en cualquier libro, es que los alemanes fueron los primeros que iniciaron el camino hacia la bomba atómica con las primeras fisiones nucleares en laboratorio. Ahora bien, se supone que no hicieron nada más».

El debate se ha reabierto a partir de la publicación de un libro titulado *La bomba de Hitler*, de Reiner Karlsh. Ese libro contradice absolutamente toda la historia oficial. Según una teoría que cada vez gana más adeptos y tiene más pruebas, los nazis no sólo desarrollaron un potente programa nuclear, sino que habrían construido reactores nucleares. El uranio procedería fundamentalmente de las minas de Checoslovaquia y de Galicia, según José Lesta. «En principio, tendrían material para fabricar la bomba atómica y, además, habrían hecho avances significativos. Ya lo dijo Winston Churchill al poco de acabar la guerra. Lo cierto es que hay muchas pruebas y muchos datos que indican que incluso la cosa fue mucho más allá. Efectivamente, había un periodista italiano, Luigi Romersa, muy famoso en la época, que publicó artículos relacionados con defensa en revistas muy serias de toda Europa, durante los años posteriores a la guerra, entre 1946 y 1948. Este periodista decía haber asistido personalmente a una prueba nuclear alemana en el año 1944; es decir, siete meses antes de que se acabara la guerra».

Romersa era el corresponsal de Mussolini en Alemania y se dedicaba a investigar hasta qué punto Hitler había avanzado en aquellas armas increíbles y maravillosas que los alemanes decían tener y que, en el último momento, iban a dar un giro a la contienda e iban a otorgarles la victoria.

Al parecer, este Luigi Romersa visitó una isla del Báltico, la isla de Rugen, donde

tuvo lugar ese experimento nuclear. Aquel emplazamiento estaba muy cerca, curiosamente, de donde se estaban desarrollando los avances tecnológicos más importantes del siglo y que, en parte, contribuirían a la carrera espacial. Allí se fabricaban, con otros objetivos, las famosas y mortíferas V2. Pues bien, Romersa asegura que asistió a una detonación de lo que los nazis llamaban «la bomba disgregadora». Los alemanes decían que era un nuevo invento que iba a revolucionar el siglo XX.

«Hay filmaciones, hay fotografías, hay, incluso, rastros físicos de aquel experimento», explica José Lesta. «Porque aquella supuesta explosión dejó sin luz a media Alemania durante horas y los sismógrafos de todo el mundo detectaron las vibraciones. Si eso es cierto, si eso se acaba demostrando, tendríamos que cambiar un dato histórico fundamental del siglo XX y es que es la primera detonación, la primera bomba atómica de la historia no habría sido americana, sino nazi».

Los interrogantes que plantea esta hipótesis son muchos y, en cierta medida, aterradores. Se aseguraba, en aquellos últimos meses de la guerra que el proyecto atómico americano estaba estancado, casi en punto muerto. Y se dice que, a medida que las tropas aliadas se internaban en Alemania, iban registrando todos los emplazamientos científicos para conocer los avances tecnológicos alemanes. En teoría, esos datos sirvieron para desarrollar científicamente la bomba atómica que luego se arrojó sobre Hiroshima y Nagasaki.

Doctor Muerte

Josef Mengele nació el 11 de marzo de 1911. Creció en el seno de una familia católica bávara. Su madre controlaba el negocio familiar de venta de artículos agrícolas. Karl Mengele, su padre, inculcó en el joven Josef el interés por la investigación, ya que él mismo se encerraba en su taller para inventar máquinas que permitieran la automatización de las labores agrícolas. En 1930, Mengele ingresó en la Universidad de Munich. Fascinado por la figura de Hitler tras escuchar un discurso de éste sobre la superioridad de la raza germana, decidió integrarse en el Partido Nacionalsocialista (1934). En aquellos tiempos, muchos estudiantes se unieron al movimiento nazi. El antisemitismo ganaba adeptos y la comunidad científica dedicaba todos sus esfuerzos a investigar la pureza hereditaria. La eutanasia, la eugenesia y la esterilización de los grupos denominados «indeseables» eran los métodos por los que se debía alcanzar el objetivo genético.

Mengele se trasladó a la Universidad de Frankfurt y comenzó a investigar en el Instituto de Herencia Biológica e Higiene, bajo la tutela de un doctor especialista en genética y empeñado en crear una raza superior. Mengele publicó un artículo sobre genética y sus descubrimientos en torno a la procreación de gemelos.

Pasados varios años, se ofreció voluntario como médico en los campos de concentración. Los doctores que trabajaban en ellos podían decidir si un prisionero

debía acabar en la cámara de gas, si lo destinaban a experimentos o si convenía emplearlo en trabajos forzados.

Las investigaciones de Mengele tenían un objetivo concreto: lograr la absoluta perfección de la raza aria y asegurar su reproducción. En su experimentación inyectaba a sus víctimas, por vía intravenosa, toda clase de sustancias, como fenoles, cloroformo, nafta, e incluso insecticidas. Algunas veces lo hacía directamente en el corazón. Ordenaba la muerte de los prisioneros para hacerles autopsias, pero también hacia vivisecciones; es decir, hacía autopsias a personas aún vivas, para estudiar los límites de resistencia a los traumas y el dolor en los seres humanos. Cada día morían en su laboratorio más de sesenta personas. Fue responsable médico de uno de los peores infiernos que ha vivido la Humanidad: Auschwitz.

Mengele estaba interesado en el genotipo humano rubio, de ojos azules. Parecía fascinado por la coloración azulada del iris. Y se decía que tenía una colección de ojos azules colgada en la pared de su oficina. Investigó con tesón cómo podría cambiar el color de los ojos de los niños, sobre todo, de los pequeños.

Según José Lesta, «esta joyita del género humano se llevó por delante a 400.000 almas». ¿Fue condenado en Núremberg y ahorcado? No. Poco antes de que los aliados liberaran los campos de concentración, Mengele se disfrazó de soldado y se unió a una brigada de soldados alemanes que huían del frente. Así pasó desapercibido durante varios meses. Finalmente, en abril de 1945, los americanos lo capturan, pero no sabían quién era. Por esas fechas ya se le buscaba por crímenes de guerra, pero un mes más tarde, en junio, sobre él pesaba una acusación de genocidio. «Estaba bajo custodia americana», nos decía José Lesta, «en un campo de prisioneros en Alemania, pero con una identidad falsa. Es decir, nadie lo reconocía como Josef Mengele. Permaneció en esa situación durante un par de meses y… ¡logró escapar! ¡Increíblemente, logró escapar!».

Increíblemente. En teoría, Mengele era uno de los criminales más buscados. «Pero la cosa fue aún peor». Mengele no huyó de Alemania. Simplemente volvió al sur de Alemania, a Baviera, y comenzó a trabajar en una granja de animales, durante tres años. Recibía visitas de nazis y parecía gozar de cierta impunidad. Probablemente fue la presión popular o la persecución policial o militar, o tal vez el acoso de los escuadrones cazanazis judíos, el caso es que, finalmente, Mengele decide huir. Viaja a Italia (Bolzano) y allí, con pasaporte expedido por el Vaticano, según José Lesta, embarca con dirección a Sudamérica. Naturalmente, pasó por Denia, la gran base nazi en España, pero ahí se pierde su rastro, aunque se sabe casi con total seguridad que llegó a América.

Los especialistas han logrado tener fotos de Mengele en Uruguay, donde al parecer residió hasta 1971. Probablemente Mengele sea uno de los asesinos más escurridizos de la Historia. A partir de la proclamación del Estado de Israel en 1948, una de las principales actividades de su eficaz servicio secreto, el Mossad, fue la captura de dirigentes nazis. Si no había posibilidad de secuestrar a esos dirigentes

para juzgarlos y ejecutarlos en Israel, simplemente se acababa con ellos. Pero no consiguieron dar con Mengele. Este parecía escurrirse como agua entre las manos. Vagó por diferentes países de Sudamérica y, al parecer, recaló en Brasil.

Es posible que todo sea una leyenda, pero en Brasil comenzaron a darse casos extraños en los que parecía haber intervenido la mano de un experto genetista. Se supo que Mengele había conseguido huir de Alemania con toda o con buena parte de la documentación médica obtenida en los campos de concentración nazis, tanto en Auschwitz, como en Birkenau. En Brasil hay un territorio llamado Cándido Godoy en el que se dice que Mengele pasó unos cinco o seis años de su vida, aproximadamente entre 1961 y 1966. El dato que apunta directamente a Mengele es que en esa extraña reserva en medio de la selva del Amazonas se dieron numerosos casos de nacimientos de gemelos. Se cuadruplicó el número de gemelos en la zona.

Por fortuna para el mundo, Mengele ya no existe. Murió o lo mataron, pero no se sabe a ciencia cierta ni cómo ni dónde. José Lesta nos hablaba de las «tres muertes» de Mengele. La primera, en teoría, ocurrió en Paraguay. Se dice que fue localizado por un grupo de supervivientes de Auschwitz y que lo mataron a palos. Los especialistas advierten que ésta es una posibilidad bastante remota. La segunda muerte de Mengele pudo producirse en la citada reserva de Cándido Godoy, en el Amazonas, donde realizaba sus oscuros experimentos. En este caso, se sugiere que un cazanazis brasileño que se ocupaba de buscar y matar a los huidos de Alemania acabó con él. Y la tercera muerte de Mengele, y también la más probable, según Lesta, es que este genocida muriera como un pordiosero, solo como una alimaña y más loco que nunca. Desde 1979 estaba siendo acosado y perseguido, y al parecer malvivía en un tugurio mugriento de Sao Paulo. Quizá borracho y demente, pudo enzarzarse en una reyerta con maleantes de la ciudad brasileña, que lo mataron y lo arrojaron al mar. Nadie sino Mengele merecía un final así. «Poco después se exhumaron unos restos anónimos en un cementerio cercano, y médicos del servicio de inteligencia israelí, del Mossad, y médicos alemanes certificaron en 1985 que, efectivamente, ésos eran los huesos de Mengele. Los restos del Ángel de la Muerte».

¿Hasta dónde llegó la leyenda de Mengele? A cualquier ser humano le parecen inconcebibles los experimentos que se atribuyen al Doctor Muerte. Un individuo común apenas puede imaginar que haya psicópatas como el Doctor Muerte, que inoculen sustancias a sus víctimas, que realicen vivisecciones o que intenten crear monstruos. «Pero todo es cierto», asegura José Lesta. «Y, a veces, lo que se dice de él se queda corto». A los japoneses también se les acusó de mantener una unidad llamada U234, una unidad oscura que desarrollaba técnicas parecidas a las de Mengele en China y, aproximadamente, en la misma época.

Uno de los mitos de la medicina nazi, según José Lesta, es absolutamente verídico: en el Instituto de Investigaciones Dalen se planteó la posibilidad de reducir el tiempo de embarazo hasta la mitad. «Se organizaron instituciones donde se seleccionaba a mujeres arias, o lo que ellos entendían por arias, y se dedicaban

exclusivamente a eso: a procrear. Pero no con cualquier persona: sólo con los altos oficiales de las SS. E intentaban conseguir que el embarazo durase justo la mitad de tiempo de un embarazo normal. Pretendían generar lo que ellos llamaban la raza pura… Se intentó dar forma a ese mito abyecto e increíble, y miles de personas sufrieron por ello. Y, además, hay testigos de esas experimentaciones. Es algo absolutamente espeluznante, pero es así. En la actualidad aún viven personas que nacieron en esas casas que se llamaban "de infancia". Eran maternidades gigantescas donde nacían gemelos, en su mayor parte».

Se supone que todos estos «científicos» acabaron sus días balanceándose de una soga tras los juicios de Núremberg, pero no es así. «En muchos casos les dieron pasaportes falsos y fueron, incluso, "refugiados políticos" en países tan democráticos y tan avanzados como Estados Unidos. Y pudieron seguir con sus "trabajos", si se les puede llamar trabajos a esas prácticas».

Según Lesta, hubo un programa secreto, ahora bien conocido, llamado *Paper-clip*. A través de ese programa se dio acogida en Estados Unidos a cientos de científicos nazis y japoneses que siguieron trabajando para los americanos: concretamente, para la CIA. «Por ejemplo, uno de los primeros informes sobre métodos de interrogatorios de la CIA fue confeccionado por un ex oficial de las SS que vivió hasta sus últimos días en Nueva York sin ningún tipo de problemas».

Leyendas, profecías y verdades a medias

En estas circunstancias es relativamente fácil que surjan leyendas, mitos, conspiraciones y fabulaciones. La mayoría de estas historias forman parte del mito, algunas tienen alguna verosimilitud y otras son estrictamente reales.

Entre las que gozan de alguna verosimilitud, puede citarse, por ejemplo, la historia de las tumbas de alemanes que existen diseminadas por toda España, desde Cuacos de Yuste a Asturias o Levante: no todas pertenecen a oficiales nazis huidos. Muchas de ellas pertenecen a alemanes que murieron durante la Guerra Civil de España.

Y entre las historias que son reales se encuentra el relato del oro nazi. Así nos lo contaba José Lesta: «Sí hubo lingotes de oro. Y Franco devolvió parte de esos lingotes. Devolvió unos 110 kilos de esos lingotes de oro, pero por la estación de Canfranc, en Aragón, entraron cantidades enormes de oro, hasta 67 toneladas. De esas 67 toneladas, sólo se sabe de unas doce, del resto… misterio. Sabemos que Franco lo recibía de Hitler a cambio de wolframio. Hitler lo necesitaba para blindar sus tanques y sus carros blindados. Pasó mucho oro a España y no sólo oro, también obras de arte. Es cierto que parte de aquel iba después hacia Portugal y hacia Sudamérica. Pero Franco se vio muy beneficiado por ese tránsito de plata y de oro. Pero nunca se devolvió todo. Eso está muy claro».

A la hora de explicar la espiral de destrucción nazi, por supuesto, los especialistas

han recurrido al esoterismo, a las profecías y a los augurios. El general Sánchez de Toca, uno de los máximos especialistas en estrategia militar y experimentado profesional en distintas misiones, es autor de un trabajo excepcional que se titula *Los profetas del bosque*. En esta obra describe cómo ciertos individuos comunes de una zona de Alemania, a lo largo de varios siglos, desde el XV al XVIII, tenían visiones que redactaron y dejaron escritas para la posteridad. El general Sánchez de Toca nos explicaba que eran panaderos, agricultores, ciegos, los que tenían estas visiones. Por supuesto, ellos explicaban lo que veían de acuerdo con la imaginería de su época y ofrecían paralelismos conforme a su experiencia común. Por ejemplo, para describir un tren, hablaban de un perro que aullaba por un camino de hierro. «El estallido de la Primera Guerra Mundial lo explican como un pez de plata que lleva gente sentada y que vuela por encima de las montañas. Probablemente se trata del zeppelin que pasó por encima de las montañas de Baviera el 14 de agosto de 1914. A Hitler lo definían como el hombre de la araña en el brazo y en la bandera, que manda a su gente en carros de hierro sobre toneles, mil millas en cada dirección…».

José Lesta, en su libro *Las claves esotéricas del Tercer Reich* hace un repaso a algunas obsesiones de Hitler con el mundo de los profetas. Michel de Nostradamus, el críptico profeta francés, tan interpretable y dudoso, parece más ajustado en lo que se refiere a Hitler. Al menos, habla de un Hitler y de Germania.

Bestias enfurecidas por el hambre vadearán ríos,
gran parte del campamento en contra de Hitler estará.
En caja de hierro al grande hará arrastrar
cuando nada observe ningún hijo de Germania.

Nostradamus no siempre es fiable, por su oscuridad y porque las interpretaciones son múltiples. Ése es también su encanto, por otra parte. Lo cierto es que hay cinco cuartetas en las que aparece, o aparece indirectamente, alguien que podría ser Hitler. «Es una persona que se le define como alguien valiente, alguien que saldrá de Alemania y que gobernará casi toda Europa», argumenta Lesta. Y de esas cinco cuartetas donde parece aludirse directamente a Hitler, hay tres en las que efectivamente se habla de un tal Hitler. En la época de Nostradamus era muy común formar anagramas y transliteraciones con las palabras, por esa razón podría entenderse que se está refiriendo a Hitler. Y curiosamente, además, Hitler era uno de los nombres que se le daba al Danubio. En este punto, quizá deba recordarse que Hitler no era alemán, sino austríaco.

Otro gran experto, Mariano José Vázquez Alonso, autor de libros como *La estirpe solar*, nos explicaba desde esta otra perspectiva ocultista cómo podría entenderse el movimiento nazi: «Un partido político, o un movimiento político, tiene una estructura y un marco de referencias clásico. Y en este caso, el nazismo, tenía unas reivindicaciones mucho más extensas. Las raíces esotéricas, o herméticas, por decirlo

así, en las que Hitler bebió eran muy definitorias y muy claras. Hitler tenía una visión, una perspectiva acerca de lo que podía ser el poder: es lo que llaman “la vía de la mano izquierda”. Se trata del poder negro, ese poder que al fin y al cabo es una fuerza inmensa y que tiene unas estructuras que residen en el ocultismo más negativo».

Al parecer, había corrientes subterráneas en el nazismo que, finalmente, eran las más importantes. El sendero de la mano izquierda era una desviación hacia las fuerzas más tenebrosas. Eso dicen los expertos en ocultismo.

Sociedades secretas

«Y dígame usted: ¿no habrá en toda
a tierra un libro, un manuscrito siquiera,
en el cual pueda uno aprender los descubrimientos
y las enseñanzas de esa augusta fraternidad?».

E. Bulwer LYTTON, *El secreto de los inmortales*.

En 1956 apareció una carpeta en los estantes de la Sección V de la Biblioteca Nacional de París. Su encabezamiento decía: «Dossiers Secrets» y en su interior se mezclaban papeles, recortes, fragmentos de otros libros y algunas declaraciones difíciles de creer. Uno de los documentos era una genealogía que hablaba de los llamados maestres o navegantes del Priorato de Sión. Según esos documentos secretos, estos maestres habrían vigilado muy de cerca los designios mundiales en los últimos mil años. Parecían los fundamentos de una sociedad secreta en toda regla.

Lo más asombroso era comprobar las identidades de aquellos hombres que, presuntamente, habían regido los destinos del mundo en la sombra: Leonardo da Vinci, Alessandro Botticelli, Isaac Newton y otros. Demasiado célebres para ser verdad.

A estas alturas, todo el mundo sabe que el Priorato de Sión fue una gran falacia, una gran impostura y un penoso fraude imaginado por un tal Pierre Plantard, cuyos verdaderos objetivos eran más bien dudosos.

Pero este tremendo bulo, que ha hecho correr ríos de tinta y que fue incluso parte del argumento de una exitosa novela, permite plantear algunas preguntas interesantes. ¿Cómo y para qué se forman las sociedades secretas? ¿Cuáles fueron las primeras sociedades o hermandades de este tipo? ¿Hubo o hay en España sociedades secretas? Y la más importante: ¿podemos estar seguros de que no existen clubes o hermandades que verdaderamente manejan los hilos del mundo desde la sombra?

Ha habido sociedades secretas de distintos tipos y con distintos objetivos. Algunas han sido simplemente bandas de malhechores, otras han tenido un sustrato religioso y místico muy fuerte, hubo hermandades dedicadas a trabajos esotéricos y paranormales, o artísticos y científicos, y existieron cofradías cuyo único fin era político y social. Muchas sectas eran sociedades secretas y muchas sociedades que aparecían como secretas no eran más que sectas, hubo partidos políticos que, ante la persecución, se configuraron como hermandades y hubo bandas y grupos mañosos que parecían utilizar los métodos de las cofradías antiguas.

¿Y en la actualidad…? En la actualidad, tibias y calaveras.

Preguntas, miedos y desconfianzas

El mundo de las sociedades secretas se engloba con frecuencia en este entramado

que suele denominarse «conspiranoia» y no hay mayor conspiración que un grupo que mueve los destinos del mundo en la sombra. Esa teoría habla de poderes ocultos que rigen la política, las instituciones, las finanzas y naciones enteras. Si existen, los medios de comunicación no hablan de ellos. Y cuando hablan, ¿no es para asegurar que se trata de imaginaciones de desocupados? Se trata de un sistema eficaz e impecable. El principal fundamento de una sociedad secreta es éste: no existe.

Por ejemplo, dicen que los rosacruces son uno de los grupúsculos más poderosos. (Aquí nos referimos a la antigua hermandad de los rosacruces, no a sectas o grupos modernos). Dicen que los herederos de un oscuro Christian Rosencreutz manejan las instituciones de la Unión Europea y que muchos encorbatados de Bruselas se reúnen en conciliábulos secretos. ¿Cómo va a ser eso verdad? ¡Es mentira!, nos dicen.

Dicen que un grupo selecto de mandatarios y empresarios alquila anualmente un lujosísimo hotel en un rincón apartado del mundo y allí permanecen durante varios días conversando… ¿de qué? ¿No era en los parlamentos y las instituciones democráticas donde se ventilaban los negocios políticos? ¿El Club Bilderberg…? ¡Bah…! ¡Eso es mentira!, nos dicen.

¿Están jugando con nosotros? ¿Hay sociedades secretas en realidad o hay alguien interesado en que la gente se mantenga ocupada en estos asuntos mientras a su lado suceden las cosas verdaderamente importantes? ¿Estamos perdiendo el tiempo y volviéndonos locos desconfiando y teniendo miedo de quien nos observa en una esquina o al otro lado de la barra de un bar? ¿Es todo una especie de juego de poder o realmente hay grupos que se ayudan como ocurría en los antiguos gremios medievales?

Los asesinos

Los asesinos *(hashashin)* configuraron quizá la primera sociedad secreta de la que se tiene noticia. Por supuesto, se dejan fuera las sociedades que aparecen en la Biblia, en torno a la construcción del Templo de Salomón, a las fraternidades egipcias y a algunas griegas (como la de los pitagóricos, por ejemplo) o las romanas.

Marco Polo fue el primer europeo que se hizo eco de las costumbres de esta sociedad secreta de «los asesinos» y su Jardín del Paraíso. Los *hashashin* fueron los guardianes de Tierra Santa. Formaban una sociedad secreta islámica que nació en Persia en el siglo XI, como una orden religiosa. Era la facción más extremista de los chutas. El primer gran maestre de esta sociedad fue Hassan Sabah, conocido como el Viejo de la Montaña, ya que se refugiaba en las cumbres de las montañas de Irán. Construyó en su castillo un jardín semejante al que describía el Corán, el Paraíso de Mahoma. Aquellos que traicionaban a la hermandad, de cualquier modo, estaban condenados a muerte, y ésta siempre se cumplía. Tenían una estructura muy parecida a la de la Orden del Temple, con la que al parecer mantuvieron ciertas relaciones. La estructura piramidal estaba coronada por el gran maestre; bajo su mando estaban los

grandes priores, los caballeros, los escuderos y, finalmente, los sirvientes. Sus procedimientos violentos, sus emboscadas y asesinatos los convirtieron en una organización temida y odiada. Con frecuencia se les acusaba de los magnicidios que ocurrían en Asia y en Europa Oriental.

Se dice que estos caballeros sanguinarios tenían una costumbre muy parecida a los hunos de Atila: colgar las cabezas decapitadas de sus víctimas en las crines de sus caballos. La secta o la sociedad de los asesinos tuvo cierta influencia y se asegura que llegaron a operar hasta en los Balcanes, en Macedonia y en otras zonas de Europa Occidental.

La Garduña

Toledo es una ciudad mágica. Fue el centro de poder político y religioso durante buena parte de la Edad Media, con una estructura eclesiástica imponente y con un pasado mítico y legendario que no sólo se limitaba a sus empinadas calles y oscuros callejones, sino a pasadizos y subterráneos donde los brujos y los magos llevaban a cabo sus hechicerías.

En esta ciudad nació y se desarrolló una de las sociedades secretas más importantes de la historia de España: La Garduña. «Desconocemos la fecha de su fundación como tal», nos dice Luis Rodríguez Bausa, profesor de la Universidad de Castilla-La Mancha y autor de un imprescindible *Toledo insólito*. «Se barajan fechas que rondarían el año 1412 o 1415. Con más certeza podemos hablar de su pervivencia: hasta bien entrado el siglo XIX. En torno al año 1820 o 1830 todavía había gente que decía pertenecer a esta hermandad, porque ellos se llamaban hermandad. La hermandad de La Garduña».

La garduña es un animal pequeño, carnívoro, muy voraz y agresivo. Y si el lector consulta el diccionario académico, encontrará la siguiente definición: «Es animal nocturno y muy perjudicial, porque destruye las crías de muchos animales útiles».

Como es razonable, todo lo que se refiere a su formación ha quedado sepultado en las brumas de la historia. Se aseguraba que era una organización religiosa o, al menos, se les tenía por una hermandad con fuertes vínculos religiosos y piadosos. En algunos casos se ha sospechado que nació al calor de la catedral de Toledo, lo cual ha causado cierta conmoción en la ciudad castellano-manchega.

No obstante, a pesar de esa presumible relación con las altas jerarquías eclesiásticas toledanas, La Garduña se hacía servir de una verdadera caterva de malhechores, delincuentes, secuestradores y asesinos a sueldo. Aparte de los fines piadosos o religiosos —e incluso políticos— que persiguiera, servía como refugio de la más ínfima ralea de pícaros. Así se convirtió también en un refugio de desheredados, pero su influencia —y el pánico que infundía— llegaron a tales extremos que llegó a convertirse en un verdadero problema. En La Garduña se practicaban la brujería y la hechicería —¿quién sabe hasta qué punto o en qué grado?

— y participaban hombres y mujeres. Su influencia llegó en algunas épocas a tales extremos que hizo tambalear el poder eclesiástico de Toledo.

«Estamos hablando de una organización secreta que en algunos aspectos fue pionera y que, desde luego, fue de las más duraderas», nos explicaba Luis Rodríguez Bausa. Para este profesor, la influencia de la organización ha traspasado los siglos y, en cierto modo, ha colocado a los toledanos en el disparadero, confiriendo a la ciudad una fama de refugio de malhechores que, por otro lado, es común a las grandes ciudades en todo tiempo. Toledo, por su importancia política, social y cultural, fue escondrijo de maleantes que buscaban prosperar al calor de la riqueza de la urbe, como demuestran las obras picarescas y otros libros de los siglos XVII, XVIII y XIX.

«Como todas las sociedades secretas que se precien de serlo, los datos brillan por su ausencia también en el caso de La Garduña. Porque precisamente hacen de ese secretismo una especie de forma de vida».

Rodríguez Bausa ha rastreado lo poco que se puede averiguar de esta hermandad secreta en archivos y fondos eclesiásticos y civiles. En el Archivo Municipal de Toledo, naturalmente, se registran las actividades delictivas de La Garduña y se puede intuir —si no demostrar— quiénes pertenecían a tan siniestra orden.

Durante los siglos XVI y XVII, la Inquisición tuvo muchísimo poder en la ciudad de Toledo y hay documentos que parecen sugerir cierta relación entre esta institución político-religiosa y la organización criminal de La Garduña. Para Rodríguez Bausa, sin embargo, no está claro que esa relación existiera realmente. Puede que alguno de sus miembros de más alto grado perteneciera a la Inquisición y puede que ésta operara a través de La Garduña para ejecutar sentencias fuera del ámbito legal o administrativo o eclesiástico. Pero, más probablemente, esa asociación fue una «estrategia puramente defensiva». Cuando los miembros de La Garduña eran sorprendidos en sus fechorías, solían proclamar que estaban actuando al amparo de los tribunales de la Santa Inquisición, como un brazo ejecutor de apoyo, atacando, extorsionando, robando y asesinando a musulmanes y judíos.

Fuera La Garduña el brazo oculto de la Inquisición o un grupúsculo social marginal, lo cierto es que la política contrarreformista, desde Felipe II principalmente, favoreció el poder de estas hermandades ocupadas en aterrorizar a las comunidades musulmanas y judías. Estas no sólo eran las víctimas de la Inquisición, sino de la población civil y de esas organizaciones secretistas. ¿Las víctimas de La Garduña son las víctimas de la Inquisición que no aparecen en los legajos oficiales? Es difícil saberlo.

Juan Antonio Llorente fue el autor de un trabajo clásico sobre la Inquisición a principios del siglo XIX. Es un estudio crítico y, según los especialistas, de dudosa verosimilitud. Tuvo mucha importancia en su tiempo y, en parte gracias a él, fue suprimido el alto tribunal inquisitorial definitivamente en 1820. A Llorente y su *Historia crítica de la Inquisición en España* (1814) se debe buena parte de la leyenda negra que ha perseguido a los españoles durante más de un siglo. (Alemania, Suiza,

Países Bajos y Francia, donde los ajusticiamientos de brujas y herejes fueron mucho más violentos, se han visto libres de esa leyenda). El libro fue bien conocido entre los románticos ingleses y alemanes, que trazaron en sus obras góticas todo un escenario oscurantista de la Historia de España.

En todo caso, Llorente hablaba de 340.592 víctimas del Santo Oficio registradas en España. De ese gran número, según Llorente, 31.912 fueron quemados en público. Pero la cuestión que aquí nos interesa no es cuántas personas fueron ejecutadas mediante procesos teóricamente legales. La cuestión es cuántas personas fueron «ejecutadas» mediante procedimientos paralelos, mediante el trabajo de La Garduña. No hay datos fidedignos de las «ejecuciones» que pudieron llevarse a cabo en otros ambientes patibularios y de las que no quedó registro alguno. Se asegura que La Garduña hacía esos trabajos sucios, esos trabajos absolutamente deshonestos incluso para los herederos de Torquemada.

Sangre y normas

En La Garduña se reproducían los elementos constantes que configuran toda sociedad secreta. Por ejemplo, la revelación de la existencia de dicha sociedad acarreaba la muerte. Era imprescindible la organización jerárquica y una obediencia ciega a los superiores, hasta el extremo de dar la vida por la causa si ello era necesario. Se trataba, por supuesto, de una organización piramidal: en su vértice superior se encontraban personajes que seguramente gozaban de privilegios sociales, pero en la base de la misma se encontraban individuos de la peor ralea, entre los cuales había brujas, alquimistas, embaucadores, pícaros, etcétera.

Pero una organización de control político y social, como La Garduña, necesitaba sobre todo de una cúpula solvente y que pudiera permanecer ajena a los crímenes que ejecutaban los malhechores: allí se encontraban gobernadores, jueces, alcaldes e incluso alcaides de prisiones o sacerdotes.

Salvador Ortega, uno de los pioneros de la Policía Científica española y colaborador de *Milenio 3*, nos explicaba cómo se estratificaba esta organización: «Como toda sociedad secreta, La Garduña estaba estructurada en niveles de distintos estatus. La Garduña establecía escalas concretas. Se entraba siendo aprendiz, que era el primer grado de iniciación. Entre los aprendices se encontraban los chivatos, los soplones y otras gentes de inferior categoría. Había también mujeres que eran admitidas en ese grado; se llamaban coberteras. Y éstas eran una especie de informadoras que sugerían dónde se tenía que entrar y atacar. El segundo grado es el que más se parece a la generación masónica y a toda la generación de las sociedades secretas: el compañero, *le compagnon* de la francmasonería, etcétera. Los compañeros eran los encargados de los robos y los encargados incluso de asesinar. El gran maestre era el que dictaminaba quién debía ser asesinado».

Salvador Ortega nos decía que en ningún caso se permitía que los miembros de

La Garduña, postulantes o floreadores, los compañeros, en fin, atacaran o asesinaran sin una orden expresa del gran maestre o alguno de los ancianos superiores. Se trataba de una supervisión técnica estricta y que, en realidad, aseguraba la pervivencia de la hermandad. «Hay un detalle muy importante: entre los grandes ingresos de la congregación se contaba precisamente con la recaudación de "tributos" por protección. Es el mismo sistema de la Camorra y otras organizaciones mañosas».

En pleno siglo XVII el gran maestre de La Garduña establecía los grados de la hermandad muy nítidamente, describiendo al «gremio» de los aprendices y sus distintas categorías como chivatos, fuelles, soplones y coberteras, cuya principal labor era la vigilancia y seguimiento. Entre los compañeros, verdaderos brazos ejecutores, hombres y mujeres, se encontraban los floreadores y punteadores, es decir: los asesinos dispuestos con dagas o espadas. Una categoría específica parecía constituirla los postulantes, verdaderos extorsionadores que recaudaban los fondos necesarios a cambio de «protección», como una verdadera sociedad mañosa. Por encima de todos ellos estaban los maestros y los ancianos que adoctrinaban a los novicios e iniciados. En la cúspide, naturalmente, el gran maestre.

El gran maestre siempre permanecía en la sombra, dictaminando quién habría de ser la siguiente víctima. Bajo su mano se ocultaban las «escuadras de los garduñeros», siempre embozados y siempre dispuestos a dar el golpe mortal. Esas «escuadras» sembraron el pánico en ciudades como Toledo, Sevilla o Barcelona y, en ocasiones, cumplían misiones especialísimas, porque debían asesinar a un personaje relevante. Curiosamente, cuando las escuadras de garduñeros se deslizaban por las calles tortuosas de Toledo o Sevilla, los alguaciles no aparecían.

«La Garduña fue pionera en crear una especie de institución con el vínculo de hermandad en el que coexistieran hombres y mujeres a la vez», nos explicaba Rodríguez Bausa. Porque las hermandades eran bastante frecuentes, pero solían ser congregaciones masculinas y en muy raros casos femeninas o mixtas. «Que fuera una organización de hombres y mujeres me parece bastante insólito». Rodríguez Bausa nos hablaba de las coberteras pero añadía otro rango u otro grado que correspondía sólo al género femenino. «A ciertas mujeres se les otorgaba un título muy bonito que era el de "sirenas". Estas "sirenas" eran las encargadas de conseguir información a través, de favores de tipo sexual, generalmente».

Es importante resaltar que esta hermandad se consideraba una congregación cristiana y piadosa, tremendamente devota. Una buena parte del dinero que se conseguía mediante la extorsión y el robo estaba destinada a pagar misas.

¿Hasta dónde llegó el poder de La Garduña? Lo que se sabe es que esta organización hacía gigantescas donaciones, incluso a la catedral de Toledo, al parecer. Ello seguramente fue motivo de escándalo, porque todo el mundo sabía qué tipo de individuos formaban la base de La Garduña: los más bajos fondos, los delincuentes, pícaros, asesinos, prostitutas, bandoleros, ladrones, asaltadores…

A pesar de la estricta jerarquización, en estas sociedades secretas también se

daban disensiones y se producían conflictos internos que acababan por desestructurarlas y conducirlas a su final. En el caso de La Garduña, sus procedimientos condujeron a una espiral de violencia incontrolada. Incluso se acusó a esta hermandad de empezar a traficar con órganos y vísceras humanas. El fundamento de este negocio macabro estaba en la brujería, para la cual eran muy necesarios los restos humanos y la grasa y la sangre infantil. En torno a los siglos XVI y XVII, en Toledo o Salamanca —verdaderas academias de esoterismo, magia y brujería—, algunos aseguraban que se podía extraer la sangre del cuerpo, licuarla y volver a ingerirla fundida con placas finísimas de oro. La sangre, en ese mundo oscuro de la brujería, siempre fue un elemento importantísimo, no sólo como medicina, sino como un modo de acercarse a la mágica meta de los alquimistas: la vida eterna.

Así pues, La Garduña, ya descontrolada, empezó a convertirse en una sociedad de delincuentes dedicados al robo, el rapto y las sangrías de niños. Algunos infantes aparecían en las riberas del Tajo, destripados. Y la primitivísima prensa y las hojas volanderas hablaban de pánico y miedo social.

La Garduña tenía sus propios símbolos. Todos los integrantes —al menos los iniciados y los compañeros— lucían un símbolo de reconocimiento. Eran tres puntos tatuados en la palma de la mano. Esos tres puntos fueron utilizados después por otras sociedades, como la Camorra italiana o incluso la masonería. También se asegura que esos tres puntos son clásicos entre las personas que han estado en la cárcel, actualmente. En realidad, parecen los restos de una tradición clásica que parece vincular definitivamente los bajos fondos sociales a la estructura de La Garduña. Y esos tres puntos aparecían también en algunas piedras, marcando territorios.

En la última etapa de esta sociedad, ya bien entrado el siglo XIX, La Garduña cometió un error. Se encontró un libro donde se habían apuntado algunas de sus fechorías y algunos de sus secretos. Ocurrió en el año 1821, en la casa del gran maestre Francisco Cortina: allí se encontró un volumen en cuyas tapas se podía leer: «Libro mayor». A consecuencia de este hallazgo fueron juzgados y ejecutados en la plaza mayor de Sevilla muchos miembros de la sociedad. Los supervivientes huyeron al monte o bien emigraron a América del Sur: La Garduña volvió a aparecer en Brasil, en Perú, en Argentina y México.

Algunos de los miembros de La Garduña fueron procesados y ajusticiados. Se asegura que ciertos individuos pertenecientes a esta sociedad quisieron morir con sus capas de hermandad, luciendo los tres puntos característicos que también estaban tatuados en sus manos.

Francisco Cortina fue el último gran maestre de La Garduña. Hablamos de 1822. El 25 de noviembre de aquel año, Francisco Cortina, junto con dieciséis garduñistas, fueron ejecutados en Sevilla. Entre ellos había chivatos, guapos, apuñaladores, floreadores y punteadores. Dicen que los garduñeros, antes de morir en este gran proceso, destinaron todos sus tesoros a pagar sus propias misas. Y murieron al

parecer con gran dignidad, sin temblar, estáticos, ante el respeto y el miedo del propio público. Salvador Ortega lo explicaba así: «Fernando VII se dio cuenta del peligro que representaba esa sociedad. Hubo un crimen, un estrangulamiento de una joven en Sevilla y, tras las pesquisas, se encontró un libro. Era una cosa muy rara, porque La Garduña no apuntaba nada, era totalmente secreta. Y en ese libro habían anotado la mayor parte de las últimas fechorías cometidas. Y aquella prueba fue suficiente para poder ajusticiar al gran maestre, que entonces vivía en Sevilla. Y fueron ajusticiados en la plaza mayor de Sevilla».

En ese libro no sólo se habían transcrito los crímenes que permitieron encontrar a los altos cargos de la hermandad, sino que se habían redactado unos estatutos precisos, seguramente heredados de tiempos anteriores. En el artículo 1 se decía: «Todo hombre bizarro, de buena vista, fino oído, ligera pierna y lengua expedita puede ser miembro de nuestra querida Garduña».

Y en el artículo 9 decía: «Todos nuestros hermanos han de estar decididos a morir mártires, antes que confesos, so pena de ser degradados, expulsados de la hermandad y, si fuese preciso, perseguidos y muertos por ella».

Al parecer, la Camorra italiana fue el refugio de los garduños perseguidos. Sicilia y Nápoles, como se sabe, fueron territorios pertenecientes a la Corona de Aragón durante el período en que La Garduña tuvo una operatividad más intensa. Quizá se formó allí con otra infraestructura, así como surgieron nuevas mafias incluso en el Nuevo Mundo.

La Mano Negra

Ésta es la historia de una conspiración, un crimen político y una brutalidad planificada para amedrentar a los campesinos andaluces. En Jerez, provincia de Cádiz, el día 13 de junio de 1884 se leía el siguiente resumen:

> «Pedro Corbacho Lagos, de 32 años y con vivienda en Jerez; acusado del asesinato del Blanco de Benaocaz: condenado a muerte.
>
> »Francisco Corbacho Lagos, hermano de Pedro, 39 años y natural de Jerez: condenado a muerte. Se le concedió la voluntad de ser agarrotado el último.
>
> »Juan Ruiz y Ruiz, natural de Écija y vecino de Arcos de la Frontera, de 34 años; maestro rural: condenado a muerte.
>
> »Bartolomé Gago de los Santos, natural de Benaocaz; casado, de 38 años; sabe leer y escribir; acusado de organizador del crimen: condenado a muerte. Sus convulsiones rompieron el collarín de hierro.
>
> »Cayetano de la Cruz Expósito, 46 años y natural de Guadix; acusado de delator: condenado a muerte. Se ha suicidado en la cárcel días antes de la

ejecución pública.

»José León Ortega, natural de Ubrique y vecino de Jerez, 28 años; sin antecedentes penales; pertenecía a la Federación de Trabajadores del Valle: condenado a muerte por ser el autor del degüello de la víctima. Se le exime de la pena capital por repentina enajenación mental.

»Cristóbal Fernández Torrejón, natural de Algaz, de 30 años; casado y jornalero: condenado a muerte.

»Manuel Gago de los Santos, natural de Benaocaz, 28 años; sin instrucción alguna y con oficio de pastor: condenado a muerte.

»En Jerez, provincia de Cádiz, a 13 de junio de 1884».

Ésta fue la lista de condenados y ejecutados por un crimen que probablemente jamás se cometió. A ellos se les achacaron una serie de asesinatos y delitos horrendos, pero después de muchos años de investigación, la cuestión parece más compleja y relacionada con las primeras asociaciones políticas de campesinos, con luchas entre obreros y jornaleros frente a oligarcas y terratenientes. Y, finalmente, aquellos supuestos crímenes y esas ciertas ejecuciones guardaban más relación con el hambre y la miseria de los aldeanos andaluces que con una trama sólo orquestada en los cortijos y los despachos ministeriales.

Lo cierto es que alguien estaba enviando cartas amenazadoras a los terratenientes andaluces. Algunas de aquellas misivas, que parecían escritas por niños, contenían un dibujo de un puñal y, empapada en sangre o tinta, la huella de una mano infantil: La Mano Negra.

La mayoría de los casos ocurrieron en la provincia de Cádiz. La Mano Negra parecía constituir una verdadera y auténtica sociedad secreta, organizada con fines criminales. Se proclamó que era un grupúsculo de carácter cuasi terrorista, destinado a acabar con los ricos y poderosos, con la Iglesia y sus ministros, y con todo lo que sonara a poder y organización social. ¿Era un grupo político anarquista?

No todos creyeron esa historia. Ya por entonces se aseguraba que La Mano Negra era una invención para sembrar el miedo y el pánico, y sobre todo, una leyenda para poder ejecutar sin piedad a los miembros de aquellas incipientes agrupaciones políticas de campesinos andaluces. ¿Era una leyenda organizada para llevar a cabo una represión? ¿Fueron los poderes fácticos, la Iglesia y los acaudalados señores quienes desarrollaron semejante trama? En definitiva, se argumentaba que el poder inventó La Mano Negra para acabar con campesinos y obreros molestos.

Ha pasado más de un siglo y, en algunas partes de Andalucía, aún se atemoriza a los niños con La Mano Negra. Nos lo contaba Manuel Ramírez López, autor de *La historia La Mano Negra, memoria de una represión*: «Sí, aún hoy en día La Mano Negra significa miedo. Es fácil imaginar qué significaba en el siglo XIX, sin televisión, sin radio… El bulo llegó a tal extremo que todo el mundo lo creyó. Llegó a decirse que los miembros de La Mano Negra iban a contaminar el agua de Jerez».

Las principales acusaciones eran de tipo social y se aseguraba que La Mano Negra quería matar a todos los ricos. (Los términos del conflicto son tan básicos que obligatoriamente hay que desconfiar). Manuel Ramírez nos decía: «En fin, te pones a analizar todos los sucesos y nunca hubo un rico que muriera asesinado. Todos fueron crímenes normales y vulgares, como los que suceden en cualquier lugar, incluso en la actualidad». Para este autor, no cabe ninguna duda: «Fue una confabulación tal que el miedo arrastró a todo el mundo a pensar que era una situación inventada y forzada».

Si se trataba de una trama organizada por el poder, las claves deberían encontrarse precisamente en los instrumentos del poder. En un periódico llamado *Los Dominicales*, que se distribuía en toda Andalucía, se propagó la noticia del miedo. Y esto es básico para cualquier sociedad secreta: sembrar el miedo, el espanto, el terror. Ésta era la crónica que exponía —con meridiana evidencia— en qué términos se planteaba la lucha con La Mano Negra: «La permanente zozobra en la que viven las clases medias y el pánico que las invade dan ocasión a relaciones aún más hostiles. Nadie ignora lo que se habla de La Mano Negra. La Mano Negra, asociación fatídica que llena a toda esta comarca, y aun a otras distantes, con sus afiliados. Asociación de venganza y exterminio que no se propone reforma concreta, sino exclusivamente destruir la riqueza por todos los medios y matar a los ricos de todas las maneras. La Mano Negra, tenebroso símbolo para una guerra sin cuartel. Guerra de exterminio y rencores implacables».

¿Asociación? ¿Afiliados? ¿Matar a los ricos? ¿Guerra de exterminio? ¿Rencores?

Manuel Ramírez López ha realizado una investigación que finalmente ha resultado sobrecogedora. Se detuvo a diecisiete personas en principio, acusadas de pertenecer a esa supuesta asociación y de haber cometido un crimen concreto, el del llamado Blanco de Benaocaz, un campesino. «En primer lugar, los diecisiete sabían leer y escribir, algo inconcebible en aquella época. Segundo: eran trabajadores, y eran socialistas. Y se declararon como tales, como era obligatorio y legal. Tercero: leían la *Revista Social*, una revista que tenía una tirada de veinte o treinta mil ejemplares en España. De Despeñaperros para arriba, era legal, pero en Andalucía era ilegal. Y cuarto: a esta gente se le achacó haber matado a uno que, según decían, iba a delatar a la asociación, etcétera. Lo que hemos descubierto es que ese individuo, en primer lugar, era un pendenciero, y, en segundo término, no sabemos si fue el muerto o no. Seguimos investigando, pero probablemente ese hombre no fue asesinado. En fin, que no hubo ni muerto, siquiera».

Siete personas fueron ejecutadas públicamente y las fotografías que se conservan son estremecedoras. Dicen que aquella ejecución ejemplarizante fue la forma de poner fin a La Mano Negra, o a la leyenda de La Mano Negra, o a gente que decía pertenecer a esa sociedad. Nunca se probó, porque los reos nunca confesaron. (Hay que recordar que el principal mandato de estas sociedades es negar toda pertenencia a ellas e, incluso, su existencia). La investigación de Manuel Ramírez ha llegado a una conclusión: que ejecutaron a siete inocentes, y no hubo ni siquiera muerto.

Cuando se iba a proceder a la ejecución, la gente de Jerez se enfrentó a las fuerzas del orden, porque sabían que aquellos hombres eran inocentes. El encargado de ajusticiar con garrote vil a los supuestos integrantes de La Mano Negra se llamaba Gregorio Mayoral, era el ejecutor de sentencias más diestro de España, decían, y al parecer se vanagloriaba de haber facilitado el tránsito a mejor vida a más de cien personas. Se le consideraba un hombre duro e implacable. Algunos aseguraban que en sus ejecuciones se ensañaba con los reos. En aquella tremenda ocasión, en Jerez, ante la mirada atónita de cientos de personas que sabían que se estaba cometiendo un crimen, Mayoral se atrevió a hacer una cosa que horripiló a la gente. Uno a uno, fue quitándoles las capuchas… Todos pudieron ver cómo los ajusticiados tenían los ojos fuera de las órbitas, las lenguas fuera, retorcidas y en una mueca casi burlona, los rostros desencajados… Un retrato del horror.

Pero hubo gente que probablemente sonrió: se había acabado con La Mano Negra.

Nos decía Manuel Ramírez López que hubo quien atacó al verdugo en el tren, que le arrebataron la pistola y el dinero que había cobrado por la ejecución, y muchos se negaron a compartir el vagón del tren con él. «Todo el mundo sabía que eran inocentes».

Golden Dawn

El siglo XIX fue una época apasionante en casi todos los sentidos: fue un tiempo de innovación tecnológica, de convulsiones políticas, de experimentación y revolución. También fue una época en la que proliferaron las sociedades secretas. En este caso, se daban dos tipos de agrupaciones características. El primero de ellos englobaría las hermandades de tipo político, muchas de las cuales eran herencia de las confabulaciones y conciliábulos de la Revolución Francesa. El segundo tipo afectaría a sociedades de tipo espiritual o místico o esotérico.

Era común, por ejemplo, que los intelectuales, los literatos, los sabios y los eruditos empezaran a reunirse en salones y tertulias. Desde luego, sus fines no eran delictivos, o al menos no lo eran directamente, sino indirectamente. La conspiración era el régimen fundamental de estas agrupaciones. Muchas de ellas quisieron instaurar gobiernos en la sombra, mientras que otras se entregaban al esoterismo y al ocultismo sin mayores intereses sociales.

Una de las sociedades secretas o discretas más interesantes es la Golden Dawn, donde se reunía la flor y nata de la intelectualidad londinense a finales del siglo XIX.

La Golden Dawn (The Hermetic Order of Golden Dawn) fue fundada en Inglaterra en 1888 por Samuel Mathers, William Woodman y William Wescott inspirándose en la Sociedad de la Rosacruz. El fundador decía tener contacto con los superiores desconocidos, que eran seres dotados de poderes sobrehumanos que suplantarían y conducirían a los elegidos de la raza humana a una formidable

mutación. Este grupo practicaba la magia ceremonial, el ocultismo y las iniciaciones dentro de diferentes logias masónicas para obtener poderes y conocimientos secretos. Instruían a sus adeptos en el estudio de la cábala, de los misterios egipcios, la filosofía, el cristianismo místico, la alquimia, la astrología, la clarividencia o los viajes astrales. A través de estos estudios se suponía que despertaban en los iniciados los poderes ocultos que poseían. Sus estudios sobre las ciencias ocultas atrajeron a muchos intelectuales y artistas como William Butler Yeats, Florence Farr, Bram Stoker o Herman Hesse. Su organización jerárquica se distribuía en once grados, desde el neófito hasta el gran maestre. Entre sus juramentos, por supuesto, destacan aquellos que se refieren a la necesidad de no hablar de los secretos de la orden o con personas expulsadas de ésta, no copiar ni permitir copiar ningún documento sin permiso, preservar los trabajos de la ciencia divina, no degradar el conocimiento místico haciendo magia negra y mantener respeto por todas las religiones.

Aunque a la vista de la infinidad de páginas web en Internet aún parece pervivir esta sociedad, lo cierto es que esta orden hermética desapareció a los quince años de su fundación tras numerosos conflictos y disensiones.

El aspecto más relevante de la Golden Dawn —la auténtica, no las farsas actuales — fue su deseo de explorar la mente humana y sus posibilidades. Era el momento culminante de las experiencias espiritistas y, al parecer, sus miembros practicaron los viajes astrales. También se decía que estudiaron el poder de los cantos gregorianos para favorecer esos estados alterados. En fin, se reunían en lugares apartados e intentaban que hablase la famosa mesa parlante: la ouija.

Rosacruces

Parece necesario advertir aquí que las sectas modernas han utilizado el poder de fascinación de las sociedades secretas para embaucar, engañar y estafar a los incautos. Debe recordarse que hay muchos delincuentes dispuestos a aprovechar estos asuntos para ganar algún dinero que jamás podrían obtener por sus propios medios y trabajando honradamente. Algunos, incluso, arrimándose a ciertos libros de éxito, han pretendido hacer su agosto dictando supuestas conferencias sobre espiritualismo y ocultismo. En el caso de los rosacruces, templarios, masones, etcétera, hay varios grupos poco o nada fiables. Queda hecha la advertencia.

¿Quiénes eran y qué pretendían los rosacruces? «En principio, el movimiento rosacruciano persigue sobre todo fines filantrópicos y de elevación del espíritu intelectual», nos dice Javier Sierra.

En ese aspecto, guarda mucha relación con las instituciones discretas masónicas. Y como la masonería, también se basa en el apoyo mutuo entre los miembros. «La historia de los rosacruces aparece muy mezclada con la leyenda, porque se habla de cierto Christian Rosencreutz, el fundador de esta orden, que supuestamente atesoraba una serie de conocimientos secretos y perfectos que casi le convertían en inmortal».

Hubo una leyenda curiosa, referida a este Christian Rosencreutz, que contaba que se le había visto varios siglos después de que en teoría hubiese muerto. En fin, en este ámbito se encuentra la famosa mitología de «los inmortales», frecuentemente referida en libros y novelas románticas.

«Se hablaba de que la Rosacruz emergía cada cierto número de años», decía Javier Sierra. «Permanecen ocultos y en el olvido absoluto durante mucho tiempo y surgen, cuando lo creen necesario, para impulsar ciertos movimientos sociales y políticos importantes. Siempre se ha temido mucho esta organización, en algunos ambientes, porque se la consideraba revolucionaria. En realidad, los regímenes autoritarios siempre han tenido pavor de los rosacrucianos y de los masones, porque estas sociedades secretas, sobre todo, impulsaban valores democráticos y valores de apoyo mutuo. Se cree, aunque sobre esto habría mucho que discutir, que muchos fundamentos rosacrucianos están detrás de la constitución de la Unión Europea».

La Sociedad de la Niebla

Esta extraña sociedad secreta es conocida sobre todo porque uno de sus principales miembros fue, al parecer, Julio Verne. Se asegura que el prolífico autor francés estaba obsesionado con vencer a la muerte, con el ocultismo y con otras prácticas más o menos extrañas.

La Sociedad de la Niebla fue fundada en el siglo XVI por un impresor de Lyon apodado Gryphe. Sus fundamentos se basaban en los de la francmasonería, y su objetivo principal era conocer a Dios mediante el estudio de la Naturaleza y sus leyes. Pertenecieron a esta sociedad escritores de renombre mundial como Alejandro Dumas, George Sand, Gerard de Nerval, Julio Verne o maestros de la pintura como Eugéne Delacroix o Nicolás Poussin. Los miembros de esta sociedad rescataron un texto medieval titulado *El sueño de Polifilo*, atribuido al monje dominico italiano Francesco Colonna. Se trata de un volumen dividido en dieciocho capítulos, repletos de simbología, que influirían en escritores como Dante, Cervantes, Goethe y muchos otros.

Nunca se sabe, a ciencia cierta, dónde empiezan y dónde acaban estas sociedades secretas. Véase: Julio Verne (1828-1905) ordenó que lo enterraran en el cementerio de La Madaleine, en Amiens. Y para ello hizo construir una tumba verdaderamente espectacular, en la que un brazo —su propio brazo figurado— pareciera quebrar la lápida y saliera al exterior. El epitafio decía: «Hacia la inmortalidad y la eterna juventud», un lema muy rosacruciano, según Javier Sierra. En su propia tumba, Verne encriptó un emblema que suele pasar desapercibido: una rosa con una cruz en el centro.

Las hermandades secretas, como puede apreciarse, a menudo cruzan sus caminos y es probable que ni siquiera sus miembros conozcan a ciencia cierta en qué negocios están involucrados.

Al menos, Julio Verne consiguió hacer realidad el deseo de su epitafio: «Hacia la inmortalidad y la eterna juventud». El autor de *La vuelta al mundo en 80 días* efectivamente es hoy un autor inmortal y, por otro lado, son los jóvenes quienes aprecian singularmente sus obras. En ellas, el curioso lector podrá encontrar algunas referencias a esa Sociedad de la Niebla. El ejemplo más evidente se encuentra en el nombre del protagonista de la novela citada, Phileas Fogg. *Fog* es «niebla», en inglés.

Estos métodos referenciales parecían ser importantes en la Sociedad de la Niebla. En su seno sólo se aceptaba a los principales artistas, a los más importantes en la literatura y la pintura, porque entendían que podían ejercer alguna influencia en los ciudadanos a través de mensajes subliminales que les obligaran a actuar en determinado sentido. Los ciudadanos, en teoría, observarían un cuadro o leerían un libro y, sin pretenderlo ni desearlo conscientemente, actuarían de acuerdo con los intereses o las preferencias de esa sociedad. Arte subliminal… hoy es una práctica bien conocida. Y prohibida.

Éste era el sistema escogido por esa Sociedad de la Niebla para influir en la sociedad.

Nuevas sociedades y nuevos peligros

En *Milenio 3*, como saben todos los oyentes, se ha analizado profundamente el caso del Priorato de Sión, con cuya particular historia comenzaba este capítulo. Mi opinión personal es que se trata de un clamoroso fraude: así de claro. La historia fue urdida por gente siniestra y extraña que, a partir de la década de 1950, quiso que prosperara para exigir una serie de reivindicaciones muy próximas a la ultraderecha y la restauración de la monarquía francesa, aunque con variantes poco loables. Inventaron las genealogías o, más precisamente, las líneas sucesorias de los grandes maestrazgos y, por supuesto, no se quedaron cortos a la hora de utilizar nombres: Nicolás Flamel, Leonardo da Vinci, Newton, Botticelli, Debussy o Cocteau fueron algunos elegidos. Para dar verosimilitud a esta gran farsa, se utilizó el nombre del antiguo Priorato de Sión, relacionado con los templarios del medievo. No podemos saber si desde hace siglos hay sociedades secretas o hermandades que vigilan la hipotética descendencia de Jesús de Nazaret y su presumible esposa, María Magdalena. Pero lo que parece cierto es que este Priorato de Sión no es la organización encargada de ello. Hasta la década de 1950 los nombres de los grandes maestres son estelares, importantísimos, decisivos en la Historia de la Humanidad. A partir de ahí son gentes insignificantes, como el famoso Pierre Plantard, a quien nadie conocía —sino la policía, por determinadas estafas— y a quien el mundo ha dado una oportunidad inmerecida.

Tampoco podemos saber —es evidente— si existen sociedades secretas en la actualidad que están moviendo los hilos de la Historia y del mundo. Pero ¿podemos sospechar que existen?

Los últimos candidatos a la presidencia de Estados Unidos fueron John Kerry y George W. Bush. Al parecer es público y notorio que gozan de gran predicamento en los círculos masónicos. Javier Sierra nos contaba que tanto Kerry como Bush, y como el padre de Bush, también presidente de Estados Unidos, pertenecieron a una sociedad secreta universitaria, paramasónica y muy influyente en los grandes magnates e intelectuales americanos. «No deja de ser curioso que ambos pertenecieran a esa sociedad, y que el padre de uno de ellos, así mismo, también hubiera pertenecido a esa hermandad». Así que los hombres más poderosos del mundo parecen proceder de una sociedad secreta. Curiosamente, el padre del actual presidente de Estados Unidos, antes de ocupar la Casa Blanca, fue director de la CIA. ¿Qué sociedad o hermandad puede tener tanto poder y tanta influencia?

Se llama Skulls & Bones. Tibias y calaveras.

Etnias malditas

«España, tierra de antiguo renombre, tierra de maravillas y de misterios».

George Borrow, *La Biblia en España*.

En los oscuros años de la profunda Edad Media, un grupo de músicos subía por las calles del barrio de Bozate, en el pueblo navarro de Arizkun. Eran rubios, altos y de ojos azules. Venían ataviados con extrañas capas y lucían, como un sambenito, una pata de oca prendida en la espalda o en los hombros. Ningún vecino deseaba cruzarse con ellos y, si se veían obligados, huían la mirada y el gesto ante aquellos apestados.

Cuando estas gentes marcadas acudían a la iglesia, debían entrar por una puerta distinta, especial y única… para los marginados, para los excluidos. En el interior del templo quedaban reducidos y separados de los vecinos, en lo más oscuro, en el fondo de la iglesia. Y cuando querían comulgar, el sacerdote les entrega la oblea con unas pinzas.

Eran los agotes.

Razas marcadas

Agotes, chuetas, vaqueiros de alzada, maragatos, hurdanos o nanos de Freser. Todos éstos, y otros muchos, son los nombres casi olvidados de pueblos y grupos humanos que sufrieron la exclusión y la marginación. Son los pueblos malditos de España.

Desde tiempos remotos, nuestro país acogió a diversas comunidades que fueron odiadas por el resto. Eran grupos humanos diferenciados que mantenían extrañas costumbres, enigmáticos saberes y que, en ocasiones, constituían hermandades fuera de la ley. Es la increíble crónica de una marginación.

Javier García Egocheaga, autor de *Minorías malditas: la historia desconocida de otros pueblos de España*, explicaba cómo la exclusión de estos grupos humanos no se reducía a un *apartheid* real en la comunidad cercana, sino que constituyó un verdadero ocultamiento desde el punto de vista histórico y político: «Descubrí que en este país había habido minorías que habían sido lapidadas también por la Historia y los tiempos. En primer lugar, habían sido proscritos; y luego, habían quedado apartados de la memoria de la gente, incluso. Hasta tal punto, que esas minorías apenas son conocidas fuera de los reducidos límites de los territorios en que fueron confinadas. Así, por ejemplo, la gente no sabe qué son los agotes de Navarra, los vaqueiros de alzada de Asturias o los pasiegos de Cantabria. Hemos olvidado que España tuvo un pasado muy turbio y que ese país homogéneo fue confeccionado a medida. Para conseguirlo, se depuró todo lo que se consideraba sangre impura, de una forma o de otra, y a las pruebas me remito».

Ha de entenderse que no se está tratando aquí de conflictos religiosos o políticos;

la marginación de los judíos, de los musulmanes o de los cristianos —en Al-Andalus — es «comprensible» en un estado de guerra. De lo que nos estamos ocupando ahora —por eso es necesario explicarlo, porque es un asunto olvidado— es de grupos humanos concretos a los que se consideraba apestados. ¿Por qué? En algunos casos el fundamento estaba en sus orígenes territoriales, o en su aspecto físico, o en leyendas atribuidas, o en su relación con la Iglesia, o en la penuria económica, o en las guerras gremiales, o en supuestas relaciones con la magia y el mundo natural.

En *Milenio 3*, cuando se realizó el programa dedicado a las etnias malditas, se recibieron infinidad de llamadas de oyentes orgullosos de sus antecedentes maragatos, chuetas, vaqueiros o pasiegos. Es razonable y, además, lógico. Por fortuna, los tiempos de aquella discriminación radical han pasado: quizá existan otras fórmulas de exclusión en la actualidad, pero aquella segregación tenía poco que ver con nuestro tiempo. Eran fórmulas que apelaban a conocimientos ancestrales, a lo mágico, a lo espiritual, a lo escondido y lo desconocido. Hoy, cuando nos referimos a «etnias malditas», no estamos hablando de racismo, xenofobia y otros males de la sociedad moderna, sino a grupos históricos humanos que, por razones no muy bien definidas, se reducían en verdaderos guetos y se les trataba como apestados peligrosos. El nombre de su pueblo, sus apellidos, su ascendencia o su procedencia servían para estigmatizarlos. Casi es innecesario decirlo: no son malditos para nosotros, fueron malditos para quienes convivieron con ellos.

Los agotes

¿Quiénes eran los agotes?

Hasta no hace mucho tiempo se les consideraba «una raza de parias» que vivía en algunas comarcas del Pirineo navarro y aragonés. A veces su simple existencia constituía «un problema científico». Se aseguraba que también se les llamaba gafos y se les atribuía un origen godo o tártaro. Finalmente, se creyó que eran descendientes de leprosos o, simplemente, que estaban aquejados de esta enfermedad.

En realidad, simplemente se les atribuían características o se sospechaba que procedían de tal o cual lugar o se intuía que… Nada seguro, nada fiable, nada cierto. Después de tantas habladurías, sólo quedaban preguntas: ¿de dónde procedían? ¿Eran una raza perdida? ¿Eran, como se decía, descendientes de los últimos cátaros? ¿Habían llegado del norte de Europa? ¿Por qué eran tan extraños? ¿Contagiaban enfermedades, como se aseguraba? ¿Fueron los leprosos que, según la leyenda, dejaron pueblos enteros llenos de cadáveres con su contagio? ¿Eran inmunes a esa enfermedad? ¿Por qué tantos mitos?

Para intentar responder a tanta pregunta, *Milenio 3* consultó a uno de los grandes expertos en el tema, Juan García Atienza, autor de un clásico al respecto: *Guía de los pueblos malditos españoles*. Para él, los agotes son los más extraños e indescifrables de los pueblos malditos: «La verdad es que no es muy fácil definir a los agotes,

porque… se habla mucho de ellos, pero todavía no hay nadie que haya encontrado el motivo de la existencia de los agotes en zonas de Navarra durante los siglos XIII, XIV, XV e incluso XVI. Siempre se ha tenido a los agotes como gente apartada del resto de la sociedad. Y, hasta tal punto era apartada, que en algunos pueblos de Navarra existe una especie de barra de madera donde se dice: "De aquí no pueden pasar a la iglesia los agotes"».

Aunque hubo agotes en otros lugares del Pirineo, el último reducto y el más importante se encontraba en el Valle del Baztán, en Navarra, en el pueblo llamado Arizkun, donde un barrio apartado, Bezote, era el lugar de confinamiento de esta comunidad marginada.

La localidad de Arizkun está situada en el valle de Baztán, a unos 58 kilómetros al norte de Pamplona. Su nombre tiene raíces vascas: *aritz*, que significa roble, y *kun*, lugar. Es decir, robledal. En el siglo XIV, la familia Ursúa fundó en esta villa un barrio al que llamaron Bozate y allí se dio cobijo a estos fugitivos. Sin embargo, hay documentación sobre esta etnia maldita desde el siglo XI, aunque en esa época se les conoció con otros nombres, como gafos o cristías. Los miembros de estos grupos humanos tenían que declarar obligatoriamente sus raíces cuando se bautizaban, cuando decidían contraer matrimonio —por supuesto endogámico— o en los procesos judiciales. Debían confesar su condición de agotes.

Algunas pruebas de la marginación a la que se veían sometidos se encuentra en la lengua popular; por ejemplo, a finales del siglo XVI se podía leer lo siguiente: «¡Cállate, agote! Tu opinión cuenta menos que la del perro, no eres nadie». También se les llamaba «patanes de la piedra» o «sapos cagots».

El conocimiento que estos agotes tenían de las plantas medicinales fomentó su fama de brujos y se llegó a decir de ellos que tenían rabo y un aliento fétido. Se llegó a decir que tenían la sangre tan caliente que, en sus manos, las manzanas se arrugaban; y tampoco se les permitía andar descalzos, para que no quemaran la hierba. Al que desobedecía esta prohibición se le quemaba la planta del pie con un hierro al rojo vivo. En fin, se les consideró una raza inferior y se dictaron leyes y reglamentos específicos contra ellos. Sufrían, además, todo tipo de prohibiciones: no podían llevar armas ni objetos puntiagudos; no podían beber en el vaso de otra persona que no fuera agote; tenían limitado el cultivo de la tierra y el cuidado del ganado; tampoco podían ejercer ningún oficio relacionado con la alimentación ni podían optar a los empleos públicos. Sólo podían trabajar la madera, ya que se daba por seguro que la lepra no se contagiaba a través de este material.

Toti Martínez de Lecea es una conocida novelista, autora de *El verdugo de Dios. Un inquisidor en el Camino de Santiago,* y nos explicaba que la primera discriminación nacía en la iglesia. Curiosamente, los agotes eran cristianos, la Iglesia los había atraído hacia sí, pero eran incapaces de hacer posible la integración: las discriminaciones eran ciertamente humillantes: «Hay muchas cosas curiosas. Y digo "curiosas" por no decir otra cosa. Y efectivamente, la discriminación más radical

nació de la Iglesia, pero no de la alta jerarquía de la Iglesia, sino de los curas rurales. A esta gente se la obliga a entrar por una puerta aparte en la iglesia. Y, de hecho, todavía hay iglesias, en el País Vasco francés y en la zona del Béarn, donde aún se puede ver "la puerta de los agotes". Tenían un benditero aparte, naturalmente: no podían beber de la misma agua porque se supone que estaban contaminados, que eran leprosos. Así que también tenían una pila aparte para santiguarse. Se les obligaba a quedarse en la parte de atrás de la iglesia y se les daba la comunión con unas pinzas. ¡Pero eran cristianos! Mi teoría es que eran leprosos, pero su lepra no afectaba a la piel ni al cuerpo: en la Edad Media, la Iglesia llamaba "leprosos espirituales" a los heterodoxos; es decir, a los que no eran católicos ortodoxos. Podían ser paganos, descendientes de conversos, descendientes de judíos y musulmanes, gitanos, vagabundos… Todos eran leprosos espirituales y, como tales, se les enterraba en cementerios aparte».

¿Qué habían hecho estos agotes para que se asegurara que tenían rabo y otras características físicas absurdas? ¿Por qué no podían acceder a las tierras? ¿Por qué se les reducía a un barrio o gueto? ¿Cuál era el motivo de que tuvieran que llevar extrañísimos amuletos colgando o se vieran obligados a ir con faroles e instrumentos para avisar de su presencia?

La historia de la herejía, esbozada por Martínez de Lecea un poco más arriba, tiene alguna verosimilitud. Según esta hipótesis, los agotes serían los últimos cátaros huidos de las persecuciones de Francia, cuando el papa Inocencio III proclamó una cruzada contra ellos a principios del siglo XIII. Cuentan que en las faldas de Montségur, último refugio albigense, cuando se alzaron las grandes hogueras, aquellos cátaros rubios, altos y de ojos azules —demasiado parecidos a los agotes— alzaron las manos al cielo y avanzaron con la alegría de los «puros» hacia el fuego. ¡Qué ironía y qué burla de la Historia sería que aquellos que se autoproclamaban puros y perfectos fueran los agotes y que éstos fueran tenidos por leprosos e impuros durante muchos siglos después!

Hay un detalle que no cuadra bien con esta tradición que supone a los agotes como descendientes de los cátaros. Si es cierto que eran herejes, ¿por qué no se les persiguió como se persiguió a otros disidentes? ¿O la humillación era parte del castigo?

Una segunda teoría sobre los agotes habla de su procedencia y, en este caso, no se remite a la zona sur de Francia, sino a lugares mucho más alejados. Pío Baroja, que tuvo oportunidad de ver a los agotes en su niñez, los describía así: «Llegaron unos agotes de Arizkun que llevaban como distintivo una pata de ave colgada en paño rojo, cosida a la ropa, a la espalda, para que nadie se acercara a ellos. A pesar de su fama de leprosos, eran muchachos altos, rubios, bien formados. Y su ascendencia gótica se advertía en ellos. Se esforzaban en mantenerse decididos, pero tenían gran timidez».

Toti Martínez evaluaba para *Milenio 3* la posibilidad de que esos artesanos de la madera, altos, rubios y ojos azules, pudieran ser, como decía Pío Baroja, «góticos»:

«Sí, según algunos… son extranjeros, del norte de Europa, pues son rubios, altos y tienen ojos claros. Según otros, son descendientes de musulmanes que se quedaron en los Pirineos. Lo cierto es que eran blancos, cristianos y hablaban euskera. O sea, que no había nada que los diferenciara de los demás, sino una tradición impuesta. Que si tenían rabo, que si las orejas no tenían lóbulos, que si habían construido la cruz de Cristo…».

La tradición de atribuir a ciertos grupos una maldición por el hecho de haber participado en la crucifixión de Jesucristo no es nueva ni única. Al parecer, puesto que los agotes eran sobre todo carpinteros y trabajaban la madera, para reforzar el malditismo, se aseguró que su estirpe había sido la que construyó la cruz.

Los agotes eran artesanos de la madera y, al parecer, excelentes constructores. En este punto, Toti Martínez nos recordaba la organización social de la Navarra medieval. «Era una zona de hidalgos y señores, que despreciaban los trabajos artesanos. Sin embargo, dependían de los artesanos para levantar sus casas, sus palacios o sus castillos, para construir puentes y otras obras civiles. De modo que los utilizaban. Y parece ser que tanto los constructores de catedrales como los templarios utilizaron a los agotes navarros para construir».

La participación de los agotes en la construcción de las catedrales y monasterios y templos medievales es una tradición oculta, desconocida. En realidad, estos apestados fueron silenciados para la Historia. Fueran cuales fueran las razones, lo cierto es que se intentó por todos los medios que nadie los conociera y que fueran invisibles. Los agotes no existían.

Javier García Egocheaga decía que se utilizaba un método para hacer invisibles a los agotes: se les prohibía construir. El barrio no creció durante siglos y se redujo a los estrechos términos en que se fundó. En las casas vivieron primero dos personas, luego cuatro, ocho, veinte o treinta. La presión social debía ser tan intensa que los agotes llegaron a desear no serlo, no existir, no ser. «Lo que nunca han querido es ser agotes; es decir, un agote no tiene ningún rasgo diferencial, no tiene nada que le identifique como tal, simplemente su apellido y su adscripción a un pueblo determinado: el agote. Entonces, siempre lo quisieron tapar».

Conversando con un agote hoy

Herejías, brujerías, hechicerías, enfermedades, símbolos característicos, leyendas improbables… Es difícil saber de dónde proceden esos mitos. Quizá sería importante que ellos mismos nos lo explicaran. ¿Pero aún hay agotes? ¿No era una historia del medievo?

Xabier Sanchotena es cocinero, escultor, galerista y antropólogo. Es también el responsable de un pequeño museo que pretende divulgar la historia de los agotes, ahora desde el orgullo y el conocimiento, con ilusión y con pasión, como se hacen todas las cosas importantes.

Además, Xabier Sanchotena es agote.

Con él mantuvimos una larga e interesantísima conversación en *Milenio 3*. La primera pregunta, naturalmente, versaba sobre cómo comprender una historia tan dramática. «Bueno, es parte de la Historia de España, en realidad». Con la sensatez de quien comprende cómo se desarrollan los hechos históricos, sin anacronismos ni reivindicaciones espurias, Sanchotena nos explicaba que los agotes no son en absoluto una raza. Ni siquiera una etnia. «Somos un grupo humano que ya aparece en los documentos medievales hacia el año 1000, por ejemplo en un cartulario de Luc de Béarn, en Francia. Es un grupo que procede de Francia y allí ya era un colectivo marginado, pero aquí se nos considera una raza maldita».

En su opinión, hay siete grupos que podrían asimilarse a estos grupos marginados: vaqueiros, pasiegos, maragatos, chuetas, quinquis, gitanos y agotes.

«Bueno… Sí, la historia es dramática, pero a la vez es también maravillosa. Porque, es cierto, es la historia de una humillación, pero también es la historia fantástica de un grupo de artesanos que trabajaban la piedra, el hierro y la madera desde el año 1000».

Muy bien: es un grupo de artesanos, de familias de artesanos, un gremio si se quiere, pero ¿cuál puede ser el factor que desencadena ese proceso de marginación? «Todo empieza con el ascenso de la Orden de Cluny, una orden benedictina que construye 1.600 monasterios y revoluciona la arquitectura europea».

Fundada en el siglo X, la orden cluniacense alcanzó su apogeo en el siglo XII, cuando mantenía cientos de monasterios en toda Europa y, naturalmente, en España: es el tiempo de las hermandades, las fraternidades y los gremios. Dos de esas hermandades estaban enfrentadas a muerte: los canteros y los carpinteros. Obligatoriamente colaboraban en los trabajos, pero eso era todo: sus símbolos, sus herramientas y sus conocimientos más o menos esotéricos permanecían ocultos para la fraternidad contraria.

Según Sanchotena, en medio de esa rivalidad, surgió una tercera fraternidad, de carácter laico, llamada el Péndulo de Salomón. Fueron marginados desde el principio y apartados de la mayoría de los trabajos importantes.

Sin embargo, los agotes parecen caracterizarse por determinados rasgos físicos… rubios, altos… «Sí, dicen que somos germánicos», exclama Sanchotena un tanto escéptico, «pero la verdad es que nosotros, físicamente, no nos diferenciamos en nada de otras razas».

En su opinión, la causa de la marginación y de la diferenciación se halla en ese origen histórico gremial y en una concepción panteísta del mundo, razón por la cual se les ha asociado a los cátaros. «Como se sabe, entre 1208 y 1213, tras la batalla de Muret [cruzada contra los albigenses o cátaros], hubo un gran éxodo de cátaros hacia estas tierras. Los cátaros eran panteístas y tenían las mismas ideas espirituales que los agotes. En fin, éramos paganos».

Así que los agotes llegaron a Bozate en el siglo XIII, cuando se produce el éxodo

cátaro. En esos momentos, el dominio de la población correspondía al señor de Ursúa, de larga estirpe de conquistadores, al parecer. La familia de Ursúa, según Sanchotena, es la que protegió y explotó a los agotes. En Bozate se dedicaron a lo que sabían hacer: tallar la piedra, trabajar la madera, los telares y, además, eran músicos y trovadores. Tenían un oficio, y por eso podían sobrevivir. Sanchotena recuerda que su barrio, Bozate, siempre fue un lugar pobre y sin muchos recursos, pero no deja de mostrar su orgullo ante tradiciones y sabidurías antiguas.

Aunque ahora Bozate aparece como un pueblecito blanco y precioso, muchos historiadores lo describieron como un lugar oscuro y triste, muy cercano al malditismo que se asociaba a sus pobladores. «Lo que sí podemos ver es la arquitectura de los agotes, la limitación que se les imponía en la vivienda. No tenían derecho a ampliar la casa: sólo les autorizaban a talar un árbol y con un árbol se tenían que hacer la casa. ¡Tú me dirás! ¡Con un árbol se puede hacer una choza, pero no una casa individual!».

Sanchotena hablaba con emoción y furia. Como queriendo rescatar a los agotes de su olvido casi eterno…

«Son casas independientes, pero… claro, la limitación es tremenda. Porque no nos permiten tener animales en casa. Solamente nos permiten tener un cerdo para… consumo anual. Y patos. Los patos, normalmente están en la regata y… bueno… es que el pato…».

La simbología de la pata de oca aún no ha sido convenientemente explicada. Por toda España hay símbolos medievales que reproducen la imagen de una pata de la oca. ¿Era una herejía? ¿Un símbolo gremial? Lo cierto es que a los agotes se les obligaba a llevar una pata de oca colgada en la espalda. «Era el signo de los maestros constructores, una especie de galón militar. Antes, los maestros constructores llevaban un distintivo con esa forma. Los agotes, como maestros constructores, también la utilizaban. Pero era una distinción. Se convirtió en vejación cuando los gremios perdieron su fuerza y quedó como símbolo de exclusión. Con el tiempo, la auténtica pata de oca se sustituyó por una escarapela de tela, cosida a la ropa, en los siglos XVII y XVIII».

Y el principal problema de esa exclusión o marginación parece residir en un círculo vicioso implacable: la antigua espiritualidad de los agotes los relegó a guetos impuestos social o eclesiásticamente: eran las «cagoterías» (a los agotes también se les llamaba *cagots*). En Francia había 2.000 cagoterías. Dadas las condiciones insalubres de esos guetos, se les atribuyó la cualidad de apestados, leprosos, etcétera. A finales del siglo XIV, en Burdeos se temió una expansión de la peste a cuenta de estas gentes podridas, y se examinó en profundidad a una mujer y a un niño. Naturalmente, eran seres perfectamente normales. Junto a esta implicación sanitaria, los agotes eran leprosos —como ya advertimos— por razones espirituales: «Nosotros éramos *lardes*», nos explicaba Xabier Sanchotena. «Un *lord* es un leproso espiritual. Nosotros somos leprosos espirituales, sí, y con razón. Somos paganos, somos

panteístas. Y, bueno, pues teníamos costumbres que chocaban con la Iglesia romana…».

Por ejemplo, los agotes incineraban a sus muertos y las cenizas se llevaban a lugares elevados, a montañas y riscos, o se depositaban junto a monumentos megalíticos: chrómlechs, dólmenes y menhires. No se hacían tumbas. «Al final… ya nos redujeron y nos trajeron a la Iglesia. Bueno, nosotros teníamos una zona apartada en la iglesia, una segunda puerta, más baja que la normal, y por allí teníamos que pasar los agotes».

Sanchotena nos recordaba que en aquella zona, la mayoría de las iglesias construidas en los siglos XII y XIII tienen esa segunda puerta infamante. En principio, tampoco se les permitió el enterramiento en sagrado, primero en las iglesias y, posteriormente, en los cementerios.

Las palabras de un agote, en este punto, son estremecedoras: «Y ya… una vez que nos redujeron y nos redimieron en la Iglesia… bueno, pues había una zona… una fosa común, digamos, y allí nos enterraban: a los apátridas, a las mujeres de vida alegre… y a los agotes».

Es un gran error olvidar el pasado, aunque haya sido muy duro. La historia de los agotes es, probablemente, uno de los casos de discriminación y humillación humana más severos de la Historia. Xabier Sanchotena, un agote y un verdadero especialista en la historia de su pueblo, nos transportó a aquella lejana Edad Media, donde un grupo de constructores y artesanos fueron marginados por sus creencias y tradiciones. Hoy, tiene derecho a sentirse orgulloso.

Otras etnias malditas

La acusación de difundir la peste no fue sólo característica de los agotes. Vaqueiros, maragatos, agotes, brañeros, hurdanos y judíos fueron tachados de leprosos y ése pudo ser uno de los motivos de su marginación. Se dice que entre los primeros judíos llegados a la Península, había muchos que sufrían lepra, pero al estar constituidos en asentamientos dispersos, apenas llegó a expandirse. Durante la Edad Media esta enfermedad se extendió de forma alarmante y se construyeron lazaretos y leproserías. La lepra se utilizaba como un modo de mantener apartados a determinados grupos. E incluso pudo ocurrir que algunos grupos esgrimieran la excusa de la lepra para mantenerse voluntariamente alejados de los demás. Se creaba así una barrera supersticiosa que dificultaba el contacto entre los aldeanos y estas etnias, a las que se consideró malditas.

Una acusación, repetida durante siglos, acaba por calar en la mentalidad de los pueblos. Por esa razón, aunque ni la lepra ni ningún otro peligro pudieran afectar a las ciudades y pueblos, era una buena excusa para excluir a los diferentes.

Juan García Atienza, que nos ha descubierto en sus guías mágicas los pueblos malditos españoles, nos hablaba de un grupo humano asentado en León a cuyos

miembros se les consideraba, simplemente, hijos del demonio. «Vivían en los montes de León. Fueron trasladados allí por los romanos, desde los pueblos de Cantabria, y trabajaban en las minas de oro de las Médulas. Se les consideraba seres malditos, hijos del demonio. Sufrieron mucho, y no sólo a manos de los romanos, sino a manos de los habitantes de las comarcas leonesas».

Son páginas de nuestra historia y de nuestros pueblos que alguien nos ha robado, páginas que cuando acudimos a la historia oficial, comprobamos que han desaparecido.

En las mismas tierras leonesas vivieron y viven los maragatos, arrieros, comerciantes y tratantes de ganado. De ellos queda en el entorno de Astorga la maravillosa factura de su arquitectura… y una tradición culinaria y gastronómica apreciadísima en el resto del país.

Vaqueiros

De los vaqueiros de alzada, en Asturias, se cuentan historias no menos sorprendentes. Eran grupos humanos que vivían en ciertos pueblos asentados en las montañas bajas y marítimas del Principado de Asturias, en los concejos que lindaban con Galicia. Se les conocía como «vaqueiros» porque vivían comúnmente de la cría de ganado vacuno, y «de alzada», porque eran trashumantes: cambiaban o «alzaban» su residencia y emigraban anualmente con sus familias y ganados a las montañas altas. Esta vida era completamente distinta a la de la población sedentaria asturiana. Esta diferencia y las muchas leyendas que se contaban acerca de la procedencia de los vaqueiros consiguieron al fin que entre ambos grupos surgieran fuertes conflictos. En muchas de las iglesias de los pueblos donde vivían temporalmente los vaqueiros se colocaba en el suelo o en el techo una inscripción en la que se señalaba la prohibición de que éstos se colocaran en la parte delantera del templo. En el pavimento de la iglesia de San Martín de Luiña, por ejemplo, aún hoy se puede leer la inscripción: «No pasan de aquí a oír misa los vaqueiros». Los vaqueiros, además, poseían apellidos característicos y durante siglos no se pudieron casar sino entre ellos. En realidad, casi todas las etnias consideradas malditas fueron sometidas a este proceso endogámico porque en muy raras ocasiones tenían la oportunidad de entrar en contacto con las gentes comunes de las aldeas y pueblos cercanos.

Cuando el erudito asturiano Gaspar Melchor de Jovellanos pasó por Santiago de Novellana en 1792, tuvo oportunidad de describir en sus *Diarios* el conflicto social que se vivía a propósito de los vaqueiros: «Hay un pleito escandaloso con los vaqueiros, a quienes no se les quiere dar la sagrada comunión, sino a la puerta de la iglesia, ni dejar internarse en ella en los divinos oficios. Es el caso que los hidalgos tienen lugar preferente en la iglesia, para toda concurrencia. Los plebeyos, conforme con esto, pretenden lugar preferente a los vaqueiros y éstos luchan por no ser menos que los plebeyos. ¡Cuándo querrá el Cielo vengar a la mayor parte del género humano

de tan escandalosas y ridículas distinciones!».

Por desgracia, a finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX, no todos los ciudadanos españoles tenían la personalidad, la sensatez y la cultura del gran ilustrado de nuestra Historia.

Nanos de Freser

¿Alguien podría creer que existiera una comunidad extraña, maldita o monstruosa en el corazón de Cataluña? Ninguna zona de nuestro país escapa a la presencia de estas etnias diferenciadas y malditas.

El caso de los nanos de Ribes de Freser es uno de los casos más sangrantes y más terribles, porque a la discriminación, la humillación y la exclusión, se unía una fisionomía particular de los miembros de ese grupo. Al parecer, una deformidad. Para muchos historiadores y cronistas, aquellos restos antropológicos eran una auténtica monstruosidad. Ocurrió hace tan sólo ochenta años: los diccionarios históricos y geográficos describían así las peculiaridades de Ribes de Freser y de un grupo muy especial de seres humanos:

«Habitan en el valle de Ribes, en la parte noroeste de Gerona, nunca exceden de 51 pulgadas de altura. Y tienen piernas cortas, malformadas, grandes vientres, ojos pequeños, narices planas y caras pálidas y malsanas. A menudo están al borde de la idiotez, y muchos están afectados de bocio. Se hallan sin educación y habitan en chozas, en el mejor de los casos. Allí no ven a ninguna criatura normal, excepto a los de su propia clase. También se dice que la unión formal es desconocida para ellos».

¿Es posible que en una comarca tan próspera como esa región de Gerona existiese una comunidad de este tipo?

Las fotografías de algunos reportajes sobre los nanos o *goyuts* de Ribes de Freser quitan el aliento. Sobre esos seres deformes parecen haber caído todos los condicionantes externos de malditismo y la endogamia practicada durante siglos, por el aislamiento en las montañas, habría generado una etnia o una raza completamente distinta. En este caso parecían confabularse dos circunstancias desgraciadas: las acusaciones de aquellos que observaban espantados cómo unos seres irreconocibles descendían de las montañas y el desdichado aspecto físico de los nanos de Freser.

Sebastiá d'Arbó tuvo contacto con los últimos nanos de Ribes de Freser y nos mostraba una realidad sorprendente: «Hasta bien entrado el siglo XX, en una zona del Pirineo, concretamente en la comarca del Ripollés, había unos seres deformes, unos monstruos, o *nanos*, que los mostraban en los circos. Pero la característica de esta gente era física, eran *goyuts*, tenían bocios en el cuello y eran cretinos. Se les deformaba su cuerpo, se les deformaba la cabeza. Eran enanos. Como es natural, dadas las circunstancias, se mezclaban entre ellos y había endogamia. Evidentemente, era la única forma de poder reproducirse. Esta cretinez fue creando una especie de raza de monstruos que huía de la población. A veces se acercaban a las poblaciones,

los pobres, para comer algo, para pedir comida… Iban vestidos con sacos. Vivían en cuevas. A veces, los cazadores o los aldeanos les disparaban…».

Las palabras de Sebastiá d'Arbó suenan crueles. Pero él puede hablar con propiedad porque fue, quizá, el último periodista que pudo ver a los últimos enanos de ese valle de Ribes de Freser.

Las teorías para explicar esa anomalía fueron variadas. Se intentó comparar con el dantesco espectáculo que Buñuel retrató en Las Hurdes, el norte de Cáceres; se habló del aislamiento provocado por las montañas; se dijo que la pureza excesiva del agua y su ausencia de yodo producía ese bocio; se argumentó que la endogamia había producido el enanismo y otras características físicas.

Los nanos, con suerte, vivían en chozas de piedra, y así lo revelan algunos reportajes en las revistas de la época, como *Crónica* o *Estampa,* que también desvelaron otras historias que deberían haber avergonzado a un país, como la de Las Hurdes, que provocaron el viaje de Alfonso XIII para redimir a aquella gente.

Sebastiá d'Arbó nos decía que él había encontrado a uno de aquellos nanos de Ribes de Freser. «Lo tenían escondido las monjas en una residencia. Al parecer, apareció bajando la montaña. No sabía ni quién era, ni cómo se llamaba, ni cuántos años tenía. Las monjas le ayudaron… Él, de vez en cuando, saltaba la tapia y volvía a desaparecer. Al cabo de un tiempo, el pobre volvía a tener hambre y regresaba a la residencia con las monjas. Aquel hombre ya murió. Era tan pequeñito que no levantaba un metro de altura…».

Chuetas

Éste es el nombre que se da en las islas Baleares a los que se suponen descendientes de judíos conversos. Desde el principio fueron apartados de la sociedad, marginados por completo, e incluso se les llegaba a denominar «marranos». Sólo podían casarse con los de su misma comunidad, no podían acudir a los espectáculos, no eran invitados a ninguna reunión social y nadie deseaba estar a su lado. Por supuesto, los ciudadanos comunes se negaban a estrecharles la mano.

La persecución de los chuetas comenzó en 1675. Ese mismo año fueron ajusticiados y quemados, en un solo auto de fe, veinticuatro de ellos. En el claustro del convento de Santo Domingo se colgaban los nombres de los condenados, su culpa, su condena y una suerte de retrato de cada uno de ellos.

A los chuetas se les despojaba de sus bienes, se les acusaba de criptojudaísmo y de simular los tormentos de la Pasión de Jesús. Llegó a decirse que raptaban niños para beber su sangre, que profanaban las sagradas hostias o que realizaban ritos heréticos. Los chuetas sufrieron todos los tormentos en las cárceles del Santo Oficio y fueron conducidos en dantescas procesiones por las calles de Palma.

Tras una historia de tragedia y persecución, en el siglo XIX comenzaron a tener acceso a la escuela… siempre que ésta se encontrara en el gueto donde vivían.

Hurdanos

He dejado para el final un asunto que —los lectores me perdonarán— me es especialmente sensible. Hace ya algún tiempo que se publicó *El paraíso maldito*, dedicado a Las Hurdes. A pesar de algunos inconvenientes —no debidos en absoluto a sus pobladores—, debo confesar mi predilección por esa parte escondida del mundo. Porque si ha habido unas tierras distintas al resto, ésas posiblemente son Las Hurdes. No había allí una etnia ni una raza diferente, sino un grupo humano prácticamente olvidado, en un entorno natural distinto a todo lo conocido. En los pueblos colindantes se hablaba de brujería, de monstruos, de un mundo oculto, de un mundo oscuro, en el que historiadores de hace apenas un siglo no se atrevían a entrar.

En el año 1630, en una obra básica para comprender el siglo XVII en España, *Curiosa filosofía*, del padre Nieremberg, se describe del siguiente modo ese paraje insólito. Es la primera noticia sobre una zona en el norte de Extremadura: «Existe en este reino un áspero valle infestado de demonios. Un lugar que los pastores creen habitado por salvajes, gente ni vista, ni oída de lengua, de usos distintos a los nuestros, que andan desnudos y piensan ser solos en la Tierra. Algún testigo declaró haberles oído voces góticas y otras imposibles de entender».

En teoría, para algunos, en *El paraíso maldito* yo volvía a incidir en la historia negra. En realidad, no necesitaban referirse a mí: ahí estaba el padre Nieremberg, ahí estaba Lope de Vega, ahí estaba George Borrow, ahí estaba Pascual Madoz, ahí estaban el doctor Gregorio Marañón, Maurice Legendre o Miguel de Unamuno. Todos ellos viajaron a Las Hurdes y quedaron cautivados, fascinados y, al tiempo, horrorizados: seres humanos viviendo en chozas, sin luz ni agua, junto a los animales… Algunos historiadores decían que las mujeres parían en las calles. Era un mundo de la prehistoria en pleno siglo XIX y en pleno siglo XX. ¿Eran los historiadores y los periodistas los causantes de aquel abandono? ¿O es que la vergüenza de un país soporta mal estos hechos? Los habitantes de Las Hurdes acabaron por no tolerar que algunos indeseables fueran a sus tierras en busca de monstruos que no existían. Es comprensible que, después de siglos de abandono y miseria, no deseen ser los monstruos que se exponen en el circo de los medios de comunicación. Lo diré una vez más: *El paraíso maldito* era una crónica y una historia de ese pueblo.

George Borrow, un autor de cierta fama en el siglo XIX, recorrió España vendiendo biblias protestantes y redactó su viaje en un libro de mediano éxito titulado *La Biblia en España*. Explicaba así su emoción romántica en Las Hurdes: «No hay tierra tan fascinante como ésta. Tiene sus secretos y sus misterios. Muchos son los que se perdieron en ella y no ha vuelto a saberse nada de su paradero. Existen profundas lagunas habitadas por monstruos y hay un valle tan estrecho en el que sólo se le ve la cara al sol en pleno mediodía, dominando la penumbra el resto de la jornada».

Es cierto que en Las Hurdes había ídolos desconocidos y es cierto que se practicaba la brujería, pero destinada a la curación y la salvación; y también es cierto que se hablaba una lengua distinta, pero ocurre que, durante siglos y siglos, esa comunidad vivió encerrada en sí misma, olvidada del mundo, desamparada. Decían que los cazadores del duque de Alba se encontraron con aquella gente vestida con pieles y que hablaban un dialecto que nadie podía comprender.

Gregorio Marañón, una de las grandes personalidades intelectuales del siglo XX, también visitó Las Hurdes. Y redactó un célebre diario: «Nadie sabe con fijeza la edad que tienen y casi nadie de sus familias. Cuando vienen a registrarse suelen decir que se les ponga el nombre del santo que más les guste».

¿Qué ocurrió cuando se produjo el encuentro entre el siglo XX y Las Hurdes? En ocasiones se acudía a esa remota tierra para encontrar monstruosidades perdidas, y los habitantes entendieron esa curiosidad morbosa como humillación y desprecio.

Por fortuna, hoy Las Hurdes es una región que no se diferencia mucho de otros rincones de España. Aún mantiene —y seguramente mantendrá durante mucho tiempo— el encanto de un paisaje maravilloso y de un misterio que cautivará a todos aquellos que de buena fe quieran acercarse al último paraíso maldito.

Libros malditos

«[…] que le fuese dando de aquellos libros uno a uno
para ver de qué trataban, pues podría ser hallar algunos
que no mereciesen castigo de fuego».

Miguel de Cervantes, *Quijote*.

A finales de 1842, un equipo de arqueólogos ingleses llegó hasta los restos de la bíblica ciudad de Nínive, el centro cultural y político del imperio asirio. Los miembros de la expedición esperaban hallar restos importantes del período correspondiente a Assurbanipal (h. 669-h. 631 a.C), el soberano mitad guerrero, mitad dios, que llevó al imperio asirio a su gran esplendor. Para asombro del mundo, aquellos exploradores encontraron una de las bibliotecas más importantes de la Historia de la Humanidad. Hallaron 20.720 tablillas de arcilla, en escritura cuneiforme, que aparentemente conservaban la historia de ese pueblo.

Los arqueólogos también comprobaron que los encargados de conservar y ordenar aquel portentoso archivo habían apartado algunas tablas, que permanecían en una sala distinta… Allí se encontraron documentos vedados a las gentes comunes. Uno de ellos, por ejemplo, se llamaba el *Oráculo maligno*. Junto a él, quince textos sólo accesibles a Assurbanipal. En algunos se conservaban las instrucciones precisas para invocar a los demonios y llegar a los infiernos.

Sobre esa colección de libros prohibidos se encontró una inscripción que tardó casi un año en ser perfectamente descifrada, y decía: «Quien rompa esta tablilla o la coloque en agua [para borrar sus caracteres], que los dioses de los cielos, de la tierra y los dioses malignos de Asiria puedan todos maldecirlo».

Esa selección de textos, que se sepa, es la primera censura del conocimiento de la que se tiene constancia. A lo largo de los siglos, los poderes políticos, religiosos, económicos y científicos se han ocupado de vedar el acceso a determinados textos y con ello, naturalmente, vedar el acceso a los conocimientos que se consideraban peligrosos o nocivos. Todas las culturas, todas las religiones y todos los Estados han utilizado las armas de que disponían para privar a sus pueblos de la cultura: es un rasgo común y característico. Los libros prohibidos fueron también libros malditos.

Desde aquellas tablillas privadas de Assurbanipal hasta la actualidad han transcurrido 2.700 años. Aunque incluso hoy se siguen prohibiendo libros —y quemándolos—, para la cultura occidental y particularmente para España el hito final es la publicación del último índice de Libros Prohibidos de la Inquisición. (Naturalmente, no se tienen en cuenta aquí los períodos dictatoriales en los que también se prohibieron libros por razones políticas y religiosas).

Efectivamente, a principios del siglo XIX se dio a la prensa el *índice de Libros Prohibidos por el Santo Oficio de la Inquisición española, desde su primer decreto hasta el último, que expidió el 29 de mayo de 1819*. La Inquisición, desde su

institución en la Edad Media, registró, organizó y diseñó el modo de quemar libros y hombres: «Se hace este índice, tan en beneficio público de los católicos y a fin de quitarles las ocasiones que el demonio y sus ministros les ofrecen con libros tratados y escritos».

En cada página de ese libro —tiene 702—, en letra pequeña, aparecen de diez a quince títulos prohibidos, con los nombres de sus autores.

«Aquellos autores cuyos libros están todos prohibidos se les pone el siguiente símbolo (*) o la señal (1). Los que están prohibidos, incluso para los que tienen la licencia de leer libros prohibidos, se señalan con este símbolo: +».

En todo caso, aquella costumbre asiría de vedar el acceso a determinados textos se extendió hasta nuestros días. Los motivos de esta persistencia histórica se encuentran generalmente en la religión y con frecuencia están relacionados con el mundo infernal —desde las tablillas asirías, precisamente—. Los demonios, los espíritus, la magia, la alquimia y otros saberes se condenaban en los libros.

Quizá convenga recordar aquí que uno de los libros prohibidos más importantes es la mismísima Biblia. Todos los textos apócrifos y los que se desestimaron cuando se formó el corpus que hoy conocemos son en realidad textos prohibidos. Por otra parte, la Iglesia fue siempre reacia a trasladar la Biblia a las lenguas romances, porque dudaba de la capacidad de los fieles para comprender las Sagradas Escrituras. (Recuérdese el episodio de Fray Luis de León y su exégesis, entre otros muchos casos).

La persecución de textos prohibidos parece una verdad irrefutable, pero *Milenio 3* quería saber si en este punto también hay leyenda y si es verdad que hay libros sobre los que parece haber caído una maldición. Jesús Callejo, siempre fascinado por los libros y por esta vertiente oculta de la trayectoria textual, nos explicó que efectivamente tras la historia de los libros parece haber existido una especie de conspiración: «Hay que reconocer que hay una especie de maldición ancestral que pesa sobre los libros, incluso desde el mismo momento de su invención y a través de los siglos. No hace falta indagar demasiado: sabemos que siempre ha habido grupos o individuos empeñados en destruir determinados libros. Y cuando hablo de determinados libros, estoy hablando de obras literarias, ocultistas, políticas, religiosas, en fin, de todo tipo. Se podría decir que la historia de los libros malditos es un poco la historia de una gigantesca conspiración. Yo creo que hay una conspiración detrás de estas destrucciones, a veces masivas, porque no sólo se hacían contra un libro, sino contra bibliotecas enteras, y casi siempre respondían a las mismas motivaciones. La motivación, desde mi punto de vista, es que hay personas y grupos empeñados en que la gente no conozca la Historia».

El Libro de Toth

En la mitología egipcia, Toth fue la divinidad que inventó y concedió a los

hombres el don de la escritura. Se decía que actuaba como secretario de las más oscuras divinidades. Según esa misma tradición, se aseguraba que escribió un libro que compilaría todos los saberes de medicina, filosofía y magia; en aquel texto, todo quedaba explicado y cada situación humana aparecía predeterminada. Aunque probablemente Ramsés III no fue envenenado, algunas tradiciones siguen manteniendo que lo fue y se cree que se confeccionó un filtro o bebedizo para asesinar al faraón, y que en esa pócima mortal tuvo alguna influencia el dicho Libro de Toth. También se le atribuían otras desgracias y males en distintos puntos de Egipto. Por esta razón, a lo largo de los siglos, estos ejemplares fueron desapareciendo uno tras otro.

Posteriormente, en algunos textos se narraba cómo algunas personas consideraban que la ingestión de un papiro con las letras sagradas del Libro de Toth podía proporcionar todo el saber del mundo. En Egipto, como en otras culturas antiguas, la escritura sólo estaba al alcance de los escribas y sacerdotes, y los textos asumían características cercanas a la magia.

El colofón a esta historia mitológica supone que Toth descendió de los cielos y castigó a aquellos que se habían hecho con el poder sagrado de su libro. Por esta razón, en principio, la humanidad no contaría con aquel compendio del saber divino: el Libro de Toth.

La Biblioteca de Alejandría e Hipatia

La mítica —pero real— Biblioteca de Alejandría comienza a compilarse en una fecha indeterminada, en torno al siglo III a.C, quizá fundada por Ptolomeo I o alguno de sus descendientes. Durante tres siglos fue uno de los centros culturales más importantes del Mediterráneo, donde se reunían matemáticos, médicos, astrónomos y artistas. Se dice que en la biblioteca se custodiaron hasta 700.000 volúmenes —en rollos, pues la forma de libro es bastante posterior—, aunque parece que el conjunto de títulos no superaría los 150.000. Después de varios incendios y saqueos, el poder de la biblioteca fue decreciendo hasta que finalmente, en el año 640, Alejandría fue conquistada por los musulmanes y la biblioteca, completamente destruida. El jefe musulmán que entró en la biblioteca no supo qué hacer con aquellos rollos y pidió consejo a sus superiores. La respuesta fue simple y dramática: «Si son libros buenos, dirán lo mismo que el Corán y, por lo tanto, no los necesitamos; y si son malos y contradicen al Corán, deben ser destruidos». Los rollos de la biblioteca fueron distribuidos por los baños de la ciudad para utilizarlos como combustible en las calderas.

Junto a aquel monumento al conocimiento vivió una de las mujeres más sabias de la Antigüedad: Hipatia, llamada de Alejandría (h. 370-415). Se dijo que su familia había consultado el Libro de Toth y que sus ancestros poseían conocimientos poco comunes. Hipatia dedicó su vida al estudio, especialmente de la astronomía y las

matemáticas. Era hija de Teón, bibliotecario en la gran institución egipcia, matemático y astrónomo. Sus conocimientos asombraban a todos los doctores y sabios que se reunían en la ciudad y, especialmente, resultaba molesta para el obispo Cirilo, que no toleraba las dudas y la heterodoxia cristiana de Hipatia. En la primavera del año 415 fue secuestrada por unos monjes devotos, la llevaron hasta la iglesia de Cesáreo y allí la lapidaron; le arrancaron los ojos y la lengua y, cuando ya estaba muerta, la despedazaron y le extrajeron los órganos y los huesos para, finalmente, quemar sus restos.

La muerte de esta mártir de la ciencia, de la astronomía y de la religión representa uno de los casos más detestables de la persecución de la inteligencia. Los libros que le confirieron el saber también allanaron el camino para su desgracia. A partir de entonces, el cristianismo o, más precisamente, las instituciones eclesiásticas ejercerán un poder terrible sobre las letras: en sus manos quedaba el derecho a prohibir, censurar e incluso matar a cuenta de los libros.

«Scriptorium»

La novela de Umberto Eco, *El nombre de la rosa*, dio a conocer y popularizó el ambiente intelectual de la Edad Media. En la novela, como se recordará, uno de los bibliotecarios tiznaba con veneno las páginas de los libros prohibidos. Al pasar las hojas, los indiscretos monjes morían emponzoñados.

Lo cierto es que, durante la Edad Media, el saber se concentró en los claustros conventuales, donde los monjes realizaban una inmensa tarea de investigación, copiando y miniando los códices para sus espectaculares bibliotecas. Los trabajos se realizaban en el *scriptorium* y, como es natural, también en sus bibliotecas había libros prohibidos. Con frecuencia viajaban de un monasterio a otro, y de abadía en abadía, para conseguir los textos que más les interesaban. Y, generalmente, les interesaban los más peligrosos.

La conservación de los clásicos latinos y griegos se debe esencialmente al trabajo de los clérigos y, en alguna medida, ellos contribuyeron a difundir la llamada «alta cultura» por medio del arte de clerecía. Es cierto, no obstante, que los villanos y campesinos se tenían que conformar a menudo con las farsas y romances de los juglares en las plazas y en los pórticos de las iglesias. Los monjes también fueron en buena parte responsables de la instrucción en las primeras universidades y estudios generales, donde se impartían las distintas disciplinas del saber, desde el siglo XIII.

En las bibliotecas conventuales se guardaban libros prohibidos, libros malditos y libros teóricamente peligrosos. No siempre se destruían, porque en general, la Iglesia ha considerado que para derrotar al mal hay que conocerlo bien. De modo que, aunque protegidos y no accesibles para novicios y curiosos, esos textos se guardaban y se estudiaban.

Así que los clérigos eran, en parte, auténticos expertos en esos códices *non*

sanaos. Y entre éstos, destacaban los llamados grimorios (del francés, *grimoire*, símbolos mágicos y logogrifos), recetarios mágicos y antiguos para preparar hechicerías. De ellos nos hablaba la historiadora y escritora Mar Rey Bueno: «El grimorio es un libro de brujería, que contiene diversas formulaciones para hechizos, para amuletos, para talismanes. Se solían editar en octava, es decir del tamaño aproximado de un libro de bolsillo actual. Se hacían en este tipo de edición porque se podían guardar en los bolsillos. Cualquier persona a la que se le encontrase un libro de ese estilo era perseguida por la Inquisición, de ahí que se editaran para que pudieran ocultarse fácilmente».

Los tres grimorios más famosos, según Mar Rey Bueno, eran la *Clavícula de Salomón*, en el que se utilizó la vinculación con el célebre rey hebreo, que tuvo fama de ser uno de los magos más importantes de la historia. (Será innecesario advertir que la palabra «clavícula» no tiene nada que ver con los huesos, sino con las claves o llaves para desvelar secretos, naturalmente).

También fueron muy famosos los grimorios del papa Honorio y del papa León, pero en realidad no existieron. Como en el caso de Salomón, del cual no se sabe que escribiera ningún libro de secretos y hechicerías, la atribución a personajes conocidos y de fama sólo servía para conferirles cierta autoridad. Aunque eran invenciones y patrañas, solían relacionarse con personajes a los que la tradición había impuesto cierto velo mágico; así, por ejemplo, se sabe de la existencia de grimorios perpetrados a fuerza de citar a Alberto Magno, Paracelso o Agripa, todos ellos famosos esoteristas, alquimistas, astrónomos y doctores.

Con la invención y la rapidísima difusión de la imprenta, la temática de los libros ocupó un abanico muy amplio y los libreros publicaban aquello que más interesaba, incluso a costa de sus propias vidas en ocasiones.

Durante toda la Edad Media y en el Renacimiento se habló de un libro llamado *Enchiridion* (esto es, un prontuario de sentencias mágicas y recetas secretas; no conviene confundirlo con la obra de Erasmo de Rotterdam y con otras del mismo título). Se decía que ese *Enchiridion* había corrido por la Europa medieval y que el papa León III le había entregado un ejemplar al mismísimo Carlomagno. Al parecer, se trataba de una obra escrita en caracteres de cábala, contenía una revelación primitiva universal y se explicaban los secretos de la Naturaleza. Sin embargo, la mayoría de los especialistas dudan de la existencia real de ese libro. Hasta nuestros días no ha llegado ningún ejemplar, aunque se especula que, si queda alguno, estará en la Biblioteca Vaticana, naturalmente.

La mayoría de los libros malditos o prohibidos, como puede apreciarse, están relacionados con lo inexplicable: la magia, la hechicería, lo sobrenatural, la religión, la espiritualidad y la eternidad.

Y si hay una ciudad donde se pudieron escribir, imprimir y vender este tipo de libros, ésa es Toledo. El centro cultural del mundo durante varios siglos, donde la tradición de brujerías, hechicerías y artes mágicas se mantuvo a lo largo del tiempo,

debía ofrecer oportunidades emocionantes a aquellos que desearan encontrar en los libros prohibidos los secretos que se les negaban en las universidades y las escuelas.

Fernando Ruiz de la Puerta es un experto matemático, profesor de la Universidad de Castilla-La Mancha y hombre versado en todos estos recovecos librescos. Le preguntamos si esos supuestos libros de artes oscuras se publicaron y se vendieron en Toledo: «Por supuesto, aquí se estudiaban y se traducían libros de alquimia, libros de astrología, libros de medicina, libros jurídicos, obras filosóficas de Aristóteles, etcétera. Pero, sobre todo, libros nigrománticos y libros sobre el mundo del demonio, donde se explicaba cómo invocarlos y todo ese tipo de cosas».

Según Fernando Ruiz, «esto no es leyenda: esto es historia y, de hecho, se han hecho muchos estudios sobre ello y se conservan muchos títulos. Están en la biblioteca de El Escorial, en la Biblioteca Nacional, en la Biblioteca Nacional de París, en la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos. O sea, estos libros existen y, además, con su referencia, sus fichas y todo».

Persecución

La historia de la persecución de los libros es en buena parte la historia de la intolerancia. Libros escondidos y libros para la hoguera, libros en índices vergonzantes y libros mutilados, libros censurados y libros secuestrados; es otra de las características de la Historia, prohibir, esconder y vedar.

Fernando Báez, considerado una autoridad mundial en el estudio de los libros condenados, es el autor de la *Historia universal de la destrucción de libros*, y *Milenio 3* se puso en contacto con él para que nos explicara si no se estaba «engordando» la leyenda de los libros prohibidos, a la vista de tantos textos de los que se habla y que, en realidad, o no existieron o no quedan restos de ellos. «No, no… Ciertamente, en el campo de la magia, de la astrología, en el campo de las predicciones y en ciertos casos específicos de libros que contienen textos alquímicos, la persecución fue incansable e incesante. Lamentablemente, eso nos ha impedido conocer algunas obras».

Es curioso, pero Fernando Báez también argumentaba que parecía haber una conspiración que tratara de impedir que el mensaje contenido en esos libros llegue hasta nosotros. Lamentaba especialmente la persecución contra un libro de Tritemio, la *Estenografía*. «Es un libro que ha sido perseguido a lo largo de todas las épocas, un libro que fue escrito en criptografía y que contiene un mensaje que la Iglesia y otros grupos han considerado lesivo para sus intereses y, por tanto, ha sido perseguido constantemente».

La *Estenografía*, nos explicaba la historiadora Mar Rey Bueno, es un texto que circuló manuscrito durante muchos años, aproximadamente ciento cincuenta años, hasta que se publicó impreso en la primera mitad del siglo XVII. Al parecer, el abad Tritemio pretendía que las personas pudieran conectar y comunicarse entre sí a través

de los ángeles. Mediante la proclamación de ciertos conjuros, los hombres podrían entrar en contacto con seres sobrenaturales y, por ejemplo, saber lo que estaba ocurriendo en otras partes del mundo. «La *Estenografía*», concluye Rey Bueno, «es apasionante y tuvo muchísima influencia en todos los magos a partir del siglo XV».

Johannes Trithemius (1462-1516), llamado Tritemio, fue miembro de una sociedad secreta, la Cofradía Celta, donde se estudiaba astrología, cábala, matemáticas y literatura. Fue abad de Sponheim, donde creó una biblioteca monástica. Sus estudios sobre la cábala hebrea los resumió en ocho tomos que denominó *Estenografía*. Este volumen, dictado durante un sueño, describía métodos de escritura secreta, telepática y telequinésica. Felipe II lo hizo quemar por miedo a la divulgación y desde 1609 aparece en los índices prohibidos de la Iglesia.

«Felipe II fue uno de los que hizo destruir la *Estenografía*», confirmaba Fernando Báez. «Pero, en España, la biblioteca de Enrique de Villena, uno de los grandes astrólogos de todos los tiempos y traductor de la *Divina Comedia* y de la *Eneida*, sufrió una de las grandes persecuciones. Cuando murió, sus libros fueron secuestrados y destruidos, porque muchos de sus manuscritos contenían tesis sumamente novedosas que cuestionaban, por supuesto, el poder de la Iglesia».

Por desgracia, al parecer, no sólo se quemaban los libros. En ocasiones se quemaban los libros y, con ellos, los autores. «Me imagino que estás haciendo alusión a un caso muy particular de España, que es el caso de Miguel Servet, que fue quemado junto con su libro *Christianismi Restitutio*, un libro que se supone fue quemado porque hablaba de la circulación de la sangre y de otros hechos que lo convertían en hereje».

Quizá sea necesario puntualizar que Miguel Servet (1511-1553) abandonó muy pronto España y que su formación y su obra se desarrolló sobre todo en Francia. También es necesario precisar que Servet no fue condenado por el descubrimiento de la circulación pulmonar, ya que éste fue un apunte marginal al que sólo se le prestó atención años después de su muerte. Y finalmente, no fue la Iglesia católica, como podría deducirse de las palabras de Báez, quien quemó a Miguel Servet, sino Calvino, cuyo reformismo intransigente causó tantas muertes como la Inquisición católica, o más.

Otra de las grandes personalidades del Renacimiento fue quemado junto con sus libros: Giordano Bruno (1548-1600), un dominico cuyos trabajos filosóficos son imprescindibles para comprender los avances de la filosofía europea en su época. Fue condenado por la Inquisición en Venecia y quemado vivo en Roma.

«La Inquisición», nos decía Fernando Báez, «quizá destruyó millones de libros, porque la Inquisición no solamente operó en el ámbito hispano, en España estrictamente, sino también en el ámbito de Hispanoamérica, en Perú, en México, en Venezuela, y en distintos países, donde su labor fue nefasta».

Entre todos los libros malditos y prohibidos, Fernando Báez tiene predilección por un texto de John Dee: *Una verdadera y fiel relación de lo ocurrido entre el*

doctor John Dee y algunos espíritus.

John Dee nació en Inglaterra en 1527 y fue astrólogo, matemático, espía, mago y escritor. Convenció a María Tudor e Isabel I de Inglaterra de que tenía poderes sobrenaturales. Viajó por toda Europa decidido a aprender alquimia y leía continuamente la *Estenografía* de Tritemio. Aseguraba que podía hablar con los muertos y que podía transformar el plomo en oro. Durante uno de sus viajes, la biblioteca de su casa fue saqueada y miles de textos esotéricos se perdieron. Cincuenta años después de su muerte se publicó su libro, que se titulaba *Una verdadera y fiel relación.*… Allí describía sus conversaciones con algunos espíritus y seres de otras dimensiones, establecidas a través de una piedra negra. Al parecer, estos seres viajaban por el tiempo y no por el espacio.

«El astrólogo John Dee es uno de los personajes más fascinantes del Renacimiento», nos decía Fernando Báez. «En esa obra habla acerca de ciertos seres que le hablaron en un lenguaje específico que, por cierto, él describe; y cuenta todos los detalles de una serie de descubrimientos que serían posteriores al siglo XIX. Esa obra ha sido perseguida, ha sido censurada, ha sido destruida… Es, sin duda, uno de los libros malditos por excelencia». A propósito de John Dee, quizá convenga añadir que algunos historiadores lo conocen sobre todo por sus estafas. Para más señas, este Jonh Dee estuvo involucrado en el famoso asunto del llamado *Manuscrito Voynich*, una obra indescifrable —y preciosa— que anduvo rodando por los despachos de reyes y nobles como un misterioso texto codificado y que algunos especialistas consideran un timo maravilloso y divertidísimo de John Dee y su amigo el falsificador Edward Kelley.

Arte de la imaginación

A Helena Petrovna Blavatsky, llamada Madame Blavatsky (1831-1891), considerada la gran matriarca del esoterismo moderno, no se le puede negar el honor de ser la inductora y propulsora de numerosas agrupaciones de espiritistas, espiritualistas y ocultistas en todo el mundo a partir de un nuevo modelo filosófico que ella llamó teosofía. Esta mujer es la autora de uno de los grandes libros prohibidos de los últimos siglos. Se titula *Las estancias de Cian* y, al parecer, es pieza codiciada de algunos bibliófilos: «Es un libro perdido», nos aseguraba Jesús Callejo. «Ella intentó compilar todos los conocimientos habidos y por haber en su época, tanto de cosas del más acá, como del más allá. Pero estamos casi hablando de leyendas: las historias de otros planetas, de otras civilizaciones intergalácticas, que tendrían una antigüedad de cientos de miles de años. La información que ella recogía, evidentemente, estaría escrita en un lenguaje desconocido en la Tierra, una lengua particular, que sería una especie de idioma intergaláctico en el cual… bueno, según Blavatsky, se resumiría un poco la filosofía no sólo de nuestro planeta, sino de otros planetas del sistema solar».

De Blavatsky se conoce, en cambio, *La doctrina secreta*, que sería como una especie de inmenso comentario sobre estos manuscritos hoy perdidos. *Las estancias* sería, en fin, el libro más viejo del mundo si nos atenemos a lo que Jesús Callejo no duda en llamar «leyendas».

Pero si hay una leyenda o, más propiamente, un libro legendario, ése es el *Necronomicón*.

La supuesta historia del *Necronomicón* es ésta: se trataría de un libro cuyo título original sería *Al Azif*, y *azif* es una palabra árabe que designa un tipo de ruido molesto que se produce por las noches. Un ruido de insectos que muchas culturas árabes suponen que también es el aullido de los demonios. En el impenetrable y confuso laberinto de este libro se asegura que fue escrito por un escritor o poeta loco que vivió hacia el año 700 a.C. Ese poeta se llamaba Abdul al Hazred y vivía en lo que hoy conocemos como Yemen. Podría ser un libro de viajes, puesto que se dice que vio con sus ojos las ruinas de Babilonia y los subterráneos secretos en Menfis. Dicen, cuentan, aseguran, discuten y polemizan que este hombre pasó diez años solo en el desierto del sur de Arabia, conocido como el «espacio vacío». Un espacio —siempre según la leyenda— que está habitado por espíritus malignos o *dyins*, soldados o monstruos de la muerte. Acosado por una terrible enfermedad que le pudría la sangre, el poeta visionario vivió sus últimos años en la ciudad de Damasco. Y allí, recluido, escribió esa terrible obra. O eso asegura un biógrafo llamado Ibn Khallikan, ya en el siglo XII.

El *Necronomicón*, por tanto, sería el compendio de todas esas visiones terroríficas que el poeta loco habría tenido en sus retiros penitenciales y ascéticos del desierto o en sus delirios febriles. Se cuenta que hacia el año 950 el *Al Azif fue* por vez primera traducido al griego y comenzó a llamarse *Necronomicón*, «el libro de los nombres muertos». También parece que se tradujo al latín. Algunos aseguran que hay algún ejemplar en la Biblioteca Nacional de París o en el British Museum, e incluso algunos cuentan que se editó en Toledo. Puesto que la leyenda ya estaba consolidada, algunos llegaron a afirmar que los primeros ejemplares estaban confeccionados con pieles humanas y que su texto fue caligrafiado con sangre.

Toda esta historia y este embuste imaginativo se debe a Howard Phillips Lovecraft, uno de los grandes autores de ficción de terror junto a Edgar Allan Poe. Lovecraft, quien aseguraba que ese libro existía, advertía a sus lectores que el estudio del *Al Azif* acarreaba consecuencias terribles.

¿Verdad o mentira? La fama de Lovecraft y la popularidad del *Necronomicón* han conseguido que se hayan redactado textos con ese título que, en realidad, son embustes sobre embustes, o más ajustadamente, embustes sobre genialidad imaginativa. En este punto debe tenerse en cuenta una certeza: si usted tiene en su biblioteca el *Necronomicón*, puede estar seguro de que no es el libro del que hablaba Lovecraft. Y si está en Internet, la seguridad es absoluta.

Las leyendas han ido engordando la trayectoria de este supuesto libro prohibido

que, por cierto, nadie ha perseguido ni aparece en ningún índice de libros peligrosos. Entre otras cosas, se hablaba de dibujos terroríficos del demonio, se afirmaba que estaba encriptado o en una lengua rara o en una mezcla de lenguas, que resultaba imposible comprenderlo sin ser un iniciado…

El periodista y doctor en Ciencias de la Información, Juan Ignacio Cuesta Millán, nos daba su opinión acerca de este libro. «El *Necronomicón* es un grimorio», nos decía. «Es un libro que hace referencia a una humanidad anterior a la que nosotros conocemos, donde existirían una serie de mitos y de dioses muy especiales. Esta mitología estaría acompañada de una serie de invocaciones o de preparaciones que permitirían despertar a estos dioses antiguos y aprovecharse de su poder en beneficio propio. Toda esta cosmogonía es una mezcla de tradiciones antiguas sumerias y acadias». Según Cuesta Millán, este libro se habría mantenido gracias a la tradición simbolista sufí, cuyos orígenes, según él, se remontan a las tablas de Assurbanipal.

Sin embargo, no todos los especialistas están tan convencidos de que el *Necronomicón* tenga una historia tan filosóficamente compleja. Ésta es la opinión de Jesús Callejo: «Sobre el *Necronomicón* no hay ninguna duda: Lovecraft lo cita en sus obras y habla del árabe loco que recopiló toda esa información. En el fondo, constituiría un grimorio, con fórmulas satánicas en ocasiones, para hacer cosas imposibles y cosas inverosímiles. Desde luego, circuló el rumor de que este libro existía, simplemente porque Lovecraft lo citaba. De hecho, hay versiones literarias. Hay libros. Yo tengo un libro titulado *Necronomicón*. Pero en la historia y en el origen del *Necronomicón* hay más dudas que certezas y más sombras que luces… Hasta donde yo he podido llegar y de acuerdo con la investigación que yo he podido llevar a cabo, y las personas que he consultado, que conocen muy bien todo este tipo de tratados, en ninguna parte aparece referencia sobre la historicidad de este libro».

En fin, la cuestión de este libro maldito parecía más que dudosa… Pero en *Milenio 3* decidimos dar un paso más: si hubo algún lugar en España en el que se pudiera haber imprimido o traducido el *Necronomicón*, ése sería Toledo. Así que acudimos al profesor Fernando Ruiz y le preguntamos si el *Necronomicón* estuvo alguna vez en Toledo. Nos dijo que un investigador llamado Rafael Llopis aseguraba en la década de 1980 que el *Necronomicón* se tradujo en León con el título *Libro de lo que dicen los espíritus del desierto*, en castellano. «Hay alguna pista más: en el año 1228, un tal [Olaus] Wormius hizo una traducción del *Necronomicón* al latín también, y fue impresa en dos ocasiones, una en el siglo XV, en letras negras, y otra en el siglo XVII. Se dice también que el papa Gregorio IX, en 1232 prohibió la traducción que se había hecho en latín e hizo retirarla».

Olaus Wormius también es un personaje de Lovecraft.

Textos ocultos y condenados

A lo largo de las páginas anteriores se ha mostrado un brevísimo resumen de la

historia de los libros prohibidos, desde la más remota Antigüedad a nuestros días. La gran sangría de libros y conocimientos a lo largo de la Historia es pavorosa y un breve repaso resulta casi estremecedor: en el año 1 de nuestra era, Augusto ordenó destruir más de dos mil volúmenes de oráculos; en el año 54, San Pablo de Tarso proclama una orden a sus fieles para que se quemen todos aquellos libros que tratan de «cosas curiosas»; en el 389, Teodosio quemó los famosos libros sibilinos, bajo la acusación de herejía; en el 391, el patriarca Teófico ordena una de las destrucciones de la Biblioteca de Alejandría; en el año 490, según algunos, los cristianos incendiaban dicha biblioteca; en el siglo vil, los monjes irlandeses queman diez mil manuscritos rúnicos; en el año 728 se quemaron treinta mil manuscritos considerados sagrados en Bizancio; en el siglo XIII, los católicos destruyen los libros cátaros; y en el año 1500, Francisco Jiménez de Cisneros quemó cinco mil libros árabes en Granada; en 1530 se destruyen los códices mayas en Centroamérica; y en 1559 se quemaron en una pira doce mil libros hebreos en Cremona…

Sin embargo, hay personas que tuvieron acceso a esos libros, que los leyeron, los estudiaron y los conservaron. Cortesanos, clérigos y reyes fueron los principales lectores de los libros vedados al resto de la Humanidad.

Michel de Notre Dame, el profeta más importante de la Edad Media, médico y envenenador, fue un individuo esencial en la corte francesa y, quizá por eso, tuvo la posibilidad de acceder a determinados libros que se ocultaban en abadías y monasterios. Se asegura que uno de esos libros le sirvió para escribir sus obras. El manual al que se hace referencia podría haber sido una obra cabalística árabe. Su libro de *Profecías* está basado, al parecer, en varias obras que se encontraban en la mítica abadía de Orvall. Allí se copiaban obras proféticas y, sobre todo, de temática mágica.

Un segundo grupo de privilegiados eran los clérigos, especialmente los que se dedicaban a expurgar las obras literarias o a prohibirlas: desde luego, tenían que leerlas y censuraban en todo o en parte lo que consideraban oportuno. «En realidad, las brujas y los hechiceros no escribieron prácticamente nada», nos decía Mar Rey Bueno. «Los textos verdaderamente interesantes son los que escribieron los inquisidores encargados de perseguirlos, porque en sus escritos relatan prácticas, conjuros y hechicerías que de otra manera no hubieran llegado hasta nosotros. En este sentido, son muy importantes los llamados “martillos de brujas”. Esos libros se llaman así, en general, porque el primero, escrito en Alemania, en 1486, fue el famosísimo *Malleus Maleficarum*. Era una verdadera enciclopedia de la brujería. En ella se exponía cómo se caracterizaban las brujas, cuáles eran los procesos y los métodos para extraer de ellas toda la información necesaria, etcétera. Y, por otra parte, se cuenta con los tratados demonológicos propiamente dichos, que son aquellos que escribieron diversos frailes y sacerdotes. Éstos se denominan “libros de conjuros”».

Finalmente, los reyes tenían la posibilidad de acceder a esos textos negados para

el común. En España, la biblioteca que más sorpresas puede ofrecer al respecto está en el monasterio de San Lorenzo de El Escorial. «Existen algunos manuscritos en la biblioteca de El Escorial que aún permanecen indescifrados», nos aseguraba Juan Antonio Cuesta Millán. «Algunos están transcritos en lenguas árabes muy arcaicas; se supone que son de alquimia o posiblemente de medicina, de medicina árabe».

Benito Arias Montano (1527-1598), orientalista, teólogo y taumaturgo, fue consejero de Felipe II y contagió al monarca la pasión por lo oculto. Por su parte, el rey le encomendó la misión de buscar esos libros condenados. Todos aquellos libros recopilados por Arias Montano se llevaron a la biblioteca de El Escorial. Jesús Callejo nos decía que aún hay libros allí que permanecen con el lomo hacia dentro, de modo que no se puede ver ni el título ni el autor de los mismos. Se atribuyó esa argucia a Arias Montano.

«En El Escorial se ocultaron muchos textos prohibidos», nos decía Mar Rey Bueno. «Es sabido que Felipe II era un monarca muy interesado en el ocultismo y la magia, pese a su fama de ultraortodoxo y contrarreformista. Él era un gran ocultista, le interesaban todos estos aspectos. Y se ocupó de reunir en su biblioteca escurialense todo tipo de textos relacionados con la magia, la alquimia y la superstición. Esos textos se guardaban en una zona muy especial de la biblioteca, construida a imagen y semejanza de las bibliotecas monásticas: era lo que se llamaba “el infierno”. Naturalmente, se llamaba así porque allí se escondían los libros prohibidos».

Séptima parte
Más difícil todavía

La realidad supera a cualquier ficción. Creemos que ninguna frase refleja mejor el espíritu de *Milenio 3*. Esta parte es una muestra de esa sentencia. Nuestro asombro, por increíble que parezca, siempre puede ser superado por un nuevo caso, por un nuevo expediente, por un nuevo suceso que es como un salto mortal hacia el misterio. ¿Hay una explicación satisfactoria que los explique? Nosotros creemos que es posible… aunque aún seguimos buscándola.

Ummo: cuando los extraterrestres escribían cartas

«Somos habitantes de un planeta llamado Ummo,
situado en Wolf 424, a unos 14,6 años luz de la Tierra…».

Primera carta ummita, Madrid, febrero de 1966.

En ocasiones, los medios de comunicación españoles reproducen, comentan y analizan misterios importados, historias de sociedades secretas internacionales, episodios de extraños sucesos e incluso relatos de supuestos encuentros extraterrestres. Sin embargo, aquí, en España, desde 1954 hasta bien entrada la década de 1980, se dio el caso más insólito y sorprendente que se haya producido jamás en el mundo entero. Los habitantes de un planeta lejano, situado a catorce años luz de la Tierra, se pusieron en contacto con un grupo de españoles y les hicieron saber que estaban aquí.

Es la fantástica historia del viaje de unos alienígenas a nuestro país. Es la historia de los seres que llegaron de Ummo.

El enigmático señor Sesma

Fernando Sesma Manzano era un personaje peculiar. Bien distinto al resto de los hombres y mujeres de su época. Había nacido en Ceuta, en 1908, y era, aparentemente, un simple empleado de telégrafos, gris y anodino, en aquella triste y desolada España de mediados de siglo.

En 1954, Fernando Sesma Manzano comenzaba a hilvanar un movimiento sorprendente que se alargaría durante casi cuarenta años. Sesma gozaba de alguna popularidad, debido a sus estrafalarias ideas, e incluso había firmado una columna periodística que se titulaba «Los platillos volantes vienen de otros mundos».

Este hombre era el carismático individuo que, convencido de que había vida inteligente en otros mundos, se convirtió en el gran gurú de una reunión extravagante en el antiguo Café Lyon de la madrileña calle de Alcalá. Allí, en el sótano, solía reunirse un grupo de curiosos interesados por el fenómeno ovni, aunque por entonces eran sólo platillos volantes.

Una mañana del mes de febrero de aquel año de 1954, Fernando Sesma recibe una llamada de teléfono. El comunicante, con voz metálica y lejana, solicita hablar con el señor Sesma Manzano, le comunica que es un extraterrestre y le advierte que pronto tendrá noticias e informaciones que asombrarán a los científicos españoles.

Este y otros incidentes calaban en la tertulia del Café Lyon. En los sótanos del establecimiento, llamados La Ballena Alegre, se reunían los miembros de aquel grupo para hablar de platillos volantes, dirigidos con pulso firme por el contactado. Se trataba de la Sociedad de Amigos del Espacio. Eran heterodoxos en casi todos los aspectos. Entre los discípulos de Fernando Sesma se encontraban gentes de todas las

trazas, desde señores de alta alcurnia a policías y desde desocupados hasta notables escritores, como Antonio Buero Vallejo. En alguna ocasión fueron desalojados y detenidos —el derecho de reunión estaba prohibido, aunque fuese para tratar temas semejantes—.

Fernando Sesma hablaba a sus acólitos del siguiente modo:

—Se sabe positivamente y yo lo sé, y lo puedo asegurar, que hay seres extraterrestres de distinto tipo, que hay otras civilizaciones más sutiles y más extrañas… y que están aquí.

Una de las integrantes de aquel grupo era Pilar Cavero: «Nos reuníamos los miércoles. Era un público variopinto y todo lo dirigía Fernando Sesma, con una seriedad… y con unos contenidos muy importantes para esa época… ¡Mira de la época que estamos hablando! Él traía gente que nos explicaba cómo era… el tema de los ovnis, de los ummitas. Estuvimos yendo allí muchísimo tiempo, hasta que… bueno, mataron a Carrero Blanco y ya no nos podíamos reunir. Nosotros no teníamos ni idea de qué era eso del estado de excepción. Un día llegaron los grises y nos echaron a todos. Sesma estuvo fenomenal, porque entraron preguntando: "¿Qué hacen ustedes aquí?". "Pues mire usted, estamos hablando de los ovnis". Eso es lo que dijo Sesma. Y los policías dijeron: "Bueno, pues márchense"».

Calle Luna, 16

Corría el año 1962. En la madrileña calle Luna, en el número 16, un sastre llamado José María Ruiz tenía su taller de costura. Su domicilio se encontraba un poco más allá, en la calle Antonio Grilo. El sastre era un hombre apacible y tranquilo, cabeza de familia de una numerosa prole.

¿Qué pinta un sastre en esta historia de grupos ufológicogicos más o menos visionarios? Pues, a ciencia cierta, no se sabe muy bien. El caso es que Fernando Sesma comienza a recibir anónimos y cartas de sus amigos extraterrestres en cuyo remite se especifica «Calle Luna, núm. 16». Aquellos anónimos eran —además de incomprensibles— bastante macabros. He aquí uno de ellos:

«Rompe polo inferior cascarón. Saca cabeza. Conoce luz. Cuerpo limitado por un tiempo más. Cédeme cabeza. Te llevaré oasis. Sólo te quedará eso. Eso es todo».

Fernando Sesma, un tanto amedrentado, llevó uno de aquellos anónimos a un periódico —luego fueron publicados por *Diez Minutos*—, pero nadie le prestó demasiada atención. Aparte de las deficiencias sintácticas, aquel ser o aquella persona que le enviara semejantes mensajes no parecía nada amistoso.

Sesma estaba inquieto, porque desde hacía un año, desde 1961, había estado recibiendo mensajes como aquel, recortados y pegados en papel. Fernando Sesma Manzano intuía que aquellos anónimos presagiaban un desastre…

«Plomo en la cabeza. Cédeme cabeza. Separa cabeza de cuerpo».

Y, de repente, ocurrió la tragedia.

El 1 de mayo de 1962, en la calle Antonio Grilo número 3 se vivía uno de los episodios más macabros de la época. En el tercer piso del inmueble, el sastre José María Ruiz Martínez, convencido de estar dominado por algún ser sombrío —un ente al que se refirió y del que nadie jamás pudo saber su identidad—, acababa con la vida de toda su familia.

El sastre era un hombre sin problemas económicos ni familiares, tal y como se ha dicho, pero se supo que, al tiempo que Sesma iba recibiendo aquellas cartas, la conducta del sastre había ido cambiando… Se había percibido en él ansiedad e irritabilidad y la gente que le conocía aseguraba que estaba atormentado por algo.

La mañana en que el sastre cometió los crímenes, a las ocho y cuarto, envió a su criada Juana García Capitán a comprar unas medicinas. Después comenzó el terrible ritual de muerte. Primero acabó con la vida de su esposa, Dolores Bermúdez: le abrió la cabeza con un martillo mientras la mujer dormía. Acto seguido, se dirigió a la cocina, donde se hizo con un cuchillo de cortar jamón, y fue a la habitación donde se encontraban sus hijos, Mari Loli, de 14 años, Adela de 12, José María de 10, y Juan Carlos de 5. Les quitó la vida uno a uno, aunque los gritos de los niños alertaron a los propietarios de una lechería cercana, que inmediatamente avisaron a la policía.

A las ocho y media, el sastre se asomaba al balcón, completamente enloquecido y sosteniendo en sus brazos a su hija Susana, de tan sólo dieciocho meses y ya cadáver.

—¡Tenía que hacerlo hoy! —gritaba, amargado y furioso—. ¡Tenía que hacerlo hoy! ¡Hoy es el día! ¡Es el día! ¡Ellos me obligaron! Los quería a todos, los quería… pero he tenido que matarlos… a todos…

Esa escena fue plasmada en todos los periódicos de la época. *El Caso* le dedicó su portada: «Un sastre enloquece repentinamente». Aquel sastre había enloquecido en su taller de la calle Luna, 16.

Sesma probablemente palideció al día siguiente, cuando comprobó que el sastre que vivía en la dirección desde la que le enviaban aquellos horribles mensajes había cometido aquel crimen múltiple. Un hombre atormentado, enloquecido, había acabado con toda su familia en uno de los crímenes más sangrientos de la historia de Madrid.

¿Sería el sastre loco el que le mandaba mensajes a Fernando Sesma? ¿Sería Fernando Sesma víctima de una primera broma de alguien que quería atormentarle? ¿Y quién le estaba ordenando al sastre que matara a su familia? ¿Era un violento caso de esquizofrenia o de paranoia? ¿Quién había manipulado su mente?

Al parecer, según la prensa —incluida la censura fotográfica— y los informes policiales, un sacerdote pudo hablar con el sastre homicida desde el otro lado de la puerta. El cura le rogaba que abriese. El sastre amenazaba con una pistola y decía que tenía que matarse. «¡Arrepiéntete y dame el arma!», decía el sacerdote. Pero el sastre loco dijo que era imposible, que no podía dársela. Era una orden.

—Tengo que matarme —dijo, y se descerrajó un tiro.

Este episodio, en una casa de vecindad, es uno de los crímenes más violentos

jamás acontecidos en Madrid. Las explicaciones psiquiátricas pueden, en este punto, ofrecer algunas respuestas, pero será difícil que desvelen por qué Fernando Sesma recibía aquellos anónimos desde el domicilio del sastre loco.

Fernando Sesma seguramente se sintió aterrorizado. No colaboró con la policía y nada pudo saberse de aquella extraña relación. Poco después, reunió el mazo de anónimos y los destruyó. Muchos años después, Fernando Sesma declaró que uno de los peores días de su vida fue cuando paseando por la Casa de Campo encontró los anónimos que había destruido en su propio domicilio y que había arrojado al retrete…

¿Podían relacionarse los anónimos y las llamadas de los extraterrestres de Ummo? En aquellas llamadas, el supuesto alienígena se identificaba como DEI98. Fernando Sesma no sabía a qué atenerse.

Poco después, comenzaron a llegar cartas. Eran cartas mecanografiadas en las que se adjuntaba abundante información. Desde luego, aquellas misivas tan correctas y educadas —y tan científicas— no parecían guardar relación con la escasez sintáctica de los anónimos y su virulenta agresividad. Más adelante se tendría conocimiento de que cartas semejantes estaban siendo enviadas a distintos puntos de la geografía española, como Sevilla, Barcelona, Alicante o Albacete. Y todas llevaban un extraño símbolo que desde entonces identifica a los ummitas. Era una especie de H, con los laterales curvados hacia fuera.

«Somos los ummitas, gravitamos en un planeta que está a 14,6 años luz del suyo».

Y después comunicaban ciertos avances científicos referidos a genética, biología, matemáticas; todo en un lenguaje aparentemente denso. Los miembros de La Ballena Alegre estaban emocionados. Las cartas, a su entender, certificaban la veracidad de las historias de Fernando Sesma: efectivamente, los extraterrestres… ¡ya estaban aquí!

El aterrizaje de Aluche

Y la confirmación de que España había sido el lugar elegido por otras civilizaciones para asentarse y quizá revolucionar el destino de la Humanidad se tuvo el atardecer del día 6 de febrero de 1966.

Ese día las emisoras ofrecen una noticia elaborada a partir de un teletipo emitido en Madrid de la agencia CIFRA: «Noticia urgente. Serían, más o menos, las ocho de la tarde de ayer domingo, cuando en el barrio de Aluche, muy cerca de la Casa de Campo, un objeto sin identificar, pero que por las descripciones de los testigos responde a las características de los traídos y llevados platillos volantes, tomó tierra en terrenos de la finca El Regajal, y segundos más tarde emprendió de nuevo el vuelo para perderse en el cielo. Como vestigio de la presencia del objeto, queda una superficie del suelo, no muy extensa, casi carbonizada, y la afirmación categórica de

algunos testigos presenciales del hecho. Uno de los testigos no ha querido facilitar su nombre, para evitar su publicidad. El otro, que observó desde la ventana de su casa la llegada y partida del extraño objeto, es Vicente Ortuño. Las descripciones coinciden al afirmar que un disco anaranjado descendió, se posó en tierra y, seguidamente, emprendió vuelo a gran velocidad».

Algo había ocurrido en el extrarradio de Madrid. Fue portada en muchos periódicos. Por ejemplo, *Informaciones* abría su primera plana con este titular: «Platillo volante sobre Madrid». Lo más asombroso es que los principales testigos de esta observación describen el objeto volante no identificado y aseguran que, en su base, había un símbolo. ¿Cuál? ¡La H de Ummo!

Los dos testigos del avistamiento ocurrido aquel día eran José Luis Jordán Peña y el citado Vicente Ortuño. Aseguraban que era un objeto incandescente, que se posó muy cerca del antiguo Polígono C de Aluche, en los extrarradios más alejados de Madrid, en aquel entonces. Vicente Ortuño observó la llegada y partida del artefacto desde una ventana situada en el sexto piso de la calle Rafael Finat. José Luis Jordán Peña se hallaba por uno de los caminos del Polígono C de Aluche, y desde su coche observó cómo un aparato discoidal, de tono anaranjado, descendía sobre un descampado cercano. Se acercó hasta el lugar y pudo comprobar que era un objeto de considerables proporciones, y que tenía tres soportes triangulares, a modo de patas en la parte inferior, y unos trazos negros que describía como una línea recta situada entre dos paréntesis abiertos hacia fuera (la H de Último). Otros testigos fueron Juan Jiménez Díaz y María Teresa Ruiz Torres. Más tarde, Mariano de las Heras, dueño del Bar Palencia, aseguró que un grupo de reclutas afirmaba haber visto también el aterrizaje. Al parecer entraron en el sombrío local, ya de noche, presos de un gran nerviosismo y comentando el extraño suceso.

Al día siguiente, los periódicos hablaban de huellas: ese artefacto, fuese lo que fuese, había dejado una especie de marcas rectangulares en plena capital de España. Aquellas huellas fueron localizadas en el mismo lugar donde el objeto había aterrizado. El 7 de febrero fueron fotografiadas por el redactor del diario *Informaciones*, Antonio San Antonio. Formaban un perfecto triángulo equilátero de seis metros de lado y se complementaban con una zona no muy extensa del descampado totalmente calcinada.

Sobre San José de Valderas

En aquel café de la calle de Alcalá, Fernando Sesma, Dionisio Garrido (comisario de policía), Antonio Buero Vallejo y tantas y tantas personas iniciadas en el asunto de las cartas ummitas se quedaban asombrados. Al parecer, los testigos hablaban del mismo símbolo que aparecía en las misivas, a modo de anagrama o logotipo. A veces venían con una especie de huella dactilar y, en el interior, como si el sujeto firmante la llevase grabada en la piel, ese símbolo. El signo de Ummo aparecía en muchos

documentos, en tonos morados y tonos violetas. Dada la extrema complejidad de la información tecnológica y científica que contenían, algunos expertos las consultaron, y certificaron que eran conceptos elevadísimos de ingeniería, biología y otras disciplinas.

Por otro lado, al tiempo que se daba a conocer que los ummitas tenían contactos muy avanzados con gentes de Albacete y Alicante, y otros lugares no menos insólitos de España, los tertulianos del Café Lyon comprobaron aterrorizados que los alienígenas tenían conocimientos muy precisos de su vida, de su familia, de sus casas… ¡Estaban siendo vigilados! Enrique Villagrasa, uno de los miembros de la tertulia ufológica leía este comunicado: «Ummoaelewe. Lengua español. Dirigido a Dionisio Garrido. Madrid. España. Señor Dionisio Garrido, mi primer deseo escriba en una expresión de mis más cordiales saludos hacia usted, su honorable esposa, sus hijos, en especial al más caro, que sabemos ya restablecido de su dolencia circulatoria, y sus hermanos atentos al análisis de nuestra información ofrecida antaño, por estos expedicionarios que le escriben. Señor, de mis hermanos no presentes hoy he recogido este escrito…».

Los ummitas podían tener dificultades con la sintaxis del castellano, pero eran educados y correctos. De eso no cabía duda. Y tampoco cabía duda de que conocían perfectamente a la familia de Dionisio Garrido.

Estos alienígenas, finalmente, empezaron a tomarse demasiadas confianzas: empezaron a citarse con los miembros de La Ballena Alegre. En un momento dado, incluso llegaron a comunicar que pensaban llamar a tal o cual persona.

Ocurrió en casa del señor Donis Ortiz, en 1967. El señor Ortiz, con una pequeña grabadora, pudo registrar una conversación con un ummita. El comunicante, con una voz nasal, emite una especie de graznido incomprensible. El bueno del señor Ortiz le dice: «Perdone, señor ummita, pero es que no le entiendo ni palabra». El alienígena, visiblemente molesto porque no puede comunicarse con el señor Ortiz debido a sus problemas foniátricos, le grita, pero lo que dice es indescifrable. Finalmente, el extraterrestre se cansa y dice: «Des-co-nec-to. Des-co-nec-to».

Los ummitas decían en sus cartas que tenían una especie de deformidad en la glotis que les hacía imposible hablar correctamente. También aseguraban que llevaban infiltrados entre nosotros desde mucho tiempo atrás, más del que imaginábamos, desde 1950. Afirmaban que habían sabido de la existencia de vida en la Tierra por una especie de emisiones que un barco noruego realizó por radio accidentalmente. Decían que habían llegado a los Alpes franceses en 1950 y que se habían instalado en lugares como Albacete, donde al parecer estaban realizando experimentos con personas y que tenían el aspecto de médicos nórdicos.

El 26 de mayo de 1967, un escuetísimo mensaje indica que algún día próximo en alguna parte del perímetro de Madrid —cientos y cientos de kilómetros— se podrá ver el platillo volante de los ummitas.

Fue asombroso. Sencillamente asombroso.

El 2 de junio de 1967, el diario *Informaciones* reproducía el carrete fotográfico o varias tomas del fotógrafo Antonio Pardo, uno de los dos reporteros que habían captado algo impresionante junto al castillo de los marqueses de Valderas, en San José de Valderas, cerca de Madrid. ¿Qué se veía en esas fotos? ¡Se veía una especie de disco sobrevolando grandes explanadas! ¡Un disco volador en pleno día! Probablemente habría cientos de testigos. Como era previsible, puesto que lo habían anunciado a bombo y *platillo*, en una de las tomas aparece el ovni mostrando su base y, allí, en la parte inferior… ¡el símbolo de Ummo!

El diario *Informaciones*, en portada, mostraba las fotografías de un gigantesco ovni, sobrevolando la barriada de San José de Valderas, en el pueblo madrileño de Alcorcón. El objeto, al parecer, se balanceó por encima del castillo de los marqueses de Valderas. Según la noticia, el aparato era ovalado, tenía unos doce metros de diámetro y se movió por el lugar durante diez minutos, hacia las ocho y diez de la tarde.

El grupo de Sesma estaba convencido de que era la prueba irrefutable de que los ummitas ya estaban aquí.

La cosa no quedaba en esto. Con ser mucho. En el diario *Pueblo* se publicó otra noticia asombrosa esos días. El titular decía: «Cápsulas de otros mundos en terrenos madrileños». Y la foto era de un vecino de la zona, que estaba buscando… ¿buscando qué?

Al parecer, un misterioso ingeniero francés —un supuesto científico anónimo realmente, porque nunca se pudo saber quién era—, había recorrido la barriada de Santa Mónica, junto a Prado del Rey, después de aquel prodigioso avistamiento. ¿Qué buscaba ese científico? ¿Qué quería?

Llamamiento a todos los vecinos de la barriada de Santa Mónica sobre unas misteriosas cápsulas cilíndricas de 128,80 mm de longitud, provistas de un disco central, aparecidas en varios descampados del kilómetro 3 de la carretera de Boadilla, tras los acontecimientos del primero de junio de 1967. Mi comunidad científica se compromete a ofrecer hasta 18.000 pesetas, por cada uno de los tubos que se puedan recuperar, y poner a nuestra disposición. El aspecto exterior es el de un tubo pulimentado, con sus extremos en forma de ojiva. Algunas ya han llegado a nuestro poder, y adjuntamos croquis y fotografía de una de ellas. Nuestro interés es puramente científico. Las citadas cápsulas no contienen dispositivos de interés crematístico o militar. Nuestra área de estudio son los objetos celestes no identificados. Firmado. Henri Dagousset. Dirijan la correspondencia antes del 28 de junio a Lista de Correos. Madrid.

En aquella fotografía-modelo que el supuesto científico había distribuido, se veía un tubito de níquel, abierto por un extremo y dentro una especie de tirilla de plástico; una tirilla de plástico color verde manzana. Y en esa tirilla de plástico, un símbolo troquelado. Un símbolo bien conocido.

Muchos madrileños —y de eso daba fe el diario *Pueblo*— se lanzaron como locos

a la busca de los famosos tubitos de níquel. ¡Eran 18.000 pesetas de la época! ¡Ni más ni menos! ¡Y 7.000 si el artefacto estaba roto! Algunas personas escribieron al periódico advirtiendo que aquellos cilindros podían ser radiactivos, que podían ser peligrosos…

No tenemos noticia de que se recuperara ninguna cápsula.

Se encontró algo, una pequeña lasca que decían que tal vez podía pertenecer a esos tubos. Aquel reluciente material se envió a un laboratorio del Instituto Nacional de Técnica Aeroespacial (INTA). Este prestigioso instituto emitió un comunicado en el que decía lo siguiente.

«Análisis del INTA. Instituto Nacional de Técnica Aeroespacial. La muestra identificada es una película de aspecto flexible, de plástico de color verde claro, opaca, de forma rectangular, con unas dimensiones de 2x7 cm y espesor de cincuenta mieras. Según la información que poseemos de este material, al que identificamos como polifluoruro de vinilo, sólo la firma americana DuPont, bajo el nombre comercial de Kevlar, la fabrica. Es una sustancia de extraordinaria resistencia a la radiación UVA, a los agentes atmosféricos, químicos y a la abrasión. Su campo de utilización es fundamentalmente el de recubrimiento de estructuras para su protección. Tenemos noticias de que en ciertas instalaciones militares y en Cabo Kennedy se protegen los cohetes y propulsores con estas láminas de material de PFV».

¡Material para recubrir satélites! ¡Y patentado y comercializado por una importante marca norteamericana! ¿Qué era aquel asunto de las cápsulas en el barrio de Santa Mónica?

Para mucha gente, incluso para los propios miembros de ese criptogrupo de elegidos, aquello empezaba a oler mal… aquello tenía conexiones que no estaban muy claras. ¿Qué pretendían los alienígenas lanzando cápsulas sin ton ni son que además podían llegar a manos de personas que nada tenían que ver con el asunto?

El grupo de La Ballena Alegre, entretanto, seguía recibiendo cartas, inmensos *dossiers* y volúmenes mecanografiados, plagados de fórmulas químicas y análisis matemáticos. Algunos llegaron a verificarlas en laboratorios, al parecer, e intentaron llevar a cabo los experimentos que los ummitas les ofrecían de buen grado. Una de esas personas era Rafael Farriols, un importantísimo y prestigioso industrial catalán. En compensación, al parecer, los ummitas deseaban instalar cámaras en su domicilio. ¿Para qué? «Hace veintiocho años, yo recibí un comunicado de los ummitas en el que me decían: “Hemos puesto en su casa, o vamos a poner en su casa, uno de nuestros microelementos de control de imagen y sonido. Para que nos podamos enterar de lo que ocurre en su reducido entorno, porque es para nosotros muy interesante… un ejemplo de cómo vive una familia en un país, de un planeta, que es ajeno al nuestro”».

Los ummitas, decididamente, eran unos curiosos.

Pero, emocionados con la posibilidad de entablar contacto con galaxias lejanas,

los miembros del criptogrupo ufológico les siguieron la corriente porque estaban convencidos de estar en contacto con una civilización extraterrestre.

Rafael Farriols dice que hizo un experimento en su casa, en su estudio: él formulaba preguntas y recibía por carta, por supuesto, la respuesta a esas preguntas. Rafael Farriols cree que eso sucedía. ¿Cómo era posible? ¿Estaba siendo vigilado? ¿Habían instalado cámaras en su domicilio? «Se produjo el hecho unas veinte veces: yo formulaba preguntas, siempre en voz alta, y recibía las respuestas por carta vía postal».

Tiempo de silencio

Los años fueron pasando, pero la actividad de los ummitas, aunque se relajó un tanto, no decrecía. En la década de 1980 la cosa fue a peor. Nadie hablaba de los ummitas. Ellos, que habían ofrecido al pueblo español toda la sabiduría y la tecnología de los espacios interestelares, se veían apartados y despreciados. ¡Ingratos hispanos!

Ni cortos ni perezosos, los ummitas decidieron recuperar el control de la situación y llamaron a Antonio José Alex, un clásico de la radio española y que en aquellos años dirigía y presentaba un maravilloso programa de mucho éxito en la Cadena SER, dedicado al misterio y los fenómenos inexplicables. Los ummitas, ciertamente irritados, exigían que se hablase de ellos en el programa. Eran un fenómeno inexplicable y tenían derecho a ello. Antonio José Alex lo explicaba con mucha gracia: «Entresaco del mensaje que los ummitas querían que habláramos de ellos a media noche. Así que lo estamos haciendo, por esa supuesta petición. A ver si empiezan a manifestarse de nuevo y nos llegan documentos a nosotros».

El equipo del programa había grabado la conversación porque el ummita comunicante quería que se le oyera por la radio y exigió que se utilizara un magnetofón.

La conversación de Antonio José Alex y el ummita también pertenece a los clásicos radiofónicos. Las palabras del ummita eran incomprensibles. Antonio José Alex estaba consternado: «Lo único que entiendo es que al principio mencionan mi apellido y, al final, dicen “programa”. El resto no lo entiendo».

Evidentemente: no lo entiende ni Antonio José Alex, ni nosotros, ni nadie.

La historia tocaba a su fin.

La secretaria del grupo de Amigos del Espacio, Hilde Menzel, nos contaba una historia descorazonadora y triste. Fernando Sesma moría en 1982. El hombre que había recibido aquella primera llamada, el espíritu de toda aquella tertulia, fallecía embargado por la amargura. «Cuando le visité… ya estaba enfermo y hablábamos de muchas de estas cosas. Me dijo que lo de Ummo había sido un engaño. Que le habían engañado. Que todo era una farsa».

Por supuesto que era una farsa. Ése no era el problema.

El problema era quién era el farsante y quién había invertido cientos de horas y días de su vida para organizar aquel despropósito. ¿Quién se había pasado horas copiando manuales universitarios de matemáticas y de física sin ningún objeto? ¿Quién había organizado aquel entramado tercermundista? ¿Quién había podido viajar a Sri Lanka o a Australia para enviar paquetes desde allí con cientos de folios mecanografiados?

Los integrantes de aquel grupo o de los subgrupos que se formaron a partir del original se dispersaron. No obstante, se siguieron recibiendo cartas con alguna regularidad, los ummitas seguían comunicándose mal que bien con los españoles y comenzó la polémica en torno a este caso. Casi a regañadientes, querían permanecer vivos y que se hablara de ellos, pero sus horas estaban contadas.

Nadie los creía ya.

Había sido una broma o un fraude que se había alargado durante treinta años, quizá para entretener a la población, para realizar investigaciones sociológicas o por algún otro motivo que probablemente jamás conozcamos…

Acontecimientos inexplicables

La población española desconocía los entresijos de esta historia. Había mucho más que fotografías de supuestos ovnis o unos supuestos testigos, mucho más que ese grupo que recibía ingentes cantidades de información, y mucho más que personajes más o menos pintorescos como Fernando Sesma.

Hoy, cualquier persona con sentido común entiende la farsa. En aquellos tiempos, la cosa era bien distinta y había personas que se lo creían a pie juntillas. ¿Un fraude? Seguro. ¿Para qué? La respuesta a esta pregunta ya es más compleja y quizá deberían intervenir psiquiatras y sociólogos.

A finales de la década de 1980 nuevos investigadores, universitarios, críticos y bien pertrechados con una cultura solvente retoman el asunto. Estos nuevos investigadores se ven obligados a realizar un seguimiento más propio de inspectores policiales que de estudiosos de acontecimientos inexplicables. Aunque Javier Sierra es muy respetuoso y, en principio, no descarta nada, a juzgar por cómo se llevó a cabo aquella indagación, parece evidente que entendía que aquello apestaba.

«Sí, fue una investigación casi detectivesca. Había que empezar por las pocas referencias reales de los personajes implicados. Y había que empezar por el caso de febrero de 1966 en la barriada de Aluche. Había que localizar a los dos testigos cuyos nombres habíamos conseguido, porque estaban en la prensa de la época. Uno era un vecino de Aluche, llamado Vicente Ortuño, y el otro era una persona muy conocida, porque llegó a ser presidente de la Sociedad de Estudios Paranormales: José Luis Jordán Peña. Había cosas que no nos acababan de encajar en sus testimonios y quisimos localizar a Vicente Ortuño. Lo curioso es que logramos averiguar que Vicente Ortuño era gran amigo, amigo íntimo de José Luis Jordán Peña, mucho antes

del caso. La prensa los había presentado como personajes que no se conocían. Pero no era así. Buscamos también a aquel Antonio Pardo que había obtenido fotos de San José de Valderas. Era un nombre falso, no se correspondía con nadie real. E incluso llegamos a encontrar al periodista que estuvo implicado en la recepción de la información de los dos casos, de Aluche y San José de Valderas».

Ese periodista apenas quiso hablar con Javier Sierra y su equipo. Pero se supo que había recibido las fotografías en un sobre y, por supuesto, no estaba el carrete completo, en una tira, sino que eran fragmentos o fotogramas seleccionados.

Se analizaron las fotos y hubo opiniones para todos los gustos. Eran verdaderas. No, eran completamente falsas.

«Lo que ocurría en realidad es que no había testigos directos del avistamiento de un platillo volante con ese signo. Había testigos de luces, pero no un platillo, y menos como el de aquellas fotografías. Si uno ve un platillo como ése no se olvida en su vida, y no logramos encontrar a nadie que lo hubiera visto. Las sospechas se iban acumulando».

¿Y el supuesto científico que buscaba aquellas cápsulas radiactivas? Nada. Todos los personajes de esta historia mintieron, son falsos o no existen. El científico francés que ofrecía 18.000 pesetas por encontrar aquellos cilindros debería haber dejado un teléfono de contacto o alguna dirección de correos. Lo que dejó, como comprobará el lector, es una lista de correos, que es como no dejar nada. Algo absolutamente anónimo e impropio de una organización científica que iba a dar una gran recompensa.

Tal vez no existía esa organización científica… Ni existía ni existió jamás.

Pero entonces ¿qué se pretendía?

Javier Sierra lo explica perfectamente: «Lo que se intentó desde el principio fue el impacto mediático. En el fondo, lo que se buscaba con las fotos, los rumores de objetos perdidos y con todo aquello era asombrar a un grupo muy concreto de madrileños, que eran los que se reunían todos lo miércoles en La Ballena Alegre. ¿Por qué?».

Aunque todo sonaba a marcianos de película en blanco y negro, muchos cayeron en la trampa.

«Bueno… hay que entenderlo en el contexto de la época», explica condescendiente y benévolo Javier Sierra. «Era una cosa tan emocionante y tan vibrante que hubiera una comunidad extraterrestre entre nosotros… que un sacerdote, Enrique López Guerrero, en Sevilla, habló con el corresponsal del *Abe* y le comunicó que había una expedición extraterrestre infiltrada en el Gobierno de Franco. Un escándalo nacional».

Carles Berché es un investigador que estudió el tema de Ummo con técnicas y posibilidades modernas. A él le preguntamos qué se sabía de las famosas fotos y si se habían analizado correctamente: «Se ha descubierto el hilo. Se ven los hilos. Se escanean las imágenes, se digitalizan, se procesan y puede verse lo que hay. Y lo que

hay son hilos que salen de suelo, supongo que llegan a una rama de un árbol y vuelven a bajar».

Era un batacazo. Los jóvenes se cargaban de un plumazo un mito que misteriosamente había subsistido durante treinta años.

Aunque J. J. Benítez se desdijo después, en aquellas fechas se expresaba así: «Se han hecho análisis científicos a los negativos originales de San José de Valderas, de la nave con la H en la panza. Siempre se dijo que eran falsas, que había hilos y no sé cuantas cosas más que decían los "dioses" de los laboratorios americanos y franceses. Las fotografías son rigurosamente auténticas y en los exámenes que se hicieron sólo aparece el hilo en una fotografía, no en las cinco».

La cuestión no sólo afectaba a las fotografías, sino que no se pudo encontrar a ningún testigo de aquellos avistamientos, ni en Aluche ni en San José de Valderas. El único que lo había visto todo, al parecer, era José María Jordán Peña.

Otro investigador moderno, Antonio Luis Moyano, no está de acuerdo con esta opinión. Nos dijo que se había «pateado» esas barriadas y que había encontrado dos testigos de aquellos avistamientos: doña Eugenia y una niña. La niña, de todos modos, advirtió que ella había visto luces, pero el logotipo de Ummo no lo había visto.

José Juan Montejo es otro investigador de esta nueva hornada crítica con el asunto Ummo: «Testigos… quizá los haya de algún fenómeno extraño que pudiera haber habido del segundo caso [San José de Valderas-Santa Mónica; junio de 1967], lo cual no impide que el supuesto ovni de las fotografías sea falso».

De acuerdo. Es una enorme mentira. Una enorme estafa. Pero eso no lo explica todo. Detrás de este infame montaje deberíamos poder encontrar algo, aunque fuera una enfermedad psiquiátrica…

Caries Berché tenía una explicación al respecto: «Toda la conducta del supuesto creador o creadores del fraude correspondía y encajaba perfectamente con un trastorno psiquiátrico conocido como paranoia compartida, de tipo psicosis paranoica; es decir, ideas delirantes. Y este trastorno tiene la característica de que se contagia y hace participar a otras personas en sus delirios. Esos rasgos se encontraron en José Luis Jordán Peña, los cuales encajaban en la personalidad típica, y en sus colaboradores estrechos, y se hallaban en todos los informes de Ummo. Todo ello está muy relacionado con las sectas. José Luis Jordán Peña fue comisionado del Senado para investigar sobre las sectas. Pues bien, nada mejor para investigar que montar su propia secta. Ahí fue donde captó a una serie de personas a las cuales utilizó para hacer de correo de cartas ummitas, correspondencia escrita a máquina, reparto de cartas, etcétera».

Cuando los jóvenes investigadores revelaron que José Luis Jordán Peña era el fabulador, al parecer se vino abajo y confesó que, en efecto, todo había sido una invención. El periodista J. J. Benítez no quedaba conforme con semejante explicación: «Este hombre, después de la presión psicológica tan fuerte que sufrió,

optó por lo más fácil, lo más sencillo y lo más ridículo. Dijo: “Se acabó la historia: yo soy el autor de todo y punto final”. Y, claro, cuando uno examina los miles de documentos de Ummo sobre una gran cantidad de cosas técnicas y científicas… es que no hay quien se lo crea. Es imposible. Hay multitud de cosas que Jordán Peña jamás pudo saber, entre otras cosas, porque algunas se han descubierto en la década de 1980, especialmente en astronomía».

En ese punto habría que advertir que no todos los especialistas creen que los informes de Ummo sean primorosos y asombrosos.

Como es natural, *Milenio 3* se puso en contacto con Jordán Peña y su familia. Se le estaba acusando de creador de una fábula moderna, se le estaba acusando de embaucador, manipulador y se le describía como un enfermo mental. Así que era obligatorio ofrecerle la posibilidad de explicar su punto de vista. No quiso hablar.

¿Quién era este individuo? ¿Era una persona genial que fue capaz de embaucar a buena parte de la población con una historia para niños? ¿Era un comisionado de poderes más altos para realizar un test sociológico? ¿O lo había hecho simplemente porque no estaba en sus cabales?

«Realmente, el tinglado no lo montó él solo», nos aseguraba el abogado José Juan Montejo. «Quizá lo llevó a cabo con una serie de colaboradores que, con el transcurrir de los años, se fueron prolongando o sustituyendo. Está clara la omnipresencia de este señor desde sus principios y bien claramente desde el comienzo, con el platillo volante de Aluche».

«Probablemente él hizo las huellas de Aluche, porque no eran difíciles de hacer», confirma Javier Sierra. «Utilizó contenedores de plástico que tenían una especie de aspa en la parte inferior, y con ellos presionaba en el suelo, y así se marcaban las huellas».

¿Es posible que alguien le ordenara organizar este colosal engaño? ¿Estaba cumpliendo una misión? En opinión de Javier Sierra el único cometido era trata de convencer a ese grupito de La Ballena Alegre, con Sesma a la cabeza. Debía convencerles de que los extraterrestres, con conocimientos científicos y con buenas intenciones, habían llegado a la Tierra y querían entrar en contacto con una élite para ir preparando un contacto masivo en el futuro.

La historia, contada con la solvencia de Javier Sierra, es más estremecedora que si los ummitas fueran reales. ¿Cómo se puede inventar una persona normal una cosa semejante? Forzosamente, debería ser una persona que no tuviera conciencia de la historia, de los avances técnicos, del progreso de la humanidad… ¿En qué mundo vivía? «No sé», dice Sierra, «el caso es que contratan a un mecanógrafo, que es el que redacta estas cartas, y ése es el que a veces avisa por teléfono a los destinatarios de las cartas e incluso interviene en algún otro episodio».

Antonio Ribera fue el decano de la ufología en España y autor de un libro esencial para comprender el triste episodio de Ummo: *Un caso perfecto*. Él mismo recibió decenas de informes y en su opinión, «para ser una broma, es demasiado

tiempo, y para ser un montaje, quizá preparado por alguna agencia nacional o extranjera, también… Los objetivos se habrían cubierto pronto y no había necesidad de alargarlo durante tantos años. Además, existe un tercer factor que hay que tener en cuenta: la calidad de los informes. Los informes tienen una gran calidad científica, tanto los de biología como los de genética o los de astrofísica, cibernética, los de medicina… yo tengo fotografías de una nave en Nueva Zelanda…».

«Hay que puntualizar», advierte José Juan Montejo, «la calidad científica de los informes fue desigual en el tiempo. A lo largo de treinta y pico años de vigencia del asunto Ummo, el nivel científico nunca fue el mismo. El volumen de información científica se concentró en la primera etapa, desde el episodio de Aluche al de San José de Valderas, un año y medio aproximadamente. Ahí se concentra la mayor parte de las cartas científicas. Entre 1987 y 1988 se produjo otra oleada en la que los presuntos ummitas o los que se hacían pasar por tales intentaron emular aquella primera etapa, remitiendo informes de cierto nivel».

El caso Ummo lo remata este grupo de jóvenes investigadores que desvela la trama. Algunos pensarán que la investigación anterior fue realmente deficiente.

El caso parecía, por tanto, cerrado… a la espera de saber o intentar saber si había alguien detrás del farsante. Pero he aquí que, de repente, en 1989, cuando Ummo estaba en su decrepitud, ocurre el episodio de Voronezh, en la antigua URSS (véase el siguiente capítulo: «Miedo en la playa de Conil».), difundido por la agencia soviética TASS y recogido por todos los medios de comunicación, incluido *El País*, *ABC* y TVE. Unos niños y algunas personas que estaban en las cercanías de un parque ven un platillo volante y a unos extraterrestres. Uno de los niños, cuando se le pide que dibuje el platillo volante… ¡garabatea el símbolo de Ummo!

Esto es de locos. Es cierto que el símbolo de Ummo se parece bastante a una letra del alfabeto cirílico… ¿pero es posible tanta coincidencia? ¿Es que Jordán Peña había podido ir a la estepa rusa a convencer a un niño de Voronezh para que dibujara aquel logotipo?

Antonio Luis Moyano, investigador y buen conocedor de la psicología de Jordán Peña expone así su punto de vista: «Es una mente muy brillante, me parece una de las personas más inteligentes que yo he conocido, porque puedes hablar con él de cualquier disciplina, de física, de química, de psicología. Si hay una mente privilegiada capaz de estar detrás de estas cartas tan elaboradas, como las de Ummo, pues quizá sea él. Pero en una de las entrevistas, él añadió un detalle absolutamente revelador y que aún no había confesado a ningún otro investigador. José Luis Jordán Peña me confesó que detrás de la difusión de esa noticia [de Voronezh] estaba él. ¿Con qué interés? Con el interés de resucitar el caso Ummo».

Si hay algo que se le debe reconocer a José Luis Jordán Peña es la pertinacia. Seguramente es el hombre más pertinaz del mundo. Pero ¿qué le movía para seguir sin desfallecer?

«Claro», nos dice Antonio Luis Moyano, «el caso Ummo tenía tocada por

entonces su credibilidad. Jordán Peña tiene noticia de que uno de los niños ha dibujado el ovni con el célebre logo de la hache, y él se pone en contacto con cuatro directores de periódicos europeos, no me dijo con cuáles exactamente. Él, probablemente auspiciado no se sabe si por servicios de inteligencia o qué intereses, eso no me lo llegó a afirmar de manera directa, comenta a esos directores de periódicos que le den una repercusión mediática a este caso. ¿La intención? Tratar de revitalizar el caso Ummo para continuar este experimento sociológico que Jordán Peña y otros científicos estaban estudiando sobre lo que él llama "el concepto de falacia"».

Según Javier Sierra, lo que pueda decir Jordán Peña ya no es muy relevante, en el sentido de que a una persona que ha estado mintiendo durante cuarenta años no tiene por qué concedérsele ninguna credibilidad ahora. «Y en el caso de Voronezh, yo creo que Jordán Peña ha mentido como un bellaco, porque cuando TASS difunde los dibujos con los ovnis de Voronezh, con esa H cirílica, ya se adjuntan las fotos de San José de Valderas, desde la agencia TASS. Esto es, aquello ya venía perfectamente preparado desde la URSS. ¿Es Voronezh un caso falso? No lo sé. Creo que hubo un caso ovni serio allí. Pero lo que sabemos es que la agencia TASS, en un momento de crisis terrible de su país y a punto de caer el Muro de Berlín, comienza a difundir noticias de todo tipo de cosas extrañas con el propósito evidente de distraer la atención de lo que verdaderamente ocurría en el país: que se desmoronaba. Probablemente lo utilizó la KGB como una maniobra de distracción, con las informaciones de San José de Valderas acompañando ese *dossier*. No olvidemos ese detalle. No hay llamada de Jordán Peña a periódicos europeos contándoles el asunto de Ummo, en absoluto: todo viene de la URSS desde el principio».

La KGB, estudios sociológicos, control de la población… Esos términos parecen un poco excesivos para los ummitas. «Yo creo que para un estudio sociológico quizá sea un tiempo excesivo treinta años», admite José Juan Montejo.

Las declaraciones de Jordán Peña han sido confusas y vagas, y varían desde la primera que realizó en 1993. No siempre son coincidentes. La última sugería que se trataría de un experimento de psicología social, sobre la expansión de los bulos y las falacias. También según esta última declaración, se habría puesto en contacto con una institución extranjera —de la que no ofrece más datos— para utilizar el asunto Ummo con otros fines.

Si su última declaración tenía algo de verdad es que estaba jugando a difundir bulos y a divertirse a costa de los ingenuos que le creyeron. Así continuaría el bulo: con la transformación de una trama ufológica en una trama conspiranoica. Es el signo de los tiempos.

Milenio 3 se puso en contacto también con Enrique de Vicente, conocido investigador de todos estos asuntos. En su opinión, aquella trama escondía motivaciones más que extrañas. «A mí lo de Ummo me sonó precisamente a eso, a humo. Y ésas son mis conclusiones actuales. Ummo era una cortina de humo, una

más de las muchas que se lanzaron en aquella época».

Al final, todos los investigadores concluyen del siguiente modo, tajantes: «Hay gente que ha dedicado treinta años de su vida a creer en algo fervientemente. Cuando el asunto se desmonta, puede que piensen que ha pasado treinta años perdiendo el tiempo o siendo un pardillo. Y hay que ser muy respetuoso con las creencias de los demás, pero la evidencia es la evidencia, y las pruebas tanto sólidas como circunstanciales, apuntan a que esto fue un fraude».

A mediados de 2005 una nueva investigación de Antonio Luis Moyano era cubierta informativamente y en vivo por nuestro programa. Por vez primera emitíamos declaraciones de Jordán Peña en las que hablaba de la CIA.

Nosotros nos limitamos a mirarnos los unos a los otros dentro del estudio Al de la Cadena SER. Fuimos conscientes, escuchando aquella nueva versión del principal implicado, de que justo a punto de cumplirse el cuarenta aniversario de la más rocambolesca historia que nadie pudo imaginar, seguía sin resolverse la gran cuestión… ¿Quién estaba detrás?

Miedo en la playa de Conil

«Oh, grandes padres que después de haber
sembrado sobre un planeta árido
e inculto, nos habéis abandonado.
[…] Y cada día y cada noche escrutamos atentos
a las nubes esperando veros volver sobre los carros
de fuego, a recoger lo que habéis dejado».

Canción quechua ancestral.

«Mi nombre es Pedro González. El viernes 29 de septiembre de 1989 estábamos allí sentados, en la playa de Conil, en Cádiz. Y a las ocho y veinticuatro minutos vimos pasar una especie de luz… que no tenía forma. Seguimos observándola y, en un momento dado, miramos para la orilla… y vimos a dos seres de unos dos metros de altura, vestidos de blanco, con la piel blanca, calvos, sin pelo en absoluto. Daba la impresión de que tenían forma humana. Digo "humana" porque llevaban una especie de túnica… No puedo decir si tenían brazos o piernas… Supongo que tendrían brazos, porque tenían una especie de manos…

»Entonces, estos seres, al parecer, se percatan de que estamos allí, e intentan acercarse a nosotros… con movimientos muy lentos y muy torpes, pero hacia nosotros. Los vemos venir hacia nosotros y, a unos veinte metros, efectivamente, vemos que eran dos seres de casi dos metros, bueno… de más de dos metros, de unos dos metros diez o dos metros quince. La piel era blanca… blanca respecto a la tela, que era blanca también. No tenían pelo. Y no se les podía distinguir las facciones de la cara.

»Estaban de pie, mirando hacia la costa, hacia la luz que estaba dando destellos, hacia el horizonte. Entonces, se sientan, y empiezan a intercambiarse una especie de cera blanca. No… no era brillante, no era como una bombilla que despide destellos, ni nada de eso. Era muy blanca y brillaba tenuemente. Entonces, aquellos dos seres empiezan a cambiársela de mano a mano, cinco o seis veces… Pedro… Pedro Sánchez cogió los prismáticos y vio un tercer ser, una tercera figura. Esta tercera figura tenía más envergadura, unos tres metros, una cabeza bastante más grande, blanca. Estaba allí. Estaba de pie. Entonces, Pedro echó a correr. Se asustó y salió corriendo. Es una persona… muy nerviosa Lo intenté frenar y le pregunté qué había visto Me dijo lo que había visto: un ser de tres metros, con la cabeza bastante grande y vestido de negro.

»Entonces, estos seres hacen una especie de montículo, como queriendo ocultarse o… bueno, por lógica piensas eso, que están intentando ocultarse para que no veamos lo que está haciendo…

»Cuando estos seres se levantan, pues ya no sé… Ya no eran dos seres con la cabeza blanca y vestidos de blanco, sino dos personas normales y corrientes. El hombre era rubio, también bastante alto, con una camisa y un pantalón al parecer

vaquero. La mujer era… tenía el pelo moreno, largo, y una camisa y una falda.

»Entonces, claro… esto nos escamó. Dijimos: "Bueno, ¿nos hemos equivocado o esto es una pesadilla o esto qué es? Ninguno somos drogadictos, ni consumimos drogas, ni somos alcohólicos", esto lo puedo yo asegurar.

»Estuvimos observándolos, porque se dirigían hacia el pueblo, caminando. Los estuvimos observando con los prismáticos. Entonces, Loli mira hacia el mar y ve venir una especie de niebla a mucha velocidad. Cojo los prismáticos, miro y, efectivamente, veo el ser que me había descrito mi compañero. Un ser bastante grande, de unos tres metros, con la cabeza blanca, bastante grande y vestido de negro. Este ser, cuando llega a la orilla, se queda parado, frenado en la orilla, y se queda como… mirándonos… Entonces, uno de los compañeros parece que vio la cuenca de los ojos… como una especie de óvalos en los negros. Este ser, yo creo… yo pienso… que fue una especie de estrategia para despistarnos, para que no viéramos hacia dónde se dirigían los otros dos.

»Entonces, ese ser intenta… alejarse de nosotros, caminando o desplazándose, porque parecía una especie de deslizamiento, no tocaba la arena… Y se dirigía a la parte oeste de la playa, es decir, lo que se le llama "el roquero". Allí se perdió en la distancia… Pedro y el otro intentaron acercarse más, para verlo mejor y, en el momento que corrían, ese ser se paraba; se llevaban los prismáticos a los ojos y ya se había desplazado una distancia enorme. Así que se perdía… Vimos cómo se perdía. Se veía alejarse la cabeza, hasta que se perdió.

»Entonces, volvimos al sitio donde habían estado y, efectivamente, estaban allí los montículos, estaban las huellas… Eran unas huellas de unos cuarenta y cinco centímetros, bastante grandes. El dedo gordo, por decirlo así, era bastante grande y los demás no se apreciaban, no se apreciaba mucho el desarrollo. La parte más ancha del pie era de irnos quince centímetros y el pie en sí mediría unos cuarenta y cinco centímetros de largo».

Un gigante vestido de negro

Ocurrió un 29 de septiembre de 1989. En Conil de la Frontera, en la costa occidental de Cádiz, aún se recuerda, aunque los sentimientos son encontrados. Es el caso más extraño de cuantos se tienen noticia a lo largo de esa década. Para los ufólogos, que así se denominan los investigadores especializados en el tema ovni, es quizá el más raro de nuestra historia. Tan peculiar, que sería extraño incluso considerarlo o englobarlo en los expedientes ovni.

¿Qué pudieron ver aquellos jóvenes en la playa de Conil? Antes de avanzar en el análisis es imprescindible recordar que hay opiniones para todos los gustos y que se han ofrecido todo tipo de hipótesis y teorías al respecto. Los incidentes, por otra parte, continúan envueltos en una niebla densa y prácticamente impenetrable, incluso para los propios investigadores y testigos.

Raúl Ruiz Berdejo es periodista y ha seguido el «caso Conil» desde hace años, exhumando documentos e información y aportando nuevos datos. A lo largo de su investigación, Raúl Ruiz ha encontrado silencios y olvidos muy reveladores. En su opinión, se castigó injusta e innecesariamente a los testigos. «A día de hoy, no sabemos a ciencia cierta qué vieron verdaderamente. Pero lo que sí es cierto, casi veinte años después, es que los testigos han sido muy castigados. Quizá eso pueda justificar el silencio».

A Pedro González y sus cuatro amigos se les intentó acusar de drogadictos, borrachos, visionarios, estafadores… Hay una tendencia incomprensible a descalificar a las personas que presencian o dicen haber presenciado este tipo de hechos. ¿No sería más justo, en el caso de no creer su palabra, hablar de una confusión o de sugestión o de otras circunstancias que resulten menos ofensivas? Es cierto, como nos decía Raúl Ruiz, que la historia es tan alucinante, tan cargada de detalles, tan sorprendente y tan increíble que, probablemente, despierte suspicacias. Las dudas son tan razonables como cualquier otra opción y, para desentrañar el caso, conviene analizarlo cuidadosamente, sin descalificaciones o burlas *a priori*.

Es cierto que aquellos cinco jóvenes estaban interesados por lo que habitualmente se mete en el cajón de sastre llamado «lo desconocido» y que habían acudido a la playa porque habían visto luces extrañas en los días previos. El verano prácticamente ya había terminado. Y entonces, sin más calificativos, ellos dicen haber visto eso:

«Me llamo Loli Bermúdez y estaba con Pedro González, con Pedro Sánchez y con Antonio en la playa aquel día. No sé… yo creo que fue casualidad: nosotros habíamos estado viendo esas luces algunos días antes. Y pensamos: "Vamos a sentarnos a la playa, a ver si esas luces hacen algunos movimientos…". Aquel día estábamos allí sentados, no había luces… cuando de pronto aparecieron las luces en el horizonte y la otra en la vertical. Y de pronto, así… aparecieron aquellos dos seres delante».

En realidad, en sus palabras no hay nada relacionado con ovnis ni extraterrestres. Ellos, simplemente, no saben qué es aquello y lo consideran inexplicable. «Nos están contando su verdad: eso es lo que ellos vieron aquella noche», afirma Raúl Ruiz. «No sé si pudo deberse a una confusión, no sé qué pudo ocurrir allí aquella noche y qué seres son ésos de los que hablan. Yo no sé la naturaleza de lo que vieron».

Y tampoco se sabe por qué motivo iban a contar una historia tan inverosímil si no lo hubieran visto. Se dijo que uno de ellos había guiado a los demás, que se habían puesto de acuerdo, que era una invención… Y les llovieron las críticas y las ofensas, probablemente inmerecidas y seguramente injustas.

«En cualquier caso, no debiéramos tomarnos nada a la ligera y valorar todas las opciones, por descabelladas que pudieran parecer».

Una de las teorías más «descabellada» sugiere, a raíz de las palabras de los testigos, que esos dos seres se transformaron en personas, que adquirieron una forma humana que no poseían —quizá mediante el uso de aquella bola de luz— y que se

internaron por las calles de Conil y se hospedaron en un hotel.

Esta teoría entronca perfectamente con la popular y conocida hipótesis de los «infiltrados», es decir, seres de otros mundos que adoptan la forma humana. Existen verdaderas recopilaciones de relatos a propósito de esta versión ufológica de la «conspiranoia». ¿Es una película? ¿Una novela?

José Antonio Caravaca hizo muchos reportajes sobre el caso de Conil; también ponía el acento en esa suerte de suplantación: «Antes de que los testigos observaran esa increíble transformación, habían estado durante varios días observando unas extrañas luces que evolucionaban sobre la localidad gaditana. En ocasiones describían un objeto en forma de media luna, con varias luces en su interior: ése fue el inicio de esta inquietante experiencia que se resolvió finalmente con la visión de estos seres en el margen de la playa, dos seres enfundados en túnicas blancas, sin rasgos faciales, sin fisonomía aparente y que, tras intercambiarse una esfera de luz, se transformaron en seres humanos. J. J. Benítez, en su día, comprobó que aquella pareja, aquel hombre y aquella mujer, se inscribieron en un hotel de Conil, con nombres y apellidos, que resultaron ser de un matrimonio alemán. Pero ese matrimonio no había viajado a Conil. Habían usurpado una identidad real para enmascararse».

Aquella representación, casi teatral, aquella organización de los acontecimientos —la aparición, la transformación, las huellas y la desaparición de los seres— propició toda una suerte de rumores que acabaron por convertir la historia casi en una leyenda urbana. (Algún oyente nos decía que habían desaparecido personas aquel día; personas a las que jamás se había vuelto a ver). La historia, según Raúl Ruiz, estaba tan bien hilvanada y se aportaban tantos detalles que al menos era obligado conceder el beneficio de la duda. Algunos periodistas suelen decir: «Si una historia es perfecta, es mentira»; y otros afirman: «Si una historia es completamente inverosímil, probablemente es verdad». Raúl Ruiz es partidario de explorar todas las posibilidades y tener en cuenta, por ejemplo, el avistamiento de luces y objetos volantes no identificados aquel mismo verano en otros lugares de Andalucía, en la provincia de Cádiz y de Málaga.

A simple vista, parece que la invasión y suplantación alienígena no tiene muchos visos de realidad —aunque, por otra parte es una teoría esgrimida desde los primeros tiempos de la ufología—. En breve: aquello parecía una historia de ciencia ficción en la que, de pronto, podían aparecer los famosos *men in black*, los personajes que tradicionalmente se ocupan de ocultar estos hechos y de advertir o amenazar a los testigos para que mantengan la boca cerrada. En fin, todo el aparato ornamental de las historias ficticias.

Sin embargo, los cinco jóvenes no fueron los únicos testigos. Juan Bermúdez pudo contemplar las famosas huellas en la playa de Conil: «Lo que yo pude ver fue que el tamaño era desproporcionado respecto a una huella del pie de una persona. La huella normal del pie de una persona suele medir unos… como mucho veinte

centímetros, y esa huella tenía cuarenta y cinco centímetros. Como dice Pedro, el dedo gordo era bastante desproporcionado, un dedo bastante grande, redondo y los otros dedos… parecía que tenía tres dedos más pequeñitos; se notaban, pero no estaban muy definidos… Había muchísimas huellas en todas direcciones, había huellas en direcciones hacia el pueblo, dos hileras de huellas y otras dos hileras de huellas que venían del mar. Puedo decir que vi las huellas y las huellas no eran normales. Yo no creo que ellos las hicieran… En fin, engañarme me parece una tontería porque no lleva a ninguna parte…».

Y, efectivamente, ésta es la cuestión: que es ridículo inventarse una historia que no acarrea más que problemas personales y sociales. ¿Para qué inventar aquello? ¿Alguien puede pensar que con una historia de alienígenas invasores iban a ganar dinero o popularidad o una fama infantil? Admitámoslo: puede que se confundieran, se sugestionaran, creyeran que veían otra cosa… lo que sea, pero no mintieron.

Ahora bien, respecto a las huellas en la arena de la playa, cometieron un grave error, porque iban pertrechados con cámaras fotográficas y ni esa noche ni al día siguiente hicieron fotografías. Raúl Ruiz Berdejo admite que, «en definitiva, no tenemos nada a lo que agarrarnos en este sentido».

La ausencia de pruebas —*evidences*, dicen los anglosajones— convertía aquella historia en un relato completamente absurdo: dos figuras ataviadas con túnicas que forman montículos en la arena, que manipulan una esfera blanca, como en un juego o un ritual, y de allí salen convertidos en un hombre alemán y una joven morena, que se adentran por las calles del blanco Conil y se inscriben con el nombre de dos personas que se hallan felizmente en una ciudad alemana.

«Es todo tan extraño y a la vez tan absurdo que…».

Que puede ser verdad.

La policía los vio

Jesús Borrego es policía, es un hombre muy interesado en casos que no tienen solución o explicación lógica y que investigó los acontecimientos de Conil. Pocos días después de los hechos pudo entrevistar a los testigos y estuvo en el lugar del encuentro. Los interrogó en doble sentido, como un miembro de las Fuerzas de Seguridad y como hombre que desde mucho tiempo atrás está indagando en estos fenómenos. Y estando allí, en el lugar mismo de los hechos, cayendo la noche y con los muchachos… ¡aquellos seres vuelven a aparecer! Eso nos confesó en antena. Y percibimos nítidamente la inquietud inseparable de la propia voz al recordar…

«Cuando estamos viendo a esta extraña pareja», decía Jesús Borrego, «yo me fijo en la frente. Yo miro para arriba y veo que tienen una altura de dos metros para arriba… Esa frente que le salía del resto de la cara prominente, prominente… de verdad me llamó la atención muchísimo. Tenían el pelo rubio, con una melena… lacia, partida, no es que fuera calvo… es que la frente daba la sensación de que fuera

calvo… A él yo le echaría unos 35 años y, a ella, unos 27 o 28 años… Me volví hacia Loli, que había tenido aquella experiencia quince días antes y le digo: "¿Qué piensas de esto?". Y me dice Loli: "Estos son los que nosotros vimos transformarse el mes pasado"».

Los testigos se disponen a una segunda aproximación a esta misteriosa y extraña pareja —nunca mejor dicho—. «Veíamos perfectamente a los dos. Los veíamos girar hacia el mar». Después, se perdieron… sólo quedaron allí, de nuevo, unas enormes huellas… que tampoco se fotografiaron.

En *Milenio 3* se recibieron cientos de mensajes de texto y correos electrónicos en los que se nos aseguraba que habían ocurrido múltiples sucesos de difícil explicación en los alrededores de Conil: luces que cruzan la carretera, esferas sobre las aguas del mar, extrañas visitas, etcétera, etcétera. Conversamos con un joven llamado Javier Gala. En aquel septiembre de 1989 era un niño y estaba pasando los últimos días de verano en una urbanización inmediata a Conil. Nunca lo había contado en público pero la noche anterior estaba jugando con unos amigos, junto a la playa, y vieron algo muy raro: «Varios de nosotros vimos una figura. Una figura que era como un hombre alto, bastante alto… Yo no lo llegué a tener cerca, lo vi de lejos, pero gente que lo tuvo más cerca, dijo que era bastante alto, estilizado y delgado, con los brazos alargados, de un color oscuro… Era… se veía como si emanase ese color oscuro, entre morados y marrones… no era luminoso, pero veías ese color. Parecía como que estuviera pulsando… y esos colores…».

Este ser estuvo en presencia de catorce o quince niños, muy cerca. De nuevo, la pregunta: ¿por qué iban a inventarse esa historia? ¿Influencia de lo que se contaba respecto a Conil? Imposible: el suceso protagonizado por Gala ocurrió un día antes.

Javier Gala no nos pudo decir qué hacía aquel ser; según él se movía de un lado para otro y, respecto a los niños, mostraba simplemente indiferencia. Ellos no pudieron distinguir formas humanas, no pudieron constatar que tuviera rasgos faciales definidos: era una auténtica sombra. ¿Qué ruidos hacía? Ninguno: la sensación, precisamente, era todo lo contrario. El paisaje pareció invadido de un profundo silencio.

«Si desapareció luego o no… yo no lo sé. Éramos niños, hubo chicos que empezaron a gritar y una niña se puso muy nerviosa. Salimos corriendo…».

Audaz aterrizaje en Voronezh

Aquel otoño de 1989 presentaba el *Telediario* de Televisión Española el periodista Luis Marinas. A las nueve de la noche suena la música agitada que da paso al noticiario más seguido del país y, con la severidad de un informativo de la televisión pública, el presentador dice:

«Escepticismo en el Ministerio del Interior soviético sobre el posible aterrizaje de extraterrestres en la ciudad de Voronezh, a quinientos kilómetros al sur de de Moscú.

El extraño suceso, ratificado por la milicia y científicos locales, tiene conmocionados, sin embargo, a los habitantes de la ciudad. Testigos presenciales señalaron que seres extraterrestres de tres o cuatro metros de estatura habrían descendido de la nave, un enorme disco luminoso…».

Los acontecimientos de Voronezh causaron una tremenda conmoción en la opinión pública mundial. Aquí, en España, el caso se siguió con un interés inusitado. La agencia de noticias TASS, reconocida por su timidez en todos estos episodios y muy rigurosa y precavida —era la agencia oficial de la extinta URSS—, había enviado unos teletipos a sus asociados donde advertía: «Unión Soviética. Tres extraterrestres llegados en un ovni pasearon por la ciudad de Voronezh. El Laboratorio de Geofísica ha corroborado su presencia…». Esta noticia se reprodujo en los principales periódicos, como *El País* y el *ABC*, y en muchos otros locales y regionales. El corresponsal del diario *ABC* en la Unión Soviética, Alberto Sotillo, escribía: «La monótona vida en la industrial, semiolvidada y provinciana ciudad de Voronezh se ha visto súbitamente turbada…». Otras revistas de información general, como *Tiempo* con el titular «¡Ya están aquí!», e *Interviú* se hicieron eco de la espectacular presencia de alienígenas en un remoto lugar de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Voronezh es una ciudad que se encuentra a casi seiscientos kilómetros al sur de Moscú, está situada en una región boscosa y actualmente tiene una población de cerca de dos millones y medio de habitantes. Es una ciudad industrial, dedicada a la metalurgia, la construcción aeronáutica y de maquinaria agrícola.

El lector se preguntará tal vez por qué hemos viajado a la estepa rusa desde las blancas playas de Conil. La respuesta es que ambos episodios ocurrieron prácticamente en el mismo momento.

Para nuestro compañero Guillermo León (informático y *webmaster* de www.ikerjimenez.com), que ha investigado y documentado profusamente el caso de Voronezh, uno de los aspectos más sorprendentes de aquella noticia es que fue emitida por la agencia TASS: «Sí, exactamente: lo curioso de esta noticia es que provenía precisamente de aquella agencia de noticias soviética, TASS. Las reacciones en Occidente, y también en España, fueron principalmente de sorpresa, de incredulidad y de escepticismo». Para Guillermo León, el contexto histórico es un hecho decisivo: «En la época, a finales de los ochenta, al final de la guerra fría, que una agencia de noticias tan solvente, como era por entonces TASS, informara de un suceso de este tipo… la verdad es que era bastante… impactante y sorprendente».

Tal vez a los occidentales les sorprendía y arqueaban la ceja, pero a los militares rusos no les hizo ninguna gracia: el Instituto de Geofísica y la Universidad de Voronezh aseguraban que habían detectado radiaciones y que habían obtenido material del aterrizaje de un supuesto objeto extraño.

¿Qué ocurrió realmente? He aquí la primera crónica periodística de Luis Ramírez, de EFE, difundida para toda España: «A las seis de la tarde del 27 de septiembre, tres

chicos que jugaban en un parque de la ciudad, y otro grupo de personas que esperaban un autobús, vieron una bola roja de unos diez metros de diámetro sobre el lugar. El objeto sobrevoló en círculo la zona, desapareció para volver poco después y se posó sobre el parque. En ese momento, del ovni sale un humanoide de unos tres metros de altura, con una cabeza pequeña y tres ojos, según todos los testigos. Detrás de él, aparecen otras dos criaturas, una de las cuales es aparentemente un robot. Uno de los niños que jugaba al fútbol chilló presa del pánico. La mirada luminosa de uno de los marcianos le paralizó. El objeto y sus ocupantes volvieron a desaparecer en el cielo, y regresaron minutos más tarde. De la nave surgió nuevamente uno de los humanoides, armado con una especie de pistola de cincuenta centímetros de longitud, que disparó sobre uno de los niños. El impacto hizo desaparecer al muchacho. El visitante volvió al ovni, y abandonó el lugar. En ese mismo momento, el joven volvió a aparecer. Según la misma publicación, *Sovietska Cultura*, los hechos han sido investigados por institutos geofísicos de la ciudad. Y se han encontrado sobre el lugar…».

Hubo más testimonios en esta extraña, y por qué no decirlo, rocambolesca historia. Uno de ellos se hacía eco de las revelaciones de las personas que estuvieron presentes en aquel extraño episodio: «Los testigos vieron junto a la nave una gran figura, de gran estatura, que tenía tres ojos. El ojo central giraba como un radar. Su cabeza era pequeña, se mantenía fija, sin girar. En lugar de nariz, tenía dos orificios. La nave sobrevoló este lugar. También salieron dos personas más y un robot, dicen que era un robot…».

Y uno de los niños aseguraba: «Cuando ellos salieron de la nave, yo me quedé inmóvil, como paralizado. Estábamos todos muy asustados. Y dos de los seres salieron de la nave y observaron el lugar. Después de cinco minutos, se fueron. Cuando desaparecieron, me mareé. La cabeza me dolía y me daba vueltas».

Para rematar esta historia, los muchachos hablaban de un símbolo que se parecía extrañamente a la H que enviaban los farsantes de Ummo (véase capítulo anterior). La policía y los militares entrevistaron a los niños una y otra vez y al parecer todos ellos reprodujeron esa H con un trazo en medio. «Bueno… ésa es la parte más absurda de la historia», admite Guillermo León. Al parecer, ese símbolo se fue deformando a partir de las primeras interpretaciones: al principio se parecía a un asterisco, luego a uno de los caracteres cirílicos de la lengua rusa y, finalmente, era idéntico al sello de los bromistas de Ummo. ¿Casualidad?

Por desgracia, en este tipo de asuntos participa todo el mundo y no siempre con buenas intenciones. De modo que hubo baile de fechas, baile de horas, baile de datos, se habló de piedras nunca vistas en la tierra, se entrevistó mil veces a los niños de aquella localidad industrial y… hoy nadie, salvo los especialistas, se acuerdan de Voronezh.

Y la pregunta sigue siendo la misma: ¿por qué unos niños rusos se iban a inventar una cosa así? ¿Y por qué la agencia TASS se hizo eco de aquella historia

aparentemente ridícula, absurda y más propia de un film de serie B?

Buzos o alienígenas

Los episodios de Conil y Voronezh modificaron por completo la idea que se tenía de los avistamientos ovni. Se rompe con el prototipo del ser extraterrestre: hasta entonces, los supuestos alienígenas eran muy distintos a los que describieron los habitantes de Voronezh y los testigos gaditanos.

La explicación más consistente o aparentemente lógica para dar una respuesta lógica a los hechos de Conil sugiere que, en esas fechas, se estaban realizando unas operaciones de cableado submarino. Al parecer, aquella noche se estaban llevando a cabo trabajos cercanos a la playa. Los submarinistas se acercaron en una zodiac a la costa y se metieron en una caseta de la empresa allí situada al efecto. En la caseta esperaban dos técnicos holandeses que, poco después, la abandonaron y regresaron al pueblo.

Ángel Carretero, autor de *Humanoides en Conil*, tras quince años de investigación, ofrece su versión: «Yo estaba aquella noche allí, en Conil. Yo era el responsable, junto con un compañero, de los trabajos que estaba realizando el buque. Y si soy totalmente sincero, he de decir que nosotros no observamos nada esa noche, absolutamente nada. Nos enteramos de la noticia cuatro o cinco días después, el 4 de octubre, debido a que el *Diario de Cádiz* le dedica la primera pagina y prácticamente, en su interior, dos hojas completas».

Ángel Carretero, por cuestiones profesionales, estaba haciendo el seguimiento de las labores del buque *CS Monarch*, que trabajaba en dichas operaciones de cableado. En su opinión, todo fue un carrusel de confusiones. También realizó un análisis comparativo fotográfico del que se deducía que los jóvenes habían visto las luces del barco; también afirmaba que uno de los testigos habría sido el inductor de toda una secuencia de hechos que, en realidad, tenían una explicación racional: «El barco se acercó esa tarde mucho a la playa porque el capitán solicitó la presencia de dos buzos a bordo, para arreglar un problema que tenían… un cable se había enredado en una de sus hélices y necesitaban quitarlo. Entonces, los buzos acudieron al buque y, cuando terminaron su trabajo, desembarcaron con una lancha en la playa. No iban vestidos de buzos, iban vestidos normalmente. Y cuando llegaron a la playa, trasladaron el material a una caseta metálica que había aproximadamente a unos cien metros. Por otro lado, había en la playa una pareja… bueno, la pareja de alemanes que se "transformó". Bueno, pues no: eran peritos holandeses que controlaban que los trabajos se efectuaran acorde con el proyecto. En ese momento, estos peritos se encontraban en la caseta metálica».

Según Carretero, las luces que ven los testigos son las luces del barco y el resto, una lamentable y triste confusión. A esta opinión pueden añadirse otras teorías similares o líneas de investigación que hablan de sugestión, nerviosismo… y contagio

del miedo.

La parte más favorable a creer a los testigos de Conil la encabeza el periodista J. J. Benítez. Su primer argumento se refiere, precisamente, al barco: «Cuando observas las coordenadas de posición de ese barco, a las nueve o nueve y media de la noche del 29 de septiembre de 1989, los satélites dan una posición exacta, que no se puede discutir: y estaba aproximadamente a una distancia de 52 o 54 kilómetros de Conil. Es decir, era imposible que nadie pudiera ver las luces de ese barco, porque a ocho millas de la costa se pierde la línea del horizonte».

Raúl Ruiz Berdejo confirma que, efectivamente, el buque cablero estaba operando por la zona aquella noche. «Las luces que ven estos cinco chicos podrían pertenecer a ese barco», admite. «Pero después, ¿cómo relacionamos a esta pareja de extraños seres con ese tercer ser que aparece o esa pareja que se hospeda en un hotel con un pasaporte falso?».

Como tantas veces, nos quedamos sin poder ofrecer una versión certera y ajustada de las cosas. No sabemos qué ocurrió. ¿Fueron trabajos habituales de un cableado marino? ¿Fueron alienígenas con intención de suplantar cuerpos humanos? ¿Las luces pertenecían al buque pero los chicos sí vieron seres extraños?

Los testigos parecieron optar, después de muchas burlas y muchas ofensas innecesarias, por el silencio. Los medios de comunicación, los periodistas y los especialistas también se enzarzaron en una discusión eterna y un tanto ácida. Y al final, el olvido.

«Men in black»

Francisco Javier León era director y presentador de un programa regional llamado *Misterios profanados*. En su día, León quiso entrevistar a los jóvenes de Conil y, mientras conversaba con uno de ellos, llamaron a la puerta. Eran dos caballeros que «recomendaban» a los muchachos un prudente silencio. Por su propio bien, por su propia seguridad… por su propia comodidad, para que la prensa no les moleste.

J. J. Benítez incidía en esta misma dirección: «En las mismas fechas en las que sucedió esto, una serie de supuestos policías, pistola en mano, fueron vistos justamente en esa playa, ese anochecer. Incluso una de las furgonetas camufladas llegó a penetrar en la arena, con estos supuestos policías. Repito, pistola en mano, hacia el agua».

Para finalizar, un oyente del programa envió este mensaje: «Soy un guardia civil. En aquel entonces estaba destinado en la provincia de Cádiz, y se movilizó a todas las patrullas de la provincia. Algo raro… sí que pasó».

Leyendas urbanas

«Voy a contar el caso más espantable y prodigioso
que buenamente imaginarse pueda, caso que hará
erizar el cabello, horripilarse las carnes,
pasmar el ánimo y acobardar el corazón más intrépido…».

J. de ESPRONCEDA, *La pata de palo*.

La leyenda de la chica de la curva —si lo es— ocupa el primer lugar en el escalafón de las historias que corren de boca en boca. «Una de las características de la leyenda urbana es su modo de transmisión», nos explicaba Santi Camacho. «Cuando escuchamos uno de estos relatos, se lo escuchamos a un conocido; luego, más tarde, lo escuchamos en otro punto del país, en otro ámbito… Y suelen ser referenciales, en pocas ocasiones son vivencias directas. Y muchas de ellas tienen orígenes remotos, tanto en el espacio como en el tiempo. La leyenda de la chica de la curva es prácticamente universal, tan universal que los primeros folcloristas que trataron el tema de las leyendas urbanas pensaron que se generó en Estados Unidos, con el auge del automóvil. Pero más tarde se descubrió que la leyenda es muy anterior, que hay "chicas de la curva" que avisaban a los conductores de las diligencias, que avisaban a los pasajeros de las diligencias sobre presuntos asaltos, que avisaban en los trenes, que avisaban en todo tipo de transportes habidos y por haber, desde tiempos muy remotos. Yo creo que desde los cronicones medievales se relatan acontecimientos muy parecidos: una bella conocida avisa a un viajero de algún peligro y, más tarde, este viajero descubre que ese ser era una persona que había sucumbido en una época anterior a ese mismo peligro».

Leyendas que avisan

Pero ¿por qué «la chica de la curva» ha tenido semejante éxito? ¿No valdría la pena, al menos, considerar que esas narraciones son tan recurrentes porque existe un poso de verdad detrás? Para Santiago Camacho es probable que, como en las leyendas históricas, exista un principio de verdad que se va desvirtuando —y perfeccionando, en sentido narrativo— a lo largo del tiempo y en virtud de tantísimos participantes. En su opinión, el éxito de una leyenda urbana, breve, impactante, esencial, radica en su relación directa con los arquetipos, en su capacidad para poner en acción determinados resortes que permanecen anclados en el inconsciente colectivo de la humanidad y que son universales.

Por ejemplo: hay muchísimas leyendas en las que el núcleo central o la resolución es el asesinato de una pareja, o bien del novio o de la novia. Lo curioso es que esos crímenes siempre suceden después de que la pareja haya hecho el amor o hayan realizado el acto sexual. Son referencias bien conocidas, porque en las películas

llamadas de terror adolescente *(Halloween o Viernes 13)* son recursos comunes. Para Santiago Camacho, «se trata de una consecuencia de la moral judeocristiana, que tiende a culpabilizar el sexo y, de alguna manera, aquellos que han pecado terminan recibiendo su castigo inmediatamente».

En efecto, parece existir una cierta moralina o una justicia poética si se quiere. Carmen Porter recordaba la persistencia de una leyenda en la que un caballero casado decide acudir a un prostíbulo. Después de una noche de la que no recuerda nada, el caballero se despierta en la bañera, rodeado de hielo, con un costurón quirúrgico en el costado y… ¡con un riñón menos! En otros casos, el caballero despierta y, cuando va a acicalarse en el espejo, comprueba que hay un mensaje escrito con carmín: «Bienvenido al mundo del sida». En estas narraciones parece recurrirse a una moralidad que, en realidad, no es más que una amenaza. Por ejemplo, ¿cómo conseguir que las jóvenes no acudan a discotecas o se comporten como chicas malas? Se difunden historias: se asegura que en tal o cual discoteca le pusieron unos polvos a una chica, se la llevaron, y apareció no-sé-dónde con un riñón menos.

La cuestión del riñón parece recurrente.

Santi Camacho nos recordaba que con esas leyendas hay que aplicar el sentido común: para realizar un tráfico de órganos es necesaria una infraestructura médica complejísima. Pero la cuestión es que estas narraciones tienen tal verosimilitud —por quién nos las cuenta y por la perfección de su estructura— que el oyente raramente repara en si es verdaderamente posible una operación de riñón en un cuarto de baño de un prostíbulo o una discoteca.

«Al pulsar esas cuerdas dormidas, las que nos aterran desde tiempo inmemorial, por ejemplo, o las que atañen a nuestra seguridad física, esas narraciones dejan en suspenso nuestro sentido común y nos convertimos en niños crédulos que escuchan historias alrededor de una hoguera en un campamento de verano».

En la actualidad, existen registros y archivos institucionales que siguen de cerca estas leyendas urbanas. Incluso algunos departamentos universitarios realizan seguimientos para observar el comportamiento social y literario de estas breves narraciones. Hace poco tiempo, los *Mossos d'Esquadra* de Cataluña tuvieron que salir al paso de una leyenda muy agresiva: se decía que un señor raptaba niñas a la salida del colegio.

En la actualidad, la propagación de las leyendas urbanas es feroz. El correo electrónico dispersa estas historias de un modo abrumador. Uno de los casos más llamativos fue el de los garitos en una botella: un bromista, con un programa informático, había construido la imagen de tiernos animalitos dentro de botellas de cristal. Por supuesto, las asociaciones de defensa de los animales pusieron el grito en el cielo y alguna persona llegó a indignarse públicamente contra semejante acto de salvajismo. Nadie había metido gatos en botellas. Era una leyenda urbana.

La cantidad de desocupados es infinita. A los correos electrónicos llegan avisos de que cierta marca de tampones están envenenados, que un terrorista ha avisado a

una señora y le ha recomendado que no vaya a tal supermercado en determinada fecha, que una niña de cierto lugar tiene una enfermedad tremenda y que sería muy solidario hacer no sé qué cosas, que hay empresas de tatuajes que inyectan LSD…

Arañas, lindos perritos y otros bichos asquerosos

Hace ya muchos años se aseguraba que los troncos de Brasil traían a menudo arañas horrorosas, peludas y seguramente venenosas. Sobre esta historia, Santiago Camacho ofrecía en su libro *(Leyendas urbanas)* varias versiones: en una, los dueños de la famosa planta observan que el tronco tiene ciertos bultitos que posteriormente eclosionan. A veces se mezcla con la historia de unos especialistas que acuden al domicilio de los ingenuos propietarios y que se llevan el tronco de Brasil como si fuera un arma biológica, que finalmente estalla liberando miles de arañas asesinas…

«La historia del tronco de Brasil hizo estragos en Inglaterra, porque se vendían en los famosos almacenes Harrod's. Se vendía una cantidad muy importante de troncos de Brasil porque a las señoras inglesas, de repente, les dio por comprar estas plantas. Inmediatamente, comenzó a circular esta historia y, efectivamente, se llegó a notar un descenso muy importante en las ventas de esta planta. Tranquilicémonos: esto no ha pasado nunca, ni es posible que suceda».

Una señora mayor, en el transcurso de un viaje a México, recogió en la calle un lindo perrito chihuahua. Lo trajo a España. Ya en su domicilio, y con el paso del tiempo, el perrito empieza a adquirir un aspecto fiero. Se come al gato, comienzan a salirle unas uñas terribles, unos bigotazos y… La señora acude al veterinario: «¿Qué le pasa a mi perrito? ¿Está malito mi chihuahua?». «No, señora. Su perrito es una rata callejera de México y se ha comido al gato con todas las de la ley».

Estas historias se basan en el miedo a lo extraño, en el miedo a lo extranjero, es una forma más o menos matizada de xenofobia, según Santiago Camacho. No se trata tanto de un odio irracional a lo ajeno, sino más bien de puro desconocimiento. Todo aquello que nos es ajeno se convierte en una amenaza y ese recelo queda plasmado en este tipo de leyendas urbanas.

Las relaciones de nuestro subconsciente con los animales son muy interesantes. El terror a las serpientes, a las arañas, a los escorpiones, a las ratas y a otras criaturas semejantes está enraizado en lo más profundo de nuestro cerebro. Siglos y siglos de generaciones que vivieron y durmieron en cuevas y en el suelo hicieron su labor: y todo lo que se arrastra sigilosamente nos causa pavor. ¿Por qué tememos a las serpientes si es posible que jamás veamos una viva, salvo en el zoo o en la televisión?

Se asegura que en cierta ciudad, una señora que trabajaba en una oficina de correos se cortó la lengua cuando intentaba pegar la solapa de un sobre. Transcurren los días y el cortecito no se termina de curar, se inflama, se infecta, le causa molestias… Así que la señora acude al médico. El doctor le receta un colutorio para que se desinfecte. Pero aquello no remite, aquello va a peor. Dada la inflamación de

la lengua y los horribles dolores de la señora, el doctor decide intervenir y realizar una pequeña intervención quirúrgica. Al abrir la infección, al hacer la incisión en la lengua, sale arrastrándose y medio moribunda una cucaracha.

A veces escuchamos espeluznados historias como ésta: «Una amiga mía me contó que una prima suya le había dicho que un cuñado suyo había conocido a una mujer muy mayor. Era una anciana que tenía un moño muy grande. De hecho, era conocida porque tenía un moño muy grande. La pobre mujer murió sola en casa. Pasaron los días y los vecinos, que no la habían visto durante la última semana, avisaron a la policía. La instalaron en una camilla y, cuando la bajaban, comienzan a ver que hay arañas por allí… "¡Huy! ¡Qué raro, arañas por aquí!". Intrigados, descorren la bolsa funeraria donde habían metido el cadáver de la anciana y descubren que el moño, en realidad, era todo un nido de arañas del que iban saliendo esos bichos, poco a poco, poco a poco…».

Cuidado con lo que comes

¿Quién no ha oído que determinadas cadenas de comida rápida pueden ofrecer «sorpresas» en sus hamburguesas? Muchas de estas historias no se generan ingenuamente, aunque la tradición de encontrar productos desagradables en la comida es un clásico. (Por ejemplo, la idea de que algunos viticultores arrojaban cadáveres en las cubas para dar más «cuerpo» al vino o la estrafalaria ocurrencia de que echan ratas y cualquier otro tipo de animales muertos en el vino son también falsas, naturalmente). En ocasiones, estas leyendas urbanas responden a truculentas campañas de *marketing*, por medio de las cuales se extienden rumores malintencionados que pueden arruinar a una empresa. «Un amigo mío me ha dicho que una chica que él conoce le había dicho que no-sé-quién había encontrado un diente de rata en una hamburguesa». Se trata de ataques industriales, de ofensivas económicas, de recursos de *marketing* bien planificados. Durante un tiempo se dijo, por ejemplo, que era habitual encontrarse cucarachas y ratas en las botellas de ciertas bebidas refrescantes. (A propósito de la famosa bebida gaseosa, corre también la especie de que uno puede quedar drogado o caer inconsciente si ingiere una aspirina y esa bebida).

«Ese tipo de *marketing*, por llamarlo de alguna manera, ya ha entrado en desuso», nos decía Santiago Camacho. «Esas historias se generaron en la década de 1960 y a principios de la de 1970. Todavía siguen circulando y todavía siguen dando que hablar».

Se decía que una determinada empresa producía mediante ingeniería genética una especie de pollos que, en realidad, no tenían ni cabeza, ni alas, ni patas, ni nada; que era una masa uniforme de carne y que esa especie de pollos mutantes eran los que se utilizaban después en ciertos restaurantes de comida rápida. Lógicamente, es incierto.

Según Camacho, se ha logrado documentar cuál fue la primera de estas historias.

Ocurrió en Estados Unidos: en cierta población, con cadenas de restaurantes bien establecidas, llegó una empresa intrusa que ofrecía comida mexicana. Pues bien, se difundió el rumor de que en la comida mexicana alguien había encontrado uñas de ratas. El desastre económico fue considerable. Y en una población española había un establecimiento que tenía mucho éxito en la venta de pinchos morunos. Se comenzó a asegurar que en aquel bar, en realidad, los pedacitos de carne correspondían a los lomos de perros vagabundos y otros animales. Se llegó a cerrar el bar durante unos días, e incluso se hicieron pesquisas policiales y administrativas. Naturalmente, todo era falso, pero aquel bulo hizo mucho daño. Así son las leyendas urbanas.

Los expertos en *marketing* y en estrategias comerciales imparten en la actualidad cursillos especializados para intentar hacer frente a este tipo de agresiones. Es necesario actuar muy rápidamente y de una manera muy eficaz o los daños pueden ser irreversibles. «Lo que da valor a un producto son aspectos muy subjetivos. No se trata tanto de la calidad o la transparencia: lo que nos transmite hoy la publicidad son valores subjetivos, formas de vida, sensaciones, etcétera. Una simple historia de este tipo puede destrozar para siempre ese mundo de fantasía que durante años y años ha tratado de inculcar determinada marca. Esas historias pueden conducir a una marca al desastre».

Como todos los aspectos básicos y esenciales, la alimentación es pasto de estas leyendas y, en ocasiones, se mezcla con recursos imaginativos que hacen saltar el resorte inconsciente que vela por nuestra seguridad física: que hay cristales en los yogures, que hay cristales en la comida infantil, que hay cuchillas de afeitar en las manzanas, que hay agujas con sida en tal o cual producto… Todo mentira, todo falso y, en realidad, todo imposible.

Muñecos y locos

Una muñeca de porcelana es un objeto inofensivo. ¿Por qué dan tanto miedo a tanta gente? «Las muñecas se utilizan en todos los ritos mágicos», nos decía Santi Camacho. «La magia simpática, la magia que actúa por similitud o analogía, funciona con objetos semejantes, como en el vudú: en teoría, si le clavas un alfiler a la efigie de tu enemigo, éste termina sufriendo de la misma forma. Esta recurrencia a este tipo de efigies se debe a la consideración sagrada y mágica de la figura humana. En algún registro de nuestro “sistema operativo” se mantiene esa prevención: “Cuidado con los muñecos”, parece decirnos esa memoria ancestral».

Y con los payasos ocurre otro tanto. La figura del payaso, relacionada habitualmente con el mundo infantil, no siempre es placentera. El temor que infunde en ocasiones se debe a ese resorte antiguo mediante el cual nuestra historia nos recuerda las noches ancestrales en las que un brujo se pintaba la cara y aseguraba que estaba poseído por espíritus del más allá. ¿Por qué, si no, en muchas películas el asesino es precisamente el payaso?

El grupo de los cuentos y leyendas relacionados con los espíritus y la muerte es muy numeroso. Un oyente nos contaba la siguiente historia: le habían dicho que en una cárcel de mujeres había un conserje que se ocupaba de enterrar a las muertas y que cierta presa imaginó un modo de escapar de la penitenciaría. Le propuso al conserje que, cuando muriera una presa, ella se metería en el ataúd y, así, podría huir. Hicieron un trato y acordaron cumplirlo. Cierto día sonaron a difunto las campanas de la prisión y la presa corrió a meterse apresuradamente en el ataúd de la muerta. Efectivamente, trasladaron el ataúd fuera de la penitenciaría y lo enterraron. La presa esperó entonces que el conserje llegara durante la noche y la liberara. Para hacer tiempo, encendió una cerilla, por ver quién era la presa muerta con la que compartía ataúd. Pero no era una muerta, era el conserje.

«Este tipo de géneros eran popularísimos en las hogueras de campamento», nos decía Santi Camacho. «Siempre salía a relucir un enterrado vivo, un enterrado con un anillo o algo de valor que alguien robaba, un emparedado… Como estas historias no tienen derechos de autor, las utilizan muchos guionistas».

Sin embargo, respecto a los enterrados vivos (véase el capítulo dedicado a este asunto), no sólo existe un temor ancestral sino un temor basado en hechos reales o en el conocimiento expreso de que estos casos se han producido realmente.

Los locos y los psicópatas asesinos configuran un grupo específico entre los personajes de leyendas urbanas. Carmen Porter narró en antena el siguiente episodio: «Una pareja de novios, que pensaba pasar un agradable fin de semana en una casa de campo, viajaba en automóvil por una carretera rodeada de abundante vegetación. Era una noche oscurísima y hacía frío. Habían estado escuchando las noticias en la radio y habían oído que un loco se había escapado de un manicomio cercano. De repente, se quedaron sin gasolina, pero afortunadamente habían pasado una gasolinera muy poco antes, de modo que el chico decidió volver caminando hasta el establecimiento y comprar una garrafa de combustible. A la joven no le hacía gracia quedarse sola en el coche, pero como hacía mucho frío, accedió a permanecer en el automóvil esperando a su novio. La chica se queda en el coche esperando a que llegue su novio. Tenía una lima de uñas en el bolso y comienza a limarse las uñas tranquilamente, pero estaba un poco inquieta… Oía ruidos, pero pensó que los ruidos son normales en medio del bosque… los árboles, el viento… Sin embargo, unos golpes la sobresaltaron. En el capó del coche, alguien golpeaba… *¡Tumb! ¡Tumb!* ¿Qué estaba ocurriendo? Empezaba a estar aterrorizada. *¡Tumb! ¡Tumb!* Inmediatamente, cierra los seguros del coche, pone la radio para intentar calmarse y escucha que aún no han encontrado al loco que se había escapado en el manicomio. Era un psicópata peligroso: les había cortado la cabeza a todos los miembros de toda su familia. Más aterrorizada aún con las noticias, muerta de pánico, decide abandonar el coche e ir a buscar a su novio. Abre la puerta y corre desesperada en dirección a la lejana gasolinera… De pronto, se vuelve para ver cuál era la causa de los golpes en el coche y ve a un individuo con los ojos inyectados en sangre y una sonrisa sádica subido al

automóvil… Agarrada por los pelos, tiene la cabeza de su novio, y golpea con ella el capó: *¡Tumb! ¡Tumb!*».

«Desde el punto de vista truculento, estamos viviendo una especie de pequeña tregua», decía Santiago Camacho. La última leyenda urbana con fuerza que se estaba popularizando en Estados Unidos contaba un suceso que le había ocurrido a un empleado de un peaje de autopista. Cierta noche observa cómo llega al peaje un automóvil con varios jóvenes que, aparentemente, desean divertirse. El empleado extiende la mano para coger el tique… pero, en un rápido movimiento, uno de estos jovencitos le coloca una esposa en la muñeca… El coche sale a toda velocidad, llevándose la barrera por delante. La esposa está atada a una cuerda y la cuerda va desenrollándose desde la ventanilla trasera del vehículo. El desesperado funcionario piensa que ha dado con un grupo de psicópatas, absolutamente desalmados, y que en algún momento sentirá el tirón fatal que le arrancará de cuajo la mano y quién sabe si el brazo. Intenta zafarse de la esposa por todos los medios, pero es imposible. Al final, cuando ya lo da todo por perdido, descubre que la cuerda se desprende del coche… sin que ocurra nada. Y oye unas risas malévolas en ese coche que se aleja…

Brevísima recopilación

A las historias sobre robos de órganos, en todas sus variantes, hay que añadir los mitos industriales (nadie sabe la fórmula de cierta bebida gaseosa), las leyendas filantrópicas (coleccionar los plásticos de las cajetillas de tabaco, cooperar con enfermos inexistentes), las leyendas tecnológicas (aviones que generan lluvia a fuerza de impactar con las nubes; el año 2000 se iban a bloquear todos los sistemas, incluso las neveras y las batidoras domésticas); leyendas conspiranoicas (el Gobierno franquista inyectaba bromuro en el pan; España es el país con más accidentes de autobuses repletos de ancianos… ¿por qué será?); leyendas de animales (los cocodrilos albinos que infestan las cloacas de Nueva York), etcétera, etcétera.

Un submarinista que aparece calcinado en un bosque: un hidroavión lo ha succionado en un pantano y lo ha arrojado sobre las llamas de un incendio. En una boda, unos amigos un tanto bestias, utilizaron una sierra mecánica para cortarle la corbata al novio y acabaron degollándolo. Hay serpientes y parásitos que se instalan en los seres humanos y es necesario ayunar durante varios días para que se mueran, o comer mucho para que no nos devoren por dentro. Mujeres con fuertes dolores de oídos a las que se les extrae un insecto… hembra; luego ha desovado dentro y el cerebro está lleno de larvas. Hombres que fallecen mientras realizan el acto sexual y las dos personas quedan enganchadas de tal manera que tienen que separarlos en un hospital. Mujeres que desaparecen en los probadores de las tiendas. Una pareja que viaja a China entra en un restaurante y pide con gestos que también le den algo a su perrito; el camarero no lo entiende, se lleva al perrito y se lo sirve asado en una bandeja. El abuelo abandonado en la gasolinera. Un hombre ataviado con una

gabardina ofrece a los niños caramelos con drogas y calcomanías con alucinógenos. En ciertos discos, escuchados en sentido contrario al normal, hay conjuros demoníacos, como en el *Sgt Peppers* de los Beatles. Los gobiernos utilizan tácticas de adiestramiento subliminal. Hay listados enteros de aditivos alimenticios que son cancerígenos, etcétera.

Para finalizar este capítulo, relataremos una historia que nos ha contado un amigo. Bueno, no es que el caso le sucediera a él, pero sabe de buena tinta que quien se lo contó no mentía en absoluto… Resulta que ese hombre iba en su automóvil tranquilamente y, de pronto, se le reventó una rueda. Al poco, pasó por allí un motorista, que se ofreció a ayudarle a cambiar la rueda. Cuando el amable motorista se quitó el casco… ¿a que no adivináis quién era? ¡El mismísimo rey Don Juan Carlos! Esto es verdad. Nos lo han asegurado.

Ooparts

«Había gigantes en la Tierra por aquellos días, y también después, cuando los hijos de Dios se unieron a las hijas de los hombres, y ellas les dieron hijos. Éstos fueron los héroes que fueron desde muy antiguo hombres famosos».

GÉN 6,4.

Los *ooparts* son objetos que no deberían estar ahí. Son *out of place artifacts*, es decir, objetos fuera de lugar… fuera del lugar y del tiempo que les corresponde. No es necesario remitirse a ejemplos imaginados: ¿qué sentido tiene una pila eléctrica en la antigua Babilonia? ¿Qué representa el hallazgo de un avión de juguete en el antiguo Egipto? ¿Para qué utilizaban los griegos clásicos un mecanismo relojero de astronomía? ¿Qué significan los signos caligráficos encontrados en civilizaciones que no deberían conocer la escritura? ¿Por qué hay representaciones de dioses con escafandra en las cuevas primitivas del norte de África? ¿Puede entenderse que civilizaciones con un nivel técnico limitado tallaran calaveras de cuarzo que incluso en la actualidad sería complejísimo fabricar? ¿Será cierto que los antiguos egipcios tenían la tecnología apropiada para tallar y pulimentar lentes? ¿No nos habían dicho que los dinosaurios del período Jurásico y los hombres no convivieron? ¿Entonces, por qué hay huellas humanas —quizá demasiado grandes— junto a ciertas impresiones de saurios en América? ¿Por qué los antiguos textos hinduistas hablaban de naves que se desplazaban a propulsión, con numerosos detalles técnicos, como el tipo de carburante que necesitaban?

Estos objetos que deberían enloquecer a los historiadores y que se apartan prudentemente —porque resultan molestos e incómodos— son los famosos *ooparts*. A lo largo de las próximas páginas se estudiarán algunos de los más peculiares y se analizará —hasta donde se pueda— qué sentido tienen y cuáles son las explicaciones que se han ofrecido al respecto.

Arqueología imposible

La presencia de estos objetos en un lugar que no les corresponde desde el punto de vista de la historiografía y la arqueología oficial ha sugerido posibilidades de todo tipo. La más radical sugiere que hubo, en un momento del pasado, una civilización —original y perdida, o extraña y visitante— que mantuvo contacto con culturas tecnológicamente menos avanzadas. Estas culturas no siempre habrían comprendido a esos visitantes o vecinos, pero conservaron en su iconografía o en sus objetos o en sus templos esas piezas que hoy resultan desconcertantes.

La explicación de los historiadores que prefieren no meterse en tierras movedizas advierte que simplemente se trata de pequeñas casualidades, piezas estrafalarias o

anomalías que no invalidan lo que se sabe. Este grupo de especialistas suele recordar que a lo largo de la historia se han dado muchos casos de personalidades visionarias e imaginativas que han fabricado objetos que no tienen ningún sentido en el ámbito de su propia cultura o civilización.

Nacho Ares es director de la revista *De Arqueología* y puede afirmarse que tiene una mirada escéptica a la hora de evaluar este tipo de objetos y episodios anacrónicos. Sin embargo, admite que algunas de las piezas señaladas verdaderamente desafían a la ciencia. «El término *oopart*, al menos desde la perspectiva arqueológica, se ha quedado evidentemente pequeño. En algún sentido, al menos, objetos tan enormes, o tan grandiosos, como la gran pirámide son en sí mismos un objeto fuera de lugar». Desde hace algunas décadas se consideraban *ooparts* esos pequeños objetos curiosos y extravagantes a los que resultaba difícil situar en su contexto histórico, pero según Nacho Ares, las investigaciones de monumentos grandiosos, como las pirámides de Egipto, demuestran que su construcción, su ejecución y su finalidad también son motivos de dudas: simplemente, no se entiende por qué están ahí y qué significan realmente. «Son objetos y lugares, en definitiva, momentos históricos del pasado del hombre que no encajan en la idiosincrasia propia de la cultura que vivió en ese espacio-tiempo determinado; es decir, son objetos que nos llaman la atención porque son excesivamente sofisticados, excesivamente extraños o que se salen de las coordenadas normales de la cultura que vive en ese lugar y ese momento concreto».

Nacho Ares nos recordaba que hay especialistas en arqueología que simplemente niegan esta posibilidad y que se ciñen a la ciencia académica, pero que también hay investigadores considerados en su disciplina que no se apartan cuando se les presentan estos episodios aparentemente anacrónicos. «Hay investigadores académicos serios que lindan este tipo de investigaciones y que hacen pequeñas incursiones en el mundo del misterio, aunque de una manera más ortodoxa y también muy genérica». Manuel Delgado es autor de *El secreto de la gran pirámide* y especialista en el apasionante mundo de la egiptología. En su opinión, Egipto es un verdadero enigma histórico que hay que interrogar desde otras perspectivas. La egiptología moderna, más abierta, está incorporando a especialistas de otras ramas del saber, de otras disciplinas, porque sus conocimientos son necesarios para explicar la historia. Es imprescindible, por ejemplo, que ingenieros, arquitectos o astrónomos ayuden a los historiadores que desean explicar las construcciones egipcias; o que médicos y cirujanos colaboren a la hora de estudiar la medicina del país del Nilo. Estos estudios multidisciplinares están revolucionando la comprensión de esa antigua civilización. «Lo importante es el tipo de preguntas que se plantean. A fin de cuentas, yo creo que cada uno encuentra lo que va buscando: los arqueólogos convencionales se hacen preguntas que implícitamente explican lo que descubren. Y, por otro lado, los más excéntricos, con sus preguntas responden lo que desean comunicar finalmente. Por ejemplo, si se ve un objeto en el cielo, uno preguntará qué tipo de

fenómeno meteorológico será, y dará una explicación de tipo natural; en cambio, un conspiranoico preguntará por las actividades de organizaciones secretas, y responderá en consecuencia».

Son respuestas condicionadas, de modo que las preguntas deben plantearse de otro modo. Si nos preguntamos sin ningún prejuicio qué hizo Keops en la Gran Pirámide, tal vez la respuesta sea: «No lo sabemos». Y tal vez sea la conclusión más honrada desde el punto de vista intelectual.

Javier Sierra, director de la revista *Más Allá*, es el autor de un libro que cuadra muy bien en este asunto, *En busca de la edad de oro*. Su planteamiento —como es habitual— no consistía en mantenerse estupefacto ante esos objetos que parecen conspirar contra toda la historiografía académica, sino ir un tanto más allá: «Traté de leer qué es lo que había detrás de esos objetos anacrónicos, esas construcciones ininteligibles para su época o esos episodios incomprensibles en su tiempo. Y lo que había detrás, o lo que hay detrás, es algo tremendamente importante. Según decían los griegos, y también lo decían los antiguos hindúes, y también está recogido en la mitología egipcia, antes de la historia conocida hubo otra *historia*. Una historia en la que hubo civilizaciones desarrolladas, en la que se conocían ciencias que se perdieron o se olvidaron. Esas ciencias, según los antiguos, ya se conocían. Y a esa historia olvidada o perdida actualmente los griegos la llamaban la Edad de Oro. Los egipcios la llamaban el Zep Tepi, el Primer Tiempo. Es una época en la que se mezcla un poco lo mitológico con lo real. Los egipcios decían que ese Zep Tepi fue un tiempo en el que los dioses y los hombres convivían y aseguraban que había una especie de estirpe de semidioses que gobernaban la Tierra y hacían proezas».

En esa nebulosa de mitología e historia se hablaba de un desarrollo civilizador del que, en principio, sólo nos habrían quedado ciertos fogonazos de luz… Javier Sierra habla de «guiños de la Edad de Oro». Esos resplandores de una época mítica serían esos objetos y piezas que parecen retar a la ciencia y a la Historia.

Debe añadirse que tales objetos están datados perfectamente y que no se trata de falsificaciones o timos para ingenuos. No: son objetos cronológicamente anómalos, y en ningún caso estafas arqueológicas. Puede que su persistencia haga tambalear los cimientos de la historia conocida y por eso suelen aparecer en rincones de museos o se custodian con mil llaves, alejadas de preguntas indiscretas. Durante siglos se nos ha contado una historia que estos objetos parecen desmentir o, al menos, cuestionar. Por eso es materia de *Milenio 3*.

Antigüedad electrizante

En el devastado Irak, en el museo de la ciudad de Bagdad, se custodiaba —desapareció durante los saqueos posteriores a la invasión norteamericana de 2003— un objeto que se llamaba la Pila de Bagdad. Era una pequeña vasija de arcilla, datada en el siglo II a.C. Tenía una tapa de asfalto y estaba atravesada por un tubo de cobre

que albergaba una varilla de hierro corroída por un ácido. El ingeniero alemán, Wilhelm König, en 1936, comprendió que estaba ante una rudimentaria pila eléctrica.

¿Esto es posible? ¿Es ficción? ¿Es una estafa o una cosa de locos? ¿O es que alguien sabía más de lo que nos cuentan?

«Pues sí», contesta Nacho Ares sin dudar, «es cierto». Nuestro compañero nos recordaba que ese hallazgo ha de entenderse en los términos de la ciencia arqueológica de finales del siglo XIX y principios del XX, cuando esta disciplina estaba en manos de aficionados con dinero. No eran expertos. Eran hombres apasionados —y ricos— que, en parte, jugaban a ser exploradores, pero que ofrecieron grandes hallazgos arqueológicos. Por esa razón a menudo cometían errores graves en las dataciones y en los trabajos de investigación. «König encontró la pila en el museo de la capital iraquí y el arqueólogo la había etiquetado como "Vasija votiva" o "Vasija para rituales religiosos". Su función real era otra bien distinta».

La Pila de Bagdad tiene más de dos mil años de antigüedad. ¿Para qué servía? En apariencia era una pila que podía generar electricidad. Otra cuestión es si efectivamente ellos conocían la electricidad o si el descubrimiento había sido casual o producto de una investigación. Supongamos que la conocían. ¿Para qué la utilizaban?

La respuesta está en la vanidad.

En el museo de Bagdad y en el museo de El Cairo, por ejemplo, hay joyas que tienen una pátina dorada, una especie de recubrimiento dorado, pero que no es oro. Son falsificaciones antiguas. Joyas antiguas falsas: parecen de oro sin serlo.

Esta certeza había incomodado mucho a los historiadores, porque la única manera de conseguir esa falsificación es por medio de la electrólisis. «Quizá éste era el fin de la Pila de Bagdad», sugiere Nacho Ares. «Únicamente añadiendo un elemento galvánico que podían haber conocido perfectamente hace dos milenios, como el zumo de naranja o el vinagre, podían funcionar esas pilas».

Los arqueólogos de Estados Unidos, ante esta posibilidad, hicieron reconstrucciones de esas baterías y fueron capaces de producir una carga muy pequeña, de 0,5 a 1,5 voltios, lo suficiente al parecer para falsificar joyas hace dos mil años.

«Era un aparato muy primitivo», dice Javier Sierra, «pero los experimentos fueron muy emocionantes: se agregaba zumo de uva, es decir, ácido, y aquello provocaba una reacción pequeña… pero efectiva».

Nuestros compañeros nos dejaban estupefactos. «Y eso sólo es el principio», decía Javier Sierra. «Hay otros ejemplos, todavía más sorprendentes, que nos hablan de un manejo de la electricidad a gran escala y que todavía hoy se nos ponen los pelos de punta…».

En 1952, en una provincia interior de China, se estaban realizando unos trabajos para construir un campo deportivo y, de repente, una parte del terreno se hunde. Resulta que allí había una cueva en la que descubrieron un completo ajuar funerario de un guerrero que vivió, aproximadamente, en el siglo II a.C. Encontraron joyas de

todo tipo, armas, toda la armadura completa del guerrero, etcétera. Pero cuando extrajeron el cadáver… ¡su cinturón tenía una hebilla de aluminio! Para que se entienda: el aluminio se fabrica con un mineral llamado bauxita. Estos procesos industriales de manufacturación de aluminio comienzan a partir de 1808. En 1800 se había fabricado la primera pila eléctrica. Pero para fabricar aluminio es necesario algo más que una pila eléctrica; es necesaria una importante cantidad de energía eléctrica. Bien, pues allí estaba aquel chino, con una hebilla de aluminio de hace 2.200 años.

Manuel Delgado está persuadido de que hace 2.000 o 3.000 años hubo personas que tuvieron acceso a la electricidad. «Sí, hay objetos en el museo de El Cairo en los que se han fundido oro y plata y, por la naturaleza de los metales, este procedimiento sólo se puede realizar mediante electrólisis, y eso implica el conocimiento de la electricidad».

Un planteamiento interesante sería, por ejemplo, éste: para fabricar un objeto que produzca electricidad, se debe conocer antes la electricidad. ¿O no? Nadie construye objetos sin función. ¿Es probable que conocieran la electricidad por otras razones y que intentaran imitar máquinas u objetos que habían visto y que sabían que producían esos efectos?

«Tenemos muchas razones para pensar que también en Egipto conocían la electricidad», aseguraba Manuel Delgado. «Desde luego, yo no creo que en Egipto se manejara todo este tipo de conocimientos a nivel popular. En fin, el 99 por ciento de la población ni siquiera conocía la escritura jeroglífica».

Los altos conocimientos —y la escritura era uno de ellos— se consideraban mágicos y sólo estaban al alcance de las castas más elevadas, desde los escribas a los sacerdotes, los nobles y los adjuntos al faraón. Si los egipcios conocían la electricidad, ese tipo de conocimientos se reducirían al estricto recinto sagrado: no se puede pensar que los egipcios teman luz eléctrica en sus casas, por supuesto.

Manuel Delgado está convencido de que aquellos clanes o pequeños grupúsculos, que desde Egipto hasta hoy se han mantenido en la oscuridad y que se han ido transformando en diversas sociedades secretas, sí tenían y ostentaban ese tipo de conocimientos. En su opinión, en el templo de Dendera hay pruebas de que allí se habían instalado una especie de líneas de cobre fundido y de plomo fundido. «En la escalera que da acceso a una terraza, se ve cómo los antiguos sacerdotes llevaban algo muy parecido a un arca, con la imagen de una serpiente, representación de la energía. Y cuando la subían, iba cargada, y cuando bajaba del techo del templo, por otra escalera, el arca ya no tenía la serpiente. Es decir, de alguna forma, se había "descargado" en el templo. No sabemos todavía cómo».

El templo de Dendera se comenzó a construir en el siglo I a.C.

El mapa de Piri Reis

Debería hablarse más propiamente de *los mapas* de Piri Reis. Fueron descubiertos en 1929, cuando el palacio Topkapi de Estambul estaba siendo remodelado para convertirse en el nuevo Museo de Antigüedades. Su director descubrió que esos mapas habían sido trazados por el marino Piri Reis, un almirante turco de la flota otomana del siglo XVI. Fueron fechados en 1513.

Los mapas se realizaron a varias tintas y sobre piel de gacela. En ellos están cartografiadas las costas de Gran Bretaña, España, África occidental y parte de Norteamérica y Sudamérica, además de la costa antártica. Según algunas de las anotaciones del autor, confeccionó sus mapas utilizando veinte cartas navales y ocho mapamundis realizados en la época de Alejandro Magno, en el siglo VI a.C.

Dependiendo de quién narre la historia, Piri Reis era un almirante o un pirata. La actividad de los turcos en aquella época era muy intensa y se asegura que pudieron apoderarse de otros tesoros y objetos sumamente importantes.

Para Javier Sierra, que ha tenido en sus manos esa joya, el mapa de Piri Reis es casi un objeto de culto. La importancia de esos mapas en la cultura turca es decisiva y, sin embargo, se da una contradicción sorprendente: «Si un turista viaja hoy a Turquía, tendrá que adquirir liras turcas. El billete de 10.000.000 liras turcas (el valor de la lira es casi nulo, como en la vieja lira italiana), tiene en su reverso el mapa de Piri Reis. Si decide visitar el Museo Naval de Estambul, encontrará el mapa de Piri Reis reproducido a una escala gigantesca en piedra». Todos los barcos de la marina mercante turca tienen el mapa de Piri Reis, «en vez de la chica *Playboy*», nos decía Javier Sierra. Todas las embajadas y oficinas de turismo turcas tienen reproducciones del mapa de Piri Reis o del Atlas se Piri Reis. Es decir, los turcos se sienten orgullosos de poseer ese mapa y lo consideran un tesoro nacional. «Ahora bien», señalaba el director de *Más Allá*, «si uno va al Museo Topkapi de Estambul y pregunta por el mapa de Piri Reis… Le mostrarán los puñales de los sultanes, las coronas de los sultanes, los cetros de los sultanes, las sillas de los sultanes, pero no le van a enseñar el mapa de Piri Reis».

Es difícil encontrar una explicación a esta incoherencia. Sería como si en España se escondiera el lienzo de *Las Meninas* de Velázquez. El mítico líder turco Mustafá Kemal Ataturk (1881-1938) tuvo el mapa en su despacho y ordenó los primeros análisis. Este político, verdadero padre de la patria turca, fue en realidad quien creó el mito de los mapas de Piri Reis. Tras su muerte, quedó oculto. Lo habían metido en un cajón de madera, lo habían encerrado en una estantería hermética de la biblioteca del Museo Topkapi y nadie lo había visto… Javier Sierra fue el primero que tuvo acceso a él después de esa ocultación. (Sugirió y denunció que tal vez alguien había vendido los mapas, o se había estropeado, o… Así que las autoridades se vieron obligadas a mostrarlo).

Para Javier Sierra era importante verlo, ¿pero era importante para las autoridades no mostrarlo? ¿Qué tiene de singular?

«Tiene muchas cosas muy interesantes. Ese mapa de 1513 fue dibujado por Piri

Reis y era en realidad un regalo para el sultán de Egipto, que en aquella época estaba bajo dominio turco. Era un atlas grande, enorme, de más de un metro de ancho. Del mapa que nos interesa solamente conservamos la mitad. Lo que se ve en la mitad de ese mapa es: Portugal y una parte de la península Ibérica, el cuerno de África, algo de las Islas Británicas y un continente que parece América Central y Sudamérica».

En 1513, fecha de composición del mapa, hacía tan sólo quince años que los españoles habían llegado al Nuevo Mundo y, entre otras cosas, no se conocía la existencia de los Andes. Los Andes no se ven desde la costa y, sin embargo, ahí aparecen representados: en el sitio correcto, donde tienen que estar los Andes. Tampoco se había descubierto ni explorado el Orinoco y, sin embargo, ahí aparece representado el río Orinoco. Tampoco se tenía noticias del Amazonas y… bueno, ahí está. También aparecen representaciones de varios enclaves topográficos de los que sólo se tuvo constancia en Europa cincuenta o cien años más tarde, como las Islas Malvinas, que no se descubrirían hasta 1592 por el marino inglés John Davis. Otro detalle es la perspectiva: parece realizado como si se hubiera dispuesto de una posición privilegiada. El mapa de Piri Reis no se ajusta a la proyección de los mapas actuales; parece como si estuviera registrado desde una altura determinada. Es como si un ojo, desde una cápsula a muchos kilómetros de altura, hubiera hecho una fotografía de nuestro planeta. Esa proyección, realizada desde esa altura, es la que aparece en el mapa de Piri Reis. El eje de proyección está en El Cairo.

«Lo curioso es que el propio Piri Reis, en ese mismo mapa, da cuenta de dónde ha obtenido toda esa información. Y él cuenta, en turco, cómo secuestró "amablemente" cierto mapa a uno de los pilotos del tercer viaje de Colón en el Mediterráneo y que, además, había consultado mapas antiquísimos, anteriores a Cristo, donde ya aparecía esa información».

Actualmente, el debate arqueológico e historiográfico parece centrarse en otro detalle increíble: al parecer, en la parte inferior del mapa se delinean las costas de mi nuevo continente, la Antártida. Esto, simplemente, no es posible y sin embargo, no puede ser otra cosa… «Lo más curioso es que parece describir el perfil de este continente… sin hielos», dice Nacho Ares.

Si Piri Reis copió un mapa en el que los perfiles antárticos no tenían hielo, y eso ocurrió hace miles y miles de años, significaría que el original que utilizó Piri Reis… «Algunos investigadores han planteado la posibilidad de que ese continente azul sea precisamente una representación de la mítica Atlántida. Es posible que la tradición de la Atlántida esté relacionada, de alguna manera, con la Antártida… eso no lo sabemos, porque es pura especulación y no hay documentos que lo avalen».

Según algunos geólogos el continente que Piri Reis dibujó en la parte inferior del mapa no puede ser la Antártida. En primer lugar, porque las costas representadas no se parecen en nada a las costas heladas del continente y, desde luego, tampoco a las costas terrestres. En segundo lugar, Piri Reis dibujó unos animales allí que parecen tener más relación con Tierra de Fuego y el continente americano que con la

Antártida.

«El mapa de Piri Reis es un auténtico y fascinante *oopart*», asegura Nacho Ares. «Algunos detalles, como los límites del continente sur, pueden discutirse o evaluarse, pero otros no: la representación de las Islas Malvinas no tiene ninguna explicación».

Es necesario recordar al lector una historia que ya se narró a propósito de Cristóbal Colón y ciertos mapas que podría haber utilizado antes de emprender su aventura (véase el capítulo de Cristóbal Colón). Recuérdese la tesis de Gavin Menzies en su libro *1421: el año en que China descubrió el mundo*. Allí se contaba que la armada china había desplegado una singular actividad a principios del siglo XV, más de setenta años antes del «descubrimiento oficial» de América. Según el autor citado, esa flota alcanzó las costas americanas y Australia, consiguieron doblar el Cabo de Hornos y el Estrecho de Magallanes (bautizados más tarde con esos nombres, evidentemente). En teoría, los chinos consignaron esos descubrimientos de un modo muy preciso y, según Menzies, semejante información llegó a Venecia en la década de 1430, donde semejante mapa habría sido difundido en todo o en parte. En algún caso, se aseguró que Colón dispuso de él y, en el caso de Piri Reis, también se ha llegado a asegurar que fueron esos mapas chinos los que empleó para delinear el suyo.

Tassili

En el sur de Argelia, en el desierto del Sahara, hay una zona frecuentada por los tuareg que se denomina Tassili. En 1957, Henri Lothe descubrió importantes pinturas rupestres que podrían datarse, según los historiadores ortodoxos, en torno al año 3.500 a.C. Otros investigadores cifran su edad en torno a los 8.000 años o más. Es Patrimonio de la Humanidad desde 1982 y el entorno constituye el Parque Nacional de Tassili n'Ajjer.

En esas cuevas de Tassili, en esas pinturas, parecen concentrarse todos los misterios. J. J. Benítez es uno de los investigadores apasionados por las extrañísimas representaciones neolíticas del Sahara y nos explicaba cómo es el lugar y qué hay allí: «Es un lugar privilegiado. Es una inmensa meseta: parece un gran portaviones de unos 1.800 metros de altura y tiene la longitud de 700 kilómetros. Es un lugar al que se llega con muchas dificultades, porque se necesitan, como mínimo, entre cuatro y seis horas para subir andando. Si pensáramos en una observación o una investigación de seres de otros lugares que quisieran experimentar o estudiar a los nativos, con la gente de la Edad de Piedra, ése sería un lugar ideal».

Allí hay una pintura especialmente llamativa: parece un objeto ovoide que está posado en el suelo, del que salen llamas. Delante de ese objeto aparece representado un ser con una escafandra y con una especie de mochila en la espalda. Un tubo une la escafandra y la mochila. Ese individuo está arrastrando hacia el objeto ovoide a cuatro mujeres, una de ellas con un niño de perfiles negroides. Las mujeres aparecen

desnudas. «Para los arqueólogos y los paleontólogos no hay explicación», dice J. J. Benítez, «pero para nosotros, para la gente que tiene un bagaje mínimo de investigación y de estudios sobre estos asuntos, está bastante claro».

En un mundo racionalista y poco dado a las hipótesis imaginativas, da un poco de reparo explicar las palabras de J. J. Benítez… En fin, lo que sugiere J. J. Benítez es esto: que unos seres de otros mundos o de otros tiempos raptaron a varias mujeres y se las llevaron en una nave, en ese objeto esférico u ovoidal que expulsaba llamas. El episodio, si sucedió así, debió conmocionar a aquel pueblo primitivo y lo representaron en sus cuevas.

La respuesta de Manuel Delgado es terminante: «Hay cosas que deberían hacer replantear la Historia».

El hecho es que ese episodio o episodios muy semejantes se encuentran en todos los grandes libros sagrados de las grandes religiones. Manuel Delgado nos recordaba que en la Biblia se asegura que los ángeles del cielo bajaron y vieron a las hembras de los hombres, y las consideraron hermosas, las fecundaron y crearon la raza de los grandes héroes de la Antigüedad. «Yo creo que este mestizaje cósmico-terrenal sí se ha producido. No sé si se está produciendo ahora, posiblemente también, pero creo que se ha producido en el pasado. Y tenemos suficientes referencias como para, por lo menos, plantearnos la hipótesis». En el Tassili existen pinturas de siete mil a nueve mil años de antigüedad en las que aparecen egipcios, absolutamente con todos los rasgos e indumentarias con que son conocidos hoy. Y en algunos relieves de las tumbas del Valle de los Reyes, Manuel Delgado asegura haber encontrado representaciones de personajes exactamente iguales a los que aparecen en las pinturas del Tassili, incluidos todos esos hombres con escafandra.

«Yo creo que la ciencia terminará por aceptar alguno de estos planteamientos», explica Javier Sierra. «Terminará aceptando la posibilidad de que podamos haber sido visitados por otras civilizaciones en el remoto pasado de este planeta. Y digo que terminará aceptándolo porque algunos de los popes de la ciencia ya lo han aceptado. Por ejemplo, Francis Crick, que es nada menos que Premio Nobel por haber descubierto la espiral de ADN, se dio cuenta de una cosa elemental, muy obvia, pero muy importante: que de donde no hay vida, no puede nacer vida».

La opinión de Sierra, en fin, es que la vida podría haber llegado a la tierra porque *alguien* la trajo. «Una inteligencia pudo haberla traído y haberla sembrado como esporas por todo el planeta, quizá a bordo de naves espaciales en el más remoto pasado».

Nacho Ares, quizá desde una perspectiva más ortodoxa, lamenta que las culturas del norte africano aún no estén bien estudiadas. «Prácticamente no sabemos nada». Sabemos que allí pudo gestarse la iconografía faraónica, porque hay huellas evidentes de ello, o más o menos evidentes, y poco más, porque resulta muy difícil realizar una datación ajustada, entre otras razones. «Yo creo que la ciencia, poco a poco, tiene que ir abriendo expectativas y mirar hacia el futuro. En lugares tan vírgenes y tan

desconocidos como la cornisa norafricana y el Tassili, poco a poco irán apareciendo elementos culturales y civilizadores que seguramente plantearán problemas históricos que solamente podrán tener respuesta si respondemos antes a esos enigmas que nos plantean». ¿Quién raptaba a las mujeres del Sahara hace diez mil años? ¿Quiénes eran?

Antikitera

Grecia: uno de esos saltos intelectuales prodigiosos en la Historia de la Humanidad, una de esas etapas en las que el hombre sí parece haber avanzado de un modo tan espectacular como inexplicable, una época en la que el hombre adquiere conciencia del poder de la razón y la inteligencia. Eso sí que es un misterio.

Algunos investigadores piensan que la Edad de Oro de Grecia conoció elementos que hoy se han perdido. Al fin y al cabo, los griegos sabían que la Tierra era una esfera y ese conocimiento acabó por desvanecerse durante muchos siglos. Uno de los rastros que podrían indicar que en Grecia se conocían más técnicas de las que nos han sido legadas es la famosa Máquina de Antikitera.

Este artefacto está datado en el siglo I a.C. La llamada máquina fue hallada en la isla griega de Antikitera y en la actualidad está expuesta en el Museo Arqueológico de Atenas. Se trata de un objeto pequeño, una placa de bronce en la que se muestra un complejo mecanismo de relojería que parece relacionado con la astronomía. Cuenta con una rueda que posee doscientos cuarenta dientes y otros cuarenta que se engarzan con éstos perfectamente. El dispositivo de la Máquina de Antikitera permitía calcular los meses lunares, los desplazamientos de Marte o Venus o el comienzo de las estaciones.

Carlos Barroso, colaborador de *Milenio 3* y una de las voces *terroríficas* del programa, es también un apasionado indagador de la cultura griega. En su opinión, la Máquina de Antikitera sólo es uno de los miles de misterios que esconde Grecia. «La Máquina de Antikitera aún no se ha explicado: aún tienen que explicarnos qué hacía esa máquina en el siglo I a.C, en ese barco que se hundió frente a la isla de Antikitera. Lo único que puedo decir es que se trata de un instrumento imposible: no debería estar ahí. Un aparato similar no se conoció hasta muchos siglos después».

Cuando se descubrió, en 1900, no se le dio ninguna importancia, nos decía Carlos Barroso. La descubrieron unos pescadores de esponjas y, junto a ella, extrajeron otros restos arqueológicos, estatuas, otros objetos y piezas de bronce, a los que dieron mayor importancia. «Fue el arqueólogo Valerio Strais quien reparó en la presencia de esa extraña máquina un par de años después de haber sido hallada… Esas piezas de engranaje, esos ejes que parecían el mecanismo de un reloj actual o un reloj de pared antiguo… Después se pudo comprobar que las inscripciones, que hacían referencia al Sol, a la Luna y a otros planetas, correspondían al siglo I a.C».

El detalle es importante: ¿quién iba a pensar que ese mecanismo podía pertenecer a la época griega? Si se había encontrado con restos arqueológicos, ello seguramente se debía a un error o una coincidencia… Quizá algún barco la había abandonado allí mucho tiempo después o había ido a parar al yacimiento marino por otros medios… En fin, el objeto se estudia y se data correctamente en el siglo I a.C. ¿Y…? Y nada. Porque no sabemos qué demonios hacía una máquina como ésa en un barco griego del siglo I a.C. La palabra *oopart* sugiere tanta emoción como frustración: produce una sensación de vértigo saber que esos hechos ocurren —y con más frecuencia de la que imaginamos— y, al tiempo, tener la práctica seguridad de que no podemos explicarlos.

«Es una de las piezas más valoradas por los visitantes que van al Museo Arqueológico Nacional e incluso por el propio Gobierno del país. Se le concede muchísima importancia y la máquina llama muchísimo la atención. Pero está como en una urna y quizá pasa un poco desapercibida entre tanta maravilla como hay en el Museo Arqueológico Nacional de Atenas».

Aviación egipcia

Uno de esos objetos llamados *ooparts* es un pequeño avión de madera hallado en la necrópolis de Saqqara en 1898. También se llamó «simulacro del pájaro». Está tallado en madera de sicómoro y mide catorce centímetros de largo y dieciocho de ancho.

En un principio se pensó que se trataba de la figura de un halcón, pero algo la diferenciaba de las demás: las otras representaban aves propias de la zona y no tenían el ala izquierda un poco más grande que la derecha; o la cola, que era en este caso vertical. La de cualquier ave es horizontal, como se sabe.

Hasta hace poco tiempo, ese «avión» de Saqqara se encontraba en el Museo de El Cairo. Pero ya no está allí. Voló, como decía Nacho Ares con una sonrisa que delataba también la amargura que produce el comportamiento de algunas instituciones arqueológicas. «Sí, era un avión y salió volando».

Dado el interés y los intereses que genera la egiptología, se pensó que esa talla inverosímil era una falsificación. Pero el hecho es que se descubrió en 1898 y en esa época ni siquiera había aviones y, desde luego, no como éste, cuya estructura se parece más a un avión espía estadounidense.

La Pila de Bagdad o el mapa de Piri Reis tienen caracteres propios de la cultura en que se realizaron. De acuerdo, son extraños e increíbles, pero tienen rasgos propios de su época. El caso del avión o pájaro de Saqqara entra más bien en la categoría de objetos cuyas características no encajan en absoluto en la cultura que supuestamente lo diseñó.

Javier Sierra nos contaba que el diseño se sometió a distintas experiencias en un túnel aerodinámico. Se hicieron todos los tests para comprobar si era un objeto

aerodinámico… y lo era. El pájaro de Saqqara se parece a los cazas invisibles F-117. Tiene alas triangulares, el timón alto… En fin, un prodigio de la aeronáutica que debe tener aproximadamente unos mil o mil doscientos años de antigüedad. «Al otro lado del Atlántico, en el Banco Nacional de Bogotá, en Colombia, hay unos objetos de oro que pertenecen a culturas locales y que también tienen ese aspecto aeronáutico extraño», recordaba Javier Sierra.

Manuel Delgado proponía una explicación para este *oopart*: «Estoy convencido de que ellos no sabían que eso podía volar. Y también estoy convencido de que las innumerables representaciones de *boomerangs* en los templos y tumbas egipcias no se deben a que conocieran su uso: ellos jamás supieron que aquello volaba. Hemos encontrado a lo largo de Egipto veintitrés representaciones en tumbas con gente que tiene *boomerangs* en la mano. Lo tienen cogido al revés. Y lo utilizan para golpear en la cabeza a un pato, o están incluso atacando al enemigo. Nunca lo sueltan. Es decir, contaban con objetos que tenían unas características complejas, de aerodinámica perfecta, pero no los utilizaban y no sabían cómo utilizarlos. Estoy convencido de que a los antiguos egipcios les llegaron los flecos de un conocimiento mucho más antiguo…».

Manuel Delgado recordaba que Erik von Daniken explicaba que los habitantes de las islas de Nueva Guinea y Papúa, cuando empezaron a aterrizar los aviones del ejército norteamericano durante la Segunda Guerra Mundial, los consideraron dioses. E incluso reproducían aquellos aviones con paja, cañas y madera.

Quizá ocurrió lo mismo con los egipcios, quizá ellos o sus ancestros vieron esos objetos. Quizá, como sugería Manuel Delgado, conocieron usos y técnicas avanzadísimas que trataron de imitar: «Yo estoy convencido de que Ramsés II, que está en el Museo de El Cairo, jamás volverá a la vida en ese renacimiento que aseguraba su religión. Pero estoy convencido de que, a lo mejor, ese conocimiento que ellos aplicaban para hacer la ceremonia de la momificación guarda alguna relación con técnicas de criogenización».

Los museos egipcios muestran herramientas artesanales que se identifican inmediatamente con su cultura y civilización, «pero también hay otras que no es posible admitir en su tiempo. De hecho, tampoco podrían hacerse ahora». Manuel Delgado nos contaba que habían encontrado en el templo de Karnak, en Luxor, una perforación realizada con una radial en roca de una enorme dureza: el granito rojo. «Y es indudable que esa perforación está hecha con una radial, porque está manejada a mano, y se va por un lado, y ataca por otro… Aplicaron la electricidad y la tecnología avanzada a las grandes perforaciones, a los cortes con sierra milimétrica. Lo que quiero decir, en fin, es que en Egipto existen los flecos, los últimos coletazos de todo un saber escondido. Quizá no les llegó más que un tanto por ciento muy reducido, pero ello nos indica que antiguamente hubo una gran civilización».

Manuel cree que el puzle que configuran todos estos *ooparts* forma una imagen en la que aparece otra civilización, otros seres y otro saber.

El cronovisor

El cronovisor es un mito —quizá—, o una máquina que en teoría permitiría viajar en el tiempo. Y para que en este sorprendente intento no faltara ningún ingrediente, ahí estaba la Iglesia.

Joan Soles, desde Italia, nos remitía una crónica en la que aseguraba que recuperar los sonidos y las imágenes perdidas había sido siempre una obsesión científica. Edison y Marconi lo intentaron, y Marconi incluso se vio tentado a tratar de recuperar voces de la vida de Jesucristo. Viajar al pasado o conseguir sus sonidos sigue siendo un sueño.

En la década de 1950 el benedictino Pellegrino Ernetti, del monasterio de San Giorgio, cerca de Venecia, habló de su máquina del tiempo y de ciertas antenas de un material desconocido, con un mecanismo para dirigirlas y un complejo sistema de grabación que captaba sonidos del pasado retenidos en «el ambiente etérico». Pero el papa Pío XII les prohibió continuar con aquellos experimentos al padre Ernetti y sus colaboradores.

Algunas teorías científicas parecen sugerir que el tiempo es una dimensión por la que podríamos desplazarnos. Viajar al pasado no parece posible, pero sí al futuro. Si una persona pudiera alejarse lo suficiente de la Tierra, a la velocidad de la luz, al regresar habría pasado muy poco tiempo para esta persona y, en cambio, mucho tiempo lineal en nuestro planeta. El padre Ernetti aseguraba que el pasado no desaparece, porque retiene parte de la energía que tuvo cuando fue generado, cuando fue presente. Y, por consiguiente, en teoría, imágenes o sonidos podrían recuperarse.

A pesar de esa prohibición expresa del Vaticano, Javier Sierra nos aseguraba que de las primeras declaraciones del padre Ernetti se extraía que era un proyecto ultrasecreto encargado precisamente por Pío XII en 1972. Muchos años después de la muerte del Papa, a raíz de la publicación de esta información en el *Corriere della Sera*, él recibió una amonestación directa de Roma, diciendo que este proyecto debía ser alto secreto todavía. «Y vivió durante toda su vida con el peso de esa orden papal. Porque yo llegué a entrevistarme con él en 1993, unos meses antes de su muerte, en la isla de San Giorgio Maggiore, en Venecia. Al final de la entrevista, después de llevar una hora y pico charlando, le pregunté por el cronovisor. Y la cara de aquel hombre cambió. Se volvió a agobiar, se volvió a impresionar y pareció recordar aquella orden que recibió en 1972. Y no quiso hablar de este asunto».

Calaveras

El caso de las calaveras de cuarzo es uno de los más extravagantes de todos los tiempos. En 1927, el explorador Frederick Mitchel-Hedges descubrió sobre un altar de la ciudad maya de Lubaantum en Belize, Honduras, una extraña calavera de cristal de roca, perfectamente pulida y con la mandíbula móvil. El Cráneo del Destino fue

esculpido en una sola pieza. Pesa 5 kilos y 19 gramos y mide 12,7 centímetros de alto, 11,7 de ancho y 19 de profundidad. Sus dientes y mandíbula articulada la convierten en una réplica exacta de un cráneo humano.

La perfección de sus ángulos sugiere que los artesanos poseían una avanzadísima tecnología, ya que el cuarzo es un material muy difícil de trabajar y su estructura hace necesario el uso de láser u otras técnicas que los mayas, en principio, desconocían.

Hay una verdadera historia de ansiedad tras estas calaveras mayas. Al parecer, Mitchel-Hedges no descubrió el cráneo en 1927 en Lubaantum, como afirma la historia convencional, sino que compró el cráneo en una subasta en Sotheby's, en Londres, en plena Guerra Mundial, en 1943. Existen documentos que prueban que el British Museum pujó por ese objeto, hasta 340 libras esterlinas de la época. Mitchel-Hedges pujó hasta las 400 libras y se lo quedó.

Los cráneos de cuarzo, según Javier Sierra, siguen siendo un misterio en todos los sentidos. No parece siquiera que puedan datarse en la fecha que corresponde a las civilizaciones mesoamericanas. El más conocido —hay trece— tiene una serie de características que lo convierten en un objeto alucinante. «Por ejemplo, está hecho en cristal de cuarzo, pero está tallado en contra de la veta de la piedra, lo que hace que las tensiones lleven ese material hasta el punto de la ruptura, como muchos escultores sabrán».

Sin embargo, ese cráneo no se rompió. Quienes lo diseñaron, lo tallaron y lo pulieron consiguieron un objeto perfecto y maravilloso.

Salvo por un detalle: que desbarata la Historia que conocemos.

Tanto en este, como en todos los *ooparts*, las teorías están, más que abiertas, enfrentadas. Muchos de ellos no son más que falsificaciones más o menos interesantes. Otros, sin embargo, parecen querer seguir desafiando a nuestra lógica.

ECM

«Vi un túnel muy largo, y una luz prodigiosa al fondo.
Daba la sensación de que mi vida pasaba
fotograma a fotograma… y al final distinguí a alguien
que me decía que no era mi hora. Entonces regresé
a la mesa de operaciones».

RAYMOND MOODY, *Vida después de la vida*.

ECM: experiencias cercanas a la muerte. Hace treinta años este término sería un completo absurdo. En la actualidad, prácticamente todo el mundo sabe de qué se habla cuando se invoca ese término. La popularidad de toda la iconografía de esas ECM se debe a un libro de Raymond Moody: *Vida después de la vida (Life After Life)*. Fue un libro que revolucionó el concepto que teníamos de la muerte. Y su formidable éxito tenía una razón de ser: tenemos derecho a intentar saber qué será de nuestra existencia cuando el cuerpo ya no albergue nuestro espíritu o nuestra alma o lo que quiera que sea, si lo hay. Los antiguos decían que la muerte iguala al rey y al mendigo, y en las Danzas de la Muerte medievales, los poetas moralistas recordaban a las gentes que sólo hay una cosa cierta en el mundo de los vivos: que tarde o temprano pasaremos a engrosar el mundo de los muertos. Emperadores, monarcas, nobles, hacendados, artesanos, campesinos y mendigos: ella está ahí, pero quizá no sea más que el preludio de otra historia…

Raymond Moody

Uno de los responsables de la edición española de *Vida después de la vida* (Edaf) fue Sebastián Vázquez. En España y en el mundo entero fue todo un *bestseller*, y aún sigue siendo uno de los libros más vendidos. Sebastián Vázquez nos decía que fue un libro que inició un género, y que incluso en las librerías se colocaban carteles donde se anunciaba: «Libros de más allá de la vida» o «Libros de más allá de la muerte». «De verdad se puede decir que existe un antes y un después de la aparición de *Vida después de la vida*», recordaba Sebastián Vázquez. «Hoy cualquier persona oye hablar de aquellos planteamientos, de la luz, el túnel, la posibilidad de ese encuentro con otras personas fallecidas, etcétera, y no le resulta extraño. Todo el mundo ha oído hablar de ello. Pero en 1977 fue una revolución. Además, el trabajo y la investigación hospitalaria que inició Moody continuó después con otros investigadores. Aquel libro cambió el modo de concebir la muerte y el modo de concebir tantas cosas. En cuanto a la experiencia, bien sea real, bien sea fruto de la imaginación o de los fármacos, como otros opinan, lo que es cierto es que esas personas pierden el miedo a la muerte completamente».

En efecto: el libro tuvo la virtud de divulgar un hecho que, en realidad, debía de estar ocurriendo desde hacía cientos y miles de años, puesto que las experiencias eran

increíblemente recurrentes, aunque con variantes, y, desde luego, no es posible imaginar que fuera cosa del azar. El libro de Raymond Moody revolucionó el modo de entender el tránsito hacia la muerte.

¿Quién era Raymond Moody?

Raymond Moody (Georgia, 1944) se doctoró en Filosofía por la Universidad de Virginia en 1965 y se licenció en Medicina y Psiquiatría en el Medical Collage de Georgia en 1976. Tiene una cátedra de Estudios de la Conciencia en la Universidad de Nevada, en Las Vegas.

En 1975 alcanza una gran popularidad, a nivel mundial, por su libro *Vida después de la vida*. En su obra se recogen numerosísimos testimonios de personas que habían vivido este trance. Según sus declaraciones, decidió escribir ese libro tras conocer el caso de un soldado americano, en diciembre de 1943, durante la Segunda Guerra Mundial: este joven, que tenía 20 años entonces, moría de una pulmonía. Nueve minutos más tarde, incomprensiblemente, volvió a la vida y contó su asombrosa experiencia cercana a la muerte.

Moody vendió más de diez millones de ejemplares de su obra.

En 1982, una encuesta de Gallup reveló que cerca de ocho millones de adultos norteamericanos aseguraban haber tenido una ECM. En 1988, Moody publicó otro título con la misma temática: *Más allá de la luz*, y después, *Regresiones*.

A raíz de estas publicaciones, otros médicos y científicos comenzaron sus investigaciones en este campo, como el doctor Kenneth Ring, de la Universidad de Connecticut, quien pudo reunir una gran cantidad de información sobre estas experiencias y creó en 1977 la Asociación Internacional de Experiencias Cercanas a la Muerte (IANDS, International Association for Near-Death Studies). Pero también hubo críticos y escépticos, que aportaron su opinión y sus investigaciones, y ofrecieron distintas explicaciones psicológicas y neurológicas.

En un informe que realizó Moody en 1982, aseguraba que había registrado más de tres millones de casos de personas que habían vivido esta experiencia en Estados Unidos. Moody acuñó varios términos relacionados con esas experiencias ECM, como el de «inefabilidad», que es la imposibilidad de explicar con palabras conocidas lo visto y sentido durante ese trance, y que curiosamente los filólogos suelen utilizar para las descripciones de las experiencias místicas del Siglo de Oro.

En España se han realizado algunas experiencias y estudios relacionados con las ECM. Por ejemplo, la Universidad Complutense de Madrid desarrolló un experimento en el que durante tres años controlaron la actuación de los miembros de una ambulancia. El campo era el grupo de pacientes que estuvieran a en trance de muerte: en días específicos, los enfermeros tratarían de animar a los pacientes con sus palabras, aunque se encontraran inconscientes, y otros días no dirían absolutamente nada. El resultado fue que los pacientes del grupo al que hablaban tenía un porcentaje mucho mayor de recuperaciones que los del otro grupo.

En la introducción de la edición española de *Vida después de la vida* se destacaba

el valor revolucionario de la investigación de Raymond Moody: «Pocos son los libros que modifican conceptos y creencias arraigados poderosamente en la conciencia colectiva de una sociedad y, a su vez, abren un debate intenso y enriquecedor. *Vida después de la vida* es uno de ellos. Cuando en el decenio de 1970 un joven médico norteamericano sacó a la luz el resultado de sus investigaciones en torno a personas declaradas clínicamente muertas y que después habían sido reanimadas, pocos sospecharon la repercusión que estos testimonios iban a tener en la sociedad. Desde entonces, no es posible concebir ningún estudio, debate o planteamiento referido a experiencias próximas a la muerte que no tenga en consideración el trabajo del doctor Moody contenido en esta obra. No nos corresponde especular sobre dichas experiencias, hoy son ya del dominio público y han sido narradas por miles de personas que aseguran verse fuera de sus cuerpos, mientras contemplan la escena flotando por encima de personas y objetos sin poder tocarlos. Tampoco son ya extraños ni el túnel, que afirman recorrer, en cuyo final luminoso encuentran, habitualmente, a amigos y parientes ya fallecidos que les dan la bienvenida cariñosamente. Ni mucho menos, el estado de paz y alegría que los envuelve y elimina el miedo a la muerte para el resto de sus vidas. Nada de esto nos es ajeno. Hoy son cientos los libros y artículos publicados sobre el tema desde aquella fecha. Y son numerosas las personas que han continuado esta misma línea de investigación y han recopilado miles de nuevos testimonios. Y es rara la persona que no conozca o no haya oído hablar de alguien que haya vivido esta experiencia».

Ánima

Los médicos y especialistas que han estudiado estas ECM han descrito diversas fases por las que los individuos o su espíritu atraviesan una vez que han superado la estremecedora frontera que separa la existencia de los vivos del mundo del más allá, si lo hay.

No todo el mundo que ha tenido una experiencia cercana a la muerte tiene que pasar por todas estas fases. Algunas veces sólo se alcanzan la mitad o sólo se viven algunas.

En principio, los testigos señalan, en un gran porcentaje de casos, que flotan sobre su cuerpo físico observando todo lo que está ocurriendo. Y perciben que poseen otro «cuerpo». Suelen presenciar cómo el cuerpo físico permanece inerte en la cama o en el quirófano y escuchan y ven cómo se les declara fallecidos.

La segunda fase describe una elevación: se van elevando y atraviesan un oscuro túnel; a veces es un movimiento por una escalera, o un vacío, también oscuro, el cual se atraviesa con relativa rapidez y, con frecuencia, con la sensación de estar flotando.

La tercera fase comienza cuando ven aparecer una figura al final de ese túnel: suele ser una presencia hermosa, blanca o transparente. Algunas veces hay paisajes, voces o música.

En la cuarta fase, el testigo se torna espectador, no siente dolor ni molestias, distante de su cuerpo físico. Experimentan una sensación de paz interior.

En la quinta, los testigos suelen recordar que hay personas que van a su encuentro, los padres, familiares o amigos difuntos. Normalmente los identifican con personas conocidas que van a buscarlos.

La sexta fase está protagonizada por una voz o una presencia que se identifica de acuerdo con las creencias religiosas del testigo. Lo identifican con Jesucristo, con un ángel, con Buda, etcétera. En ese momento se establece un diálogo sin palabras con ese ser que parece conocer todo sobre el «espíritu» de quien está traspasando la frontera hacia el otro lado.

En la séptima fase se presenta una revisión global, pero íntegra, de lo vivido. Asiste a la «película» de su existencia como espectador. Finalmente, el sujeto se ve frente a un obstáculo, un muro, una pared o una puerta y adquiere una repentina conciencia de que su hora aún no ha llegado.

Aunque suelen gozar de una paz y una tranquilidad indescriptibles, comienzan a sentir que deben volver. Así se lo indican también sus etéreos acompañantes, que le recuerdan al recién llegado que aún tienen asuntos pendientes que resolver en la vida y que deben regresar para cumplir su tarea.

Pero para aprender y conocer más estas ECM, conviene acercarse a las explicaciones del mismísimo doctor Moody. Cuando sobreviene el colapso y el individuo parece cruzar al otro lado… ¿qué ocurre? Se asegura que los rusos, en la época de la guerra fría, realizaron investigaciones prodigiosas sobre las experiencias en estados de coma. ¿Qué ocurre en el coma? ¿Hay sueños? ¿Qué tipo de sueños? Y cuando sobreviene la muerte clínica, ¿que se desata entonces?

«Nos cuentan que, en este punto, cuando el médico declara que están muertos, quieren realmente oír al médico decir: “Ha muerto”, o “Lo hemos perdido”, o algo similar. Cuentan que desde su perspectiva, realmente, se sienten aún muy vivos. En efecto, tienen un mayor grado de consciencia. Tienen la sensación de abandonar sus cuerpos físicos y flotar en posición horizontal, típica de la cama. Y, entonces, miran hacia abajo y pueden ver sus propios cuerpos físicos tumbados en la cama, justo debajo de ellos».

Raymond Moody comprendió que en la mayoría de casos ocurría ese desdoblamiento, pero lo más extraordinario es que no se trataba de visiones generadas por el cerebro, o sueños, o pesadillas, o alucinaciones, sino que parecía haber una concordancia real entre lo que los sujetos describían desde su mundo luminoso y lo que el resto de la Humanidad vivía realmente.

«Eran unas descripciones muy fidedignas de lo que ocurría mientras los médicos intentaban devolverles a la vida. Por ejemplo, mi amiga Kim, que trabaja en la Universidad de Medicina en la Costa Oeste, me contaba que estaba intentando devolver a la vida a una joven paciente llamada María. María había sido considerada como muerta, pero consiguieron revivirla. Y cuando recuperó la consciencia, mi

amiga Kim estaba de pie, junto a su cama. María agarró a Kim del brazo y le contó que mientras intentaban reanimarla, cuando estaba fuera de su cuerpo, salió flotando del hospital y vio un zapato viejo en el alféizar de un piso superior. Kim fue allí y verificó que el zapato estaba exactamente donde la paciente le había indicado».

El proceso continúa a partir de ahí —sólo conocemos las experiencias de los que han «regresado»— y entonces se produce, según los especialistas, un verdadero encuentro con entidades que difícilmente podríamos describir:

«El elemento común quizás más importante de los relatos estudiados, y con toda certeza el que mayor efecto ha producido en el individuo, es el encuentro con una luz muy brillante. Lo típico es que, en su primera aparición, ésta sea débil. Pero rápidamente se hace más brillante, hasta que alcanza un resplandor sobrenatural. Aunque esta luz —generalmente dicen que es blanca o transparente— tiene un brillo indescriptible, muchos de los entrevistados especifican que no daña a la vista, ni deslumbra, ni impide ver las cosas que les rodean. Quizá porque en ese momento ya no tengan ojos físicos para deslumbrarse. No obstante la inusual manifestación de luz, nadie ha expresado duda con respecto a que era un ser: un ser luminoso. Todos afirman que es un ser personal que tiene una personalidad bien definida. El amor y calidez que emanan de él hacia la persona que está muriendo no puede expresarse. Pero ésta se encuentra totalmente rodeada y poseída por él, muy a gusto y totalmente afectada por su presencia. Siente una irresistible atracción magnética ante ese ser. Una atracción inevitable».

En el listado de fases ECM —no siempre ocurre así y se han descrito numerosas variantes— lo más llamativo es el famoso túnel. Curiosamente, el túnel es recurrente a lo largo de la Historia, e incluso el Bosco reflejó hace medio milenio esa experiencia en una obra que se encuentra en el Museo Pozzi de Venecia. ¿Por qué el hombre antiguo describe lo mismo que describen nuestros contemporáneos? ¿Qué clase de arquetipo es ése? ¿Por qué un túnel y no otra cosa? ¿Y cómo es posible que creencias de todo tipo no influyan en ese trance?

«Las creencias religiosas y el pasado de la persona parecen no influir en el hecho de tener la experiencia o no», decía Raymond Moody en una entrevista concedida hace algunos años. «E incluso tampoco parece afectar al contenido de la misma. Hemos hablado con personas que eran ateas o agnósticas antes de la experiencia y han tenido durante su muerte vivencias preciosas y auténticas. Una vez que han vuelto, nos cuentan que están totalmente transformados y que no les cabe ya duda de que existe algún Dios y que hay una vida después de la muerte».

En *Milenio 3*, como luego se comprobará, también tuvimos testimonios que hablaban de esta experiencia gratificante que en muchos casos revolucionaba la vida de los testigos y, en general, para bien.

Una investigación en España

El doctor Enrique Vila López es doctor en Medicina, especialista en microbiología y medicina preventiva, y comenzó a estudiar estos casos en el Hospital de la Macarena, en Sevilla. Es coautor, junto con Julio Marvizón, de *Los viajeros de la mente* y una parte de ese libro revela experiencias de este tipo. Cuando se emitió el programa, el doctor Vila prometía un volumen dedicado exclusivamente a estas experiencias ECM. Nos reconocía que el libro de Moody fue un aldabonazo en el seno de la comunidad científica y que muchos doctores no estaban cómodos ante aquel trabajo. Para él, sin embargo, fue un revulsivo y gracias a ese texto publicado en 1975 comenzó a investigar si era posible que las experiencias descritas tuvieran alguna verosimilitud.

El doctor Vila nos comentaba uno de los primeros casos que tuvo la oportunidad de registrar. Es un caso excepcional, nada parecido a las experiencias comunes, pero de una emoción indescriptible. «Era un niño de 8 años, de la provincia de Córdoba. Se vio afectado por una enfermedad fulminante y lo llevaron al hospital. Yo supe de ese caso años después, cuando ya era un jovencito de 13 o 14 años. Lo que me contó es una experiencia típica de experiencia cercana a la muerte: sale de su cuerpo, ve cuando lo llevan en la ambulancia, ve la luz… lo habitual. Pero hay un detalle que a mí me fascina y… es muy bonito. Recordemos que el niño tenía 8 años: ¿quién fue a buscarlo cuando está en el túnel? Sus padres vivían, sus abuelos vivían, sus hermanos vivían… ¿Quién podía ir a buscarlo? Se encontró con entidades a las que no conocía. "Mire usted", me contaba, "yo había tenido un perro… estaba en la casa cuando yo nací… y yo estuve muy unido a él, hasta que murió. Y cuando me ocurrió eso y estaba allí, con la luz y aquellas personas que no conocía, aquel perro vino a buscarme. Yo no tengo la menor duda: era mi perro"».

El caso es tan hermoso que quizá debería plantear algunos interrogantes sobre esos seres misteriosos que andan por la casa y que nos miran con curiosidad, que siempre están dispuestos para una caricia y que muestran su alegría cuando regresamos.

Pero, en fin, lo normal no es que aparezcan perros o gatos, sino seres humanos. Normalmente son seres fallecidos, nos contaba el doctor Vila, «pero yo he registrado también casos en los que esas entidades son seres que están vivos». Y en la luz, según los casos que ha recogido, también se dan algunas variantes: «Dicen que la luz es blanca, muy bonita y que no molesta a la vista, pues yo tengo casos de luces que son blancas, que molestan a la vista, luces rojas, amarillas, violeta y últimamente estoy encontrándome muchísimos casos de luces azules».

En general, el proceso comienza con un desdoblamiento, con una experiencia extracorpórea. «Sí, el sujeto sale de su cuerpo. Normalmente se ve en una posición elevada o en la habitación del hospital, en el quirófano, o en su casa, o en la calle, si ha sido un accidente. Y, desde arriba, él ve todo lo que sucede. Ellos lo describen como si fuese una película. Ellos son el actor principal. O como si fuese una obra de teatro que están representando. Es normal y habitual».

Antes de pasar adelante, quisimos preguntarle al doctor Vila cuáles eran las opiniones que circulaban en el ámbito profesional y qué explicaciones se esgrimían en casos que parecían tan comunes y frecuentes. «Estas experiencias se han explicado relacionándolas con cierta actividad del lóbulo temporal y también se ha propuesto como una reacción cerebral tras la liberación de endorfinas; en otros casos se habla de falta de oxígeno en el cerebro. Pero esta última explicación no es plausible. Porque cuando hay falta de oxígeno y el sujeto se recupera, los síntomas son parecidos a los que tiene una persona que se hubiese despertado de una intoxicación alcohólica aguda».

En opinión del doctor Vila, no hay más explicación que ésta: lo que los testigos cuentan, les sucede realmente. ¿Cómo ha llegado a esa conclusión? «Lo que da veracidad a estas experiencias es esto, precisamente: que el sujeto es capaz de narrar lo que ha visto, cuenta lo que le han hecho, la maniobras de resucitación, de reanimación, narra lo que estaba diciendo el médico con enorme precisión y, lo más importante: lo que el sujeto dice que vio y lo que ocurrió realmente… concuerda».

Este detalle es importantísimo y permite márgenes de investigación asombrosos. El doctor Vila nos contaba un caso pormenorizadamente donde se había dado esta concordancia asombrosa: tres doctores estaban interviniendo a un paciente en el quirófano y, de pronto, una complicación grave… se rompe una arteria coronaria. Urgentemente se llama a un cirujano cardiovascular. Se le explica el caso a la mujer y a los familiares y se les dice que es muy peligroso. Se le practicó un *bypass*, pero los doctores no podían asegurar nada… El cirujano, en realidad, lo daba por perdido, y le dijo a su esposa: «Mire… si su marido se salva, llévele una vela a la Virgen del Rocío».

Milagrosamente —y gracias al doctor Vila y sus compañeros—, aquel hombre se salvó. Cuando se recuperó, contó que había salido del cuerpo, que había visto la operación, que había salido al pasillo y había visto a sus familiares…

A los dos días, el cirujano cardiovascular pasa por la habitación y el paciente le pide que se acerque. El doctor se inclina sobre él, y el enfermo le dice:

—Oiga… ¿y usted por qué le dijo a mi mujer que le pusiera una vela a la Virgen del Rocío?

El caso es estremecedor. Pero tiene mucha gracia.

El cirujano cardiovascular no pudo dejar de mostrar su asombro, naturalmente. «¿Qué ha pasado aquí…?». El doctor Vila, que ya llevaba algún tiempo investigando casos semejantes, hizo un gesto con la mano y le dijo:

—Da igual. Ya te lo explicaré…

Ese doctor tuvo después alguna experiencia parecida y colaboró con don Enrique Vila en el registro de casos. «También tengo experiencias contrarias. Hay doctores que saben que esas cosas ocurren, porque los pacientes se lo han contado, pero se niegan a creerlo…».

También le preguntamos al doctor Vila si tenía registros en los que los testigos

explicaran algo relacionado con el arquetipo de experiencias gratificantes, paz, sosiego o calma placentera, a pesar de que el cuerpo físico estuviera sufriendo un verdadero tormento. «Sí, y algunos casos son extremadamente curiosos. Tengo algunos casos en los que el paciente ha sido reanimado y "ha vuelto", y entonces le reprochan al médico su actuación: "¿Por qué me ha traído, hombre? ¿Por qué me ha traído?". En muchos casos explican que han estado en un lugar maravilloso y perfecto, rodeados de paz, tranquilidad y gozo. "¡Y me trae usted aquí, que es una lucha continua…!"».

Sin embargo, aunque lo habitual son experiencias placenteras, arquetípicas, en ocasiones los testigos hablan de lugares horrorosos y de «vivencias» espantosas. Lo habitual es creer que los suicidas o aquellos que mueren en circunstancias penosas, por ejemplo, con la influencia de drogas o barbitúricos, pueden tener experiencias angustiosas. «La mayoría de las experiencias son positivas, casi todas. Pero hay un 6 o un 7 por ciento que son negativas. En esos casos no hay paz, ni tranquilidad ni gozo. Allí todo es muy distinto: no hay luz, hay oscuridad. Y en el túnel, en vez de ascender, desciende. Oye gritos, alaridos, llantos… y lo que podría llamarse "el suelo" tampoco es placentero: ese "suelo" ya no es como una nube, sino que es oscuro, negro. Y los sujetos lo pasan bastante mal. Cuando "vuelven", pueden dar síntomas de una afectación psíquica que en muchos casos hay que tratar. ¿Por qué algunas personas tienen la experiencia positiva y otras la negativa? No lo sabemos. Porque una persona que tenga una vida recta y perfecta puede tener una negativa. Y una persona que sea un depravado, que sea una calamidad, la puede tener positiva. No hay una relación entre la vida real y ese tipo de experiencias. ¿Por qué? No lo sabemos».

Aquellos que tienen una mala ECM suelen sufrir secuelas porque verdaderamente no se trata de una pesadilla, sino una realidad. «No es una pesadilla: es una experiencia real, intensa, vívida, fuerte. No ha sido un sueño. Ha sido una cosa que ellos saben que ha sido una realidad, no les cabe duda», explicaba el doctor Enrique Vila.

Para concluir esta interesantísima conversación, de una investigación de ECM en España, le pedimos al doctor que nos adelantara uno de los casos que tiene registrados.

Una señora vivía con su marido, el cual, para desgracia de ambos, es un alcohólico agudo, intenso. Cierto día, están los dos descansando en la cama y el hombre, probablemente enloquecido, coge una escopeta y le pega dos tiros a su esposa en la cara. La mujer es trasladada al hospital inconsciente y está a punto de morir. Los doctores tienen que reconstruirle prácticamente el rostro. La pobre señora estuvo en la UCI y sometida a un tratamiento que se alargó durante más de un año.

La señora le contó su ECM: «Yo estaba allí… con aquella luz y se acercó mi marido, y me dijo: "Perdona, perdona…"; y se fue».

Los familiares de esta señora, dado su estado, no le habían contado lo que había

ocurrido después de aquella agresión: su marido, quizá consciente de lo que había hecho, se había pegado un tiro y había muerto.

Cuando el doctor Vila la entrevistó, la señora le dijo:

—Sí… no me lo habían dicho. Pero yo ya lo sabía.

Testimonios en «Milenio 3»

Es difícil saber si la influencia del libro de Moody ha influido en el inconsciente o el subconsciente para que los casos registrados tengan características semejantes. Quizá el libro sólo espoleó el deseo de comunicarlos y, en realidad, siempre haya sido así.

Algunos especialistas sugieren que las medicinas que se les suministraban a los enfermos podían generar esa suerte de visiones y, en otros casos, se explica que el cerebro, ante una situación de *shock*, reaccionaba generando ese tipo de visiones. En todo caso, ello no explica que los pacientes puedan asistir a actos y acontecimientos de los que no deberían saber nada y, aún más importante, ¿estas razones explican por qué precisamente el cerebro escoge esa secuencia —desdoblamiento, túnel, luz, entes, etcétera— y no otra cualquiera? Y desde algunas ramas de la fisiología se ha intentado demostrar que, dado que el abastecimiento de oxígeno al cerebro se suspende durante la muerte clínica, el fenómeno percibido sería un último estímulo del cerebro. Según Moody el error de esta hipótesis es que muchos de los casos descritos de ECM se produjeron antes de que hubiera cualquier tensión fisiológica. En algunos casos, ni siquiera hubo daño corporal.

José Antonio García Andrade, nuestro «forense de cabecera», por su parte, tiende a creer que en situaciones límite son factibles las alucinaciones de índole visual o auditiva, y en ocasiones podría darse por intoxicación, por ejemplo con la anestesia u otros medicamentos, como ocurre con la intoxicación alcohólica. «Verdaderamente, no podemos hablar del túnel hacia la luz o el túnel hacia la oscuridad. Yo creo que tenemos que tener en cuenta que ese retorno es un retorno que se produce siempre en personas que no llegan a morir. Por lo tanto, podemos establecer que son alucinaciones de tipo psicótico, pero fundamentalmente tóxico».

No se trata de preguntar quién tiene razón sino, más bien, quién puede aportar razones sólidas que nos hagan avanzar en el conocimiento de este extraordinario proceso. ¿Médicos? ¿Forenses? ¿Psicólogos?

En *Milenio 3* los oyentes siempre tienen la última palabra. Son lo más importante, la demostración, noche a noche, de que el misterio sigue existiendo. Pese a quien pese.

Así que es justo que ellos, con sus voces hechas palabra, concluyan este libro. Estas son las experiencias cercanas a la muerte. Las que ellos mismos nos contaron con total confianza. Entre amigos:

«Yo me caí por unas escaleras. Y estuve en coma unas ocho o nueve horas.

Durante ese período yo no soy consciente de nada, claro. Y, entonces, yo sentí… Fue un instante, fue un instante antes de despertarme. Y yo sentí como una luz grande, grande. Yo no soy consciente de un túnel, como dice mucha gente. Era una luz grande, grande. Entonces, yo me sentí con las manos abiertas y me veía las manos abiertas y me decía: "Pero… ¿cómo me voy a morir ahora si tengo las manos vacías? ¿Cómo me voy a morir ahora si no he hecho nada?". Tenía la sensación… "¡No me puedo morir!", eso sentía. Estaba casi como avergonzada… "¡Yo no me puedo morir ahora!". Y, entonces, en ese instante… fue un instante, pero que no se me olvidará mientras viva, volví en mí. Había tenido una sensación de paz, de plenitud, de tranquilidad… ¡y venir a un estado de dolor, a estar fatal, mareada, muy mal, muy mal…! ¡Yo no sabía que iba a sentir ese dolor al volver! Fue un instante tan… Sólo sé que había una claridad tremenda y no sabía delante de quién estaba. Yo no sabía que iba a sentir ese dolor tan tremendo al volver». (Ana, de Cantabria).

«Empecé a notar que me faltaba el oxígeno y me costaba trabajo respirar, y poco a poco me faltaba… hasta que llegó un momento que me entró un ligero sueño, me quedé inconsciente, dormido, dulcemente dormido. Y sí, recuerdo que vi un montón de imágenes, algunas podía recordarlas, pero otras no venían a cuento, como… Era como cuando ves una película en DVD y la pasas para atrás y para adelante rápidamente, esas personas que se mueven hacia atrás o hacia delante tan ligeramente, pues todo era así; eso sí lo recuerdo, pero nada más. Vi imágenes de personas, unas conocidas, otras desconocidas, no lo sé… Había imágenes de las que podía decir: "Sí, esto me ha sucedido a mí", pero otras no las había vivido nunca. Todo fue así, como si pasásemos una cinta, una película. Luego volví poco a poco a despertar, como si me hubiera quedado dormido; desperté muy cansado, el cuerpo me temblaba y estaba sudoroso, muy sudoroso. Yo no sentí nada, simplemente al despertar me di cuenta de que todo eso había sucedido». (Alberto, de Badajoz).

«Fue una chiquillada: una de esas tonterías que se hacen… Unos amigos míos me dijeron que si realmente me quería morir. Y como era… Bueno, el caso es que me pusieron contra una pared y, de pronto, me apretaron. Me apretaron en el tórax y yo me caí. Y en ese momento… Vi pasar un tren, que se iba metiendo en un túnel. Y yo no estaba dentro del tren, yo estaba fuera. Y veía cómo el tren iba pasando. Y la verdad es que sentía una paz inmensa. El tren iba avanzando y se iba metiendo en un túnel, como llamándome, para que yo entrara a él. Pero es que yo creo que aún no era mi hora. Hasta que, de pronto, me empezaron a dar golpes. Sentí unos golpes y sentí que algo me volvía a entrar otra vez en el cuerpo. Y, en ese momento, desperté. Yo, de todas formas, nunca he tenido miedo a la muerte. Porque siempre he pensado que es parte de la vida. Pero lo único que no haré nunca es jugar con eso, con esos juegos de muerte, de espiritismo, ni cosas de ésas. Pero la verdad es que sentí una paz inmensa…». (David, de El Escorial, Madrid).

«Operaron a mi marido y cuando se despertó, me contó. Sólo me lo contó a mí. Me dijo que había visto como una luz. Y en el fondo de la luz vio a su madre

fallecida. Y su madre le dijo que no… lo esperaba todavía, que no quería que todavía se reuniese con ella. Fue muy breve, para él fue un instante muy breve. La vio, pero desapareció enseguida. Cuando se despertó, estaba con una sonrisa… Sí, mi marido estaba radiante… Me dijo que su madre estaba muy feliz, que tenía una cara de felicidad inmensa y que… bueno, eso le dijo: que no le esperaba todavía. "Todavía no te espero". Fue… bueno, para él fue muy importante. Tenía una paz y una tranquilidad…». (Lola, de Valencia).

«Salí corriendo de la casa de mi abuelo y no miré al cruzar… Y, en esto, pasó una moto, me atropello y ya no me acuerdo de nada más. Posteriormente, mis padres me han dicho que me trajeron a Águilas, y de aquí a Lorca, y de Lorca a Murcia. Yo no me acuerdo de nada. Sólo me acuerdo de que vi a mi madre. Y me veía las manos. De lo único que me acuerdo es de que me veía las manos. Y vi a mi madre, como nerviosa, buscaba ropa en su ropero. Y la veía nerviosa, llorando. Y era por eso, iba a ir a verme al hospital. Como si yo estuviera así en alto, me veía las manos y mi madre nerviosa cogiendo ropa. Yo estaba bien, aun viendo a mi madre nerviosa, yo estaba bien. Eso es de lo único que me acuerdo. Del resto, no me acuerdo de nada, ni del accidente, ni del hospital: nada. Estuve tres días ingresado, pero no me acuerdo de nada. No me acuerdo. Sólo tengo esa imagen: mis manos vacías y mi madre llorando». (Feli, de Águilas, Murcia).

«Me abrí la cabeza en dos. Me partí las piernas. Tengo cicatrices por todo el cuerpo. Yo no sentía dolor ninguno… era una cosa rara. Porque si tienes la cabeza abierta, tienes heridas por todos lados y no sientes dolor… Lo que notaba era una sensación de frío y tranquilidad. Una cosa rara. No sabría cómo explicarlo… Y al tiempo, oía voces que me decían que no, que no era mi momento. Me decían que siguiera adelante. Era una voz seca, muy tajante, y me decía que no… ¡No! ¡No!». (Luis, de La Palma, Canarias).

«Yo vivía en una situación… bastante estresante, y… bastante mala vida, por así decirlo. Me sentía muy mal; llevaba un tiempo bastante mal. Tenía un trabajo muy agobiante y vivía a base de café y aspirinas para quitarme el dolor de cabeza. Hasta que un día decido ir al médico. El médico me receta unas pastillas y, al tomarme aquellas pastillas, todo alrededor se dispara. La cabeza me iba a estallar. Y empecé a vomitar sangre… se me había perforado el estómago. Todo alrededor de mí era sangre, sangre… Me agarran por detrás para sujetarme y, en ese momento, el suelo me succiona. Prácticamente siento que me voy como por una espiral hacia el fondo, como por un sumidero que me… "Bueno, esto es la muerte", pensé. La espiral sigue girando hasta que pasa del negro a un blanco y, de repente… como si estallase. Me quedé en suspensión, en un estado de suspensión absoluto… La idea más clara que recuerdo es que pensé: "¡Uf, menos mal que vuelvo a casa!". En esa situación, de repente, vuelvo a sentir que deshago el camino hacia atrás… ante lo que reacciono bastante mal. Esa es mi historia. Y esta experiencia, verdaderamente, cambió mi mundo». (Santiago, de Canarias).

«Nunca le presté demasiada atención a la muerte. Hasta que una noche, de camino a Guardamar, tuve un accidente con el coche. Fue muy desagradable. Mi padre se tuvo que tirar hacia un lado para que yo no me diera el golpe más fuerte, pero aún así perdí la consciencia. Lo pasé mal. En un momento pasó toda mi vida por delante… todos los momentos malos que había vivido, los buenos, el tiempo que no había aprovechado… Era bastante joven, pero me pasó esa idea por la cabeza: que no había aprovechado mi tiempo. Entonces yo estaba terminando el instituto y aquello me hizo recapacitar muchísimo. En fin, ves lo que has vivido, lo ves rápidamente y dices: "¡Vaya, estoy aquí otra vez…!". Había podido ver lo importante… y debía saber aprovecharlo. Y pensé: "Bueno, si me han dado otro poco más… voy a intentar sacarle provecho a lo que me queda…"». (David, de Alicante).

Epílogo. 7640

Siempre estaba en el estudio. Enfrente de mí. Apagada. Fría. Muerta. Lo cierto es que nunca le hice mucho caso. Alguna vez sin querer la rocé y pareció cobrar vida, pero a los pocos segundos volvía a perecer.

Una tarde recibí la noticia. Aquel objeto iba a empezar a funcionar, o por lo menos eso pensaba Mariano Revilla, jefe de programas de la Cadena SER.

Tras escuchar sus palabras pensé que estaba loco. Aquello iba a ser un desastre. Ese aparato se encendería durante unas semanas que servirían para probar que el *invento* del bueno de Mariano no había funcionado.

El viernes antes del programa jugué al despiste. Pero sobre mi mesa ya descansaba una hoja que me recordaba que aquella noche en *Milenio 3* iba a debutar un nuevo *personaje* que sin yo saberlo sería esencial en el futuro recorrido del programa.

Antes de acceder al estudio la miré a través de los cristales. Me daba la espalda, pero en pocos minutos tendría que enfrentarme a ella cara a cara.

Entramos en el mítico Estudio 1 de la Cadena SER, la particular nave del misterio de nuestro equipo. Íbamos a emprender un nuevo viaje, pero nos acompañaría ya para siempre un nuevo inquilino.

Era la hora.

La miré fijamente. Seguía estando vacía. Blanca. Y así estará toda la noche —pensé yo en mi total incredulidad—.

Saqué aquel papel que parecía escrito por algún antiguo encriptador. Letras, guiones, barras, números… Poco a poco fui introduciendo todos en el orden preestablecido.

Ahora había que anunciar a nuestro nuevo invitado.

En uno de los cortes publicitarios Iker, el piloto de la nave, me indicó que era el momento. Y cumpliendo órdenes por fin presenté a aquel *ser* que tantas emociones nos iba a provocar.

Después de dar las consignas necesarias para que aquello cobrara vida fui observando cómo, al principio tímidamente y a los pocos minutos en tropel, el blanco se iba coloreando.

Colores de agradecimiento, de información, de pasión, de crítica.

Eran vuestras palabras. Vuestros mensajes. Llenos de sentimientos, de dudas, de búsqueda, de cultura, de incredulidad, de sorpresa, de amor, de crítica, de valor… Erais vosotros llenando una pantalla que hasta que no recibió vuestra visita estaba muerta, fría, apagada.

Mensajes que nos han abierto nuevas investigaciones.

Aún recuerdo la noche en la que la chica de la curva dejó de ser una leyenda urbana para convertirse en un hecho que muchos de vosotros vivisteis en primera persona y nos quisisteis contar. Personajes de todo tipo que se os aparecieron en la

carretera y que nos dieron una bofetada de humildad al equipo que había planteado el tema como un mito, como una historia fantástica.

Recibimos más de dos mil mensajes de personas valientes a quienes no importó reconocer que se habían encontrado con lo absurdo.

El mito de un plumazo se convirtió en una rotunda realidad.

Comprobamos que las experiencias cercanas a la muerte son más parecidas unas a otras de lo que ningún especialista nunca podría cotejar.

Gracias a esta nueva tecnología tenemos al segundo vuestras opiniones y con ellas vivimos un carrusel de emociones. Hemos reído, hemos bromeado, nos hemos estremecido e incluso hemos llorado ante los escritos que nos enviáis.

Siempre recordaré aquel 12 de marzo de 2004 como el programa más difícil que he hecho en mi vida. Reconozco que esa noche me dio miedo leer lo que iba apareciendo en la pantalla y que las primeras líneas que fui vislumbrando hicieron que apenas saliera un hilo de voz de mi boca cuando hablaba ante el micrófono.

El azote de la sin razón volvía a hacer mella en la sociedad española y se había llevado a muchos de nuestros oyentes. Así nos lo hacían saber sus familiares y amigos.

Esa noche recibí una lección. Una lección de valentía por parte de los cientos de amigos que desde los hospitales en los que curaban las heridas provocadas por *los trenes de la muerte* nos escribían para agradecernos que esa noche no faltáramos a nuestra cita. Para mí fue una bofetada de realidad que me hizo superar la congoja y quitarme el nudo que se me había formado en el estómago y en la garganta.

La ayuda que nos prestáis con vuestros mensajes es impagable.

Gracias a ellos se han abierto ante nosotros nuevos enigmas que ni imaginábamos que habían acaecido en nuestro país. Historias que no se habrían conocido nunca. Testigos a los que no hubiéramos encontrado sin vuestras pistas. Críticas que nos han hecho intentar mejorar. Ilusiones infantiles que en ocasiones hemos podido hacer realidad.

Conectáis la radio los viernes y los sábados y sabéis que allí intentamos viajar a otros mundos, volvemos a siglos pretéritos para enfrentarnos a todo tipo de sociedades secretas, nos sumergimos en el abismo en busca del calamar gigante que Verne imaginaba en sus obras, nos colamos en las celdas de los místicos para entender sus mensajes y nos adentramos en la mente del asesino o en las entrañas de las pirámides egipcias.

Sabemos que llevamos a cientos de miles de pasajeros en cada viaje porque así nos lo hacéis saber a través de ese objeto que siempre está en el estudio, pero más encendido y vivo que nunca. El líquido vital que recorre sus venas sois vosotros, los contertulios de *Milenio 3*.

Carmen Porter



IKER JIMÉNEZ ELIZARI (Vitoria, Álava, 10 de enero de 1973) es un periodista español. Está licenciado en Ciencias de la Información por la Universidad Complutense de Madrid y la Universidad Europea de Madrid. Es marido de la también periodista Carmen Porter, con la que trabaja en el programa Cuarto Milenio de Cuatro.

Hijo del galerista de arte Pedro Ramón Jiménez (experto en pintura flamenca), y de su esposa, María Elizari, comenzó su actividad periodística profesional en Radio Alameda, emisora municipal de Torres de la Alameda (municipio de la Comunidad de Madrid) con diecisiete años. Su primer programa se llamaba La otra dimensión. Después trabajó en la emisora comunitaria Radio Enlace (Madrid),4 donde presentaba un programa de sucesos y misterios llamado Al Filo de lo Imposible. Un año después el espacio pasó a llamarse Al Final de la Escalera y se emitió dos años en la emisora comunitaria Onda Verde.

Junto con el también periodista Lorenzo Fernández Bueno, publica un humilde fanzine llamado "Últimas Noticias", antes de que ambos fuesen "reclutados" por Fernando Jiménez del Oso para su nueva revista mensual "Enigmas" (1995, Editorial América Ibérica). En ella publicó sus primeros reportajes, investigaciones de campo y exclusivas, que dieron lugar a sus primeros trabajos literarios.

Publicó con gran éxito de ventas su primer libro, *Enigmas sin resolver*, en 1999, que tuvo continuación, así como otras obras monográficas de gran éxito ("Fronteras de lo imposible", "El paraíso maldito", "Encuentros"... Ha trabajado como director y

presentador en Antena3 Radio y Radio 80 (delegación de La Coruña), Radio 16, RKR Radio, Onda Verde, Radio Voz, Onda Madrid y Radio Intercontinental. En televisión, colaboró en Telecinco y Antena 3 TV en diversos programas, llegando a tener secciones propias antes de llegar a la Cadena SER.

Tras el éxito de las primeras cuatro temporadas de Milenio 3, espacio que se inició el 1 de junio de 2002; empezó a presentar y dirigir, hasta la actualidad, el programa de televisión Cuarto Milenio (Cuatro): espacios nocturnos idénticos a su anterior donde se abordan (a través de entrevistas y trabajos de investigación) diversos fenómenos paranormales y otros enigmas sin resolver. Entre ellos se encuentran la etnografía, la pseudociencia, la ciencia en sus más diversas variantes, la antropología, la ufología, la parapsicología, el esoterismo, la criminología, la fantasmogénesis o la arqueología. En 2008 Cuatro le encomendó una serie de reportajes llamados "Confidenciales Iker Jiménez". El primero de ellos, emitido el 18 de julio de 2008, versó sobre el accidente de Chernobil. Más tarde dirigiría otro monográfico, "El Salto Infinito ", sobre los orígenes y el arte del hombre prehistórico, con técnicas e imágenes inéditas, pero que falló en audiencia.

Con su programa radiofónico Milenio 3 batió los mejores registros de audiencia en el horario de madrugada de la radio española, situándolo en una marca de 776.000 oyentes. Milenio3 entró en la historia de la radiodifusión española al ser el primer espacio de una emisora privada en emitirse en América: Argentina, Colombia, Chile, México y Estados Unidos.

Cuarto Milenio ha invitado a un millar de científicos a su plató en sus once temporadas. Algunos como el Premio Príncipe de Asturias de la Ciencia Juan Ignacio Cirac, José María Bermúdez de Castro, codirector de Atapuerca y Premio Príncipe de Asturias de la Ciencia, el que fuera presidente de la Real Academia de Física, Alfredo Tiemblo, el director departamento de Antropología de la Universidad de Granada, Miguel Botella, el director del Área de Neurociencia Cognitiva de la Universidad Complutense, Manuel Martín Loeches, el paleobiólogo del CSIC, Dr. Antonio Rosas, descubridor del Grupo Sanguíneo y del Genoma Neanderthal, o el Catedrático de Filología Griega y Neotestamentaria, Antonio Piñero, colaboradores e invitados asiduos al programa.

En 2007, 2008 y 2009 lanzó tres colecciones de Libros-DVD sobre los contenidos de Cuarto Milenio. La última de ellas se vendía junto con el diario El País, rompiendo con la postura positivista y racionalista que hasta entonces había dado a estos asuntos. Pero que se explica por pertenecer al mismo grupo de comunicación (Santillana, El País eran del Grupo Prisa, así como Cuatro entonces).

En 2009 dirigió y presentó el documental sobre Prehistoria *El Salto Infinito*, un recorrido de dos horas de duración por las principales cuevas con Arte Rupestre de España y Francia. En el rodaje se descubrieron nuevas piezas importantes de arte de

más de veinte mil años en las cuevas cántabras de La Pasiega y El Castillo. En este documental intervienen los más importantes especialistas en el ámbito de los estudios prehistóricos. Jean Clottes, presidente conservación de la Unesco del Patrimonio Mundial de Arte Rupestre, J.A Lasheras, diector de la cueva de Altamira, Dr. Antonio Rosas, paleobiólogo del CSIC y descubridor del Grupo Sanguíneo del Neanderthal o Manuel Martín Loeches, director de Neurociencia Cognitiva de la Universidad Complutense de Madrid. A pesar de su calidad, no obtuvo el respaldo de la audiencia.

Ha publicado ocho ensayos: *Enigmas Sin Resolver I* y *II*; *El Paraíso Maldito*; *Fronteras de lo Imposible*; *Encuentros, la historia de los ovni en España*; *Tumbas sin nombre* (junto con Mariano Luis Mariano Fernández); *La Noche del Miedo* y *Milenio3, El Libro*. También se atrevió con la novela en "Camposanto", editada en varios países; *Camposanto* - Editorial Suma de Letras- basada en la vida del pintor Hyerónimus Van Aecken El Bosco y la obsesión de Felipe II con su obra.

En 2013 colaboró en el fugaz espacio de Telecinco Al otro lado, que dirigió y presentó su propia esposa (se emitieron dos programas).

El 28 de junio de 2015 se emitió el último programa de Milenio 3. Según el presentador Iker Jiménez, el motivo de la finalización del programa estuvo motivado por cuestiones personales (en concreto, dedicar más tiempo a su hija), buscando desmentir así los rumores de que fuese por un contrato de exclusividad con Mediaset, como se comentaba en las redes sociales.6 Casi dos meses después se da a la luz la noticia de que Iker Jiménez abrirá un programa en Radioset llamado "Universo Íker".



CARMEN MARÍA PORTER UCHA (Madrid, 23 de agosto de 1974) es una periodista española.

Está licenciada en Periodismo por la Universidad Complutense de Madrid y la Universidad Europea de Madrid. Es esposa del también periodista Iker Jiménez y, desde sus comienzos profesionales colabora con él en numerosos proyectos en los medios de comunicación.

Su carrera profesional empezó a tener notoriedad a raíz de su labor junto a Jiménez en el programa de radio *Milenio 3*,2 emitido por la Cadena SER desde 2001. No obstante, las mayores cotas de popularidad se las debe al espacio televisivo *Cuarto Milenio*, que conduce desde 2005, también de nuevo junto a su marido en la cadena de ámbito nacional Cuatro.

En cuanto a su trayectoria en publicaciones escritas, colabora habitualmente revista *Más Allá*, y durante algún tiempo fue jefa de redacción en la revista *Enigmas del hombre y del universo*.

Por otro lado, ha escrito cinco libros, siempre tratando temas cercanos a lo misterioso y paranormal.

Finalmente, también coordina el blog *La Nave de la Moda*.

En cuanto a su vida personal, fue madre por primera vez el 31 de diciembre de 2011, de una niña llamada Alma Jiménez Porter.

Ampliando su trayectoria profesional, el 9 de abril de 2013 comenzó a dirigir y

presentar *Al otro lado* en Telecinco, un programa de monográficos que reciclaba temas ya emitidos anteriormente en Cuarto Milenio. No obstante, esta circunstancia no significó una ruptura profesional con Iker Jiménez, ya que siguió con su labor en Cuarto milenio. Tras la segunda emisión, el 16 de abril, y debido a problemas personales y de compatibilidad laboral, *Al otro lado* fue retirado de la parrilla de Telecinco.